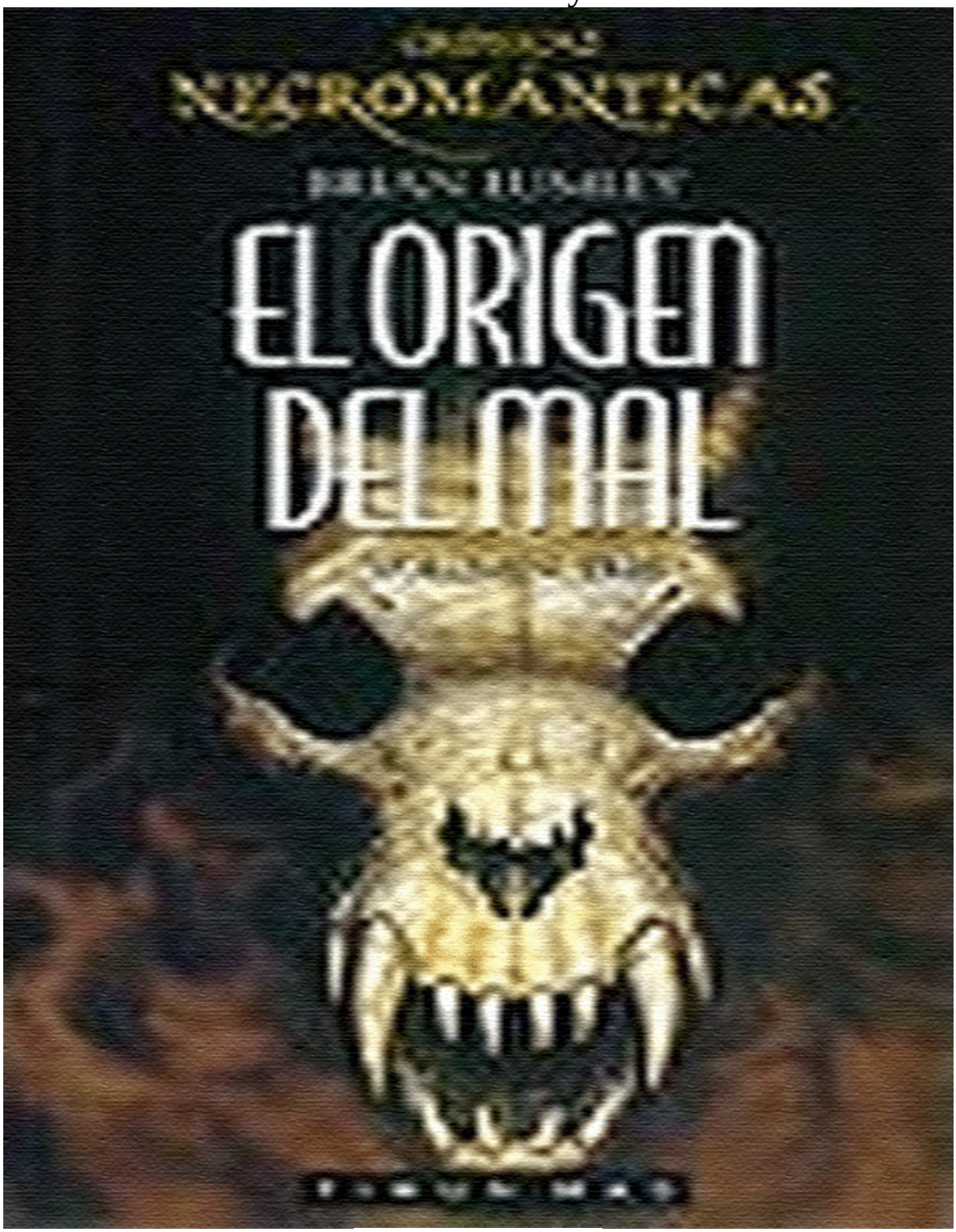
Crónicas Necrománticas III - El origen del mal
Brian Lumley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Simonov

El agente estaba tendido en una mancha de nieve, sobre un montón de piedras blancas, en la cresta oriental de lo que había sido en otro tiempo el paso de Perchorsk, en el centro de los montes Urales. A través de unos prismáticos de visión nocturna observó una zona de casi una hectárea de tierras onduladas y de un gris plateado que se extendía sobre el barranco abierto a sus pies. Vista a la luz de la luna, aquella superficie podía ser tomada fácilmente por hielo, pero Mijaíl Simonov sabía que no se trataba de un glaciar ni de un río helado, sino de una plancha de metal de unos ciento veinte metros de longitud por algo menos de sesenta de ancho. A todo lo largo de los bordes irregulares que la recorrían en el sentido longitudinal, donde su bóveda suavemente curvada se juntaba con las paredes rocosas del desfiladero, y a ambos extremos, donde el arqueado metal se elevaba en línea recta hacia unas macizas barreras de masa pétrea o diques, «sólo» tenía quince centímetros de grueso, pero en su centro la plancha moldeada era de sesenta centímetros. Esto, por lo menos, es lo que habían registrado los instrumentos de observación de los satélites espías americanos, como también el hecho de tratarse de la mayor reserva de plomo acumulada en toda la superficie del globo.

Mijaíl Simonov pensó que era como mirar desde arriba una gigantesca botella que estuviera enterrada en sus tres cuartas partes y que tuviera el cuello recubierto de plomo, una botella mágica, en verdad, aunque en este caso el tapón ya se había retirado y el genio que la habitaba había salido volando por los aires. Simonov estaba allí para descubrir cuál era la naturaleza de tan dudoso fugitivo. Lanzó un suspiro, refrenó el ramalazo de fantasía en lo más recóndito de su mente y concentró la mirada y la atención en la escena que tenía a sus pies.

El fondo del desfiladero había sido un lecho de agua sujeto a fuertes inundaciones estacionales. Río arriba, por encima de la «húmeda» pared del dique, había un lago artificial cuya superficie parecía de plomo..., pero sólo su superficie.

Canalizada por debajo del gran tejado de plomo a través de invisibles conductos, el agua reaparecía en forma de cuatro grandes y esplendentes surtidores procedentes de canales de la pared inferior. El agua de los chorros se elevaba en el aire, se helaba y caía en forma de escarcha, o volvía a ser arrastrada al fondo del desfiladero bajo la apariencia de nieve o hielo, donde a pesar del aparente volumen de agua ahora sólo había un arroyuelo que seguía el antiguo curso. Debajo de la coraza de plomo había cuatro grandes turbinas que permanecían inactivas, sorteadas por las impetuosas aguas procedentes del lago. Ya hacía dos años que estaban paradas, desde el día en que los rusos pusieron a prueba su arma por primera y última vez.

A pesar de todas las medidas de camuflaje tecnológico empleadas por la URSS, los satélites espías americanos también detectaron aquella prueba. Lo que vieron *exactamente* fue algo que no salió nunca a la luz pública, ni siquiera fue objeto de alusiones fuera de las elevadas esferas del gobierno y de los correspondientes departamentos subalternos, si bien fue suficiente para poner en marcha, en los Estados Unidos, el SDI o «Guerra de las Galaxias». En círculos castrenses muy restringidos, pero muy poderosos y altamente secretos del mundo occidental, se habían iniciado apresuradamente conversaciones sobre los «escudos» de APB, Accelerated Particle Beam (Haz de Partículas Aceleradas), sobre láseres impulsados por energía nuclear o por plasma e incluso sobre algo llamado «Motor Magma», que en teoría podía restaurar la energía del pequeño agujero negro que algunos científicos creen que existe en el núcleo de la Tierra, consiguiéndose al mismo tiempo alimentar y proveer de combustible al planeta. Sin embargo, todas estas discusiones se habían quedado en meras conjeturas. Era un hecho que desde Rusia no se había filtrado nada realmente importante, dejando aparte las pruebas aportadas por los satélites, es decir, no se había filtrado nada que no pudiese calificarse de informes habituales. En efecto, en lo que se refería a la región de Perchorsk en los montes Urales, durante un tiempo había existido una reserva muy superior incluso a la del Centro Espacial de Baikonour en los días de los Sputniks.

Aquella reserva, en los tiempos de las secuelas de la espantosa *y* única prueba, parecía haberse cuadruplicado repentinamente.

Simonov temblaba, arrebujado en su blanco anorak forrado de piel, y con mucho cuidado limpió sus prismáticos, se aplastó materialmente en el suelo cubierto de hielo como amparándose entre las piedras, mientras las nubes que cruzaban el espacio se entreabrían y él quedaba iluminado por la luna llena. Hacía frío allí arriba durante la época que ellos llamaban «verano», pero a finales de otoño podía decirse que aquello era una especie de infierno glacial. Ahora era otoño y, por poca que fuese la suerte que acompañara a Simonov, esperaba que podría escapar a los rigores de otro invierno. Sin embargo, Simonov hubo de corregirse mentalmente y considerar que debería contar con *muchísima* suerte. ¡Una suerte loca!

Bajo los rayos de la luna que se derramaban a raudales, la escena que divisaba abajo parecía bañada en plata, si bien las lentes especiales de Simonov se adaptaron automáticamente a ella. Las dirigió ahora hacia el paso propiamente dicho o lo que había sido el paso hasta que el Perchorsk Projekt se puso en marcha hacía cinco años.

Aquí, en el costado oriental del desfiladero, el paso se había ido erosionando por la parte del flanco de la montaña a consecuencia de la acción de una de las fuentes del río Sosva en su curso descendente hacia Berezov, mientras que por la parte oeste se había dinamitado hasta quedar convertido en una profunda depresión. El camino, que bajaba en forma muy accidentada desde las montañas, seguía de forma más o menos paralela al curso del río Kama por espacio de cuatrocientos kilómetros hasta Berezniki y Perm, en el tramo del ferrocarril Kirov-Sverdlovsk.

En los cuarenta años anteriores al Projekt, el paso lo utilizaban principalmente madereros, tramperos y buscadores de minas, y para el transporte de herramientas y productos agrícolas en ambas direcciones a través de la cordillera. En aquellos tiempos la estrecha carretera se abrió literalmente con explosivos en la dura roca y así permaneció hasta época reciente: un camino accidentado, pero expedito, a través de las montañas. Sin embargo, el Perchorsk Projekt había aportado drásticos cambios.

Con la construcción del tramo del ferrocarril Zapadno-Serinskaya por la parte este y la prolongación del ferrocarril de Utja a Vorkuta en dirección norte, aquel puerto tan elevado había dejado de gozar del favor de la gente como ruta de tránsito a través de las montañas y únicamente conservaba su importancia para un puñado de agricultores locales y gente parecida, cuyos medios de subsistencia contaban muy poco en el campo más amplio de las cosas importantes. Lo que se había hecho era trasladarlos a otro lugar. Esto ocurrió hace cuatro años y medio, pero después con toda la celeridad, el ingenio y los músculos que una superpotencia es capaz de reunir, se volvió a abrir el paso, se ensanchó y mejoró, dotándolo de carreteras bien asfaltadas, provistas de dos carriles. No se trataba, sin embargo, de una autopista pública o accesible a las comunidades locales, por cierto muy diseminadas; es más, el uso del paso les estaba estrictamente prohibido.

En resumen, el proyecto había tardado casi tres años en realizarse; durante este tiempo los servicios secretos soviéticos sólo habían dejado transparentar inocuos detalles acerca de «un paso en los Urales que está siendo sometido a reparaciones y mejoras». Aquélla había sido la actitud oficial, encaminada a interceptar o a confundir el intento de reconstruir el verdadero cuadro tal como era visto desde el espacio por los Estados Unidos. Y por si todavía se requerían más pruebas de la inocencia del Perchorsk Projekt, se habían tendido conducciones de gas y de petróleo en el paso comprendido entre Ujta y los yacimientos de gas de Ob. Lo que los rusos no podían ocultar ni enmascarar era la construcción de los diques y el movimiento de la pesada maquinaria utilizada para ello, el increíble macizo blindaje de plomo, construido en capas, sobre el antiguo lecho del poderoso torrente de un desfiladero, y quizá, lo más importante, el gradual crecimiento de un movimiento de tropas en la zona hasta llegar a una presencia militar permanente.

Había habido gran cantidad de explosiones, excavaciones y formación de túneles, además del traslado de muchos miles de toneladas de rocas por camiones al lugar, a veces simplemente arrojadas a los precipicios locales, aparte de la instalación de un gran contingente de complicados equipos eléctricos y otros aparatos. Todo esto había sido vigilado desde el espacio y había intrigado e irritado a los servicios secretos y de seguridad de Occidente hasta la exasperación. Como siempre, los soviéticos ponían las cosas difíciles a los demás. Sea lo que fuere lo que se llevaban entre manos, actuaban de una manera que resultaba prácticamente inescrutable, en un desfiladero de laderas escarpadas y a casi trescientos metros de profundidad, lo que exigía que, para ver lo que hacían, fuera necesario disponer de un satélite colocado directamente sobre el lugar de los hechos.

En Occidente seguían haciéndose conjeturas y las alternativas eran muchas.
¿Estaban los rusos realizando una operación disimulada encaminada a la detección de minas? ¿Habrían descubierto importantes yacimientos de mineral de uranio de alta calidad en la región de los Urales? ¿Se dedicaban quizás a la construcción de instalaciones nucleares experimentales bajo las montañas? ¿No estarían preparándose para hacer pruebas de algo totalmente nuevo y radicalmente diferente? Cuando al fin se supo de qué se trataba, es decir, dos años después, resultó que aquellos que se habían inclinado por la tercera alternativa fueron los que estaban en lo cierto.
Mijaíl Simonov disipó sus fantasías y volvió al momento presente, atraído por el grave rugido de unos transportes propulsados por motores diesel que retumbaban desde el desfiladero y apagaban el débil plañido del viento. En el momento en que la luna volvía a ocultarse detrás de unas nubes, los faros de un convoy de camiones que avanzaban pesadamente proyectaron sus haces de luz blanca en la oscuridad, en la que se movían, al salir de lo más profundo de la abertura que formaba la depresión occidental. Los enormes y cuadrados camiones estaban a menos de kilómetro y medio de distancia al otro lado del desfiladero y a unos ciento cincuenta metros de profundidad desde la posición ventajosa en la que se encontraba Simonov, a pesar de lo cual se pegó materialmente al suelo, arrellanado en el escondrijo que le brindaban las piedras desnudas. Era una reacción controlada, automática, casi instintiva, frente a un posible peligro, no una retirada dictada por el pánico. Simonov había sido concienzudamente entrenado y en su preparación no se había reparado en gastos.
Cuando el convoy atravesaba el paso y se dirigía por la empinada rampa descendente de una carretera abierta en el mismo costado del desfiladero, toda una batería de faros cobró vida, proyectando su luz desde la abrupta pared e iluminando perfectamente la bien pavimentada carretera. Fascinado, Simonov prestó oído a los potentes motores y contempló la rutina de una recepción perfectamente organizada.
Sin apartar los prismáticos de sus ojos, hurgó en el bolsillo y sacó de él una minúscula cámara fotográfica, que encajó en la parte inferior de los prismáticos.
Después pulsó un botón de la cámara y siguió observando. Lo que mirara quedaría impresionado automáticamente, una fotografía cada seis segundos durante cuatro minutos y medio, cuarenta y cinco diminutas fotos fijas de claridad cristalina. No es que esperase ver nada realmente importante, puesto que ya sabía qué contenían los camiones, y las fotografías de la cámara eran simplemente para certificar que aquél era su destino y para satisfacer a gente de Occidente.
Cuatro camiones: uno con los elementos de una valla electrificada de tres metros, otros dos con los componentes y municiones de tres cañones Katushev de 13 mm, especialmente aptos contra blancos blindados, y el cuarto y último cargado con una batería de generadores propulsados con motores diesel. No, la carga no tenía ninguna importancia. La pregunta

era ésta: si los rusos pensaban defender el Perchorsk Projekt, ¿contra quién pensaban hacerlo?
¿Contra quién o... contra qué?
La cámara de Simonov chasqueaba de manera casi inaudible y sus ojos observaban todo lo que ocurría allí abajo. Sabía perfectamente que sólo podía permanecer allí diez o quince minutos como máximo, debido a la gran cantidad de radiaciones, pero sus pensamientos ya estaban volando por otros sitios. Volvía a encontrarse en Londres, donde pasó un par de meses hacía dos años. El fotografiar la llegada de los camiones tenía la culpa de todo, porque era lo que había hecho que Simonov se pusiera a pensar en las otras fotografías que el MI6 y los norteamericanos le habían mostrado en Londres. Pero entonces se trataba de una película corta, no de fotos fijas. Se relajó durante unos instantes. Estaba haciendo lo que se esperaba de él, por lo que bien podía concederse alguna divagación. De hecho, después de haber contemplado la película, lo difícil era no seguir recordándola.
La película hacía referencia a algo que había ocurrido siete semanas después del incidente de Perchorsk (al que se aludía con la palabra «pi», Perchorsk Incident)
y que había sido bautizado con las siglas «pi II» o «Pill». Sí, menuda pildora la que había tenido él que tragar.[1] Había sucedido lo siguiente:
Una mañana temprano de un día radiante de mediados de octubre en la costa oriental de los Estados Unidos. A lo largo del DEW-line[2] canadiense el ambiente estuvo agitado por espacio de unas tres horas. ¿Causa? Un par de aparatos espías con radares superpuestos, situados sobre los mares de Barents y de Kara volando desde Arkángel a Igarka a través de los Urales, enviaban informes secretos mediante destellos por encima del polo a receptores del Canadá y de las bases USAF[3] de Maine y de New Hampshire. Washington fue informada del hecho y se envió una notificación de alerta moderada a las bases de misiles de Groenlandia y a la base de la península de Foxe en la isla de Baffin. También recibieron notificaciones otros adheridos al DEW-line, pero Gran Bretaña mostró poco interés y pidió ampliación de noticias, Dinamarca se mostró nerviosa, como era lógico esperar (debido a Groenlandia), Islandia no exteriorizó ningún tipo de interés por el asunto y Francia se hizo la desentendida.
Pero las cosas ahora empezaban a coger un poco más de ritmo. Los espías del espacio habían perdido al intruso (un «intruso» es cualquier objeto aéreo que circule de este a oeste a través del océano Glacial Ártico) y ya no lo detectaban en sus radares, pero al mismo tiempo aquél había sido detectado por el DEW-line cruzando el Círculo Polar Ártico siguiendo un curso un tanto irregular; pero, en líneas generales, aproximándose a la isla Queen Elizabeth. Y lo que es más, los rusos habían puesto un par de

[1] Hace referencia a la palabra «pill», que significa «pildora» en inglés. *(N. de la t.)*
[2] DEW-line, o Distant Early Warning, es un grupo de estaciones de radar del norte del océano Glacial Ártico (N. de la t.)
[3] USAF: United States Air Force, es decir, Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. *(N. de la t.)*

interceptores Mig procedentes de sus aeropuertos militares de Kirovsk al sur de Murmansk. Noruega y Suecia se habían unido a Dinamarca en su nerviosismo. Los Estados Unidos, por su parte, se mostraban extremadamente curiosos, pero de momento no se sentían preocupados (el objeto se movía muy lentamente para constituir una verdadera amenaza). No obstante se había desviado de su vuelo rutinario a un avión de reconocimiento AWACS[4] hasta una línea de intercepción y habían salido dos aviones de combate de una franja situada cerca de Fort Fairfield, Maine.

Hace cuatro horas que el posible OVNI fue avistado por primera vez sobre Novaya Zemlya y hasta ahora ha cubierto poco más de mil cuatrocientos kilómetros, ha pasado por la parte oeste de la Tierra de Francisco José siguiendo lo que ahora parece una línea recta en dirección a la isla de Ellesmere, el lugar donde los Migs le dan alcance, aun cuando no aparece totalmente en la imagen. Desde el punto de vista geográfico le han dado alcance, pero pese a que se encuentran a la altura máxima, el OVNI todavía está tres kilómetros más alto que ellos. Es evidente, sin embargo, que ellos lo ven… y que él también los ve a ellos.

Lo que ocurre después no está comprobado, la base de Kirovsk ha ordenado silencio radiofónico, pero teniendo en cuenta lo que va a ocurrir más tarde, podemos adivinar lo sucedido. El objeto baja, coge velocidad, ¡y ataca! Es probable que los Migs abrieran fuego durante los segundos que precedieron al momento en que quedaron reducidos a confetti. Los restos de los aparatos se pierden en la nieve y el hielo a unos mil kilómetros del polo y a distancia parecida de Ellesmere.

¡Y ahora sí que el intruso actúa como verdadero intruso! Acelera su velocidad a unos quinientos cincuenta kilómetros por hora y se lanza recto como una flecha.

El AWACS ha informado que los Migs han desaparecido de sus pantallas, presumiblemente por haberse precipitado en picado, pero una llamada superurgente desde Washington a Moscú no consigue otra cosa que las ambigüedades de costumbre:

-¿Qué Migs? ¿Qué intruso?

Los Estados Unidos se muestran un poco irritados.

-Este avión ha salido de su espacio aéreo y ha entrado en el nuestro. No tiene ningún derecho a permanecer en él. Si continúa llevando el mismo rumbo será interceptado y obligado a aterrizar. En caso de que no obedezca o de que dé muestras de hostilidad, es probable que sea atacado y destruido…

Y de pronto la inesperada respuesta de los rusos.

-¡Perfecto! Sea lo que sea lo que vean en sus pantallas, no tiene nada que ver con nosotros y renunciamos totalmente a responsabilizarnos del hecho. ¡Hagan lo que quieran con el aparato en cuestión!

Ahora ya están llegando informes noruegos mucho más detallados desde la estación receptora de Hammerfest. Se cree que el objeto procede de una

[4] AWACS: Airborne Warning And Control System, avión equipado con un sistema de reconocimiento provisto de un radar especial capaz de detectar y perseguir un avión o un proyectil que se aproxime al mismo. (*N. de la t.)*

región de los Urales próxima a Labytnangi, en el mismo Círculo Polar Ártico, aproximadamente a unos ciento sesenta kilómetros. De haberse situado unos cuatrocientos cincuenta kilómetros más al sur, los informes habrían sido más exactos, puesto que el paso de Perchorsk se encontraba a esa distancia de la fuente que ellos citaban. Desgraciadamente, en la otra dirección, al norte de Labytnangi, estaba Vorkuta, el emplazamiento de misiles más septentrional de la URSS, aprovisionado por ferrocarril desde Ujta. Ahora los americanos habían pasado de estar levemente irritados a sentirse profundamente recelosos. ¿Qué demonios querrán los rojos? ¿No se les habrá escapado algún proyectil experimental de Vorkuta y ahora resulta que lo han perdido? Y de ser así, ¿tendrá la ojiva explosiva?

¿Cuántas ojivas explosivas puede tener?

La inquietud va en aumento, mientras Moscú es objeto de la máxima atención y se producen contactos que reflejan una gran alarma. Pese a todo, los soviéticos continúan negando, aunque se nota que están nerviosos.

Las cosas empiezan a ponerse mejor y ahora van a llegar mensajes más claros. Tenemos el objeto localizado por satélite, por radar terrestre y por el AWACS. Todavía no se ha detectado ningún ser humano, ni se sabe qué puede ser físicamente, pero sí que está allí. Los aparatos espías aventuran la idea de que se trate de una densa bandada de pájaros, pero ¿qué pájaros vuelan a más de quinientos kilómetros por hora a una altura de ocho kilómetros a través del Círculo Polar Ártico? La colisión con los pájaros podría haber desviado a los Migs, por supuesto, pero... Las instalaciones del radar secreto y altamente tecnificado situado en el DEW-line declara que se trata de un gran avión o... de una plataforma espacial caída de la órbita que seguía. Pero esta clase de artilugios tienen un contenido en metal muy bajo, mejor dicho, un contenido nulo. Sin embargo, los servicios secretos no admitirían la existencia de una nave aérea (y menos aún de una estación espacial) de sesenta y pico de metros de longitud y hecha de lona. El AWACS informa que el objeto volador lo hace a base de unos movimientos rápidos y bruscos, como si fuera un inmenso pulpo aéreo. El AWACS está más o menos en lo cierto.

Hace una hora que los interceptores norteamericanos se han entrometido. Volando cerca del Mach II, han atravesado la bahía de Hudson desde las islas Belcher hasta un lugar situado a unos trescientos veinte kilómetros al norte de Churchill. Esto ha hecho que dieran alcance al AWACS y que lo dejaran atrás al cabo de unos minutos. El AWACS les ha dicho que el objetivo se encuentra mucho más adelante y que ahora ha descendido hasta una altura de tres mil metros. Y ahora, por fin, al igual que los Migs que están situados más adelante, han detectado al intruso.

Éstas habían sido las explicaciones y el escenario de los hechos que la CÍA y el MI6 habían facilitado a Simonov antes de mostrarle el film del AWACS y, en el momento en que el oficial encargado de las informaciones había pronunciado las tres últimas palabras -«detectado al intruso»-, la película había empezado a desplegarse ante sus ojos. Todo ello muy impresionante, tal como correspondía...

«Detectar al intruso», pensaba ahora Simonov, mientras las palabras dejaban un regusto amargo en su lengua hasta el punto de que al pronunciarlas casi las escupía.
¡Y tanto que sí! Aquellas palabras precisamente daban nombre al juego, ¿no es verdad? En cuestiones de seguridad, en asuntos relacionados con los servicios secretos o con el espionaje, siempre se trataba de lo mismo: *Detectar al intruso.* Y todos actuaban lo mejor que su experiencia les dictaba, algunos un poco mejor que otros. Ahora, y en ese lugar, el intruso era él: Michael J. Simmons, alias Mijaíl Simonov. Sólo que a él todavía no lo habían detectado.
Después, mientras volvía a concentrar toda su atención en la escena que se desarrollaba en el fondo del barranco, sintió o quizás oyó algo que no pudo identificar. De un lugar detrás de él y algo más abajo le había llegado el ruido que hace una piedra al salir desplazada y toda una serie de ruidos mientras la piedra, dando tumbos, arrastraba en su camino otras piedras que caían rodando montaña abajo. El último tramo de la ascensión había sido por una empinada arista con varios terraplenes. Más que subir por aquel tramo había tenido que gatear, lo que había provocado el desprendimiento de muchos guijarros y piedrecillas que habían quedado sueltas a lo largo del trayecto. Es posible que a su paso hubiera quedado suspendida en precario equilibrio alguna piedra en un saliente de la roca y que alguna ráfaga de viento la hubiera hecho saltar. Simonov pensó que no podía ser otra cosa, pero…
Pero ¿y si era otra cosa? Era una sensación que acababa de sentir, como una inquietante sospecha que iba tomando forma poco a poco: la impresión de que alguien, desde alguna parte, tenía conciencia de su presencia. Alguien de quien él todavía no se había apercibido. Suponía que se trataba de una de aquellas sensaciones con las que los espías acostumbran a tener que convivir. Quizá todo se había desarrollado tan bien que no había más remedio que ahora surgieran dificultades. Esperaba que no fuera más que eso. Pero para asegurarse…
Sin volver la vista atrás ni cambiar de postura, bajó la cremallera del anorak, metió la mano en su interior y sacó un revólver automático de aspecto avieso y cañón corto, con el grueso silenciador colocado. Comprobó el cargador y, sin hacer ruido, lo agarró con fuerza. Todo esto lo hizo con una sola mano, con la facilidad que da la práctica, sin suspender la fotografía de los camiones que circulaban por el desfiladero. Es posible que el último par de fotos hubieran quedado un poco desenfocadas, pero esto tenía poca importancia. Simonov estaba contento de lo que había conseguido.
La minúscula cámara encajada en los prismáticos de Simonov emitió un último chasquido y un zumbido de advertencia con el que indicaba que la secuencia había terminado. Retiró la cámara y la dejó aparte, colocó después los prismáticos perfectamente en la base de una piedra, puso con mucho cuidado el dedo en el gatillo de la pistola, se dio media vuelta y se puso de rodillas. Sin salir de su escondrijo, atisbo prudentemente a través de la abertura en forma de «V» que se abría en medio de dos piedras. Por allí no se veía nada o, por lo menos, él no veía nada. Sólo abruptos acantilados que se despeñaban desde trescientos metros de altura, con

algún que otro espolón diseminado y finísimas capas de nieve blanca y fulgurante en todas las superficies planas. Y mucho más abajo, sumidas en la oscuridad de la noche, lomas más bajas y suaves que señalaban el límite de la vegetación arbórea. Todo estaba inmóvil, monocromo, bajo la débil luz de las estrellas y el esporádico esplendor de la luna; sólo leves ráfagas de viento levantaban la nieve que desalojaban de los espolones y de los salientes más altos.

Eran mucho los sitios donde alguien podría ocultarse; nadie mejor que Simonov, experto en esconderse, podía saberlo, pero si alguien lo hubiera seguido, ¿por qué molestarse en subir hasta allá arriba? ¿No habría sido más fácil esperarlo abajo?

Con todo, seguía persistiendo en él aquella sensación, la de no estar solo, que había ido creciendo progresivamente en las últimas dos o tres visitas que había hecho a este lugar.

Este lugar, tierra propicia a la producción de extraños monstruos…

Volvió a colocarse en la misma postura de antes, cogió de nuevo los prismáticos y se los acercó a los ojos. En el fondo del barranco, donde la accidentada carretera recorría el desfiladero hasta las imponentes paredes gemelas del dique y la curvada superficie de plomo que se extendía entre ellas, se abría una cavernosa entrada en el acantilado por la que salía la luz. El último camión dejó la carretera para girar a la izquierda, en dirección a una zona llana, después de colocarse tras unas grandes puertas de plomo provistas de ruedas y enmarcadas de acero. Un grupo de hombres vestidos de amarillo que se encargaban de dirigir el tráfico hicieron señales con unos banderines y el camión entró ruidosamente. Al poco rato se perdió de vista, después de lo cual lo siguieron hacia el interior del acantilado, desde donde irradiaba aquella luz cegadora. Otros hombres venían corriendo por la carretera, recogiendo al mismo tiempo las baliza de luz destellante que iluminaban el camino. Al llegar a las grandes puertas, éstas se cerraron, pero había quedado abierta una portezuela lateral, semejante a la puerta de una cueva, por la que emergía un haz de luz amarilla. Los hombres que llevaban las balizas entraron por ella y la puerta se cerró. Los focos que iluminaban el paso desde arriba se apagaron de pronto y al momento todo quedó sumido en la oscuridad.

Únicamente el agua de la presa y el gran escudo de plomo refulgían al reflejar la luz de las estrellas.

Todo el plomo que había allá abajo lo sumía en profundas reflexiones, al igual que las peligrosas cumbres, bastante más radiactivas de lo que parecían a primera vista… y también aquella *Cosa* filmada por el AWACS mientras se escabullía de los aviones de combate americanos. Simonov no pudo reprimir un ligero estremecimiento, que esta vez no era debido al intenso frío reinante. Dobló los prismáticos y los metió en un estuche plano de cuero que deslizó dentro de su anorak, aunque sin quitarse del cuello la correa de piel de la que los llevaba colgados. Todavía se quedó unos momentos allí tumbado, con los ojos clavados en la enigmática sima que se abría allá abajo, mientras por su mente iba desfilando en la oscuridad la secuencia de hechos que había presenciado en Londres, en el film desenfocado que había rodado el AWACS…

Pero, pese a recordarlo, rehuía su recuerdo. ¡Ya era bastante terrible que de vez en cuando poblara sus sueños! ¿Sería posible que aquello..., aquello..., fuera lo que fuese, hubiera salido precisamente de allí? ¿Una mutación monstruosa? ¿Un guerrero clónico gigantesco y odioso conjurado por algún experimento increíble de un genetista enloquecido? ¿Una arma «biológica» fuera de todas las anteriores experiencias del hombre, fuera totalmente de su comprensión? Para eso estaba allí, para descubrirlo. O mejor dicho, esto es lo que debía probar de manera concluyente: que era éste el lugar donde aquella *Cosa* había nacido o donde había sido fabricada: aquel hervidero, aquella pulsación, todo aquel retorcimiento...

La nieve crujió levemente bajo una pisada furtiva.

Simonov se puso en pie de un salto y al mismo tiempo se giró, lo que le permitió contemplar una cabeza y unos ojos clavados en él que asomaban por encima de una acumulación baja de rocas. Con la pistola automática en la mano, se lanzó tras las piedras que tenía a la izquierda para ampararse en ellas, al tiempo que extendía el brazo derecho, pronto a disparar. Un hombre vestido con una *parka* de un blanco inmaculado seguía agazapado detrás de las piedras con una arma en la mano, apuntando a Simonov. En el instante en que Simonov se arrojó a un lado tuvo tiempo de hacer dos disparos, el primero le alcanzó en el hombro, y al levantarse, el segundo fue a darle en el pecho y lo derribó hacia atrás, dejándolo tumbado en la nieve que cubría a rachas el suelo.

Las sordas detonaciones, amortiguadas por el silencio del arma de Simonov, no habían levantado ecos, pero apenas había tenido tiempo de recobrar el aliento cuando Simonov oyó un ronco y jadeante gruñido a su lado y vio fulgurar repentinamente en el aire un destello plateado que reflejaba la luz de la luna. Del espacio cubierto de nieve que Simonov tenía a su izquierda, a menos de medio metro de distancia, se levantó de pronto una polvareda de nieve.

-¡Hijo de puta! -oyó que le decían en ruso, mientras aparecía una manaza que agarraba a Simonov por los cabellos y un piolet describía un arco en el aire que, al bajar, le atravesaba la mano que empuñaba el arma a nivel de la muñeca y se la dejaba casi clavada en el terreno pedregoso donde se había situado.

El ruso, tumbado en un hoyo lleno de nieve, le había estado aguardando.

Ahora se abalanzó hacia él, tratando de descargar todo su corpachón sobre Simonov. El agente tuvo tiempo de ver una cara de tez cetrina, una hilera de dientes blancos y fieros, enmarcados por una barba y un collarín de pieles blancas, y descargó sobre ella con toda su fuerza un terrible golpe con el codo izquierdo. Se oyó un crujido de huesos y dientes y el ruso profirió un grito acompañado de un estertor, aunque no por ello soltó a Simonov, al que continuaba agarrando por los cabellos. Después, lanzando imprecaciones, el gigantesco soviético levantó el piolet para asestar un segundo golpe.

Simonov trató de servirse del arma, pero todo fue inútil. Sentía la mano inerte, que le colgaba como un pez atravesado por el arpón. El ruso se dobló sobre él, dejando que la sangre goteara sobre Simonov, al que ahora

tenía agarrado por el cuello, y volvió a levantar el pico en el aire en actitud amenazadora.
-¡Karl! -se oyó decir a otra voz amparada en las sombras de otras piedras- ¡Lo queremos vivo!
-¿Muy vivo o poco vivo?
Karl masculló las palabras entre esputos de sangre, aunque soltó el piolet enseguida y con un puño duro como el hierro sujetó a Simonov en el suelo apretándole la frente. El espía sintió que se desmayaba, lo que casi supuso para él un alivio.
De la oscuridad surgió una tercera figura, otro ruso, que se colocó al lado de Simonov, ahora boca abajo. Después de comprobar el pulso del hombre inconsciente dijo:
-¿Estás bien, Karl? Si te encuentras en condiciones de hacerlo, ve a ver cómo está Boris. Me parece que éste le ha metido en el cuerpo un par de balas.
-¿Te parece? Bueno, yo estaba más cerca de él que tú y te aseguro que sí -refunfuñó Karl.
Tocándose cuidadosamente su maltrecha cara con dedos temblorosos, se acercó a Boris, que estaba despatarrado en el suelo.
-¿Está muerto? -dijo en voz baja el hombre colocado de rodillas al lado de Simonov.
-De muerto nada -rezongó Karl-, ¡ojalá estuviera muerto!
Y señaló a Simonov con un dedo acusador.
-Ha matado a Boris, me ha hecho polvo la cara... tendrías que dejar que le machacara la cabeza.
-No me parece muy original -le cortó el otro; después, se levantó.
Aquel tipo era alto y más delgado que una vara, pese incluso a su voluminosa *parka.* Tenía la cara pálida, labios finos y expresión sardónica vista a la luz de la luna, los ojos hundidos y oscuros brillaban como joyas. Se llamaba Chingiz Khuv y era comandante, pero en la rama especializada de la KGB donde trabajaba había que evitar los uniformes y el uso de títulos y graduaciones. El anonimato aumentaba la productividad y aseguraba la longevidad. Khuv había olvidado quién había dicho aquella frase, pero se adhería plenamente a ella. El anonimato conseguía esas dos cosas, pero había que asegurarse al mismo tiempo que no disminuyera la autoridad.
-Es un enemigo nuestro, ¿sí o no? -refunfuñó Karl.
-Sí, pero no es más que una persona y nuestros enemigos son muchos.
Estoy de acuerdo contigo en que sería formidable retorcerle el pescuezo y a lo mejor tienes oportunidad de hacerlo..., pero no será antes de que yo le haya hecho papilla los sesos.
-Necesito que me atiendan -dijo Karl, frotándose un poco de nieve suavemente por la cara.
-A él le ocurre lo mismo -dijo indicando con un gesto a Simonov- y también al pobre Boris.
Volvió a su escondrijo entre las rocas y sacó una radio de bolsillo, extendió la antena y, hablando por el micrófono, dijo:
-Zero... aquí Khuv. Envía enseguida el helicóptero de socorro. Estamos a un kilómetro del Projekt río arriba, en la parte superior del centro oriental.

El piloto verá la antorcha... Cambio -Zero... voy enseguida, camarada... Cambio y corto -fue la respuesta, aguda y acompañada de ruidos.
Khuv cogió una antorcha, la prendió, la hincó en el suelo y apiló nieve a su alrededor. Inmediatamente después bajó la cremallera del anorak de Simonov y comenzó a revolverle los bolsillos. No había mucha cosa: los prismáticos de visión nocturna, cargadores suplementarios para el arma automática, cigarrillos rusos, una fotografía ligeramente arrugada de una esbelta campesina sentada en un campo de margaritas, un lápiz y un pequeño bloc, media docena de cerillas sueltas, un carnet «oficial» del servicio secreto soviético y una barra curvada de goma de un centímetro de grueso por cinco centímetros de largo. Khuv observó unos momentos el trozo de goma negra, en el que divisó unas marcas que parecían...
-¡Marcas de dientes! -dijo, asintiendo con la cabeza.
-¿Cómo? -masculló Karl.
Se había acercado a Khuv para ver qué hacía. Hablaba a través de un puñado de nieve con el que pretendía restañar las heridas que tenía en la nariz y en los labios.
-¿Qué has dicho? ¿Marcas de dientes?
Khuv le mostró la goma.
-Es un protector de las encías -le informó-. Seguro que lo usa por las noches, para evitar que le rechinen los dientes.
Se pusieron de rodillas al lado de Simonov y Karl comenzó a manipular sus mandíbulas. El hombre, que estaba inconsciente, se quejó y se resistió un poco, hasta que finalmente se rindió a la presión de las manazas del ruso. Karl le obligó a abrir la boca y dijo:
-Llevo una linterna en forma de lápiz en el bolsillo de arriba.
Khuv hurgó en el bolsillo del otro y le sacó la linterna, con la que iluminó la boca de Simonov. En la mandíbula inferior, a la izquierda, muy atrás, la segunda pieza contando desde la muela del juicio... A primera vista parecía una muela empastada, pero, si se observaba con más atención, era evidente que se trataba de una muela hueca, dentro de la cual se alojaba un minúsculo cilindro. Había desaparecido parte del esmalte, que dejaba ver el metal brillante que se encontraba debajo.
-¿Cianuro? -se preguntó Karl.
-No, actualmente tienen algo mejor -respondió Khuv-. Es instantáneo y totalmente indoloro. Mejor que se lo saquemos antes de que despierte. No se sabe nunca... a lo mejor se empeña en convertirse en un héroe.
-Vuélvele la cara del lado izquierdo y acércasela al suelo -masculló Karl.
Había puesto las armas de Simonov y de Boris en uno de sus bolsillos y ahora las sacó para usar la culata del arma de Simonov como palanca para separarle las mandíbulas. El arma de su camarada muerto tenía un cañón largo y fino.
-¡Ésta no me hará más daño a mí que a él! -masculló Karl-. Me figuro que a Boris le gustaría saber que utilizo su arma.
-¿Cómo? -le gritó Khuv-. ¿Te gustaría dispararle? Vas a estropearle la cara y a lo mejor se muere del susto.
-Me encantaría pegarle un tiro -respondió Karl-, pero no es ésa mi intención.
Puso el talón sobre la culata del revólver.

Khuv miró para el otro lado. Esta parte era para gente como Karl.
A Khuv le gustaba pensar que él estaba un poco por encima de la simple brutalidad animal. Miró por encima del borde del acantilado, hizo rechinar los dientes en una especie de morbosa empatia al oír que Karl daba un golpe con el mango del martillo en la culata del arma.
-¡Ya está! -dijo Karl con aire de satisfacción-. ¡Terminado!
En realidad le había sacado dos dientes completos, la muela que contenía el cilindro y la vecina. Ahora metió un dedo pringoso en la boca llena de sangre de Simonov para hacerse con las muelas.
-Todo terminado -volvió a decir Karl-, y además no he roto el cilindro.
Fíjate que tiene la tapadera puesta. Ya estaba a punto de volver en sí, creo, pero ahora el dolor lo mantendrá atontado.
-Lo has hecho perfectamente -dijo Khuv con un leve estremecimiento-.
Métele un poco de nieve en la boca... pero no mucha.
E inclinando la cabeza, añadió:
-¡Ya vienen!
Desde el fondo del precipicio llegaba una luz tenue y artificial, como los rayos de un falso amanecer que se presentara a oleadas. Ahora iba aclarándose rápidamente. Con la luz llegó el sonido intermitente y cortante de los rotores de un helicóptero...
Jazz Simmons estaba cayendo, cayendo, cayendo... Estaba en la cima de una montaña y caía sin saber cómo. Era una montaña altísima y tardaría mucho tiempo en llegar al suelo. La verdad es que hacía tanto rato que estaba cayendo que más bien parecía estar flotando. Flotaba en el aire, despatarrado como una rana, en caída libre, igual que un experto paracaidista que estuviese aguardando el momento oportuno para abrir el paracaídas. Lo que pasaba es que Jazz no tenía paracaídas. Debía de haberse golpeado con algo al caer, porque tenía la boca llena de sangre.
Las náuseas y el vómito lo sacaron de la pesadilla para sumirlo en una realidad todavía peor que una pesadilla. ¡Estaba cayendo de veras! Súbitamente lo recordó todo y el pensamiento iluminó su cabeza.
¡Oh, Dios santo! ¡Me han arrojado por el precipicio!
Pero en realidad no caía, sino que flotaba. Por lo menos esta parte del sueño era real. Y ahora, mientras su cerebro empezaba a funcionar y la impresión parecía irse atenuando un poco, sintió la fuerte presión de las correas y la enorme fuerza del aire que proyectaba el gran ventilador del helicóptero, situado más arriba de su cabeza. Estiró el cuello y retorció el cuerpo y con grandes esfuerzos consiguió dirigir la vista hacia arriba. Encima tenía un helicóptero que con sus faros iluminaba las profundidades de la sima, pero encima mismo de su cabeza...
Encima mismo de su cabeza un hombre muerto giraba lentamente suspendido de una cuerda, suspendido de un gancho por el cinturón, los brazos y las piernas colgando fláccidamente. Sus apagados ojos estaban abiertos y cada vez que se daba la vuelta se clavaban en los de Jazz. Por las manchas carmesí que destacaban en su blanca *parka,* Jazz supuso que se trataba del hombre contra el cual había disparado.
Después...
Volvió a desmayarse, una especie de ingravidez, un vértigo frío, un viento restallante y el ruido, combinándose todo para hacerle perder el sentido

por segunda vez. Lo último que recordó al caer en otro precipicio -un pozo negro como la noche de un misericordioso olvido- fue la pregunta que se hizo: ¿por qué tenía la boca llena de sangre y qué había ocurrido con sus muelas?
Unos momentos después de haber viajado en el helicóptero, lo descargaron en la parte plana que coronaba la pared de la presa situada mas arriba y unos hombres con chaquetas amarillas lo sacaron de allí y le retiraron las correas, gancho incluido. También descargaron a Boris Dudko, otro héroe de la Madre Rusia.
Después se encargaron de transportar a Jazz Simmons sin demasiados miramientos, si bien él no se enteró y por eso le importó muy poco.
Tampoco sabía que iba a vivir el sueño de todo agente secreto del mundo occidental: entrar en el interior del Perchorsk Projekt.
Salir de allí ya sería otra cosa...

Capítulo 2

El interrogatorio

Aunque prolijo, el interrogatorio fue extremadamente considerado y hay que decir que Simmons jamás habría imaginado que pudiera ser tan clínicamente aséptico. Por supuesto que en su caso debía hacerse con comedimiento, ya que había estado a las puertas de la muerte cuando sus amigos lo habían sacado subrepticiamente de la URSS. Esto había ocurrido unas semanas atrás -así se lo habían dicho- y al parecer ahora estaba hecho un lío.

El interrogatorio había sido respetuoso, pero en algunos momentos irritante, especialmente porque el oficial que lo interrogaba insistía en llamarle «Mike», pese a saber seguramente que Simmons siempre había respondido únicamente al nombre de Michael o de Jazz, y en Rusia, naturalmente, al de Mijaíl. Pero éste era un detalle sin importancia comparado con el hecho de gozar de libertad y estar todavía con vida.

Del tiempo pasado como prisionero recordaba muy poco, apenas nada. Los de seguridad sospechaban que había sido objeto de un lavado de cerebro, que le habían dicho que olvidara, pero en cualquier caso no habían perdido demasiado tiempo en este aspecto. Lo importante había sido su trabajo, lo que había conseguido. Tal vez hubiera un momento en que los rojos tuvieron intención de conservarlo e incluso de reprogramarlo como doble agente. Pero se ve que después cambiaron de opinión, lo arrojaron al foso y dejaron su cuerpo drogado y maltrecho en la dársena de salida que había debajo de la presa. Su cuerpo fue recuperado a ocho kilómetros de distancia río abajo desde Perchorsk, flotando boca arriba en aguas encalmadas, pero acercándose peligrosamente a unos saltos de agua que indudablemente acabarían con él. De haber ocurrido así, la cosa no habría tenido importancia ninguna: un maderero, un buscador de minas a ratos libres, un tal Mijaíl Símonov, se había caído en el río y, agotado por el frío extremo, se había ahogado. Un accidente que podía ocurrirle a cualquiera, ni era el primero ni el último. Que Occidente pensara lo que quisiera, si alguna vez se enteraran del hecho.

Simmons, sin embargo, no se ahogó. Gente que «simpatizaba» con él había empezado a buscarlo al ver que no volvía al campamento de los madereros, lo localizaron, se ocuparon de él y lo pusieron en manos de unos agentes que lo encaminaron por una ruta de escape fiable. El propio Jazz recordaba únicamente algunos detalles, breves episodios, borrosos en la memoria, de los pocos momentos en que había estado consciente. Un hombre con suerte. De veras que había sido un hombre con suerte.

Los días que duró su recuperación transcurrieron sin complicaciones. Estuvo incómodo, pero no sufrió complicaciones. Iba despertándose a un dolor que iba creciendo lentamente, un dolor que parecía provenir de sus venas tanto como de sus órganos o de partes identificables de su cuerpo. Estaba inmóvil, con la mitad inferior encajonada y (sospechaba) sometida a una especie de tracción, el brazo izquierdo entablillado y vendado y la cabeza igualmente vendada. El hecho de despertar fue para él como salir de un país surreal para emerger en un mundo igualmente espectral,

poblado de sombras grises y de cautos movimientos que discurrían por el exterior.
La luz le llegaba a través de los vendajes, pero si trataba de ver era como mirar a través de la nieve o de una ventana cubierta de escarcha. Al parecer tenía toda la cara magullada, pero los médicos habían conseguido salvarle los ojos. Ahora tenía que dejar que descansasen, como también que descansase el resto de su cuerpo. Simmons no había sido nunca vanidoso y no se formulaba preguntas con respecto a su cara, aunque a veces pensase cómo podía haber quedado. Era natural.
Lo que más le perturbaba eran los sueños, unos sueños que no podía recordar del todo, salvo que le inquietaban, le sumían en un mar de angustias y de acusaciones. Esos sueños le preocupaban y le confundían en los ratos que mediaban entre la vigilia y el comienzo del dolor, pero después lo único que le preocupaba era esto, el dolor. Por lo menos le permitían pulsar un botón para indicar que estaba despierto, para que se enteraran «ellos», los ángeles de aquel infierno en la tierra tan particular: su médico y el oficial que lo interrogaba.
Volverían igual que sombras por la nieve de sus vendajes. El médico le tomaría el pulso (nunca hacía otra cosa) y alborotaría como una gallina preocupada, mientras que el agente de los interrogatorios se limitaría a decir:
-Tranquilízate, Mike, tranquilízate ahora.
Y entonces sentiría el pinchazo de la aguja. Pero el pinchazo no lo tranquilizaría y lo único que haría sería quitarle el dolor y facilitar que hablase. No hablaba solamente porque el agente quería que hablase, sino porque sabía que debía hablar y por simple agradecimiento. ¡Hasta aquí puede llegar el dolor!
Esto era lo que le habían dicho: que aunque estaba muy mal, no es que no tuviese remedio. Lo habían sometido a una operación y todavía tenían que volver a intervenirle, pero lo peor había pasado ya. El calmante empleado provocaba adicción y ahora tenían que desacostumbrarle poco a poco. De momento ya le habían bajado considerablemente la dosis y muy pronto sólo tendría que tomar pastillas. El dolor ya no sería tan intenso. Entretanto, el oficial que lo interrogaba tenía que sacárselo todo, hasta la última gota, y debía estar seguro de que decía la verdad. Seguro que aquel «maldito Johnnie-Rojo» le había metido en la cabeza una sarta de mentiras. Gracias a los métodos que actualmente se empleaban, no era difícil alterar la memoria de un hombre, la percepción que tenía de las cosas, los malditos límites de las cosas. Jazz no sabía que hubiera personas que todavía hablaban de esta manera.
Así es que, para asegurarse de que le sacaban lo que debían sacarle, habían empezado por el principio, antes de que Simmons hubiera sido contratado por el Servicio Secreto; en realidad, antes incluso de que hubiera nacido...
El nombre de Simonov no había sido difícil de adoptar, puesto que era el nombre de su padre. A mediados de los años cincuenta, Sergei Simonov desertó y se fue a Occidente, al Canadá. Era monitor de un equipo de patinadores soviéticos que se renovaban constantemente. Había sido un hombre frío y disciplinado mientras vivió entre hielos pero, fuera de ellos,

le dio por cometer arbitrariedades y por tomar decisiones precipitadas e imprudentes. Más tarde, ya más calmado, a menudo cambiaba de idea, si bien hay cosas difíciles de rectificar. Una es la deserción.
Una aventura amorosa con una patinadora canadiense armó un cierto ruido e hizo que se encontrara desamparado. Pese a todo, había tenido ofertas de trabajo en Norteamérica y la libertad total constituía para él una experiencia embriagadora.
En el curso de un viaje a Nueva York, en el que acompañaba a una compañía de patinadoras, conoció a Elizabeth Fallon, una periodista británica que hacía de corresponsal en los Estados Unidos, de la que se enamoró. Las relaciones fueron tumultuosas y al poco tiempo se casaron. Ella le consiguió un trabajo en Londres y, nueve meses después del día en que sus padres se conocieron en un restaurante serbio de Greenwich Village, nacía Michael J. Simmons en Hampstead.
Siete años más tarde, el 29 de octubre de 1962, el día después de que Kruschev se retirara de Cuba, Sergei entró en la embajada rusa y no volvió a salir.
Por lo menos no salió cuando hubieran podido verle. Sus ancianos padres le habían escrito desde un pueblo en las afueras de Moscú, donde la verdad es que no lo estaban pasando demasiado bien. Sergei, por su parte, había pasado por un período de depresión como resultado de su matrimonio, que quedó roto durante un tiempo. Su doble deserción fue otra de sus apresuradas decisiones, típicas de su manera de ser y que lo empujó a volver a casa a fin de comprobar qué podía salvarse del naufragio. Elizabeth Simmons (que había insistido siempre en usar la versión inglesa del apellido) se limitó a decir:
-¡Menudo peso me he quitado de encima! ¡Ojalá que lo lleven a cualquier parte y que no le falte nunca hielo!
Más adelante resultó que su deseo se había cumplido. En el otoño de 1964, una semana antes de que Jazz cumpliera los nueve años, su madre tuvo noticias del departamento del gobierno encargado de comunicarle que Sergei Simonov había sido abatido de un disparo cuando, después de haber matado a un guardián, se disponía a escaparse de un campo de concentración situado cerca de Tura, en la Tunguska siberiana.
Derramó unas cuantas lágrimas en memoria de los buenos ratos pasados juntos y después siguió adelante. Jazz, por su parte…
Jazz quería mucho a su padre, a aquel hombre moreno y apuesto que solía hablarle en dos idiomas, que le había enseñado a patinar y a esquiar cuando todavía era muy pequeño y que le hablaba con tanta vivacidad de su patria, como si quisiera sembrar en él una semilla que con el tiempo fructificaría y haría que amase todo lo que era ruso…, un amor que había persistido hasta ahora. También le hablaba con amargura de las injusticias del sistema, si bien aquel aspecto quedaba más allá de la comprensión del pequeño Jazz. Ahora, sin embargo, cuando no contaba más que nueve años, las palabras de su padre volvían a cobrar vida, adquirían significado e importancia ante sus ojos y entraban en conflicto con su sed de conocimientos. Aquel padre al que Jazz amaba y de quien siempre había sabido que un día volvería, había muerto, y la Rusia que Sergei Simonov amaba era su asesina. A partir de aquel momento el

interés de Jazz no se centró tanto en la avasalladora grandeza y en las gentes de la que había sido la patria de su padre sino en la opresión que reinaba en ella.
Jazz había ido a una escuela privada antes de los cinco años y, como era lógico, la asignatura que había elegido como objeto de enseñanza especial, y para la cual había que pagar una matrícula complementaria, era el ruso, lengua en que su padre lo había instruido continuamente. Al cumplir los doce años se hizo evidente que estaba especialmente dotado para el ruso, ya que obtuvo un sobresaliente en un examen especial de esta lengua. A los diecisiete años entró en la universidad, donde consiguió clasificaciones excelentes en ruso y, al cumplir los veinte, comenzó a destacar en matemáticas, asignatura en la que siempre había mostrado tener una gran facilidad y en la que su mente despierta siempre se había distinguido. Un año más tarde su madre moría de leucemia. Como Jazz no estaba interesado en cursar una carrera, buscó trabajo como intérprete-traductor industrial. En sus ratos de ocio dedicaba todo el tiempo de que disponía a los deportes de invierno, que practicaba en todo el mundo, buscando siempre lugares de clima favorable y asequibles a su situación económica particular. Aunque tenía unas cuantas amigas, no le unía relación seria con ninguna.
Más adelante, cuando contaba veintitrés años y pasaba unas vacaciones en el Harz, Jazz conoció a un comandante británico que estaba haciendo un curso de entrenamiento militar de invierno. Este nuevo amigo era miembro del Servicio Secreto destacado en el BAOR y puede decirse que aquel encuentro resultó decisivo. Un año más tarde Jazz se encontraba en Berlín en calidad de NCO[5] de aquel mismo cuerpo auxiliar. Pero ni Berlín ni el BRIXMIS eran de su agrado, si bien entonces el Servicio Secreto ya le había puesto los ojos encima y no quería que se arriesgara demasiado. De momento era un mero agente, pero ahora debía empezar a aprender las triquiñuelas del oficio. Se tramitó entonces su desmovilización, que se mantendría durante los seis años siguientes de su vida, para enorme satisfacción de Michael J. Simmons.
A partir de ese momento todo fueron entrenos y más entrenos. Se entrenó en vigilancia, en protección, en huidas, en evasiones, en prácticas militares de invierno, en supervivencia, en el manejo de armas (se convirtió en un buen tirador), en demolición y en combates sin armas. La única cosa que no le podían proporcionar era la experiencia.
Se dispuso que Jazz se trasladase a Moscú, donde actuaría como «intérprete diplomático», cuando surgió «Pill» (surgió o «cayó», según decía la CÍA). Se le relevó de su trabajo original (en cualquier caso, había sido poca cosa más que un ejercicio de entrenamiento) y se le adjudicó la Operación Pill. El Servicio la tenía planeada desde que los soviéticos tenían en marcha el Perchorsk Projekt; los «servicios locales» estaban perfectamente establecidos y funcionaban a las mil maravillas. Jazz fue informado con todo detalle, se trasladó a Moscú bajo el nombre de Henry Parsons, como si fuera un turista corriente y, al cabo de una hora de haber aterrizado, ya estaba provisto de un documento de identidad ruso.

[5] NCO: Noncommissioned Offices: suboficial. *(N. de la t.)*

Un agente del Servicio Secreto que ya estaba en la URSS se encargó de adoptar la identidad de Parsons (junto con su pasaporte, etc.) y se sirvió de su billete para regresar a Londres.
-¡Uno fuera, otro dentro, y aquí se acaba el cuento! -le había explicado el jefe de informaciones a Jazz-. Es como en el juego del *hokey-cokey,* sólo que aquí no hay pie izquierdo, aquí todos son derechos.
Jazz desconocía muchas cosas de Moscú como uno de los terminales de la red; lo habían mantenido en la ignorancia de manera deliberada, por si acaso. Y lo mismo podía decirse de la estructura de Magnitogorsk, que tenía un departamento de envíos por ferrocarril destinados al Perchorsk Projekt. No acababa de entender por qué ese agente que lo interrogaba se sentía tan irritado al ver que no sabía más de esas cosas. Ésta era la impresión que tenía: que a pesar de haber facilitado todos los detalles posibles, el que preguntaba quería saber más. El simple hecho que lo explicaba todo es que las cosas estaban montadas sobre la base de informar únicamente de lo necesario y en realidad Jazz no necesitaba saber más.
En cuanto a los «servicios locales», estaba enterado de todo. Durante las muchas sesiones dedicadas a interrogatorios, Jazz lo había contado todo.
En los años cincuenta, Kruschev había decidido dispersar una bolsa de campesinos ucranianos judíos que le resultaban políticamente sospechosos, los trasladó de la región próxima a Kiev en la que vivían a las lomas y valles orientales de los Urales. A lo mejor se figuró que el frío ya se encargaría de acabar con ellos.
Una vez reinstalados, se les asignaron tierras y trabajo. El trabajo era éste:
ocuparse en faenas forestales y poner trampas para cazar durante el invierno, todo lo cual debía realizarse bajo la supervisión e instrucciones de los oficiales de la vieja guardia del Komsomol, con sede en los yacimientos de petróleo y gas natural del oeste de Siberia. Aunque no se trataba de trabajos forzados propiamente dichos, la verdad es que se les parecía mucho.
Pero los disidentes ucranianos eran una gente muy curiosa: cumplieron con su trabajo a pesar de las dificultades, cubrieron los objetivos, pusieron un gran interés y se establecieron en la zona. Su éxito, unido a la rápida expansión de las industrias de petróleo y gas natural del este, que eran mucho más importantes, hizo difícil e incluso innecesario el estricto control de las colinas judías. Sus vigilantes tenían cosas mejores en que ocuparse. Era a todas luces evidente que una región hasta entonces esencialmente rústica se había convenido ahora en una zona productora de madera y de pieles, que aprovechaba los recursos naturales que poseía y ofrecía trabajo a la gente. Estaba claro que la maniobra de Kruschev había dado buen resultado, al lograr transformar un hatajo de gandules y de parias políticos y levantiscos en ciudadanos rusos intachables y conscientes de su condición. ¡Ojalá hubiera acertado también en otras cosas! Sea como fuere, las visitas de los funcionarios encargados del control se fueron espaciando en proporción directa con los buenos resultados del programa.

En realidad, todo lo que los judíos querían era que los dejasen tranquilos para vivir a su antojo y de acuerdo con sus costumbres. Aunque el clima cambiase, ellos seguirían siendo los mismos. Instalados en sus campamentos y ocupados en labores forestales al pie de las montañas, vivían relativamente satisfechos. Por lo menos allí nadie los importunaba y tenían más que suficiente para vivir. Era duro, pero se estaba bien. Tenían toda la madera que querían para construir sus casas en verano y para calentarse en invierno, disponían de carne en abundancia, cultivaban hortalizas e incluso iban acumulando un buen montón de rublos como resultado de comerciar en secreto con las pieles. En los ríos había algo de oro, que ellos buscaban y lavaban de vez en cuando con éxito más que regular, la caza y la pesca eran abundantes, los horarios flexibles de trabajo aseguraban su buena distribución y todos tenían su parte en la «prosperidad» y en las cosas buenas de la vida. Hasta el frío trabajaba en favor suyo, porque alejaba a los entrometidos y reducía a un mínimo las interferencias.

Varios colonos eran de estirpe rumana y estaban unidos con fuertes lazos con su tierra. Sus opiniones políticas no eran acordes con las de la Madre Rusia ni lo serían nunca, mientras no desapareciese la opresión y la gente no pudiera trabajar a su manera y observar su culto y desaparecieran las restricciones que prohibían emigrar a voluntad. Eran judíos y eran ucranianos, pero se sentían rumanos; si les hubieran ofrecido libertad de elección, quizá se considerarían rusos. Sin embargo, lo que eran por encima de todo era ciudadanos del mundo, sin más amo que ellos mismos. Sus hijos habían crecido con las mismas creencias y aspiraciones.

En resumen, mientras hubiera muchas familias trasladadas a la zona que no eran otra cosa que campesinas, sin una confesión política determinada, en los nuevos pueblos y campamentos había que contar con muchos elementos anticomunistas, disidentes e incluso quintacolumnistas rabiosos. Estaban conectados con enlaces rumanos y en Rumania había grupos similares que tenían lazos sólidos con Occidente.

Mijaíl Simonov -su capa de persona exaltada, educada en la ciudad y amiga de armar jaleos, al que se le había brindado la oportunidad de convertirse en un pionero del Komsomol- había ido a parar a casa de la familia Kirescu, en la aldea de Yelizinka, para trabajar como leñador. Sólo el viejo, Kazimir Kirescu, y su hijo mayor, Yuri, sabían cuál era la verdadera finalidad que perseguía Jazz al pie de los Urales, y lo encubrían para que dispusiera de todo el tiempo posible. Jazz se dedicaba a buscar minas, a cazar o a pescar... pero Kazimir y Yuri sabían la verdad:

que lo que hacía era espiar. Y sabían, además, qué espiaba, cuál era su misión:

descubrir el secreto de la base militar experimental instalada allá abajo, en el corazón del desfiladero de Perchorsk.

-No sólo te juegas el cuello, sino que pierdes el tiempo -le había dicho con rudeza el viejo una noche a Jazz, poco tiempo después de instalarse en casa de los Kirescu.

Jazz se acordaba perfectamente de aquella noche. Anna Kirescu y su hija Tassi habían salido para asistir a una reunión de mujeres que se celebraba en el pueblo, y el hermano pequeño de Yuri, Kaspar, dormía en su cama. Había sido una ocasión que ni pintada para aquella conversación, la primera que sostenían.
-No hace falta bajar allá abajo para ver lo que se llevan entre manos -había continuado Kazimir-. Yuri y yo te lo podemos contar todo, como te lo podría contar cualquiera que viva en esos andurriales si quisiera.
-¡Una arma! -había intervenido Yuri, el hijo leñador, con un corazón como una catedral, pestañeando incesantemente y moviendo su grande y desgreñada cabeza-. Una arma como no se ha visto nunca otra igual, como nadie ha podido imaginar, una arma que convertirá a los soviéticos en el pueblo más fuerte del mundo. La construyeron allá abajo en el barranco e incluso la probaron... pero no salió bien.
El viejo Kazimir había asentido con un gruñido, después de lo cual escupió en el fuego como para subrayar lo dicho y dar más importancia al asunto.
-Hace poco más de dos años... -explicó, con los ojos clavados en las llamas, que rugían en la amplia chimenea de piedra-... pero nosotros ya hacía semanas que sabíamos que se estaba cociendo alguna cosa. Oíamos el ruido de las máquinas, ¿comprendes? Los grandes motores que mueven la cosa.
-¡Eso mismo! -había vuelto a continuar Yuri-. Las grandes turbinas que hay debajo de la presa. Me acuerdo de cuando las instalaron hace más de cuatro años, antes de que pusieran aquel tejado de plomo sobre el trasto ese. Ya entonces habían prohibido cazar y pescar en la parte del paso, pero yo me acercaba lo mismo. Cuando construyeron la presa... los peces bullían en aquel lago artificial.
Ahora, como te cogieran, te las cargabas de lo lindo. En cuanto a las turbinas... fui tan imbécil que me figuré que quizá querían ponernos electricidad.
Todavía estamos sin luz eléctrica. ¿Para qué necesitaban toda esa energía? Y al decir estas palabras se golpeaba la parte lateral de la nariz.
-Lo que sea... -continuó su padre-, lo que pasa es que aquí hay tanta tranquilidad que ciertas noches podrías oír un grito o el ladrido de un perro desde kilómetros de distancia. Pues ya te puedes figurar qué pasó con las turbinas cuando empezaron a hacerlas funcionar. Aunque estuvieran en el fondo del desfiladero, oías sus chirridos y sus zumbidos como si estuvieran aquí en el pueblo. En cuanto a la energía que producían es fácil saber en qué la empleaban: para sus minas y sus túneles, para sus taladros eléctricos y para las herramientas que sirven para abrir la roca, para las luces y para las máquinas de dinamitar. ¡Y claro! También para calentarse y para su comodidad, como es natural, aunque aquí en Yelizinka tengamos que calentarnos quemando troncos. Pero debieron de sacar miles de toneladas de roca de aquel desfiladero, o sea que ya me perdonarás si te digo que sólo Dios sabe para qué han excavado esa madriguera debajo de la montaña.
Después le volvió a tocar el turno a Yuri:

-Pues allí es donde construyeron el arma... ¡debajo de la montaña! Después llegó el momento de probarla. Mi padre y yo habíamos preparado unas cuantas trampas y aquella noche regresábamos tarde a casa. Me acuerdo de todo como si fuese ahora: era una noche como ésta, clara y luminosa. En lo más oscuro del bosque, si mirabas entre las copas de los árboles, veías la aurora boreal refulgiendo como una extraña y pálida cortina que cubriera la parte norte del cielo...
»El zumbido de las turbinas no había sido nunca tan fuerte y parecía que sentías las palpitaciones en el aire. Aunque hay que decir que era como un latido sordo y distante, ¿comprendes?, porque el Projeckt está a diez kilómetros de aquí.
Mi padre y yo estábamos más o menos a medio camino, quizás a cuatro o cinco kilómetros de la fuente. De todos modos, eso te dará una idea de la energía que sacaban del río.
-En la cumbre de la cresta de Grigor -dijo Kazimir pegando la hebra-, nos paramos y miramos para atrás. Una estela de luz, igual que la aurora, inundaba el borde del barranco de Perchorsk. Debo decirte que yo fui uno de los primeros que vino a estas tierras, una de las primeras víctimas del programa de Kruschev, para ser más exactos, y en todos los años que he pasado aquí no había visto nunca una cosa parecida. Aquello no era la naturaleza, no, ¡qué va! ¡Aquello era la máquina, el arma! Lo que ocurrió después fue terrible...
Y se quedó un momento moviendo la cabeza como si no encontrara las palabras adecuadas.
Yuri se había excitado y volvió a intervenir:
-Las turbinas chirriaban a tope... hasta que de pronto se oyó como una especie de gemido, algo así como un suspiro. Del fondo del barranco salió un haz de luz..., ¡no!, fue como un tubo de luz, como un gran cilindro que fuera todo luz.
Los picos de las montañas quedaron iluminados como si fuese de día, y después saltó al cielo. ¿Quieres saber si se movía? Pues te diré que el rayo, comparado con aquella luz, es lento. Eso es lo que a mí me pareció, por lo menos. Fue como una pulsación de luz, porque no es que la vieras, sino que lo que veías era la imagen que quedaba después en tus pupilas. Al momento ya había desaparecido, igual que un cohete lanzado al espacio. Como un rayo a la inversa. ¿Un láser? ¿Un proyector gigante? No, no tiene nada que ver... algo más sólido.
Ante aquellas palabras Jazz no había podido por menos de sonreír, pero el viejo Kazimir no había sonreído.
-¡Es tal como cuenta Yuri! -había declarado-. Cuando ocurrió era una noche muy clara, pero al cabo de una hora el cielo estaba cubierto de nubes que no sé de dónde salieron y comenzó a caer una lluvia caliente. Después se desató una ventolera cálida que parecía el aliento de una bestia, como si la vomitaran las montañas. Y por la mañana, de los picos y de los pasos más altos bajaron volando los pájaros para venir a morir aquí abajo. ¡Los había a millares! Y también animales. No hay rayo de luz, por potente que sea, que pueda conseguir eso. Y esto no es todo, porque así que hubieron hecho la prueba, una vez proyectaron aquella barra de luz

en el cielo, se notó aquel tufillo a quemado, a cosa eléctrica quemada, ¿comprendes? No sé si sería ozono. Pero después sonaron las sirenas.
-¿Las sirenas? -Jazz iba sintiéndose interesado por momentos-. ¿Desde el Projekt?
-¡Claro! ¿Desde dónde, si no? -respondió Kazimir-. Eran sus sirenas de alerta, sus alarmas. Se había producido un accidente y era de consideración. Sí, hubo rumores. Y durante las dos o tres semanas siguientes... hubo helicópteros que entraban y salían, ambulancias que circulaban por la nueva carretera, hombres con la vestimenta contra las radiaciones que descontaminaban las paredes del desfiladero. La consigna ahora era: deshacer lo hecho. El arma había lanzado su descarga al cielo, eso estaba claro, pero también había tenido unos efectos de retroceso en la caverna donde se alojaba. Había actuado igual que un incinerador:
había fundido la roca, había hecho saltar el tejado y, por poco, arranca toda la cubierta. Estuvieron más de una semana sacando muertos, y desde entonces no han vuelto a hacer pruebas.
-¿Y qué pasa ahora? -parecía que Yuri había de decir la última palabra.
Después de encoger sus poderosos hombros, dijo:
-Ahora, de cuando en cuando, hacen funcionar las turbinas, quizá sólo para mantenerlas en forma, pero como dice mi padre, ahora el arma está quieta. No ha habido más pruebas. Quizás aquella primera prueba les enseñó algo que todavía no sabían. Lo que yo creo es que ahora se han dado cuenta de que no están en condiciones de controlarla, que la máquina les puede. Aunque esto no explica por qué siguen aquí, por qué no lo han desmantelado y han ahuecado el ala.
Ante aquellas palabras Jazz movió la cabeza y dijo: -Bueno, pues ésta es precisamente una de las cosas que tengo que descubrir. Mirad, en Occidente hay un montón de hombres muy importantes y muy inteligentes que están preocupados por el Perchorsk Projekt. Y cuantas más cosas sé acerca de él, más convencido estoy de que tienen motivos para preocuparse...
Una noche, cuando dieron las pildoras a Jazz, éste no se las tomó. Hizo como que se las tragaba, pero se las dejó a un lado de la boca y bebió el agua sin engullirlas. En parte era un acto de rebeldía -contra lo que equivalía a un encarcelamiento físico, e incluso mental, aunque bien intencionado- y en parte otra cosa. Necesitaba tiempo para pensar. Era algo de lo que nunca tenía bastante:
tiempo para pensar. O estaba durmiendo o tomando pildoras para dormir, O sufría dolores o estaba bajo los efectos de la inyección que amortiguaba el dolor y le ayudaba a hablar con el oficial que hacía los interrogatorios, pero nunca lo dejaban en paz para estar tumbado y pensar.
Tal vez no querían que pensara. Entonces no podía por menos de preguntarse: ¿por qué no quieren que piense? Aunque su cuerpo estaba bastante apabullado, a su cerebro no parecía haberle pasado gran cosa.
Cuando se quedó solo (así que oyó que salían de la habitación y cerraban la puerta) volvió un poco la cabeza a un lado y escupió las píldoras. Le habían dejado un poco de mal sabor, pero era soportable. Si volvía el dolor, siempre podía tocar el timbre, que tenía al alcance de la mano

derecha, la que tenía libre. Lo único que tenía que hacer era un poco de presión con el índice.
Pero no volvió el dolor ni vino tampoco el sueño, por lo que Jazz tuvo ocasión de quedarse tumbado en la cama pensando. Y lo mejor de todo fue que, al cabo de un ratito, sus pensamientos se hicieron menos confusos. De hecho, en lugar de aquella confusión mental a la que ya se había acostumbrado, sus pensamientos se volvieron diáfanos como el cristal. Y comenzó a preguntarse de nuevo todas aquellas cosas que se había estado preguntando hasta entonces, pero a las que todavía no había tenido tiempo de contestar. Como ésta: ¿dónde demonios estaban sus amigos?
Había salido de Rusia... ¿cuánto tiempo hacía?, ¿dos semanas quizás...?, y las únicas personas que había visto (o, mejor dicho, las únicas que lo habían visto a él)
eran un médico, un agente encargado de interrogarle y una enfermera que se dedicaba a refunfuñar, pero que no hablaba nunca. Sin embargo, él en el Servicio tenía amigos, y era más que seguro que sabían que había vuelto. ¿Por qué no habían ido a visitarle?, ¿tan mal estaba? ¿Estaría mal de verdad?
«No estoy tan mal como eso», se dijo Jazz en un hilo de voz.
Movió el brazo derecho y cerró el puño. El agujero de la muñeca ya se había cerrado y sobre la perforación había crecido nueva piel, tanto por la parte de arriba como por la de abajo. Había tenido la suerte loca de que la punta del piolet se hubiera deslizado entre los huesos y no le hubiera tocado las arterias. Todavía tenía la mano un poco envarada, pero esto era por la falta de movimiento. Nada más.
Notaba cierto dolor, pero era soportable. Ahora que lo pensaba con más detenimiento, en ese momento prácticamente no le dolía nada y, por supuesto, lo podía mover todo. ¿Podía moverlo todo? Jazz decidió que era mejor no hacer la prueba.
En cuanto a la vista, ¿estaba a oscuras la habitación o estaba iluminada? La «nieve» de sus vendajes era gruesa y oscura y le habían dicho que le habían salvado la vista. ¿Salvado de qué? ¿En qué habían quedado afectados los ojos?
Decir que le habían salvado la vista podía significar cualquier cosa. Por ejemplo, que estaría en condiciones de ver... pero ¿igual que antes?
De pronto, por primera vez desde que se encontraba en aquel recinto, sintió pánico. A lo mejor no se lo habían dicho todo porque esperaban el momento de interrogarlo a fondo, para no desmoralizarlo ni distraerlo. Algo así como: mientras hay vida, hay esperanza. ¿Sería verdad? ¿Sería verdad que no se lo habían dicho todo?
Jazz trató de dominarse y soltó una risita burlona. ¿Decírselo todo? Pero si no le habían dicho nada. Era él quien se había encargado de...
De hablar...
Aquella claridad mental que ahora tenía lo conducía por un camino que lo aterrorizaba, un camino que llevaba cuesta abajo. Cuanto más consideraba las posibilidades, tanto más aprisa caminaba y tanto más aterrador le parecía todo. Las piezas de un rompecabezas cuya existencia no había sospechado comenzaban a encajar y a ponerse en su sitio. Y el

dibujo que aparecía era el de un payaso, el de un títere con su nombre y todo: Michael J. Simmons, el incauto.
Dobló el codo derecho, levantó la mano hasta la cabeza vendada y comenzó a tirar de los vendajes que le cubrían los ojos. Pero lo hacía con muchísimo cuidado, porque lo único que necesitaba era un pequeño resquicio nada más. Una pequeñísima abertura entre las vendas. Quería ver sin ser visto.
Al cabo de un momento se dio cuenta de que lo había conseguido, pero era difícil afirmarlo con absoluta seguridad. La nieve seguía allí pero si entornaba los ojos ante las rendijas de luz (la verdad es que era muy escasa) casi parecía todo natural. Era como cuando era pequeño: solía quedarse en cama con los ojos cerrados y simulaba la respiración lenta y regular de los que duermen. Entonces entraba su madre y encendía la luz, se quedaba de pie mirándolo, sin estar nunca segura de si dormía de verdad o estaba despierto. Pero ahora, con todos estos vendajes que le envolvían la cara, tenía que ser muchísimo mas fácil.
Volvió a estirar el brazo, palpó el botón y lo pulsó. Ahora la enfermera sabría que estaba despierto, pero el principio seguiría siendo el mismo: cuando ella entrase, él la miraría y ella no sabría que la miraba. ¡Así lo esperaba, por lo menos!
Al instante se oyeron unos pasos ligeros pero sin apresuramiento. Jazz volvió a presionar la cabeza en la almohada y quedó a la espera de lo que ocurriese en la semioscuridad de la habitación. Oía a su alrededor el zumbido leve del aire acondicionado, el aire olía ligeramente a antiséptico y sentía en la piel el tacto áspero de las sábanas. Entonces pensó: «Esto no parece la habitación de un hospital. Los hospitales, en el mejor de los casos, parecen artificiales, irreales. Pero esta habitación tiene un aire falsamente artificial...» Pero se abrió la puerta y entró la luz.
Jazz desvió los ojos hacia arriba; gracias a que los tenía entornados, no quedó deslumbrado por la luz de la bombilla desnuda que colgaba de un cordón suspendido del techo. En cuanto al techo, era de piedra gris oscuro con hoyos y surcos producidos por explosiones. La habitación del hospital de Jazz era una cueva excavada por el hombre o, cuando menos, parte de una cueva.
Demasiado aturdido para moverse, se quedó completamente inmóvil mientras la enfermera se acercaba a su lecho. Después, luchando contra la rabia y la repugnancia que sentía crecer en su interior, volvió lentamente la cabeza para mirarla. Ella apenas le dirigió una mirada y se limitó a agacharse para tomarle el pulso. Era baja y gruesa, con el cabello lacio y corto, como los caballeros medievales; en la cabeza, el gorro almidonado característico del uniforme de las enfermeras, pero no de las enfermeras británicas. Los más espantosos temores de Jazz se habían hecho realidad.
Sintió los dedos de la mujer en su muñeca y retiró la mano en un movimiento brusco. Ella lanzó un profundo suspiro, dio un paso atrás y el talón de uno de sus zapatos negros y cuadrados pisó algo que había en el suelo y que crujió al aplastarse. La mujer se quedó inmóvil, miró al suelo, observó a Jazz y frunció el entrecejo. Sus ojos verdes se empequeñecieron como si estuviera tratando de introducir su mirada por la estrecha rendija

que se abría entre los vendajes. Tal vez veía el brillo acerado de los ojos grises de Jazz. En cualquier caso se limitó a suspirar por segunda vez y a llevarse la mano a la boca.
Después se arrodilló, recogió los fragmentos de la píldora, se irguió furiosa y su rostro regordete dejó traslucir una rabia contenida. Clavó la mirada en Jazz, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Él la dejó hacer, pero finalmente la interpeló:
-¿Camarada?
La mujer se paró instintivamente, giró en redondo y avanzó la mandíbula, miró ceñuda y con odio al espía, se apresuró a salir y dio un portazo terrible. En su precipitación por salir e ir a informar del hecho, se olvidó de apagar la luz.
Jazz pensó: «Me quedan unos dos minutos de tiempo antes de que las cosas empiecen a caldearse. Mejor será aprovecharlos.» Dirigió la mirada hacia la izquierda, el costado supuestamente «muerto», y vio un plato hondo en el que había un líquido de un color amarillo claro puesto en una mesilla. Inclinando la cabeza y estirando el cuello todo lo que le fue posible en aquella dirección, aspiró profundamente y notó un fuerte olor a antiséptico. ¡Qué fácil era crear un ambiente de hospital! Bastaba con poner unas baldosas de goma en el suelo para amortiguar los pasos, un plato con TCP para difundir un poco de olor a limpio y una aportación constante de aire templado y estéril. Tan sencillo como eso.
Las paredes de la habitación de Jazz (¿su celda?) eran planchas de metal acanalado aseguradas con pernos a unos montantes de acero verticales. Jazz suponía que también debía de haber una plancha de recubrimiento para mantener la habitación aislada e insonorizada. También podía ser que toda esta zona fuera un hospital, construido para atender al personal del Projekt. Después del incidente de Perchorsk es probable que lo hubieran considerado aconsejable. El hecho de contar con un hospital era práctico para realizar chequeos periódicos y seguramente debía de estar situado junto a unas instalaciones de descontaminación, puesto que con certeza aquí abajo debía de haber todavía un reactor atómico. En Occidente estaban totalmente seguros de que lo había. De todos modos, Jazz ya había detectado en la pared un aparato indicador de exceso de radiación, que en aquel momento estaba verde, con sólo un leve tinte rosado en la abertura.
El techo irregular de roca debía de estar a unos dos metros y medio de altura, era extremadamente duro en cuanto a su aspecto y no tenía ninguna grieta, o por lo menos Jazz no observó ninguna. Teniendo en cuenta los macizos montantes de acero, Jazz experimentó una sensación de claustrofobia, algo así como el peso enorme de una montaña que le oprimiese, puesto que ahora ya no tenía ninguna duda con respecto al lugar en que se encontraba: estaba debajo de los Urales.
Sintió unos pasos que se acercaban corriendo y la puerta se abrió de par en par. Jazz levantó la cabeza todo lo que se lo permitían las restricciones y clavó la mirada en los hombres que acababan de entrar jadeando en la habitación. Eran dos y detrás de ellos seguía la enfermera gorda. Pisándoles los talones apareció un tercer hombre con una bata blanca y una aguja hipodérmica en la mano. Jazz supo quién era al momento: el

médico que alborotaba como una gallina, su tomador de pulso favorito. Pues bien, quizás ahora tendría motivos para cacarear.
-Mike, amigo mío... -dijo el hombre que iba delante, vestido con ropas de paisano normales, avanzando y dejando a los otros atrás.
Acercándose más a la cama añadió:
-¿Qué es esto que nos ha contado nuestra querida enfermera? ¿Cómo es esto? ¿No te has tomado las pastillas? ¿Por qué? ¿No querían ir para abajo?
Aquella voz que pretendía ser agradable era la del funcionario encargado de sus interrogatorios.
Jazz, muy envarado, asintió con la cabeza.
-Exactamente, «viejo» -respondió con aspereza-, se me han quedado atascadas en el buche.
Levantó la mano derecha, cogió los falsos vendajes y desgarró los que le cubrían los ojos, después los clavó en los cuatro hombres, que se quedaron inmóviles como moscas atrapadas en la miel.
Al instante el doctor murmuró algo en ruso, dio un paso adelante en señal de impaciencia y se dispuso a clavarle la aguja. El hombre número dos de la habitación, que también iba vestido de paisano, lo cogió por el brazo e impidió que hiciera nada.
-No -dijo Chingiz fríamente al médico, en ruso-. ¿No os dais cuenta de que está despierto? Pues si está despierto, consciente y al corriente de todo, dejemos que siga de esa manera. De todos modos, quiero hablar con él. Ahora me pertenece completamente.
-¡No! -dijo Jazz, clavando en él los ojos-. Sólo me pertenezco a mí mismo.
Si quiere hablar conmigo, déjelos que me droguen, porque es la única forma de conseguir que hable.
Khuv sonrió, se acercó a la cama y miró a Jazz.
-Usted ya ha hablado bastante, mister Simmons -dijo, no sin un cierto deje de malicia-. Ya ha hablado bastante, se lo aseguro. De todos modos, no tengo intención de preguntarle nada. Lo que quiero simplemente es decirle unas cuantas cosas y quizá mostrarle otras. Nada más.
-¡Ah! -dijo Jazz.
-Sí, eso es. Lo que voy a decirle es lo que usted tiene más ganas de saber:
todo lo relativo al Perchorsk Projekt, qué intentamos hacer aquí y qué hemos hecho de momento. ¿Le gustará saberlo?
-Me encantará -dijo Jazz-. ¿Y qué es lo que piensa enseñarme, el lugar donde fabrican sus espantosos monstruos?
Los ojos de Khuv se empequeñecieron, pero volvió a sonreír.
-Más o menos -dijo-, si bien hay algo que conviene que sepa desde el principio: no los hacemos nosotros.
-¡Por supuesto que sí que los hacen! -dijo Jazz, afirmando al mismo tiempo con la cabeza-. De eso estamos más que seguros. Aquí es donde está la fuente.
Aquí es donde nació..., donde se generó.
La expresión de Khuv no cambió.
-Se equivoca -dijo-, pero es lógico que piense así, porque usted no conoce más que la mitad de la historia. La cosa salió de aquí, eso es verdad, pero no nació aquí. No, nació en un mundo toalmente diferente.

Se sentó en la cama de Jazz y lo miró fijamente.
-Me sorprende que usted sea un superviviente, mister Simmons.
Jazz no pudo reprimir una risita de mofa.
-¿Voy a sobrevivir también a esto?
-Es posible.
Ahora la sonrisa de Khuv era auténtica, como si se las estuviese prometiendo muy felices.
-Primero tenemos que ponerlo a usted de pie y mostrarle este lugar y después...
Jazz movió la cabeza con aire inquisitivo.
-Y después..., después veremos qué clase de superviviente es usted realmente.

Capítulo 3

El Perchorsk Projekt

El vasto complejo construido en la base de la montaña situada en el fondo del barranco de Perchorsk sólo producía cierto grado de orgullo ruso a Chingiz Khuv acompañando a Michael J. Simmons en una visita de inspección, si bien Khuv no dejaba de sentir respeto por el considerable talento que poseía Jazz para destruir.
Durante el paseo, el agente británico estaba literalmente metido en una especie de camisa de fuerza que lo inutilizaba de cintura para arriba y, por si fuera poco, Karl Vyotsky estuvo presente todo el tiempo, como arrogante guardaespaldas de su jefe de la KGB.
-Échele las culpas a la laguna que tenemos en la tecnología en caso de que tenga que contar con un chivo expiatorio -dijo Khuv al agente británico-. Los norteamericanos, con sus microchips, sus satélites espías, sus complicados e inteligentes sistemas electrónicos de escucha... Me refiero a que ¿dónde está la seguridad si pueden escuchar cualquier llamada telefónica que se haga en este amplio mundo? Y éstas no son más que unas pocas de las muchas maneras mediante las cuales se puede obtener información. El arte de espiar -y dirigió una mirada de soslayo a Jazz, aunque sin hostilidad ninguna- adopta una gran cantidad de formas e involucra a algunos formidables e incluso diría aterradores talentos. Me refiero a ambos bandos, el Este y el Oeste por igual. Una gran tecnología por un lado y lo sobrenatural por otro.
-¿Lo sobrenatural? -dijo Jazz levantando las cejas y con aire interrogativo-.
A mí el Perchorsk Projekt me parece una cosa que no tiene nada de sobrenatural.
Y, por otra parte, siento decir que no creo mucho en los fantasmas.
Khuv sonrió y asintió con la cabeza.
-Lo sé -dijo-, lo sé. Ya hemos hablado de esas cosas. ¿O es que no lo recuerda?
Jazz se quedó en suspenso y frunció el entrecejo. Ahora que se detenía a pensarlo, sí lo recordaba. Había formado parte de los interrogatorios, si bien entonces no le prestó demasiada atención. En realidad, se figuraba que el funcionario le estaba tomando el pelo. Eso de preguntarle si sabía algo de INTESP o de la Rama-E, que se servían de la percepción extrasensorial como instrumento de espionaje... De hecho, las iniciales ESP[6] eran las primeras letras de la palabra espionaje. De todos modos, Jazz no sabía absolutamente nada de esto y, probablemente, de haberlo sabido, tampoco lo habría creído.
-Si lo de la telepatía fuera verdad -dijo a Khuv-, no habrían tenido necesidad de enviarme a mí, ¿no cree? La verdad es que ya no habría secretos.

[6] ESP: Extra Sensory Perception, percepción extrasensorial. La palabra «esper» se aplica aquí a personas dotadas de esta facultad. *(N.de la t.)*

-Exactamente, exactamente -respondió Khuv después de una pausa momentánea-. En otro tiempo yo pensaba lo mismo. Y como usted acaba de indicar, todo esto -y al mismo tiempo hizo un gesto amplio con el brazo- no tiene nada de sobrenatural.
«Todo esto» era el gimnasio donde, durante la última semana, Jazz había estado poniéndose en forma después de los quince días que había pasado tumbado boca arriba. El que le hubieran sonsacado tan fácilmente todo lo que sabía no encajaba muy bien con su manera de ser. Ahora, mientras se paraban un momento para dejar que Karl Vyotsky se sacara el jersey y trabajara unos minutos con las pesas, Jazz pensó que también él personalmente habría hecho con gusto unas cuantas preguntas que le interesaban.
Estaba completamente seguro de que, cualesquiera que fueran las preguntas que le hiciera a éste, se las contestaría de manera directa y sincera. En este aspecto el comandante de la KGB era totalmente accesible. Por otra parte, ¿por qué no había de mostrarse franco con él? No tenía nada que perder. Sabía que no saldría de este sitio nunca más en la vida. De esto se había podido dar cuenta enseguida. Por lo menos esto es lo que ellos se figuraban.
-Usted me sorprende -dijo- quejándose de la pericia de los norteamericanos. Se supone que yo estoy a prueba de lavados de cerebro en un setenta y cinco por ciento, pero usted se las arregló para sacarme el tapón y canté como el primero. No ha habido torturas ni amenazas y además soy resistente al pentotal... La verdad es que me ha sido imposible mantener cerrada la boca.
¿Cómo lo ha conseguido?
Khuv clavó los ojos en él y volvió a observar a Vyotsky, que estaba manejando pesas como si fueran *papier-mâché.* Jazz también observaba a Vyotsky.
El subordinado de Khuv era un hombre corpulento: alrededor de metro noventa y más de noventa kilos, todo músculos. Parecía que no tenía cuello y un tórax que era como un cañón montado en la cintura. Por debajo de los pantalones de un azul claro se le notaban los muslos, turgentes y prietos. Sentía los ojos de Jazz fijos en él y por detrás de su negra barba asomaba una sonrisa, mientras hacía ostentación de unos bíceps que habrían avergonzado a un oso.
-¿Te gustaría trabajar conmigo, británico?
El hombre terminó sus ejercicios y ahora soltó las pesas, que retumbaron al caer al suelo.
-¿En un ring y sin guantes, quizá?
-No tienes más que decir una palabra, Iván -respondió Jazz con una media sonrisa y bajando la voz-. ¿No recuerdas que te debo dos muelas?
Vyotsky le mostró las suyas, pero esta vez no con una sonrisa, y le puso el jersey. Khuv se volvió a Jazz y dijo:
-No se arriesgue con Karl, amigo. Le gana por diez kilos de más y por diez años de experiencia, aparte de que tiene costumbres muy feas. Cuando lo atrapó en la montaña, le arrancó dos muelas, de acuerdo, pero puede creerme si le digo que tuvo una suerte loca, porque lo que habría querido arrancarle hubiera sido la cabeza. Y es posible que lo hubiera hecho, y con

poco esfuerzo, además. Incluso yo habría podido dejar que lo hiciera, aunque habría sido un despilfarro inútil y ya hemos despilfarrado bastante aquí.
Volvieron a ponerse en marcha, atravesaron el gimnasio y entraron en una sala con una pequeña piscina. No estaba embaldosada y había sido construida dinamitando el lecho de roca sobre una falla natural. El techo irregular y veteado era aquí un poco más alto. Había varios miembros del personal del Projekt nadando en el agua caliente de la piscina; la sala se llenaba de ecos al chocar la carne contra el plástico, mientras dos mujeres jugaban a la pelota. Un hombre delgado y de cabello ralo practicaba el lanzamiento de cuchillos desde un trampolín.
-En cuanto al interrogatorio al que ha sido sometido -dijo Khuv encogiéndose de hombros-, le diré que hay técnicas y técnicas. Occidente tiene sus artilugios miniatura, su soberbia electrónica, nosotros tenemos nuestros...
-¿Químicos búlgaros? -le interrumpió Jazz.
La franja embaldosada al borde de la piscina estaba húmeda y resbaladiza.
Jazz patinó, pero Vyotsky lo cogió con fuerza por el brazo y evitó su caída. Jazz lanzó una imprecación en voz baja.
-¿Saben lo incómodo que es tener que caminar con esto encima?
Se refería a la camisa de fuerza.
-Es una precaución necesaria -dijo Khuv-. Lo siento, pero es mejor así. La mayoría de los que están aquí no van armados. Son hombres de ciencia, no soldados. Los soldados guardan las entradas del Projekt, naturalmente, pero sus cuarteles están en otra parte; no lejos de aquí, pero no aquí. Sin embargo, aquí también hay algunos soldados, como podrá comprobar, lo que pasa es que son especialistas. Así es que, si usted anduviera suelto por ahí... -nuevamente volvió a encogerse de hombros- ... podría hacer mucho daño antes de que se encontrara con un tipo como Karl.
Al llegar al extremo de la piscina, pasaron por otra puerta y accedieron a un pasadizo que describía una curva suave que Jazz reconoció como el perímetro. Así era como lo llamaban: «el perímetro», un túnel revestido de metal con el pavimento de goma que rodeaba todo el complejo aproximadamente a nivel medio.
Desde el perímetro, unas puertas conducían al interior de las diferentes zonas del Projekt. Todavía había algunas puertas que Jazz no había atravesado y que eran las que requerían medidas especiales de seguridad. Había visitado las zonas donde se hacía vida -el hospital, las salas de recreo, el comedor y algunos de los laboratorios-, pero no había visto la máquina propiamente dicha, suponiendo que existiera semejante bestia. Khuv le había prometido, sin embargo, que hoy visitaría «las entrañas» de aquel lugar.
Khuv iba delante, seguido de Jazz y de Vyotsky, que cerraba la comitiva. A su alrededor circulaba gente que iba y venía, ataviada con batas de laboratorio o con monos. Algunos llevaban blocs o notas en la mano; otros, piezas de maquinaria o instrumentos. Aquel sitio habría podido ser

una fábrica de alta tecnología de cualquier lugar del mundo. Seguido de Jazz y de su escolta, Khuv dijo:
-En cuanto a lo que me ha preguntado sobre su interrogatorio, he de decirle que tiene razón en lo de nuestros amigos, los búlgaros. Hay que reconocer que están muy dotados para preparar poderosos brebajes... y que conste que no me estoy refiriendo únicamente al vino. Las pildoras eran para provocarle dolor, para desencadenarle calambres en los músculos y para potenciar su sensibilidad. Las inyecciones eran en parte el suero de la verdad y en parte sedantes. Sus efectos consisten en conseguir que la persona sea susceptible a las sugestiones que se le hacen. No sirven tanto para conseguir que no se resista como para hacerlo más propenso a creerse todo lo que se le diga. El encargado de hacerle los interrogatorios no sólo habla muy bien el inglés, sino que además es un psicólogo de primera clase. Así que no se eche las culpas si acabó cediendo, porque la verdad es que no tenía más opción que ésa. Usted se figuraba que estaba entre los suyos y que no hacía otra cosa que cumplir con su deber.
Jazz se limitó a gruñir por toda respuesta. Su rostro no reflejaba emoción alguna, pues así era como había aprendido a mantenerse desde que descubrió que había sido engañado.
-Por supuesto -continuó Khuv- que sus «químicos» británicos también son listos. Fíjese en la artimaña de la cápsula que guardaba usted en la boca. Aquí en el Projekt no hemos podido analizarla. Aunque esto no tiene por qué sorprender a nadie, ya que aquí no disponemos de todo lo necesario para hacer análisis..., no es ésta la finalidad del Perchorsk Projekt. Con todo, por lo menos hemos podido llegar a la conclusión de que la minúscula cápsula que llevaba en la muela contenía una sustancia extraordinariamente compleja. Por esto la enviamos a Moscú. ¡Quién sabe! A lo mejor contiene alguna cosa que nos pueda ser útil.
Mientras hablaba con Jazz, Khuv no paraba de volverse para mirarlo, repasándolo constantemente de arriba abajo, como hiciera las semanas pasadas. Lo único que veía en él era a un hombre de no más de treinta años sobre cuyos hombros los jefes de los servicios secretos de Occidente habían cargado una pesada responsabilidad. Y pese a toda la preparación de Simmons, pese a su forma física y mental, era un hombre inexperto. Sin embargo, se planteaba una vez más la pregunta, ¿hasta qué punto puede ser «experto» un agente activo del Servicio Secreto? Cada misión era como una moneda echada al aire: si salía cara, ganabas; si salía cruz... a lo mejor perdías la cabeza. O, como habría podido decir el propio agente británico, era como un juego de la ruleta rusa.
Pese a toda la experiencia de Simmons en muchos otros campos, se trataba de facultades aplicables únicamente en teoría, pero que aún no había puesto a prueba en situación de «combate», pues la verdad es que en la primera misión los dados le fueron adversos, el cilindro se puso en su sitio y la bala salió directamente hacia el blanco. Desgraciadamente para Michael J. Simmons, pero afortunadamente para Chingiz Khuv.
Una vez más, los ojos oscuros y fulgurantes del comandante de la KGB se posaron en Simmons. El inglés tenía una talla superior al metro ochenta, un par o tres de centímetros menos que Khuv. Mientras se dedicó a

maderero se dejó crecer una barba roja que armonizaba con su mata desgreñada de pelos. Ahora ya no la llevaba, por lo que quedaba al descubierto su mandíbula cuadrada y sus mejillas ligeramente hundidas. Estaba algo flaco, ya que, al parecer, a los británicos les gustaba que sus agentes tuvieran un cierto aire famélico. Los gordos no corren tanto como los delgados, y son mucho más vulnerables a las balas.
Pese a su juventud, la frente de Simmons estaba profundamente marcada por las arrugas, debido a que tenía la costumbre de adoptar una expresión de enfurruñamiento; no se trataba únicamente de sus actuales circunstancias, sino que habitualmente tampoco parecía un hombre particularmente feliz ni que lo hubiera sido en ningún momento de su vida. Tenía los ojos profundos, grises y penetrantes, y la dentadura (descontando las muelas que Karl le había arrancado)
en buenas condiciones, fuerte, cuadrada y blanca; en cuanto a su grueso cuello, llevaba colgada de él una crucecita sencilla que pendía de una cadena de plata, única joya con la que se adornaba. Tenía manos fuertes, pese a ser largas y finas, y unos brazos quizás excesivamente largos que le prestaban un aspecto un poco desgarbado y torpe. Khuv, sin embargo, sabía que las apariencias pueden ser engañosas y que Simmons era un atleta bien dotado y con un cerebro de primera clase.
Llegaron a una zona del perímetro que Jazz no había visto con anterioridad.
Aquí había muchas menos idas y venidas del personal y, así que los tres doblaron la curva del largo pasillo, apareció una puerta de seguridad que lo cortaba por completo. Cerca de dicha puerta el techo y las paredes estaban tiznados de negro, como por efecto de un incendio, y en la pintura se apreciaban grandes ampollas. En el sitio más próximo a la puerta daba la impresión de que la roca del techo se había fundido, que se había licuado igual que cera y solidificado después sobre el frío metal de las paredes artificiales. Las piezas de goma que cubrían el suelo se habían quemado hasta la misma plancha abombada de metal que tenían debajo. Resultaba un poco paradójico que en un estante de la pared exterior hubiera un lanzallamas del ejército ruso, afianzado con una abrazadera. En un sitio como aquél Jazz habría podido esperar que hubiera un extintor, no un lanzallamas. Tomó nota mentalmente del hecho para hacer la pregunta más tarde y de momento preguntó:
-En cuanto al incidente de Perchorsk...
Y se quedó observando a Khuv para ver cuál era su reacción.
-Sí, tiene usted razón.
Sin embargo, la expresión del rostro del ruso no varió ni un ápice y se limitó a mirar a Jazz a los ojos.
-Ahora vamos a sacarle la camisa de fuerza. La razón es muy sencilla: en los niveles más bajos va a necesitar libertad de movimientos. No quiero que se caiga y se haga daño. De todos modos, si intenta hacer alguna locura, Karl tiene mi permiso..., mejor dicho, tiene instrucciones concretas para atacarlo seriamente.
Debo decirle igualmente que si usted se perdiera por aquí, podría encontrarse en una zona de elevada radiactividad. Es posible que alguna vez descontaminemos todas las zonas peligrosas, pero no es probable que

lo hagamos. ¿Para qué, si no pensamos volver a frecuentar dichas zonas? Así es que, según el tiempo que usted tardara en rendirse o el tiempo que tardáramos nosotros en desalojarlo, no hay duda de que el perjuicio para su salud sería más o menos considerable... e incluso podría ser fatal. ¿Lo ha entendido?
Jazz movió la cabeza en señal de asentimiento.
-¿De veras se figura que soy tan estúpido como para huir corriendo? ¿Adonde quiere que vaya? ¡Por el amor de Dios!
-Como ya le he dicho -le recordó Khuv, mientras Vyotsky le desataba las correas de la camisa de fuerza-, no nos preocupa demasiado que trate de escapar.
Sería un puro suicidio y usted ahora ya no tiene razones para querer morir, suponiendo que las haya tenido alguna vez. Lo que nos preocupa es el daño que podría hacer, quizás incluso un sabotaje a gran escala. Y esto podría tener consecuencias muy graves no sólo para las personas que están aquí, sino para el mundo entero.
Por primera vez se mudó la expresión de Jazz: torció la boca para sonreír y en vez de una expresión humorística le salió una risita irónica.
-¿No se está poniendo un poco melodramático, camarada? Me parece que ha visto demasiadas películas decadentes de James Bond.
-¿Eso cree usted? -dijo Khuv, con sus ojos ligeramente oblicuos, que se empequeñecieron un poco más y se volvieron mucho más brillantes-. ¿En serio lo cree usted?
Sacó una llave del bolsillo y se volvió hacia la pesada puerta de metal. Estaba provista de una cerradura, colocada en el centro de una rueda de mano, como las que sirven para cerrar las cámaras acorazadas de los bancos. Cuando introdujo la llave, la rueda giró un cuarto de círculo y los bordes de la puerta se separaron con un crujido. Khuv dio un paso atrás. Alguien se acercaba por el otro lado.
La puerta se abrió completamente hacia los tres, que se habían quedado esperando, y asomaron por ella un grupo de técnicos y dos hombres vestidos con impecables trajes de calle. Uno de ellos era gordo, alegre, jovial: un visitante importante de Moscú. El otro, de aspecto mas grave, bajo y delgado, tenía el rostro cubierto de cicatrices y la mitad izquierda y el cráneo de piel amarillenta surcada de venas, estaban totalmente desprovistos de pelo. Jazz lo había visto con anterioridad: era Viktor Luchov, director del Perchorsk Projekt y uno de los supervivientes de los incidentes de Perchorsk uno y dos.
Khuv y los dos hombres intercambiaron breves saludos, después toda la comitiva prosiguió su camino. Jazz y sus acompañantes atravesaron la puerta y Khuv la cerró al pasar.
El complejo, al otro lado de la puerta, tenía un aspecto completamente diferente. Comparados con los desperfectos de esta zona, los del otro lado eran superficiales. Jazz lo contempló todo con ojos muy abiertos y trató de encontrar un sentido a todo aquel caos. En todas partes se evidenciaban los efectos del espantoso calor que allí se había desarrollado: los montantes estaban ennegrecidos y en algunos puntos estaban consumidos por el calor; las losas del suelo faltaban completamente y habían sido sustituidas por tablones de madera; la cara de la pared rocosa

exterior -literalmente, la propia montaña- estaba completamente negra, deslucida y llena de bultos, como cubierta por una capa de lava que hubiera quedado detenida en su curso. Una silla o una mesa de metal -habría sido difícil decir de qué se trataba- y un armario de acero eran chatarra retorcida que parecía surgir de un nódulo de lava, fundido a su vez y adherido a la pared, y por encima de él se veía un tronco cilindrico de unos tres metros y medio de diámetro, incrustado en la roca según un ángulo de cuarenta y cinco grados, por cuya abertura era visible la lava que en parte se había derramado.

Jazz observó la oscura abertura de aquel cilindro y se preguntó cómo lo habrían cortado y dónde iría a parar. Levantó una mano para tocar el costado del borde, lugar por donde el cilindro se abría al corredor. La roca era fina como el cristal, no rugosa como el material volcánico que había salido por la boca del cilindro... Dándose cuenta de que Khuv lo estaba observando, Jazz le dirigió una mirada que era toda una interpelación.

-Me han dicho que tenía una sección transversal cuadrada, con lados de algo menos de dos metros -informó Khuv-. Y que estaba forrado con un espejo perfecto, constituido por un vidrio de muy alta densidad sobre cerámica opaca, lo que produce casi un ciento por ciento de poder reflectante. Después de lo que usted ha llamado el incidente de Perchorsk, esto fue todo lo que quedó del cilindro.

Supongo que en este caso usted podría decir que esto pasó por querer meter un clavo redondo por un agujero cuadrado, ¿verdad?

Y antes de que Jazz pudiera contestar, siguió:

-Por supuesto que yo no me encontraba cuando sucedió. Comprenderá, Michael, que yo tengo mi trabajo. Supongo que me perdona la familiaridad, ¿verdad? Trabajo en una rama de los servicios haciendo algo que usted encontraría absolutamente increíble. Se trata de la Rama-E, acerca de la cual ya hemos hablado.

Jazz no dijo nada y continuó mirando a su alrededor, tratando de hacerse cargo de todo cuanto veía y oía. No sabía de qué podía servirle, pero formaba parte de su manera de trabajar.

-Sí, Michael, la Rama-E -prosiguió Khuv-. Ustedes, los ingleses, también tienen una Rama-E, usted lo sabe perfectamente, razón por la cual nosotros teníamos tanto interés en averiguar si usted era miembro de la organización. En caso de que usted lo hubiera sido -dijo encogiéndose de hombros-, nos habríamos visto obligados a eliminarlo desde el primer momento.

Jazz, como tenía por costumbre, enarcó las cejas.

-Sí, naturalmente -prosiguió Khuv como si sus palabras no tuvieran ninguna importancia-, porque no habríamos podido permitir que transmitiera al mundo exterior, ni por vía telepática ni a través de ningún otro medio, lo que usted pudiera saber de este sitio. Podía ser peligrosísimo, hasta el punto de desencadenar incluso una tercera guerra mundial.

-¡Más melodrama! -murmuró Jazz.

Khuv exhaló un profundo suspiro.

-Acabará por entenderlo -dijo-, pero primero busque un sitio donde sentarse un momento y yo le contaré todo cuanto ha venido a descubrir

aquí. Debe darse cuenta de que lo que yo quiero es que lo entienda todo. Más adelante sabrá por qué.
Khuv se encaramó a un saliente de la roca negra, mientras Jazz encontraba asiento en uno de los lados del armario de acero, por la parte que salía del nódulo de lava. Vyotsky se quedó de pie, sin decir nada, ocupado simplemente en mirar.
La instalación de aire acondicionado del Projekt susurraba débilmente pero, aparte de esto y de la voz de Khuv, todo estaba en silencio. Khuv hablaba en voz muy baja y el efecto era pavoroso. Era como un murmullo que resonara en una extraña bóveda enterrada en grandes profundidades.
-Tiene que echar la culpa de todo lo que ve aquí al escenario del SDI o Guerra de las Galaxias de los Estados Unidos -empezó-. Por supuesto que no se había pensado en estas expresiones en aquel entonces, pero es evidente que la idea ya estaba presente. Nosotros lo sabíamos por las fuentes normales usadas por los servicios secretos. En cuanto al Perchorsk Projekt era poca cosa más que una teoría ingeniosa hasta que Norteamérica empezó a soñar en su iniciativa de defensa espacial. Pero después de esto fue la historia de siempre: era preciso que contásemos con un sistema defensivo todavía mejor. Si hay que tener bombas más grandes y mejores, lo mismo ocurre con los sistemas de defensa. Si la Guerra de las Galaxias podía significar la pérdida del noventa y cinco por ciento de nuestra capacidad nuclear, nosotros debíamos tener algo que destruyese totalmente la capacidad de ataque de Occidente.
»Perchorsk sería el primer paso, el campo de pruebas. De haber surtido efecto, se habrían podido instalar construcciones similares a todo lo largo de las fronteras de Rusia. Es posible que los países satélites tuvieran que valerse por sí mismos en un futuro holocausto, pero el corazón del pueblo soviético debía quedar incólume. ¡Totalmente incólume! ¿Me ha seguido hasta aquí?
Jazz inclinó la cabeza a un lado.
-Me está diciendo que esto no fue concebido como una arma, ¿no es eso? -dijo echando una mirada a su alrededor.
-Exactamente -dijo Khuv y asintiendo con la cabeza-, esto tenía que ser exactamente lo contrario de una arma: un escudo, un paraguas impenetrable colocado sobre la cabeza de la Unión Soviética. ¡Ah! Ya me estoy dando cuenta de que la cosa le interesa. Por fin parece que nos animamos un poquito. ¿Quiere que continúe?
-Por supuesto -dijo Jazz enseguida-, prosiga.
Khuv reanudó el hilo de sus explicaciones.
-No me pregunte nada sobre la mecánica del asunto. Yo soy..., yo soy «un policía», no un físico. Franz Ayvaz era el cerebro y el motor de Perchorsk, Viktor Luchov era el segundo de a bordo. Ayvaz, como usted seguramente debe de saber, era el número uno en la aceleración de haces de partículas y en otros campos relacionados con éste. En sus años jóvenes fue un destacado pionero de la tecnología del láser; sus credenciales eran impecables y su teoría (por lo menos, sobre el papel) parecía ser exactamente lo que el personal de defensa estaba buscando. Un campo de fuerza con un propósito doble: destruir los proyectiles que llegaban y hacer totalmente inocua su capacidad nuclear.

»Así fue como nació el Perchorsk Projekt hace cinco años y aquí es donde murió tres años más tarde. Ayvaz murió con él y Luchov todavía sigue aquí reuniendo información, tratando de reconstruirlo y mirando de recuperar alguna cosa. En cuanto a lo que ocurrió exactamente...
»Lo que se supone que ocurrió fue esto. Había que generar un haz en lo más hondo, en los niveles más bajos. Allí era donde solía estar toda la maquinaria.
Acelerado hasta los límites tolerables y excitado por el bombardeo atómico, se proyectaría a través de este cilindro como un láser enorme hacia el interior del barranco. Allí donde el cilindro surgía en dirección al barranco, un conjunto de espejos dividiría el haz en abanico y se proyectaría a través del cielo hacia el espacio. Iba a ser una prueba y nada más que una prueba. La primera de una serie.
»Por desgracia hubo un fallo en los motores que gobernaban el movimiento de los espejos exteriores. Se averiaron en la peor posición posible y en el peor momento posible. Los científicos que había aquí estuvieron sometidos a una gran tensión, su trabajo era apresurado y se realizaba en unas condiciones que no eran las mejores, no se habían incorporado una serie de mecanismos de protección automática. ¿Sabe qué ocurre, Michael, cuando uno obtura el cañón de una arma, la carga y aprieta el gatillo? ¡Vaya pregunta ridicula para hacérsela a un hombre experto en armas de fuego! Por supuesto que sabe qué pasa...
»Pues bien, esto es lo que sucedió aquí. Hubo una colosal expansión de retroceso. Se liberó una energía suficiente para llenar un arco de espacio que cubriría la zona comprendida entre Afganistán y la Tierra de Francisco José, pero esta energía quedó atrapada en el interior, encerrada en el cilindro y dirigida de nuevo a su fuente. Se produjo una terrible colisión de fuerzas, la generación instantánea de temperaturas increíbles y la materia situada en las proximidades inmediatas del rayo experimentó cambios radicales. Por supuesto que ésta es la explicación de un lego en la materia, de alguien que no sabe de técnica. Si quiere saber más cosas tendría que hablar con Luchov, pero le aseguro que no entendería ni jota. A no ser que dentro de usted haya muchísimas cosas que no hemos descubierto.
»Así es que esto fue el incidente de Perchorsk o "pi", según lo han bautizado los occidentales. Los estragos que usted ve aquí no son ni la centésima parte de la ruina que se produjo abajo, donde iremos dentro de un momento. En cuanto a pérdidas de vidas humanas, debo decir que el tributo fue terrible, Michael, aunque no tan terrible como el tributo que posiblemente tengamos todavía que pagar...
Con estas enigmáticas palabras resonando en sus oídos, Khuv se puso en pie de pronto.
-¡Vayamos abajo! -dijo con palabras entrecortadas, urgentes-, ¡enseguida! Bajaremos dos niveles más y quizás entonces estará en condiciones de darse cuenta de lo que ocurrió realmente.
Jazz se puso de pie y siguió adelante. Una vez más Vyotsky se puso a la cola para seguir recorriendo el perímetro; después, más abajo, y a través de unas escaleras de madera muy empinadas, hasta un lugar que parecía pertenecer al reino de la fantasía.

Con una mano en la barandilla, Jazz escrutaba los oscuros rincones de un gran desorden, un espantoso caos. En aquel lugar la iluminación era pobre, quizá deliberadamente, ya que era cierto que lo poco que se podía ver allí era, para calificarlo de alguna manera, desconcertante, por no decir aterrador. Atravesaron una maraña de plástico retorcido, piedras fundidas y chatarra, a ambos lados de la cual había unos túneles de sesenta a noventa centímetros de diámetro, sorprendentemente sólidos y finamente taladrados, que serpenteaban y ondeaban como galerías excavadas por gusanos a través de viejos maderos, sólo que éstos se abrían a través de la roca maciza y de las vigas arrugadas.
Por la cabeza del agente británico cruzó la idea de que algo, alguna fuerza impetuosa, había intentado conferir una cierta homogeneidad a aquel lugar, como si quisiese convertir en igual todo cuanto era diferente. O bien había tratado de deformarlo todo hasta el punto de hacerlo irreconocible. No era tanto que los diferentes materiales hubieran quedado fundidos por el calor y el fuego, sino que parecía que habían sido amasados, como cuando se juntan los ingredientes para hacer con ellos una pasta o como si un niño monstruoso hubiera amalgamado con sus manos plastilinas de diferentes colores.
-Todavía hay algo peor -dijo Khuv con voz tranquila, abriendo nuevamente el camino en dirección hacia un lugar situado más abajo-. Esos extraños túneles no han sido abiertos en el magma. Así es como Viktor Luchov llama a este amasijo de materia, un «magma». Esos túneles fueron «comidos» por la energía desprendida con la expansión de retroceso. No sé qué habría pasado si la instalación se hubiera encontrado en la superficie.
Las escaleras bajaban a un auténtico lecho de magma y sólo se interrumpían cuando llegaban a una pared vertical de roca maciza como la superficie de un acantilado. Aquí las maderas del suelo formaban un camino que giraba a la derecha en ángulo de noventa grados y corría paralelo al pie de la pared de roca que se erguía enhiesta. Debajo de los maderos, el suelo estaba lleno de caóticos baches y de irregularidades, puesto que los diferentes materiales se habían amalgamado de tal forma que resultaban irreconocibles. A través de esa masa petrificada de materiales terrenos, imposibles de reconocer, discurrían los canales irregulares, parecidos a galerías de gusanos, excavados por la energía, semejantes a las oquedades que abren en la roca los crustáceos marinos, aunque aquí a escala gigantesca.
-«Comidos» -dijo Jazz reflexionando sobre la palabra-. Usted ha dicho que estos agujeros estaban «comidos» en la materia, pero ¿comidos por qué cosa?
-¿Quizá sería mejor decir que fueron «convertidos»? -Khuv clavó en él los ojos-. Quizá se aproxima más a la realidad decir que el material fue convertido en energía, pero si tiene un poco de paciencia, le mostraré un ejemplo mucho más gráfico. Ahora no dirigimos al lugar donde estaba el reactor atómico. También fue comido… o, si lo prefiere, convertido.
-¿El reactor?
Al principio, el significado de las palabras de Khuv no se registraron en los confusos pensamientos de Jazz.

-Sí, el reactor atómico que era la principal fuente de energía del Projekt -le explicó el ruso-. El contragolpe se lo comió... esto es evidente. Y a lo que parece, después se comió a sí mismo.
Jazz habría podido también interrogarse sobre la frase, pero en aquel momento vio asomar a la izquierda del camino un enorme agujero, perfectamente circular, en la misma superficie negra de la pared de roca. Por aquel túnel salía luz que se dirigía en ángulo hacia abajo. Jazz no necesitó que le explicaran que aquello era una continuación del tronco del cilindro que había visto en el nivel superior, que una vez - sólo una vez- había transportado un temible haz de energía al mundo exterior.
El camino giraba hacia la izquierda, se metía en la boca del cilindro y volvía a convertirse en escalera. La luz blanca y cegadora era dolorosa comparada con la relativa oscuridad de los dos niveles a través de los cuales había bajado el grupo.
Enfrente y abajo, el extremo opuesto del cilindro era un disco blanco de refulgente brillo, con el borde inferior ennegrecido por la plataforma del camino. Jazz se protegió los ojos con la mano y observó a un joven soldado ruso de uniforme apoyado en la curvada pared. El hombre se puso firme al momento, se cuadró y dio una palmada a su rifle Kalashnikov en señal de saludo.
-¡Descanso! -dijo Khuv-. Necesitamos gafas.
El soldado apoyó el rifle en la pared y hurgó en un talego que llevaba colgado del hombro. Sacó tres pares de gafas de celofán de color con montura de cartón, parecidas a las gafas que Jazz había usado en alguna ocasión hacía mucho tiempo para contemplar las películas en tres dimensiones.
-Es por la luz -explicó Khuv, pese a que no había necesidad de explicación- Te podría dejar ciego cuando no estás acostumbrado.
Se puso las gafas.
Jazz lo imitó y siguió a Khuv por las escaleras construidas a lo largo del tronco cilindrico, fino como el cristal. Desde atrás llegó el estrépito del rifle al caer cuando el soldado se disponía a cogerlo, a lo que la voz ronca y amenazadora de Karl Vyotsky reaccionó espetándole con voz sibilante:
-¡Idiota! ¡Imbécil! ¿Tienes ganas de pasarte todas las noches de un mes haciendo guardias?
-¡No, señor! -dijo el soldado con voz jadeante-. Lo siento, señor. Ha resbalado.
-Tienes motivos sobrados para sentirlo -le gritó Vyotsky con aspereza-, y no sólo por el rifle. ¿Para qué demonios te crees que estás aquí? Pues te lo diré:
para revisar pases. ¡Para eso! ¿Conoces a ese hombre de ahí delante, me conoces a mí, conoces al hombre que viene con nosotros?
-¡Oh, sí, señor! -dijo el soldado temblando-. El hombre de ahí delante es el camarada comandante Khuv, señor, y usted es un agente de la KGB. El otro hombre es..., es..., un amigo de ustedes, señor.
-¡Payaso! -le espetó Vyotsky-. Ese hombre no es amigo mío. Ni tuyo tampoco. Ni de nadie de este condenado sitio.
-Señor, yo...

-Y ahora sostén bien el rifle delante de ti -le ordenó Vyotsky-. Con el brazo estirado, un dedo en el guardamonte, un dedo debajo del alza. ¡Qué demonios...!
¡Con el brazo estirado, he dicho! Y ahora quédate así y cuenta despacio hasta doscientos. Después vuelve a prestar atención. Y como vuelva a cogerte pensando en las musarañas, vas listo, porque te voy a meter en ese infierno blanco que hay abajo y con la polla por delante, ¿me entiendes bien?
-¡Sí, señor!
Mientras seguía a Khuv en dirección al blanco fulgor del final del tubo, Jazz murmuró con ironía:
-Un amante de la disciplina, nuestro Karl.
Khuv se volvió a mirar para atrás y negó con la cabeza.
-No, la disciplina no es su fuerte. Lo suyo es el sadismo. Me repugna tener que admitirlo, pero tiene su utilidad...
Al final del cilindro había un rellano provisto de barandilla donde terminaban las escaleras y giraban a la izquierda. Khuv se detuvo en el rellano con Jazz a su lado. Mientras miraba a Vyotsky, los dos contemplaron una fantástica escena.
Era como estar en una cueva, si bien no era posible confundirla con una cueva ordinaria. Jazz observó que la roca había sido horadada en forma de esfera perfecta, una gigantesca burbuja en la base de la montaña, si bien era una burbuja como mínimo de unos treinta y cinco metros de diámetro. La pared curvada, negra y brillante que la rodeaba era fina como el cristal, salvo que tenía también aquellas galerías que la perforaban por todas partes, incluso el techo abovedado. La boca del cilindro, junto a la cual estaban de pie Jazz y Khuv, apuntaba hacia abajo, en ángulo de noventa grados, directamente hacia el centro del espacio, que era el lugar de donde surgía también el foco de luz, cosa que resultaba verdaderamente fantástica.
Aquella zona central era una bola de luz de nueve metros de diámetro, aparentemente suspendida en aquel lugar, a medio camino entre el techo abovedado y el suelo curvado hacia arriba. Una esfera deslumbrante que colgaba, inmóvil, dentro de otra esfera de aire, las dos enterradas en el pie de una montaña.
Entornando los ojos para evitar el deslumbramiento, que era muy intenso incluso a pesar del celofán oscuro de las gafas, Jazz comenzó a advertir que aquella cueva esférica en realidad contenía otras cosas. A media altura de la pared y alrededor de aquel fuego vivo que pendía en el centro había andamios construidos con una especie de telarañas. Dichos andamios sostenían una plataforma de madera que rodeaba la fantasmagórica fuente luminosa que recordó vagamente a Jazz el anillo que rodea a Saturno. Desde el anillo y en dirección hacia el interior salía un camino que conducía directamente al borde de la esfera de luz.
Por la parte exterior, apoyados contra las negras paredes recorridas por galerías y colocados a intervalos regulares a lo largo de todo el perímetro y sostenidos por toda una estructura de soportes, había tres cañones Katushev cuyas bocas apuntaban directamente al centro incandescente. Había también varias personas colocadas en posición de alerta, situadas

de cara a la esfera, con los rostros blancos y porte de seres extraterrestres, con antenas en la cabeza y ojos saltones como los de los insectos, preparados para observar un blanco tan deslumbrante como aquél.
Entre las armas y la esfera se levantaba una valla electrificada de treinta metros de altura, provista de una puerta donde la madera cubría la abertura que se extendía entre el anillo de Saturno y el centro. Allí se notaba cierto ajetreo, nerviosismo e inquietud, aunque no demasiado. El hedor provocado por el miedo era tan intenso en aquel lugar, pese al supuesto aire acondicionado, que Jazz casi lo percibía en su piel como si tuviera cieno pegado en ella.
Se agarró a la barandilla de madera y, dejando que aquella escena se grabara de forma indeleble en su memoria, dijo:
-¿Se puede saber qué diablos es...?
Y volviendo la cabeza para mirar a Khuv, continuó:
-La noche en que ustedes me cogieron pude presenciar la entrada de todas estas armas y de la valla electrificada. Me figuraba que su destino era defender Perchorsk contra ataques del exterior, cosa que me pareció de lo más descabellado.
Pero ¿para defenderse de dentro? Esto todavía tiene menos sentido... ¿Qué es esto? ¿Y por qué están tan desesperadamente aterrados todos estos hombres?
Y de pronto, sin que mediara aviso alguno, conoció la respuesta antes de que tuvieran tiempo de dársela... aunque no toda. De pronto parecía que todo encajaba: lo que había visto y lo que Khuv le había contado. Y de manera especial aquella monstruosidad voladora que los aviones de combate americanos habían ametrallado de lo lindo y habían derribado envuelta en una bola de fuego y sumergido desde lo alto en la costa oeste de la bahía de Hudson. Y hablando de llamas, ¿no era aquel escuadrón de cuatro hombres un equipo de especialistas lanzallamas, apostados en la plataforma del anillo de Saturno? Sí, esto es lo que era.
Vyotsky se había acercado sin hacer ruido y se había colocado detrás de Jazz y de Khuv, que seguían de pie junto a la barandilla. Puso una mano sobre el hombro de Jazz, provocando su sobresalto, y dijo:
-En cuanto a qué es esto, británico -dijo-, te diré que es una especie de puerta. Y por tanto, a nosotros no nos asusta.
Jazz notó, sin embargo, que el tono de voz de Vyotsky había cambiado e incluso le pareció advertir un poco de miedo.
-Karl tiene razón -dijo Khuv-: no, nosotros no estamos asustados por la puerta propiamente dicha... pero yo desafío a cualquiera que esté en su sano juicio a no tener miedo de las cosas que a veces salen por ella.

Capítulo 4

Una puerta abierta... ¿a qué?

Comenzaron a bajar el último tramo de escaleras hasta el anillo de Saturno o plataforma de tela de araña, después giraron en derredor de la esfera central hasta acercarse al camino que conducía a su corazón, un corazón fríamente incandescente. Cuando estaban a tres metros de distancia de la valla eléctrica, Khuv se detuvo, se volvió a Jazz y dijo:
-Bueno, ¿qué le parece?
Sólo podía estar hablando del globo tan deslumbrador como enigmático que se encontraba al otro lado de la puerta, tal vez a siete pasos de distancia. Estaba totalmente inmóvil, no emitía sonido alguno y, pese a todo, su aspecto era amenazador.
-Dijo usted que aquí es donde estaba el reactor atómico, ¿verdad? -intervino Jazz-. ¿Cómo, suspendido en el aire? No, estoy bromeando. Lo que quiere usted decir es que después de la expansión de retroceso todo lo que había a veinte metros aproximadamente de distancia del centro de esto..., esto... sea lo que sea..., quedó esfumado, ¿no es eso?
-Ésa habría sido también mi explicación -dijo Khuv asintiendo con la cabeza-, pero no habría sido exacto. Como ya he señalado anteriormente, la palabra es conversión. Según Viktor Luchov, la energía del haz que quedó atrapado se sintió atraída por la energía latente, es decir, por la energía activa del reactor.
Podría hacer la comparación con el clavo atraído por un imán. En la fusión final no hubo explosión. Lo que quizás hubo fue implosión. Ni el propio Luchov sabe del asunto más que yo, pero el material que formaba el pavimento de este lugar y el propio reactor con su combustible..., sí... y toda la maquinaria que llenaba esta zona..., todas estas cosas, aparte del centro y de la pared esférica que usted puede contemplar, todo quedó comido, transformado, convertido. Y también los hombres:
diecisiete físicos nucleares y técnicos murieron instantáneamente: no quedó ni rastro de ellos.
Jazz estaba impresionado, si no por la manera de cómo Khuv le contaba la historia, cuando menos por su contenido.
-¿Y la radiación? -dijo-. Debió de haber una descarga masiva de...
Khuv negó con la cabeza, cosa que hizo que Jazz se quedara parado.
-Respecto a lo que se pudo detectar, se escapó muy poca radiación. Algunos de los extremos de estas galerías, que se adentran en la roca entre cuatro metros y medio y seis metros, eran puntos calientes. Hicimos lo que pudimos y los tapamos.
En los niveles superiores todavía quedan sitios peligrosos, pero la mayoría también han quedado clausurados. Y en algún caso estos niveles ya no se utilizan ni volverán a utilizarse nunca más. Usted ha visto una parte del magma, pero no lo ha visto todo. En aquella explosión de misteriosa energía, el metal, el plástico y la roca no fueron los únicos materiales que se amalgamaron de forma inseparable, Michael.
Pero la roca, el metal y el plástico no se pudren y, cuando digo lo que digo, estoy seguro de que sabe a qué me refiero...

Jazz dijo con una mueca:
-¿Y cómo..., cómo limpiaron el lugar? Tenía que ser una pesadilla...
-Y sigue siéndolo -replicó Khuv-. Por eso está atenuada la iluminación de la zona. Se empleó ácido. Fue la única manera. Pero en el magma quedaron restos realmente repugnantes de ver. Lo de Pompeya debió de ser parecido, pero allí las figuras humanas eran, por lo menos, reconocibles. No quedaron alargadas, retorcidas o... vueltas del revés.
Jazz se quedó pensando, pero no hizo ninguna pregunta acerca del significado exacto de las palabras de Khuv.
Vyotsky se había puesto nervioso durante unos momentos.
-¿Tenemos que quedarnos aquí? -refunfuñó de pronto-. ¿Por qué hemos de estar aquí haciendo de blanco de todo el armamento?
A Jazz aquel hombre le disgustaba profundamente, se diría casi que lo odiaba.
Sí, lo había odiado desde el primer momento en que le puso los ojos encima y no podía resistirse a darle un chasco siempre que tenía ocasión de ello. Ahora dijo despectivamente al ruso:
-¿Se figura que les van a resbalar los dedos? -e hizo un ademán en dirección al personal encargado del Katushev más próximo-. ¿O es que éstos también tienen algo contra usted?
-Británico -dijo Vyotsky, dando un paso amenazador en dirección hacia él- como me pase por la cabeza, te echo contra esa valla y te dejo frito. Ya te han dicho que mucho cuidadito con la boca. Espero que vayas siguiendo con la racha de suerte hasta que tú mismo decidas echarte de cabeza por la borda...
-¡Cálmate un poco, Karl! -le dijo Khuv-. Está tratando de calarte, esto es todo. -Y dirigiéndose a Jazz, continuó-: No se está refiriendo al tipo de blanco que usted cree. O quizá sí, pero no de la manera que usted piensa. Lo que pasa es que, si de esa bola de luz que hay aquí sale algo..., algo que se aparte de lo común..., esos hombres tienen orden de abrir fuego inmediatamente y destruirlo todo o de tratar de destruirlo. Y estas órdenes no tienen absolutamente en cuenta el hecho de que nosotros nos encontremos aquí mirando, precisamente a tiro de los cañones.
-Si ocurriera -añadió Vyotsky-, si saliera por aquí lo que puede salir, yo personalmente estaría encantado de convertirme en blanco de algún proyectil.
Después de un ligero estremecimiento, Khuv precisó:
-Vayámonos de aquí. Karl tiene razón. Es una tontería que nos quedemos aquí tentando a la suerte. Ya ha ocurrido cinco veces y no hay ninguna garantía de que no vuelva a ocurrir.
Al volverse y dirigirse a las escaleras, Jazz preguntó:
-¿Lo tienen filmado? Me refiero a si el hecho es habitual...
-No, habitual no lo es -puntualizó Khuv-. Cinco... llamémosles «sucesos» en dos años no puede decirse que sea cosa frecuente. Pero entiendo lo que quiere usted decir, Michael. Sí, aprendimos muy pronto la lección. Después de los dos primeros encuentros, preparamos cámaras y ahora las tenemos también montadas en los cañones, que se disparan automáticamente. Lo que ven los que disparan es lo que captan las cámaras... por lo menos en la película. En cuanto al hecho en sí, los de su

bando lo codificaron con el nombre de «Pill». Fue la primera vez. Nadie se lo esperaba. La segunda vez fue de menores proporciones, pero tampoco nos lo esperábamos. Después fue cuando se instalaron las cámaras.
-¿Hay alguna posibilidad de ver alguna de las cosas de las que estamos hablando? - ijo Jazz, como jugándoselo todo a una carta.
Había pocas posibilidades o quizá ninguna de salir de allí, pero a pesar de todo trataría de averiguar todo lo que pudiera y de sacar en limpio algo de aquel caos.
-Ciertamente -dijo Khuv sin dudar un momento-, pero si lo prefiere puedo enseñarle algo mucho más interesante que unas simples películas.
Había algo en el tono de voz que avisaba a Jazz de que tuviera cuidado, pero a pesar de todo contestó:
-Bien, aunque sólo sea para que no decaiga el interés...
La risita sardónica de Vyotsky, al resonar sarcásticamente detrás de él, hizo que Jazz se preguntara si había optado adecuadamente...
Retrocedieron y subieron por los niveles de magma, inquietantes pese a su tranquilidad, hasta llegar al perímetro y, siguiendo el curso del mismo, se dirigieron a la zona de seguridad donde se albergaban los laboratorios del Projekt. Pasando por dos puertas de seguridad, llegaron finalmente a una puerta de acero en la que aparecía dibujada una calavera escarlata y esta terrible advertencia:
¡PRECAUCIÓN!
¡SÓLO GUARDIÁN Y PERSONAL DE SEGURIDAD SELECCIONADO!
Jazz no pudo evitar volver a pensar: ¿más melodrama? Pero Khuv y Vyotsky estaban muy tranquilos, por lo que pensó que tal vez le convenía imitarlos. Así pues, mantuvo el pico cerrado mientras se preguntaba para sus adentros el porqué de la palabra «guardián». ¿Guardián de qué?
Khuv disponía de una tarjeta que lo identificaba como agente del servicio secreto, que introdujo en una abertura de la puerta. La tarjeta entró por la ranura, fue «leída» y devuelta, después de lo cual se oyó un rechinar de mecanismos y la puerta se abrió con un chasquido. Antes de empujarla para que se abriera del todo, Khuv se dirigió a Vyotsky, que apagó las luces de la antecámara. Jazz, pese a la poca luz del ambiente, vio que Vyotsky estaba pálido y que la cara le brillaba con un sudor frío. Además, la nuez del cuello le sobresalía más de lo acostumbrado.
Aunque era indudable que aquel hombretón ruso era duro y cruel, por lo visto había cosas que lo impresionaban particularmente. Al parecer, Jazz estaba a punto de conocer una de ellas.
Khuv, sin embargo, se mostraba tan frío como de costumbre. Abrió la pesada puerta e indicó a Jazz que pasara. No sin cierto recelo, el agente británico penetró en la oscuridad de la sala. Vyotsky le seguía de cerca y en último lugar iba Khuv, quien se encargó de cerrar la puerta.
La oscuridad era casi total, ya que en el techo sólo había unas cuantas luces rojas del tamaño de las bombillas de *flash* de fotografía.
A la escasa luz reinante, Jazz pudo observar la forma rectangular de un recipiente de cristal arrimado a una de las paredes que daba la impresión de ser un enorme acuario de peces tropicales. De la oscuridad salió la voz de Khuv.
-¿Está usted preparado, Michael?

-Sí, si lo está usted -fue la respuesta de Jazz.
Pese a todo, mientras pronunciaba aquellas palabras, tenía perfecta conciencia de que no estaba allí para admirar peces de colores.
Se oyó un fuerte chasquido y se encendieron las luces.
Algo dentro del recipiente se movió y se echó para atrás.
Detrás de Jazz, Vyotsky dejó escapar un ruido ahogado. Él ya había visto aquello, sabía que estaba allí, pero el hecho de saberlo únicamente servía para precipitar la reacción instintiva que provocaba en él. Ahora que Jazz vio de qué se trataba, comprendió el porqué de aquella reacción.
Aquella cosa era como las formas que había en el magma y que Khuv no le había descrito, pero que Jazz había imaginado. Era como ellas, pero no era como ellas, puesto que ésta estaba viva. Mientras aquella cosa iba retorciéndose ondulante, resplandecía a través del grueso cristal del acuario y miraba con unos ojos que eran realmente diabólicos. Tenía el tamaño de un perro, pero no era un perro. No era nada que Jazz hubiera podido imaginar, sino la combinación de sus peores pesadillas. No pudo contemplarla el tiempo suficiente para decidir qué era exactamente. Y lo peor de todo es que ni aquella misma cosa sabía realmente qué era.
Al verla aplastada un momento contra el cristal del recipiente, pensó que habría podido ser una sanguijuela. Tenía la parte inferior toda arrugada, con un aspecto semejante al de una ventosa alargada y enorme. En cambio, sus cuatro patas, su cola y su cabeza la asemejaban más bien a una rata gigante. Durante una fracción de segundo le pareció que esto era realmente, pero después...
De pronto la cabeza y las manos sufrieron una transformación, una rápida metamorfosis, y se hicieron parecidas a las de un hombre. Un rostro casi humano se aplastó contra el vidrio y miró directamente a la sala con aire que se habría dicho de conmiseración. Hizo una mueca: una expresión que en parte era sonrisa, en parte amenaza y en parte fiereza, hasta que sus mandíbulas humanas se abrieron de forma inhumana. Dentro de aquella boca había varias hileras de dientes, como si fuera una monstruosa piraña.
Jazz dio un paso atrás respirando afanosamente y tropezó con Vyotsky. El imponente ruso lo agarró por los hombros y lo sujetó con firmeza. Mientras tanto, de las manos de la cosa salieron unos ganchos que arañaron el vidrio, al tiempo que su rostro se transformaba en una máscara de cuero negro, con un hocico en espiral y unas orejas enormes, puntiagudas y llenas de pelos, parecidas a las de un murciélago gigantesco; entre sus miembros crecieron unas telarañas que se pegaron a su cuerpo y formaron unas alas. El monstruo pegó un salto y se golpeó contra el techo de vidrio del acuario, después de lo cual volvió a caer pesadamente en el suelo de arena que cubría el fondo.
Jazz tenía la impresión de que alguien -tal vez Khuv, sí, posiblemente Khuv- había murmurado:
-¡Dios mío!
En aquel instante la cosa se alargó y se transformó en un gusano con la cabeza en forma de espátula, con la que escarbó en la arena y desapareció de la vista. Hubo sólo un estremecimiento de la arena y... todo volvió a quedar tranquilo.

Después de un rato de silencio, Jazz soltó un profundo suspiro. «¡Cristo todopoderoso!», no pudo por menos de exclamar con voz sobrecogida.
Y después los tres hombres inspiraron una profunda bocanada de aire, como si sus pulmones estuvieran exhaustos. Jazz cerró la boca, que tenía abierta de par en par, y se quedó contemplando a los dos rusos.
-¿Dicen que esta... cosa... salió de aquella bola de luz?
Khuv, cuyo rostro ahora parecía muy pálido bajo la luz potente y con unos ojos que eran manchas oscuras en su cara, asintió.
-Sí, salió por la puerta -dijo.
Jazz negó con un movimiento de cabeza, como si se resistiera a creerlo.
-Pero ¿cómo demonios consiguieron atraparlo?
La pregunta era muy razonable.
-Como ha podido comprobar -respondió Khuv-, no le gusta la luz, y aunque puede cambiar de forma a voluntad, parece que se trata de un ser muy primitivo en cuanto a procesos mentales... suponiendo que tenga algún sentido aplicarle este lenguaje. Quizá no sea más que instinto animal en estado puro. Nos figuramos que debió de atacar la Puerta por el lado opuesto. Seguramente viene de un mundo donde todo es noche y aquella esfera deslumbrante debió de pareccrle un enemigo o una presa. Pero cuando irrumpió en el lado donde estábamos nosotros, en la esfera hueca de abajo, la luz era como de pleno día.
Afortunadamente para los que se encontraban allí en aquel momento, se fue directamente a una de las galerías... a fin de escapar de la luz, ¿comprende? Y hubo alguien con la suficiente presencia de ánimo como para poner en la boca del agujero la cara abierta de un armario de acero. Al tratar de retroceder, quedó atrapado.
-¿Cuánto tiempo hace que...?
Jazz tenía grandes dificultades para concentrarse y le resultaba muy difícil apartar los ojos del acuario.
-¿Cuánto tiempo... esta cosa...?
-Dieciocho meses -respondió Khuv-. Este fue el tercer encuentro.
-De la clase más próxima... -consiguió articular finalmente Jazz.
-¿Cómo ha dicho? -repuso Khuv mirándolo directamente.
-Nada -dijo Jazz moviendo al mismo tiempo la cabeza-, pero dígame una cosa: ¿qué come?
No sabía siquiera por qué lo había preguntado, quizá por la impresión que le habían causado todos aquellos dientes y por el hecho de que Khuv hablara de presas.
Los ojos de Khuv se entornaron, pero no como si se pusiera a la defensiva, sino como si reflexionara. Abrió la puerta, apagó las luces y con una seña indicó a Jazz y a Vyotsky que salieran. Volvieron al perímetro, donde Khuv abría la marcha en dirección a la zona donde trabajaba. De camino, Jazz preguntó:
-¿Come o no come?
Khuv guardó silencio, pero Vyotsky contestó por él:
-Por supuesto que come. Parece que no es que necesite comer, pero cuando se le ofrece algo, se lo come. Come personas... o lo que sea, con tal de que tenga unas buenas visceras rojas y sabrosas. O por lo menos esto es lo que comería si se lo diésemos. Su guardián lo alimenta a base de

sangre y desperdicios, que le suministra a través de un tubo. El sabe exactamente qué cantidad debe suministrarle. Si le da mucho, se hace mucho más grande y más fuerte; si le da poco, se marchita y se pone a hibernar. Cuando hayan descubierto la manera de manipularlo sin peligro, tratarán de descubrir las características de su naturaleza.
-¿Quiénes?
-Pues los especialistas de Moscú -dijo Vyotsky encogiéndose de hombros-, los de...
-¡Karl! -lo interrumpió Khuv llamándole por su nombre, lo que hizo que Jazz pensara que, pese a que él era un prisionero y a pesar de toda la «glasnost» de Khuv, todavía había puntos que eran intocables-. Sí -dijo Khuv-, los especialistas. Es posible que, si descubren algo acerca de este ser, también puedan descubrir algo acerca de su mundo.
Había algo que inquietaba a Jazz.
-¿Y qué me dicen de esos hombres con los lanzallamas que encuentro por todas partes?
-¿Todavía no está bastante claro? -le espetó Vyotsky-. ¿O es que tú, querido británico, eres un poco tonto?
-Lo que acaba con ellos es el fuego concentrado -intervino Khuv-. Hasta ahora es lo único que lo consigue. Por lo menos eso es lo que descubrimos nosotros.
Jazz ahora asintió con un gesto. Parecía que las cosas comenzaban a irse aclarando en su cabeza.
-Comienzo a darme cuenta de las posibilidades -dijo secamente-. Y no es preciso que me diga de dónde han salido estos especialistas de que me habla: del departamento de estudios de la guerra química y biológica del Protze Prospekt, ¿no es verdad?
Khuv no respondió, pero su boca se quedó torcida como resultado de la sonrisa forzada que le dirigió.
Jazz asintió con un gesto. Su rostro reflejaba unos sentimientos que eran una mezcla de sarcasmo y de asco.
-¿Y cómo resultaría... esto... como arma biológica?
Habían llegado a la zona de Khuv. Éste abrió la puerta y dijo:
-¿Qué prefiere? ¿Beber algo o que le diga a Karl que lo vuelva a meter en su celda y le dé un pequeño vapuleo para que se entere de cómo debe comportarse?
Tenía la voz quebrada, sonaba igual que el hielo al quebrarse. Jazz había tocado un punto sensible. El agente británico era mucho más rápido en sus deducciones de lo que había supuesto Khuv.
Después de echar una ojeada al rostro de Vyotsky, en el que lucía ahora una mueca sardónica, Jazz dijo:
-Me parece que por esta vez prefiero una copa.
-De acuerdo, pero tenga presente una cosa: usted aquí no está en situación de criticar nada. Usted es un espía, un asesino, un aspirante a saboteador. Y recuerde también esto: usted no sabe nada. ¡Nosotros tampoco sabemos nada!
¿Armas? ¿De qué armas está hablando? Personalmente, lo que yo haría es cerrar esto, pero cerrarlo con cemento, hacer que la Puerta no pudiera volver a abrirse nunca más... si fuera posible. Y lo mismo haría Viktor

Luchov. Pero el Projekt está patrocinado... Mejor dicho, el Projekt se puso en marcha bajo las órdenes del Departamento de Defensa. Nosotros aquí no mandamos, Michael, nosotros somos unos mandados. Y ahora grábese de una vez por todas esto en la cabeza: nosotros podemos ser «amigos» o puedo hacer que alguien mucho menos comprensivo que yo se encargue de completar sus informaciones. De usted depende...
¿Informaciones? No sabía por qué, pero no le había gustado nada la manera como Khuv había usado aquella palabra. Era evidente que el tono lo había traicionado. De hecho, aquí no se trataba de informar. En el fondo de sus pensamientos una voz le avisaba y lo ponía en guardia. ¿Por qué le daban este tratamiento? ¿Qué interés podían tener? Como no conocía las respuestas, dejó a un lado las preguntas y dijo:
-¡De acuerdo, lo acepto! Vamos a cumplir todos con nuestro deber. Todos cumplimos órdenes. Sólo le pido que me conteste una cosa más y ya no volveré a interrumpirle.
Khuv hizo entrar a Jazz y a Vyotsky a su zona de trabajo.
-¡De acuerdo! -dijo-. ¿De qué se trata?
-Es sobre esa cosa que tienen metida en ese recipiente de vidrio, ese ser venido de otro mundo -contestó Jazz arrugando la nariz al decirlo-. Dice usted que tiene un guardián, una persona que se ocupa de él, que le da de comer, que lo estudia... Sucede que no puedo imaginarme cómo ha de ser esa persona, pero pienso que debe de tener unos nervios de acero.
-¿Qué? -dijo Vyotsky dejando escapar un resoplido que tenía algo de una carcajada-. ¿Te figuras que se presentó voluntario? Es un hombre de ciencia, con gafas y todo. Un hombre totalmente consagrado a la ciencia... y a la botella.
Jazz enarcó las cejas.
-¿Un alcohólico?
La expresión de Khuv no varió.
-Muy pronto -dijo, después de una pausa momentánea-. Sí, me temo que lo será...
Tres horas más tarde, alrededor de las siete y media de la tarde, después de haber recibido en su celda una taza de café tibio y sin aroma ninguno y un bocadillo de carne fría, que constituían el menú estándar, y después de haber dado cuenta de las dos cosas, se tumbó en su cama metálica de campaña y comenzó a dar vueltas en su cabeza a todo lo que le había contado Khuv. El ruso había estado hablando casi sin parar por espacio de una hora y media, espacio de tiempo durante el cual el agente británico se mantuvo fiel a su palabra y no lo interrumpió ni una sola vez. Mientras Khuv estaba metido en materia, Jazz no se sintió en ningún momento tentado a interrumpirle, en parte porque el torrente de palabras e imágenes era incesante y no precisaba de explicaciones, pero sobre todo porque lo que le había contado era realmente fascinante.
Ahora, una vez más, Jazz hacía una recapitulación de todas las explicaciones.
El incidente de Perchorsk, conocido con la palabra «pi», había constituido la desastrosa prueba realizada por Franz Ayvaz en el escudo subatómico. Después de la confusión producida se procedió a la limpieza y, cuando ya casi estaba ultimada, ocurrió «Pill», al que Khuv se refería como Encuentro

Uno, si bien por lo que hubo de explicar a Jazz el comandante de la KGB, no había sido tanto un encuentro como una verdadera pesadilla.
Aquella criatura surgida de la esfera de luz había sido la monstruosidad que Jazz había visto en la película impresionada por el aparato de reconocimiento AWACS sobre la bahía de Hudson, que venía a ser como el hermano mayor de aquella cosa que estaba metida en el recipiente de vidrio. Pero cuando el hermano mayor se coló en este mundo por su cuenta...
La descripción que hizo Khuv del Encuentro Uno tal como él la había oído contar por boca de testigos del mismo era así de gráfica:
-Usted ya lo vio en aquella película acerca de la cual nos ha hablado, ¿verdad, Michael? Ya sabe cómo es. ¡Ah, pero así es como era tras escapar por el tubo, meterse en el barranco y echar a volar después! Cuando estaba en tierra era mucho peor. Sí, se lo voy a contar de acuerdo con las descripciones de primera mano de que dispongo. Sin embargo, primero trataré de explicarle cómo funciona la Puerta o, mejor dicho, le diré qué ocurre cuando funciona. La «piel» de la esfera, o sea, su superficie tal como la vemos nosotros, es una contradicción de la física según entendemos nosotros esta ciencia. Viktor Luchov la ha equiparado a un «horizonte de acontecimientos». Nosotros vemos las cosas en él después de ocurridos los hechos e incluso antes de que ocurran. En el primer caso bajo la forma de una especie de imagen que queda en la retina y que se imprime en la esfera y, en el segundo caso, como una aparición gradual hasta que llega el momento de que aparezca lo que sea.
»Ellos ven que la cosa se acerca, pero no saben qué ven. Recuérdelo, así fue la primera vez. La vieron en la esfera; fue como si se oscureciera gradualmente la superficie situada cerca de la bóveda de la esfera. La mancha oscura cobró forma, la forma pasó a ser una imagen tridimensional pero nebulosa hasta que, al cabo de un rato, se hizo realidad. Vieron la cabeza y la cara de un murciélago de unas dimensiones equivalentes, más o menos, a un metro y medio. Era como un holograma que lentamente, muy lentamente, fuera cambiando. Todo ocurría a cámara lenta y constituía una cosa realmente fascinante de ver. Por lo menos así lo dijeron. Las circunvoluciones de la trompa se iban arrugando, fenómeno que duró alrededor de medio minuto, la orejas fueron proyectándose hacia adelante, un movimiento fugaz trasladado al tiempo real, ya que sólo duró cinco segundos, y finalmente la aparición de unos dientes que parecían agujas, de unos doce centímetros de largo, hecho que se produjo en un abrir y cerrar de ojos.
»Ahora bien, piense un momento lo que voy a decirle: ellos disponían de armas. Se trataba de un puñado de soldados que se encontraban allí con sus armas, no con un propósito determinado, sino simplemente porque a veces los soldados llevan armas. Pero ¿a quién podía pasarle por la cabeza que se podía disparar contra una cosa como aquélla? Cuando todo acabara, quizá sí, pero no mientras estaba ocurriendo. Escuche lo que voy a decirle: ¿dispararíamos contra las imágenes que vemos en una pantalla? Pues esto es lo que era: una película de tres dimensiones.
»Viktor Luchov también estaba presente. ¿Cree que habría permitido que dispararan? ¡Ni por asomo! Entonces ni siquiera sabía qué era aquella

esfera, pero pensó que aquello podía ser su redención personal. En ausencia de Franz Ayvaz, tuvo que hacerse responsable del incidente de Perchorsk y hete aquí que ahora le tocaba en suerte aquel... fenómeno.
«Durante una hora fue mejorando su claridad. Los bordes desdibujados fueron concretándose hasta que la imagen acabó por adquirir el brillo de una imagen de televisión. Muchos habían ido a buscar sus cámaras y se habían puesto a filmar, como hacen los turistas cuando ven un monumento antiguo o contemplan alguna cosa cuya belleza te sale de lo común. Después de todo, sabían que no podía ser verdad. ¿Cómo podía serlo? ¿Un murciélago con una cabeza tan grande como la de un elefante?
»Entonces, de manera imprevista, ocurrió lo imposible. Advirtieron que el hocico atravesaba la "piel" de la esfera y que el monstruo dejaba de ser una simple imagen reflejada en una pantalla. Inspiró aire, aspiró varias bocanadas de aire... y a los pocos momentos tenían aquella pesadilla ante sus ojos.
»El horizonte de los hechos aminora el ritmo de los movimientos, Michael, pero una vez atravesada la Puerta, todo pasa a ser normal. Sin embargo, lo que puede ser "normal" para aquella obscenidad era un infierno para todos aquellos que la estaban contemplando. He dicho que aspiraba aire... En realidad era un enorme murciélago que estaba olisqueando la presa, que los husmeaba a ellos. ¡Y entonces cambió! Tanto la cara como la cabeza que surgió de su piel eran las de un lobo gigantesco. ¿Se ha fijado en cómo era cuando la ha visto en el recipiente de vidrio?
Pues así, exactamente igual. Primero apareció la cabeza de aquel lobo y a continuación aparecieron los hombros..., debajo de los cuales ya estaba pugnando por salir el cuerpo de cuero de un murciélago, las grandes alas de un murciélago que se desplegaban tan amplias como la propia esfera.
»¿Que si hubo pánico? Un pánico como pocas veces llega a experimentar un hombre en su vida. Y para empeorar todavía más las cosas, la cosa no llegó a este mundo en silencio, sino que profería unos gritos espantosos. ¡Y menuda voz la suya!
«Lanzaba alaridos para manifestar toda la rabia que despertaba en ella la intensidad de la luz, el hambre de la sangre que había olido, el temor ante un ambiente que le era ajeno. Y entonces atacó. Atacó cuando todavía estaba saliendo de la esfera. La parte trasera de la cosa era como un inmenso ciempiés cuyas patas fueran saliendo a través de la Puerta, revolviéndose violentamente hacia todos los lados. En ese momento volvió a cambiar y se transformó en una docena de diferentes híbridos, prestos a matar todos ellos.
«Empujada por su ciega agitación, comenzó a arrancar cables... y si digo ciega es porque la luz le resultaba insoportable. Fue una suerte que estuviera ciega porque, de no haberlo estado, la carnicería todavía habría sido mucho peor. La destrucción que provocó en la instalación eléctrica hizo que muchas de las luces se apagaran, gracias a lo cual su visión fue mejorando progresivamente. Ahora ya elegía sus víctimas con mayor deliberación y las devoraba con más presteza todavía.
»Pero ahora los soldados también disparaban contra ella... o por lo menos los soldados que tenían arrestos suficientes para hacerlo. No podían asegurar si las balas le hacían algún daño, pero lo cierto es que el alboroto

provocado por los disparos causó en ella un estado de alarma. Fue a refugiarse al lugar más oscuro que pudo encontrar, que fue, naturalmente, el cilindro, apenas iluminado. Pero ahora se había transformado en algo muy parecido a la especie de calamar que filmaron los aviadores de su AWACS. Era algo enorme, espantosamente enorme, que se comprimía y se abría paso a través de los niveles de magma. De hecho, el estado tan plástico en que había quedado su cuerpo no se diferenciaba demasiado del magma y, a medida que iba procediendo de esta manera, iban apareciéndole excrecencias con bocas y ojos y con... ¡oh!, con unos apéndices que resultan verdaderamente indescriptibles. Imagínese que del costado comenzaba a salirle una pata y que después la pata se transformaba en algo que parecía una araña.
Quizá ya sabe a qué me refiero.
»Pero finalmente consiguió meterse en el barranco, dejando tras de sí una estela de destrucción y de muerte poblada de los quejidos de los agonizantes y de los huecos que habían dejado los que se habían desvanecido para siempre. El Perchorsk Projekt se había convertido por segunda vez en un degolladero y en algún lugar del mundo andaba suelto y haciendo de las suyas un ser monstruoso.
No había nadie que tuviese la más ligera idea acerca de lo que había que hacer.
»Si nosotros, los rusos, tenemos algún defecto es éste, Michael, que somos excesivamente disciplinados en la manera de pensar y no estamos acostumbrados al fracaso. Así es que, después de aquel desastre, nos quedamos de una pieza, absolutamente desorientados, como los niños pequeños que esperan que su mamá les diga qué tienen que hacer a continuación. Esto fue lo que le ocurrió a Kruschev cuando Kennedy le afrentó en público y cuando las "autoridades responsables", para referirnos a ellas de alguna manera, tuvieron que dar explicaciones acerca del avión de las líneas coreanas. Si vuelve a ocurrir algún nuevo desastre, no hay duda de que la actitud volverá a ser la misma. Pues esto es lo que ocurrió con el asunto de Perchorsk.
»Finalmente, se dio la alerta a los militares y éstos, a su vez, se encargaron de avisar a Moscú. Pero ¿sabe usted cuál fue la reacción? "¿Cómo?, ¿que se ha escapado algo de Perchorsk, de los Urales? Pero ¿qué es lo que se ha escapado?
¿De qué están hablando?" Por fin salieron unos Migs que despegaron de Kirovsk y el resto ya lo sabe. En realidad, usted sabe más que yo acerca de esta parte del asunto. Lo que yo sé, sin embargo, es por qué los aviones de combate rusos fracasaron allí donde los aviones USAF resultaron airosos. Por lo menos hemos aprendido esto de los demás encuentros... y esto también explica lo de los lanzallamas.
»Así es: los aviones norteamericanos estaban equipados con proyectiles experimentales aire-aire Firedevil, que no sólo estallan al colisionar sino que despiden llamas destructoras alrededor. Un equipo menos voluminoso que el napalm, pero muchísimo más efectivo. Fue eso lo que detuvo a la cosa sobre la bahía de Hudson: el fuego. Fuego y luz..., la luz del sol. Hasta que los aviones norteamericanos no establecieron contacto con ella, ésta estuvo volando a través de nubes o cubierta por una densa capa

grisácea, puesto que el sol todavía no era muy fuerte. Pero así que el sol salió, la criatura bajó y buscó protección. Mire, Michael, hay cosas frías y cosas que pertenecen a la oscuridad.
»Usted me ha descrito qué vio en aquella película del AWACS: nubes de gases asesinos que, en cuanto aquella criatura se ponía en contacto con la luz del sol, emanaban de su cuerpo y cómo éste, plano, extenso, aerodinámico, iba apartándose del sol. ¡Ah, sí! No fue tanto que los Migs fracasaran en su intento como que otras fuerzas naturales coadyuvaron con los norteamericanos en el éxito conseguido. La cosa estaba exhausta cuando se encontró de manos a boca con los norteamericanos y los Firedevils que éstos llevaban acabaron de rematarla.
-Ya entiendo. Y así fue como terminó el Encuentro Uno...
-Y ahora una especie de anticlímax: el Encuentro Dos era un lobo. Apareció aproximadamente de la misma manera que la primera cosa, pero comparado con ella era pequeño, normal, casi resultaba insignificante... Aunque no del todo. Quien lo detectó primero fue un soldado, que le metió una bala en el cuerpo así que lo vio salir renqueante por la Puerta. Esto lo dejó parado en seco, pero no le resultó fatal.
Fue examinado detenidamente y, por supuesto, con las máximas precauciones... ¡y resultó ser un lobo! Era un animal viejo, sarnoso, casi ciego y medio muerto de hambre. Le salvaron la vida, lo metieron en una jaula, le dieron de comer, le dispensaron toda clase de cuidados y lo sometieron a una serie de pruebas. La verdad es que no acababan de creérselo, ¿comprende? Pero... ¡era un lobo de verdad! Era, en todos los aspectos, un hermano de las criaturas que aún hoy pueblan los grandes bosques de estas regiones. Cuando murió, hará de eso nueve meses, debido a su avanzada edad, estaba totalmente domesticado.
»Así es que se les ocurrió pensar que tal vez el mundo del otro lado no era, después de todo, muy diferente del mundo del lado de acá. O que quizá la Puerta que habíamos abierto conducía a muchos otros mundos. Viktor Luchov considera que, como fenómeno físico, o como fenómeno de la física, se encuentra en alguna parte situada entre un agujero negro y un agujero blanco. Los agujeros negros están en las profundidades del espacio y pueden engullir mundos; ni siquiera la luz puede escapar a la fantástica atracción de su fuerza de gravedad. Los agujeros blancos, en cambio, son teóricos recipientes de fusión que dan nacimiento a las galaxias. Unos y otros son puertas abiertas por las que circulan otros espaciostiempos.
Igual que nuestra esfera de luz blanca... aunque no tan violenta. Ésta es la razón por la cual Luchov la llama "agujero gris", porque es una puerta que se abre en ambas direcciones.
Al llegar a este punto, Khuv levantó una mano como si con ella quisiera avisar a Jazz.
-No corte el hilo, Michael, ya que ahora todo va muy bien. Las preguntas ya me las hará más tarde.
Y así que vio que Jazz volvía a adoptar una actitud distendida, prosiguió:
-Yo tampoco tengo ningún interés en los «agujeros» de la teoría física de altos vuelos. Considero simplemente que se trata de una amenaza. Pero dejando esto aparte...

»Usted fue testigo del Encuentro Tres y yo también le he hablado de él. En cuanto al Cuatro, fue otro anticlímax, aunque no tan normal y aceptable como el del lobo. Se trataba de un murciélago, orden *Chiroptera, genus Desmodus.* Lo curioso del caso es que el *Vampyrum* es el falso vampiro mientras gue *Desmodus* y *Diphylla* son los verdaderos chupadores de sangre. Este tenía una amplitud de alas casi de un metro, lo que para su especie es bastante grande, según me han dicho, aunque tampoco se le pueda considerar un gigante. Se le vio aparecer con mucha anticipación y, por supuesto, con él no se corrieron riesgos. En el mismísimo instante en que salió, fue abatido de un disparo. Pero de la misma manera que el lobo era un lobo de verdad, el murciélago también era un murciélago de verdad.

Por curioso que parezca, el murciélago vampiro es una criatura de América del Sur o de América Central. A lo mejor nuestro agujero gris no sólo era una puerta abierta a otros mundos, sino también a otras partes de este mundo.

»Bueno, en cualquier caso, en la siguiente ocasión yo estuve presente, o sea, que el resto de lo que le voy a contar es de primera mano. ¡Ah!, y también puedo mostrarle una película de la aparición del murciélago si le interesa. Aunque tampoco se va a enterar de nada que no le haya contado, puesto que ocurrió exactamente tal como se lo describo. En cuanto al Encuentro Cinco... fue algo completamente diferente.

Al llegar a este punto del relato, Jazz observó que Vyotsky, detrás de su barba oscura, había vuelto a quedarse muy pálido. También él había estado presente en el Encuentro Cinco.

-Desembucha de una vez -dijo el hombretón de la KGB poniéndose de pie, apurando la copa y comenzando a pasear de un lado a otro de la habitación-.

Cuéntaselo todo o enséñale la película, pero acaba con el asunto de una vez.

-A Karl no le gusta nada todo esto.

Khuv había hecho el comentario en tono indiferente, pero su sonrisa era fría y sardónica.

-Pero tampoco me gusta a mí, si bien hay que reconocer que el hecho de que te guste o no una cosa no la modifica en nada. No podemos modificar los hechos.

Venga y le mostraré la película.

En una segunda habitación pequeña al lado de las de Khuv tenía una especie de estudio. Había unas estanterías, un pequeño escritorio, unas sillas de acero, un proyector moderno y una pequeña pantalla. Vyotsky no demostró intención de seguir a Jazz y a su superior y le limitó a servirse otro trago y a quedarse en la sala de estar de Khuv. Jazz sabía, de todos modos, que aquélla era la única salida de las habitaciones de Khuv y que únicamente unos pocos pasos y un endeble tabique lo separaba del poderoso corpachón del agente de la KGB.

Ahora también se daba cuenta de que su entrada en la habitación no había sido un hecho espontáneo y que Khuv la tenía preparada de antemano. Todo lo que debía hacer ahora era apagar las luces y proyectar

la película. Fuera lo que fuese lo que Jazz se esperaba, es un hecho que no era lo que vio.
La película era en color y sonora, es decir, totalmente profesional en sus detalles. A un lado de la pantalla, una sombra oscura, borrosa y desenfocada daba la impresión de ser el costado de un soldado ruso, con un reluciente Kalashnikov apoyado en el muslo. El centro de la pantalla estaba ocupado por la esfera de luz blanca, es decir, por la Puerta, tal como ahora Jazz la veía, y proyectada en su deslumbrante superficie -la parte inferior de la «fotografía» situada sólo a pocos centímetros por encima de los tableros del pasadizo donde se extendía aquella abertura entre la plataforma del anillo de Saturno y la esfera- había la imagen…
¡de un hombre!
La cámara se había aproximado rápidamente, dejando toda la pantalla en blanco y, por tanto, mucho menos deslumbrante, con la imagen del hombre situado en el mismo centro. Éste avanzó en línea recta, directo hacia la cámara. Sus movimientos eran tan sumamente lentos que cada paso le costaba segundos, por lo que Jazz no pudo por menos de preguntarse si llegaría a avanzar. Pero entonces Khuv le hizo una advertencia:
-Fíjese en que la fotografía se va aclarando, lo que demuestra sin lugar a dudas que está a punto de salir. Pero yo, en su lugar, no me quedaría a esperar que esto suceda. Estúdielo mientras pueda.
La cámara, como por consideración, se había cerrado sobre el rostro del hombre.
Tenía la frente en talud y llevaba el cráneo afeitado, salvo un mechón de pelo en medio de la cabeza, que destacaba como una raya negra y ancha sobre una piel blanquísima. El mechón le caía por detrás como una melena y estaba atado con un nudo en la nuca. Tenía los ojos muy pequeños, muy juntos y como queriéndosele salir de las órbitas. Los ojos le brillaban por debajo de unas cejas gruesas y espesas, unidas en una maraña de pelos sobre el puente de una nariz chata y aplastada. Tenía las orejas ligeramente puntiagudas y con unos lóbulos muy grandes, aplastadas a ambos lados de la cara, sobre unas mejillas hundidas y enjutas. Sus labios eran rojos y carnosos y tenía la boca torcida hacia la izquierda, como si esbozara una permanente sonrisa de desprecio o de burla. Su barbilla era puntiaguda, lo que quedaba acentuado por una pequeña barba negra, untada para exagerar su forma. Pero el rasgo más marcado de su rostro era aquel par de ojos pequeños y relucientes. Jazz volvió a mirarlos: eran rojos como la sangre y centelleaban en unas órbitas negras y protundas.
Como si obedeciera a los deseos de Jazz, la cámara volvió a retroceder para mostrar de nuevo todo el cuerpo del hombre. Llevaba un trozo de tela ceñido a las caderas, los pies calzados con sandalias y un aro de un metal dorado en la oreja derecha. Su mano derecha estaba recubierta con un guantelete erizado de pinchos, cuchillos y ganchos…, ¡una arma increíblemente peligrosa!
Después de esto, Jazz sólo tuvo el tiempo suficiente para observar la extrema delgadez del hombre, el estremecimiento de sus músculos y aquel

caminar de lobo que tenía al salir de la esfera y entrar en la pasarela. Después, todo empezó a acelerarse...

El agente británico volvió a la realidad, se agarró al borde de la cama y se sentó en la misma. Después se puso de pie y arrimó la espalda a la pared metálica.

La pared estaba fresca, pero no fría; a través de ella, Jazz sentía la vida del complejo subterráneo, el discurrir nervioso e inquieto de su sangre asustada. Era como estar en la bodega de un gran barco, donde a través del suelo, de las paredes y los mamparos se nota el latido de los motores. Y de la misma manera que habría tenido conciencia de la vida del barco, sentía ahora el terror que reinaba en aquel sitio.

En la cueva artificial abierta en el corazón de la montaña había hombres, hombres armados hasta los dientes. Algunos habían visto el hecho con sus propios ojos y otros en películas como la que Jazz tenía ocasión de ver, que podía aparecer por aquella Puerta que custodiaban. No era de extrañar que el Perchorsk Projekt provocara miedo.

Sintió un ligero estremecimiento y después se rió entre dientes. Había contraído la fiebre del Projekt, cuyos síntomas eran aquel temblor, incluso cuando se tenía calor. Se había fijado en que todos temblaban; ahora también él temblaba como los demás.

Jazz, deliberadamente, trató de sobreponerse y se obligó a recordar de nuevo aquella película que Khuv le había mostrado...

Capítulo 5

¡Wamphyri!

Salió el hombre de la esfera para entrar en la pasarela... y en seguida se aceleraron las imágenes.
Entornó los ojos ante la luz repentina, gritó como resistiéndose en una lengua que Jazz entendió a medias o que le pareció entender y se echó al suelo, en actitud defensiva. Pareció como si la película cobrara vida. Con anterioridad, era como si los sonidos se hubieran amortiguado: alguna tosecilla ocasional, conversaciones nerviosas, pies que se arrastraban y, de cuando en cuando, el sonido de los muelles de las armas y el inconfundible chasquido metálico de la recámara al ser colocada en su posición. Pero todo resultaba extraño y un poco fuera de tono, como los primeros minutos de una película, cuando uno todavía conserva en los oídos los sonidos de la calle y aún no se ha acostumbrado al nuevo medio en que el sonido rebota contra las paredes.
Ahora, sin embargo, el sonido ya parecía más relacionado con la película. Se oía la voz de Khuv que gritaba: «¡Cogedlo vivo! ¡No le disparéis! ¡Voy a hacer consejo de guerra al primero que apriete el gatillo! No es más que un hombre, ¿o es que no lo veis? ¡Venga, capturadlo!
Figuras vestidas con uniformes de combate pasaban corriendo por delante de la cámara, haciendo que el cameraman y la película se movieran a sacudidas, tapando un momento la imagen y ocupando la pantalla. Como les había ordenado que no disparasen, llevaban las armas de una manera torpe, como si no supiesen qué hacer con ellas. Jazz lo entendía: les habían dicho que en aquella esfera se escondía la muerte, pero ahora resultaba que no era más que un hombre. ¿Cuántas personas serían necesarias para reducir a un hombre? Con toda una gran variedad de armas al alcance de la mano, seguramente debían de sentirse como hombres tratando de aplastar insectos con cañones. Había que tener en cuenta, sin embargo, que de aquella esfera habían salido cosas espantosas, y ellos lo sabían.
El hombre que había salido de la esfera vio que se acercaban y se irguió.
Ahora sus ojos enrojecidos ya estaban acostumbrados a la luz. Se quedó aguardando a que los soldados se acercaran, aunque Jazz pensaba que aquel hombre, que debía de medir casi dos metros, seguro que sabía cuidarse de sí mismo.
¡No hay duda de que estaba en lo cierto!
La pasarela debía de tener unos tres metros de ancho. Los dos primeros soldados se acercaron a aquel hombre prácticamente desnudo que había salido de la esfera abordándolo desde ambos lados, cosa que fue un error. Ordenándole a gritos que se pusiera manos arriba y avanzara, el más rápido de los dos se le acercó y lo aguijoneó con la punta de su rifle Kalashnikov. Con sorprendente presteza, el intruso pareció cobrar vida, apartó de un manotazo el cañón del arma sirviéndose de su mano izquierda y agitó en el aire el arma que llevaba en la derecha contra la cabeza del soldado.

El lado izquierdo de la cabeza del soldado pareció ceder, al hincarse los ganchos del guantelete en los huesos rotos del cráneo. El recién llegado se irguió un momento y después se agitó, vano intento, como un pez atravesado por un arpón. Pero no era más que una reacción nerviosa, puesto que la acometida lo dejó sin vida al instante. Después, el hombre de la Puerta refunfuñó y retiró bruscamente la mano para liberarla, al tiempo que con el hombro expulsaba a su víctima de la pasarela. El cuerpo del soldado desapareció de la vista.
El segundo soldado se detuvo y miró para atrás, el rostro lívido en el momento en que la cámara captó su indecisión. Sus compañeros no sabían qué actitud tomar, estaban fuera de sí y se sentían ávidos de abatir a aquel extraño enemigo. Sintiéndose valiente, gracias al número de los que lo acompañaban, volvió a hacer frente al intruso y precipitó la culata del rifle contra su cara. El hombre bufó como un lobo y esquivó el golpe, al tiempo que describía un arco con el guantelete que le cubría la mano. Con él sajó el cuello al soldado, dejándole una herida escarlata y derribándolo de lado. Pero, después de caer cuan largo era, se puso de rodillas, mientras el intruso descargaba su arma sobre su cabeza, atravesándole con ella su gorro de piel y su cráneo.
Después comenzaron a aparecer las figuras preparadas para el combate, que se congregaron alrededor del guerrero, arremetiendo contra él con sus rifles y golpeándolo con las botas. Pero él se deslizó debajo de los soldados, lanzando bramidos de furor y rabia. Los gritos de los soldados se habían convertido en un rugido, pero Jazz pudo reconocer la voz de Khuv que destacaba por lo estentórea:
«¡Cogedlo, pero no lo matéis! Lo queremos vivo... ¡Vivo! ¿Está claro?» Fue entonces cuando apareció Khuv, avanzando hacia la pasarela y agitando frenéticamente los brazos por encima de su cabeza.
«¡Sujetadlo, pero no lo machaquéis!», gritaba. «Lo queremos íntegro.» Estas tres palabras finales expresaban toda la sorpresa de Khuv y su incredulidad. Al contemplar la película, Jazz comprendió por qué había advertido el cambio en la voz de Khuv, por qué casi había simpatizado con él.
Aquel extraño guerrero había resbalado al bajar -posiblemente al pisar la sangre- y era la única razón que explicaba por qué había bajado. Los cinco o seis soldados que lo rodeaban, sus movimientos entorpecidos por las armas que llevaban y desesperados por no ponerse al alcance de la terrible máquina trituradora que llevaba en la mano derecha, no constituían unos contrincantes dignos de él. Uno tras otro se movían hacia adelante y hacia atrás, tratando de agarrarse a gargantas degolladas o a caras destrozadas; dos de ellos salieron disparados hacia el borde de la pasarela, precipitándose a más de veinte metros de profundidad en un magma que era como un pantano; otro, que se quedó paralizado al darse la vuelta, salió despedido por los aires al recibir un puntapié de desprecio del guerrero, quien al final se quedó todo cubierto de sangre, pero libre y solo, en los tableros cubiertos de fango rojo que formaban la pasarela. Después vio a Khuv y entre los dos no mediaban más que cuatro o cinco pasos a través de los tablones.

«¡El escuadrón de los lanzallamas!», gritaba Khuv con voz ronca, convertida de pronto en un susurro ante el repentino silencio que invadía el lugar. «¡A mí!
¡Rápido!» No volvió la cabeza para mirar, porque no se atrevía a apartar los ojos ni un momento del ser amenazador que había surgido de la esfera.
Pero el guerrero lo había oído hablar e inclinó la cabeza a un lado, entornando los ojos para mirar a Khuv. Quizá le había parecido que las palabras del comandante de la KGB sonaban a desafío. Y contestó con una sola frase breve, que casi sonó como un ladrido.
Probablemente era una pregunta formulada en una lengua que a Jazz le parecía que entendía, una pregunta que terminaba con una palabra: «¿wamphyri?» Dio dos pasos y repitió las palabras enigmáticas y vagamente familiares de la frase.
Ésta vez la última palabra, «¿wamphyri?», fue pronunciada con mayor intensidad, en tono amenazador y arrogante.
Khuv cayó de rodillas y agarró una pistola automática de cañón largo. Con mano vacilante apuntó al guerrero, sirviéndose de la mano que tenía libre para urgir a los hombres a que se adelantasen.
«¡Escuadrón de lanzallamas!», graznó.
Cuando la película llegó a esta escena, parecía que ya no tenía saliva en la boca, como no la había tampoco en la boca de Jazz.
En aquel momento el guerrero volvió a lanzarse hacia adelante, sólo que esta vez no parecía tener intenciones de detenerse. Su manera de mirar y la forma como amenazaba con su mortal guantelete hablaban con bastante elocuencia de sus intenciones. Se oyó el ruido de botas al acercarse y unas cuantas figuras oscurecieron los laterales de la pantalla; en ellos aparecían varios hombres que avanzaban precipitadamente, pero Khuv no esperaba. Hasta él había olvidado sus órdenes sobre el uso que había que hacer de las armas, sus palabras se habían convertido en pura palabrería. Sostenía su pistola automática con manos temblorosas y por dos veces disparó a bocajarro contra la amenazadora figura humana, verdadera máquina de matar que avanzaba desde el otro lado.
El primer disparo alcanzó al guerrero en el hombro derecho, debajo de la clavícula. Al tiempo que caía derribado hacia atrás apareció en su hombro una mancha oscura semejante a una flor horrenda. Se quedó tumbado sobre los tablones. Al parecer, no había conseguido alcanzarlo con el segundo disparo, pero se sentó, se llevó la mano a su hombro herido y, sorprendido, se quedó contemplando la sangre que manchaba su mano. Sin embargo parecía que el dolor todavía no se había dejado sentir... cuando, un segundo más tarde, comenzó a notarlo...
El alarido del guerrero no se parecía a ningún sonido humano, puesto que era mucho más primitivo. Parecía venir de las cavernas que se pierden en la noche de los tiempos, cavernas de un mundo lejano, más allá de extraños límites de espacio y tiempo. Era tan espantoso y amedrentador como el hombre que lo profería.
Se habría abalanzado sobre Khuv y, de hecho, se agachó preparándose para hacerlo, pero los tres lanzadores de llamas se le adelantaron. Los aparatos que manejaban correspondían al tipo portátil, que un hombre puede llevar colgado de la espalda. De todos modos, se trataba de un

artilugio pesado, compuesto de un depósito de combustible, montado sobre un carretón motorizado del que se encargaba un hombre, mientras otro, a su lado, manejaba el lanzallamas. El tercer miembro del escuadrón llevaba un gran escudo flexible de amianto, de hecho una protección frágil contra el retroceso.
El hombre que había salido de la esfera, pese a estar herido, descargó el arma de su guantelete contra el escudo de amianto y casi consiguió arrancarlo de las manos de la persona que lo sostenía. Antes de retirar el guantelete, que parecía haberse pegado al escudo, Khuv gritó: «¡Muéstrale el fuego! Pero muéstraselo únicamente, ¡no le quemes!» Estaban demasiado nerviosos, pero del aparato salió proyectada una llamarada que lamió el costado del guerrero, lo que hizo que éste se pusiera a gritar, presa de rabia y terror, y se diera media vuelta. Cuando el fuego se extinguió, del costado del hombre seguían saliendo llamas químicas que le quemaron la barba, las cejas y que, incluso, prendieron en el único mechón de pelo que tenía en la cabeza.
En seguida comenzaron a formársele ampollas, mientras el hombre no dejaba ni un momento de traducir en gritos sus sufrimientos e iba golpeando las llamas con la mano izquierda. Súbitamente arrebató al soldado el escudo de amianto que sostenía y lo arrojó contra el escuadrón. Antes de que los soldados tuvieran tiempo de recuperarse del golpe, ardiendo, se volvió a la esfera blanca para encaminarse a ella.
«¡Detenedlo!», gritó Khuv. «Disparad contra él... pero a las piernas. No dejéis que se meta dentro...» Al ponerse a disparar, vio que el cuerpo del hombre se estremecía y se tambaleaba, mientras las balas se incrustaban en la parte trasera de sus muslos desnudos y en la parte inferior de las piernas. Había alcanzado ya su objetivo cuando un disparo afortunado le dio detrás de la rodilla derecha y consiguió derribarlo en tierra. Ya estaba lo bastante cerca de la esfera para tratar de colarse en ella, salvo que...
«¡Lo ha tumbado para atrás! Es como si hubiera tratado de introducirse por una pared de ladrillo.» En aquel instante, mientras contemplaba la película, Jazz comprendió - omo lo habían comprendido los que se encontraban presentes y cuantos la habían visto- que la Puerta era una celada. Como el ascidio, dejaba penetrar en ella a sus víctimas, pero les negaba la salida. Una vez atravesada, las criaturas pertenecientes al mundo que había al otro lado de la misma debían quedarse en éste, por lo que Jazz no pudo evitar preguntarse si le ocurriría lo mismo a una persona que quisiera atravesarla desde este lado. Aunque difícilmente llegaría nadie a descubrirlo.
«Ahora tendrá que volver y sin armar alboroto», dijo Khuv, que no cabía en sí de gozo.
Así que cesó el tiroteo, Khuv bajó por la pasarela y se dirigió al escuadrón de los lanzadores de llamas y se quedó detrás de ellos observando las lastimosas payasadas que hacía el hombre que había aparecido por la Puerta. En aquel momento Jazz sintió piedad de él, pero la verdad es que fue sólo un momento.
El hombre se sentó, se estremeció, perplejo, y extendió una mano hacia la deslumbrante esfera de luz. La mano chocó con algo resistente y no pudo seguir adelante. Se puso entonces de rodillas y volvió la cara a sus

torturadores. Sus ojos escarlata se abrieron de par en par y en ellos se reflejó su odio, lanzó un bufido y escupió todo su desprecio a los de la pasarela. Pese a tener el cuerpo cubierto de ampollas amarillas, que se reventaban y dejaban rezumar un líquido que le resbalaba por el costado derecho, pese a estar herido y quizás indefenso, seguía desafiándolos.
Khuv se adelantó y señaló el guantelete que llevaba el guerrero en la mano derecha.
«¡Quítatelo», dijo acompañándose de gestos lo suficientemente gráficos para que lo entendiera. «Quítatelo ahora mismo.» El hombre se miró el guantelete y, por increíble que parezca, se puso de pie.
Khuv se hizo atrás y lo apuntó con el arma.
«¡Quítate eso de la mano!», le ordenó.
Pero el hombre de la esfera se limitó a sonreír. Contempló el arma de Khuv, el lanzallamas cuya boca apuntaba directamente contra él, y sonrió torciendo la boca.
Era una expresión extraña, mezcla de triunfo, de ironía y hasta de tristeza o de melancolía sardónica, pero no un signo de miedo.
«Wamphyri», dijo el hombre señalándose el pecho con el dedo y levantando la cabeza con orgullo, después de lo cual, echándola para atrás, ululó nuevamente la palabrita: «¡Wamphyri!» Mientras los ecos de sus palabras se desvanecían lentamente, avanzó la cara y volvió a clavar la mirada en los hombres que se encontraban en la pasarela, al tiempo que con la expresión de su cara parecía decir: «¡Hacéis lo peor! No sois nada ni sabéis nada.» «¡El guantelete!», volvió a gritarle Khuv, indicándoselo con el dedo.
Y como para impresionarlo, disparó al aire, después de lo cual apuntó el arma al corazón del guerrero. Sin embargo, éste aspiró una profunda y audible bocanada de aire, después de lo cual lo soltó como en un jadeo.
De pie en la pasarela, balanceándose ligeramente de un lado a otro, el hombre de la esfera abrió las mandíbulas desencajándolas hasta lo imposible. Tenía una lengua hendida, escarlata, que asomaba por la caverna de su boca. Sus fauces inmensas seguían abriéndose todavía más, se distendían visiblemente, emitiendo un ruido como el que haría la vela de una barca al ser rasgada. Y como todo lo demás estaba en el más absoluto silencio y el resto de la escena parecía haber quedado congelado, la imagen y los sonidos que procedían de aquella metamorfosis todavía resultaban más vividos.
Jazz retenía el aliento mientras observaba y, ahora, en su celda, volvía a retenerlo recordando todo lo que había visto.
Los labios carnosos del guerrero se habían retraído hacia adentro, poniendo la carne tan tirante que habían acabado por partirla, haciendo manar sangre por la herida y poniendo al descubierto unas encías de color carmesí y unos dientes puntiagudos como dientes de sierra, salpicados de sangre. No había nada que pudiera parecerse tanto a las profundas fauces de un lobo como aquella boca... y el resto de la cara era igualmente amedrentador, por no decir más. La nariz ancha y aplastada todavía se había ensanchado más y en ella habían aparecido toda una serie de crestas que la recorrían y que le daban la apariencia de la trompa chupadora de un murciélago, con fosas nasales ovaladas y de un negro tan resplandeciente que parecían pozos recubiertos de cuero negro. Las

orejas, antes planas y pegadas a la cabeza, se habían cubierto de manchas de pelo y habían crecido apuntando hacia arriba y hacia fuera, formando una especie de conchas carnosas cubiertas de venillas escarlata, que se movían nerviosamente. Su aspecto recordaba cada vez más el de un murciélago. O quizás el de un demonio.
En aquella cara parecía escrita la palabra «infierno», reflejada en su espeluznante expresión. Aquel rostro era en parte un murciélago, en parte un lobo, pero evidentemente causaba horror. Con todo, el cambio todavía no se había producido del todo.
Los ojos, antes pequeños y profundamente hundidos en la cara, habían aumentado de tamaño hasta convertirse en sanguijuelas hartas de sangre. Aparecían rojos y abultados en sus cuencas. En cuanto a los dientes..., parecían dar un nuevo significado a la pesadilla, puesto que habían crecido y se habían curvado sobre las laceradas encías de aquel ser extraño, transformándose en dagas de hueso que habían herido su propia boca para alimentarse con su propia sangre. Los dientes asomaban entre la sangre como los espantosos colmillos de algún carnívoro primitivo.
En cuanto al resto del cuerpo, afortunadamente se había mantenido antropomórfico, si bien la metamorfosis había hecho que su maltrecho tronco y sus atropelladas piernas adquiriesen el brillo apagado del plomo, mientras todo su cuerpo parecía vibrar como acometido por una increíble parálisis. Pero finalmente...
Finalmente había terminado. Sabiendo muy bien lo que se hacía, el hombre, o la cosa aquella que había salido de la esfera, dio otro paso vacilante hacia adelante.
Y al mismo tiempo que daba un paso en dirección a Khuv, exclamó con voz confusa: «¡Wamphyri!» Khuv se había figurado que aquel ser era humano y apenas había tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa que le había producido su error. Los nervios, las piernas, la voz... todo parecía fallarle. Habría sido fatal que en aquel momento se sintiese mal, pero se recuperó para dar un paso atrás, fuera del alcance de aquel ser, y gritar: «¡Asadlo vivo! ¡Acabad de una vez con ese monstruo hijo de puta!» El hombre que sostenía la manguera no esperó a que dijera más; sin necesidad de hacérselo repetir, se limitó a apretar el índice que tenía apoyado en el gatillo. Un lengüetazo amarillo de fuego en el que anidaba una veta blanca y cauterizadora salió por la boca y envolvió a aquel horror que había surgido de la Puerta. Pasaron unos segundos que se hicieron larguísimos, el escuadrón cubrió aquella cosa de fuego químico, aunque la cosa seguía de pie. Al fin se desplomó, rendida ante el vómito de fuego, y pareció fundirse. Aquel ser había caído sentado.
«¡Alto!» Khuv se había cubierto la cara con un pañuelo. Aquel río rugiente de fuego todavía continuó durante uno o dos segundos, emitió un silbido antes de consumirse y quedó apagado en su fuente. Pero el guerrero seguía ardiendo.
Estaba cubierto de llamas, que alcanzaban casi los dos metros por encima de su cabeza, convertida ahora en una masa ovalada que iba derritiéndose lentamente y que emitía un espantoso hedor. Jazz no había tenido ocasión de olerlo, pero estaba convencido de que el olor que despedía debía ser repugnante.

Mientras las llamas iban ardiendo cada vez más bajas, crepitando, la forma se hundía y se encogía al mismo tiempo que los jugos de su cuerpo burbujeaban al hervir. Algo que podía ser un brazo largo y delgado se elevó de aquellos rescoldos alquitranados, onduló como una cobra enferma entre nubes de humo, e inició unos violentos temblores que no cesaron hasta que volvió a caer en la masa carbonizada formada por los tablones de la pasarela.
«Otro chorro más», ordenó Khuv, provocando con ello una satisfacción al escuadrón.
En breve espacio de tiempo se consiguió que no quedara nada.
La película había terminado y en la pantalla destellaban unas luces blancas, pero Khuv y Jazz habían seguido sentados, mirando aquellas escenas que se habían marcado con fuego en su memoria. Hasta después de oír el chasquido del rollo vacío de película Khuv no se movió, pero a continuación se dirigió a apagar el proyector y las luces.
Después... fueron a tomar otro trago. Pocas veces en la vida había tenido Jazz ocasión de paladearlo más a gusto...
Mientras Michael J. Simmons estaba sentado en su litera pensando en todo lo que había visto y oído, el latido del complejo fue reduciendo su ritmo paulatinamente hasta adquirir una especial regularidad. Era de noche y hora de dormir. Pero no todo el personal del Projekt ni las unidades complementarias se disponían a dormir (por ejemplo, los que debían guardar la Puerta estaban muy despiertos) y también aquella criatura que vivía en el complejo, un ser que ni era humano ni pertenecía al mundo de los hombres y que seguramente tampoco debía de dormir.
Eso era lo que pensaba su guardián, Vasily Agursky, sentado con la barbilla y las hundidas mejillas en las palmas de sus manazas, observando al Encuentro Tres a través de la gruesa pared de cristal del recipiente donde se encontraba. Agursky era un hombre bajo que no superaba el metro sesenta, delgado, con los hombros caídos y una cabeza de coronilla resplandeciente y puntiaguda que asomaba entre los escasos cabellos grises y sucios que la cubrían como una especie de plumón.
Sus ojos, detrás de las gruesas lentes de sus gafas, parecían grandes y de un color castaño claro que destacaba sobre la palidez de su rostro. Los tenía ribeteados de rojo y se movían bajo unas cejas finas pero expresivas. Tenía labios finos y unas orejas grandes que le daban un curioso aspecto de gnomo si bien, por paradójico que parezca, no tenían nada de cómico.
La luz roja de la sala donde estaba la cosa estaba muy atenuada para no asustarla ni obligarla a que se refugiara debajo de la arena. La cosa conocía a Agursky y rara vez se excitaba en su presencia. Mientras él permanecía sentado observándola, con sus delgadas piernas a horcajadas sobre una silla de acero y los codos apoyados en el respaldo, la cosa se extendió en el suelo del recipiente como si también lo estuviera observando. En aquel momento tenía el aspecto de un sanguijuela y cara de roedor. Un seudópodo que hubiera brotado de algún lugar situado a la izquierda. Se movía lentamente como una estrella de mar, examinando con sus patas, cada una por su cuenta, los guijarros y los granos de arena y descartándolos después de examinados. El único y rudimentario ojo del seudópodo estaba abierto y miraba sin parpadear.

Estaba hambriento, y Agursky, incapaz de dormir pese a la media botella de vodka de la que había dado buena cuenta, decidió bajar para darle de comer. Lo que encontró extraño (una cosa extraña más entre tantas cosas extrañas), últimamente había podido darse cuenta, era que las costumbres de aquel ser comenzaban a afectarlo. Si lo veía inquieto, también él lo estaba. Y lo mismo le ocurría cuando lo veía hambriento. Esta noche, y eso que había comido bien durante el día, notaba que tenía hambre, cosa que le hizo pensar que también a aquella criatura debía de pasarle lo mismo. En realidad no le tocaba comer, ni parecía necesitarlo, pero sabía que le apetecería. Restos de la cocina, sangre de animales, pellejos, pezuñas, ojos, sesos, tripas..., esas cosas que los hombres desechan. Todo era aprovechable. Una vez picado, todo pasaba por aquel tubo que utilizaba para darle de comer, y la cosa lo devoraba todo sin dejar nada.

-¿Qué clase de cosa eres? -preguntó Agursky a la criatura, probablemente por milésima vez desde que estaba bajo su cuidado.

Era realmente decepcionante no saberlo, aunque si había alguien que pudiera dar una respuesta, éste tendría que ser el propio Agursky. La zoología y la psicología eran los campos que constituían su especialidad. Lo habían mandado llamar especialmente para estudiar a aquella cosa y descubrir su naturaleza.

Después de permanecer un mes aproximadamente trabajando en el caso, habían acudido otros científicos, supuestamente más cualificados que él, para ayudarlo en sus investigaciones. Daba la impresión de que Agursky había fracasado. Sin embargo, tras considerar las circunstancias y estudiar sus notas, se habían tenido que marchar moviendo la cabeza desengañados. Y él se había quedado solo para ver de seguir adelante. Pero ¿qué era lo que había de seguir? Conocía a aquella criatura tan bien como pudiera conocerla cualquiera, pero a pesar de ello no sabía cómo clasificarla.

Su sangre era parecida a la de todas las miríadas de animales que pueblan la Tierra, aunque se diferenciaba lo suficiente de ella para poder afirmar que no era igual. En la escala de la inteligencia, no podía considerársele un animal superior - no podía compararse con el hombre, el delfín, los cánidos o las abejas- y sin embargo tenía como una especie de astucia inteligente. Sus ojos, por ejemplo, hipnotizaban con la mirada. De vez en cuando tenía que dejar de mirar a aquel ser y desviar la vista a otro lado, porque sentía como que se quedaba dormido. De hecho, ya se había dormido en varias ocasiones, e invariablemente, en estos casos, las pesadillas lo despertaban y se encontraba pronunciando palabras inconexas.

Podía aprender, pero se resistía. Sabía, por ejemplo, que cuando su guardián le mostraba una tarjeta blanca, a continuación le daba de comer. Y también que una tarjeta negra significaba que corría peligro de recibir una descarga eléctrica. Le había costado aprender que una tarjeta negra y otra blanca significaban, cuando estaban juntas, que no debía tocar la comida hasta que fuera retirada la tarjeta negra. Sin embargo, la aparición de las dos tarjetas juntas le volvía furioso. Cuando había comida, no le gustaba que se la negasen ni que lo amenazaran. Éstas eran

unas cuantas de las pocas cosas que Agursky había aprendido sobre la criatura, si bien, al mirarla, tenía la desagradable sensación de que aquella cosa sabía mucho más acerca de él. Conocía su espantosa capacidad de odio… y sabía a quién odiaba.

-¡Es hora de comer! -dijo a la cosa-. Voy a echarte una porquería asquerosa y putrefacta y tú te la vas a zampar como si fuera la leche de tu madre, como si fuera miel de un panal de abejas… ¡Bicho repugnante!

No hay duda de que hubiera preferido una o dos ratas blancas vivas, pero el solo hecho de imaginarlo poblaba de pesadillas la cabeza de Agursky. Había algo que también sabía de la cosa; que aunque se alimentara de sangre coagulada, en realidad prefería perforar una arteria y tomarla todavía palpitante, es decir, que era un vampiro.

Cuando Agursky se puso de pie para empezar a preparar el aparato dispensador de comida, se acordó de la primera vez que dio a la cosa una rata viva.

Había hecho falta drogarla primero y dejar que se durmiera. Para conseguirlo había bastado con darle una pequeña cantidad de sangre con una dosis masiva de un tranquilizante. Así que la cosa empezó a dar muestras de sufrir los efectos del somnífero y se retiró a dormir bajo la arena, entonces él retiró los dispositivos de seguridad que afianzaban la tapadera y metió en el interior del tanque a la bulliciosa ratita. Tres horas más tarde (período de tiempo extremadamente corto considerada la dosis de la droga), la cosa recuperó la conciencia y se asomó a la superficie para ver qué pasaba.

La rata no tenía escapatoria. Por supuesto que se había defendido como puede defenderse una rata cuando se ve acorralada en un rincón, pero le sirvió de muy poco. El vampiro la inmovilizó, la mordió en el cuello y le sorbió toda la sangre. Para hacerlo, le formó en el cuello un par de tubos carnosos y finos como una aguja, verdaderos sifones que deslizaba en los vasos seccionados de la rata.

El «banquete» duró tan sólo uno o dos minutos y aquélla era la vez que Agursky vio a la criatura alimentarse con mayor avidez. Posteriormente, de vez en cuando la cosa adoptaba ciertas características propias de los roedores, cosa que su guardián atribuía a haberlas «aprendido» de la criatura devorada. Y al decir «devorada» no empleamos una palabra demasiado fuerte, puesto que después de chupar la sangre de la rata, la criatura consumió su piel, sus huesos e incluso el rabo.

Aquélla y otras comidas de alimento vivo que Agursky le sirvió, lo indujeron a sacar varias conclusiones que, sin embargo, todavía no había tenido ocasión de comprobar. El Encuentro Uno había sido con un vampiro. Por lo menos se trataba de un carnívoro, si no de un vampiro. Antes de que escapara del complejo, se le había visto devorar a varios hombres. El ser del Encuentro Dos, un lobo, también era un depredador, un animal que se alimentaba de carne. El cuarto fue un murciélago y, más específicamente, un murciélago vampiro. Y el quinto se había declarado wamphyri. ¿Había algo en aquel mundo que estaba al otro lado de la Puerta que no tuviera que ver con los vampiros o que no fuera carnívoro? La conclusión de Agursky fue que no le habría importado visitar aquel mundo para poder describirlo de primera mano.

Otra de sus reflexiones o de sus divagaciones, que habrían podido llevar a varias conclusiones impensables, era que tres de los cinco encuentros -las cinco incursiones del más allá- habían sido con seres de forma cambiante, criaturas no vinculadas a una forma específica.
La cosa del tanque, tras examinar y comerse una rata, estaba en condiciones de asumir de manera imperfecta la identidad de un roedor. ¿Sería capaz de emular a un hombre? Esto, a su vez, conducía a otra pregunta: ¿sería el guerrero wamphyri un hombre dotado de la facultad de cambiar de forma, o era otra cosa que imitaba a un hombre?
Pensamientos y preguntas morbosas como éstas habían empujado a Agursky a la bebida. El solo hecho de volver a reflexionar en ellas le hacía desear que ojalá ahora dispusiera de una botella. Pero se daba el caso de que ahora no la tenía.
Cuanto antes terminara con aquel asunto, más pronto podría volver a su cuarto y echar un buen trago antes de meterse en la cama.
Junto a la puerta había un carrito de ruedas con el alimento de la criatura metido en un contenedor provisto de tapadera. El contenedor estaba colgado de un gancho a una bomba eléctrica. Agursky acercó el carrito al tanque y lo enchufó a la corriente. Acopló la salida del contenedor al tubo dispensador situado en la pared extrema del tanque, hizo girar las válvulas del contenedor y del tanque dejándolas en posición de apertura y puso en marcha el motor. Aquel motor eléctrico era de una eficiencia máxima. Primero hubo un chasquido, después se oyó un gorgoteo e inmediatamente comenzaron a fluir una serie de líquidos viscosos.
Mientras trabajaba, Agursky se dio cuenta de que la cosa lo estaba observando. Era curioso que lo mirase a él y no al dispensador de comida, es decir, que permaneciese en la misma postura en que se había quedado. Lo único que se desplazaban eran sus ojos, que iban siguiendo sus movimientos. Agursky estaba desconcertado. Caían dentro del tanque gruesos grumos de color rojo oscuro, mezclados con un flujo de sangre medio coagulada, que salían en esporádicos chorretones y que quedaban sobre la arena formando un montón de visceras en un extremo del cubil. Pero la cosa ni se movía.
Agursky frunció el entrecejo. Aquella criatura era capaz de consumir una cantidad de comida igual a la mitad de su peso y hacía cuatro días que no comía.
¿Estaría enferma? ¿Funcionaría debidamente la entrada de aire? ¿Qué diablos estaba ocurriendo?
Volvió a su silla y se sentó como antes, con los brazos doblados en el respaldo y la barbilla reposando en el dorso de la mano izquierda. La criatura lo observaba con unos ojos que ahora parecían casi humanos. Su rostro en estos momentos había perdido mucha de su identidad de roedor y había adquirido unos rasgos que se aproximaban mucho a los humanos. Aquel cuerpo parecido a un saco que tanto recordaba al de una sanguijuela se había alargado, había perdido su coloración oscura y todas las rugosidades que lo cubrían. Le estaban saliendo piernas... y brazos... ¿y eso otro?, ¿eran pechos?
-¿Cómo? -murmuró Agursky, apretando los clientes-. ¿Qué...?

El miembro espurio con el que solía examinar las piedras se había encogido y retirado en la enorme masa del cuerpo. Era un cuerpo prácticamente humano, por lo menos en cuanto a su forma. Ahora parecía una muchacha e incluso tenía la cabellera de una muchacha. Sin embargo, en la cabeza de la criatura, aquella mata de pelo era áspera y sin brillo, como la falsa cabellera de una muñeca barata. Los pechos eran meros bultos sin pezones, como pálidos amasijos de carne pegados al tórax de un hombre. Las dimensiones tampoco correspondían a la realidad, puesto que tenía unas dimensiones semejantes a las de un perro grande, lo que sólo podía equivaler a una mujer muy bajita.
A medida que iban pasando los minutos, la expresión del rostro de Agursky iba reflejando el asco que le inspiraba aquel ser. Estaba intentando parecerse a una mujer, pero sólo se convertía en una imitación que parecía una pesadilla. Las manos ahora adquirían la forma de meros apéndices que se asemejaban a las manos humanas, si bien los dedos, excesivamente delgados, tenían unas uñas extremadamente largas y eran de un color rojo brillante. Lo peor de todo era que los pies también eran manos. Aquella criatura no sabía distinguir. En este punto, el rostro idiota y bobalicón de la cosa sonrió a Agursky y súbitamente recordó dónde había visto antes aquella sonrisa.
¡Eran la cara y la sonrisa, e incluso el cabello, de aquella mujerzuela sedienta de sexo que se llamaba Klara Orlova, una científica especializada en física teórica, larguirucha como una escoba, que estaba fascinada por la criatura y que, de vez en cuando, la visitaba para poder admirarla! La cosa había visto su cara, sus manos de uñas pintadas, las redondeces de su busto, que se cubría con una blusa desabotonada hasta bastante abajo para dar dentera a los soldados... Pero la cosa no sabía nada de pezones, ni tampoco le había visto los pies, por lo que había dado por sentado que tenían que ser igual que las manos.
Agursky se contuvo: no, no por esto iba a atribuirle inteligencia, puesto que ya sabía que no se trataba de un ser especialmente despierto. Su mímica era como un parloteo sin sentido, aunque parecido al humano, como el del loro, o como el mono que se pone gafas para «leer» un libro. De hecho, ni siquiera era eso, ya que en ese caso se trataba de puro instinto. Era como el cambio de color del camaleón o, mejor aún, el control de color del camaleón más la elasticidad del pulpo.
Mientras pensaba en esto, se fijó en que la cosa había limado ciertas imperfecciones. La tonalidad de la piel era mucho más normal, como también el arco de la boca que parecía pintada. Pese a todo, la nariz seguía siendo fea y extraña, cubierta de rugosidades, de circunvoluciones temblorosas... En su ambiente natural (dondequiera que se encontrase), su sentido del olfato constituía el instrumento más importante para asegurar su supervivencia; cambiar la forma de aquel órgano equivaldría a degradar drásticamente su función. En cualquier caso, la imagen final que presentaba, aunque resultase errónea y grotesca, ¿tenía algo de tentadora?
¿Pero de qué tentación se trataba?
Súbitamente Agursky se sintió indignado. ¿Acaso aquella maldita sabandija devoradora de carne se había propuesto seducirlo?

-¡Condenada! ¡Eso es!, ¿verdad? -exclamó poniéndose de pie-. Estás al corriente de la diferencia que existe entre nosotros... o por lo menos la intuyes. ¡Y te gustaría sacar partido de ella! Te figuras que me mostraría más condescendiente con mi extraña putita chupadora de sangre si se me antojaba hacer el amor con ella, ¿verdad? Pues mira... ¡te has equivocado de hombre!

Igual que un gato juguetón, la cosa se tumbó en el suelo, se colocó patas arriba e irguió sus pálidos e inútiles pechos como ofreciéndoselos. No tenía ombligo en el vientre, pero un poco más abajo del lugar que correspondía al ombligo había un tubo carnoso y palpitante que se prolongaba como una protuberancia y que seguramente equivalía a la idea que se hacía de la vulva de una mujer. Aquellas insinuaciones de carácter sexual pusieron a Agursky lívido de rabia. ¡La cosa estaba intentando seducirlo! Sacándose una tarjeta negra del bolsillo del guardapolvo, la mostró a la cosa, que seguía sonriéndole y haciendo muecas.

-¿Has visto esto, monstruosidad que ni siquiera conoces a tu madre?

¿Quieres bailar un ratito? Esto ya no te gusta tanto, ¿verdad?

Palabras, sólo palabras, y la criatura lo sabía. Sus ojos límpidos miraban a través del vidrio a uno y otro lado de la sala, pero Agursky no había traído consigo la caja de las sacudidas eléctricas. Se sentía impotente para dar realidad a sus amenazas.

Aquel potingue rojizo y gorgoteante seguía saliendo del tubo dispensador y amontonándose en el recipiente. El contenedor ya estaba casi lleno, pero la cosa parecía no sentirse tentada a iniciar el banquete. Pero ahora, mientras Agursky, tembloroso, volvía a ocupar su asiento, un río de la papilla escarlata salió del montón de carne y, describiendo un camino en zigzag, llegó hasta el lugar donde se encontraba la criatura y le tocó el costado. La metamorfosis que se operó en ella fue instantánea.

Torció el cuello en un ángulo imposible para que su rostro casi humano pudiera ver la sangre que sentía resbalar por su costado. Nuevamente volvió el rostro y entonces Agursky pudo observar que sus ojos habían adquirido la coloración de la sangre que acababa de mirar. Aquellos ojos parecían escupir fuego.

Aquella grotesca imitación de una cara comenzó a desleírse y a cobrar otras características, otra forma. La boca se ensanchó hasta abarcar casi la cara entera, se abrió desmesuradamente para mostrar su cavernosa abertura en la que se alineaban unos dientes curvados y finos como agujas y donde había una garganta roja que llegaba hasta allí donde Agursky podía mirar. En ella vibraba la lengua bífida de una serpiente, cuyas puntas entraban y salían a través de los labios ensangrentados de la cosa.

-¡Así me gusta! -exclamó Agursky, con la impresión de haber conseguido una victoria-. Como te ha fallado el plan, muéstrate como eres en realidad.

El contacto con aquella pulpa enrojecida y sanguinolenta despertó el hambre de la cosa y le arrancó la máscara del rostro. Cuando se encontraba frente a necesidades urgentes, se sentía incapaz de llevar adelante el engaño. Salvo que...

a pesar de todo el tiempo que había pasado con aquella criatura, Agursky jamás había tenido ocasión de verla como ahora. Su comida estaba allí y

aquella cosa que había venido del otro lado de la Puerta lo sabía, pero se había despertado algo más que hambre y sed de sangre. Nuevamente el científico se preguntó si estaría enferma, si estaría sufriendo. Y si era así, ¿qué le pasaba?

Como si la vibración de la lengua no hubiera sido más que el comienzo, el catalizador, ahora todo el cuerpo empezaba a temblar. La palidez humana de su protoplasma -ya que a Agursky le costaba pensar que aquella cosa tenía un cuerpo de carne- estaba adquiriendo un tono pizarroso, como leproso, mientras por todas partes le aparecían mechones de pelo áspero. Sus miembros iban retrayéndose, volvían a formar parte de su masa y en la totalidad de la misma se notaban vibraciones regulares, sísmicas, espasmódicas.

Al contemplar aquella escena -fascinado contra su voluntad hasta el punto de no poder apartar de ella los ojos- los labios de Agursky se retrajeron de sus dientes amarillentos en una silenciosa mueca de asco. ¡Dios santo! Aquella cosa parecía una inmensa y morbosa placenta... una placenta con cabeza.

Pero los ojos carmesíes seguían clavados en él y, como a él le resultaba imposible dejar de observarla, vio que la cosa arrollaba para atrás su lengua bífida hasta retirarla al fondo de la garganta. Sus espasmos se convirtieron en arcadas hasta que, finalmente, la criatura expulsó nuevamente la lengua y la hizo visible.

En equilibrio sobre las puntas ligeramente curvadas hacia arriba de su lengua había una esfera temblorosa, parecida a una perla de empañado brillo, más o menos del tamaño de una canica.

Agursky se levantó al momento, se acercó al recipiente, se agachó y se quedó mirando el extraño objeto en forma de bola, aparentemente dura, que la criatura sostenía con la lengua. Fuera lo que fuese, era algo vivo. Su superficie estaba recubierta de una película perlácea, si bien a Agursky le pareció ver varias hileras de cilios que aleteaban en torno a su superficie, haciendo girar verticalmente la esfera sobre su eje, tal como se encontraba depositada sobre la lengua.

-¿Y ahora qué...? -comenzó a decir.

Pero en aquel mismo momento la criatura echó la cabeza hacia adelante, su lengua se desdobló y proyectó la esfera perlácea directamente a la cara del científico.

Agursky retrocedió automáticamente y se alejó. La reacción era ridicula, ya que la criatura no podía hacerle ningún daño mientras el grueso vidrio siguiese separándolos. Allí era donde había ido a parar aquel objeto reluciente y donde se había quedado, aplastado contra el cristal. Pero aunque Agursky se levantó y se sacudió nerviosamente la ropa, pudo darse cuenta de que la esfera se movía.

Se deslizaba por la pared interna del recipiente y durante un breve espacio de tiempo descansó sobre la arena y las piedras cubiertas de sangre. Recobró su forma esférica y se quedó flotando como una burbuja sobre la película que se había formado en la sangre. Después, ayudándose con sus miríadas de aleteantes cilios, se dio impulso y siguió con celeridad la corriente hasta su origen, situado debajo del tubo dispensador. A continuación ocurrió un hecho sorprendente.

Como una pelota de ping-pong que se encaramara por un surtidor, aquel esferoide subió por el último goterón sanguinolento que salía del tubo y desapareció en su interior. Con el entrecejo fruncido y la boca ligeramente entreabierta, Agursky se acercó a la parte del recipiente. Las válvulas seguían abiertas, naturalmente, y pensó que habría sido formidable poder aislar aquella cosa... ¿tal vez un parásito? ¿Era eso en realidad? ¿Era un organismo parasitario instalado en el cuerpo de otro ser? Quizá, pero...
Agursky sentía bullir en la cabeza toda suerte de ideas y de palabras. El mismo había comparado a la criatura con una placenta unos momentos antes de que expulsara aquello. A lo mejor no había estado tan desencaminado al hacer aquella comparación. Daba la impresión de que la criatura experimentaba una especie de cataplasia, una reversión de sus células y tejidos en dirección a una forma más primitiva, casi embrionaria. Placenta, cataplasia, embrión...
¿protoplasma?
¿Huevo?
Agursky cerró las válvulas y desconectó la bomba, empujó el carretón para acercarlo y levantó la pesada tapadera del contenedor de alimento. En el interior, en el fondo del contenedor y exactamente en el centro, flotando sobre una capa de sangre entre grumos de cartílagos sanguinolentos y restos imposibles de identificar, la esfera perlácea rodó con un movimiento casi imperceptible de los cilios. Agursky clavó en ella los ojos y movió la cabeza con aire desorientado.
En un momento de descuido, fascinado por lo que veía y olvidándose de lo que hacía, metió la mano en el contenedor y rozó con el índice de la mano derecha aquella cosa extraña. En el momento en que lo hacía tuvo conciencia de lo desatinado de su proceder, pero ya era demasiado tarde para rectificar.
El esferoide se volvió rojo como la sangre en el mismísimo instante y subió por la mano del hombre introduciéndose debajo del puño de su bata blanca de laboratorio. Agursky lanzó un grito de angustia, se enderezó retrocediendo, como tratando de apartarse del carrito. Sentía que el esferoide, un cuerpo extrañamente húmedo, le iba subiendo por el antebrazo, se trasladaba rápidamente hacia arriba y llegaba al hombro. No había tardado nada en llegarle al cuello y en asomar por debajo de la camisa. Pegando saltos como si hubiera enloquecido, comenzó a lanzar imprecaciones y a tratar de sacudirse de encima aquello y, al sentir la humedad en la palma de la mano, creyó por un instante que lo había aplastado. Pero en seguida se dio cuenta de que lo tenía en la nuca.
¡Allí era exactamente donde aquello quería estar! El huevo vampiro penetró como azogue a través de la piel de Agursky y se instaló en su columna vertebral.
Sintió un dolor fuerte en el cuerpo, en los miembros y en el cerebro. Presa de una reacción extraña, como si acabara de tocar un cable por el que pasara la corriente, se puso a saltar como un loco. Se dio un golpe contra la pared, se alejó de ella mareado y tambaleándose y al final cayó de rodillas. Como pudo, se esforzó por ponerse de pie y atravesó la habitación inmerso en un mar de dolor. Tenía que hacer algo, pero aquello era odioso... intolerable...

Sentía en su cerebro como rojos cohetes que estallaban y se lo cauterizaban.
Alguien o algo estaba echando gota a gota un ácido en sus terminaciones nerviosas, que sentía en carne viva como si se las acabaran de sajar.
Agursky lanzó un grito y, mientras el mundo entero se tornaba carmesí, descubrió la única salvación posible: el negro botón de alarma metido en la caja de vidrio con marco rojo que tenía en la pared.
Aunque sintió que iba a desmayarse, todavía pudo reunir la fuerza suficiente para abrir de un puñetazo la caja de vidrio...

Capítulo 6

Harry Keogh, practicante de necroscopia

Harry, sentado a la orilla del río, hablaba con su madre. Se figuraba estar solo y que nadie le veía, pero no había diferencia. Nadie tendría nada que decir si hubiera visto a un ermitaño loco que hablaba consigo mismo, sentado al borde del río. Sospechaba que había bastantes personas en la localidad que lo consideraban así, un anacoreta excéntrico, una persona a la que había que tratar con cautela, pero en realidad inofensiva. Lo sospechaba, pero la verdad es que no le importaba demasiado. De haber estado en el sitio de ellos, probablemente habría opinado lo mismo.
De hecho, a veces le habría gustado estar en su lugar, ser una persona normal, una de esas personas corrientes que cuidan el jardín, una persona del montón. *Homo sapiens* con una vida normal. Pero la verdad es que no estaba en el sitio de ellos, sino en el suyo, que difícilmente habría podido calificarse de normal.
Practicaba la necroscopia y, que él supiera, era el único que quedaba en el mundo que la practicase. Habría habido otro, su hijo, pero su hijo Harry ya no estaba en este mundo y, si estaba, Harry no sabía dónde.
Harry miró entre sus rodillas, las piernas colgaban balanceándose, y contempló su cara reflejada en la superficie del agua. Vio cómo su rostro inexpresivo adoptaba un ademán cínico. ¿Por qué la designaba como su cara? Para complicar todavía más las cosas, no era su cara. O tal vez sí lo era ahora... porque en realidad, en otro tiempo había sido la cara de Alec Kyle, antiguo jefe de la Rama-E británica. Pero Harry también tenía la impresión de verse a sí mismo, el Harry Keogh que había sido en otro tiempo, sobrepuesto al rostro del extraño, creando una máscara combinada que en realidad no tenía nada de extraña. Por lo menos ahora había dejado de serlo para él. Le había costado ocho largos años acostumbrarse. Ocho años de levantarse por las mañanas y de mirarse al espejo con horror pensando: «¡Dios mío!, ¿y éste quién es?» Hasta que al final la pregunta se había convertido en algo puramente mecánico. Ahora sabía quién era: era él, por lo menos mentalmente, ya que no en el cuerpo.
¿Harry?, le gritó de pronto, ansiosa, la voz de su madre imponiéndose a su paradoja mental. *Sabes muy bien que no tendrías que preocuparte por esa clase de cosas. Esa parte de tu vida ha terminado, es agua pasada. Te llamaron para que hicieras un trabajo y lo hiciste. Hiciste más de lo que habría hecho nadie. Y pese a todos los...., los cambios, bueno, tú sabes que sigues siendo* tú.
-Pero en el cuerpo de otro hombre -contestó él, irónico.
Alec estaba muerto, Harry, le dijo en un exabrupto, puesto que no había otra forma de decírselo. *Estaba peor que muerto, de su mente no quedaba nada... ni de su mente ni de su alma. De todos modos, tampoco podías elegir.*
Los pensamientos de Harry, espoleados por las palabras de su madre, retrocedieron en el tiempo, a ocho años atrás:
Alec Kyle realizaba una misión en Rumania: destruir los restos de un vampiro humano sobre el terreno. Thibor Ferenczy había muerto, pero

parte de su cuerpo había quedado en la tierra para contaminarla y para contaminar a todo aquel que se encontrara cerca. Kyle cumplió con su cometido, quemó la cosa y ya estaba a punto de regresar a Inglaterra cuando los «espers» soviéticos lo detuvieron. Tras llevarlo en avión a Rusia, al *château* Bronnitsy, el entonces cuartel general de la Rama-E soviética, fue sometido a un método particularmente espantoso de lavado de cerebro. Le secaron el cerebro por un procedimiento electrónico, vaciándoselo literalmente. Todo lo que sabía. No se trató de aplicar luces blancas deslumbrantes, manguera de goma, suero de la verdad ni cosas por el estilo. Extrajeron el contenido de su mente mediante un procedimiento violento, de hecho innecesario, como si le hubieran sacado una muela buena y la hubieran arrojado a cualquier parte. Entretanto, los expertos soviéticos en telepatía se habían hecho con aquello que les interesaba, los secretos de sus enemigos, los «espers» británicos. Cuando terminaron con Kyle, éste todavía estaba vivo, lo habían mantenido con vida, pero tenía el cerebro completamente vacío, muerto. Privado de lo que sustentaba su vida, también su cuerpo acabaría por morir. Esta había sido la intención de sus torturadores: dejarlo morir y abandonar su cuerpo en Berlín Occidental. En todo el mundo no habría habido ningún patólogo capaz de afirmar con absoluta seguridad de qué había muerto.

Éste era el guión. Pero mientras Alec Kyle había sido un pellejo, una vaina, una mente vacía en un cuerpo vivo, el que entonces era Harry Keogh era únicamente una fuerza mental. Un ser incorpóreo, un habitante del continuo de Möbius que carecía de cuerpo. Harry había buscado a Kyle, lo había encontrado y todo el resto puede decirse que casi había escapado a su control. La naturaleza aborrece el vacío, tanto en el mundo físico como en el metafísico. El universo normal era inútil para un ser incorpóreo y el cerebro de Kyle sufría un lamentable vacío. Así fue como la mente de Harry pasó a identificarse con el cuerpo de Kyle.

Desde entonces... ¡cuántas cosas habían ocurrido desde entonces!

Harry se obligó a desenfurruñar el ceño y clavar con mas ahínco la mirada en su imagen, reflejada en la calma del agua del río. Sus cabellos (¿o serían los de Alec?) tenían un color castaño rojizo, eran abundantes y, naturalmente, ondulados; sin embargo, durante los últimos ocho años habían perdido buena parte de su brillo y habían comenzado a aparecer gran abundancia de cabellos blancos. No pasaría mucho tiempo antes de que el gris predominase sobre el castaño, y eso que Harry todavía no había cumplido los treinta años. Tenía los ojos también castaños, de un color parecido al de la miel, muy grandes, muy inteligentes y, cosa que resultaba extraña por demás, muy inocentes. Incluso ahora, pese a todo lo que había visto, experimentado y sabido, seguían siendo inocentes. Podría decirse que los ojos de algunos asesinos tenían aquel mismo aspecto, si bien en el caso de Harry aquella inocencia era auténtica. Él no había pedido ser lo que era, ni solicitado tampoco hacer las cosas que había hecho.

Tenía una dentadura fuerte, no demasiado blanca y algo irregular, aunque la boca era excepcionalmente sensible a pesar de que en ocasiones también era cruel y cáustica. Tenía una frente ancha, en la que de vez en

cuando había descubierto pecas. El viejo Harry tenía pecas, pero eso era antes.
En cuanto al resto del cuerpo de Harry, en otro tiempo había sido un hombre más bien entrado en carnes, incluso algo gordo, detalle que no contaba mucho debido a su estatura. Al menos no contaba para Alec Kyle, cuyo trabajo con la Rama-E había sido en gran parte sedentario. Pero le había importado a Harry.
Había entrenado su nuevo cuerpo y lo había puesto en forma. No había quedado mal para ser un cuerpo de cuarenta años, aunque habría sido mejor tener sólo treinta, la edad del propio Harry.
Ya vuelves a andar a la greña con tu persona, ¿verdad, Harry?, le dijo su madre. *¿Qué te preocupa ahora, hijo? ¿Sigue siendo Brenda? ¿Y el pequeño Harry?*
-De nada serviría negarlo -contestó él, malhumorado, encogiéndose de hombros con gesto irritado-. Tú no lo conociste, ¿verdad? Él también habría hablado contigo, ya lo sabes. Pero yo... todavía no puedo llegar a superarlo. Una cosa es perder una persona... o incluso dos personas..., y otra muy distinta no saber por qué. Por lo menos habría podido decirme a qué sitio se la llevaba, me podría haber explicado sus razones. Después de todo, yo no tengo ninguna culpa de que ella fuera como era..., ¿no crees? O quizá sí tengo la culpa... -Otra vez volvió a encogerse de hombros antes de decir-: Ya no sé qué pensar...
Su madre ya había oído todas estas cosas otras veces, sabía qué quería decir, comprendía íntimamente aquellas vagas expresiones y aquellas palabras suyas, incluso comprendía aquel tono de voz. Aunque en realidad no había ninguna necesidad, generalmente él le hablaba en voz alta. No habría tenido necesidad porque él era un necroscopio (mejor dicho, él era el necroscopio, el hombre que se comunica con los muertos) y ella estaba muerta, había muerto cuando Harry todavía era muy niño. Estaba allá abajo desde hacía más de veintisiete años, entre el fango y los hierbajos del río, asesinada por el padrastro de Harry. Aunque el traidor ahora también estaba con ella, en el sitio donde lo había dejado Harry, aunque él hacía mucho tiempo que había dejado de hablar con nadie.
¿Por qué no miras las cosas desde el punto de vista de ellos?, le dijo su madre, muy sensata. *Brenda lo pasó muy mal, considerando que es una chica de pueblo. Quizá lo que ella quería... era simplemente alejarse por un tiempo de todo esto... a lo menos por un tiempo...*
-Sí, ocho años, ¿verdad?
En la voz de Harry se advertía una cierta inseguridad.
Sí, claro, pero una vez rota la relación, resulta que descubrió que era más feliz, dijo su madre, procurando mostrarse diplomática, *y como él se dio cuenta de que era más feliz, por eso decidieron no volver. Después de todo lo que se hizo y lo que se dijo, tu preocupación principal tendría que ser su felicidad, ¿no lo entiendes, Harry? Y tú tendrías que ser el primero en admitir que tú no eras el hombre con quien ella se casó. Bueno, no eras exactamente el mismo. ¡Oh!*
Se la imaginaba llevándose la mano a la boca, aun sabiendo que su madre ya no tenía ninguna de esas dos cosas. Por desgracia, acababa de dar un

traspié tratando de exponer sus argumentos diciendo no sólo lo que ella pensaba sino también lo que pensaba él.
Me refería a que...
-Sí -dijo él reprimiendo un sollozo-, sé perfectamente a qué te refieres. Y además tienes toda la razón... hasta cierto punto.
De todos modos, como su madre había tratado de ser diplomática, ese punto no estaba desacertado. Y Harry lo sabía.
Lo que había ocurrido ocho años atrás era lo siguiente:
En el continuo de Möbius Harry había descubierto por azar los elementos de una insidiosa intriga que se desarrollaba en el mundo terrenal. El vampiro Thibor Ferenczy había puesto en marcha una metamorfosis gradual en un niño que todavía no había nacido: había contaminado físicamente (y no sólo físicamente, sino también espiritualmente) a una mujer a punto de ser madre, una mujer inocente que nada sospechaba, consiguiendo que se transmitiera al feto algo de sí mismo.
Ahora aquel niño se había convertido en un joven, Yulian Bodescu, y al desarrollarse su potencial para el mal había vencido sus rasgos humanos y humanitarios, consiguiendo que predominara en 61 el aspecto monstruoso del vampiro.
La función de la Rama-E británica había tenido una doble misión: localizar y destruir lo que pudiera quedar de influencias vampíricas (especialmente lo que quedaba de Thibor) en la URSS y países satélites y asegurar de esta forma que nunca más volvería a producirse el «caso Bodescu»; y, por otra parte, eliminar al propio Yulian Bodescu, a través del cuál Thibor había decidido aterrorizar nuevamente al mundo.
Pero Bodescu había descubierto los manejos de la Rama-E y sus artimañas para deshacerse de él, por lo que dirigió sus terribles poderes vampíricos y su furia fría y cruel contra ella. Su principal adversario en la Rama era el incorpóreo Harry Keogh, que en aquel entonces se encontraba entrampado en el espíritu de su propio hijo. Matar a Harry hijo significaría deshacerse también de Harry. Después, los restantes miembros de la Rama-E podrían ser localizados y eliminados uno tras otro, a discreción del vampiro.
Se trataba de un plan bastante monstruoso, pero la verdadera monstruosidad se cifraba en las secuelas de aquel baño de sangre, puesto que entonces ya no habría nada que parase los pies a Bodescu, que podría formar casi a voluntad un ejército de seguidores que irían extendiéndose como la peste negra por toda la faz de la tierra. Se trataba de una posibilidad real, ya que Bodescu, aunque había pasado a convertirse en uno de los wamphyri, carecía de la disciplina que los caracterizaba a éstos. Eran esencialmente territoriales, tenían su frío orgullo, eran solitarios y cautelosos y solían ser muy firmes en el control de sus propios destinos.
Y lo que más contaba era que estaban celosos de sus poderes, protectores de su naturaleza y de su historia de vampiros, conscientes y enamorados de sus cualidades humanas y de su ingenio. Si la humanidad hubiera sabido que eran seres reales y no meras criaturas míticas y legendarias, los hombres se hubieran esforzado en darles caza y en destruirlos para siempre. Pero Yulian Bodescu era un autodidacta y no tenía la instrucción

propia de los wamphyri. No poseía ninguna de las cualidades que los convertían en lo que eran, ni ninguna de sus prerrogativas.
No era más que un vampiro, ¡y loco por añadidura!
Brenda y su hijo Harry, de pocos meses de edad, vivían en un ático de Hartlepool, en la costa nordeste de Inglaterra, cuando los asuntos llegaron a su desenlace. Dejando tras de sí una estela de sangre y destrucción, Bodescu burló los intentos maquinados por la Rama-E para atraparlo, abandonó su casa de Devon y se dirigió hacia el norte. Como había heredado la experiencia de su mentor en las abominables artes de la nigromancia, estaba en condiciones de «examinar» los profanados cadáveres de sus víctimas y de leer en su cerebro, en su sangre y en sus entrañas sus más íntimos secretos. Ésta era su intención con respecto a los dos Harry, padre e hijo: asesinarlos y robar los secretos de la necroscopia, para descubrir así la naturaleza y las propiedades del metafísico continuo de Möbius.
La Rama-E, centrándose en la casa de Devon para destruirla, se quedaba sin la cantera principal, pero descubrió en ella inconcebibles horrores. La tía, el tío y el primo de Bodescu habían sido torturados y vampirizados; el perro negro de Bodescu era algo más que un simple perro; una cosa de naturaleza semiplástica ocupaba la tierra que había debajo de la amplia bodega, y la madre de Bodescu había perdido la razón al conocer aquello en lo que se había convertido Yulian.
Tanto la casa como los que la habitaban fueron pasados por el fuego.
La Rama-E tenía hombres en Hartlepool, gente dotada de cualidades psíquicas que se encargaba de vigilar el edificio eduardiano en el que estaba el piso de Brenda. También se había informado a la policía local y a la Rama Especial (aunque muy discretamente, a fin de no alarmar a la población), advirtiéndoles que la mujer y el niño que ocupaban el ático posiblemente eran las víctimas que se proponía atacar un loco que andaba suelto por allí. Pero la presencia de los agentes no sirvió para disuadir al vampiro, que invadió el edificio, mató sin piedad a todos cuantos se pusieron en su camino, hizo gala de su aterradora eficiencia y, finalmente, consiguió su objetivo. Sin embargo, allí donde el incorpóreo Harry Keogh había resultado impotente, su hijo fue plenamente efectivo. Los extraños poderes de su padre habían pasado a él y estaba en condiciones de hablar con los muertos e incluso podía hacerlos salir de sus tumbas del cementerio que estaba enfrente de su misma casa.
Harry padre pensaba que él había quedado metido en la psique del niño, pero no era éste el caso. El niño lo había retenido por una única razón: explorar la mente de Harry y aprender de ella. Físicamente era un niño indefenso, pero mentalmente...
El talento de Harry hijo ya era mucho más grande que el que poseía su padre o incluso que el que pudiera haber soñado poseer. Y su potencial era enorme. En la cabeza del niño estaba toda la teoría y lo único que le faltaba era la aplicación práctica y la experiencia. Pero no tardaría en poseer también estos requisitos.
Brenda, en su intento de proteger a su hijo de aquella increíble pesadilla que era Yulian Bodescu, había sido retirada de escena por el vampiro.

Como se encontraba inconsciente, no había podido ser testigo de la confrontación final.
Ahora que Harry volvía a recordar la escena que había tenido lugar en el piso, se le aparecía con la misma viveza de las cosas que le habían ocurrido el día anterior.
Los ojos del niño, por los que miraban los dos Harry, vieron la cara de Yulian Bodescu, reflejándose en ella el propio terror. Inclinado sobre la camita del niño, su espantosa mirada hablaba bien a las claras de sus intenciones.
Harry pensó que todo había acabado, que aquél era el final.
Pero otra voz que no era la suya resonó en su cabeza y le dijo que no, que no era así, que de él había aprendido todo cuanto tenía que aprender, pero que ahora ya no lo quería de aquella manera, aunque seguía necesitándolo como padre. Así es que ya podía irse y ponerse a salvo.
Tan sólo podía ser una persona la que le hablaba por vez primera, cuando no había tiempo para formularse preguntas acerca del cómo ni el porqué. Después...
Harry sintió que las coerciones del niño se desprendían de él igual que cadenas rotas, soltándolo y dejándolo en libertad. En libertad de dirigir su mente incorpórea hacia la seguridad del continuo de Möbius. Se habría podido marchar en aquel mismísimo momento, dejando a su hijo solo ante lo que pudiera esperarte. Sí, hubiera podido marcharse, pero no lo hizo.
Las mandíbulas de Bodescu se abrieron, desencajadas, igual que un pozo, mostrando una lengua de serpiente que aleteaba detrás de unos dientes fulgurantes como dagas.
¡Vete!, dijo de nuevo el pequeño Harry, todavía con mayor insistencia.
¡Tú eres mi hijo!, había exclamado Harry. *¡Maldita sea, pero no me puedo marchar! ¡No puedo abandonarte así!*
¿Abandonarme así?
Había sido como si el niño no pudiera seguir sus razonamientos. Pero después lo hizo y dijo:
¿Te figuras que voy a quedarme aquí?
Las manos en forma de garra de la bestia se acercaban ya al pequeño que estaba en su camita. Este vio la saña que brillaba en los ojos del monstruo; volvió a uno y otro lado la redonda cabeza, buscando una puerta hacia Möbius. Entre los cojines apareció una puerta. Era algo que estaba en sus genes, era puro instinto. La puerta había estado allí todo el tiempo. El dominio que tenía sobre su mente era terrible; el que tenía sobre su cuerpo era mucho menos fiable, aunque había conseguido también poder sobre éste. Poniendo en juego los músculos inexpertos, se arrolló sobre sí mismo y atravesó la puerta de Möbius, mientras las manos del vampiro, al igual que sus mandíbulas, se cerraban para apresar tan sólo aire.
Después de esto todo quedó en manos de Yulian Bodescu. Harry no convocó a los muertos del cementerio local, pero su hijo sí. Los muertos habían aprendido a querer a aquel niño que hablaba con ellos, que había hablado con ellos desde que estaba en el vientre de su madre. Lo querían tanto como querían a su padre y confiaban en él. Y si Harry hijo tenía algún problema, sólo necesitaban esto para mover los miembros

envarados por la muerte, para devolver a una falsa vida tejidos y tendones que desde hacía mucho tiempo se habían transformado en cuero y que los gusanos habían roído.
Inmovilizaron al vampiro, lo sujetaron con estacas entre sus tumbas abiertas, le cercenaron del cuerpo aquella cabeza que no cesaba de chillar y lo redujeron a cenizas. Y Harry padre, que ya no estaba prisionero y volvía a ser dueño y señor del continuo de Möbius, los vigiló mientras lo hacían, dándoles instrucciones cuando los veía titubear.
Más adelante... Harry había descubierto que aquel niño no sólo había salvado su vida sino que incluso había sustraído del peligro a su propia madre. El niño se había servido de la metafísica Möbius o Zollnerist para trasladarse él y a Brenda a un lugar seguro... de hecho, al sitio más seguro posible: ¡los cuarteles generales de la Rama-E en Londres! Y Harry se había quedado a merced de su destino, para habitar el caparazón del que en otro tiempo había sido Alec Kyle.
Esto era lo que había hecho, aunque en el proceso para conseguir este fin había destruido el nuevo juguete de la KGB, el centro de espionaje soviético instalado en el *château* Bronnitsy.
Después... se precisaba un período de tiempo para descansar, para hacer una pausa y evaluar la situación, hacer ajustes, reorganizar su vida. Pero el personal de la Rama-E, contento de su triple éxito -la eliminación de Yulian Bodescu, la terminación de las fuentes vampíricas residuales en el extranjero y la destrucción del cuerpo de espías rusos corrompidos de la KGB-, no había apreciado totalmente los reveses sufridos por Harry y su familia. Hecho el trabajo, querían analizarlo todo, registrarlo, estudiarlo y entenderlo más a fondo. El único hombre capaz de entenderlo todo era Harry. Durante un mes les dio todo lo que querían e incluso consideró la posibilidad de ocupar el puesto de director de la Rama-E, pero en esta misma época era evidente que las cosas relacionadas con Brenda no iban demasiado bien. Como había señalado recientemente la madre de Harry, no había ningún misterio en este estado de cosas. De hecho, el derrumbamiento de Brenda era previsible, no cabía esperar otra cosa.
Después de todo, hacía poco tiempo que había sido madre y todavía estaba convaleciente, después de una incómoda reclusión y de un parto difícil. Hubo un tiempo en que los médicos creyeron que la perdían. A esto se añadían las cualidades de su marido -era necroscopio-, cosa que ella sabía, y dominó su mente durante meses enteros, y que su hijito parecía tener poderes semejantes o incluso más aterradores, hasta el punto de que incluso entre los hombres de la Rama-E, también dotados de especiales cualidades, era considerado como una rareza. Por no hablar de que Harry era ahora, literalmente, una persona diferente, una persona que era Harry, con todo su pasado, sus recuerdos, sus peculiaridades, pero metido en el cuerpo de una persona totalmente extraña. Contaba también el inmenso terror que había sufrido aquella noche, cara a cara con el monstruo Yulian Bodescu, cosa que ni siquiera en sus peores noches de pesadilla habría podido imaginar...
No era de extrañar, pues, que la mente de aquella pobre muchacha hubiera comenzado a flaquear después de tantas tensiones. Y para colmo, odiaba Londres y le era imposible volver a Hartlepool. Ahora su piso era

como un veneno que sólo le traía recuerdos inquietantes. A medida que sus conexiones mentales con el mundo real iban deteriorándose, aumentaban gradualmente sus visitas a diferentes especialistas y clínicas psiquiátricas, hasta que una mañana ella y el niño...

-¡Se han marchado! -exclamó Harry gritando-. Y no están en ninguna parte, no he podido dar con ellos en ninguna parte. Y lo peor de todo es que han desaparecido sin avisar, sin decir nada. Él apareció y se la llevó... no sé adonde. ¿Y sabes que a mí no me dijo nunca ni media palabra? Después de aquella primera vez en el piso, cuando Yulian Bodescu por poco acaba con nosotros, no me dijo nunca nada. Me habría podido decir alguna cosa, me miraba de aquella manera que miran los niños, y yo sabía perfectamente que habría podido hablar conmigo. Pero no me dijo nunca nada.

Harry suspiró y se encogió de hombros.

-Quizá también me echaba a mí la culpa..., quizá los dos me echaban la culpa de todo. ¿Quién podría asegurar que no tenían razón? Si yo hubiera sido de otra manera...

¿Qué dices?, dijo su madre, que ahora parecía enfadada.

A su madre no le gustaba aquel tono de conmiseración que sorprendía en la voz de Harry. ¿Dónde estaba aquella serena energía que antes solía tener?

¿Si no hubieras sido así, cuando Boris Dragosani seguía vivo en Rusia, y Yulian Bodescu sembraba Dios sabe cuántas maldades por el mundo y *todas las miríadas de muertos, abandonados y olvidados, perdidos y solitarios, figurándose que sus pensamientos estaban muertos para siempre bajo la fría tierra sin saber que en realidad no estaban solos? Pero tú lo cambiaste todo, Harry, y ahora* no *hay forma de volver atrás... Si hubieras sido de otra manera... ¡Qué cosas dices!.*

Asintió con la cabeza, dándose cuenta de que su madre tenía razón. Después cogió una piedra y la arrojó al agua, transformando su imagen en una serie de círculos concéntricos.

-De todos modos -dijo mientras su cara volvía a recomponerse lentamente-, me gustaría saber dónde han ido a parar, me gustaría saber que están bien. ¿Estás segura, mamá, de que no has oído nada?

¿De los muertos? Mira, Harry, no hay ninguno de nosotros que no esté dispuesto a ayudar. Créeme, si Brenda y el pequeño Harry estuvieran... con nosotros, tú serías el primero en saberlo. No sé dónde están, pero si que están vivos. De eso puedes estar seguro.

Frunció el entrecejo y se restregó la frente con aire cansado.

-¿Sabes una cosa, mamá? Es que no me cabe en la cabeza. Si tiene que encontrarlo alguien, ése soy yo. ¡Y no tengo ni el más mínimo indicio siquiera!

Cuando desaparecieron, hice que esa gente de la Rama-E se ocupara del caso, pero ni rastro... Hubo incluso quien avanzó la idea de que quizá Brenda y el niño habían muerto, aun cuando me lo dijeron con las debidas precauciones. Y cuando, seis meses más tarde, pasé el trabajo a Darcy Clarke, parecía que todo el mundo estaba plenamente convencido de que los dos estaban muertos.

»Actualmente, los de la Rama-E tienen gente capaz de encontrar a quien sea y donde sea, gente que capta las emanaciones psíquicas que vienen del otro extremo del mundo..., pero ni siquiera esas personas han sido capaces de localizar a mi hijo. Y hay que admitir que el pequeño Harry me superaba de largo en lo que a talento se refiere. En cambio, tu gente (estaba hablando de la Gran Mayoría, de los incontables muertos) dice que están vivos, que tienen que estar vivos puesto que no figuran entre los muertos. Y yo sé que ninguno de los tuyos me ha mentido nunca. Así es que forzosamente tengo que preguntarme: si no están muertos ni están en ningún sitio donde yo pueda encontrarlos, ¿dónde demonios están? Esto es lo que me atormenta.
Se daba cuenta de que su madre se sentía contrariada, que estaba triste.
Te comprendo, hijo, te comprendo.
Él continuó, como si no la hubiera oído:
-En cuanto a lo que se dice buscarlos físicamente, ¿hay algún sitio de este mundo donde no haya buscado? Pero si los de la Rama-E no han podido encontrarlos, ¿qué probabilidades tengo de encontrarlos yo?
La madre de Harry ya había oído todo esto muchísimas veces. Era la obsesión de su hijo, la pasión de su vida. Era como el jugador que está enganchado a la ruleta, cuyo único sueño es encontrar la clave de algo que no tiene clave alguna. Se había pasado casi cinco años buscando y casi tres más planeando los diferentes estadios de la búsqueda. Lo cual no le había servido de nada. Ella había tratado de ayudarlo en todas las fases del recorrido, pero hasta ahora había sido un camino largo y amargo.
Harry se levantó, y se sacudió el polvo de los pantalones.
-Vuelvo a casa, mamá. Me siento muy cansado. Me parece como si hiciera mucho tiempo que estuviera cansado. Creo que tendría que concederme un buen descanso. A veces pienso que me convendría dejar de pensar... o, cuando menos, dejar de pensar en ellos.
Su madre sabía qué quería decir: que había llegado al final del trayecto y que ya no tenía dónde mirar.
-Eso es -dijo, apartándose de la orilla-, no tengo dónde mirar y, en cualquier caso, de nada me va a servir. Me parece que ya no hay nada que me pueda servir.
Se marchó cabizbajo y tropezó con alguien que lo cogió por el brazo para detenerlo. De pronto Harry no lo reconoció, pero sólo al primer momento.
-¿Darcy? ¡Darcy Clarke!
Harry esbozó una sonrisa, pero la sonrisa se transformó enseguida en una mueca.
-¡Ah, sí! Darcy Clarke -dijo, esta vez más pausadamente-. Y no estarías aquí si no quisieras alguna cosa. Me parece que ya dije una vez a tu gente que no quería saber nada de vosotros.
Clarke estudió su cara, una cara que conocía desde muy antiguo, cuando pertenecía a otra persona. En ella había ahora más arrugas que antes y algo más de carácter. No es que a Alec Kyle le faltara carácter, pero en aquella cara se había ido grabando el de Harry. En aquella cara, además, había cansancio y huellas de dolor.
-Harry -dijo Clarke-, dime si es verdad lo que acabo de oír, que no hay nada que te pueda servir. ¿Eso piensas?

Harry lo miró con dureza.
-¿Cuánto rato hace que me espías?
Clarke se quedó desconcertado.
-Estaba aquí junto al muro -dijo-, pero no te estaba espiando, Harry. Lo que pasa es que no quería molestarte. Nada más.
Después, indicando con una señal el río, dijo:
-Aquí es donde está tu madre, ¿verdad?
Harry se puso a la defensiva. Dejó vagar un momento la mirada y volvió a mirarlo y asintió. Después de todo, de aquel hombre no tenía nada que temer.
-Sí -dijo-, ahí está. Era con mi madre con quien hablaba.
Sin pararse a pensar, Clarke echó una ojeada en derredor.
-¿Que estabas hablando con tu...?
Y de nuevo volvió a contemplar las aguas tranquilas del rio y cambió de expresión. Bajando la voz, dijo:
-¡Ah, claro! Casi lo había olvidado.
-¿En serio?
Harry se puso rápidamente en marcha.
-¿Quieres decir que no viniste por esto?
Y aminorando un poco el paso, añadió:
-Muy bien, vamos a casa. De camino podemos charlar.
Mientras caminaban entre tojos quebradizos y zarzas silvestres, Clarke se dedicó a estudiar al necroscopio a placer. No era sólo que Harry pareciera un poco ausente y abstraído, sino que daba la impresión de que todo su porte en general había experimentado un cambio. Llevaba una camisa con el botón de arriba desabrochado debajo de un holgado jersey gris, unos pantalones finos también grises e iba calzado con unas chancletas. Era la indumentaria propia de una persona que no da ninguna importancia a la vestimenta.
-Vas a coger un resfriado de padre y muy señor mío -le dijo Clarke, sinceramente preocupado, y el jefe de la Rama-E añadió con una sonrisa forzada-:
¿Todavía no te has enterado de que pronto estaremos en noviembre...?
Caminaron a lo largo de la orilla del río en dirección a la gran casa victoriana que se levantaba detrás de la imponente tapia del jardín. La casa había pertenecido en otro tiempo a la madre de Harry, a continuación a su padrastro y ahora, por ley natural, había pasado a sus manos.
-Si quieres que te diga la verdad, el tiempo no me preocupa demasiado -acabó por contestar Harry-. Cuando note que hace frío, me pondré más ropa.
-Ya, pero esto importa poco, ¿verdad? -dijo Clarke-. La cosa no tiene ninguna importancia. Ni esto ni nada, en realidad. Lo cual quiere decir que todavía no los has encontrado. Lo siento, Harry.
Ahora le tocaba a Harry estudiar a Clarke.
El jefe de la Rama-E había sido elegido para este puesto porque, según Harry, era el candidato adecuado. El talento de Clarke era garantía de continuidad. Era lo que se llamaba un «desviador», es decir, lo contrario de una persona propensa a los accidentes. Podía pasar por un campo

sembrado de minas y salir de él sin un rasguño. Y, si hubiera pisado una, seguro que habría sido de las que no estallan. Su talento lo protegía y lo utilizaba para eso. Servía para asegurar que siempre estaría allí, que nada ni nadie lo sacaría de en medio, cosa que les había ocurrido, en cambio, a los dos jefes precedentes. Darcy Clarke tenía que morir algún día, puesto que tarde o temprano le toca morir a todo el mundo, pero moriría de viejo.
Sin embargo, de no saber quién era Clarke, nadie habría sospechado que pudiera ocuparse de nada y mucho menos de la rama más secreta del Servicio Secreto. Harry pensó que probablemente era el hombre más inclasificable de este mundo. Estatura mediana (alrededor de un metro setenta y cinco), cabello de ratón, un caminar ligeramente encorvado y un poco de barriga, pero tampoco un excesivo sobrepeso. Formaba parte del término medio en todos los aspectos. Y dentro de unos cuatro o cinco años más se convertiría en un hombre de mediana edad.
Unos ojos de color avellana claro volvieron a fijarse en Harry. Unos ojos clavados en una cara muy dada a la risa, aunque Harry tenía motivos para sospechar que hacía mucho tiempo que no se entregaba a ese tipo de expansiones.
Pese a que Clarke iba muy abrigado, que llevaba Un *duffle-coat* y un echarpe, producía una impresión de frialdad, aunque no tanto en el aspecto físico como en el espiritual.
-Estás en lo cierto -respondió finalmente el necroscopio-, no los he encontrado y eso me ha cortado las alas. ¿Es por eso por lo que estás aquí, Darcy?
¿Para fijarme un nuevo objetivo, para darme una nueva orientación?
-Más o menos -dijo Clarke asintiendo con la cabeza-. Eso es lo que espero, por lo menos.
Por una puerta abierta en la tapia que rodeaba la casa, entraron en el descuidado jardín que Harry tenía en la parte de atrás de su casa, en aquellos momentos un lugar de lúgubre aspecto, sumido como estaba en las sombras proyectadas por los gabletes y cornisas, una casa con la pintura descascarillada y las altas ventanas igual que ojos adustos en un rostro adusto. Desde hacía años aquel jardín iba cobrando de día en día un aire más salvaje: zarzas y ortigas crecían sin orden ni concierto e invadían el camino, por lo que los dos hombres tuvieron que recorrerlo con cuidado, pisando las desordenadas losas, hasta llegar a la zona del patio, cubierta de cantos rodados, al otro lado del cual se encontraban las puertas correderas de vidrio que conducían al estudio de Harry, que en este momento se encontraban abiertas. La habitación estaba en sombras y cubierta de polvo; no era nada acogedora. Clarke, sin darse cuenta, titubeó unos momentos en el umbral antes de decidirse a entrar.
-Entra por propia voluntad, Darcy -le dijo Harry, a lo que Clarke contestó dirigiéndole una mirada incisiva.
El talento de Clarke, sin embargo, le advertía que todo estaba bien, que no había nada que impidiese entrar en aquel aposento, que no era urgente rehuirlo. El necroscopio sonrió, aunque casi sin ganas.
-Es un chiste -dijo-. Los gestos son como las actitudes y, si la perspectiva es diferente, cambian.
Clarke penetró en el interior.

-¡Mi hogar! -dijo Harry siguiéndole y deslizando las puertas para cerrarlas-.
¿No encuentras que esta casa me va?
Clarke no respondió, pero se quedó pensando que los gustos de Harry no habían sido nunca exagerados y que era indudable que el lugar se acomodaba a su talento.
Harry indicó a Clarke con un gesto una silla de mimbre para que tomara asiento, mientras él se acomodaba detrás de una imponente mesa de roble cuya coloración se había oscurecido con los años. Clarke echó una ojeada a su alrededor como tratando de penetrar la oscuridad tan poco natural en la que estaba sumida la habitación. Parecía que aquella habitación estaba concebida para ser un cuarto ventilado, pero Harry había puesto cortinas en ella como para impedir la entrada de luz, que únicamente se filtraba por las puertas de vidrio. Clarke, incapaz de contenerse por más tiempo, dijo:
-Un poco funerario, ¿no te parece?
Harry le indicó con un gesto de la cabeza que estaba de acuerdo con él.
-Era el estudio de mi padrastro -dijo-. Shukshin..., aquel asesino hijo de puta. Intentó matarme, ¿lo sabías? Hacía de observador, pero era diferente de los demás, porque no se limitaba a detectar espías, sino que además los odiaba. No quería ni olerlos, porque le ponían la piel de gallina, le sacaban de quicio. Esto hizo que acabara matando a mi madre y que se hubiera propuesto liquidarme también a mí.
Clarke asintió con la cabeza.
-Estoy enterado de todo, como todo el mundo, Harry. Está en el río, ¿verdad? ¿Shukshin? Oye, si es que te molesta, ¿por qué demonios sigues viviendo aquí?
Harry dejó vagar la mirada a lo lejos un momento.
-Sí, está en el río -dijo-, que es donde él quería que estuviese yo. Ojo por ojo. El que él viviera aquí me importa un comino. ¿No recuerdas que mi madre también está aquí? Sólo tengo un puñado de enemigos entre los muertos, el resto son amigos míos y son buenos amigos. Los muertos no piden nada...
Se quedó callado un momento y después siguió:
-De todos modos, Shukshin consiguió lo que quería. De no haber sido por él, es muy posible que yo nunca hubiera ido a la Rama-E... y ahora tampoco estaría aquí hablando contigo. Estaría en cualquier parte, escribiendo historias sobre los muertos.
Clarke, como la madre de Harry, se sintió turbado por aquella tétrica introspección.
-¿Ya no escribes?
-Las historias no eran mías. Como todo lo demás, eran un medio para llegar a un fin. No, ahora ya no escribo. Hago poca cosa. -Bruscamente, cambió de tema-: No la quiero, ¿sabes?
-¿Cómo?
-A Brenda -dijo Harry encogiéndose de hombros-. Quizás amo al pequeño, pero no a su madre. Mira, me acuerdo de qué ocurría cuando la quería..., bueno, claro que la quiero, porque yo no he cambiado..., pero yo, físicamente, soy diferente. Químicamente soy diferente. Brenda y yo no

nos habríamos llevado nunca bien. Lo que me preocupa no es esto, que me tiene sin cuidado. Lo que me preocupa es no saber dónde están. Saber que están en algún sitio, pero no saber dónde. Esto es lo que me preocupa. Ya hubo bastantes cambios en mi vida para que, encima, se tuvieran que marchar. Y de manera especial él. ¿Sabes una cosa?
Hubo un tiempo en que yo formaba parte de aquel personajillo. Sin comerlo ni beberlo, de una manera inconsciente... porque fui yo quien le enseñó gran parte de todo lo que sabe. Me lo sacó de mi cabeza... y me gustaría saber qué uso le ha dado. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que, si no se hubieran marchado, ella y yo haría mucho tiempo que habríamos terminado... aunque ella se hubiera recuperado del todo. A veces pienso que quizá fue mejor que se fueran, y no sólo para ella, sino también para él.
Harry iba hablando sin parar, sin hacer ninguna pausa. Clarke estaba complacido, le parecía entrever una grieta en la pared; quizás Harry estaba descubriendo que a veces también convenía hablar con los vivos.
-Si no sabes dónde ha ido a parar, ¿cómo puedes decir que es mejor para él?
¿Por qué lo dices?
Harry se puso más derecho y, al volver a hablar, su voz había recuperado toda su frialdad.
-¿Cómo sería su vida en la Rama-E? -dijo-. ¿Qué haría ahora, un niño de nueve años? El pequeño Harry Keogh hijo..., ¿sería acaso necroscopio y explorador del continuo de Möbius?
-¿De veras lo crees? -dijo Clarke con voz monocorde-. ¿Eso es lo que piensas de nosotros?
A lo mejor Harry tenía razón, pero a Clarke le gustaba ver las colas de manera diferente.
-Él habría podido llevar la vida que hubiera querido -dijo-. Esto no es la URSS, Harry. Nadie le habría obligado a hacer nada. ¿Hemos intentado atarte, acaso? ¿Te hemos forzado a algo, te hemos amenazado, te hemos impuesto que trabajaras para nosotros? No hay duda de que tú eres uno de nuestros elementos más valiosos, pero hace ocho años, cuando dijiste que ya bastaba..., ¿te obligamos a algo? Lo único que te pedimos fue que te quedaras y ya está. No hubo nadie que te presionara para nada.
-Pero habría crecido con nosotros -dijo Harry, quien lo había pensado muchísimas veces-. Habría quedado marcado. Quizá lo sabía y por esto prefirió la libertad, ¿no crees?
Clarke se estremeció, como si quisiera sacudirse de encima lo que el otro estaba tratando de imponerle. Había hecho una parte de lo que había venido a hacer: conseguir que Harry Keogh le hablara de tus problemas. Ahora tenía que conseguir que hablara y pensara en problemas mucho más importantes, especialmente uno en particular.
-Harry -dijo, hablando con cierto énfasis-, hace seis años que dejamos de buscar a Brenda y al niño. Lo habríamos dejado incluso antes, pero considerábamos que teníamos un deber contigo... a pesar de que tú habías dejado bien claro que no considerabas que lo tuvieras con nosotros. El hecho es que nosotros creíamos de verdad que habían

muerto, ya que de otro modo los habríamos localizado. Pero esto era entonces y ahora estamos en otra época y las cosas han cambiado…
¿Habían cambiado las cosas? Lentamente, las palabras de Clarke habían penetrado en él y Harry sintió como si su rostro sudara sangre. Sentía una especie de comezón en el cuero cabelludo. Ellos habían creído que estaban muertos, pero las cosas habían cambiado. Harry se inclinó sobre la mesa, casi como luchando para acercarse a Clarke, al que miraba con ojos asombrados.
-¿Es que habéis encontrado… alguna pista?
Clarke levantó unas manos que imponían calma, que imploraban comedimiento, y, medio encogiéndose de hombros, prosiguió:
-Puede ser que hayamos tropezado con un caso paralelo o algo enteramente diferente, no lo sé. Ya ves que no tenemos medios para comprobarlo. Tú eres el único que puede hacer la comprobación, Harry.
Los ojos de Harry se entornaron. Le pareció sentirse conducido, se sintió como un asno al que le muestran una zanahoria, pero no quería dejarse engatusar.
Si la Rama-E contaba con algo…, hasta una zanahoria era mejor que las hierbas que lo habían obligado a masticar. Se levantó, dio la vuelta al escritorio y se acercó lentamente a Clarke, que seguía sentado, y lo miró fijamente.
-Entonces lo mejor es que me lo cuentes -dijo-. No prometo nada, sin embargo.
Clarke negó con la cabeza y dijo:
-Yo tampoco.
Después, mirando con desaprobación la sala, dijo:
-¿No podrías poner un poco más de luz aquí? ¿Y un poco más de aire? Tengo la impresión de que me encuentro en medio de la niebla.
Harry volvió a fruncir el entrecejo. ¿Siempre tenía que dominar la situación Clarke, conseguir las cosas con tanta facilidad? Pese a todo, abrió las puertas de cristal, pero corrió las cortinas. Después, volviendo a sentarse silenciosamente detrás de la mesa, dijo:
-Habla.
Ahora la habitación estaba más clara y Clarke tenía la sensación de poder respirar. Se llenó los pulmones, se irguió echando el cuerpo para atrás y descansó las manos en las rodillas.
-Hay un sitio en los Urales que se llama Perchorsk -dijo-. Fue allí donde empezó todo…

Capítulo 7

¡Los turistas de Möbius!

Darcy Clarke había llegado hasta Pill -el misterioso objeto de naturaleza desconocida abatido sobre la bahía de Hudson- cuando Harry lo interrumpió.
-De todos modos -se quejó el necroscopio-, pese a que todo esto es muy interesante, no veo qué relación tiene conmigo ni con Brenda ni con Harry hijo.
Clarke dijo:
-Pero lo verás. Como puedes comprender, no es una cosa de la que sólo te pueda contar una parte o fragmentos que puedan interesarte. Si no ves el cuadro en su totalidad, todo el resto te será mucho más difícil de entender. De todos modos, si decides seguir adelante, tienes que saberlo todo. Ya llegaré posteriormente a las cosas que pueden interesarte.
Harry asintió con la cabeza.
-De acuerdo..., pero vayamos a la cocina. ¿Te apetece un café? Me temo que tendrá que ser café soluble, porque yo no tengo paciencia para preparar cafés tradicionales.
-Sí, el café me va -dijo Clarke-, aunque sea soluble. Cualquier tipo de café será mejor que el que acostumbro a tomar en la máquina del cuartel general.
Y siguiendo a Harry a lo largo de los lóbregos corredores de la vieja casa, sonrió. Pese a la respuesta aparentemente negativa del necroscopio, Clarke se daba cuenta de que empezaba a serenarse.
Ya en la cocina, Clarke esperó a que Harry preparara el café en la gran mesa de madera de la cocina y, tras sentarse, se dispuso a volver a reanudar la historia en el sitio donde la había dejado.
-Como te decía, abatieron esta cosa de que te hablaba sobre la bahía de Hudson. Ahora bien...
-Espera un momento -dijo Harry-. Acepto que cuentes las cosas a tu manera, pero ya que es así, mejor que conozca todos los detalles. Como, por ejemplo, ¿cómo te interesaste por Perchorsk?
-Pues fue por casualidad -respondió Clarke-. No nos informan automáticamente de todo, ¿comprendes? Seguimos siendo sobre todo el «personaje silencioso», para decirlo de algún modo, cuando se trata de la seguridad del país. No hay más de media docena de tipos dedicados al servicio de Su Majestad en Whitehall..., uno de ellos una mujer, dicho sea de paso, que tenga noticias de nuestra existencia. Y así es como queremos que sea. Como siempre, esto dificulta la financiación, por no hablar además de la adquisición de instrumentos de nuevas tecnologías, pero seguimos adelante. Artilugios y fantasmas, éste es el ambiente en el que siempre nos hemos movido. Nos encontramos en el punto medio, más o menos, entre la super-ciencia y lo que se califica como sobrenatural, y aquí es donde seguiremos todavía un cierto tiempo.
»Pero desde el caso Bodescu las cosas se han mantenido relativamente tranquilas. A menudo se solicita a nuestros físicos para que ayuden a la policía; de hecho, cada vez confían más en nosotros. Encontramos oro

robado, como también tesoros artísticos y escondrijos de armamento; incluso les avisamos cuando todo el jaleo de Brighton y había un par de los nuestros que ya se habían puesto en camino cuando se produjo el atentado. Pero en general todavía estamos en mantillas. Ni lo decimos todo, ni tampoco nos lo dicen todo. Incluso los que saben cosas de nosotros tienen dificultades para ver de qué modo los esquemas de probabilidad computerizada pueden actuar junto con la precognición. Hemos recorrido un largo camino, pero hay que reconocer que la telepatía no es tan fiable como el teléfono.
-¿Ah, no?
El contacto de Harry con los muertos era exacto en un ciento por ciento.
-No, si el otro lado sabe que estás escuchando.
-Pero es más secreto -señaló Harry con tono molesto, que Clarke no dejó de detectar-. ¿Cómo fue, pues, que por azar te enteraste de lo de Perchorsk?
-Nos tuvimos que enterar por fuerza, debido a que nuestros «camaradas» de Perchorsk no querían que nos enterásemos. Te explicaré: ¿recuerdas a Ken Layard?
-¿El detector? Por supuesto que me acuerdo -respondió Harry.
-Pues bien, la cosa fue así de sencilla. Ken estaba comprobando la actividad militar rusa en los Urales..., movimientos encubiertos de tropas y todo ese tipo de cosas... cuando se encontró con una resistencia. Una resistencia mental por parte de algunos «espers» soviéticos, que estaban recubriendo todo aquello de niebla mental.
En este punto se produjo una cierta animación en el pálido semblante de Harry y le brillaron los ojos, que parecieron excitarse de un modo especial. Eso quería decir que sus viejos amigos, los «espers» soviéticos, se habían reagrupado, ¿no era eso?
-La Rama-E soviética vuelve a estar en funcionamiento, ¿no?
-Por supuesto que sí -replicó Clarke-. Nosotros ya hace tiempo que estamos enterados. Pero después de lo que hiciste en el *château* Bronnitsy no se arriesgan demasiado. Todavía actúan más moderadamente que nosotros. Ahora cuentan con dos centros: uno en Moscú, al lado mismo de los laboratorios de biología de Protze Prospekt, y otro en Mogocha, cerca de la frontera china. Así pueden mantener un ojo vigilante sobre el peligro amarillo.
-Y también están esos de Perchorsk -le recordó Harry.
-Ésos constituyen un grupo pequeño -repuso Clarke- y están allí para evitar que vayamos nosotros. Por lo menos eso es lo que nos figuramos. Pero ¿qué demonios pueden estar haciendo los soviéticos en ese lugar que cuenta tanto para ellos en su lista de seguridad? Después del asunto Pill, decidimos averiguarlo.
»Las ramas militares nos deben favores. Nos enteramos de que estaban tratando de poner allí a uno de sus agentes..., un tal Michael J. Simmons... y bueno, decidimos hacer una prospección.
-¿Llegasteis hasta él? -dijo Harry enarcando las cejas-. ¿Cómo? Y para ser más preciso te diré que, puesto que es uno de los nuestros, no le veo la necesidad...
-Lo hicimos simplemente porque no queríamos que se enterara.

Clarke pareció sorprenderse de ver que Harry no lo hubiera desentrañado por su cuenta.
-¿Cómo? Con todos los «espers» soviéticos rondando a su alrededor, ¿qué teníamos que hacer? ¿Conectar con él telepáticamente? No, no era posible, porque sus psíquicos hubieran dado con él en un santiamén. Así es que decidimos pincharlo directamente, pero como no estaba al corriente del asunto, decidimos que tampoco diríamos nada a sus jefes del MI5. Las cosas claras: no hay quien pueda hablar de una cosa que ignora, ¿no te parece?
Harry soltó una risita.
-¡No, por supuesto que no! -dijo-. Aparte de que no veo por qué la mano izquierda tiene que decir qué hace a la derecha.
-De todos modos, ellos tampoco se habrían creído lo que les dijéramos -dijo Clarke, desentendiéndose del sarcasmo del otro-. Ellos no entienden más que un tipo de espionaje y lo más probable es que no hubieran captado el nuestro. Nos hicimos con una cosa que pertenecía a Simmons y se la dimos a uno de los nuevos, a David Chung, para que trabajara con ella.
-¿Un chino? -dijo volviendo a enarcar las cejas.
-Sí, es chino, pero en realidad es un cockney -dijo Clarke riéndose con disimulo-. Nacido y educado en Londres. Es detector y vidente a través de cristal...
y de primera clase, además. Así que dimos a Chung una cruz que lleva Simmons.
Éste se figuró que la había perdido y arreglamos las cosas de manera que la volviera a encontrar. David Chung, entretanto, había establecido un «enlace simpático» con la cruz, al objeto de saber en un momento dado dónde estaba e incluso de ver o de mirar a través de ella, como si se tratara de una bola de vidrio.
La cosa dio resultado, por lo menos durante un cierto tiempo.
-¿Ah, sí?
El interés de Harry volvía a bajar. No había tenido nunca un concepto muy elevado del espionaje y consideraba que, de las muchas formas que adoptaba, el tipo llamado espionaje era el más insignificante. Ésta era otra de las razones que lo habían inducido a dejar la Rama-E. En el fondo estaba convencido de que los que practicaban esta modalidad, los «espers», se servían de sus facultades de igual manera que los videntes psíquicos. Sabía, por otra parte, que era mejor que trabajasen para el bien común que contra él. En cuanto a sus propias facultades, eso ya era otro cantar. Los muertos no lo tenían por un mirón vulgar sino por un amigo, y lo respetaban como tal.
-La otra cosa que hicimos fue la siguiente -prosiguió Clarke-: convencimos a sus jefes de que no le pusieran una D-cap.
-¿Una qué? -dijo Harry frunciendo la nariz-. Esto me suena a una especie de complot familiar.
-¡Ay, perdona! -explicó Clarke-. No estuviste bastante tiempo con nosotros para saber de qué se trata, ¿verdad? La cápsula D o D-cap es una manera rápida de sacarse los problemas de encima. A veces uno se encuentra metido en una situación que más le valdría estar muerto. Cuando lo

someten a tortura, por ejemplo, o cuando sabe que una respuesta errónea (o una respuesta acertada)
puede comprometer a una gran cantidad de buenos amigos. La misión de Simmons era de este tipo. Como sabes, nosotros tenemos agentes que se hacen el dormido en Redland, de la misma manera que ellos también tienen aquí los suyos. Tu padrastro era uno, por ejemplo. Pues bien, Simmons estaría trabajando con un grupito de dormilones que habían sido activados; si lo pescaban... a lo mejor él no quería ponerlos en un aprieto. La iniciativa para servirse de la cápsula letal tenía que partir del propio Simmons, como es lógico. La cápsula está metida en una muela y todo lo que hay que hacer es morder con fuerza y...
Harry puso cara de contrariedad.
-¡Como si no hubiera bastantes muertos!
Clarke se dio cuenta de que estaba perdiendo a Harry, de que lo estaba llevando demasiado lejos del redil. Entonces se dio prisa:
-De todos modos, logramos convencer a sus jefes de que le dieran una Dcap de mentirijillas, es decir, una cápsula que contuviera sustancias químicas complejas pero inofensivas y que como máximo lo atontasen un poco y nada más.
Harry frunció el entrecejo:
-Entonces ¿qué necesidad había de darle una cápsula?
-Le iba a servir de incentivo -dijo Clarke-. Como él no sabría que era inofensiva, le serviría de recordatorio para ir con pies de plomo.
-¡Madre mía! ¡Se os ocurre cada cosa! -dijo Harry con asco.
Clarke estuvo de acuerdo con él y asintió con aire de contrariedad.
-Todavía no sabes lo peor. Le dijimos que nuestros pronosticadores le adjudicaban un elevado índice de éxitos, es decir, que volvería con la mercancía, si bien...
-¿Qué? -dijo Harry entornando los párpados.
-Bueno, el hecho es que no tenía ninguna oportunidad, porque sabíamos que lo cogerían.
Harry pegó un salto y descargó con tal fuerza el puño sobre la mesa que la hizo temblar.
-En ese caso, dejar que lo mandaran allí es un acto criminal -gritó-. Lo pescarían, cuando lo sometieran a presión tendría que irse de la lengua, perjudicaría a los que lo habían ayudado... por no hablar de lo que podía pasarle a él. Pero ¿qué ha estado ocurriendo en la Rama-E durante estos últimos ocho años?
Estoy seguro de que sir Keenan Gormley no habría tolerado ninguna de estas cosas.
Clarke estaba pálido como un muerto y se limitó a torcer ligeramente la comisura de los labios, pero sin moverse de su sitio.
-Naturalmente que lo habría tolerado, Harry. Ahora sí.
Clarke hizo un esfuerzo para relajarse y dijo:
-De todos modos, las cosas no están tan negras como yo las he pintado.
Mira, Chung es tan bueno que, así que cogieran a Simmons, se iba a enterar al momento. Y así fue, por lo que tan pronto como nos lo comunicó, nosotros pasamos la noticia. Sabemos que el MI5 alertó a todos

los contactos que tenía allí y que éstos hicieron lo necesario para cubrirse las espaldas o incluso para salir bien parados del asunto.
Harry volvió a sentarse, pero estaba que echaba chispas.
-Ya tengo bastante con lo que me has contado -dijo-. Ahora veo claramente que te has metido en un agujero y que has venido para pedirme que te saque de él. Bueno, si ése es el caso, mejor será que el resto de lo que tengas que decirme sea bueno porque... francamente, todo este trapicheo me saca de quicio.
¡Bueno, recapitulemos! Pese a saber que Simmons sería detenido, le pusisteis una D- ap de pega y lo enviasteis a realizar una misión imposible. Además...
-Espera un momento -dijo Clarke-. Todavía no lo sabes todo. En lo que a nosotros se refiere, ésta era la verdadera misión: que lo pescaran. Bueno, en todo caso, nosotros sabíamos que lo pescarían.
La expresión denotaba tanta frialdad como la de Harry, pero no tenía nada del furor de éste.
-No veo que esto mejore las cosas -dijo Harry al cabo de un rato-. Esto no hace más que. empeorarlas. Y todo para meter a un hombre en el Perchorsk Projekt a fin de que Chung, vuestro vidente, pudiera espiar a través de él. Pero ¿es que no os pasó por la cabeza que los «espers» soviéticos también detectarían a Chung?
-Sí, sabíamos que acabarían por pescarlo también a él -dijo Clarke asintiendo con la cabeza-. Aunque Chung se sirviera de sus facultades a base de incursiones rápidas, también acabarían por cogerlo. De hecho, creemos que esto es lo que debe de haber ocurrido. Sin embargo, esperábamos que, cuando esto ocurriera, ya estaríamos enterados de lo que se traen entre manos. De una forma u otra, tendríamos pruebas fehacientes de lo que están haciendo los soviéticos... o de lo que están criando...
-¿Criando?
La boca de Harry dibujó lentamente una O perfecta y ahora, al hablar, su tono de voz fue mucho más tranquilo.
-¿Qué diablos estás tratando de decirme, Darcy?
-Esa cosa que abatieron sobre la bahía de Hudson -dijo Clarke muy pausado, pero también muy claro- era algo diabólico, Harry. ¿No te lo imaginas?
Harry sintió que volvía a picarle el cuero cabelludo.
-Mejor será que me lo digas tú mismo -dijo.
Clarke asintió con un gesto y se levantó, se apoyó con los nudillos en la mesa y se inclinó hacia adelante.
-¿Recuerdas aquello que Yulian Bodescu crió y tenía encerrado en su bodega? Pues esto, Harry, es lo que era, pero lo bastante grande para que la criatura aquella de Bodescu resultara minúscula comparada con ella. Y ahora ya sabes por qué te necesitamos. Has de saber que era el vampiro más grande y espantoso que se pueda imaginar. ¡Y venía de Perchorsk!
Tras una larguísima pausa, Harry Keogh dijo:
-Si se supone que esto es un chiste, me parece que es demasiado gordo para...

-No es ningún chiste, Harry -lo interrumpió Clarke-. En el cuartel general tenemos la filmación, impresionada por un AWACS antes de que los de combate lo alcanzaran y lo derribaran envuelto en llamas. Si no era un vampiro (o por lo menos no era de la pasta de los vampiros) querrá decir que estoy en la inopia. Pero aquellos de nuestros hombres que sobrevivieron a aquella incursión en casa de Bodescu, están muchísimo más cualificados que yo y todos han dicho que era exactamente igual que éste, cosa que me confirma que sólo puede tratarse de una cosa.
-¿Crees que los rusos pueden estar experimentando? ¿Que los están produciendo para utilizarlos como armas?
Estaba muy claro que el necroscopio no creía en aquella posibilidad.
-¿No es eso exactamente lo que aquel lunático de Gerenko tenía en la cabeza antes de que tú... te ocuparas de él?
Clarke era tozudo.
Harry negó con la cabeza.
-Yo no lo maté -dijo-. Faethor Ferenczy lo hizo por mí.
Después de acariciarse la barbilla con los dedos volvió a mirar a Clarke y le dijo:
-Pero tú ya has establecido tus conclusiones.
Harry bajó la cabeza, entrelazó las manos detrás de la espalda y se puso a pasear por la triste casa en dirección al estudio. Clarke lo siguió, tratando de refrenarse y de no exteriorizar su impaciencia. Pero estaban perdiendo el tiempo y él necesitaba desesperadamente la ayuda de Keogh.
Era media tarde y a través de las ventanas se filtraban los rayos de sol de finales de otoño revelando la fina capa de polvo que lo cubría todo. Parecía que era la primera vez que Harry la veía. Pasó el dedo por un estante cubierto de polvo y después se quedó un instante contemplando la acumulación de pelusilla oscura y áspera que se había adherido a la yema del dedo. Después, volviéndose a Clarke, dijo:
-Así es que no hay un «caso paralelo». Simplemente es para asegurarme de que te he oído bien.
Clarke negó con la cabeza.
-Harry, si hay en este mundo una persona a la que no le mentiría en la vida, esa persona eres tú. Y eso porque sé que tú detestas que te mientan y porque te necesitamos. Existe realmente un caso paralelo. Mira, me acuerdo muy bien de cómo planteaste las cosas hace ocho años cuando tu mujer y tu hijo desaparecieron... antes de que abandonases la Rama-E. Entonces dijiste: «No han muerto, pero no están aquí. Así que ¿dónde están?» Me acuerdo de esto porque parece que acaba de ocurrir lo mismo.
-¿Ha desaparecido alguien? ¿De la misma manera?
Harry frunció el entrecejo como tratando de adivinar:
-¿Te estás refiriendo a Simmons?
-Sí, Jazz Simmons ha desaparecido de la misma manera -respondió Clarke-. Lo atraparon hace algo menos de un mes y lo encerraron en Perchorsk.
Después de eso se hizo imposible establecer contacto con él, resultó prácticamente imposible. David Chung consideró que era: *a)* porque el complejo se encuentra en el fondo de un barranco, lo que hace que la enorme masa de rocas impida el contacto psíquico; *b)* porque está

protegido por un grueso escudo de plomo, cuyos efectos son los mismos, y *c)* principalmente porque hay «espers» soviéticos que bloquean el sitio con su mente. A pesar de todo, Chung pudo introducirse en el lugar ocasionalmente y lo que vio o lo que le ofreció la bola de vidrio no es nada tranquilizador.
-Continúa -dijo Harry, cuyo interés volvía a aumentar.
-Pues bien. -Clarke suspiró y se quedó callado. Después continuó-: No es nada fácil, Harry. Quiero decir que hasta al propio Chung le costó explicarlo y yo no hago otra cosa que repetir lo que dijo él. Pero, al parecer, vio algo metido en un recipiente de vidrio. Dice que no puede dar datos más detallados al respecto porque da la impresión de que cada vez se trata de una persona diferente. No, no me hagas ninguna pregunta -dijo rápidamente, al tiempo que levantaba las manos y movía la cabeza de un lado para otro-. Yo, personalmente, no tengo ni la más ligera idea de lo que es, y si la tuviera, no tendría el más mínimo inconveniente en exponerla.
-Continúa -dijo Harry-, exponla, pues.
-No debo -dijo Clarke, y siguió negando con la cabeza-. Estoy seguro de que sabes qué quiero decir...
Harry asintió con un gesto.
-De acuerdo. ¿Algo más?
-Nada más. Chung dijo que sintió miedo, que el complejo estaba lleno de gente presa de terror. Dijo que toda la gente estaba desesperada y aterrada por algo, pero seguimos sin saber de qué. Así es como estaban las cosas hace sólo tres días, pero resulta que...
-¿Sí?
-Pues que se rompió el contacto. No es que haya simplemente impedimentos por parte de los soviéticos, sino que no hay literalmente ningún contacto. Ni la cruz de Simmons y, presumiblemente, ni siquiera el propio Simmons... están allí. De hecho, no estaban en ninguna parte.
-¿Muerto? -dijo Harry con aire compungido.
Pero Clarke negó con el gesto.
-No -dijo-, y es a esto a lo que me refiero cuando digo que se trata de un caso paralelo, porque se parece mucho a lo de tu mujer y tu hijo. Ni el propio Chung se lo explica. Dice que él sabe que la cruz sigue existiendo, que no está rota, ni fundida, ni alterada en ninguna forma, y cree que sigue en poder de Simmons.
Lo que pasa es que no sabe dónde está. Y pone a prueba sus facultades para averiguarlo, pero está furioso y se siente decepcionado. En realidad, sus sentimientos se parecen mucho a los tuyos: se levanta contra algo que ni entiende ni puede imaginar y se echa la culpa de todo. Incluso había empezado a perder la fe en sus dotes como vidente, pero le hemos hecho algunas pruebas y está como siempre.
Harry hizo un gesto afirmativo con la cabeza y dijo:
-Comprendo lo que debe de sentir. Debe de sentirse exactamente así: sabe que la cruz existe y que Simmons continúa vivo, pero no sabe dónde se encuentran.

-Exactamente -dijo Clarke, asintiendo con la cabeza-, pero lo que sí sabe es dónde no está la cruz. ¡No está en esta Tierra! Por lo menos si hemos de hacer caso a Chung.
El esfuerzo por concentrarse arrugó la frente de Harry. Volviendo la espalda a Clarke, dejó vagar la mirada a través de la ventana.
-Por supuesto -dijo- que puedo saber rápidamente si Simmons está muerto o no. La cosa es muy sencilla: los muertos me lo dirán. Puedo preguntarles si un inglés llamado Michael «Jazz» Simmons ha muerto recientemente en la zona de los Urales y ellos me contestarán... al momento. No es que yo dude de que vuestro hombre, ese Chung, sea bueno, especialmente si tú me aseguras que lo es, pero a mí me gustaría comprobarlo.
-Entonces, sigue adelante, pregunta y lo sabrás -respondió Clarke.
Sin embargo, no pudo reprimir un estremecimiento al ver que el necroscopio hablaba de aquello con tanta naturalidad.
Harry volvió el rostro hacia su visitante y le sonrió de una manera extraña, como desalentado. Sus ojos castaños se oscurecieron pero Clarke, al fijarse en ellos, vio que parecían iluminarse.
-Acabo de hacer la pregunta -dijo-, me contestarán tan pronto como tengan la respuesta...
La respuesta no tardó en llegar: aproximadamente una media hora después, período de tiempo durante el cual Harry se enfrascó en sus pensamientos («¿y en los pensamientos de quién más?», no pudo por menos de preguntarse Clarke)
mientras el hombre de la Rama-E iba recorriendo el estudio paseándose de un lado para otro. La luz del sol comenzó a desleírse, mientras un reloj antiguo iba desgranando su tictac en un oscuro rincón. Después...
-¡No está con los muertos! -dijo Harry exhalando un suspiro al tiempo que pronunciaba las palabras.
Clarke no dijo nada. Contuvo el aliento y aguzó el oído para tratar de escuchar a los muertos que hablaban con Harry... al tiempo que temía escucharlos..., pero no oyó nada. Ni oyó, ni vio, ni sintió nada, pero Clarke sabía que Harry Keogh había recibido verdaderamente el mensaje desde el otro lado de la tumba. Clarke seguía esperando.
Harry se levantó de detrás de la mesa, se aproximó a él y se quedó de pie a su lado.
-Bueno -dijo-, parece que vuelvo a estar reclutado, ¿no?
-¿Que vuelves a estar reclutado? -preguntó Clarke como queriendo disimular el sentimiento de alivio que emanaban todos los poros de su cuerpo.
Harry asintió.
-La última vez fue sir Keenan Gormley el que me vino a buscar y esta vez eres tú. Tal vez tendrías que tomarlo como una advertencia.
Clarke sabía qué insinuaba. Gormley había sido destripado por Boris Dragosani, el nigromante soviético. Dragosani le había sacado las tripas para robarle sus secretos.
-No -dijo Clarke moviendo la cabeza-, esto no reza conmigo. ¡Ni por asomo! Mis facultades se reducen a un cobarde instinto de conservación: al primer signo de que se acerca algo desagradable, tanto si quiero como si

no, mis piernas me obligan a darme media vuelta, a echar a correr y a abandonar el lugar. De todos modos, afrontaré los riesgos que me esperen.
-¿De veras?
Aquella pregunta estaba hecha con intención.
-¿En qué estás pensando?
-Dejé algunas cosas mías en la Rama-E -dijo Harry-. Ropa, útiles de aseo, diferentes objetos... ¿Están allí todavía?
Clarke hizo un gesto de asentimiento.
-Tu habitación está intacta y sólo se ha intervenido en ella para limpiarla. Teníamos la esperanza de que volverías.
-Entonces no hará falta que me lleve nada de aquí. Cuando quieras, estoy dispuesto.
Cerró la puerta que daba al patio y Clarke se levantó.
-Llevo dos billetes de ferrocarril de Edimburgo a Londres. He venido de la estación en taxi, así es que necesitaremos llamar un...
Hizo una pausa y vio que Harry no se movía y que su sonrisa era un poco extraña, evasiva incluso.
Clarke le preguntó:
-¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?
-Antes has dicho que estabas dispuesto a correr riesgos -le recordó Harry.
-Sí, pero... ¿de qué riesgos estamos hablando?
-Hace un montón de tiempo que no voy a ninguna parte en coche, ni en barco, ni en tren, Darcy -dijo Harry-. Es un sistema de transporte que te hace perder muchísimo tiempo. La distancia más corta entre dos puntos es una ecuación... ¡una ecuación Möbius!
Los ojos de Clarke estaban como desencajados y se escuchaba su respiración.
-Espera un minuto, Harry, yo...
-Has venido aquí sabiendo perfectamente que cuando me contases esa historia me sentiría incapaz de negarme -lo interrumpió Harry-. Ni tú ni la Rama- E corréis ningún riesgo, a ti te guarda tu talento y la Rama se ocupa de sí misma, pero los problemas son para Harry Keogh. Estoy seguro de que allí donde vaya habrá momentos en que desearé no haberte prestado atención. Así es que, como puedes ver, yo sí que corro riesgos de verdad. Yo confío en ti, confío en la suerte y en mi talento. ¿Y tú? ¿Dónde has dejado la fe, Darcy?
-¿Quieres llevarme a Londres... a tu manera?
-Sí, a través de la banda de Möbius, siguiendo el continuo de Möbius.
-Esto es algo perverso, Harry -dijo Clarke, acompañándose de una mueca.
Todavía no estaba convencido de que el otro hablara en serio. La idea del continuo de Möbius lo fascinaba, pero al mismo tiempo lo aterraba.
-Esto es como obligar a un niño asustado a que haga una figura de ocho con los esquíes. Como sobornarlo para que lo haga ofreciéndole algo que no puede rechazar.
-Es peor aún -dijo Harry-: el niño tiene vértigo.
-Yo no tengo...
-Lo tendrás -le prometió Harry.
Clarke parpadeó rápidamente.

-¿Es seguro? Quiero referirme a que yo no sé nada de todas esas cosas que tú dominas.
Harry se encogió de hombros.
-Si no fuera seguro, intervendría tu talento, ¿no es verdad? ¿Sabes una cosa? Para ser un hombre tan protegido como lo estás tú, no pareces tener mucha confianza en ti.
-Aquí está lo paradójico del caso -admitió Clarke-. Tienes toda la razón. Sigo quitando la corriente cuando tengo que cambiar una bombilla. ¡De acuerdo, ganas tú! ¿Cómo se hace? ¿Estás..., estás seguro de conocer el camino? El camino al cuartel general, quiero decir.
Clarke estaba empezando a sentir pánico.
-¿Y cómo sabes que todavía estás en condiciones de hacerlo? Oye una cosa, yo...
-Es como montar en bicicleta.
Harry hizo una mueca, pero Clarke tuvo la satisfacción de observar que se trataba de una mueca de las habituales en él.
-O como nadar. Si lo haces una vez, podrás hacerlo siempre. La única diferencia es que ésta es una habilidad casi imposible de enseñar. Yo tuve al mejor maestro del mundo, al propio Möbius en persona, y a pesar de todo me llevó mucho tiempo aprender. Así es que ni siquiera trataré de dar explicaciones. Las puertas de Möbius están en todas partes, pero hay que ponerlas a punto antes de servirse de ellas. De todos modos, se hace en un segundo. Sé qué ecuaciones las ponen a punto. Después no tengo más que empujarte y ya puedes pasar por una.
Clarke retrocedió, pero se trataba de una reacción instintiva. No era su talento lo que hablaba por él.
-Bailemos -dijo Harry.
-¿Cómo?
Clarke miró a uno y otro lado, como si estuviese buscando una escapatoria.
-Aquí -le dijo Harry-, cógeme la mano. Eso mismo. Ahora pásame la mano por la cintura. Ya ves, es muy fácil.
Comenzaron como a bailar un vals, Clarke con pasos remilgados y Harry dejándose llevar, pero entretanto conjurando los fluctuantes símbolos de Möbius en la pantalla de su mente.
-Uno, dos, tres... uno, dos, tres...
Al conjurar una puerta, dijo:
-¿Vienes aquí a menudo?
Era lo que más se acercaba a una broma que se había permitido Harry desde hacía mucho rato. Clarke consideró oportuno contestarle en el mismo tono:
-Sólo en la época de apareamiento... -contestó casi sin aliento.
Harry atravesó con su compañero la invisible puerta de Möbius.
¡Un momento!, dijo Clarke con voz ronca, y añadió: *¡Oh, Jesús!*
Al otro lado de la metafísica puerta de Möbius reinaba la oscuridad: la Oscuridad Primigenia, la que ya existía antes de que tuviera inicio el universo. Era un lugar donde no había más que la negación absoluta, no había siquiera un plano paralelo de la existencia, porque allí no había nada, nada en condiciones normales.

Si ha habido alguna vez un lugar donde la oscuridad cubre la faz de lo profundo, era éste. Muy bien pudiera haber sido el mismo lugar desde el cual Dios ordenó aquel «Hágase la luz» que llenó el universo y lo arrancó del vacío en que se encontraba. Puesto que el continuo de Möbius no tenía forma y era el vacío.

Decir que Clarke estaba desconcertado sería rebajar mucho sus emociones; de hecho, la manera como se sentía constituía para él una nueva emoción destinada a cubrir una nueva experiencia. Harry Keogh no sentía aquella misma emoción que sintió la primera vez que entró en el continuo de Möbius, porque él lo había entendido por instinto, lo había imaginado y lo había conjurado, mientras que Clarke se había visto proyectado hacia él.

Allí no había aire, pero tampoco había tiempo, por lo que a Clarke no le era necesario respirar. Y como no existía el tiempo, tampoco existía el espacio; había una ausencia de estos dos ingredientes esenciales de cualquier universo material, si bien Clarke no se quebraba ni salía despedido volando, por el simple hecho de que no había ningún sitio hacia el cual fuera posible salir volando.

Podría haber gritado, lo habría hecho, pero sostenía la mano de Harry Keogh, que era su única áncora, la que lo mantenía unido a la Salud, al Ser y a la Humanidad. No podía ver a Harry, puesto que no había luz, pero sentía la presión de su mano, que era lo único que podía sentir en aquel espantoso ningún-lugar.

Sin embargo, quizá también porque él poseía extraños poderes psíquicos propios, Clarke tenía una cierta comprensión de aquel lugar. Sabía que existía realmente, porque Harry se servía de él, y que, por lo menos esta vez, no tenía necesidad de temerlo, ya que su talento no le había impedido estar allí. Por esto, a pesar de la confusión provocada por el pánico que lo invadía, todavía tenía capacidad para explorar sus sensaciones e incluso de hacer conjeturas.

Ya que no había espacio, aquello era literalmente ningún-lugar pero, por la misma razón, ya que no existía tiempo, podía ser cualquier-parte y cualquiermomento.

Era a la vez núcleo y superficie, interior y exterior. Desde allí se podía ir a cualquier parte si uno conocía el camino o ir a parar para siempre a ningún lugar, que habría sido el destino de Clarke si Harry Keogh lo hubiera abandonado.

Perderse aquí habría sido perderse para siempre, puesto que en aquel no ambiente intemporal y no espacial nada envejecería ni cambiaría nunca, salvo por la fuerza de voluntad y aquí no había fuerza de voluntad ninguna, a menos que la trajera alguien que se perdiera en este sitio o alguien que viniera aquí y supiera cómo manipularla, es decir, alguien como Harry Keogh. Aunque Harry no era más que un hombre, era sorprendente las cosas que podía conseguir a través del continuo de Möbius. ¿Qué habría ocurrido, pues, si el que hubiera venido hubiera sido un supermán o un dios?

Clarke volvió a pensar en el Dios, el que había operado el Gran Cambio a partir de un vacío informe y quiso crear un universo. Y también se le ocurrió pensar: *«Harry, no deberíamos estar aquí. Este lugar no nos*

corresponde...». Estas palabras, que no llegó a articular, resonaron igual que gongs en su cerebro. ¡El ruido era ensordecedor! Y por lo visto resonaron también en el cerebro de Harry.
No te alborotes le dijo el necroscopio. *No hay necesidad de gritar.*
Era evidente, dada la ausencia total de todo, ya que hasta los pensamientos tenían una masa extraordinaria.
Este no es nuestro sitio, insistió Clarke. *¡Harry, estoy terriblemente asustado!*
Te pido por el amor de Dios que no te apartes de mí.
Por supuesto que no, fue la respuesta. *No debes tener ningún miedo.*
La voz mental de Harry era tranquila.
De todos modos, siento y entiendo lo que te pasa, pero aun así, ¿no sientes la magia que esto tiene? ¿No te traspasa hasta dentro del alma?
Y como si el pánico que sentía comenzara ya a remitir, Clarke tuvo que admitir que, efectivamente, era así. Lentamente fue librándose de la tensión y empezó a sentir una distensión gradual; en otro momento le pareció notar la influencia de fuerzas inmateriales.
Siento... como si me empujaran, como si me llevara el impulso de la marea, dijo.
Sí, no es como si tiraran de ti, sino como si te empujaran, le confirmó Harry.
El continuo de Möbius nos rechaza, somos como motas que nos hubiéramos metido en sus ojos inmateriales. Si pudiera, nos expulsaría, pero no vamos a quedarnos aquí tanto como eso. Si permaneciéramos aquí mucho tiempo, trataría de expulsarnos... o quizá de deglutirnos. Hay millones de puertas por las que podría empujarnos y me temo que cualquiera de ellas nos sería fatal. O podríamos encontrarnos subsumidos, vernos forzados a adaptarnos, lo cual aquí supondría ser erradicados. Hace mucho tiempo que descubrí que o dominas el continuo de Möbius o él te domina a ti. Pero, claro, esto supondría quedarnos una cantidad de tiempo terriblemente largo..., expresado en términos mundanos.
Aquellos comentarios de Harry no hicieron más que aumentar la angustia de Clarke.
¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí, quiso saber. *Diablos, ¿cuánto tiempo llevamos ya?*
Un minuto o un kilómetro, respondió Harry, *para responder a tus dos preguntas. Un año-luz o un segundo. Escucha, lo siento, pero ya no vamos a quedarnos mucho rato más. En cuanto a mí, cuando estoy aquí, esta clase de preguntas tienen muy poco sentido para mí. Este es un continuo diferente, aquí no rigen las viejas constantes. Este lugar es el DNA del espacio y del tiempo, esto son los ladrillos del edificio de la realidad física. Pero... se trata de algo muy difícil, Darcy. He tenido muchísimo «tiempo» para pensar en todas estas cosas y a pesar de todo no tengo todas las respuestas. ¡Qué digo todas! No tengo más que unas pocas. Aun así, lo poco que puedo hacer aquí, lo hago bien. Y ahora quiero enseñarte una cosa.*

¡Espera!, dijo Clarke. *Acaba de ocurrírseme. Lo que estamos haciendo aquí es telepatía. Eso lo hacen los que la practican en nuestro cuartel general.*
No exactamente, respondió Harry. *Ni siquiera los mejores son tan buenos como eso. En el continuo de Möbius los pensamientos tienen materia, peso. Esto es porque, en realidad, son cosas físicas en un lugar inmaterial. Imagina un minúsculo meteorito en el espacio, que pudiese agujerear la piel de un explorador espacial.*
Esto es algo parecido. Emite un pensamiento aquí y seguirá y seguirá para siempre, de la misma manera que la luz y la materia continúan para siempre en nuestro universo. Nace una estrella y la vemos parpadear a la vida billones de años más tarde, porque éste es el tiempo que tarda en llegar su luz hasta nosotros. Así es como funciona aquí nuestro pensamiento: mucho después de que nosotros nos hayamos ido, nuestros pensamientos seguirán existiendo todavía. Pero hasta cierto punto tienes razón en lo de la telepatía. A lo mejor los que la practican tienen algún procedimiento para introducirse en el continuo de Möbius, algún sistema mental que ni ellos mismos entienden. Y riéndose por lo bajo, Harry añadió: *Hay «un pensamiento» para ti pero, si la cosa es así, ¿qué decir de los videntes? ¿Y de los vaticinadores?*
De momento Clarke no captó lo que quería decir.
Lo siento, pero...
Pues, si los que practican la telepatía se sirven del continuo de Möbius, aunque sea de una manera inconsciente, ¿qué diremos de los adivinos? ¿También se entrometen para leer en el futuro?
Clarke volvía a sentirse inseguro.
Por supuesto, dijo, *lo había olvidado. Tú también lees en el futuro, ¿verdad?*
Algo hay de eso, respondió Harry. *En realidad, puedo. En mis tiempos incorpóreos, incluso podía manifestarme en tiempo pasado y en tiempo futuro, pero ahora que vuelvo a tener cuerpo, está fuera de mis facultades... por lo menos de momento. Aun así, puedo seguir corrientes de tiempo pasadas y futuras, siempre que me mantenga en el continuo de Möbius. Ya veo que lo has entendido. Sí, esto es lo que quiero mostrarte: el futuro y el pasado.*
Harry, no sé si estoy preparado para esto. Yo...
No llegaremos a esto, dijo Harry como tranquilizándolo. *Sólo tendremos un atisbo y nada más.*
Y antes de que Clarke tuviera tiempo de protestar, abrió una puerta al futuro.
Clarke se quedó junto a Harry en el umbral y su mente se sintió como paralizada ante la maravilla y el espanto de lo que vio. Había un caos de millones o de billones de líneas de una purísima luz azul inscrita en lo que de otro modo habría sido un fondo impenetrable, constituido por una eternidad de terciopelo negro. Era como una increíble lluvia de estrellas, donde todos los meteoros se apartaban de él proyectándose hasta inimaginables profundidades del espacio, aunque las estelas no quedaban oscurecidas sino brillantemente impresas en el cielo o, en realidad, impresas en el tiempo. Y lo más terrible de todo era esto: que uno de

aquellos haces de luz azul que serpenteaban y se retorcían salía de él, se extendía o se proyectaba a partir de él y se precipitaba a plomo en el futuro. Al lado de Clarke, Harry emitía igualmente un haz azul. Partía de él y salía disparado siguiendo su curso propio hacia el mañana parecido a un tubo de neón.

¿Qué es esto?

La pregunta de Clarke fue un murmullo en el éter metafísico de Möbius.

Harry también quedó impresionado ante aquella visión.

Son los hilos de la vida de la humanidad, respondió. *Aquí está toda la Humanidad, en la que estos dos haces de aquí, el tuyo y el mío, representan la fracción más pequeña posible. El mío es el que fue en otro tiempo el de Alec Kyle y al final iba afinándose hasta casi apagarse. Ahora, sin embargo...*

¡Ahora es uno de los que más brillan!

De pronto Clarke se dio cuenta de que le había pasado el miedo, incluso cuando Harry dijo:

Atraviesa esta puerta y podrás seguir el hilo de tu vida hasta el final. Yo puedo hacerlo y regresar, en realidad ya lo he hecho, aunque no he llegado hasta el final. Es algo que no quiero saber. Quisiera creer que no hay final, que el Hombre puede vivir siempre.

Cerró la puerta y abrió otra. Esta vez no tuvo que decir nada.

Era la puerta del pasado, la que llevaba al mismo comienzo de la vida humana en la Tierra. Igual que antes, había toda una miríada de hilos azules igual que los de antes, pero esta vez, en lugar de perderse en la distancia, se contraían, se estrechaban, apuntaban a un lejano y deslumbrante origen azul.

Antes de que Harry pudiera cerrar aquella puerta, Clarke dejó que la escena se desvaneciera en su memoria. Si en el futuro no obtenía nada de la vida, por lo menos esta aventura en el continuo de Möbius iba a ser algo que quería recordar hasta el día de su muerte.

Pero al final la puerta al pasado se cerró, hubo un súbito y rápido movimiento y...

... y Harry dijo:

¡Ya hemos llegado!

Capítulo 8

A través de la Puerta

Se abrió una cuarta puerta y Clarke sintió la urgencia de atravesarla. Pero la brusca sensación de velocidad en el movimiento lo alarmó, además de turbarlo profundamente, pues no se había recuperado todavía.
¿Harry?, dijo, mientras aquel pensamiento temblaba igual que una hoja en el vacío inmaterial del continuo de Möbius.
-¿Harry? -dijo seguidamente.
Pero esta vez fue su propia voz lo que oyó y no simplemente sus pensamientos. Estaba junto a Harry Keogh en su despacho del cuartel general de la Rama-E en Londres. Permaneció un momento turbado y vacilante.
El mundo físico, el mundo real -el de la gravedad, el de la luz, el de todas las sensaciones humanas y especialmente el del sonido, sobre todo el del sonido- se imprimía con fuerza en aquella persona tan desprevenida que era Clarke. La mayoría del personal había abandonado ya el local, pero quedaban el Oficial de Servicio y un puñado de funcionarios. Por supuesto, los sistemas de seguridad estaban en funcionamiento como siempre. En el piso superior del complejo se dispararon las alarmas e irrumpieron en él Clarke y Keogh, primero bajo pero aumentando gradualmente en volumen y frecuencia hasta que al cabo de unos momentos ya eran insoportables. La pantalla de un monitor situado cerca de la mesa de Clarke cobró vida y en ella apareció el escrito siguiente:
MR. DARCY CLARKE NO ESTÁ DISPONIBLE EN ESTE MOMENTO. USTED SE ENCUENTRA EN UN ZONA DE SEGURIDAD. TENGA LA AMABILIDAD DE IDENTIFICARSE CON SU VOZ NORMAL O ABANDONE INMEDIATAMENTE ESTE SITIO, DE LO CONTRARIO…
Pero Clarke ya había recuperado el control parcial de sí mismo.
-Soy Darcy Clarke -dijo-, ya he vuelto.
Y por si la máquina no había identificado su voz temblona, no teniendo deseo ninguno de que comenzara a desgranar su sarta de amenazas frías y mecánicas, se acercó un tanto vacilante al cuadro de mandos de su escritorio y eliminó el contacto de seguridad.
Antes de enmudecer, la pantalla todavía le advirtió:
NO SE OLVIDE DE VOLVER A ACTIVAR EL MECANISMO ANTES DE SALIR DEL DESPACHO.
Acto seguido quedaron desconectadas las alarmas.
Clarke se desplomó en su silla y, en aquel momento, el interfono comenzó a zumbar insistentemente. Pulsó el botón de contacto y oyó al Oficial de Servicio que con voz alterada le decía:
-¿Hay alguien aquí o es que esto no funciona?
Se oyó una voz que, detrás de la puerta, refunfuñaba:
-Mejor creer que hay alguien.
Era evidente que se trataba de uno de los «espers».
Harry Keogh, con cara de pocos amigos, dijo, acompañando con un gesto de cabeza sus palabras:
-No fue gran cosa perder este sitio. ¡Qué va!

Clarke, manteniendo apretado el pulsador de mando, dijo:
-Aquí Clarke. Ya estoy de vuelta y me he traído a Harry. Mejor dicho, él me ha traído a mí. No os precipitéis. De momento veré al Oficial de Servicio; después ya hablaremos.
Era evidente que había hablado para todos, después de lo cual miró a Harry y le dijo:
-Lo siento, pero uno no puede llegar así por las buenas a un sitio como éste sin que nadie se entere.
Harry le indicó con una sonrisa que lo había comprendido, pero aquella sonrisa reflejaba también su extrañeza.
-Antes de que se lancen al ataque -dijo-, ¿podrías decirme desde cuándo se ha dado por desaparecido a Jazz Simmons? Quiero decir, ¿cuándo advirtió su ausencia David Chung?
-Hace tres días... -dijo Clarke, echando una ojeada al reloj-... en un espacio de tiempo de seis horas. Alrededor de medianoche. ¿Por qué lo preguntas?
Harry se encogió de hombros.
-Por algún sitio tengo que empezar -dijo-. ¿Cuál era su dirección aquí en Londres?
Clarke le dio la dirección antes de oírse al Oficial de Servicio llamar con los nudillos en la puerta. La puerta estaba cerrada con llave. Se levantó Clarke con la llave y atravesó la habitación con aire vacilante para dejar entrar a un hombre alto y desgarbado, de temperamento nervioso, vestido con un traje gris de lana fina. El Oficial de Servicio llevaba un revólver en la mano, que volvió a meter en su funda al comprobar que tenía delante a su jefe.
-Fred -dijo Clarke, cerrando la puerta nuevamente con llave y dejando fuera todo un conjunto de caras curiosas que atisbaban desde el pasillo-. Me parece que no conoces a Harry Keogh. Harry, éste es Madison, Fred Madison. Él...
Pero súbitamente advirtió la expresión de sorpresa que reflejaba la cara de Madison.
-¿Qué te pasa, Fred? -dijo, al tiempo que los dos echaban una mirada a la habitación en la que, aparte de ellos dos, no había nadie más.
Clarke se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente al tiempo que Madison lo agarraba al verle que se desplomaba contra la pared. Clarke tenía todo el aspecto de encontrarse muy mal.
-Estoy bien, no te preocupes -dijo, enderezándose-. En cuanto a Harry...
Y volvió a echar una ojeada a su despacho, después se quedó moviendo la cabeza.
-¿Qué decías, Darcy? -dijo Madison.
-Nada, que ya lo conocerás en otra ocasión. Éste es un sitio que no goza de sus especiales preferencias...
Cuatro días antes, en el Perchorsk Projekt ocurría lo siguiente:
Chingiz Khuv, Karl Vyotsky y el director del Projekt, Viktor Luchov, se encontraban en el hospital a la cabecera de la cama de Vasily Agursky. Hacía cuatro días que éste había ingresado, a causa de ciertos síntomas, y habían iniciado una desintoxicación de alcohol. Es más, se figuraban haberlo conseguido. De hecho, había sido sumamente fácil. Desde que

Agursky fue liberado de la responsabilidad de ocuparse de aquella cosa cerrada en el tanque, su dependencia del vodka y del slivovitz barato desapareció por completo. Sólo una vez pidió de beber y fue al recuperar la conciencia el primer día, si bien a partir de entonces no volvió a mencionar el alcohol y no parecía haber empeorado como resultado de la privación.
-¿Te encuentras mejor, Vasily? -dijo Luchov, sentándose al borde de la cama de Agursky.
-Todo lo bien que cabe esperar -replicó el paciente-. Me parece que he estado mucho tiempo al borde de una crisis. Debido al trabajo, por supuesto.
-¿El trabajo? -dijo Vyotsky, que no parecía demasiado convencido-. Lo que tiene el trabajo, cualquier tipo de trabajo, es que produce unos resultados. En lo que respecta al tuyo, camarada, cuesta creer que pueda ser agotador.
El hombre barbudo clavó los ojos en el hombre que yacía en la cama y lo observó con ceño.
-Vamos, Karl -intervino Khuv-, sabes perfectamente que, de la misma manera que hay diferentes tipos de trabajo, las presiones que ejercen sobre las personas que los realizan son diferentes. ¿Te gustaría ser el guardián de la cosa?
Me imagino que no. Lo del camarada Agursky no era agotamiento propiamente dicho y, si lo era, se trataba más bien de un agotamiento nervioso, provocado por la proximidad de la criatura.
Luchov, máximo responsable en el complejo de Perchorsk y, por consiguiente, máxima autoridad, levantó los ojos para mirar a Vyotsky y frunció el entrecejo.
Físicamente, Luchov no abultaba ni la mitad del hombre de la KGB, pero en el orden jerárquico del Projekt estaba por encima de él e incluso por encima de Khuv.
En el tono de voz empleado para hablar con aquel bruto dejó traslucir todo el desprecio que le inspiraba:
-Tiene usted muchísima razón, comandante. Si hay alguien que considere que el trabajo de Vasily Agursky es fácil de hacer, no tiene más que ponerse en su sitio y tratar de hacerlo. *¿Es* que contamos con un voluntario quizá? ¿Pretende decirnos su hombre que él sabría desempeñarlo mejor?
El comandante de la KGB y el director del Projekt miraron significativamente a Vyotsky. Khuv, con su sonrisa ambigua y el rostro lleno de cicatrices; Luchov, sin ningún rastro de emoción y sin sombra de complacencia. Su disgusto se evidenciaba en el latido de las venas, visibles en la mitad de su cráneo mondo y lirondo cubierto de quemaduras. La aceleración de su pulso denotaba siempre que desaprobaba algo o a alguien, en este caso a Karl Vyotsky.
-¿Y bien? -dijo Khuv, que últimamente había tenido varios encontronazos con la rudeza y los malos modos de su subordinado-. A lo mejor es que me equivoco y que sí te interesa el puesto. ¿Qué me dices, Karl?
Vyotsky se tuvo que tragar el orgullo. Khuv fue lo bastante perverso para dejar que saliera como pudiera del brete en el que se había puesto.

-Yo... -dijo-, me refiero a que yo...
-¡No, no! -dijo el propio Agursky tratando de salvar a Vyotsky de aquel mal paso y acomodándose mejor en las almohadas-. Ni que decir tiene que no se trata de que nadie ocupe mi puesto, e incluso resulta ridículo sugerir que una persona que no está cualificada para ello pueda desempeñar mi trabajo. No lo digo en modo alguno para rebajarte, camarada -dijo dirigiendo una mirada indiferente a Vyotsky-, pero cada uno tiene sus propios méritos. Ahora que he superado dos de los problemas que me afectaban: mi crisis nerviosa y mi absurda... obsesión por la bebida, me niego a considerarlo vicio... les prometo que no me va a ser difícil superar el tercero. Si se me concede un período de tiempo igual al que llevo ya empleado, pueden estar seguros de que aquella criatura me enseñará todos tus secretos. Sé que los resultados que he obtenido hasta ahora no son demasiado prometedores, pero de ahora en adelante...
-Tómatelo con calma, Vasily -le dijo Luchov poniéndole una mano en el hombro, refrenando un entusiasmo que tenía muy poco que ver con el temperamento apático de Agursky.
Era evidente que no estaba recuperado del todo. Aun así, los médicos hubiesen asegurado que estaba en perfectas condiciones de volver al trabajo; lo cierto es que sus nervios todavía no estaban totalmente repuestos.
-¡Mi trabajo es importante! -protestó Agursky-. Necesitamos saber qué hay detrás de la Puerta y es posible que esa criatura tenga la respuesta. Si sigo aquí, no podré descubrirla.
-Un día más no te hará ningún daño -dijo Luchov poniéndose de pie-, y yo personalmente me ocuparé de que de ahora en adelante cuentes con un ayudante.
No puede ser bueno para nadie tener que encargarse en solitario de un ser como ése. Estoy seguro de que algunos de nosotros -y al decir estas palabras miró significativamente a Vyotsky- ya haría mucho tiempo que se habrían desmoronado...
-Está bien, me quedaré un día más -dijo Agursky volviendo a tumbarse-, pero tendré que ponerme a trabajar inmediatamente. Creedme si os digo que la relación que se ha establecido entre aquella criatura y yo es algo sumamente personal y que no pienso rendirme hasta llegar al final.
-Descansa -dijo Luchov- y ven a verme tan pronto como te encuentres en condiciones. Yo mismo me ocuparé de que puedas hacerlo.
Los visitantes de Agursky salieron de la habitación y éste pudo quedarse a solas. Ya no tenía que andarse con más vueltas. Su rostro dibujó una sonrisa taimada y a la vez llena de amargura, una sonrisa que reflejaba en parte la sensación de triunfo que le embargaba por haber conseguido engañar a todos cuantos lo habían visto y en parte su terror ante lo desconocido y ante el hecho de quedarse a solas, pero aquella sonrisa desapareció de su cara con la misma rapidez con la que había aparecido. Se vio sustituida por una angustia nerviosa revelada en el temblor de sus pálidos labios y en un insistente tic que contraía el músculo de la comisura de su boca. Sabía engañar tanto a médicos como a visitantes, eso era cierto, pero no podía engañarse a sí mismo.

Los médicos lo habían examinado concienzudamente y lo único que encontraron fue un ligero agotamiento psíquico y quizás un cierto cansancio físico -ni siquiera llegaba a la extenuación de Vyotsky-, y sin embargo Agursky sabía que lo que él padecía era mucho más gordo. Aquella cosa que estaba en el recipiente había puesto algo dentro de él, algo que se había introducido dentro de él. Pero las ruedas seguían girando y el tiempo seguía su curso. Lo que uno podía preguntarse era esto: ¿cuánto tiempo permanecería escondida en él aquella cosa?
¿Cuánto tiempo tardaría en encontrar la respuesta e invertir el proceso, cualquiera que fuese? Y si no podía encontrar la respuesta, ¿qué haría aquella cosa mientras vivía y crecía dentro de él? ¿Cómo sería cuando saliera a la superficie? De momento aquel hecho sólo lo conocía él, por lo que a partir de ahora debería vigilarse estrechamente, para poder conocer antes que nadie si... si le ocurriría algo extraño. Si se enteraban, si descubrían que dentro de él había algo que procedía del otro lado de la Puerta, si sospechaban siquiera que...
Agursky comenzó a temblar sin poder controlarse, rechinaban sus dientes y sus puños se cerraban en un espasmo de terror. Ellos habían quemado aquellas cosas que atravesaron la Puerta, las habían rociado con fuego hasta convertirlas en pequeños montoncitos de engrudo. ¿No irían ahora a quemarlo a él si..., si...?
¿En qué se convertiría cuando aquellas ruedecillas interiores que giraban lentamente hubiesen realizado su ciclo completo? Lo peor de todo era esto: no saber...
Tras salir del perímetro y dejar a Luchov, que siguió su camino, Khuv y Vyotsky se encaminaron a su lugar de trabajo dentro del escuadrón de «espers» del Projekt y en aquel momento vieron aparecer a uno de éstos que se dirigía jadeando a su encuentro. Era un hombre gordo y grasiento llamado Paul Savinkov, que antes de trabajar en Perchorsk había estado en las embajadas de Moscú. Su predilección antinatural por los hombres y especialmente por los miembros más jóvenes del personal extranjero de las embajadas había hecho que su trabajo pasara a convertirse en un riesgo. Rápidamente fue trasladado a Perchorsk, si bien seguía tratando de escapar de aquel lugar, cosa que pensaba lograr principalmente haciendo lo posible para tener contento a Khuv. Estaba seguro de que llegaría a convencer a su vigilante en la KGB de que había otros sitios en los que su talento podría resultar más efectivo o utilizado de manera más productiva. Su don especial era la telepatía, en la que en ocasiones destacaba extraordinariamente.
El rostro de niño gordo y reluciente de Savinkov exteriorizaba una gran preocupación en el momento en que chocó con Khuv y Vyotsky en el amplio corredor exterior.
-¡Ay, camaradas! ¡A vosotros era a quien andaba buscando! Iba a hacer mi informe...
Hizo una pausa para apoyarse en la pared y recobrar el aliento.
-¿Qué te pasa, Paul? -dijo Khuv.
-Estaba de servicio tratando de no perder de vista a Simmons... bueno, es un decir..., cuando hará cosa de diez minutos que trataron de ponerse en contacto con él. Es imposible que me equivoque: ha habido un potente

sondeo telepático apuntado directamente hacia él. Lo he percibido y me las he arreglado para desbaratarlo, he logrado interferirlo y, en cuanto he dejado de detectarlo, he venido corriendo a buscaros. He dejado a otros dos del escuadrón en mi sitio por si había algún nuevo intento. ¡Ah!, de camino me han dado esto para que te lo pasara.
Y tendió a Khuv una nota del Centro de Comunicaciones.
Khuv le echó una ojeada y al momento frunció la frente, que quedó cubierta de arrugas. Volvió a leer y sus ojos oscuros parecieron fulminar la hoja de papel.
-¡Mierda! -exclamó en voz baja, cosa que en él equivalía a algo mis que una mera expansión.
Y dirigiéndose a Vyotsky, Je dijo:
-Ven, Karl, tendremos que ir a hablar inmediatamente con mister Simmons.
Voy a adelantar un poco los planes que tenemos con él. Seguramente te contrariará saber que a partir de esta misma noche ya no podrás continuar tomándole el pelo porque no estará aquí.
Se metió el informe del Centro de Comunicaciones en el bolsillo y despidió al adulador de Savinkov con un gesto de la mano.
Vyotsky casi tenía que andar corriendo para alcanzar a Khuv cuando éste, desviándose del camino que llevaban, se encaminó a la celda de Simmons.
-¿Qué pasa, comandante? -dijo-. ¿De dónde viene la nota que has recibido y qué dice?
-Este contacto telepático del que acaban de informarnos... -masculló Khuv, como si no hubiera oído las preguntas del otro-. No es el primero, como sabes muy bien...
Siguió adelante rápidamente, con Vyotsky pegado a sus talones.
-La mayoría eran meramente inquisitivos y eran fruto de la labor de varios grupos de videntes y adivinos extranjeros que intentan descubrir qué pasa aquí.
Pero eran insignificantes, porque los «espers» extranjeros no pueden precisar con exactitud nuestra localización, es decir, no cuentan con un punto definido en que centrarse y porque el barranco nos protege. Nuestros psíquicos han sabido desembarazarse de ellos con bastante facilidad y burlar sus planes. Pero si una potencia extranjera consiguiese introducir realmente a un «esper» bien dotado en este lugar, ¡sería harina de otro costal!
-Simmons no tiene esas condiciones -protestó Vyotsky-. De eso podemos estar bastante seguros.
-De esto no cabe duda -dijo Khuv con un gruñido-, aunque me parece que han encontrado la manera de utilizarlo para sus fines. De hecho, el informe que tengo en el bolsillo lo confirma. -Dejó escapar una risita siniestra, como la del jugador que acaba de perder una pieza en el juego de ajedrez-. Sólo puede tratarse de los británicos, que son los que están más avanzados en estas artimañas. ¡Los de la Rama-E son buenos de verdad! Siempre lo han sido... y extremadamente peligrosos además, como lo comprobaron nuestros «espers» en ocasión de lo del *château* Bronnitsy.

-No te sigo -dijo Vyotsky con aire de desprecio hablando como a través de la barba- Simmons no está aquí porque se haya introducido él; fuimos nosotros quienes lo metimos aquí, y no muy a la chita callando, por cierto.
-Vuelves a estar en lo cierto -dijo Khuv asintiendo enérgicamente con la cabeza-. Fuimos nosotros los que lo atrapamos y los que lo metimos aquí, pero créeme, no podemos seguir teniéndolo aquí dentro. ¡Tenemos que sacarlo esta misma noche!
Habían llegado a la celda de Simmons. Junto a la puerta un soldado armado y uniformado hacía guardia con aire distraído; se puso inmediatamente en posición de firme al advertir que Khuv y Vyotsky se acercaban. En una celda contigua a la del prisionero, un par de «espers» vestidos de paisano estaban ante una mesa sumidos en sus pensamientos y divagaciones. Khuv entró y les dijo unas pocas palabras:
-¡Eh, vosotros dos! Supongo que Savinkov ya os habrá dicho qué ha ocurrido. La noticia exige redoblar la seguridad, ¡y estar más alerta que nunca!
Quiero que el escuadrón completo..., todos, Savinkov incluido..., se dediquen a trabajar a partir de ahora. ¡Jornada completa! Estas órdenes no se mantendrán durante mucho tiempo, probablemente sólo durante unas horas, pero mientras no diga otra cosa, lo quiero así. Pasad la orden y encargaos de que se cumpla.
Volvió junto a Vyotsky y el soldado de servicio los dejó pasar a la celda de Jazz. El agente británico estaba tumbado en su litera con las manos detrás de la cabeza. Se sentó así que entraron, se restregó los ojos y, con un bostezo, dijo con su sarcasmo habitual:
-¡Tengo visita! ¡Fantástico! Ya estaba pensando que me tenían olvidado. ¿A qué se debe el honor?
Khuv sonrió fríamente.
-Estamos aquí para hablar con usted de la D-cap, Michael... entre otras cosas. ¡Es interesante e ingenioso lo de la D-cap!
Jazz se manoseó un poco el lado izquierdo de la cara por la parte de la mandíbula inferior y la movió de un lado a otro.
-Lo siento, pero me parece que ya está en su poder -dijo con petar-. Y la muela de al lado también. Pero se están curando muy bien, gracias.
Vyotsky se adelantó con aire amenazador.
-¿Quieres ver cómo dejan de curarse bien, británico? -le preguntó con un gruñido-. Puedo hacerte pedazos y verás cómo no te curas.
Khuv lo refrenó con un suspiro de impaciencia.
-Karl, a veces eres un plomo -le dijo-. Sabes perfectamente que necesitamos que mister Simmons esté en forma, ya que de otro modo no valdría la pena realizar nuestro experimento.
Después de eso miró con intención al prisionero.
Jazz se enderezó ligeramente en la cama.
-¿Un experimento? -dijo, tratando de sonreír, pero presa de inquietud-.
¿Qué clase de experimento? ¿Y qué es todo esto de mi D-cap?
-Sí, hablemos primero de esto -respondió Khuv-. Nuestros hombres de Moscú han analizado su contenido: se trata de drogas muy complejas pero totalmente inofensivas. Habrían hecho que durmiera unas cuantas horas, pero nada más.

Observó atentamente su reacción y vio que Jazz fruncía el entrecejo y evidenciaba una franca incredulidad.
-Eso es una ridiculez -replicó-. No es que pensara servirme de ella..., por lo menos esto es lo que creo..., pero esta clase de cáplulas son letales. -Y entornando los párpados añadió-: ¿Qué pretende de mí, camarada? ¿Se trata de algún plan desatinado para atraerme a su bando?
Volvió a sonreír.
-No, porque me temo que nosotros no le resultaríamos de ninguna utilidad, Michael, especialmente ahora que conoce los entresijos del Perchorsk Projekt. Pero no desdeñe tanto esa posibilidad. No creo que con nosotros le fuera peor de lo que le ha ido. Después de todo, los suyos hasta ahora no le han tratado tan bien como eso...
-No sé de qué me habla -dijo Jazz moviendo la cabeza y dejando de hacer comedia- ¿Por qué no me dice claramente qué quiere de mí?
-Ya se lo he dicho -respondió Khuv-, por lo menos en parte. En cuanto a lo que le estoy hablando le diré que su gente estaba esperando que lo cogieran, si bien no estaban seguros de la recepción que le dispensaríamos y por eso debían asegurarse de que usted no te liquidase demasiado pronto.
Jazz frunció el entrecejo.
-Demasiado pronto... ¿para qué?
-Antes de que pudieran servirse de usted, por supuesto.
Jazz seguía con el entrecejo fruncido.
-Aunque lo que está diciendo parece que tiene sentido, sé que no puede tener sentido -dijo Jazz-. ¡Claro, suponiendo que dice la verdad!
-Su confusión es comprensible -dijo Khuv asintiendo con la cabeza- y muy tranquilizadora, porque me revela que usted no tenía parte en el asunto. La D-cap era para engañarle, para asegurarse de que usted representaría su papel hasta el final. Y también para engañarnos a nosotros. Estaba pensada para ponernos todas las trabas posibles. Imagino que sus «espers», los británicos de la Rama-E, urdieron todo el chanchullo. Más tarde o más temprano se las habrían arreglado para llegar hasta usted, en caso de haber tenido tiempo. Pero no lo tenían. Ya no lo tenían.
-¿La Rama-E? ¿El ESP? -dijo Jazz levantando las manos-. Ya le he dicho que no sé una palabra de todo esto, ¡que ni siquiera creo en todo esto!
Khuv se sentó en una silla al lado de la cama de Jazz y dijo:
-Entonces hablemos de algo que usted crea.
Ahora su voz era muy tranquila, peligrosa incluso.
-Usted cree en aquella Puerta espacio-tiempo que hay en el fondo de las entrañas del magma. En eso sí cree, ¿verdad?
-Acepto la evidencia que me llega a través de mis cinco sentidos, sí -respondió Jazz.
-Entonces acepte también lo que voy a decirle: esta noche usted cruzará esa Puerta.
Jazz se quedó estupefacto.
-Que yo, ¿qué?
Khuv se puso de pie.
-Ésa ha sido mi intención desde el principio, pero primero quería estar absolutamente seguro de que se había recuperado totalmente de las

heridas antes de servirme de usted. Como máximo, dejaré pasar tres o cuatro días más.
Se encogió de hombros.
-Pero ahora debo puntualizar una cosa. Lo crea o no, las Ramas-E mundiales son absolutamente reales. Yo soy el monitor y guardián de un grupo de psíquicos, y destacados aquí conmigo hay varios de mis «espers». Los de Occidente quieren servirse de usted como se servirían de un «espejo» para enterarse de lo que hacemos aquí. Hasta ahora no lo han conseguido. Hoy nos aseguraremos de que no lo conseguirán nunca.
Jazz se puso de pie y se adelantó hacia Khuv. Vyotsky se interpuso entre los dos y dijo:
-Vamos, británico, ahí me tienes.
Jazz se apartó. Le habría encantado hacer algo con aquel ruso enorme, pero en su propio espacio y en su propio tiempo.
-Si me obliga a atravesar aquella Puerta quiere decir que usted no es otra cosa que un asesino -dijo a Khuv.
-No -dijo Khuv negando con un gesto de la cabeza-, yo soy un patriota consagrado al bienestar de su patria. ¡El asesino es usted, Michael! ¿Se olvida de Boris Dudko, el hombre que mató en lo alto del barranco?
-¡Él quería matarme a mí! -protestó Jazz.
-No es verdad -repuso Khuv-, pero si lo hubiera hecho, simplemente hubiera cumplido con su obligación. -Y demostrando que se sentía profundamente ultrajado, Khuv añadió-: ¿Cómo? ¿Un agente enemigo dedicado a espiar dentro de las fronteras de un país pacifico? Naturalmente que habría cumplido con su obligación. Como nosotros cumpliríamos con la nuestra si ahora le quitásemos la vida.
-Sería una violación de los convenios.
Aunque Jazz sabía que carecía de argumentos, comprendía que valía la pena intentarlo.
-En un caso como éste los convenios no cuentan para nada -respondió Khuv con voz tranquila-. Tenemos que desembarazarnos de usted, es evidente. Tiene que comprenderlo. Además, no será ningún asesinato.
-¿Que no lo será? -dijo Jazz volviendo a tumbarse en la cama-. De acuerdo, puede llamarlo experimento si usted quiere, pero yo lo llamo asesinato.
¡Jesús! ¿Es que no ha visto lo que sale por esa esfera o por esa Puerta o como quiera llamarle? ¿Qué posibilidades tiene un hombre en el mundo del que ellos vienen?
-Muy pocas -respondió Khuv-, pero mejor eso que nada.
Jazz reflexionó sobre esto, trató de imaginar cómo sería y procuró poner orden en sus pensamientos, súbitamente arremolinados -Un hombre solo en un lugar así -dijo-, cuando ni siquiera se qué digo cuando digo «un lugar así».
Khuv asintió con un gesto.
-Es impresionante, ¿verdad? Pero no se trata necesariamente de un hombre solo...
Jazz clavó en él los ojos.
-¿Es que me acompaña alguien?

-Desgraciadamente no -dijo Khuv con una sonrisa-. Debo decir, en cambio, que hay alguien, de hecho tres personas ya, que han hecho este viaje.
Jazz movió la cabeza.
-No acabo de entenderlo -tuvo que admitir.
-La primera fue un ladrón y un asesino, uno de la localidad. Se le dio a elegir: ejecución o Puerta. No tenía mucho donde elegir, diría yo. Fue provisto de lo necesario, al igual que lo será usted, y emprendió el viaje. Tenía una radio, pero no la llegó a utilizar y, si quiso servirse de ella, la Puerta actuó como barrera. De todos modos, valía la pena intentarlo, porque habría sido una novedad eso de recibir transmisiones desde otro universo, ¿no le parece? Llevaba también alimentos concentrados, armas, una brújula y, lo más importante de todo, muchas ganas de vivir. El equipo que transportaba era de la más alta calidad y era abundante..., muchas más cosas de las que he mencionado. Usted no llevará menos; al contrario, dispondrá de más. Todo es cuestión de lo que puede llevar o de lo que esté dispuesto a llevar. En cualquier caso, transcurridos quince días, decidimos suprimirlo de la lista. Si es que había un camino de vuelta, él no lo encontró... o quizás hubo algo que lo encontró a él primero. Aunque he dicho que lo tachamos, en realidad puede estar vivo, pero al otro lado. Después de todo, no sabemos qué ocurre al otro lado.
»A continuación probamos con un "esper". Uno de los mejores de entre los más distinguidos. Se llamaba... quizá siga llamándose, Ernst Kopeler, un hombre dotado de la extraordinaria facultad de ver el futuro. Seguramente usted piensa que fue un despilfarro enviar un hombre de esas condiciones a través de la Puerta.
Pero la verdad es que Kopeler no llegó nunca a acomodarse a nuestra manera de ver la vida y que por dos veces intentó... ¿cómo lo llaman ustedes? ¿Desertar? Sí, ustedes pueden llamarlo así, pero nosotros lo consideramos una traición de lo más ruin. ¡Qué estúpido! Con un talento como el suyo y encima se figuraba que iba a gozar de libertad. Las razones que lo movieron al final fueron de lo más irónico.
Parece que vio su futuro y descubrió que era monstruoso, ¡insoportable!
Después de meditar un momento, Jazz dijo:
-Sí, descubrió que atravesaría la Puerta.
Khuv se encogió de hombros.
-Es posible. ¿Cómo se dice? Creo que es «qué será, será». Los hombres no pueden evitar lo que los espera, Michael. El sol se pone y vuelve después a levantarse para todos.
-Salvo para mí, ¿verdad? -dijo Jazz con una risita irónica-. Y en cuanto al tercer «voluntario», ¿qué? ¿También era un traidor?
Khuv asintió con un gesto de la cabeza.
-Es posible que lo fuera, en realidad no estamos seguros de que fuera verdaderamente una traidora.
-¿Una traidora? -dijo Jazz, incrédulo-. ¿Quiere decir que la tercera persona fue una mujer?
-Sí, es exactamente lo que estoy diciendo -respondió Khuv-, y muy bonita además. ¡Fue una verdadera lástima! Se llamaba o se llama Zek Föener. Zek es el diminutivo de Zekintha. Su padre era alemán, de Alemania

Oriental, y su madre griega. Había sido una de las «espers» más competentes pero... ocurrió algo. No sabemos exactamente qué fue lo que la cambió, pero el hecho es que perdió facultades... o eso era lo que ella decía por lo menos. Y lo que siguió diciendo durante los seis años que estuvo encerrada en una institución mental, donde su conducta fue juzgada excesivamente problemática. Después pasó otros dos años en un campo de trabajos forzados de Siberia, donde los «espers» no la perdieron de vista ni un momento. Éstos juraban que seguía conservando sus dotes telepáticas, pero ella lo negaba a machamartillo. En conjunto, un caso muy enojoso y una terrible pérdida de tiempo. Había sido una persona dotada de extraordinarias dotes telepáticas y se había convertido, en cambio, en una disidente, en alguien que se negaba a colaborar, que exigía derecho a emigrar a Grecia. En resumen, que se convirtió en un problema en muchísimos aspectos. Así es que...
-Así es que decidieron desembarazarse de ella, ¿verdad? -dijo Jazz con enorme desdén.
Khuv hizo como que no advertía el desprecio que reflejaban los ojos de su interlocutor.
-Lo que le dijimos fue esto: atraviesa la Puerta, sírvete de tus dotes telepáticas para decirnos qué ocurre al otro lado, porque aquí tenemos gente que captará lo que tú les transmitas, de esto puedes estar segura, y si tienes suerte y haces las cosas a nuestra entera satisfacción, te devolveremos aquí.
Jazz miró fríamente a Khuv y dijo:
-Pero ustedes no podían traerla aquí. ¡No sabían!
Khuv volvió a encogerse de hombros.
-No, pero eso ella no lo sabía.
-O sea que, en cualquier caso, estamos hablando de asesinato -dijo Jazz asintiendo nuevamente con la cabeza-. Si son capaces de hacer una cosa así con uno de los suyos, ¿cómo puedo esperar que me dispensen mejor trato? Ustedes son... ¡al diablo!... ¡son una mierda!
Vyotsky gruñó una advertencia... o quizás era un desafío. Lo cierto es que se adelantó hacia él con sus manazas levantadas. Khuv lo detuvo cogiéndolo por el brazo.
-También a mí se me ha acabado la paciencia, Karl. Pero ¿qué importa? Mejor que ahorres tus energías. De todos modos, este asunto ya está tocando a su final. Créeme si te digo que estoy tan harto como tú de mister Simmons, pero que sigo queriendo que pase entero por la Puerta.
Se dispusieron a salir de la celda y para ello Khuv llamó con los nudillos a la puerta, que les fue abierta desde fuera. Cuando ya estaba a punto de salir, el comandante de la KGB dijo de pronto:
-¡Ay, por poco se me olvida! Enséñale a Michael tus asquerosas fotos. Si somos mierda, comportémonos como mierda.
Khuv atravesó la puerta y desapareció sin darse la vuelta. Vyotsky, en cambio, se volvió y, mirando a Jazz, le dirigió una sonrisa sardónica y se sacó del bolsillo un pequeño sobre de papel manila:
-¿Te acuerdas de tus amigos del campamento de madereros? Sí, me refiero a los Kirescu. Tan pronto como te cogimos, tus amigos de Occidente nos previnieron sobre ellos. Nosotros ya hacía tiempo que

teníamos sospechas y nos pusimos a vigilarlos hasta que descubrimos que intentaban escapar. ¡No sé dónde se figuraban que podían ir! Anna Kirescu irá a un campo de trabajos forzados y su hijo Kaspar a un orfanato. En cuanto a Yuri, trató de resistirse y tuvimos que matarlo de un tiro... ¡qué lástima! Así es que sólo quedaron dos.
-Kazimir y su hija, Tassi. ¿Qué ha sido de ellos? -dijo Jazz poniéndose de pie.
Sentía un impulso irresistible de abalanzarse sobre Vyotsky. ¡Cómo deseaba cargarse a aquel bestia!
-Los tenemos con nosotros, naturalmente. Pueden decirnos muchas cosas.
Hablarnos de sus contactos aquí en Rusia y en su antigua patria. Pero como son gente muy ruda, los métodos que empleamos para sacarles información tienen que ser muy directos. Nosotros sabemos ir al grano cuando nos conviene. ¿Me sigues?
Jazz dio un paso adelante. Tanto sus emociones como sus sentimientos estaban a flor de piel y sabía que, si daba un paso más, tendría que llegar hasta el final y arrojarse sobre Vyotsky. Lo más probable es que aquel matón de la KGB no esperase otra cosa.
-¿Un viejo y una muchacha? -dijo articulando las palabras entre dientes-. ¿Quieres decir que los han torturado?
Vyotsky se pasó la lengua por los labios ásperos y carnosos y, lanzando el sobre desde el otro extremo de la celda, lo situó sobre la cama de Jazz.
-Hay torturas y torturas -dijo con voz ronca y extrañamente lasciva-. Por ejemplo, estas fotografías serán una tortura para ti. Me refiero a que tú y la pequeña Tassi tengo entendido que simpatizabais bastante, ¿no es verdad?
Jazz sintió como si toda su cara rezumase sangre, miró el sobre y a continuación volvió a mirar a Vyotsky. Se sentía desgarrado.
-Pero ¿qué diablos...? -exclamó.
-Ve las fotografías -dijo Vyotsky arrastrando las palabras-, el comandante sabe lo mucho que disfruto provocándote, por lo que me dijo que veía muy bien que yo y la chica realizásemos una pequeña sesión fotográfica. Espero que las fotos te gusten, porque son muy artísticas.
Jazz avanzó hacia él dispuesto a agredirlo, pero Vyotsky le dio con la puerta en las narices.
Jazz, dentro de la celda, se concedió un momento de respiro, mientras clavaba los ojos en la puerta y sentía su respiración jadeante cómo resonaba en su pecho y en su garganta. En aquel momento habría cogido con gusto un cuchillo oxidado, habría abierto la barriga a Vyotsky y le habría sacado los intestinos.
Habría sido una operación sin anestesia. Aquellas fotografías...
Jazz se acercó a la cama y cogió cinco fotos del sobre. La primera estaba un poco arrugada. Jazz ya la había visto antes: Tassi sentada en un campo de margaritas. La muchacha le había dado aquella fotografía. La fotografía siguiente la mostraba... desnuda, sujetada con argollas a una pared de acero. Tenía las manos afianzadas con cadenas sobre la cabeza y las piernas abiertas. La muchacha tenía los ojos cerrados, los párpados apretados debido a la fuerza que hacía para mantenerlos cerrados.

Vyotsky, a su lado, con malévola sonrisa en los labios, parecía sopesarle el pecho izquierdo con la palma de la mano.
La tercera foto era peor. Jazz ni siquiera se dignó mirar las restantes. Las estrujó con la mano y arrojó la bola lejos de sí. Después se acurrucó en la cama y, hecho un ovillo, se concentró en otras imágenes. Volvían a centrarse en los intestinos de Vyotsky, aunque esta vez se los extraía con una navaja, sino que se los arrancaba con las uñas.
Vyotsky se quedó unos momentos con la oreja pegada al frío acero de la puerta de la celda. Nada. Silencio absoluto. Vyotsky pensó que Jazz no debía de tener sangre en las venas, sino agua. Después de dar Unos fuertes golpes en la puerta gritó:
-Michael, Khuv me ha dicho que esta noche, cuando nos hayamos librado de ti, puedo divertirme con ella una o dos horas. La vida también tiene sus momentos buenos, ¿no crees? A lo mejor podrías indicarme qué cosas le gustan más, ¿quieres?
Pero la sonrisa desapareció del rostro de Vyotsky que, frunciendo el entrecejo, dio unos pasos atrás.
Jazz Simmons, que seguía acurrucado en la cama, dejó escapar un gemido.
Se había mordido el labio y por la herida no salía sangre sino fuego líquido...
Durante las cinco o seis horas siguientes Jazz tuvo un gran número de visitantes. Se presentaron en su celda con varios artilugios cuyo funcionamiento le explicaron y demostraron con todo detalle. Incluso lo autorizaron a manipularlos, desmontarlos y volverlos a montar. Jazz puso mucha atención en todas estas operaciones, puesto que significaban para él la supervivencia. El minúsculo lanzallamas que le suministraron venía desprovisto de su lata de combustible y, en lugar de la metralleta de pequeño calibre, le dieron un manual con su descripción.
El soldado que a última hora de la tarde apareció con el manual le entregó también una caja de municiones medio vacía con balas inutilizadas y cargadores oxidados. Era para que Jazz pudiera practicar la manera de cargar los cartuchos. En combate, la rapidez en cargar el arma supone a veces salvar la vida. Jazz había manoseado torpemente la primera carga, pero después, tras concentrarse en el trabajo, había conseguido colocar el segundo cargador en muy poco tiempo. El soldado se había quedado impresionado, pero al rato comenzó a bostezar y se desinteresó del asunto. Jazz continuó cargando y descargando cartuchos durante media hora más.
-¿Por qué estás ahí? -acabó preguntándole el soldado.
-¿Quieres decir que por qué estoy prisionero? Pues por espionaje -dijo Jazz.
No veía razón para disimular ni para ocultar la verdad.
-Pues yo, como no me dejen dormir pronto, es que me amotino -dijo el muchacho señalándose el pecho con el dedo pulgar-. Anoche en el cuartel hubo prácticas de alarma y desde entonces estoy de servicio. ¡Estoy que no me tengo de pie!
Frunciendo el entrecejo, añadió:
-¿Has dicho espionaje?

-Sí, soy espía -dijo Jazz asintiendo con la cabeza.
Metió los viejos cartuchos y un puñado de balas descoloridas en la caja de municiones, colocó la tapadera con un golpe y afirmó los cierres. Después se restregó las manos en los pantalones y se puso de pie.
-Ya está, me parece que ya lo domino.
-De todos modos, no sirve de mucho saber cargar el cartucho si no dispones de una arma -dijo el soldado riendo por lo bajo.
Jazz le devolvió la sonrisa.
-Tienes razón -le dijo-. ¿Me dejas una?
-¡Sí, hombre! -exclamó el chico echándose a reír-, una cosa es amotinarse y otra muy distinta estar chalado. ¿Que te deje un arma? No voy a ser yo quien te la deje. Ya te la darán después...
Ahora era ese «después» del que había hablado el soldado: las dos de la madrugada en el mundo exterior, aunque dentro del subterráneo del complejo de Perchorsk la hora tenía muy poca importancia. Allí las cosas variaban muy poco, ya fuera de día o de noche. Eso por lo menos era lo que ocurría en las noches normales. Esta noche, sin embargo, no era una noche normal.
En aquellos niveles de pesadilla situados en el interior del magma, en el mismo núcleo de aquel complejo, Michael «Jazz» Simmons esperaba de pie en la plataforma que formaba aquella especie de anillo de Saturno, pertrechándose con el equipo que le habían preparado. En cualquier caso, no tenía más remedio que hacer lo que le mandaban. Todavía no le habían dado la lata de combustible de su lanzallamas miniatura y aún estaba sin su metralleta. Ésta se encontraba en las manos muy capaces de Karl Vyotsky, que sostenían aquella arma ligera en sus brazos enormes como si se tratara de un niño. Vyotsky tenía que escoltar a Jazz a lo largo de la pasarela.
El agente iba cargado con todo lo que podía sostener, pese a lo cual seguía moviéndose con cierta desenvoltura. Había rechazado una *parka* y un enorme cuchillo de monte, que en conjunto habrían supuesto otros siete kilos de peso.
Había aceptado, sin embargo, una pequeña hacha con una hoja afilada como una navaja barbera que podía servirle como arma o como utilísima herramienta.
Khuv, avanzando entre el círculo de personas que observaban a Jazz, dijo:
-Bien, Michael, así es como están las cosas. Ahora no me queda más que decirle que, si creyera que ha de aceptarlos, ahora sería el momento de ofrecerle mis mejores deseos.
-¿Ah, sí? -dijo mirándolo de arriba abajo-. ¡Yo nunca le ofrecería a usted mierda, camarada!
Khuv apretó las comisuras de los labios.
-Perfectamente -dijo-, tiene que ser fuerte y mantenerse fuerte, Michael. ¡Quién sabe, a lo mejor incluso logra sobrevivir! En cualquier caso, si encuentra forma de volver, nosotros le estaremos esperando. Y me encantará volver a tener noticias suyas. Como usted sabe, nos gustaría que por aquí pudiera pasar todo un ejército, por lo que todos los informes que podamos conseguir han de servirnos de gran ayuda.
Hizo una seña con la cabeza a Vyotsky.

-¡Adelante, británico! -dijo el enorme ruso, pinchándolo con la punta de la metralleta.
Jazz avanzó hacia el interior por el entarimado, se volvió para echar una última ojeada, se encogió de hombros y se encaró con la esfera. Unas gafas oscuras le protegían los ojos contra el deslumbramiento, pero hasta la misma uniformidad de la superficie de la esfera le resultaba molesta, como si estuviera contemplando un canal que no funcionase en la pantalla de un televisor. La plataforma del anillo de Saturno ya se había quedado atrás y Jazz avanzaba por el istmo de la pasarela. Las maderas carbonizadas que tenía bajo los pies le revelaban que aquél era el lugar donde había muerto el guerrero y le parecía estar oyendo el grito de aquel ser extraño: «¡Wamphyri!». Después...
... después llegaron a la esfera. Jazz se paró y avanzó una mano. Los dedos pasaron fácilmente a través de aquella luz blanca y no sintió la resistencia hasta que volvió a retirar la mano. Entonces notó una extraña viscosidad, como si la esfera estuviese tirando de él. Parecía que no quería soltarlo, aun así era el primer momento de penetración. Con bastantes esfuerzos consiguió liberar la mano.
-¡Aguanta, británico! -le dijo Vyotsky, detrás de él-. Y procura no ponerte nervioso. ¡Toma, lo vas a necesitar!
Y colgó del macuto que llevaba a la espalda una botella cilindrica de aluminio que contenía el combustible para el lanzallamas, después de lo cual le ordenó:
-¡Ahora date la vuelta!
Jazz le obedeció. Vyotsky, con una sonrisa sardónica, le dijo:
-¡Estás muy pálido, británico! Es una sensación extraña, ¿verdad?
-Sí, un poco -dijo Jazz francamente.
Ahora que veía el hecho como inevitable, sentía una extraña sensación. Pero aún habría sido mucho peor si se hubiera concentrado en sus sentimientos, ya que en realidad estaba concentrado en algo totalmente diferente.
Vyotsky escrutó su rostro un momento y dijo:
-¡Bah! No sé si eres un héroe o simplemente un estúpido. Dime, ¿qué eres?
-Sacó el cargador de la metralleta y pasó el arma a Jazz. Después, riendo por lo bajo, añadió-: ¿Quieres también esto, británico? Mucho más a mano que los que llevas en el macuto, ¿verdad?
Y agitó el cargador en la mano, que sonó de manera especial.
El rostro tenso de Jazz reflejaba una profunda concentración, pero no denotaba ninguna emoción. De pronto Vyotsky pensó: «aquí está ocurriendo algo» y, dejando de reír bruscamente, dio un paso atrás.
La mano derecha de Jazz se metió en el bolsillo del mono de combate que llevaba y sacó de él un cargador oxidado, pero pese a ello utilizable. De un gesto rápido introdujo el cartucho en el arma y apuntó al ruso con ella.
-¡Quieto! -dijo encañonándolo.
Vyotsky se quedó helado, mientras Jazz acortaba la distancia entre los dos y colocaba la boca del cañón debajo mismo de la barbilla del ruso. Entonces, hablando entre dientes, le espetó:

-¡Es curioso, pero encuentro que estás un poco pálido, Iván! ¿Hay alguna cosa que te preocupa?
Khuv acudió corriendo desde la plataforma del anillo de Saturno.
-¡Alto el fuego! -vociferó, no dirigiéndose a Jazz, sino a los soldados apostados en el perímetro con las armas apuntadas hacia el agente británico.
Khuv se detuvo a unos tres metros de distancia de los dos hombres.
-Michael -dijo jadeando-. ¿Qué mosca te ha picado?
-Me parece que está bastante claro -dijo Jazz, que ahora parecía estar divirtiéndose de lo lindo-. El Iván el Terrible este que tengo a mi lado va a acompañarme en la excursión.
Y agarrando con fuerza a Vyotsky por la barba, le presionó el cañón del arma debajo de la barbilla y tiró de él hacia la esfera.
Vyotsky estaba pálido como un muerto.
-¡No! -tartamudeó, aunque sin atreverse a negarse, porque temía que el inglés presionara el gatillo.
-¡Naturalmente que sí, Iván, si no quieres que te liquide aquí mismo! -le dijo Jazz-. Lo que es yo, no tengo nada que perder.
Ya estaba notando la superficie externa de la Puerta que iba atrayéndolo hacia ella.
Khuv todavía se acercó un poco más y a Jazz se le ocurrió un plan que aún le pareció mejor.
-¡Tú también, comandante! -dijo-, o disparo ahora mismo contra este hijo de puta y contra ti.
Khuv actuó con rapidez y se puso en movimiento en el mismo momento en que Jazz pronunciaba aquellas palabras, desplomándose en la pasarela cuan largo era y gritando:
-¡Fuego, fuego, fuego!
Jazz cayó pesadamente de espaldas dentro de la esfera, arrastrando en la caída al tambaleante Vyotsky tras él. Y...
... ¡y allí había más que blancura! Blanco puro, un fondo de blancura inmaculada sobre el cual Jazz y Vyotsky no constituían otra cosa que manchas de suciedad. Rodaron por un suelo aparentemente sólido que resultaba invisible debido a su misma blancura. Por encima de sus cabezas sonaron unos disparos que formaron una ensordecedora barrera de retumbantes truenos... y que cesaron al momento, cuando se oyó la voz de Khuv, transformada en una especie de zumbido irreconocible que se producía muy lentamente y que parecía llegar desde una distancia infinita:
-¡A-l-t-o e-l f-u-e-g-o! ¡A-l-t-o e-l f-u-e-g-o!
Ahora que se encontraban en el interior de la esfera y que Khuv ya estaba a salvo, no quería que les hiciesen ningún daño.
Jazz se levantó y volvió la vista atrás. A través de una fina película lechosa veía el «exterior» y tenía la impresión de que los movimientos de la gente eran tan lentos que casi eran inexistentes. Era un efecto de doble sentido. Khuv estaba levantándose del suelo y tenía el brazo en alto sobre su cabeza, dando orden de que cesase el fuego.

Jazz lo saludó con el brazo, después de lo cual se volvió hacia Vyotsky, tumbado en el suelo y con el terror pintado en el rostro, y lo apuntó con el arma.
-¡Arriba, Iván! -le dijo con una voz que sonó completamente normal-. Hay que ponerse en movimiento, ¿no te parece?
Vyotsky miró a su alrededor como para dominar la situación. Tenía los hombros caídos. Lentamente se puso de pie y dijo:
-¡Vete a la mierda, británico!
Y a continuación hizo un gesto como tratando de dirigirse hacia Khuv.
Pero no fue más que un intento, porque ahora sólo podía moverse en una dirección. Como si hubiera chocado con una invisible barrera, se desplomó de rodillas y sus uñas arañaron el aire. Y dándose cuenta de la situación en que se encontraba, hizo lo que Jazz esperaba que hiciera: ponerse a gritar solicitando ayuda.
Jazz lo contempló mientras se arrastraba por el suelo y después dijo:
-Haz lo que te venga en gana, Iván. Quédate aquí gritando y vociferando todo lo que quieras y, al final, muérete.
Vyotsky volvió la cabeza rápidamente hacia él.
-¿Morirme?
Jazz asintió con un gesto.
-Sí, de hambre o de agotamiento…
Y volvió la espalda a la imagen que se veía tras la Puerta: Khuv, un telón de fondo formado por las paredes del magma y toda la soldadesca moviéndose de forma lentísima. Y avanzó hacia lo que parecía y se mostraba como una inmensidad de tan extraordinaria blancura que casi le hacía daño.
Vyotsky, desde atrás, todavía le gritó:
-Pero ¿por qué?, ¿por qué? ¿De qué te va a servir que me quede aquí?
-De nada -le contestó Jazz-. Pero tampoco tú le serviste de nada a Tassi…

Capítulo 9

Al otro lado de la Puerta

El comandante de la KGB Chingiz Khuv estaba frente a su subordinado, Karl Vyotsky, separados por una distancia no superior a los tres metros y viéndose a través de una finísima película lechosa tan delgada que casi resultaba invisible. Aun así, se encontraban en dos mundos diferentes. Khuv habría podido dar dos o tres pasos adelante, tender la mano y estrechar la de Vyotsky. Habría podido hacerlo, pero no se atrevía, puesto que dada la situación en que se encontraban, aunque el comandante no habría podido sacar a Vyotsky tirándole de la mano, era indudable que Vyotsky sí habría podido arrastrarlo a él hacia el interior. Con todo, podían hablar, aunque con ciertas dificultades.
-¡Karl! -le llamó Khuv-. De momento no hay manera de que puedas salir de ahí, pero tampoco puedes quedarte arrodillado como un niño abandonado.
Bueno, claro que puedes, pero no te va a servir de nada. Por supuesto que podemos suministrarte alimento, naturalmente que sí, te lo arrojamos a través de la Puerta y listos. En eso Simmons se ha equivocado. Seguramente no se le ha ocurrido, pero tenía razón cuando te ha dicho que morirías. ¡Al final morirás, Karl!
El tiempo que puedas tardar en morir dependerá de lo que tarde en producirse el Encuentro Seis. ¿Me sigues?
Khuv se quedó esperando la respuesta de Vyotsky. La comunicación por la Puerta era desalentadora, pero finalmente Vyotsky asintió y se puso de pie. Para conseguirlo tardó unos minutos. Entretanto, la figura del agente británico iba desapareciendo en la distancia y lenta, muy lentamente, se perdía de vista. La cara y la boca de Vyotsky comenzaron a moverse de una manera grotesca, mientras sus palabras iban llegando apagadas, sordas, lentas. Khuv le oyó decir:
-¿Qué me aconsejas?
-Simplemente, esto: vamos a equiparte exactamente igual que a Simmons, es decir, te suministraremos todo el equipo y el alimento concentrado que puedas transportar. Por lo menos tendrás las mismas oportunidades que él.
Por fin llegó la respuesta:
-¿Quieres decir que así tampoco tendré ninguna oportunidad?
-Una oportunidad mínima, la verdad sea dicha -insistió Khuv-, pero no vas a saber si la tienes hasta que intentes averiguarlo.
Llamó a un suboficial del escuadrón de soldados que tenía detrás de él y le dio órdenes tajantes y perentorias. El hombre se marchó corriendo.
-Y ahora, Karl, escucha -prosiguió Khuv-. ¿Se te ocurre alguna cosa que pueda serte útil? Me refiero a algo que no hayamos proporcionado a Simmons.
Vyotsky volvió a asentir lentamente con la cabeza y dijo:
-Una motocicleta.
Khuv se quedó con la boca abierta. No tenían ni la más mínima idea de cómo debía ser el terreno, y así se lo dijo.

-Si no me puedo montar en ella, la dejo aquí tranquilamente -respondió Vyotsky-. ¿Tan difícil es proporcionarme una motocicleta? Si supiera pilotar un helicóptero, lo pediría.
Khuv, por tanto, dio nuevas órdenes. Como cumplirlas requería tiempo, Simmons ya no era entonces más que un puntito en la blancura del horizonte, un punto que iba haciéndose gradualmente más pequeño, como una hormiga que recorriera una duna de arena.
Comenzó a llegar el equipo, transportado en un carro, que fue empujado hacia el interior de la esfera. Vyotsky inició la interminable faena de ponerse encima los arneses. Lo hacía con toda la rapidez que podía, pero para Khuv y los demás observadores era como contemplar el lento avance de un caracol. La paradoja era ésta: que a ojos de Vyotsky ocurría lo mismo con los demás.
Consideraba que se estaba moviendo con gran rapidez, pero los demás parecían moscas moviéndose sobre miel. Para los compañeros de Vyotsky hasta las mismas gotas de sudor que resbalaban por su frente tardaban segundos en llegar al suelo invisible sobre el que tenía posados los pies.
Por fin llegó la moto: un pesado modelo militar, pero en buenas condiciones de funcionamiento y con suficiente combustible para recorrer trescientos setenta y cinco kilómetros. La moto fue colocada en otro carrito y empujada también hacia el interior. Vyotsky, en el otro lado, iniciaba el proceso increíblemente lento de montarse en la motocicleta y de poner en marcha el motor. Sin embargo, pese a la anomalía que presentaba el ritmo del tiempo, el resto del espectro físico parecía funcionar perfectamente. La moto emitió unos cuantos estampidos, hizo un ruido parecido al de grandes martillos que golpeasen sobre madera de roble, puesto que cada pistón producía un sonido diferente e individual, y Vyotsky levantó los pies del suelo. Lentamente, muy lentamente, aunque con mucha mayor rapidez que Simmons, Vyotsky y su moto fueron empequeñeciéndose en la blanca distancia hasta desaparecer finalmente de la vista. Sólo quedaban dos carros vacíos...
Aunque Vyotsky ya había desaparecido, Khuv siguió contemplando la esfera hasta que los ojos le comenzaron a doler. Después dio media vuelta, atravesó la pasarela hasta el anillo de Saturno y comenzó a subir las escaleras de madera hasta llegar al pozo que perforaba el magma. Allí, en la plataforma situada en la boca del pozo, le esperaba Viktor Luchov. Khuv se paró y dijo:
-Director Luchov, he podido darme cuenta de que procuras quedarte al margen de este experimento. De hecho, si en algo te has hecho notar ha sido precisamente por tu desinterés -dijo un poco a la defensiva.
-Sí, de la misma manera que seguiré manteniéndome al margen de hechos como éstos -respondió Luchov-. Tú eres aquí un comandante de la KGB, pero yo soy un hombre de ciencia. Tú lo llamas experimento, pero yo lo llamo ejecución. A lo que parece, dos ejecuciones. Me figuraba que ya habría terminado todo, por eso he venido. Desgraciadamente, aún he estado a tiempo de ver a ese patán de Vyotsky en el momento de desaparecer con la moto. Aunque es un bruto, me da lástima. ¿Qué explicación piensas dar de todo esto a tus superiores de Moscú?

Las aletas de la nariz de Khuv temblaron un poco y se puso algo más pálido, pese a lo cual su voz permaneció tranquila al responder:
-Me hago responsable de mis procedimientos de información, director. Tienes razón: tú eres un hombre de ciencia y yo soy un miembro de la KGB. Pero fíjate en que cuando digo «hombre de ciencia» no lo digo con la misma entonación con la que diría «cerdo», por lo que te aconsejo que vayas con cuidado al utilizar la palabra KGB. ¿Acaso porque tenga que desempeñar tareas más ingratas que las que tú haces son menos meritorias? Yo más bien creo lo contrario. ¿Me vas a decir en serio que como hombre de ciencia no te sientes fascinado por la oportunidad que acaba de presentársenos?
-Si tú realizas esa clase de tareas mejor que yo es porque yo no estoy dispuesto a realizarlas. -Y después de estas palabras añadió casi a gritos-: ¡Dios mío, es que..., es que...!
-¿Qué te pasa, director? -dijo Khuv enarcando las cejas y con los labios tensos, que dibujaban una sonrisa fina y desagradable.
-¡Hay gente que no aprende nunca! -gritó Luchov-. ¿Es que has olvidado el juicio de Nuremberg? ¿Es que no sabes que todavía estamos llevando a gente ante los tribunales de justicia?
Al darse cuenta de la expresión del rostro de Khuv se calló.
-¿Me estás comparando con los criminales de guerra nazis?
Khuv estaba ahora pálido como un muerto.
-¡Este hombre era uno de los nuestros! -dijo Luchov, señalando la esfera con un dedo tembloroso.
-Sí, lo era -dijo Khuv bruscamente-, pero también era un psicópata, un ser brutal, un hombre tortuoso, insubordinado y peligroso hasta el punto de constituir un peligro potencial. Pero ¿no te habías preguntado nunca por qué no lo reprendía nunca? Tú te figuras saberlo todo, ¿verdad, director? Pues bien, no es así. ¿Sabes para quién trabajaba Vyotsky antes de trabajar conmigo? Era guardaespaldas de Yuri Andropov en persona..., y todavía no hay nadie que sepa de cierto cómo murió. Lo que sí se sabe es que no se llevaban nada bien y que Andropov había intentado degradarlo. ¡Sí, puedes creerlo, Karl Vyotsky estaba implicado! Pues bien, ahora te voy a decir por qué fue enviado aquí...
-No... no lo considero necesario -dijo Luchov agarrándose al pasamanos de la escalera para sostenerse.
Parecía que de su rostro se había retirado la sangre y ahora estaba tan pálido como Khuv.
-Me parece que ya lo sé.
Khuv bajó la voz.
-De todos modos voy a decírtelo -dijo con un hilo de voz-. De no haber sido por la desgracia de esta noche, nuestro próximo «voluntario» habría sido igualmente Karl Vyotsky. Así es que no te lamentes por él, querido director, porque de todas maneras únicamente le quedaba un mes.
Luchov pareció horrorizado, pero miró estupefacto a Khuv mientras éste se daba la vuelta y subía por las escaleras a través del pozo.
-¿Y él no lo sabía? -preguntó.
-Naturalmente que no -respondió Khuv sin volverse-. Si hubieras estado en mi pellejo, ¿se lo habrías dicho?

Jazz siguió trabajosamente su camino.
Habría sido inútil apresurarse o desperdiciar energías innecesariamente y, de momento, no tenía la impresión de que nada ni nadie fuera a atacarlo. Por lo menos no aquí. De todos modos, debía tratar de conservar sus fuerzas. No sabía cuánto camino le faltaba por recorrer; tanto podía ser un kilómetro más, como diez o cien. Se sentía como si tuviera que atravesar un lago de sal, después de haberse quedado cegado por el sol. Sí, así era como se sentía: como si avanzara a ciegas por un camino interminable y bajo un sol abrasador. Un sol que, aun siendo abrasador, no desprendía calor ninguno. Sólo luz. En realidad, sudaba, pero era por el esfuerzo, no porque estuviera sometido a ninguna fuente de calor. En aquel blanco túnel entre dos mundos no hacía calor ni frío, sino que la temperatura era constante y no constituía ningún problema. De hecho, allí se habría podido vivir en el supuesto de que hubiera habido vida, pero allí no había nadie que pudiera vivir realmente, puesto que en aquel lugar la única realidad y todo lo demás era...
blancura.
Por dos veces había tomado un sorbo de la botella de agua que llevaba, simplemente para reemplazar la humedad que había perdido, y las dos veces pensó: «¿Es que no hay nada más aquí? ¿Sólo este vacío? ¿Qué va a pasar si resulta que eso no va a ninguna parte?» Pero entonces ¿de dónde habían salido el murciélago y el lobo y las demás criaturas del magma? ¿Y el guerrero? No, aquello tenía que ir a parar a alguna parte.
También había hecho una pausa para sacar el cargador oxidado de su metralleta, arrojarlo lejos de sí y encajar en ella otro de los que llevaba de repuesto. Si le hacía falta usar el arma, lo último que deseaba era que se le quedara la bala encasquillada en el momento en que más la necesitara.
Fue entonces, después de haber encajado el nuevo cargador, cuando se enteró de algo que no sabía acerca de aquel maldito lugar de la Puerta. Al sujetar los correajes del macuto, levantó la vista y se dio cuenta de que no sabía qué dirección debía tomar. Llevaba una brújula en la muñeca, pero se había hecho tarde para servirse de ella, habría debido consultarla inmediatamente después de penetrar en la esfera. Con todo, la miró... sólo para ver que la manecilla giraba sin rumbo, tan perdida como él. Después volvió a mirar a su alrededor, girando lentamente y dando una vuelta completa o lo que él creía que era una vuelta completa. Pero ni siquiera de esto podía estar seguro.
Todo era igual, se girara hacia donde se girase: una blancura inmensa que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Un suelo blanco, un cielo blanco, sin que apareciera ninguna distinción en parte alguna, sin ningún horizonte ni cosa alguna diferente, aparte de su propia persona. Él y la fuerza de la gravedad. Gracias a Dios que existía la gravedad, que sin aquella sensación de tener algo sólido debajo... habría tardado muy poco en volverse loco.
Por lo menos la fuerza de la gravedad le permitía saber dónde estaba arriba y dónde estaba abajo.
Se volvió y miró por encima del hombro. ¿De veras que había venido de esa dirección? ¿O quizá de esa otra? Habría sido difícil asegurarlo. ¿Cómo

podía saber que iba en la dirección adecuada? ¿Y qué diablos podía querer decir en aquel sitio dejado de la mano de Dios ir en la dirección adecuada? Sin embargo, cuando trató de volver a ponerse en camino, encontró una resistencia, una pared de espuma invisible que lo empujaba hacia atrás con una fuerza igual a la que él desplegaba contra ella. Ir hacia la derecha no era tan difícil, pese a que también costaba; hacia la izquierda ocurría lo mismo. Sólo se podía ir en una dirección, lo que significaba que aquélla era la adecuada. Por esto no lo había notado anteriormente, porque había escogido automáticamente el camino que ofrecía menor resistencia o se había sentido guiado hacia él.

Después se habían renovado los esfuerzos y los sudores hasta que llegó el momento de echar otro trago de la botella. Mientras miraba hacia adelante y tragaba agua de la botella para refrescarse el gaznate, Jazz se dio cuenta de que las cosas ya no eran de un color blanco inmaculado. Comprobarlo fue para él un susto y poco le faltó para atragantarse. ¿Qué diablos era todo aquello? ¿Eran montañas lo que divisaba a distancia? ¿Siluetas de peñascos? ¿Un cielo azul intenso..., estrellas? Era como mirar a través de una cueva marina, como si contemplara la escena desde el interior de un túnel una mañana de niebla. O como si estuviera observando un dibujo al aguafuerte en un trozo de seda blanca. ¡Pero qué lejos estaba!

Jazz se esforzó en mirar con mayor atención... pero al mismo tiempo sintió mayor recelo. La escena estaba acercándose y haciéndose más brillante a medida que las estrellas parpadeaban y eran sustituidas por débiles rayos de sol que parecían venir de las montañas situadas en la parte derecha de la escena. Y en ese momento fue cuando Jazz oyó el sonido.

Al principio lo asoció con la escena que estaba revelándose a su vista, pero después se dio cuenta de que venía de atrás. Y entonces reconoció de qué ruido se trataba: ¡era una moto! Se dio la vuelta y miró.

Karl Vyotsky iba montado en una moto con la correa de la metralleta colgada del hombro derecho y la metralleta debajo del brazo con el cañón apuntando hacia adelante. De momento todavía no podía ver la escena que Jazz acababa de descubrir, ya que lo único que podía ver era a Jazz. El hombretón ruso hizo rechinar los dientes y sus labios dibujaron una mueca de desprecio. Conducía la moto con la mano izquierda y las rodillas, mientras con la derecha sostenía la culata del arma.

Deslizó el índice a lo largo del guardamonte y llevó la mano a la válvula de estrangulación del motor, al tiempo que la moto daba un salto adelante.

-¡Británico! -gruñó como si hablase consigo mismo-, tienes el tiempo contado. Da un besito a todo el mundo antes de desearles buenas noches.

Jazz se quedó estupefacto. ¡Una motocicleta! ¡Y él que había estado haciendo tantos esfuerzos para caminar! El problema consistía ahora en conseguir que aquella ventaja que Vyotsky tenía sobre él se transformara en desventaja. Pero mientras caminaba, Jazz tuvo tiempo de dedicar algunos de sus pensamientos al curioso aspecto de la Puerta. Le parecía que tenía la respuesta de aquella situación.

-Muy bien, Iván -murmuró para sí-, vamos a ver si eres tan listo como crees.

Vyotsky estaba cada vez más cerca y ahora comenzó a acelerar hasta que en el indicador apareció el número sesenta y sintió el latido de la moto debajo de él.
Aunque el avance de la moto era suave y regular como la seda, sabía que no le iba a ser fácil hacer puntería con la metralleta. Sería, literalmente, dar en el blanco o fallar. Pero tenía a su favor el elemento de la sorpresa o, por lo menos, del susto.
¿Qué estaría pensando ahora el inglés, se preguntaba, al ver aquella poderosa máquina que se abalanzaba sobre él?
Jazz calculó que en aquel momento la moto estaba a poco menos de un kilómetro de distancia y que sólo le quedaban treinta segundos. Se arrodilló, se puso de lado, a fin de disminuir el blanco que ofrecía su silueta, y giró el arma en dirección a Vyotsky. No pensaba dispararle y lo único que quería era ponerlo un poco nervioso.
Cuando le quedaban unos cuatrocientos metros por recorrer, vio que el rostro de Vyotsky se había convertido en la máscara del odio, como preludio del ataque.
Pero... súbitamente su presa se volvió más pequeña y estaba apoyada en una rodilla. Al mismo tiempo Vyotsky vio la escena que se había desarrollado al otro lado de la Puerta. Por un momento se quedó absorto en ella, pero en seguida volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo: ¡quería abatir a aquel inglés hijo de puta y matarlo! Movió las rodillas, desplazó el peso del cuerpo, imprimió a la moto una especie de lento bamboleo... y al mismo tiempo comenzó a disparar tiros aislados en dirección a Jazz.
Quedaban unos ciento cincuenta metros y Jazz todavía se abstenía de disparar. Ni siquiera había sacado el seguro ni preparado el arma. Parecía evidente que aquel ruso loco quería abatirlo. Vyotsky confiaba en que Jazz se dejaría vencer por los nervios y trataría de echar a correr para apartarse de su camino. Pero Jazz tenía sus planes. Por fin sacó el seguro, preparó el arma, apuntó y... esperó.
Porque, en caso de no estar equivocado, era inútil disparar.
Sólo cincuenta metros y Vyotsky seguía disparando con su arma automática:
un río de plomo que zumbaba y hendía el aire alrededor de Jazz, demasiado cerca para su tranquilidad. Por fin, ya en el último momento, se echó a un lado. La moto de Vyotsky volcó y éste le imprimió un fuerte giro lateral. La moto quedó clavada en el suelo con las ruedas en el aire después de haber proyectado a su conductor fuera del sillín.
Moto y motorista iban dando volteretas en direcciones diferentes, mientras Jazz se encaminaba cautelosamente hacia ellos y hacia la escena que aparecía al otro lado de la Puerta. Como por milagro, Vyotsky dejó de patinar y de dar volteretas y se encontró prácticamente incólume. Aquí el «terreno» era evidentemente diferente. Tenía magulladuras por todo el cuerpo y se había desgarrado una manga del mono de combate pero, aparte de asomarle el codo por el desgarrón, todo parecía en orden. Se puso de pie con aire vacilante y con expresión de incredulidad contempló al inglés, situado quizás a unos quince pasos de distancia, que se dirigía a él.

-¡Hola, Iván! -le gritó Jazz-. Veo que has llegado por la vía directa.
Vyotsky cogió el arma, comprobó que no le había ocurrido nada y apuntó con ella al enemigo que se acercaba. ¿Por qué se sonreía de aquella manera aquel cabrón de mierda? ¿Por el accidente? ¿Lo encontraba divertido? No sabía qué le había pasado a la moto. Seguramente se le había reventado un neumático... pero a Simmons debía de habérsele reventado el cerebro, ni siquiera se defendía. Llevaba el arma en brazos como si acunara un niño y se acercaba a él como si no pasara nada en absoluto.
-¡Británico, eres hombre muerto! -dijo Vyotsky.
Apuntó deliberadamente a la parte baja del cuerpo, pensaba hacerle papilla los muslos, las ingles, el vientre... Y apretó el gatillo. El arma estaba puesta en el funcionamiento automático. Hizo tres disparos seguidos antes de que el dedo de Vyotsky saltara del gatillo, cosa que ocurrió cuando el arma le golpeó en el pecho y lo tumbó para atrás dejándolo espatarrado en el suelo. Vyotsky tuvo la sensación de que le había hundido el pecho, de que le había roto las costillas. Posiblemente se había roto una o dos.
Tumbado en tierra, rodeándose el pecho con los brazos, rechinando los dientes y soltando una serie de ayes de dolor, seguía con la vista clavada en Jazz. A distancia y entre los dos había tres balas perfectamente visibles en el suelo. La metralleta las había disparado, pero lo único que había hecho era expulsarlas a través el cañón. El resultado había sido tres poderosas coces en rápida sucesión que ni siquiera el corpachón del enorme ruso había sido totalmente capaz de amortiguar.
Vyotsky hizo un esfuerzo para alcanzar la metralleta humeante, pero ésta se encontraba cerca de donde estaba Jazz, es decir, en dirección indebida. Por mucho que se esforzase, sus intentos eran inútiles.
La metralleta estaba a menos de medio metro de distancia de sus dedos, verdaderamente a muy poca distancia, pero igual podría haber sido un kilómetro o no haber estado en ninguna parte. También la moto estaba en dirección opuesta.
Jazz se dirigió a la moto, la levantó, se colocó la rueda delantera entre las piernas y enderezó el manillar volviéndolo a colocar en posición correcta, ya que había quedado torcido con el golpe. No hizo ningún caso de los lamentos de Vyotsky, sino que se limitó a empujar la moto y a recoger del suelo la metralleta del ruso. Por fin habló:
-A lo que parece, el sonido y la luz son las dos únicas cosas que circulan aquí en ambas direcciones -dijo-. Podemos oír lo que decimos y podemos vernos mutuamente y, aunque tú estás más adelante que yo, al otro extremo de la Puerta, tus palabras me llegan perfectamente bien. Como me llega igualmente tu imagen, ya que puedo verte. Sin embargo, mientras estemos en esta misma posición, de ti a mí no puede llegar nada sólido. De haber estado en posición inversa, seguro que ahora estaría muerto. Pero no ha sido éste el caso. Así es que no hay manera de que puedas hacerme ningún daño, Iván, ni con balas, ni con palos, ni con piedras.

¡Nada! Esas tres balas -dijo apartando de un puntapié los tres proyectiles disparados- no han hecho otra cosa que descargar el arma contra ti. Si no te hubiera dominado el odio, lo habrías descubierto tú mismo.
Después de escuchar estas palabras, Vyotsky frunció el entrecejo y asintió con la cabeza y, abrazándose todavía el pecho con las manos, se sentó.
-Pues entonces acaba de una vez -dijo-. ¿A qué esperas?
Jazz lo miró fijamente e hizo una mueca.
-¿Serás imbécil? ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor somos los únicos seres humanos que estamos en este lado de la Tierra? ¿Tú y yo? No es que me encanten los hombres, pero no me veo matando a la mitad de la población humana sólo para darme ese gustazo. La última vez que ocurrió fue cuando Caín mató a Abel.
A Vyotsky le costaba muchísimo seguir la lógica de Jazz. Ni siquiera estaba seguro de que el razonamiento fuese lógico.
-Pero ¿qué estás diciendo?
-Pues que, yendo en contra de mis propias convicciones, te concedo la vida -le dijo Jazz-. Date cuenta de que no soy un loco asesino como tú. Ayer, en mi celda, de haberte tenido en esta misma situación, las cosas seguramente habrían sido muy diferentes. Y también habría sido culpa tuya, porque tú me provocaste.
Pero ahora, ni loco te mataría.
Vyotsky trató de soltar una risita burlona, pero sólo le salió una mueca.
-¡Cobarde de mierda, hijo de...!
Se puso en pie de golpe.
Jazz apuntó hacia abajo su metralleta y disparó una sola bala entre los pies de Vyotsky, que rebotó en el suelo.
-Los palos y las piedras no pueden herir mis huesos -recordó-, pero las palabras pueden hacer mucho daño a los tuyos.
Se montó en la moto y con un golpe dado con el pie, la puso en marcha.
-¿Vas a dejarme aquí sin el arma? -dijo Vyotsky, alarmado de pronto-.
¡Pues es lo mismo que si me mataras!
-Encontrarás el arma esperándote cuando cruces la Puerta -le dijo Jazz-.
Pero acuérdate de esto: como vuelva a encontrarte en mi camino, la historia va a tener un final muy diferente. No sé si ese mundo que tenemos delante es muy grande, pero me parece que basta para los dos. Tú lo has decidido así, por lo tanto, no tengo nada más que decirte. Espero no volver a verte.
Puso la moto en marcha y pasó por delante de Vyotsky, cambió la marcha y cogió un poco de velocidad. Después se volvió y miró un momento hacia atrás. El ruso lo miró mientras desaparecía. Habría sido difícil decir qué reflejaba la expresión de su rostro. Jazz suspiró, cambió las marchas sucesivamente y se dirigió a la escena iluminada por el sol que se revelaba ante sus ojos. Pero algo en el fondo de sus pensamientos lo avisaba de que acababa de cometer una grave equivocación...
Otra equivocación era ésta: ¡no reconocer dónde terminaba la Puerta y dónde empezaba el extraño mundo que se extendía más allá!
Jazz hacía tres o cuatro minutos que conducía a una velocidad regular de treinta o cuarenta kilómetros por hora cuando, sin previo aviso, rompió la piel exterior de la esfera, que por este lado también era una esfera, como

pudo comprobar al saltar al espacio. El problema era que por ese lado de la esfera parecía colocada en la garganta de lo que parecía un cráter y el borde de dicho cráter era un metro más alto que el terreno circundante.
Cayó la moto y Jazz con ella, consiguiendo liberarse de un puntapié de aquella máquina cuyas ruedas seguían girando, al tiempo que los dos chocaban estrepitosamente con la dura tierra y las esquirlas desprendidas de las rocas. Jazz se quedó en el suelo hecho un ovillo esperando que sus sentidos se recuperasen del golpe. Después se sentó y miró a su alrededor... y entonces se enteró de la suerte que había tenido.
La deslumbrante esfera blanca tenía quizás unos nueve metros de diámetro, y alrededor de su perímetro, penetrando la tierra y el cráter, unas paredes con un radio de unos veinte metros y con las galerías del magma abiertas por doquier.
Jazz había aterrizado entre dos de esos agujeros y sabía muy bien que sólo la buena suerte había impedido que cayera de cabeza por la boca de uno de ellos. Sus paredes eran finas como el cristal y casi perpendiculares, mientras que su profundidad tan sólo se podía conjeturar. Una vez dentro, le habría costado Dios y ayuda volver a salir.
Jazz contempló la esfera, pero tuvo que apartar en seguida los ojos de ella para evitar que lo cegara. Era una gigantesca pelota de golf, totalmente luminosa, colocada sobre mortero húmedo y puesta a secar. Eso era lo que parecía.
-Pero ¿quién diablos la habrá puesto aquí? -dijo Jazz para sus adentros-.
¿Y por qué no gritó «¡ojo!»?
Se puso de pie y quiso comprobar qué se había hecho, pero lo único que descubrió fueron chichones y magulladuras. Después (y pese a que se sentía casi obligado a permanecer inmóvil y con la boca abierta ante aquel extraño mundo en el que había penetrado) se dirigió a la moto para ver qué daños había sufrido. La horquilla había quedado totalmente torcida; la rueda, inmóvil y aprisionada. De haber tenido una llave inglesa y haber podido sacar la rueda, tal vez sirviéndose de la fuerza bruta hubiera podido enderezar la horquilla, pero... no disponía de llave inglesa.
¿Disponía de alguna herramienta?
Soltó las lengüetas que sujetaban el sillín y tiró de él para atrás... El compartimento de herramientas que estaba debajo se encontraba vacío. La máquina estaba destinada a quedarse allí hasta que se oxidase. Y lo mismo había que decir del transporte...
En ese momento Jazz se acordó de Karl Vyotsky. El ruso se encontraba a dos o tres kilómetros de distancia, lo que suponía cuarenta minutos en el mundo exterior, incluso cargado con el equipo. Lo último que deseaba Jazz era encontrarse allí cuando Vyotsky llegase, pero antes de marcharse todavía tenía que hacer una cosa.
Llevaba una pequeña radio de bolsillo, un *walkie-talkie* que Khuv había querido que se llevara. Lo puso en marcha y habló brevemente por el micro:
-¿Camarada cabrón comandante Khuv? Aquí Simmons. Estoy al otro lado y no pienso decirle ni una puñetera palabra acerca de cómo he llegado hasta aquí ni de qué aspecto tiene todo esto. ¿Qué le parece?

No hubo respuesta, ni siquiera ruido de interferencias. Quizás un débilísimo y lejano silbido y una especie de crujido. En cualquier caso, nada que se pareciera ni siquiera remotamente a una respuesta. De hecho, Jazz no la esperaba porque, si los demás no lo habían conseguido, ¿por qué había de ser diferente en su caso?
Pero lo probó otra vez:
-¡Hola, aquí Simmons! ¿Me oye alguien?
Tampoco se oyó nada. La radio, que únicamente pesaba medio kilo, era ahora un peso «muerto» que no le era de ninguna utilidad.
-¡Cojones! -exclamó a través del micrófono, y lo arrojó dentro de uno de los agujeros del magma, por el que desapareció.
Y ahora..., ahora había llegado el momento de aspirar una profunda bocanada de aire y de echar una ojeada a aquel lugar en el que había ido a parar.
Jazz estaba contento de haber hecho las cosas observando el orden correcto de prioridades. Ahora se habría quedado allí de pie contemplando con la boca abierta quién sabe cuánto tiempo el mundo situado a ese lado de la Puerta de Perchorsk. En parte le resultaba familiar y fascinante, en parte extraño y amedrentador, pero igualmente fascinante. La mirada quedaba confundida ante tantos contrastes, cosas que habrían podido compararse a un paisaje surrealista si no hubieran sido tan reales.
Jazz quiso observar primero las cosas que le resultaban más familiares: las montañas, los árboles, el desfiladero que se abría como una boca entre colmillos de piedra y laderas cubiertas de bosque, un desfiladero que a través de hileras de árboles bordeaba las estribaciones desoladas y verticales de piedra grisácea que parecían erguirse hasta una altura infinita. Aterrado ante tanta grandeza, Jazz se sintió arrastrado por aquellas montañas y se alejó unos cien metros de la esfera y allí hizo un alto y, levantando una mano, se resguardó los ojos del persistente fulgor que emanaba de la esfera y contempló las montañas limítrofes.
Aunque no hubiera sabido que se encontraba en un mundo diferente, habría deducido que aquellas montañas no eran de la Tierra. El había esquiado en las montañas de la Tierra y sabía muy bien que no eran como éstas. Más que resultado de un enorme plegamiento geológico, parecían creadas por las circunstancias atmosféricas y, si en realidad esto no podía considerarse un hecho extraño en el mundo de Jazz, tampoco imaginar que este fenómeno se diera a una escala tan grande. Era un hecho increíble incluso en un mundo diferente: ¡que de la roca virgen hubiera podido salir aquella fortaleza, una cordillera de montañas que habría cubierto un planeta! ¡Eran tan altas, tan aserradas, tan salvajes, tan dramáticas e impresionantes aquellas montañas! De haber prescindido de los árboles que formaban la línea del bosque habrían parecido las montañas de la luna.
Jazz echó una ojeada a la brújula y advirtió que volvía a funcionar, lo que le permitió comprobar que la poderosa cordillera iba de este a oeste, en ambos sentidos hasta donde alcanzaba la vista. Sus picos se perdían en lejanos horizontes y se confundían con ellos, disolviéndose en lontananzas moradas, azules y aterciopeladas y desapareciendo en los confines mismos del mundo. Y dejando aparte aquel desfiladero, que en épocas

remotas habrían formado las montañas al abrirse de par en par, su continuidad no parecía interrumpirse en ningún punto.
Ahora, con la esfera detrás, Jazz miraba fijamente el «sol»... o lo que podía ver de él. Los débiles rayos que había contemplado al pasar por la Puerta, a la derecha de la imagen para dar su luz a aquella tierra, se filtraban por el desfiladero desde el borde del lejano sol. Pero no era más que eso: el borde del sol.
Al otro lado del desfiladero se estaba levantando una burbuja de luz roja. (¿O es que quizá se ponía, puesto que Jazz, en todo el tiempo que había estado allí, no había apreciado que aumentase?) La burbuja proyectaba sus débiles rayos por el muro de las montañas. Era el sol o un sol, por muy débil que brillase su luz; su contacto era agradable en la cara y en las manos de Jazz, con las que protegía sus ojos que no paraba de mover de un sitio a otro. Era imposible saber qué había al otro lado de las montañas del lejano paraje invisible pero iluminado por el sol. Pero a este lado...
Hacia el oeste se veía el flanco cubierto de bosque de la cordillera de montañas y al pie de ésta se divisaba una llanura que se extendía hacia el norte y que después de derivar hacia un tono azulado acababa por volverse azul intensísimo antes de perderse en una distancia aparentemente incalculable. Hacia el norte, el norte lejano situado más allá de la bóveda de la esfera, no había más que oscuridad, en la que refulgían formando desconocidas constelaciones estrellas como diamantes, incrustadas en el azabache abovedado de los cielos. Y debajo de aquellas estrellas, que emitían y reflejaban los distantes rayos de aquel solburbuja, se veía la superficie de lo que habría podido ser un tenebroso océano o más probablemente una sábana de hielo glacial.
Ahora soplaba del norte un viento helado que iba abriéndose camino gradualmente entre las ropas de Jazz hasta penetrar en sus huesos. Se estremeció porque sabía que el «norte» era un lugar inhóspito. Instintivamente comenzó a abrirse camino por la llanura de piedras y rocas en dirección al desfiladero que se abría entre las montañas.
Pero... era muy extraño. Si las montañas se dirigían hacia el este y el oeste y los hielos se encontraban en el norte, el sol debía de estar en el sur. Sin embargo, aquella burbuja de luz y calor no se movía. ¿Era un sol que se encontraba en un lejano sur, aparentemente inmóvil? Jazz movió la cabeza como desorientado. Por fin dejó vagar un momento la mirada hacia el este, que era donde acababa de golpe algo vagamente real y familiar y donde empezaba lo irreal o, en el mejor de los casos, lo surreal. Si Jazz había tenido serias dudas de las fuerzas sísmicas o corrosivas que habían formado las montañas, ¿qué podía pensar de las últimas torres envueltas en niebla que se levantaban al este? Eran nidos de águilas de kilómetro y medio de altura, esculpidos de manera fantástica, que se elevaban como extraños rascacielos en la pedregosa llanura que se extendía a la sombra de las enormes montañas. Jazz había advenido sus estructuras todo el tiempo que había permanecido en aquel lugar, pese a que había procurado mantener apartados de ellas los ojos; probablemente un signo más que confirmaba que la dirección que había emprendido -el desfiladero y el camino a través del desfiladero- era el acertado.

Es posible que las columnas o cañones se hubieran formado a partir de montañas y se hubieran quedado allí como centinelas fantasmagóricos mientras las montañas iban desintegrándose a su alrededor. No había duda de que se trataba de fenómenos «naturales», pues era inconcebible que una criatura las hubiera construido. Pero al mismo tiempo había algo en ellas que las convertía en algo más que una obra de la naturaleza, evidente sobre todo en las torres, en los torreones y en los contrafuertes aéreos de sus cumbres, que a ojos humanos se presentaban como castillos.

Pero no, no podía tratarse de otra cosa que de su imaginación, de la necesidad de poblar un lugar como aquél de criaturas que fueran semejantes a él.

Debía de tratarse de una ilusión producida por la luz espectral, por un espejismo fruto de la niebla que, entrelazándose, vestía los enormes menhires, una distorsión óptica y mental conjurada por la distancia y los sueños. Los hombres no podían haber construido unos megalitos como aquéllos y, si habían sido los hombres, no podía tratarse de hombres como los concebía Michael J. Simmons.

¿De qué clase de hombres podía tratarse? ¿De wamphyri? Podía tratarse muy bien de un vuelo de la fantasía, pero Jazz volvía a ver ahora con los ojos de la mente el guerrero en llamas que se consumía en la pasarela y oía su voz que se elevaba orgullosa y desafiante: «¡Wamphyri!» Aquellos castillos de más de mil quinientos metros de altura eran los nidos de águilas de los wamphyri. Jazz lanzó un bufido, como si sus imaginaciones pretendieran divertirse con él de una manera un poco sórdida..., pero ya la idea se había apoderado de sus pensamientos y había quedado impresa en ellos.

De pronto se apoderó de él un sentimiento extraño: sintió una inmensa soledad, una soledad como no había sentido en toda su vida. Se sentía absolutamente solo y sin amigos en un mundo cuyos habitantes...

Pero ¿qué habitantes? ¿Serían animales? Jazz todavía no había visto a nadie.

Contempló el cielo y no vio en él ningún pájaro, ni siquiera un solitario milano que saliera en busca de un poco de cena. Pero ¿acaso era de noche? Ésta era, por lo menos, la sensación que tenía. Sí, aquello parecía la noche, pero no solamente allí, sino en el mundo entero. ¿Sería aquél un mundo donde siempre era de noche?

Dado que el sol se encontraba tan bajo en el horizonte, la verdad es que era muy posible. Por lo menos a este lado de las montañas. ¿Estaría la mañana al otro lado?

¿Sería aquél un lugar donde no existiera otra cosa que la mañana?

Parecía que el ensueño se había apoderado de sus pensamientos, cosa que no formaba parte de la manera de ser de Jazz y de la que debería liberarse indefectiblemente. Suspiró, se estremeció y se encaminó, decidido, a la abertura del paso y a aquel sol- urbuja que veía al otro lado del mismo. Aquel desfiladero no se encontraba a nivel del suelo, sino en un lugar elevado, camino de la cresta de una garganta entre montañas. Es decir, Jazz debía trepar. Aunque parezca extraño, aquel esfuerzo le pareció estimulante, porque le ayudaba a conservar el calor y era una actividad en

la que podía concentrarse. A lo largo del camino crecían hierbas comunes, arbustos enanos e incluso algún que otro pino, mientras que más arriba de las laderas cubiertas de guijarros se veían empinadas pendientes cubiertas de densa arboleda. Ese sitio se parecía muchísimo a ciertas regiones del mundo que conocía... aunque no pertenecían a él. Éste era un mundo extraño y Jazz tenía pruebas de que daba cobijo a seres cuya naturaleza era letal.

Unos veinticinco minutos más tarde, al hacer una pausa para apoyarse un momento en una piedra, Jazz se volvió y miró para atrás.

La esfera en este momento se encontraba situada a poco más de tres kilómetros detrás de él y a un nivel más bajo. Había penetrado en la boca de la sima donde se encontraba aquélla, como una cuchillada en la cordillera de montañas. Pero en la llanura cubierta de locas, la esfera parecía un huevo refulgente medio enterrado en aquel nido del magma donde se alojaba. Como un microbio, había una mancha oscura que se movía sobre su refulgente superficie. No podía tratarse de nadie más que de Vyotsky. Al cabo de un momento, Jazz movió la cabeza con cierta contrariedad. Naturalmente, no podía tratarse más que de Vyotsky.

De pronto llegaron hasta Jazz los ecos de un disparo, que fueron rebotando de pared en pared hasta lo más hondo del desfiladero. El ruso había encontrado el arma donde Jazz la dejara y ahora estaba anunciando a aquel mundo extraño su presencia en él. Era como si dijera a sus habitantes: «¡Atención! Aquí hay un hombre que debéis tener en cuenta. Os conviene no andaros con bromas, puesto que ese hombre es nada menos que Karl Vyotsky».

Como los campesinos supersticiosos que, cuando están a oscuras, se ponen a silbar. O es que quizá sólo quería advertirle a Jazz y decirle: «¡Simmons, esto todavía no ha terminado! Quiero avisarte: ¡mira siempre para atrás!».

Jazz se prometió que no dejaría de hacerlo...

Ya en la parte baja de la esfera, Vyotsky dejó de soltar tacos, se colocó junto al arma y miró la moto. Vio que el sillín estaba tirado para atrás, girado sobre sus bisagras. Su rostro se deformó en una mueca. En uno de los bolsillos de un macuto guardaba una pequeña caja de herramientas. Era la última cosa que le habían dado al otro lado y, con las prisas, se había olvidado de guardarla debajo del asiento.

Aquella mueca burlona se borró instantáneamente de su rostro y exhaló un suspiro de alivio. Desde que Simmons le quitó la moto, no había vuelto a acordarse de las herramientas. De haber recordado que las llevaba, seguro que las habría arrojado en cualquier parte durante los tres últimos kilómetros.

Descolgó una bolsa en forma de riñon que llevaba en la mochila, sacó unas herramientas y soltó la rueda. De pie sobre una de las horquillas y metido como una cuña debajo de la rueda, agachado y tirando de la otra horquilla con una mano, notó que cedía y pudo liberar la rueda. Ahora sólo era cuestión de enderezar la horquilla. Cogió la parte frontal de la moto y, medio a rastras y haciendo también girar la rueda, la colocó sobre un par de grandes piedras que estaban juntas. Si conseguía meter la

horquilla torcida en el espacio comprendido entre las dos piedras y hacer palanca en la dirección adecuada...
Levantó la moto y puso la horquilla en su sitio y comenzó a hacer fuerza... pero se quedó helado. Tratando de evitar los jadeos que le causaba el esfuerzo y dejando incluso de respirar un momento, pensó: «Pero ¿qué diablos es esto?» Se precipitó hacia el arma, la agarró, la preparó para disparar y comenzó a mirar como un loco a su alrededor. No había nadie, no había nada. Pero él había oído algo.
Habría jurado que acababa de oír algo. Se acercó corriendo a la moto y...
¡Otra vez! El gigante ruso sintió un estremecimiento y notó que se le ponía la carne de gallina. ¿Qué era aquello? La voz era apenas perceptible. ¿Qué era aquel grito metálico, que casi no se oía? ¿Era un grito de ayuda? Aguzó el oído y volvió a oír lo mismo de antes. No era un murmullo, sino una voz muy débil y distante, pero era una voz humana y salía de una de las galerías del magma.
Pero esto no era todo sino que Vyotsky incluso reconoció la voz. Sí, era la voz de Zek Föener, una voz casi sin aliento y desesperada, pero ávida de comunicarse con alguien, con algún ser humano que pudiese estar en aquel mundo extraño.
Se precipitó junto a la galería y miró el interior desde el borde de la misma.
La lisa abertura era perfectamente circular, tenía aproximadamente un metro de diámetro y se curvaba hacia adentro, en dirección a la base enterrada de la esfera, por lo que el interior no era visible. Pero precisamente allí donde el pozo se perdía de vista había una pequeña radio parecida a la que Vyotsky llevaba en el bolsillo.
Era evidente que era la de Simmons y que seguramente éste se había desprendido de ella. Cada vez que se oía la voz de Föener, en el panel de control parpadeaba la luz de un pequeño monitor rojo. Aquella luz avisaba de la recepción, advertía a su operador de que debía elevar el volumen.
-¿Hola? -volvió a decir la voz de Zek Föener-. ¡Hola! ¡Oh, responda, por favor! ¿Hay alguien aquí? He oído su voz pero... yo estaba durmiendo. ¡Me figuraba que estaba soñando! ¡Por favor, por favor... si hay alguien ahí afuera, diga por favor quién es! ¡Y dónde está! ¡Hola! ¡Hola!
-¡Zek Föener! -exclamó Vyotsky con un suspiro y relamiéndose los labios al tiempo que se la imaginaba.
¡Ah, pero qué mujer tan diferente era ésta de aquella puta de lengua viperina que había rechazado sus avances en Perchorsk! ¿Este mundo había hecho esto con ella? Sí, la había cambiado. Ahora se moría de ganas de tener compañía. ¡La que fuese!
Vyotsky sacó su propia radio, la conmutó y tiró de la antena. Sólo había dos canales. Transmitía sistemáticamente a través de los dos, y este fue su mensaje:
-Zek Föener, aquí Karl Vyotsky. Estoy seguro de que te acuerdas de mí.
Hemos descubierto un procedimiento para neutralizar el efecto de arrastre en un sentido que tiene la Puerta. Me han enviado para localizar a los supervivientes de los experimentos realizados con la Puerta y para devolverlos al otro lado. Ven aquí, Zek, yo te sacaré. ¿Me oyes?
Así que terminó de hablar, la luz roja de su aparato comenzó a parpadear.

Estaba contestando, pero él no podía oírla. Subió el volumen y comenzó a oír interferencias y todo tipo de ruidos. Agitó el aparato y lo miró con rabia. Tenía rota la envoltura de plástico y el panel de control miniatura situado en la parte de arriba estaba mellado. Debía de haberse roto al ser arrojado de la moto. Aparte de esto, su proximidad a la radio desechada de Simmons también interfería la recepción en el aparato.
-¡Mierda! -soltó, apretando los dientes.
Dejó a un lado el aparato roto y bajó la cabeza, un brazo y el hombro, que introdujo en la galería. Se agarró al borde con la mano que le quedaba libre y se colgó con un pie de una protuberancia de la roca. Estiró el cuerpo todo lo que pudo hacia abajo y a su alrededor, extendiendo los dedos hacia la radio de Simmons.
Tenía la antena totalmente sacada y formaba una especie de medio aro fino y flexible de secciones metálicas telescópicas en las que había algo colocado a los lados del palo que impedía que la radio cayese hacia abajo. Los dedos inquietos de Vyotsky tocaron la antena... y la movieron.
-¡Mierda!
El aparato desapareció de su vista y cayó dando bandazos hasta ignotas profundidades.
Vyotsky salió con furia del agujero y se puso en pie de un salto. ¡Maldita suerte la suya! Volvió a coger su aparato y dijo:
-Zek, no te oigo. Sé que estás ahí y que probablemente me estás oyendo, pero yo no puedo oírte a ti. Si has oído mis palabras, probablemente querrás ponerte en contacto conmigo. En este momento estoy en la esfera, pero no me quedaré mucho rato. De todos modos, estaré ojo avizor, Zek. Me parece que soy la única esperanza que te queda. ¿Quieres cambiar o no de situación?
La luz roja de su aparato comenzó a parpadear de nuevo, igual que un telégrafo ininteligible que no pretendiera ser entendido. Vyotsky no sabía si le estaba rogando algo o si le lanzaba un desafío. De todos modos, tarde o temprano, ella tendría que salir a buscarlo. Aunque Vyotsky había mentido al decirle que él era su única oportunidad, ella no podía saber que no era verdad. Y si lo sospechaba, no podía permitirse el lujo de ignorar su presencia.
Vyotsky soltó una risita nerviosa. Por lo menos había una cosa en este condenado mundo que podía suponerle una satisfacción. Y que seguramente lo sería. Todavía con aquella risita en los labios, desconectó la radio...

Capítulo 10

Zek

Dos horas después de haber salido de la esfera -dos horas sombrías en solitario, acompañado únicamente de sus propios gruñidos y exclamaciones-, Jazz Simmons hizo un pausa para concederse su primer descanso y encontrar asiento en una piedra, situada a cierta altura, que le ofrecía una excelente vista de todo el terreno circundante. Cogió unas cuantas galletas de su macuto y dos pastillas de chocolate negro que debía chupar, no morder. Tomó un sorbo de agua y pensó que no tardaría en volver a ponerse en camino. De momento, allí sentado, mientras alimentaba su cuerpo larguirucho pero fuerte y recuperaba un poco de fuerzas, consideró que era el momento de inspeccionar a su alrededor y de considerar la situación en que se encontraba.
Era una situación verdaderamente de risa. No se trataba, ciertamente, de una situación envidiable: solo y en tierra extraña, con alimentos concentrados suficientes para sobrevivir una semana, armamento bastante para iniciar la tercera guerra mundial y hasta ahora sin nada a la vista que mereciera un disparo, una explosión o un incendio... Pero no se lamentaba por esto. Volvió a ocurrírsele el mismo pensamiento de pocos momentos antes: ¿dónde estaban?, ¿dónde diablos estaban los habitantes de ese mundo? Y cuando por fin los encontrase -o ellos lo encontraran a él-, ¿cómo serían? El hacerse esta consideración ya quería decir que pensaba que aquí habría seres diferentes de los que ya conocía, lo cual ya era suponer.
Fue como si estas consideraciones particulares actuaran como una invocación porque ocurrieron dos cosas simultáneamente: en primer lugar, el brillo de media luna que iba elevándose por la parte de poniente que teñía el cielo de un color azul intenso con reflejos dorados y se mostraba sobre los picos del lado opuesto de la garganta; y en segundo lugar..., en segundo lugar un lejano y angustiado lamento, una nota sostenida que reverberaba y parecía arrancar ecos a la luna para volver a bajar después, recogida por toda una serie de gargantas afines y que cruzaba tristemente el desfiladero y se perdía en la distancia.
Los aullidos eran inequívocos: se trataba de lobos. Jazz recordó lo que le habían contado acerca del Encuentro Dos. Sin embargo aquel lobo estaba ciego, tullido, era inofensivo. Estos, no. Era imposible que un ser capaz de proferir un grito de esta naturaleza no tuviera una excelente salud..., lo cual no presagiaba nada bueno para la suya propia.
Jazz terminó de comer, se despejó el gaznate del chocolate grumoso que acababa de comer, se ajustó el macuto y se bajó de la roca. Volvía a ponerse en camino. Pero... tuvo que hacer una pausa, se quedó paralizado un momento en el sitio donde se encontraba, fijó la mirada al frente y comenzó a subir, a subir sin parar.
Anteriormente, la luz que procedía de aquel sol-burbuja, aunque débil, había servido para delimitar la silueta de las paredes del cañón. Ante los ojos de Jazz se presentaban como una masa negra, lateral, mientras que la escena principal se situaba directamente enfrente. Aquel cuadro era el

falso horizonte que había visto en lontananza, el camino sembrado de piedrecillas que conducía a él y el fino arco de resplandeciente luz amarilla situado más allá y que, como Jazz pudo observar, había ido trasladándose gradualmente de oeste a este y que ahora se encontraba en la misma esquina de la escena.
Durante los cuatro o cinco kilómetros últimos, cuando apartó un momento los ojos del sol, volvió la cara a un lado y miró hacia arriba, al irse acostumbrando gradualmente sus ojos pudo divisar las alturas oscuras cubiertas de bosque y, por encima de ellas, el hiriente fulgor plateado de la nieve. Pero, de hecho, tenía poco tiempo para admirar el paisaje. Su atención se centraba más bien en el camino inexistente que recorría y que iba encontrando a través de rocas desprendidas y de piedras, escogiendo siempre el lugar más fácil para transitar por él. Mientras avanzaba no se le ocurrió pensar en ello, pero de hecho allí había un camino. En su propio mundo lo habría habido, pero en este no parecía haberlos. Esta vez, sin embargo, le parecía que allí lo había.
La garganta era aquí mucho más estrecha. En la boca de la garganta, donde estaba dos horas antes, la distancia entre las paredes era de algo más de un kilómetro, quizás incluso de dos kilómetros, pero aquí se había estrechado hasta llegar a menos de doscientos metros, convirtiéndose en una especie de cuello de botella al pie de las escarpadas paredes del cañón. Tenía la impresión de que la cresta del cerro estaba ahora solamente a unos cuatrocientos metros de distancia, cuando por fin miró hacia abajo y contempló algo de aquel mundo en la parte de la cordillera que estaba iluminada por el sol.
La causa de la impresión había sido que la luna, elevándose rápidamente por la parte occidental de la garganta, brillaba ahora con luz plateada y amarillenta en la pared este. Jazz estaba cerca de aquel lado de la garganta, por lo que la cara que veía antes como una silueta ahora parecía descollar directamente sobre su cabeza. Sin embargo, ya no era una silueta, ya no era un saliente de roca negra que se proyectaba verticalmente, sino que el poderoso acantilado del cañón había adoptado un aspecto completamente diferente.
Recortado ahora por la luna con todo detalle, Jazz vio un castillo construido a una impresionante altura. Sí, un castillo de verdad y esta vez no había posibilidad de equivocarse. Allí donde anteriormente un amplio saliente había mutilado la ladera del acantilado, ahora se levantaban a fantásticas alturas las paredes de una fortaleza hasta encontrar el imponente saledizo de piedra natural que se cernía sobre ella. Un castillo, un puesto avanzado, un siniestro alcázar cargado de malos augurios, levantado allí para guardar el paso.
Estirando el cuello todo lo que le fue posible, pudo captar en toda su terrible desolación, iluminada por la luz de la luna, la sombría soledad de sus formas que recordaban batallas y asedios: los muros de la fortaleza coronados de almenas, con macizos merlones y amplias troneras; y allí donde las torres y torreones estaban sostenidos por contrafuertes y arbotantes, se abrían las bocas de monstruosas gárgolas. Arcos de piedra escalonados unían las partes arquitectónicas que de otro modo habrían resultado inaccesibles, allí donde la roca natural del acantilado sobresalía

o se proyectaba hacia afuera y en general resultaba obstruida; tramos de escaleras de piedra ascendían, empinadas, entre los varios niveles, excavadas profundamente en la aspereza de la roca; los agujeros de las ventanas destacaban tenebrosos como ojos oscuros en la piedra color de luna y miraban como enfurruñados a Jazz, agachado en las sombras, contemplando maravillado todo lo que veía.

La estructura se erguía tal vez a quince metros de altura de la cara del acantilado y se elevaba hasta la parte superior de un saliente solitario, proyectado hacia afuera. En la chimenea situada entre el acantilado y el pilar se veían unas escaleras de piedra que iban zigzagueando hacia arriba hasta llegar a la boca de una cueva provista de bóveda. Era de presumir que la cueva fuera extensa y que tuviera pasadizos que conducían al castillo propiamente dicho. Más arriba aún, las fortificaciones se extendían hacia afuera por la ladera del acantilado, igual que extraños hongos de piedra, cubriendo los bastiones de la naturaleza con obras menores pero más útiles, construidas... ¿por hombres? A Jazz no le quedaba otra alternativa que imaginar que era así.

Sin embargo, los que habían construido aquel nido de águilas, era evidente que ahora no estaban en él. No se veía figura ninguna en las almenas ni en las escaleras, no brillaban luces en las ventanas, en los miradores ni en los torreones, y de las altas chimeneas no se veían espirales de humo subiendo hacia la ladera del acantilado. El lugar estaba desierto... probablemente. Y si pensaba en aquella palabra, era porque Jazz estaba seguro, como lo había estado en todo momento, de que había ojos ocultos que lo observaban y espiaban mientras él, a su vez, casi sin aliento, se dedicaba a estudiar el castillo construido en la roca.

La parte inferior del saliente donde se encontraba, libre en gran parte de la pared del cañón, estaba todavía en sombras que iban retirándose gradualmente a medida que la luna subía a mayor altura. Jazz estaba contento con la luna, pues el sol ahora estaba declinando. Cuando cruzara la cresta de la garganta, tal vez alcanzaría un poco de sol y podría beneficiarse durante una hora o más de su luz mortecina, pero aquí, al socaire de aquel tenebroso castillo, la luna era el único astro. Avanzó rápidamente, yendo casi corriendo a causa de los ojos que imaginaba, amparándose siempre que podía en las sombras de las rocas y cruzando a gran velocidad los espacios iluminados por la luna. Había llegado a la base del saliente de roca inclinada desde la que se proyectaba hacia afuera sobresaliendo del acantilado. O por lo menos había llegado a la gran pared que rodeaba la base.

Era un muro hecho de bloques macizos, tenía unos cuatro metros de altura y estaba coronado de merlones y troneras; bocas de dragones formaban caños para los canalones de las ménsulas. Sin embargo, aquellos dragones tallados no eran dragones de la Tierra. Jazz, rápidamente y en silencio, fue bordeando el muro hasta llegar a una puerta construida con enormes tablones claveteados de hierro en los que vio pintada una temible cimera: nuevamente el dragón, con la cara y las alas de murciélago y el cuerpo de lobo. Le recordó enormemente aquella cosa del magma que había visto metida en un recipiente en Perchorsk. Pero este dragón estaba dividido por la mitad, a través de la cual se veía la

amenazadora oscuridad de un patio, ya que las grandes puertas estaban un poco abiertas hacia adentro.
Era como una invitación. Si lo era realmente, Jazz quiso ignorarlo y, en cambio, se apresuró a encaminarse hacia el sol, que iba debilitándose por momentos, deseando únicamente poner la máxima distancia posible entre él y aquel lugar mientras hubiera luz suficiente para poder hacerlo.
Unos minutos más tarde comenzó a respirar con más libertad, llegó a la cima y enseguida se sintió bañado por la cálida luz del sol que ya moría. Protegiéndose los ojos frente a aquella luz repentina, aunque brumosa, se volvió para mirar hacia atrás. A unos cuatrocientos metros de distancia, el castillo volvió a confundirse una vez más con la ladera del acantilado. Jazz sabía que estaba allí porque lo había visto con sus propios ojos -lo había sentido incluso-, pero la piedra se fundía con la piedra y la ladera irregular del acantilado conseguía enmascararlo perfectamente.
Jazz se dio cuenta de que había tenido mucha suerte de haber salido indemne de aquel lugar. Es posible que en él no hubiera nadie ni nada, pero seguía considerando que había tenido mucha suerte.
Aspiró una profunda bocanada de aire y la soltó exhalando un suspiro... y, de pronto, tuvo un susto terrible.
Algo se movía cerca de él, a la sombra de piedras caídas que se amontonaban oscuramente a su izquierda. Y oyó una voz fría de mujer que, hablando en ruso, le decía:
-Está bien, Karl Vyotsky, puedes escoger: habla o muérete. ¡Aquí y ahora!
Jazz tenía el dedo puesto en el gatillo de la metralleta desde que se había alejado del castillo. Antes aun de que empezara a hablar la voz de mujer, Jazz se había vuelto y había rociado la oscuridad donde ella se escondía. Ahora debía de estar muerta... o lo habría estado si el arma hubiera estado amartillada. Jazz tuvo suerte de que no lo estuviera. A veces, dada su rapidez y su puntería, convenía tomar precauciones. En esta ocasión la precaución había sido dejar el arma con el seguro puesto. Era una práctica buena para sus nervios y nada más. Disparar a las sombras era una señal segura de que un hombre comenzaba a desmoronarse.
-¡Señora! -dijo con voz tensa-, ¿es usted Zek Föener? Yo no soy Karl Vyotsky. De haberlo sido, probablemente usted estaría yendo camino de un extraño cielo...
Unos ojos observaban a Jazz desde la oscuridad, pero no eran los ojos de una mujer, sino unos ojos triangulares... y amarillos que estaban demasiado cerca del suelo. De pronto apareció un animal gris, enorme y con expresión de hambre: ¡un lobo! Su roja lengua pendía entre los incisivos, que tenían cuatro centímetros de longitud. Ahora sí que amartilló el arma y, al hacerlo, ésta emitió el típico chasquido.
-¡Detente! -dijo ahora la voz de la mujer-. Es mi amigo y hasta ahora..., quizás incluso ahora..., el único que tengo.
Se oyeron unas piedras que resbalaban y la mujer salió de la sombra. El lobo la seguía, a la derecha y un poco más atrás. Ella llevaba una arma como la de Jazz, que temblaba en sus manos mientras lo apuntaba.
-Voy a repetírselo -dijo-, por si no me ha oído. Yo no soy Karl Vyotsky.
El arma de la mujer seguía temblando en sus manos, ahora con gran violencia. Jazz, fijando en ella la vista, añadió:

-Aparte de que me parece que no haría blanco.
-¿Es usted el hombre de la radio? -dijo-. ¿El que se oyó antes de Vyotsky? Reconozco... reconozco su voz.
-¿Cómo? -dijo Jazz, que al fin acabó por entenderla-. Sí, claro, soy yo. Estaba intentando que Khuv lo pasara mal... pero me parece que no me oía. Fue Khuv el que me hizo atravesar la Puerta, igual que hizo con usted. La única diferencia es que a mí no me engañó. Yo soy Michael J. Simmons, agente británico.
No sé qué piensa usted de todo esto, pero... da la impresión de que estamos en el mismo barco. Puede llamarme Jazz. Todos mis amigos me llaman Jazz y, si no le importa, ¿quiere dejar de apuntarme con eso?
La mujer profirió un sollozo, un sollozo que habría partido el corazón de cualquiera, y se lanzó en los brazos de Jazz. Éste se daba cuenta de que lo había hecho incluso contra su propia voluntad, pero que había sido incapaz de evitarlo. El arma retumbó al caer en el suelo de piedra al agarrarse con fuerza a Jazz.
-¿Británico? -volvió a sollozar con la cara apoyada en el cuello de Jazz-. No me importaría que fueses japonés, africano o árabe. En cuanto al arma, no funciona. Hace tiempo que está así. Por otra parte, tampoco me quedan balas. Si el arma funcionase y hubiese dispuesto de municiones, seguramente que haría mucho tiempo que me habría disparado un tiro. Yo... yo...
-¡Calma! -dijo Jazz-. ¡Calma!
-Los de la Tierra del Sol me persiguen -dijo sin parar de sollozar- para entregarme a los wamphyri y Vyotsky me ha dicho que hay un procedimiento para volver a casa y...
-¿Qué dices? -dijo Jazz, apretándola con más fuerza-. ¿Has hablado con Vyotsky? Eso es impos...
Pero se reprimió. Por uno de los bolsillos superiores de Zek asomaba la antena de una radio.
-Vyotsky es un embustero -dijo-. ¡Olvídate de él! No hay manera de volver. Lo que él quiere es una compañera, eso es todo.
-¡Oh, Dios! -dijo, clavándole las uñas en los hombros-. ¡Oh, Dios!
Jazz la estrechó entre sus brazos, le acarició la cara, sintió sus lágrimas en el cuello... También percibió su olor y se dio cuenta de que no olía precisamente a flores, sino a sudor, a miedo y a suciedad. La apartó a la distancia de sus brazos y la miró. A pesar de la luz engañosa que la iluminaba, tenía buen aspecto y, aunque ojerosa, estaba guapa. Y muy humana, además. Aunque ella no podía saberlo, Jazz se sentía desesperadamente feliz de haberla encontrado.
-Zek -le dijo-, quizá podríamos encontrar un sitio agradable donde fuera posible hablar e intercambiar impresiones, ¿no te parece? Creo que podrías ahorrarme mucho tiempo y una gran cantidad de esfuerzos.
-La cueva en la que descanso -dijo ella, respirando con una cierta ansiedad- está a unos doce kilómetros de distancia. Yo estaba durmiendo cuando oí tu voz por la radio. Creía estar soñando. Cuando me di cuenta de que no era así, ya era demasiado tarde: te habías marchado. Por eso me encaminé hacia la esfera, que era el lugar al que me dirigía. He

seguido llamando cada diez minutos y después ha sido cuando me he puesto en contacto con Vyotsky...
Tuvo un ligero estremecimiento.
-Muy bien -le dijo Jazz-, está muy bien o todo lo bien que puede estar. Ya me lo irás contando mientras nos dirigimos a esa cueva de la que hablabas, ¿quieres?
Se agachó para recogerle el arma y el lobo se agazapó al momento, adoptó una expresión feroz y lanzó un gruñido de advertencia.
Pero Zek, con aire casi ausente, le dio unos golpecitos en la enorme cabeza, en la parte plana del cráneo comprendida entre las orejas, al tiempo que le decía:
-¡Está bien, Lobo! No te preocupes, es un amigo...
-¿Lobo? -dijo Jazz sin poder reprimir una sonrisa, aunque un poco tensa-. Lo encuentro muy original.
-Me lo dio Lardis -dijo ella-. Lardis es el jefe de una tribu de Viajeros.
Gente de la Tierra del Sol, por supuesto. Lobo debía ser mi protector y lo ha sido.
Nos hicimos muy amigos desde el primer momento, a pesar de que no se parece en nada a un cachorro. En realidad, es bastante salvaje. Pero debes pensar en él como si fuera un perro grande..., me refiero a que hay que considerarlo como un amigo, entonces no hay ningún problema.
Se dio la vuelta y comenzó a guiarle a través del camino que iba bajando desde la cumbre en dirección hacia la neblinosa esfera del sol, aparentemente inmóvil en la boca sur del desfiladero.
-¿Es teoría o es realidad? -le preguntó Jazz-. Me refiero a Lobo, por supuesto.
-Es realidad -contestó ella con simplicidad.
Después, con la misma rapidez con que se había puesto en camino, hizo una pausa y lo agarró por el brazo.
-¿Estás seguro de que no podemos regresar atravesando la esfera? -preguntó con una voz que tenía algo de súplica.
-Ya te lo he dicho -respondió Jazz, procurando no parecer demasiado brusco-, Vyotsky es un embustero... entre otras muchas cosas más. ¿Te figuras que él seguiría aquí si se pudiese marchar? Cuando me forzaron a atravesar la Puerta arrastré a Vyotsky detrás de mí, y ésta es la razón de que se encuentre aquí. Me hice la reflexión de que si esto era malo para mí, sería bueno para él.
Khuv y Vyotsky son..., sería difícil encontrar una palabra suficientemente ofensiva para calificarlos.
-Atrévete a decirla -dijo Zek con amargura-, son unos hijos de puta, ¿verdad?
-Dime una cosa -dijo Jazz disponiéndose a seguirla al ver que volvía a ponerse en camino-, ¿por qué te dirigías a la esfera?
Ella lo miró de manera significativa y dijo:
-Cuando lleves aquí tanto tiempo como yo no tendrás necesidad de preguntar. Yo llegué aquí a través de aquella Puerta y es la única que conozco. Me paso el tiempo soñando que un día volveré a atravesarla, me despierto con la idea de que quizá los polos se han invertido y de que ahora se puede ir en dirección opuesta. Es lo que iba a probar ahora, a la

salida del sol. Una posibilidad y sólo una y, en caso de que no pudiera atravesarla, pensaba no volver a la Tierra del Sol.
Jazz frunció el entrecejo.
-¿Qué es toda esta historia de la inversión de los polos? ¿Es científico todo esto? ¿Tiene algún sentido?
Zek dijo que no con un movimiento de cabeza.
-No es más que mi fantasía -dijo-, pero merecía la pena probarlo por última vez...
Estuvieron caminando en silencio un buen rato, mientras el lobo los seguía al trote, colocado entre los dos. Había un millón de preguntas que Jazz habría querido hacer, pero no quería cansarla. Por fin se decidió a preguntar:
-¿Dónde diablos están los demás? ¿Dónde están los animales, los pájaros...?
Quiero decir que la naturaleza ordena que cuando hay árboles haya también animales para que se alimenten de ellos. Además, en Perchorsk he visto cosas que me hacen pensar que he venido aquí como una bola de nieve que fuera rodando hasta el infierno. Y en cambio no he visto...
-Ni lo verás -le interrumpió Zek-. No lo verás en la Tierra de las Estrellas ni a la salida del sol. Ahora estamos bajando hacia la Tierra del Sol y allí empezarás a ver animales y pájaros; al otro lado de la cordillera los verás en cantidad. Pero no en la Tierra de las Estrellas. Créeme, Michael... ¿o Jazz?..., de veras que no te gustaría ver ninguna cosa viva en la Tierra de las Estrellas...
Y con un estremecimiento se abrazó el pecho poniéndose las manos en los codos.
-La Tierra de las Estrellas y la Tierra del Sol -reflexionó Jazz-. El polo está allí, las montañas van de este a oeste y el sol está en el sur.
-Sí -dijo ella asintiendo con la cabeza-, siempre es así...
Zek tropezó y exclamó:
-¡Oh!
Había caído de rodillas. Jazz la ayudó a levantarse cogiéndola por el codo, impidiendo que cayera en el suelo cuan larga era. Esta vez Lobo no manifestó ningún signo de protesta. Jazz ayudó a Zek a ponerse de pie y la condujo hasta una roca plana. Se descargó un macuto del hombro y sacó de él un paquete que contenía alimento para mantener a un hombre durante veinticuatro horas.
Descargó el paquete sobre la roca e indicó a Zek que se sentara en ella.
-Estás débil porque tienes hambre -le dijo, tirando de la anilla de una latita de zumo de fruta concentrado.
Tomó un sorbo para aclararse la boca y pasando la lata a Zek le dijo:
-Termínatela.
Zek lo hizo con gran delectación. Lobo se mantenía cerca, meneando el rabo igual que un perro alsaciano atado a una correa. De su enorme lengua brotaba espumante saliva. Jazz desprendió una pastilla de chocolate ruso concentrado y se la arrojó. Lobo la atrapó cerrando rápidamente las mandíbulas antes de que llegara a tocar el hielo.
-El mayor problema son los pies -dijo Zek.

Jazz le miró los pies y vio que llevaba unas sandalias de cuero áspero, pero observó sangre seca entre los dedos. La niebla se había apartado un poco del sol y ahora Jazz podía observarla con mayor detenimiento. Todavía costaba percibir los verdaderos colores, si bien los perfiles, las sombras y las siluetas marcaban ya contrastes perceptibles. El traje de una sola pieza que llevaba estaba roto por la parte de los codos y de las rodillas y tenía un parche en la espalda. Llevaba colgada de ella un macuto con algo arrollado que Jazz supuso era un saco de dormir.
-No es calzado adecuado para este terreno -dijo Jazz.
-Ahora lo sé -respondió Zek-, pero lo había olvidado. La Tierra del Sol es mala, pero este desfiladero es peor. La Tierra de las Estrellas es un verdadero infierno. Cuando llegué aquí llevaba botas, como tú, pero no duran mucho tiempo.
Los pies se endurecen pronto, ya lo verás, pero algunas de estas piedras y rocas cortan como cuchillos.
Jazz le ofreció chocolate y ella casi se lo arrancó de las manos.
-Quizá deberíamos descansar aquí -dijo Jazz.
-Es bastante seguro, mientras tengamos el sol sobre nuestras cabezas -respondió ella-, pero yo preferiría seguir moviéndome. Como no podemos servirnos de la esfera ni podemos quedarnos en la Tierra de las Estrellas, es mejor que volvamos a la Tierra del Sol enseguida que podamos.
Su tono era siniestro.
-¿Hay alguna razón especial? -dijo Jazz sabiendo de antemano que la respuesta no iba a gustarle.
-Hay muchas razones -dijo ella-: todos viven aquí.
Y con un gesto indicó el lugar de donde venían.
-¿Te importaría decirme quiénes son... todos?
Jazz descolgó uno de los paquetes en forma de riñon que llevaba. Sabía que, entre otras cosas, contenía un paquete de primeros auxilios y de él sacó unas vendas de gasa, un tubo de ungüento y esparadrapo y, mientras Zek hablaba, se arrodilló y con mucho cuidado le sacó las sandalias y comenzó a vendarle los pies.
-¡Todos...! -repitió Zek como un eco, imprimiendo un sentido siniestro a la palabra, y de nuevo la recorrió un estremecimiento-. Estás pensando en los wamphyri, ¿verdad? Pues no son el problema peor, porque en la Tierra de las Estrellas todavía hay cosas peores. ¿Viste aquel bicho de Agursky, el que tenía metido en el tanque de Perchorsk?
Jazz levantó la cabeza y asintió.
-Sí, lo vi, pero si tuviera que explicar qué vi exactamente no sabría qué decir.
Rasgó un trozo de gasa, la empapó en agua que llevaba en el frasco y le limpió suavemente la sangre de las heridas de los pies. Zek se lo agradeció, suspiró de alivio cuando le aplicó ungüento del tubo en las grietas que tenía debajo de los dedos y en las plantas de los pies.
-Lo que viste es lo que ocurre cuando el huevo de un vampiro penetra en una especie de la fauna local -le explicó Zek.
Lo dijo con extrema sencillez y su voz sonó perfectamente neutra.
Jazz dejó de curarle los pies, la miró directamente a los ojos y asintió lentamente con la cabeza.

-Un huevo de vampiro, ¿verdad? ¿Es de eso de lo que estás hablando?
Ella fijó los ojos obstinadamente en él hasta que Jazz tuvo que desviar la mirada.
-Exactamente, un huevo de vampiro -dijo Jazz encogiéndose de hombros y comenzando a vendarle los pies-. O sea que lo que me estás diciendo es que los wamphyri son ovíparos, que ponen huevos, ¿no es eso?
Zek negó con un gesto de la cabeza pero enseguida, como cambiando de opinión, hizo un gesto de asentimiento.
-¡Sí y no! -dijo-. Los wamphyri son el resultado del huevo de un vampiro cuando penetra en un hombre... o en una mujer.
Jazz calzó las sandalias a Zek. Le estaban algo grandes, de aquí que le produjeran rozaduras y ampollas. Ahora le quedaban más apretadas e impedían que los pies le rozaran.
-¿Así está mejor? -le preguntó Jazz.
Se quedó pensando un momento en lo que Zek acababa de decirle, pero decidió dejar que se lo contase a su manera y que se tomara el tiempo que quisiera.
-Ahora me siento mejor -dijo-. Gracias.
Se puso de pie, le ayudó a colgarse todos los paquetes y volvieron a dirigirse hacia el sol.
-Oye una cosa -dijo cuando se pusieron en camino-. ¿Por qué no me cuentas todo lo que te ha ocurrido desde que estás aquí y así yo me entero? ¿Por qué no me cuentas todo lo que has visto, todo lo que sabes, todo aquello de lo que te has enterado? Me parece que disponemos de tiempo sobrado y que las perspectivas son buenas, que no corremos ningún peligro inmediato. Tenemos el sol sobre nuestras cabezas y la luz de la luna es buena...
-¿Tú crees? -respondió Zek.
Jazz estiró el cuello y levantó la cabeza para mirar la luna. Había cruzado el desfiladero y sus bordes parecían rozar las cimas más orientales. Unos minutos más y habría desaparecido.
-El período de rotación planetaria es increíblemente lento -comenzó a explicar Zek-, pero por otra parte la órbita de la luna está más próxima y es mucho más rápida. Un «día» de aquí es aproximadamente como una semana de la Tierra. Ah, dicho sea de paso, este lugar es «la Tierra». Así es como la llaman ellos.
No es nuestra Tierra, por supuesto, pero es la suya. Al principio lo encontré extraño, pero después pensé: ¿cómo habrían de llamarla entonces?
»De todos modos, este planeta gira hacia el oeste de una manera muy lenta y sus polos no están totalmente alineados según el sol. Es como si el planeta se bambolease. Se ve el sol como si se moviera de oeste a este, es decir, en sentido opuesto al de las agujas del reloj, describiendo un círculo lento y pequeño. Ahora bien, yo no soy astrónomo ni especialista en las ciencias del espacio, así es que no me preguntes el cómo ni el porqué, lo único que sé decirte es que es así y nada más.
»En la Tierra del Sol tenemos una "mañana" de unas veinticuatro horas de duración, un "día" quizá de setenta y cinco horas, una "tarde" de veinticuatro horas y una "noche" de unas cuarenta horas. El mediodía o el

tiempo que lo rodea corresponde a la salida del sol y toda la noche es la puesta.
Jazz volvió a mirar para arriba y ahora vio la luna dividida en dos por el borde agudo de las montañas. Mientras la observaba le pareció que disminuía su fulgor, como si se dispusiese a desaparecer de la vista.
-Yo tampoco soy astrónomo -dijo-, pero me parece evidente que tenemos una luna que se mueve con gran rapidez.
-Exactamente -respondió ella-, y además también tiene una rotación muy rápida; a diferencia de la antigua luna, muestra las dos caras, la de delante y la de atrás.
Jazz hizo un gesto de asentimiento.
-No es nada tímida, ¿verdad?
Zek se echó a reír.
-Según cómo, me recuerdas a otro inglés que conocí -dijo-. Daba la impresión de ser ingenuo, pero en realidad de ingenuo no tenía nada.
-¿Ah, sí? -dijo Jazz mirándola-. ¿Y quién era ese hombre afortunado?
-No era tan afortunado como eso -dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza.
Jazz contempló su rostro de perfil, iluminado por los últimos rayos de la luna, y decidió que la mujer le gustaba. Y mucho.
-Así que, ¿quién era ese hombre?
-Era miembro de tu Rama-E británica... o quizás el jefe -respondió Zek-.
Se llamaba Harry Keogh y tenía un talento especial. Yo también tengo talento, pero el suyo era... diferente. No sé siquiera si podría llamársele ESP. ¡Hasta ese punto se diferenciaba de los demás!
Jazz se acordó de lo que Khuv le había dicho de Zek. Todo le parecía exagerado en lo que a él se refería, pero lo mejor era no dejar que viera su escepticismo.
-¡Ah, sí, por supuesto! -dijo-. Tú eres vidente, ¿verdad? Lees el pensamiento. Y el talento de ese Keogh, ¿en qué consistía?
-Era necroscopio -dijo Zek, con una voz que de pronto pareció helada.
-¿Era qué?
-¡Podía hablar con los muertos! -dijo ella y, callándose de pronto, como si estuviera enfadada, se apartó de Jazz.
Éste la miró sorprendido de su repentino arranque de mal genio y observó también a aquel lobo colocado entre los dos, a aquel lobo que no paraba de mover sus ojos amarillos de él a ella y de ella a él.
-¿Qué he hecho?
-¡No es lo que has hecho sino lo que has pensado! -soltó Zek-. Lo que has pensado ha sido: ¡qué montón de mentiras!
-¡Es verdad! -dijo Jazz, porque eso era exactamente lo que había pensado.
-Oye una cosa -dijo ella, de pronto-, ¿sabes cuánto tiempo estuve ocultando mis dotes telepáticas? Sabía que yo valía más que lo que ellos tenían, pero no quería trabajar para ellos. No me atrevía a trabajar para ellos, porque sabía que, si lo hacía, tarde o temprano volvería a tropezar con Harry Keogh. Yo he sufrido a causa de mis dotes telepáticas, Jazz, e incluso ahora... aquí, donde esto importa poco..., cuando admito la verdad de este poder...

-¡Demuéstramelo! -dijo él interrumpiéndola-. Me doy cuenta de que no llegaremos a ninguna parte si no existe una confianza mutua, pero tampoco llegaremos a ninguna parte si nos mentimos mutuamente o decimos cosas totalmente carentes de sentido. Si me dices que puedes hacer estas cosas, bien, lo acepto, porque sé muy bien que hay mucha gente que cree en tu talento. Pero ¿no tendrías manera de demostrármelo? Tienes que admitirlo, Zek, era fácil imaginar lo que yo estaba pensando en ese momento y no sólo de tus dotes telepáticos, sino también de ese tipo llamado Keogh... y de las cosas que, según tú, es capaz de hacer. No me digas que no has topado nunca con el escepticismo, especialmente tratándose de una cualidad que la mayoría de las personas consideran sobrenatural.
-¿Quieres tentarme? -dijo con ojos llameantes-. ¿Quieres burlarte de mí? ¿Hacer un poco de broma? ¡*Vade retro,* Satanás!
-Bueno, ese talento tuyo es cosa divina, ¿no es así?
Jazz no podía ocultar totalmente su incredulidad.
-Si de verdad eres tan buena, ¿cómo es que no sabías quién subía por el desfiladero? Si la telepatía y el ESP en general son cosas que existen realmente, ¿por qué Khuv no sabía que yo había escondido un cargador para mi metralleta, que fue precisamente lo que me permitió arrastrar a ese imbécil de Vyotsky aquí dentro conmigo?
Lobo lanzó un débil aullido y agachó las orejas.
-Lo estás poniendo nervioso -dijo Zek- y a mí también. Parece que no acabas de entenderlo. En esto eres un poco machista. Te he dicho que tengo dotes telepáticas y me pides que te lo demuestre. Después querrás que te demuestre que soy una mujer.
Jazz asintió con un gesto enfurruñado.
-Tú te valoras en mucho, ¿no te parece? Sabe Dios qué clase de hombres estás acostumbrada a tratar, pero yo...
-¡Perfectamente! -le espetó ella-. ¡Observa!
Zek miró a Lobo, le dirigió una simple mirada, después se volvió, inclinó la cabeza y se dirigió hacia el sol. Recorrió cien metros aproximadamente, mientras Jazz y el lobo permanecían en su sitio observando lo que hacía. Zek se paró y se dio media vuelta.
-Yo ahora no diré nada -dijo Zek- y tú ya me dirás qué piensas de lo que ocurra a continuación.
Jazz frunció el entrecejo y pensó: «¿Qué ocurrirá ahora?» Pero al cabo de un momento Lobo le demostró qué ocurría. El animal se acercó más a Jazz, con sus enormes mandíbulas lo agarró fuertemente, pero con suavidad, por la manga del mono que llevaba y lo arrastró en dirección a Zek. Jazz tropezó tratando de mantener el equilibrio y, cuanto más corría, tanto más corría Lobo, hasta que los dos llegaron al lugar donde esperaba la joven. Sólo entonces el lobo soltó a Jazz, cuando estuvieron delante de ella.
-¿Y bien? -dijo Zek, cuando Jazz se detuvo jadeante.
Jazz se llevó la lengua al agujero en la encía debido a la desaparición de las dos muelas, levantó una mano y se rascó la nariz.
-Bien... -dijo-, yo...
-Estas pensando que soy domadora de animales, ¿verdad? -le cortó Zek-.

Pero si lo dices en voz alta, te diré que es así. Seguiremos caminos diferentes.
Hasta ahora he sobrevivido sin ti y puedo continuar como hasta ahora.
Lobo se apartó de Jazz y se puso al lado de ella.
-Estamos dos a uno -dijo Jazz con una mueca y con cierto pesar-. Y como he creído siempre en el proceso democrático... no tengo más opción que aceptar lo que dices: tienes dotes telepáticas.
Siguieron caminando, pero ahora un poco separados.
-Entonces ¿cómo es que no sabías que era yo el que subía por el desfiladero?
¿Cómo es que me llamaste como si yo fuera Vyotsky?
-Viste el castillo, ¿verdad? ¿Viste el torreón?
-Sí.
-Pues ésa es la razón.
Jazz volvió la vista atrás. El castillo que se levantaba junto a los acantilados debía estar ahora a kilómetros de distancia.
-Pero estaba vacío, abandonado.
-Tal vez sí y tal vez no. Los wamphyri están deseando apoderarse de mí. Y no son estúpidos ni mucho menos. Saben que llegué aquí a través de la esfera, de la Puerta, y seguramente piensan que tarde o temprano intentaré salir por el mismo camino por el que entré. Les concedo por lo menos este poco de inteligencia. No les habría costado mucho durante la última puesta de sol... es decir, durante cualquiera de las muchas puestas de sol... poner a algún ser allí de guardia. Debe de haber allí muchos huecos y muchos rincones en los que nunca entra el sol.
Jazz hizo un gesto negando con la cabeza y levantó la mano como para indicar que interrumpiese lo que decía.
-Aun suponiendo que entendiera lo que dices, que no es el caso, seguiría sin saber qué tiene que ver conmigo -dijo.
-En este mundo -le respondió ella- tienes que tener mucho cuidado en lo referente a cómo usas el ESP. Los wamphyri lo poseen bajo muy diferentes formas, como también en menor grado la mayor parte de los animales. Sólo los hombres de verdad carecen de él.
-¿Quieres decir que si los wamphyri dejaron algo en el castillo, una criatura cualquiera, ésta habría captado tus pensamientos?
Jazz volvía a rozar la incredulidad.
-Podría haber oído mis pensamientos dirigidos, si es eso lo que me preguntas -dijo ella asintiendo con la cabeza.
-Pero esto...
Jazz refrenó su lengua antes de que pudiera ofenderla.
-Lobo los oye -dijo Zek con toda simplicidad.
-¿Y yo? -repuso Jazz lanzando un bufido-. ¿Es que el hecho de no oírlos me convierte en un idiota?
-No -dijo ella, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza-.
En un idiota no, sino en un hombre de verdad, tú no eres un «esper». Escucha una cosa, cuando yo vine hacia aquí oí tus pensamientos, unos pensamientos distantes, extraños y algo confusos. Pero no me atreví a centrarme en ti y en comprobar tu identidad, para evitar que esto desencadenase algo que permitiera identificarme.

Ahora que nos encontramos bajo la luz del sol, la presión ha desaparecido, pero cuanto más cerca esté de la Tierra de las Estrellas, más cuidado debo tener. Y como no podía tener la seguridad absoluta de que tú no fueses Vyotsky, por eso tuve que desafiarte. Tú me has dicho que probablemente él me habría matado. Tal vez sí y tal vez no. Pero en caso afirmativo, también se habría visto obligado a matar a Lobo, cosa que no le habría resultado tan fácil como eso. Y si me hubiera matado, se habría quedado absolutamente solo. Aun así, era un riesgo que yo debía correr...
Esta vez Jazz aceptó todo lo que ella le dijo; tenía que empezar en algún sitio y parecía la mejor manera de proceder.
-Escucha una cosa -le dijo-, aunque me considero una persona dotada de comprensión rápida, necesitaría que me explicases muchas cosas que todavía no me has dicho. Pero antes de nada me gustaría enterarme ahora mismo de una cosa: ¿necesito poner a buen recaudo mis pensamientos?
-¿Aquí en la Tierra del Sol? ¡No! En la Tierra de las Estrellas sí, en todo momento... De todos modos, con un poco de suerte ya no tendremos necesidad de volver a la Tierra de las Estrellas.
-¡Muy bien! -dijo Jazz, y asintió con la cabeza-. Pasemos ahora a cosas más inmediatas. ¿Dónde está esa cueva de la que me hablaste? Me parece que ahora tendríamos que descansar un poco. Al mismo tiempo podría acabar de curarte los pies. Además, me parece que podrías tomar una comida bastante más sustanciosa.
Zek le dedicó, por vez primera desde que estaban juntos, una amable sonrisa.
Jazz habría querido poder contemplarla bajo la luz del sol, del sol de su tierra.
-Voy a decirte una cosa -dijo ella-. Hace mucho tiempo que aprendí a no escuchar los pensamientos de los demás. A veces son agradables, te lo aseguro, pero cuando no lo son, una se siente muy incómoda. A veces pensamos cosas que no podríamos expresar con palabras. También a mí me ocurre. Una regla que observábamos todos los «espers» es que debíamos respetar la intimidad de los demás. Pero me he pasado mucho tiempo sola..., sin nadie con quien poder relacionarme, quiero decir. Ninguna persona de mi propio mundo. Así es que, mientras te oía hablar... también oía otras cosas. Cuando me acostumbre a estar contigo, haré un esfuerzo para no inmiscuirme... incluso ahora ya lo intento, pero me resulta imposible no escudriñar en tus pensamientos.
Jazz frunció el entrecejo.
-Dime, entonces, qué estaba pensando -insistió Jazz-. Me refiero a que lo único que he dicho es que deberíamos descansar.
-Pero lo que tú querías decir, en realidad, es que yo debía descansar: yo, Zek Föener. Eres muy amable y, si lo necesitara de verdad, lo aceptaría. Pero también tú has recorrido un largo camino. De todos modos yo preferiría seguir andando hasta que superemos el desfiladero. Debemos recorrer otros diez kilómetros más y ya lo habremos superado. Como puedes ver tú mismo, el sol está a punto de llegar al muro este. El proceso es lento pero antes de una hora y media el paso volverá a estar sumido en la oscuridad. En la Tierra del Sol todavía quedan veinticinco horas de sol,

y la noche es igual de larga. Después... ya encontraremos algún sitio donde poder escondernos.
Zek se estremeció.
Aunque Jazz no sabía nada de ESP, estaba en condiciones de leer muy bien lo que pensaba la gente.
-Eres una mujer estupenda -le dijo, aunque no pudo evitar preguntarse por qué había dicho aquella frase, ya que no era una persona muy dada a decir cumplidos y no le salían muy bien.
Aun así, sabía que había hablado con sinceridad, como también lo sabía ella, pese a no estar de acuerdo con él.
-No, no tengo nada de estupenda -dijo Zek, muy seria-. Quizá lo fui en otro tiempo, pero me he vuelto muy cobarde. Pronto descubrirás por qué.
-Pero antes tendrías que informarme sobre los azares inmediatos -dijo Jazz-, en el supuesto de que sean inmediatos. Has dicho algo de los habitantes de la Tierra del Sol y de que estaban persiguiéndote. Y también de los wamphyri... que andaban persiguiéndote como locos. Anda, dame más detalles.
-¡Los habitantes de la Tierra del Sol! -dijo ella con un suspiro, aunque sin pretender darle una respuesta.
Calló de pronto, quedó tensa, mirando a su alrededor alarmada, especialmente la zona de sombras proyectadas por los acantilados del este.
Después se llevó la mano a la frente y se la acarició con dedos temblorosos. A Lobo se le erizaron los pelos del cuello, echó para atrás las orejas y profirió un gruñido bajo y gutural.
Jazz quitó el seguro de la metralleta, la amartilló y comprobó que el cargador estuviera colocado en su sitio.
-¡Zek! -la interpeló con voz ronca.
-¡Arlek! -dijo ella en un murmullo-. Esto es lo que ocurre por frenar mis dotes telepáticas en consideración a ti. Jazz, yo...
Pero ya no tuvo tiempo de nada más, porque ya estaban metidos en el problema.

Capítulo 11

Castillos - Viajeros - ¡El Projekt!

Una hora antes, poco más o menos, ocurría lo siguiente: Procurando guardarse de los murciélagos, Karl Vyotsky condujo su motocicleta por la llanura cubierta de piedras en dirección a aquella especie de tubos, fantásticamente tallados, que se erguían como espectrales centinelas en la parte este. Su primer impulso consistió en dirigirse al desfiladero, hacia la fina rendija de sol que había visto en el horizonte, en la parte más amplia de aquella «V» que formaba el cañón.
Pero el sol ya se había puesto a medio camino de la boca del desfiladero, y de sus rayos sólo quedaba un abanico de haces de luz rosada por la parte sur del firmamento.
La cordillera montañosa que se extendía al este y al oeste hasta donde alcanzaba la vista formaba una silueta negra, realzada con manchas y rayas de un color dorado resplandeciente allí donde la luz de la luna reflejaba sus fulgores. Sin embargo, el cielo por encima de las montañas era de un color azul intenso, recorrido por haces de luz de un amarillo desvaído y, como era evidente que en aquel mundo estaba empezando a caer la noche, Vyotsky prefirió pasar por el campo abierto que se extendía bajo la luna que moverse por la negrura del desfiladero, que más parecía tinta que otra cosa. No sabía que al otro lado de la cordillera la luz del día duraría un tiempo equivalente a dos de los días que él conocía.
Así es que, con el faro encendido, dio la vuelta y se dirigió a aquellos tubos excavados en la piedra y, mientras sus ojos iban acostumbrándose a la luz de la luna y sus ruedas ligeramente excéntricas iban tragándose velozmente los kilómetros, observó los enigmáticos nidos de águila situados a catorce o quince kilómetros en dirección este con un sentimiento en el que había algo más que mera curiosidad. ¿Eran luces realmente lo que veía en las torres más altas? Y si lo eran realmente y en ellas había gente, ¿qué clase de gente sería? Mientras iba reflexionando sobre estas cosas, se fijó en los murciélagos, que no eran precisamente las pequeñas criaturas, semejantes a ratones voladores, que poblaban la Tierra.
Tres de los murciélagos, con unas alas que medían un metro de punta a punta, se abalanzaron sobre él y lo obligaron a desviarse y casi a caer de la moto.
El batir de sus alas membranosas emitía un ruido leve pero rápido, que agitaba el aire con su latido. Parecían pertenecer a la misma especie del animal aparecido en el Encuentro Cuatro: *Desmodus* el vampiro. Vyotsky no sabía qué podía haberlos atraído hacia él, quizás el rugido del motor, que sonaba muy fuerte y extraño en el silencio pavoroso de aquel lugar. Pero cuando uno de los murciélagos pasó por delante de la luz del faro...
El vuelo de aquella criatura se hizo errabundo, casi frenético. Vyotsky disparó hacia arriba y el grito estridente de alarma resonó salvajemente en la cabeza de Vyotsky y fue contestado con nerviosos alaridos de sus compañeros de viaje. Esto hizo que el ruso comprendiera que aquélla era una manera de librarse de ellos. Es posible que fueran completamente

inofensivos y que sólo se movieran por simple curiosidad; vampiros o no, no era probable que atacaran a un hombre, por lo menos mientras se mostrara activo y se moviera. Pero Vyotsky tenía trabajo para dominar su motocicleta por aquel terreno tan accidentado. En la tierra seca y polvorienta de la llanura había fisuras, rocas y piedras diseminadas por doquier.

Tenía que concentrarse para poder seguir su camino y para ello debía desentenderse de los tres murciélagos gigantescos que iban persiguiéndolo.

Decidió pararse, sacó una potente linterna de uno de los macutos que llevaba y esperó a que los murciélagos se acercasen de nuevo. Uno, al parecer cegado, se mantenía a distancia y patrullaba desde lo alto, pero al cabo de un momento los demás se acercaron. Mientras iban volando en círculo a su alrededor, Vyotsky seguía quieto pero, al precipitarse sobre él con la cabeza baja, Vyotsky dirigió la linterna sobre ellos y, pulsando el botón, los inundó de luz. ¡Hubo una gran confusión! Los dos murciélagos chocaron y cayeron con las alas enredadas. Ya en el suelo, se separaron, se escabulleron, se movieron torpemente y profirieron vibrantes gritos de alarma. Uno de ellos se las arregló para echar a volar hacia arriba, pero su compañero no fue tan afortunado.

La metralleta de Vyotsky lo partió casi por la mitad y salpicó de sangre las rocas circundantes. Cuando se desvanecieron los ecos retumbantes del arma, los dos supervivientes ya habían desaparecido. Vyotsky dio unos cuantos bocinazos para contribuir a alejar todavía más a aquellos pajarracos...

Esto había ocurrido hacía veinte minutos y desde entonces no había vuelto a ser molestado. Se había dado cuenta de que había unas pequeñas sombras que revoloteaban sobre su cabeza, pero en realidad no se divisaba nada en concreto.

Estaba contento de que así fuera ya que, si de algo estaba seguro, es de que no podía gastar municiones dedicándose a matar murciélagos. Igual que el inglés, Michael Simmons, sabía que en este mundo había cosas mucho peores que los murciélagos.

Pero ahora también estaba seguro de una cosa: no se había equivocado con respecto a las luces que se veían en los nidos de águila, ahora ya no tan distantes como antes. El más próximo estaba a unos siete kilómetros de distancia, mientras que los otros se encontraban diseminados irregularmente por la llanura que se extendía detrás, perdiéndose en la distancia y haciéndose más y más pequeños, más y más brumosos, a pesar incluso de la intensa luz de la luna. Las bases parecían afianzadas con guijarros y reforzadas con muros y terraplenes. En el fuste estriado y pétreo más próximo parpadeaban las luces de forma intermitente; y a través de varias chimeneas echaba un humo que oscurecía el azul intenso del cielo y la palidez de las estrellas; otras estructuras menores estaban adosadas a laderas escarpadas, donde los salientes habían permitido una construcción extremadamente precaria. Sin embargo, las edificaciones de piedra que coronaban los fustes macizos sólo habrían podido describirse adecuadamente con una palabra:

¡castillos!

¿Quién los había construido? ¿Cómo? ¿Por qué? Eran detalles que quedaban por descubrir, si bien Vyotsky tenía la seguridad de que se trataba de obras realizadas por hombres. Sí, debía de tratarse de guerreros. Unos hombres, suponía, capaces de entenderse con los rusos. Tenían que ser hombres fuertes, sin duda alguna, y al pensarlo su mirada volvió a levantarse hacia la torre que tenía más próxima, la estructura enorme de aspecto desolado y siniestro que parecía otear las tierras que tenía a su alrededor como un enfurruñado centinela.

Al instante, volviendo a dirigir la mirada hacia el intrincado camino que tenía delante, Vyotsky se vio obligado a accionar los frenos. Parecía como si en aquella accidentada superficie hubiera crecido de pronto una pared baja de piedras amontonadas unas sobre otras que se extendía a lo lejos hasta la llanura y de allí hasta el mismo pie de las montañas. La pared tendría unos dos metros de altura y un grosor aproximadamente igual en la base. Era evidente que estaba hecha por mano humana y parecía ser un lindero. El ruso volvió la moto hacia el sur y, dirigiéndola hacia el pie de la montaña, buscó una abertura en la pared. Pero, enfrente, la pared se elevaba para ir a parar a un saliente muy inclinado de roca lisa que Vyotsky sabía perfectamente que su moto era incapaz de subir. Y aunque hubiera podido, él tampoco estaba dispuesto a subir por ella. Sintiéndose contrariado, se dio la vuelta y se quedó un momento mirando pensativo el tubo que tenía más cerca.

Desde aquel punto alto en el que ahora se había situado tenía una vista más precisa de todo lo que le rodeaba. Seguía sentado en la moto y, sin darse cuenta, se puso a calcular las dimensiones de las poderosas columnas.

Ésta tendría unos doscientos metros de diámetro en la base e iba afinándose a medida que ascendía hasta llegar aproximadamente a la mitad del diámetro citado en la torre que la coronaba, situada a un kilómetro y medio de altura.

Básicamente la torre era una columna de piedra. Aun pudiendo parecer tan natural como muchos afloramientos grotescos del Gran Cañón, lo que más impresionaba en ella eran sus dimensiones y las estructuras que tenía encima. Pero mientras sus ojos recorrían la tremenda altura de aquel rascacielos, se dio cuenta de qué en una enorme caverna situada cerca del punto más alto había una cierta actividad.

Entornó los ojos para ver de distinguir de qué se trataba. ¿Qué podía ser?

Vyotsky sabía que en el fondo de su macuto más grande, llenado deprisa y corriendo, cuando todavía no tenía las ideas muy claras, había unos prismáticos.

Eran unos prismáticos de buena calidad, pero no quería perder el tiempo en sacarlos del macuto. Sin embargo, mientras estaba contemplando la inmensa columna con todas sus estructuras que desafiaban las leyes de la gravedad, su torre de vigía y la actividad que ahora había observado en…

¡En ese momento algo se precipitó al exterior desde lo alto de la cueva!

Vyotsky sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal y que sus labios carnosos dejaban al descubierto sus dientes, doloridos todavía por el codazo que le había propinado Simmons. Aspiró una profunda

bocanada de aire, al tiempo que forzaba los ojos tratando de averiguar qué era lo que flotaba en el aire como una nube negra y que parecía un aparato volador que iba describiendo lentos círculos alrededor de la altísima columna al tiempo que iba perdiendo altura.
Al cabo de un rato la cara del ruso se quedó lívida al darse cuenta de que aquel objeto volador era el hermano gemelo del personaje del Encuentro Uno: un dragón extraño en el cielo de un país extraño. Vyotsky se quedó horrorizado, aunque sólo fue un momento. No era conveniente dejarse vencer por el pánico.
Paró el motor de la moto y, manteniéndose junto a la pared, dejó que las ruedas giraran libremente y lo llevaran desde el pie de las montañas hasta la llanura. Ya allí, localizó un macizo saliente de roca y aparcó la moto a la sombra del mismo. La luna, que parecía moverse a través del cielo con gran presteza, estaba situada ahora directamente sobre su cabeza, lo que dificultaba enormemente que pudiera esconderse. Amparándose en la poca sombra que había, el ruso porfió para descargar los macutos que llevaba colgados, cargó la metralleta con un cargador nuevo y se guardó uno de repuesto en el bolsillo del mono. Preparó luego un pequeño lanzallamas y, pese a que era un hombre descreído, pensó: «¡Santo Dios!
¡Espero que esto me ayude a defenderme de esa ¡cosa!» Entretanto «la cosa» se movía en círculo sobre la titánica columna por segunda o tercera vez y ya parecía encontrarse a menos de trescientos metros de altura. De pronto viró bruscamente en dirección a la llanura y pareció agrandarse extraordinariamente al bajar en picado haciendo una serie de movimientos de deslizamiento directamente hacia el lugar donde se escondía Vyotsky.
Se dio cuenta entonces de que no servía de nada fingir, que era inútil pensar que su vuelo era una mera coincidencia con el hecho de que él permaneciera allí escondido. Aquel ser extraño sabía que él estaba allí y venía a buscarlo.
Pasó por encima de su cabeza desviándose hacia el norte y proyectando una inmensa sombra en la llanura que era como una gran mancha de tinta que se desplazaba velozmente. Vyotsky, con la cabeza levantada, trató de medir su tamaño. Con un cierto alivio vio que no era ni tan enorme ni terrible, ni mucho menos tan cruel como la «cosa» que estuvo a punto de destruir Perchorsk. Tenía unos quince metros de longitud y unas alas que cubrían una distancia todavía mayor; su forma era similar a la de una gran manta sobre la tierra, pero tenía una larga cola que le servía para mantener el equilibrio. Sin embargo, a diferencia de la manta, tenía en la parte inferior del cuerpo unos ojos enormes desprovistos de párpados que utilizaba para mirar en todas las direcciones imaginables.
Después la cosa se ladeó hacia la izquierda y volvió a lanzarse en picado, se dejó caer un poco más bajo con un movimiento controlado y finalmente se posó en tierra, desplegando las alas cubiertas de plumas, que levantaron tal nube de polvo que incluso cubrió unos momentos su figura. Se había situado a unos treinta o cuarenta metros de distancia y, así que el polvo se depositó nuevamente en el suelo, Vyotsky vio que el animal se quedaba recostado y que volvía la cabeza hacia él, pero de una manera

que sólo habría podido calificarse de ausente o, como mucho, de gesto no premeditado.
Sí, un gesto ausente e impremeditado, pues ahora el ruso se fijó en los arneses que llevaba el animal: sobre el lomo, una silla de montar de cuero ricamente repujado. Pero en quien se fijó sobre todo fue en el hombre que estaba de pie al lado y que tenía los ojos clavados en su escondrijo. De todos modos, vio lo bastante de él para darse cuenta de que no era un hombre o de que no lo era totalmente, puesto que un «hombre» como aquél era el que había ardido hasta morir en la pasarela del corazón de Perchorsk: ¡era un guerrero wamphyri!
Miraba directamente hacia Vyotsky y después se volvió en redondo con un movimiento lento. Pero, antes de volverse del todo, Vyotsky tuvo tiempo de ver el fulgor de sus ojos rojos, que brillaban como ascuas en su rostro. Sin embargo, más que el rostro del guerrero, lo que impresionó al ruso fue el arma en forma de guantelete que llevaba en la mano derecha, pues sabía el daño que podía hacer con ella. Aunque esta vez, por lo menos, no se lo haría a Karl Vyotsky.
El hombretón ruso estaba quieto como un ratón, amparado en la sombra; no se movía, no respiraba, no parpadeaba siquiera. El guerrero acabó de girarse y, levantando la cabeza, fijó la mirada un momento en el castillo que coronaba la columna, después de lo cual separó las piernas, se puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza a un lado. A continuación lanzó un penetrante silbido, más parecido a una vibración del tímpano que a un verdadero sonido. En el cielo aparecieron dos figuras familiares, que se movieron en círculo sobre el guerrero y que inmediatamente después se precipitaron hacia Vyotsky, acurrucado a la sombra de los salientes que lo protegían. Fue tan inesperado que cogieron desprevenido al ruso.
Uno de los murciélagos estuvo a punto de golpear a Vyotsky con un movimiento del ala, por lo que éste tuvo que apartarse para esquivarla. El cañón corto de su metralleta golpeó la piedra y Vyotsky se dio cuenta de que se había roto el protector. El guerrero se encaró con él, profirió un silbido con el que alejó a los murciélagos y dio unos pasos hacia adelante. Ahora ya no le quedaba ninguna duda: sabía dónde se ocultaba su presa. Sus ojos parecían un ascua y en su rostro se dibujaba una extraña y sardónica mueca, al tiempo que se echaba unos mechones hacia atrás y adoptaba una actitud orgullosa, con la barbilla levantada y los hombros echados para atrás.
Vyotsky le dejó que se acercara y, cuando estuvo a veinte pasos de distancia, salió al exterior y se colocó bajo la luz amarillenta de la luna, en medio de la pedregosa llanura. Apuntando el arma hacia él, le gritó:
-¡Alto! ¡Quietecito, amigo, o se te ha acabado para siempre lo que te llevas entre manos!
Le temblaba la voz y parecía que el guerrero se daba perfecta cuenta de ello.
Se limitó a cambiar bruscamente de postura como para variar el ángulo de enfoque y volvió a aproximarse avanzando la cabeza, igual que antes.
Vyotsky no quería matarlo. Debía tratar de vivir aquí como pudiera y procurar no morir en venganza por la muerte de aquel arrogante salvaje.

El ruso prefería llegar a un acuerdo con él y abstenerse de luchar, para así no tener a todo un mundo enfrentado contra él. Apuntó el arma dispuesto a disparar un solo tiro contra el guerrero que avanzaba, procurando que la bala pasase rozando por encima de su cabeza. Disparó. La bala tocó el mechón de pelos del guerrero, tan cerca pasó de su cabeza, pero él se paró, levantó la cabeza y olió el aire. Entonces Vyotsky le gritó:
-Mira, tenemos que hablar.
Levantó la mano que tenía libre, con la palma abierta en dirección al guerrero, y bajó la metralleta apuntando con ella las piedras del suelo. Consideró que esa actitud era la mejor que podía adoptar para indicar que iba en son de paz. Sin embargo, al mismo tiempo se sirvió del pulgar para poner el arma en posición de disparar fuego graneado. La próxima vez que apretara el gatillo, la cosa iría en serio.
El guerrero levantó la mano y se tocó el mechón de pelo. Volvió a bajarla, se olisqueó los dedos de manera suspicaz con su boca de labios gruesos, semejante casi a un hocico de cerdo. Sus ojos se agrandaron y se quedaron tan redondos como monedas inyectadas de sangre y por lo bajo refunfuñó algunas palabras que Vyotsky creyó entender o adivinar.
-¿Cómo? ¿Te atreves a amenazarme?
El brazo derecho del guerrero se elevó hacia su hombro derecho en un gesto que era como una especie de saludo. Tenía el guantelete cerrado, pero, al terminar de hacer el saludo, se abrió de pronto y mostró todo un conjunto de cuchillas, ganchos y hoces.
Después se agachó, adoptó una actitud combativa e hizo como si fuera a abalanzarse sobre Vyotsky. Pero el gigante ruso no aguardó a que lo hiciera, sabía que a una distancia de sólo seis o siete pasos sería imposible que fallase el tiro.
Apretó, pues, el gatillo, abrió fuego y regó el cuerpo del guerrero con una lluvia de plomo letal... o que así debiera de haberlo sido.
Pero el hombre de la KGB no debía de tener mucha suerte con su arma porque, al parecer, le salió una bala defectuosa y, después de tres o cuatro disparos, se le encasquilló. La intención de Vyotsky había sido coser el cuerpo del guerrero a tiros recorriéndoselo de derecha a izquierda, hacia arriba, en dirección contraria y luego hacia abajo. Un simple chorro de la metralleta habría bastado, ya que con él le habría soltado de quince a veinte balas y era casi seguro que por lo menos la mitad habrían dado en el blanco, pero el arma sólo había disparado tres o cuatro tiros, ninguno de los cuales había sido certero.
El primero abrió un corte en el costado izquierdo del guerrero, dejándole las carnes abiertas como si acabaran de pasarle por ellas una sierra de dientes afiladísimos; el segundo le perforó el hombro debajo de la clavícula derecha, junto a la articulación del brazo; el resto de las balas, dos a lo sumo, habían fallado totalmente el tiro. Aquellos dos primeros disparos hubieran sido como mazazos capaces de parar los pies a cualquier soldado de la Tierra. Pero aquello no era la Tierra, y el blanco no era simplemente un hombre.
Derribado por la fuerza del impacto en el hombro, cayó despatarrado en el polvo, pero se sentó inmediatamente y miró a su alrededor con aire aturdido.

Vyotsky, lanzando unos cuantos sonoros tacos, sacó con brusquedad el cargador del arma, volvió a amartillarla y echó una ojeada a la recámara. Un cartucho no se había disparado y quedó encasquillado. Sacudió el arma tratando de sacar la bala defectuosa, pero no le sirvió de nada, porque era preciso extraerla con sumo cuidado. Y ahora el guerrero ya había vuelto a ponerse de pie.

Vyotsky se colgó el arma del cinturón para que no le estorbara y descolgó la boquilla del lanzallamas. Preparó el encendido y sacó el seguro. Cuando vio al guerrero herido avanzar hacia él dando trompicones, hizo un último intento pacificador y adoptó la misma postura de antes, mostrándole la palma abierta de la mano. Quizás el otro lo consideró un insulto, pero el hecho es que todo lo que Vyotsky obtuvo como respuesta fue un gruñido de rabia. Después, pese a que el guerrero había recibido un disparo en el hombro derecho, levantó el guantelete, flexionó sus mortíferos instrumentos y los mostró a su contrincante.

-¡Ya basta! -gruñó el ruso.

Dejó que su enemigo se acercara tres o cuatro pasos más, apuntó la boquilla del lanzallamas y accionó el dispositivo que lo ponía en marcha. La pequeña llama azul que apareció en la punta se convirtió en lanza cauterizadora que atacó al guerrero y convirtió en antorcha su costado izquierdo.

Despidiendo fuego, se puso a gritar sorprendido y aterrorizado y se alejó dando saltos hasta que, revolcándose en el polvo y entre las piedras, consiguió extinguir las llamas. Todavía echando humo, se tambaleó sobre sus pies y retrocedió, vacilante, hacia el lugar donde se encontraba su salvaje montura. Pero ahora que Vyotsky había iniciado su acción, estaba decidido a terminarla.

Avanzó detrás del guerrero humeante y apuntó por segunda vez el lanzallamas hacia él... y entonces ¡se quedó helado!

El guerrero wamphyri daba a su montura órdenes suplicantes pero perentorias que ésta oyó y obedeció al punto. Dio la impresión de que todo el cuerpo del animal se llenaba de arrugas, sus alas crecían y se transformaban en velas enormes. Las hizo batir en el aire, aplanándolas al tiempo que se elevaba.

Empujado hacia arriba por lo que a Vyotsky le pareció un nido de enormes gusanos rosados que se desenrollaban igual que muelles para elevarlo, le dio la impresión de que aquello era como una enorme sábana de lona tosca y escamosa suspendida en el aire. Los impulsores en forma de gusano se retraían introduciéndose en ella, mientras se deslizaba en lo alto con su cola parecida a la de una raya desplegada y moviéndose de un lado a otro. Así que su cuerpo comenzó a agrandarse y se puso a batir las alas, los ojos que tenía en el vientre adquirieron nueva forma y comenzaron a moverse en varias direcciones. Súbitamente dejaron de espiar y se fijaron en el ruso.

Vyotsky retrocedió mientras la criatura voladora caía sobre él. Su forma semejante a la de un pez lo cubrió enteramente, negra como la tinta, y al mismo tiempo la parte inferior de su cuerpo, que tenía una consistencia parecida a la goma, se abrió para dar salida a una gran boca o bolsa, revestida de púas. Vyotsky vaciló y sintió que caía. Moviendo un gran

vendaval con su cuerpo y trasladando con él un hedor increíble, aquella cosa se situó sobre él. Con un aleteo de carne, lo levantó y unos ganchos de materia cartilaginosa lo asieron por la ropa y ya no sintió más que una oscuridad fría y húmeda que lo comprimía.
Vyotsky seguía con el dedo puesto en el dispositivo para accionar el lanzallamas, pero no se atrevía a oprimirlo. De haberlo hecho, estando como estaba en el interior de aquella criatura, no habría conseguido otra cosa que freírse. Podía respirar, pero el aire era fétido y sucio. Toda aquella experiencia era una pesadilla espantosa, siniestra, pero que la estaba viviendo realmente y que se prolongaba cada vez más.
Los gases que emanaban de la criatura actuaban en él como un anestésico y, sin saber siquiera que estaba perdiendo la conciencia, Vyotsky se desmayó…
«Estar metido en el problema» significaba para Jazz Simmons unos cinco segundos para decidirse, que es lo que habría hecho de no haber estado presente Zek Föener para asesorarlo. Jazz se decidió en dos segundos y, cuando las sombras comenzaron a separarse de la gran sombra del desfiladero, ya estaba a punto de convertir la decisión en acción si no hubiera sido por Zek, que lo frenó con estas palabras:
-¡Jazz… no dispares!
-¿Cómo? -dijo él, incrédulo.
Las sombras eran hombres que se acercaban a ellos corriendo con intención de rodearlos.
-¿Que no dispare? ¿Es que acaso conoces a esa gente?
-Sé que no nos harán ningún daño… -le contestó en un susurro-, que somos para ellos más valiosos vivos que muertos y que si disparas un solo tiro no vivirás lo suficiente para oír sus ecos. Al momento caerán sobre ti media docena de flechas y de lanzas. Y probablemente también caerán sobre mí.
Jazz escondió el arma, pero lentamente y de mala gana.
-Esto es lo que se llama tener fe en tus amigos -refunfuñó sin pizca de humor.
Y miró al grupo de hombres sigilosos y circunspectos que los rodeaban. Uno de ellos se irguió, avanzó la barbilla y se dirigió a Zek. Hablaba sirviéndose de un extraño graznido, dialecto o lengua que a Jazz le pareció que reconocía perfectamente. Zek le respondió en una lengua que, evidentemente, reconocía.
Había que decir como mínimo que la reconocía, por no decir más, ya que se trataba de un rumano muy esquemático y un tanto deslavazado.
-¡Hola, Arlek Nunescu! -dijo Zek, y añadió a continuación-: Salid rápidamente de las montañas y dejad que el sol funda los castillos de los wamphyri… pero ¿esto qué es? ¿Acecháis y molestáis a los amigos Viajeros?
Ahora que Jazz sabía de qué lengua se trataba, le costaba menos concentrarse en entenderla. Su conocimiento de las lenguas románicas no era muy profundo, pero no le eran totalmente desconocidas. Las conocía en parte gracias a su padre y algo menos gracias a sus estudios académicos posteriores. Lo que contaba más era su instinto, puesto que siempre había tenido un don especial para las lenguas.

Aquel hombre, Arlek, y de hecho todos los hombres que los rodeaban y otros que estaban saliendo de sus escondrijos, eran gitanos. Ésta fue la primera impresión de Jazz: que eran hombres pertenecientes a la raza gitana. Eso estaba claro por su aspecto tan reconocible ahora como lo habría sido en el mundo que habían dejado atrás, al otro lado de la Puerta. Tenían cabellos oscuros, manejaban sonajas y cascabeles, eran delgados y de piel aceitunada, llevaban los cabellos largos y grasientos, las ropas sueltas, y tenían un estilo y una elegancia muy especiales. Una cosa que desorientaba es que muchos de ellos llevaban ballestas y otros iban armados con estacas sumamente puntiagudas de madera dura. Dejando aparte este detalle, Jazz había visto ese tipo de gente en países de todo el mundo...
del viejo mundo, por supuesto.
Eran gitanos, hojalateros, vendedores ambulantes de objetos metálicos, músicos y... aficionados a decir la buenaventura.
-Que abandonemos rápidamente las montañas, ¿verdad? -le respondió Arlek saludándola, hablando con más lentitud y de manera más reflexiva-. Tú siempre sabes lo que tienes que decir, Zekintha, porque lo robas de las mentes de los Viajeros. Pero desde que los hombres lo recuerdan, no hacemos más que repetirlo: «Destruid las montañas». Hace muchísimo tiempo que lo decimos y todavía siguen en pie. Y mientras las montañas sigan en su sitio, los wamphyri seguirán en sus castillos. Nos pasamos la vida yendo de un sitio a otro, porque quedarse en el mismo sitio significa morir. Hemos visto el futuro, Zekintha, y si te damos cobijo vas a llevar el desastre sobre Lardis y su cuadrilla. Pero si te ponemos en manos de los wamphyri...
-¡Bah! -dijo ella en tono desdeñoso-. Sois muy valientes ahora que Lardis Lidesci está en el oeste, buscando un nuevo campamento para que os instaléis en él y donde los wamphyri no puedan realizar incursiones. ¿Y qué vais a decirle cuando vuelva? ¿Cómo vais a explicarle que os habéis conchabado para entregarme? ¿Que habéis cedido a una mujer para apaciguar a vuestros peores enemigos y hacerlos más fuertes? ¡Un acto muy cobarde, Arlek!
Arlek exhaló un profundo suspiro. Se irguió aún más, dio un paso hacia ella y levantó la mano como si quisiera golpearla. Como se le habían subido los colores a la cara con la excitación, Arlek todavía parecía más moreno. Jazz bajó el cañón del arma hasta tocar con él el hombro de Arlek, apuntándole directamente a la oreja izquierda.
-¡No lo hagas! -le advirtió Jazz en su propia lengua-. Lo que he visto de ti hace que me importes muy poco, Arlek, pero si me obligas a matarte, también yo moriré.
Esperaba que hubiera comprendido bien las palabras que acababa de pronunciar.
Aparentemente había sido así. Arlek retrocedió y llamó a dos de sus hombres.
Éstos se acercaron a Jazz y él les mostró los dientes al dirigirles una fría sonrisa; también les mostró el arma.
-Dásela -dijo Zek.
-Sí, no estaba pensando en otra cosa -dijo Jazz hablando entre dientes.

-Ya sabes qué quiero decir -dijo ella-, ¡que les des el arma!
-¿Acaso tus dotes telepáticas permiten que vayas por ahí desnuda, paseándote ante el cubil de los leones? -le preguntó.
Uno de los gitanos había agarrado el cañón de su metralleta, mientras la mano de otro se cerraba alrededor de la muñeca de Jazz. Tenían unos ojos profundos, oscuros, despiertos. Jazz sabía perfectamente que había varias ballestas que apuntaban sus saetas contra él, pero a pesar de todo preguntó:
-¿Qué hago? Tú lo quieres así, ¿verdad, Zek?
-No podemos volver a la Tierra de las Estrellas -respondió ella apresuradamente- y los Viajeros custodian el camino hacia la Tierra del Sol.
Aunque consigamos salir de ésta y apartarnos de ellos, acabarán por volver a encontrarnos. Así que dales el arma. Por lo menos de momento estamos seguros.
-Lo hago en contra de mi voluntad -refunfuñó Jazz-. Pero supongo que no hay más remedio.
Sacó el cargador, se lo metió en el bolsillo y les dio el arma.
Arlek sonrió con picardía.
-Esto también -dijo señalando con el dedo el bolsillo de Jazz-. Y el resto de tus pertenencias.
Entender aquella lengua y hablarla era cosa sobre todo de inspiración. El talento de Jazz para las lenguas hizo que buscara y encontrara unas cuantas palabras.
-Estás pidiendo demasiado, Viajero -dijo Jazz-. Yo soy un hombre libre, como tú..., más libre que tú incluso, porque yo no hago tratos con los wamphyri para poder vivir.
Arlek se quedó muy sorprendido y preguntó a Zek:
-¿Es que también sabe leer los pensamientos de los hombres?
-Los únicos pensamientos que sé leer son los míos -dijo Jazz- y las palabras con las que hablo también son las mías. No hables con ella de mí, ¡habla conmigo!
Arlek se enfrentó con él abiertamente.
-Está bien, entonces -dijo-, danos tus armas y tus cosas. Te las guardaremos para que no puedas usarlas contra nosotros. Tú eres extranjero, vienes del mundo de Zekintha... se ve por tu vestido y por las armas que llevas.
¿Por qué hemos de confiar en ti?
-¿Y por qué hay que confiar en vosotros? -le interrumpió Zek, mientras los hombres de Arlek estaban ya apoderándose de las cosas de Jazz-. Vosotros traicionáis a vuestro jefe mientras está lejos buscando lugares seguros.
Como para darle la razón, algunos de los Viajeros restregaron los pies en el suelo y parecieron un poco avergonzados. Pero Arlek se volvió a Zek y protestó:
-¿Traición? ¿Tú me hablas de traición? Así que Lardis vuelve la espalda, si te he visto no me acuerdo. ¿Y adonde vas, Zekintha? Pues a tu mundo, ¿verdad?, aunque hayas dicho que no hay forma de volver a él. Quizá para encontrar algún campeón, quizás este mismo hombre, ¡quién sabe! ¿O es

que quieres entregarte a los wamphyri y convertirte en una potencia del mundo? Yo también te entregaría a ellos..., pero sólo a cambio de la seguridad de los Viajeros... ¡no para conseguir ningún mérito personal!
-¡Mérito! -se burló Zek-. Yo más bien diría infamia.
-¿Por qué..., tú...?
No sabía qué palabras emplear.
Entretanto Jazz había sido despojado de todos sus paquetes y de sus armas, pero no de su orgullo. Aunque parezca extraño, ahora que sólo llevaba su indumentaria de combate, se sentía más seguro; sabía que no lo matarían por temor a la destrucción que podían causar sus temibles armas. Ahora, por lo menos, estaban en situación de hombre a hombre. Aun cuando no podía comprender todas las palabras de Arlek, y aunque muchas de las que podía comprender le sonaban a verdaderas, no le gustaba el tono de voz de Arlek cuando hablaba con Zek en aquel tono. Por eso agarró al gitano por el hombro y, haciéndolo girar en redondo, se enfrentó con él:
-Sabes gritar con las mujeres, ¿verdad? -le dijo.
Arlek miró la mano de Jazz agarrada a su ropa y abrió unos ojos como platos.
-Tienes mucho que aprender, «hombre libre»... -le dijo entre dientes al mismo tiempo que proyectaba el puño cerrado contra la cara de Jazz.
Jazz reaccionó: agachó rápidamente la cabeza, porque aquello era como luchar con un colegial torpe y sin experiencia. Ninguno de los hombres del mundo de Arlek había oído hablar de combates sin armas, es decir, del judo, del kárate o similares. Jazz le propinó dos golpes casi simultáneos que lo dejaron tumbado al momento. Pero, para colmo de males, también él quedó tumbado, porque uno de los gitanos, atacando desde uno de los flancos, le golpeó la parte lateral de la cabeza con la culata de su propia arma.
En el momento de perder el conocimiento oyó la voz de Zek que gritaba:
-¡No lo matéis! ¡No le hagáis ningún daño! Este hombre puede ser la única respuesta a todos vuestros males, el único que puede traeros la paz.
Por un momento sintió los dedos finos y frescos de Zek posados en su rostro ardiente y después...
... después se quedó sólo envuelto en una fría oscuridad...
Andrei Roborov y Nikolai Rublev eran estrellas menores de la KGB. Uno y otro habían sido asignados al Perchorsk Projekt -que gozaba fama de puesto de castigo- para ayudar a Chingiz Khuv, al distinguirse por el exceso de celo en su trabajo. Unos periodistas occidentales los habían fotografiado pegando a una pareja de moscovitas entregados al mercado negro. Los «criminales» de este caso eran un matrimonio de edad avanzada que se dedicaban a vender los productos de una huerta que tenían en las afueras de la ciudad. En resumen, Roborov y Rublev eran unos matones. Y en esta ocasión eran matones que estaban metidos en un buen lío.
Khuv los había enviado a «hablar» con Kazimir Kirescu; era la última oportunidad que tenían de interrogar al viejo antes de someterlo al suero de la verdad. Lo mejor era convencerlo de facilitar de buen grado la información requerida (acerca de los vínculos occidentales y rumanos), puesto que las drogas no eran muy buenas para el corazón de una

persona de edad. Cuanto más viejo era un hombre, peores eran los efectos que podían tener sobre él. Khuv deseaba obtener información antes de que Kirescu muriese, porque después de muerto ya sería demasiado tarde. Aunque esto pueda parecer perfectamente obvio, para los miembros de la Rama-E soviética raras veces las cosas eran tan obvias como parecían. En los viejos tiempos, cuando moría una persona sin facilitar la información requerida, se llamaba al nigromante Boris Dragosani, pero ahora Dragosani ya no estaba. Dicho sea de paso, tampoco estaba Kazimir Kirescu.

Al dirigirse a la celda del viejo para ver cómo se desenvolvían sus hombres, Khuv llegó a tiempo de descubrir que se disponían a salir. Los dos llevaban capas o ponchos de plástico transparente usados por el torturador profesional, si bien la capa de Rublev estaba salpicada de sangre..., una cantidad excesiva de sangre.

También lo estaban los guantes de goma, cuando se los sacó con manos temblorosas. Rublev tenía la cara mortalmente pálida y Khuv sabía que a veces ésta era la reacción que experimentaban esa clase de hombres cuando hacen un trabajo excesivamente bien o disfrutan demasiado con él. A veces les ocurría también cuando temían las consecuencias de algún error importante.

Al volverse los dos después de cerrar la puerta con llave, Khuv quedó frente a ellos y entornó los ojos al darse cuenta de cómo temblaba Rublev y de las condiciones en que se encontraba su indumentaria protectora.

-¡Nikolai! -lo increpó-. ¡Nikolai!

-Camarada comandante -le soltó el otro, mientras el grueso labio inferior le comenzaba a temblar-. Yo...

Khuv lo apartó de un empujón.

-Abre la puerta -ordenó a Roborov-. ¿Has pedido asistencia?

Roborov retrocedió un paso y negó con un gesto de la cabeza, larga y angulosa.

-¡Demasiado tarde, camarada comandante!

Pese a ello, se volvió y abrió la puerta. Khuv se metió en la celda, echó una ojeada al interior y volvió a salir. Tenía los ojos encendidos de rabia. Agarró a los dos por la parte delantera de la camisa y los sacudió con furia.

-¡Estúpidos, estúpidos...! -les dijo resollando con fuerza-. Esto no merece otro nombre que carnicería.

Andrei Roborov estaba tan delgado que casi resultaba esquelético. Su rostro cadavérico estaba siempre pálido, aunque nunca tanto como ahora. No tenía ni pizca de grasa, por lo que, al sacudirlo, su cuerpo se limitaba a moverse hacia adelante y hacia atrás bajo el asalto de Khuv, parpadeando rápidamente y velando a intervalos sus ojos verdes totalmente inexpresivos y abriendo y cerrando la boca.

La primera vez que Khuv se enfrentó con aquel hombre pensó: «Este hombre tiene ojos de pez... y probablemente también alma de pez».

Nikolai Rublev, en cambio, era un hombre muy corpulento pero con la cara de color rosado, como el de un niño de pañales; la más mínima reprimenda podía hacerle derramar lágrimas. Sus puños, por el contrario, eran enormes y duros como el hierro. Khuv había llegado a la conclusión

de que sus lágrimas solían ser de furia reprimida o quizá de rabia. Sus rabietas, cuando se entregaba a ellas, eran extraordinariamente espectaculares, si bien no era tan tonto como para desahogarse delante de un superior… y menos aún delante de Chingiz Khuv.
Finalmente Khuv dejó que se fueran, se volvió bruscamente y cerró los puños.
Mirando por encima del hombro, sin fijar la vista directamente en ellos, dijo:
-Id a buscar una camilla y llevadlo al depósito de cadáveres… ¡no! Llevadlo a vuestras habitaciones y aseguraos de que esté perfectamente cubierto durante el traslado. Lo dejáis allí hasta que decidamos qué hacer con él. De todos modos, hagamos lo que hagamos, que nadie lo vea… en estas condiciones. ¡Sobre todo Viktor Luchov! ¿Queda entendido?
-¡Oh, sí, camarada comandante Khuv! -dijo Rublev jadeando.
Daba la impresión de que había perdido la razón.
Khuv seguía desviando la vista.
-Después preparáis los dos los informes habituales de defunción por accidente, los firmáis y me los traéis. Y aseguraos de que cubren todos los detalles.
-Sí, camarada, desde luego -respondieron los dos al unísono.
-Bien, entonces… ¡moveos! -les gritó Khuv.
Los dos hombres chocaron entre sí y después desaparecieron corriendo por el pasillo. Pero antes de que desaparecieran del todo, Khuv los llamó:
-¡Eh, os hablo a los dos!
Los hombres se detuvieron en seco.
-¡Nikolai, por el amor de Dios! ¿Quieres quitarte esa capa? -dijo Khuv pronunciando las palabras lentamente entre dientes-. Y que ninguno de los dos se acerque a la chica, la hija de Kirescu. ¿Está claro? Me ocuparé personalmente de ver cuál de los dos trata con la chica. ¡Y ahora desapareced de mi vista!
Los dos desaparecieron en perfecto orden.
Khuv se encontraba todavía temblando de rabia por lo sucedido cuando llegó corriendo Vasily Agursky procedente de los laboratorios. Vio a Khuv y se dirigió cautelosamente hacia él.
-Me habían dicho que habías ido a ocuparte de los prisioneros -dijo.
Khuv asintió con un gesto.
-Sí, me estoy ocupando de ellos -respondió-. ¿Querías algo?
-Acabo de ir a ver al director Luchov y me ha devuelto a mi trabajo. Ahora iba a enfrentarme con la criatura… es la primera visita que le hago desde hace una semana… Si tuvieras la amabilidad de acompañarme, comandante Khuv…
Precisamente ahora no deseaba hacer otra cosa que acompañarlo. Echó una mirada al reloj y dijo:
-Precisamente me pillas de camino.
Cualquier cosa era oportuna con tal de sacar a Agursky de allí antes de que volvieran a aparecer Roborov y Rublev con la camilla.
-¡Estupendo! -dijo Agursky, que parecía radiante-. Mientras caminamos, me tomaré la libertad de solicitar tu ayuda en cierta cuestión. Te diré confidencialmente que es posible que aportes una significativa

contribución a la comprensión, tanto mía como de todos nosotros, de esa criatura procedente del otro lado de la Puerta.
Khuv observó a aquel hombrecillo que pasaba por científico con el rabillo del ojo. Su aspecto había cambiado; habría sido difícil decir en qué consistía el cambio, pero era evidente que algo había ocurrido -¿Que yo puedo hacer una contribución? -dijo Khuv levantando las cejas-.
¿En relación con la criatura? Vasily, ¿te importa que te llame Vasily?, yo estoy aquí para proteger el Projekt de lo que podríamos llamar interferencias ajenas. Como policía, como cazador de espías, como detective, como cualquiera de todas estas cosas y con todas ellas juntas yo ya realizo mi contribución. En lo que respecta a otros detalles de la labor que se realiza en el Projekt, no tengo ningún control sobre el personal como tal ni tampoco ningún conocimiento «oficial» de ninguna de las diferentes facetas del trabajo científico que aquí se hace. Yo mando en mis hombres, eso sí, y protejo a los especialistas de Moscú y de Kiev pero, aparte de estos deberes rutinarios, sería difícil ver qué ayuda puedo prestarte en tu trabajo.
Agursky, sin embargo, no desistió de sus propósitos, sino que, por el contrario, su voz se hizo más ansiosa.
-Camarada, hay cierto experimento que me gustaría intentar. Todos los trabajos teóricos que realizo actualmente con la criatura son de mi competencia personal, por supuesto, pero ahora necesito algo que está por encima de las exigencias normales.
Khuv volvió a observarlo como si lo midiese desde su altura, puesto que al lado del altísimo comandante de la KGB, Agursky era poco más que un enano. La calva coronilla que asomaba entre sus sucios cabellos grises todavía le daba un aire más parecido al de un gnomo. Sin embargo, aquellos ojos ribeteados de rojo que las gafas engrandecían más lo situaban en una perspectiva mucho menos cómica.
Era como un extraño espíritu encerrado en una botella que hubiera adoptado la forma de un hombre.
¡Un espíritu tortuoso! Sí, ésta era la palabra que Khuv había estado buscando para describir el cambio operado en Agursky. Había algo astuto en aquel hombrecillo, algo furtivo.
Khuv dejó a un lado sus divagaciones mentales y lanzó un suspiro de impaciencia. Nunca había considerado en mucho a aquel científico insignificante y ahora todavía lo tenía en menos.
-Vasily -le dijo-, ¿no hay un oficial de suministros en el Projekt? ¿No hay un comisario? Hay muchas cosas que giran en torno a lo que podamos averiguar acerca de esta bestia. Estoy seguro de que todo lo que solicites para tu trabajo se te facilitará a través de los adecuados canales. Es más, yo diría que gozas de una prioridad absoluta. Todo lo que tienes que hacer es...
-Los adecuados canales... -lo interrumpió Agursky, moviendo la cabeza-.
¡Exactamente, exactamente! Pero precisamente aquí está el problema, camarada comandante. Quizá los canales son demasiado adecuados...
Khuv se quedó estupefacto.
-¿Es que piensas pedir algo que no es del todo adecuado? ¿Algo inusitado?

Entonces, ¿por qué diablos no lo solicitas al director Luchov? Acabas de verlo, ¿no es así? Yo diría que Viktor Luchov puede conseguir prácticamente...
-¡No! -exclamó Agursky cogiéndolo por el codo y obligándolo a pararse-.
¡En esto estriba exactamente el problema! Estoy totalmente seguro de que él no aprobaría mi petición.
Khuv lo miró fijamente. Había gotas de sudor en su labio superior. Sus ojos, que mantenía muy abiertos sin parpadear, parecían fulminar a Khuv a través de los gruesos cristales de sus gafas. El comandante de la KGB reflexionó un momento:
«¿una petición que Luchov no aprobaría?» Se dio cuenta de que la mano de Agursky temblaba al agarrarlo por el codo. De pronto había llegado rápidamente a la conclusión final. Khuv se apartó bruscamente del hombre, restregó la manga de la chaqueta y dijo secamente:
-Creía que habías dejado de beber, Vasily. Comprendo que tener que dejarlo así de pronto ha sido muy duro para ti, ¿verdad? Ahora te has quedado sin repuesto de alcohol y lo necesitas -dijo moviendo la cabeza, plenamente convencido de la verdad de sus palabras-. Me figuraba que los soldados de los cuarteles de Ujta se ocupaban de cubrir tus necesidades. ¿O es que la urgencia es mayor?
-Comandante -dijo Agursky, sin modificar su expresión-, lo último que me hace falta es alcohol. Supongo que estás bromeando, acabo de decirte que el asunto tiene que ver con la criatura. De hecho, tiene que ver con desentrañar la naturaleza de la criatura. Te lo repito: el Projekt no está en condiciones de satisfacer legítimamente mi petición y es seguro que Luchov no la aprobaría nunca.
Pero tú eres un oficial de la KGB, tú tienes contacto con la policía local, tú tienes autoridad sobre ella, tú tratas con traidores y criminales. En resumen, estás en situación, diría incluso en la situación ideal, para ayudarme. Y si mi teoría da resultado, tendrás la satisfacción de saber que has sido responsable en parte del descubrimiento.
Los ojos de Khuv se entornaron ligeramente. Aquel hombrecillo era ladino, estaba lleno de sorpresas, no parecía el mismo de antes.
-¿Cuál es esa teoría, Vasily? Y mejor que me digas también cuál es tu petición.
-En cuanto a lo primero -por vez primera desde que se había iniciado la conversación, Khuv vio que Agursky parpadeaba muy nervioso dos o tres veces en rápida sucesión-, no puedo decírtelo, porque probablemente considerarías que se trata de una teoría descabellada y tampoco estoy totalmente seguro de estar en lo cierto. En cuanto a lo segundo...
Y sin detenerse a hacer otra pausa, le dijo cuál era su petición...

Capítulo 12

El trato con el diablo

Cuando Jazz Simmons recuperó el conocimiento vio que estaba en el mismo sitio donde había caído, salvo que ahora tenía las manos atadas a la espalda. Zek, que no estaba atada, se ocupaba en humedecerle la frente y los labios con un trapo empapado en agua y lanzó un suspiro de alivio al ver que Jazz volvía en sí.
Arlek estaba sentado en una piedra, observando los movimientos de Zek.
Otros miembros del clan se movían en la sombra, que ahora se había alargado un poco, y murmuraban palabras que eran como una música de fondo a poco volumen. Mientras Jazz hacía esfuerzos para sentarse, Arlek se le acercó y se quedó de pie a su lado. Jazz se palpó el chichón que tenía debajo de la oreja a causa del golpe, aparte de que también mostraba el ojo derecho amoratado, a punto de ponérsele negro, y el párpado se le iba cerrando por momentos.
-No había visto nunca a nadie luchar como tú -dijo a manera de cumplido a su cautivo, en tono un poco tenso-. ¡Ni siquiera he visto que me hayas golpeado!
Jazz profirió un gruñido por toda respuesta, se apoyó contra una piedra y levantó un poco las rodillas.
-¡Ahí está el detalle! -dijo-. Podría enseñarte muchas cosas más, una de ellas cómo deshacerte de los wamphyri. Para eso tenían que servirme las armas:
para conservar la vida en un mundo donde gobiernan seres como los wamphyri.
¿En qué sitio de la escala de valores que rige en este mundo se encuentran los hombres? ¿Por qué hay que hacer tratos con los wamphyri o humillarse ante ellos y andar con reverencias, si es posible combatirlos?
Pese a poner cara de pocos amigos, Arlek no pudo por menos de soltar una carcajada. Otros Viajeros le oyeron y se acercaron y Arlek les repitió lo que Jazz acababa de decirle.
-¡Sí, combatir a los wamphyri! Ya tenemos bastante suerte de que pasen tanto tiempo luchando entre ellos... Pero lo que es desafiarlos... ¡sí, sí! Tú no sabes lo que ellos dicen. Según ellos, no luchan con los habitantes de la Tierra del Sol, sino que lo que quieren es convertirlos en sus esclavos. ¿Has visto alguna vez a un guerrero? Naturalmente que no lo has visto, de otro modo no estarías aquí. Ésta es la razón de que nosotros seamos los Viajeros, porque si nos quedáramos fijos en un sitio estaríamos a su merced. No es posible luchar con los wamphyri... sería una estupidez; lo que hay que hacer es mantenerse fuera de su camino... siempre que sea posible.
Se dio media vuelta y se marchó con los suyos. Volviéndose y hablando por encima del hombro, todavía le gritó:
-Habla con ella. Es hora de que te cuente alguna cosa del mundo al que has ido a parar. Así comprenderás por qué te entrego..., por qué os entrego a los dos a Shaithis, señor de los wamphyri...

Lobo salió de las sombras y, acercándose a Jazz, le lamió la cara. Jazz riñó al animal:
-¿Dónde estabas cuando Zek y yo estábamos peleando?
-Cuando tú estabas peleando -le corrigió ella-, Lobo no tenía nada que ver en el asunto. No veo razón para que pusiera en riesgo su vida. Yo le dije que se mantuviera quieto y lo que ha hecho ha sido ir a ver a sus hermanos y volver. Los Viajeros tienen tres o cuatro lobos, que han criado desde que eran cachorros.
-Es curioso -dijo Jazz al cabo de un momento-, pero me parece que eres una mujer que ha utilizado a fondo uñas y dientes. -No pretendía que aquel comentario fuera un reproche, pero de hecho lo era, y lo lamentó inmediatamente.
-Lo haría si sirviera de algo -dijo ella-, pero me parece que sería una tontería pretender morder a una docena de Viajeros y a los lobos que los acompañan, ¿no te parece? Mi única preocupación eras tú.
Jazz suspiró.
-Supongo que me quedé medio frito, ¿no? Pero me figuraba que tú habías dicho que no había nada que temer.
-Sí, así podía haber sido -dijo ella-, pero mientras estabas aquí tumbado en el suelo, Arlek ha recibido un mensaje por un explorador en el que se le comunica que Lardis Lidesci está regresando de Occidente. Arlek sabe que Lardis no me entregará a los wamphyri, por esto va a hacerlo él..., ¡ahora! Tendrá que pagar un alto precio cuando Lardis se entere de lo ocurrido, pero Arlek tiene a este grupo de su parte y cree que al final Lardis tendrá que pactar con él o escindir la tribu. De todos modos, cuando Lardis llegue aquí, ya será demasiado tarde.
Jazz dijo:
-¿Puedes tocarme detrás de la oreja? ¡Oh! ¡Está muy sensible!
-Está blando -dijo ella, mientras a él le parecía que detectaba preocupación en su voz-. ¡Dios mío, he llegado a creer que estabas muerto!
Le echó agua fría en la nuca y dejó que el paño remojara la parte de la cabeza donde el cabello estaba pegado al cráneo debido a la sangre seca. Jazz miró a lo lejos, en dirección sur, y vio que el sol había bajado un poco más y se había trasladado un poco más al este.
Un rayo de luz iluminó la cara de Zek y le permitió verla de cerca por vez primera. Aunque iba bastante sucia, seguía siendo hermosa. Tendría poco más de treinta años, unos pocos más que Jazz, un metro setenta y cinco aproximadamente y esbelta, rubia, con los ojos azules. Los rayos de sol le arrancaban brillos del pelo y, cuando se movía, la cabellera dorada le ondulaba sobre los hombros. Su mono de combate, aunque bastante raído, se amoldaba a su figura como un guante y parecía acentuar sus delicadas curvas. Jazz pensó que, en aquellos momentos y en aquel lugar donde se encontraba, cualquier mujer le habría parecido estupenda.
Pero no se le ocurría qué mujer le habría gustado tener a su lado o, mejor (se apresuró a corregirse), qué mujer habría preferido no tener ahora a su lado, pues aquél no era sitio para ninguna mujer.

-¿Qué va a ocurrir ahora? -preguntó Jazz cuando, gracias al agua fría, sintió que empezaban a desaparecerle los aguijonazos que sentía en el cuello y en la cabeza.
-Arlek me descubrió usando el talento de un viejo, Jasef Karis -le dijo Zek-. No era demasiado difícil. En realidad, sólo había un lugar hacia el cual podía dirigirme: a través del paso que conducía a la esfera, para ver de regresar a casa.
Jasef es como yo, una persona dotada de facultades telepáticas.
-Me dijiste que los animales salvajes de aquí tienen un cierto grado de ESP -le recordó Jazz-, pero no me has dicho nada acerca de la gente. Yo tenía la impresión de que los únicos que poseían este tipo de talento eran los wamphyri.
-En general, es así -respondió ella-. El padre de Jasef cayó prisionero en una incursión de wamphyri. Esto ocurrió hace muchísimo tiempo, pero él consiguió escapar y volvió a través de las montañas. Juró que no lo habían cambiado en absoluto y que había logrado escapar antes de que lord Belath pudiera convertirlo en un zombi descerebrado. Su esposa volvió a aceptarlo, naturalmente, y tuvieron un hijo: Jasef. Pero se descubrió que el padre de Jasef había mentido. Lord Belath lo había cambiado, pero había podido escapar antes de que el cambio comenzara a tener sus efectos. Por fin salió a flote la verdad y resultó que ya no era posible dominarlo, puesto que se había convertido en algo innombrable. Los Viajeros sabían cómo había que resolver el asunto: lo ataron a unas estacas, lo cortaron a trozos y lo quemaron. Y después mantuvieron una estricta vigilancia sobre Jasef y su madre. Ellos, sin embargo, estaban perfectamente bien. La telepatía de Jasef le viene de su padre o de la cosa que lord Belath puso en su padre.
Jazz se sentía aturdido, en parte a causa del dolor que sentía en el lugar donde había recibido el mazazo, pero sobre todo al querer asimilar todo lo que Zek le estaba contando.
-¡Calla! -le dijo-. Concentrémonos únicamente en lo importante. Cuéntame qué otras cosas necesito saber acerca de este planeta. Traza un mapa que yo pueda retener en la memoria. Háblame primero del planeta y, después, de sus gentes.
-Está bien -dijo ella, y asintió con la cabeza-, pero primero más vale que conozcas cuál es nuestra situación. El viejo Jasef y uno o dos hombres han ido hasta el paso para ver si hay un centinela, un guardián que se encuentre allí al acecho. En caso de que esté, Jasef enviará un mensaje telepático a su jefe, lord Shaithis.
»En el mensaje le dirá que Arlek nos tiene cautivos y que piensa utilizarnos para hacer un acuerdo con Shaithis. A cambio de nosotros, Shaithis prometerá no atacar la tribu de los Viajeros de Lardis Lidesci. En caso de que haya acuerdo, nos entregarán.
-Por lo que Arlek ha dicho de los wamphyri -dijo Jazz-, me sorprende que estén interesados en hacer ningún trato. Si son tantos, es de temer que se nos lleven cautivos.
-Esto si nos encuentran -respondió ella-, y sólo en caso de que sea de noche. Únicamente pueden atacar cuando el sol está por debajo del horizonte. Hay alrededor de dieciocho o veinte señores wamphyri... y tan

sólo una señora. Son territoriales y compiten entre sí. Se pasan el tiempo urdiendo artimañas contra sus semejantes y, así que se les presenta la ocasión, van a la guerra. Forma parte de su manera de ser. Nosotros seríamos valiosísimos para cualquiera de ellos, salvo para lady Karen. Lo sé porque en una ocasión fui de su propiedad y me dejó escapar.
Jazz pospuso hablar de esto para otra ocasión.
-¿Y por qué somos tan importantes? -quiso saber.
-Pues porque somos magos -dijo ella-. Tenemos poder, armas, habilidades que ellos no entienden. Más aún que los Viajeros, entendemos de metales y de mecánica.
-¿Cómo? -dijo Jazz, que volvía a sentirse perdido-. ¿Magos?
-Sí, yo practico la telepatía -dijo Zek encogiéndose de hombros-. Es raro encontrar un hombre o una mujer de verdad que estén dotados de ESP. Además, nosotros no pertenecemos a este mundo. Nosotros venimos de las misteriosas tierras del infierno. Y cuando yo llegué aquí, poseía unas armas terribles. Al igual que tú.
-Pero yo no poseo ningún talento ESP -le recordó Jazz-. ¿Qué utilidad puedo tener para ellos?
Ella apartó la mirada.
-No demasiada. Lo que significa que tendrás que simular que posees dotes extraordinarias.
-¿Qué quieres decir?
-Si de veras vamos a parar a manos de lord Shaithis, deberás decirle que tú... puedes leer el futuro o cualquier otra cosa parecida. Algo que sea difícil de desmentir.
-¡Fantástico! -exclamó Jazz con voz pastosa-. ¿Quieres decir que tengo que hacer como Arlek? Según él, puede leer el futuro de la tribu.
Volvió a mirarle cara a cara y negó con la cabeza.
-Arlek es un charlatán. Es un agorero de pacotilla, como muchos gitanos de la Tierra. De nuestra Tierra, quiero decir. Por eso es enemigo mío, porque sabe que mi talento es real.
-Perfectamente -dijo Jazz-. Ahora olvidémonos de nuestra Tierra y háblame un poco más de esta Tierra. De su topografía, por ejemplo.
-Es tan simple, que te resultará increíble -respondió ella-. Ya he descrito el planeta en relación con su sol y con su luna. Muy bien, aquí tienes el mapa que pedías.
»Este mundo tiene unas dimensiones aproximadamente iguales a las de la Tierra. Esta cordillera de montañas está situada más hacia el hemisferio sur que hacia el hemisferio norte, y discurre en dirección este-oeste. Esto si nos servimos de la brújula a la manera que lo hacemos en la Tierra. Los wamphyri no pueden soportar la luz del sol. Como dicen los viejos cuentos, una luz de sol excesiva resulta fatal para los vampiros. ¡Y son vampiros de verdad! El lugar donde viven los Viajeros es la Tierra del Sol, que está en las montañas. Como has podido ver, son seres humanos. Viven en las proximidades de la cordillera porque les proporciona agua, bosques y caza. Durante el día viven en casas levantadas de manera bastante arbitraria, por la noche buscan cuevas donde poder cobijarse y se introducen lo más adentro posible. Las montañas están llenas de pliegues que forman grietas y cuevas. A quince kilómetros en dirección

sur desde las montañas, no hay Viajeros, porque allí no tienen de qué vivir. No hay más que desierto. Hay sólo tribus desperdigadas de aborígenes que, en los períodos de pleno sol, comercian ocasionalmente con los Viajeros. Yo los he visto y casi son humanos, pese a que se encuentran a varios niveles por debajo del estadio de los bosquimanos de Australia. No entiendo de qué viven, pero el hecho es que viven. A ciento cincuenta kilómetros de las montañas ya no podrían vivir, porque allí no hay nada, sólo tierra abrasada.
Pese a los dolores que sentía, Jazz estaba descubriendo que todo aquello era fascinante.
-¿Qué me dices del este y el oeste? -dijo.
Ella asintió con un gesto.
-A eso iba. Esas montañas tienen una extensión de casi cuatro mil kilómetros de este a oeste. Este paso se encuentra a unos novecientos kilómetros de la prolongación occidental de la cordillera. Más allá de las montañas hay, por la parte oeste, pantanos, al igual que en la parte este. No hay nadie que sepa qué extensión tienen.
-¿Y por qué demonios no viven los Viajeros cerca de los pantanos? -dijo Jazz, que estaba hecho un lío-. Si allí no hay montañas, quiere decir que no pueden protegerse del sol, lo que quiere decir igualmente que no hay wamphyri.
-¡De acuerdo! -dijo ella-. Los wamphyri viven en sus castillos, exactamente detrás de esas montañas. Pero los Viajeros no pueden ir ni muy hacia el este ni muy hacia el oeste, porque los pantanos son los lugares donde se crían los vampiros. Son fuentes de vampirismo, de la misma manera que este mundo es fuente de leyendas de la Tierra.
Jazz trató de comprenderlo y entretanto movió afirmativamente la cabeza.
-Me has vuelto a desorientar -tuvo que admitir-. Dices que allí no hay wamphyri y en cambio acabas de explicarme que en los pantanos se crían los vampiros.
-Quizás es porque antes no me has prestado mucha atención -dijo ella-.
Pero lo comprendo. Es lo que decía Arlek: tienes mucho que aprender y muy poco tiempo para aprenderlo. Ya te he explicado que los wamphyri son lo que resulta cuando el huevo de un vampiro penetra en un hombre o en una mujer. Los vampiros de verdad viven en los pantanos, que es donde se crían. De cuando en cuando se produce un crecimiento súbito y entonces se desbordan e infestan los animales locales. Y harían lo mismo con los hombres en caso de que los hubiera.
Los wamphyri se remontan a una época en que los hombres fueron infestados.
Ahora son ellos los que se dedican a infestar a los demás.
Zek se estremeció.
-Los wamphyri son hombres, pero modificados a causa de los vampiros que intervinieron en ellos- añadió a modo de explicación.
Jazz aspiró una profunda bocanada de aire fresco y dijo:
-¡Bah! Volvamos a la topografía.
-Ya no queda más que decir -respondió Zek-. La Tierra de las Estrellas está constituida por los castillos de los wamphyri y por los propios wamphyri. Al norte del sitio donde están se encuentran las tierras

heladas. Allí hay una o dos criaturas de características polares, pero nada más. En cualquier caso, se trata de seres legendarios, ya que no hay ningún Viajero vivo que los haya visto. ¡Ah!, y al pie de las montañas de la Tierra de las Estrellas, entre los castillos y las Cumbres, viven los trogloditas. Son seres subterráneos, subhumanos. Se dan a sí mismos el nombre de Szgany o trogs y tienen a los wamphyri por dioses. He visto algunos conservados en naftalina en los almacenes de lady Karen. Son casi prehistóricos.

Zek hizo una pausa para tomar aliento y dijo:

-Así es que ya te he resumido todo lo relativo al planeta y a su gente. Tan sólo hay una cosa que he omitido o, por lo menos, una cosa de la que me acuerde de momento, puesto que ni yo misma estoy segura de ella. De todos modos, puedes estar seguro de que se trata de algo monstruoso.

-¿Monstruoso? -dijo Jazz repitiendo sus palabras-. La mayoría de cosas que me has dicho lo son. Dejémoslo así, de momento; después tengo otras preguntas que hacerte.

-Muy bien -dijo ella frunciendo el entrecejo-, se supone que hay algo llamado «Arbiteri Ingertos Westweich», que es una frase de los wamphyri que significa...

-¿Él en su Jardín Occidental? -dijo Jazz como hablando consigo mismo.

Ella le dedicó una media sonrisa y asintió lentamente.

-Arlek se equivocaba contigo, al igual que yo -le dijo-. Aprendes deprisa. Significa: El-Habitante-de-su-Jardín-de-Occidente.

-No hay ninguna diferencia -dijo Jazz encogiéndose de hombros, después de lo cual le tocó a él el turno de fruncir el entrecejo-, aunque a mí esto me suena muy plácido y no me parece nada monstruoso.

-Es posible -respondió ella-, pero los wamphyri le temen a él o a lo que sea de una manera atroz. Sin embargo, ya te he dicho que ahora están peleándose y riñendo unos con otros. Bueno, en determinadas circunstancias y, hasta cierto punto, están extraordinariamente unidos. Todos los wamphyri. Hicieron mucho para desembarazarse del Habitante. De acuerdo con la leyenda, es un mago fabuloso cuya casa parece encontrarse en un verde valle situado no se sabe dónde, entre las cimas que se levantan a occidente. Hablo de leyenda y esto puede causar una impresión equivocada. En realidad, se trata de una leyenda muy reciente, posiblemente con una antigüedad aproximada de doce años de la Tierra. Fue entonces cuando aparentemente se iniciaron las historias. Se dice que a partir de entonces ha vivido aquí, ha marcado su territorio, lo ha custodiado celosamente y trata despiadadamente a los posibles invasores.

-¿Incluso a los wamphyri?

-Que se sepa, incluso a los wamphyri. Éstos cuentan de él espantosas historias que te parecerían increíbles. Lo cual, dada su naturaleza, significa bastante.

Así que terminó de hablar se advirtió que en el desfiladero había movimiento en dirección al norte. Arlek y sus hombres se pusieron inmediatamente alerta, ordenaron a sus lobos que avanzaran y empuñaron sus armas. Jazz se dio cuenta de que llevaban antorchas embadurnadas con un líquido negro parecido al alquitrán preparado para arder. Había otros preparados con pedernales.

Arlek se acercó rápidamente y atrajo a Jazz hacia sus pies.
-Podría ser Jasef -dijo con voz ronca- u otra cosa cualquiera. El sol casi se ha puesto.
Jazz, dirigiéndose a Zek, dijo:
-¿Son de fiar estos pedernales que llevan? Tengo una caja de cerillas en el bolsillo de arriba... y cigarrillos. Pero parece que eso no les interesa lo más mínimo... sólo quieren lo importante.
Hablaba en ruso y Arlek no había captado el significado de sus palabras. El gitano volvió su rostro de cuero, en actitud inquisitiva, en dirección a Zek.
Pero ésta se echó a reír y dijo algo que Jazz no acabó de comprender.
Después desabrochó el bolsillo de Jazz y sacó las cerillas, las mostró a Arlek y encendió una. Ésta prendió inmediatamente y el gitano soltó un taco, pegó un salto y la apartó de un golpe de la mano de la chica. La expresión de su rostro denotaba una extraordinaria sorpresa, una incredulidad total de lo que veían sus ojos.
Zek al momento le dirigió unas palabras, entre las cuales Jazz pescó la palabra «cobarde». Habría preferido que no pronunciara esa palabra con tanta ligereza, sobre todo tratándose de Arlek. Después, con gran lentitud y extrema deliberación, como si estuviera hablando con un niño un poco tonto, Zek le dijo entre dientes:
-¿Qué hacéis con las antorchas? ¿Y si no es Jasef?
Arlek la miró con la boca abierta, parpadeó con nerviosismo y, finalmente, asintió dando a entender que había comprendido.
En cualquier caso se trataba de Jasef. Un viejo con un palo, auxiliado por dos gitanos más jóvenes, se acercó renqueando bajo los últimos rayos de sol. Se encaminó directamente a Arlek y dijo:
-Hay un centinela, un trog. Pero el jefe de los trogs, lord Shaithis, le ha otorgado el poder de hablar a gran distancia. Vio al hombre..., a este Jazz..., cuando atravesaba el desfiladero y lo comunicó a Shaithis. Habría venido al momento, pero el sol...
-Sí, sí... puedes continuar -le urgió Arlek.
Jasef encogió sus frágiles hombros.
-Yo no he hablado con este Szgany cara a cara, ¿comprendes? Es posible que haya peores cosas que él al acecho. Yo he estado fuera y he hablado con él a través de mis pensamientos, a la manera de los wamphyri.
-Naturalmente, ya se entiende -dijo Arlek, que estaba casi a su lado.
-Yo he transmitido al trog tu mensaje y él lo ha pasado al señor de los wamphyri. Después me ha dicho que volviera a tu lado.
-¿Cómo? -dijo Arlek, que evidentemente se había quedado atónito-. ¿Eso es todo?
Jasef no pudo hacer otra cosa que volver a encogerse de hombros.
-Lo que él me ha dicho ha sido esto: «Di a Arlek de los Viajeros que mi señor Shaithis hablará personalmente con él». No tengo idea de lo que quería decir con estas palabras.
-¡Imbécil! -murmuró Arlek por lo bajo.
Se volvió y se apartó de Jasef mientras la radio de Zek comenzaba a crepitar, puesto que la antena sobresalía dos o tres centímetros de su bolsillo. La minúscula luz roja del monitor se puso a parpadear. Arlek

lanzó un suspiro y retrocedió un paso, al tiempo que señalaba con el dedo la radio y miraba a Zek con ojos saltones mientras Zek la sacaba del bolsillo.
-¿Más juegos mágicos? -le dijo en tono acusador-. Hace mucho tiempo que habríamos tenido que destruir todas tus cosas... y a ti incluso... en lugar de permitir que Lardis te las devolviera.
Zek había tenido también un susto, pero sólo momentáneo.
-Si me fueron devueltas es porque son inofensivas y porque no os causan ningún daño -dijo-. Además, son mías. A diferencia de vosotros, Lardis no es un ladrón. He repetido multitud de veces a los Viajeros que esto sirve para comunicarse a gran distancia, ¿no es verdad? Pero que si no funcionaba es porque no había nadie con quien poder hablar. Esto es una máquina, no es magia. Sin embargo, ahora hay alguien con quien poder hablar, alguien que quiere establecer comunicación.
Después, dirigiéndose a Jazz en voz más baja, añadió:
-Creo que sé qué significa esto.
Jazz asintió con la cabeza y dijo:
-Esto que decías acerca de que nosotros tenemos una gran importancia. ..
-Sí, en efecto -respondió ella-. Creo que lord Shaithis ya cuenta con algo importante, si no un as, por lo menos otra carta casi equivalente. ¡Tiene a Karl Vyotsky!
Después habló a través de la radio:
-Llamada desconocida... aquí Zek Föener. ¿Cuál es su comunicación?
La radio volvió a crepitar y una voz en otro tiempo familiar, algo temblorosa, un poco apremiante y casi sin aliento, pero perfectamente coherente, dijo:
-Déjate de los procedimientos de la radio, Zek. Aquí Karl Vyotsky. ¿Está Arlek de los Viajeros contigo?
Su voz dejaba traslucir la sensación de que no estaba demasiado seguro de lo que decía, como si se limitara a transmitir las órdenes de otra persona.
-Déjame que hable con él -dijo Jazz, después de lo cual Zek le aproximó la radio a la cara-. ¿Quién es la persona que quiere informarse, camarada? -preguntó.
Hubo un momento de silencio y con una voz que súbitamente se hizo suplicante, Vyotsky dijo:
-Escucha, británico, sé que estamos en bandos diferentes, pero si me fallas ahora, todo ha terminado para mí. Esta radio está haciendo de las suyas. A veces recibe y a veces no recibe. En estos momentos dispongo de una captación excelente... no sabes lo bien que va..., pero de todos modos no me fío de este aparato. Así es que no perdamos el tiempo con juegos. No puedo creer que me dejaras vivir una vez y que ahora quieras liquidarme. Así es que si ese tipo, Arlek, está aquí contigo, haz que se ponga. Dile que Shaithis, de los wamphyri, quiere hablar con él.
Arlek había oído que su nombre se pronunciaba dos veces y el de Shaithis varias veces más. Era evidente que la conversación giraba en torno a él y al señor de los wamphyri. Tendió la mano hacia la radio y dijo:
-Dámela.

De haber estado la radio en manos de Jazz éste la habría arrojado al suelo, la habría pisoteado y la habría destruido. Si no había comunicación, no había trato. Es posible que Zek tuviera la misma idea, pero no actuó con rapidez suficiente. Arlek le arrebató la radio, se puso a manipularla torpemente unos momentos y, finalmente, con una cierta tosquedad en la expresión, dijo:
-Soy Arlek.
El aparato emitió una serie de ruidos y al cabo de un rato dijo una voz de hombre:
-Arlek de los Viajeros, de la tribu de Lardis Lidesci... aquí Shaithis de los wamphyri hablando contigo. ¿Por qué eres tú quien manda y no Lardis? ¿Es que has ocupado su puesto en la tribu?
Aquella voz era la más bronca y amenazadora que Jazz había oído en su vida, pero aun cuando tenía algo de inhumana, era evidente que se trataba de la voz de un hombre. Era una voz profunda que articulaba perfectamente cada palabra con inflexible autoridad, como si el propietario de la misma supiera que, quienquiera que fuese la persona a la que se dirigía, siempre se trataba de un inferior.
Arlek dominó rápidamente el funcionamiento de la radio.
-Lardis no está -dijo-. Es posible que vuelva o que no vuelva. Y aun suponiendo que vuelva, hay Viajeros conmigo que están descontentos de él como jefe. El futuro no está claro y hay muchas cosas que son posibles.
Shaithis fue rápidamente al grano.
-Mi observador me ha dicho que hay contigo una mujer que era la ladrona de los pensamientos de lady Karen. Esa mujer se llama Zekintha y viene de la Tierra del Infierno. También tienes a un hombre de allí que es mago y lleva extrañas armas.
-Lo que te ha dicho tu observador es verdad -respondió Arlek, que ahora parecía sentirse más dueño de la situación.
-¿También es verdad que quieres llegar a un acuerdo conmigo con respecto a este hombre y esta mujer?
-También es verdad. Dame tu palabra de que en el futuro no realizarás ninguna incursión en la llamada tribu de Lardis y yo por mi parte te entregaré a estos magos procedentes de la Tierra del Infierno.
La radio quedó en silencio, como si Shaithis estuviera sopesando la proposición. Por fin dijo:
-¿Y sus armas?
-También todas sus pertenencias, sí -respondió Arlek-. Te lo daré todo salvo una hacha, que también pertenecía a ese hombre. El hacha la quiero para mí.
Aun así, los beneficios para los wamphyri, lord Shaithis, serán importantes. Hay armas extrañas que pueden ayudarnos en las guerras, instrumentos como ese comunicador, que por lo visto tú conoces muy bien, y toda su magia para que la uses a voluntad.
Shaithis pareció vacilar.
-Pues... sabes muy bien que yo no soy más que uno de los señores y que los wamphyri tienen otros. Yo sólo hablo por mí.
-¡Pero tú eres el más grande de los wamphyri! -Arlek ahora se sentía seguro de sí mismo-. Yo no te pido protección, te digo simplemente que, en

el caso de que se presente la ocasión, impidas que los demás señores realicen incursiones. Hay muchos Viajeros y, después de todo, nosotros no somos más que un pequeña tribu. Tú no hagas ninguna incursión contra nosotros y, si te place, te aseguras de que las incursiones de tus iguales, los demás señores, se realicen más difícilmente...
La voz de Shaithis pareció hacerse todavía más profunda.
-No reconozco en los demás señores a mis compañeros, Arlek. En ellos sólo veo enemigos. En cuanto a poner obstáculos en su camino, ya lo hago. Lo he hecho siempre.
-Entonces, quizá podrías poner mayor diligencia en ello -siguió presionándole Arlek, que le repitió-: nosotros somos una tribu pequeña, lord Shaithis. Yo no te pido nada para los Viajeros de otras castas.
Zek intentó quitarle la radio, pero él le dio la espalda. Dos de los hombres de Arlek la agarraron por los brazos y la inmovilizaron.
-¡Infame, traidor...!
Zek no encontraba las palabras.
-De acuerdo -dijo Shaithis-. Y ahora dime una cosa, ¿cómo me los entregarás?
-Los ataré bien atados -respondió Arlek- y los dejaré aquí. Estamos un poco más lejos de la atalaya del desfiladero.
-¿Dejaréis sus armas a mano?
-Sí -replicó Arlek levantando los hombros y haciendo vibrar las aletas de la nariz.
Pese a la traición, tenía los ojos brillantes. Todo funcionaba de acuerdo con el plan establecido. Los wamphyri eran una maldición, pero si la maldición desaparecía, aunque sólo fuera en parte... no tardaría en pasar mucho tiempo antes de que Lardis Lidesci perdiera su puesto.
-Entonces que sea ahora mismo, Arlek de los Viajeros. ¡Átalos, déjalos ahí y desaparece! ¡Shaithis se pone en camino! Que no te encuentre en el momento de mi llegada. En cualquier caso, el paso me pertenece... después del anochecer.
Se quedaron solos en la oscuridad, acompañados únicamente por el sonido de su propia respiración. La cuadrilla de Arlek se puso en marcha con él al mando; al parecer, Lobo los seguía. Mientras se escuchaban los sonidos de su apresurada partida, Jazz comentó:
-Sigo pensando que ese animal tuyo tiene muy poco de perro guardián.
-No te muevas -le recomendó ella.
Pero no dijo nada más. Zek estaba inmóvil. Jazz volvió la cabeza y miró hacia el norte, a la parte superior del desfiladero. Lo único que se veía por aquella parte era el frío fulgor de la luz de las estrellas. Aguzó los oídos y siguió sin oír nada.
-¿Por qué tengo que estar quieto? -dijo en un murmullo.
-Estaba tratando de establecer contacto con Lobo -respondió ella-. Puede atacarlos en cualquier momento... y provocar que lo maten. Yo procuro retenerlo.
Ha sido un buen amigo y compañero mío, pero no había llegado el momento.
¡Ahora es el momento!
-¿De qué?

-Ya has visto sus dientes... afilados como escoplos. Lo he llamado. Si me ha oído y no se siente demasiado involucrado con los demás lobos, volverá. Nos han atado con tiras de cuero, pero con un poco de tiempo...
Jazz se dio la vuelta para mirarla.
-Sí, de eso por lo menos tendremos en abundancia. He visto los castillos de los wamphyri en lo alto de las columnas. Están a kilómetros de distancia. Después está también la longitud del paso.
Zek negó con la cabeza.
-Jazz, incluso ahora es demasiado tarde.
Mientras hablaba, llegó Lobo a la carrera con la lengua colgando. Detrás de él la abertura sur del paso estaba iluminada con una bruma dorada que iba dispersándose rápidamente.
-¿Demasiado tarde? -le repitió Jazz-. ¿Lo dices porque el sol se ha puesto?
-No, no es eso lo que quería decir -respondió ella-. Y por otra parte, no se ha puesto. A un kilómetro y medio de aquí, en dirección sur, el paso se eleva un poco para formar una cresta no muy alta, después se hunde bruscamente y gira un poco hacia el este. Desde allí hay una cuesta bastante empinada que baja a la Tierra del Sol. El sol está ahora en nuestro horizonte, nada más. En la Tierra del Sol quedan muchas horas de luz todavía, pero... Shaithis ya no tardará en llegar.
-¿Dispone de algún transporte? -dijo Jazz un poco confundido, pero con una cierta arrogancia.
-Sí, dispone de él -respondió Zek-. Jazz, no puedo ponerme boca abajo, porque tengo clavada una roca. Pero, si tú puedes, le diré a Lobo que te rompa con la boca las ataduras.
-Me parece que atribuyes una gran inteligencia a ese viejo lobo -dijo Jazz, un tanto escéptico.
-Una imagen mental vale por mil palabras -repuso Zek.
-¡Ah! -dijo Jazz, al tiempo que se esforzaba en colocarse boca abajo, pero...
-Antes de que te vuelvas -le reconvino ella casi sin aliento-, ¿quieres darme un beso?
Movió el cuerpo para acercarse un poco más.
-¿Qué? -preguntó, dejando de hacer esfuerzos.
-Sólo si quieres, claro -repuso ella-. Pero... es posible que ya no vuelva a presentarse la ocasión.
Jazz estiró el cuello y la besó lo mejor que pudo. Imposibilitados de respirar, finalmente se separaron.
-¿Lees mis pensamientos? -le preguntó él.
-No.
-¡Bien! Pero ahora que ya sé a qué sabes, cuanto antes se ponga Lobo a trabajar en estas ataduras, mejor.
Se dio la vuelta y se quedó boca abajo. Estaba atado de una manera que parecía un pollo. Tenía las rodillas dobladas y los pies levantados. Las muñecas las tenía atadas a la espalda y después atadas nuevamente a los pies. Lobo se puso inmediatamente a tirar de las ataduras de cuero que sujetaban a Jazz.
-¡No! ¿Qué estás haciendo? -exclamó Jazz escupiendo polvo-. ¡No tires del cuero, muérdelo!
Lobo le obedeció al momento.

Jazz veía sus pertenencias, entre ellas la metralleta, y las cosas de Zek, dejadas a poca distancia. Las armas, en la oscuridad, relucían con un brillo metálico.
-Veo que Arlek se ha llevado el compo -dijo.
-¿Qué es el compo?
-Sí, el mejunje, la comida.
Zek se quedó en silencio.
-Quiero decir que él le ha dicho a Shaithis que lo dejaría todo, salvo el hacha.
Zek contestó tranquilamente:
-Pero es que él sabía que la comida no tenía ninguna utilidad para Shaithis.
Jazz trató de volver la cabeza hacia ella.
-Bueno, pero él come, ¿verdad?
Y se quedó callado. A través de la sombra que se proyectaba sobre el rostro de Zek, Jazz veía sus ojos sin pestañear.
-Sí, hablo de lord Shaithis, el de los wamphyri -refunfuñó Jazz-. ¿No es un vampiro?
-Jazz -dijo ella-. La esperanza es eterna, pero... quizá debo explicarte cómo funcionarían las cosas en caso de que nos cogieran.
-Sí, me parece que deberías decírmelo -repuso.
Una cosa pequeña, negra, movediza, se puso a revolotear sobre ellos, se acercó en un movimiento súbito y volvió a elevarse para desaparecer inmediatamente en línea recta. Al poco rato llegó otra de esas cosas y enseguida vinieron muchas más hasta que todo el aire se llenó de ellas. Jazz se había quedado como de piedra, dejó de respirar, pero Zek dijo:
-Son murciélagos, no son más que murciélagos, murciélagos de tipo corriente. No tienen nada que ver con los wamphyri. Los wamphyri se sirven de ellos. Me refiero a los grandes: *Desmodas,* el vampiro.
Jazz notó que una de las tiras de la espalda se había partido y que inmediatamente se rompía otra. Jazz flexionó las muñecas y sintió que las ataduras cedían un poco. Lobo seguía masticando.
-Ibas a hablarme del transporte que utiliza Shaithis -le recordó Jazz.
-No -dijo ella-, no iba a decirte nada.
Por el tono de voz Jazz comprendió que no debía seguir preguntando. En todo caso, a Jazz no le hacía falta saberlo. Cuando se partió la última tira de cuero y consiguió separar sus muñecas doloridas, inmediatamente estiró las piernas entumecidas, se volvió boca arriba y miró hacia lo alto. Su mirada se vio atraída por un revuelo que se movía en las alturas. Situada al mismo nivel que las paredes altas del desfiladero, se veía una gran mancha negra..., varias manchas negras...
que tapaban las estrellas a medida que iban bajando.
-¿Qué diablos es eso? -dijo Jazz en un murmullo.
-Ya están aquí -contestó Zek, suspirando-. ¡Rápido, Jazz! ¡Por favor, muy rápido!
Lobo comenzó a saltar ansiosamente, moviéndose hacia adelante y hacia atrás, lanzando aullidos, mientras Jazz ponía en movimiento sus dedos agarrotados, porfiando por soltar las ataduras que sujetaban los pies de Zek. Por fin pudo liberárselos. Después dio la vuelta a Zek, la puso sin

miramiento boca abajo sobre sus rodillas y comenzó a tratar frenéticamente de desatarle los nudos.
A medida que los iba soltando, seguía vigilando las alturas en dirección al norte desde el lugar donde se encontraban.
Las manchas iban bajando lentamente, parecían piedras que fueran hundiéndose parsimoniosamente en aguas tranquilas, balanceándose de un lado a otro, posándose como hojas de otoño sobre la tierra en una mañana tranquila de principios de septiembre. Ya se distinguía perfectamente la silueta de tres de aquellas manchas: enormes, romboidales, con los vértices opuestos prolongados en forma de cabeza y cola. Se inclinaban tanto a un lado como a otro y se posaban silenciosamente en tierra, en dirección al lecho del desfiladero.
Zek ya casi tenía las manos libres; Jazz dejó de ocuparse de ellas para dirigir su atención a los pies. Se le ocurrió pensar que lo mejor era levantarla, cargársela sobre los hombros y echar a correr. Pero tuvo que afrontar la realidad, y la realidad era que tenía las piernas agarrotadas y que la oscuridad era casi absoluta. Seguro que habría tropezado y que Lobo únicamente le habría servido para desempeñar una vigilancia de retaguardia bien poco efectiva.
Tres golpes sordos en rápida sucesión anunciaron que los objetos voladores se había posado en tierra. Los dedos de Jazz recuperaron su agilidad y ahora se mostraban diestros y perfectamente capaces de liberar los pies de Zek. Ésta no paraba de jadear, evidenciando signos de evidente terror.
-No te asustes -le dijo él en un susurro-, falta sólo deshacer un nudo y podremos marcharnos.
Desfiladero abajo, quizás a unos cien metros de distancia, había tres figuras acurrucadas contra un horizonte de estrellas, con cabezas anchas y chatas balanceándose al extremo de largos cuellos. Desató el último nudo y, mientras Zek porfiaba por ponerse de pie, vacilante, Lobo se quedó con el rabo entre piernas.
Soltó un aullido, a continuación un débil ladrido, y comenzó a retroceder en dirección sur.
Jazz rodeaba con el brazo la cintura de Zek, como si tratase de sostenerla.
-Mueve los brazos, golpea con fuerza los pies en el suelo y activa la circulación de la sangre -dijo.
No contestó y se limitó a mirar con ojos muy abiertos la imagen que se observaba detrás de él, en dirección a los seres voladores que se habían posado en el suelo. Jazz intuyó más que sintió el estremecimiento que recorría el cuerpo de su compañera, un movimiento que se iniciaba en la cabeza y atravesaba todo su cuerpo hasta los pies. Era una reacción involuntaria, casi como el perro que se sacude el agua de encima. Jazz sabía, sin embargo, que aquello era algo que no se sacudía tan fácilmente de encima como el agua. Se volvió para seguir la dirección de la mirada de Zek.
Había tres figuras situadas a menos de diez pasos de distancia.
Únicamente se veían las siluetas, si bien esta circunstancia no restaba nada al aura terrible de su presencia, puesto que ésta irradiaba de

aquellos seres en forma de ondas casi tangibles. Era una fuerza que advertía de su invulnerabilidad.
Contaba con todas las ventajas: podían ver en la oscuridad, eran más fuertes que cualquier hombre terrenal dotado de los más poderosos músculos y estaban armados. Y no sólo contaban con armas físicas, sino también con los poderes de los wamphyri. Jazz todavía no sabía nada de estos últimos, a diferencia de Zek, que sí sabía muchas cosas.
-Trata de evitar mirarlos a los ojos -le dijo ella con voz sibilante.
Los tres seres eran hombres o lo habían sido; esto era evidente, pero en todo caso eran hombres muy fornidos y, aunque sólo veía su silueta recortada sobre el fondo de estrellas y negrura, de extrañas bestias que se movían por el cielo, Jazz se daba cuenta de qué clase de hombres eran. En su mente aparecía una y otra vez la imagen recurrente de un hombre como éstos, agonizando en un infierno de calor y de llamas, que gritaba con toda su furia un desafío, incluso en aquellos momentos: «¡Wamphyri!»
El que estaba en medio debía de ser Shaithis; Jazz calculó que tendría casi dos metros de altura y les sacaba a los otros dos toda la cabeza. Estaba muy erguido, cubierto con una capa; el cabello le caía sobre los hombros. Las proporciones de su cabeza eran extrañas, ya que mientras echaba rápidas miradas curiosas a su alrededor, moviendo la cabeza de un lado a otro y poniéndose de perfil, Jazz pudo advertir la longitud de su cráneo y la magnitud de sus mandíbulas, su hocico arrollado en espiral, la movilidad de sus orejas en forma de caracola. El suyo era un rostro compuesto: hombre- urciélago- obo.
Los dos hombres que estaban a su lado iban casi desnudos; sus cuerpos eran pálidos a la luz de las estrellas, musculosos, maleables como si estuvieran llenos de líquido. Llevaban en la cabeza una especie de moño que formaba un copete del que colgaba una cola y en la mano derecha... Eran siluetas que Jazz habría conocido en cualquier parte. Sí, en las manos llevaban los guantes mortíferos de los wamphyri.
¡Parecían tan seguros de sí mismos! Estaban de pie con los brazos en jarras totalmente despreocupados, con los ojos enrojecidos fijos en Jazz y en Zek, que los observaban como si contemplasen las evoluciones de unos insectos.
-¡No están atados! -exclamó Shaithis con su voz bronca inconfundible-.
Esto quiere decir que Arlek es un embustero o que vosotros sois muy listos. Pero ya veo las correas rotas, lo que quiere decir que sois muy listos. Se trata de vuestra magia, naturalmente. Es decir, de mi magia ahora.
Jazz y Zek retrocedieron dos pasos en actitud vacilante. Pero los tres seres avanzaron hacia ellos, más rápidos pero sin prisa, alineándose gradualmente en círculo a su alrededor. Los acólitos de Shaithis se movían de la misma manera que los hombres, con pasos rápidos y seguros, si bien su amo parecía resbalar en el suelo, como movido únicamente por la fuerza de su voluntad. Tenía ojos de color carmesí, que parecían arder con una luz propia, interna y malévola. Era difícil evitar sus ojos, pensaba Jazz. Eran como las puertas del infierno, aunque sería difícil decirle a una polilla que no se acercara a la llama de una vela.
El codo de Zek se hundió con fuerza en sus costillas.

-¡No los mires a los ojos! -volvió a decirle-. ¡Huye, Jazz, si puedes! Yo tengo calambres por todas partes y lo único que conseguiré es retrasarte.
Lobo surgió de la oscuridad, lanzando rugidos de rabia, y quizá también de terror, dejando detrás de él las sombras del acantilado este. Se abalanzó sobre el lugarteniente de Shaithis atacándolo por aquel flanco; el hombre se volvió con un gesto indiferente hacia él y se lo sacudió de encima con la mano izquierda igual que Jazz podría haberse sacudido un perro faldero que lo estuviese importunando. Lobo retrocedió, lanzó un aullido y el hombre al que había atacado le mostró su guantelete.
-Acércate, lobito -dijo como burlándose del animal-. Ven y deja que Gustan acaricie el pelo sedoso y gris de tu cabecita.
-¡Apártate, Lobo! -le gritó Zek.
-¡Quietos! -ordenó Shaithis, señalando a Jazz y a Zek-. No perseguiré lo que es mío. Acercaos inmediatamente o seréis castigados. ¡Severamente castigados!
El tacón de Jazz tocó algo metálico, un objeto de acero. ¡Era su metralleta! También tenía allí sus macutos.
Se desplomó sobre una rodilla y agarró el arma. Los tres seres que tenía enfrente vieron el arma que empuñaba en su mano y se pararon. Permanecieron inmóviles un momento, con los ojos enrojecidos clavados en él.
-¿Qué es esto? -dijo Shaithis con un tono de voz peligrosamente grave-. ¿Amenazas a tu dueño?
Jazz miró a los tres personajes, arrodillado como estaba en el suelo, y, a tientas, buscó con la mano un macuto y después otro. Encontró lo que andaba buscando, introdujo el cargador en el arma... y en ese momento Shaithis se precipitó hacia adelante.
-Te he dicho...
-¿Amenazarte? -dijo Jazz preparando el arma-. Yo actúo, no amenazo.
Pero el hombre que se encontraba en el flanco derecho de Shaithis se acercó agazapado y su pie, calzado con una sandalia, aplastó la muñeca derecha de Jazz, inmovilizándola en el suelo. Jazz, deliberadamente, se arrojó al suelo y trató de sacudirse de encima al hombre dándole un puntapié, pero éste era muy hábil.
Evitando los puntapiés de Jazz y manteniendo inmovilizados en el suelo su brazo y el arma que sujetaba, se puso de rodillas, cogió a Jazz por la cara con su maciza mano izquierda, inclinó su cabeza hacia atrás aparentemente sin hacer ningún esfuerzo y le mostró el guantelete que esgrimió en lo alto. Abriendo el puño, aparecieron los ganchos, los cuchillos, las fulgurantes hoces que reflejaban la luz de las estrellas. Después de esto el hombre sonrió y enarcó las cejas mirando a Jazz con aire inquisitivo y burlón, mientras éste seguía con la metralleta agarrada con la mano. La boca del arma había quedado hincada en el polvo y Jazz no se atrevía a apretar el gatillo.
Abrió la mano y soltó el arma, después el hombre que lo tenía agarrado por la cara lo levantó del suelo sin soltarlo. Jazz no podía hacer nada, se daba cuenta de que, si al lugarteniente de Shaithis se le hubiese antojado hacerlo, le habría rebanado la carne del cráneo como quien monda una naranja.

Zek de un salto se plantó junto al hombre que estaba a la izquierda de Shaithis, Gustan, que ahora avanzó hacia adelante.
-¡Bravucones! -le gritó, golpeándolo con los puños-. ¡Hijos de puta! ¡Vampiros!
Gustan la levantó en el aire sosteniéndola con un brazo y, con una sonrisa sarcástica, le recorrió todo el cuerpo con la mano izquierda, que tenía libre, pellizcándola en diferentes sitios.
-Tendrías que dejarme a ésta un ratito, lord Shaithis -rezongó-, así procuraría meterle un poco de juicio en la cabeza y le enseñaría qué significa ser obediente.
Shaithis se volvió hacia él.
-Ésta será mi esclava y no la esclava de nadie más, así que mantén la boca cerrada, Gustan. En el corral todavía queda sitio para otras bestias guerreras, si es que te apetece ir.
Gustan pareció impresionarse.
-Lo único que yo quería...
-¡Tranquilo! -le interrumpió Shaithis.
Después se adelantó, olfateó a Zek y asistió con un movimiento de cabeza.
-Sí, hay magia en ésta, pero recuerda una cosa: que se escapó de manos de la zorra de Karen. No la pierdas de vista, Gustan.
Y a continuación se puso a observar a Jazz.
-*En* cuanto a ti...
Nuevamente adelantó su hocico enrollado y pareció usarlo como un monstruoso perro sabueso. Sus ojos se habían convertido en unas finísimas rendijas de color escarlata.
-¡Es un mago extraordinario! -exclamó Zek, colgada como estaba de los brazos de Gustan.
-¿Ah, sí? -dijo Shaithis echándole una mirada-. ¿Y cuál es su talento, si tienes la bondad de decírmelo? Porque la verdad es que yo no detecto en él magia alguna.
-Yo..., yo sé leer el futuro -dijo Jazz abriendo su boca magullada y haciendo con ella un morrito.
Shaithis le dedicó una espantosa sonrisa.
-¡Fantástico!, porque yo acabo de leer el tuyo.
E hizo un ademán al hombre que sostenía a Jazz en lo alto.
-¡Espera! -exclamó Zek-. ¡Te aseguro que es verdad! Si lo matas, perderás un poderoso aliado.
-¿Un aliado? -Shaithis parecía divertido-. Querrás decir un criado, quizá.
Después, acariciándose la barbilla, añadió:
-Muy bien, vamos a poner a prueba su talento. Déjalo en el suelo.
Jazz fue depositado en el suelo, donde se quedó de puntillas.
Shaithis se puso a observarlo atentamente y después inclinó la cabeza a un lado como si pensara en una prueba apropiada.
-¡Venga, dime! -dijo por fin-, ¿qué ves en mi futuro, viajante de los infiernos?
Jazz sabía que estaba perdido, pero todavía tenía que considerar a Zek.
-Fíjate en lo que te digo -respondió-. Si haces daño a esta mujer en la forma que sea, aunque sólo le toques un pelo de la cabeza, vas a arder como una tea. ¡Seguro que el sol te abrasa, Shaithis de los wamphyri!

-Eso no es predecir el futuro, sino simplemente lanzar una maldición -le soltó Shaithis-. ¿Te has creído que lanzabas una maldición? ¿Qué has dicho? ¿Que no tocara un solo cabello de su cabeza? ¿Quieres decir de esa cabeza?
Acercándose a Zek, la agarró por su rubia cabellera, se la juntó en un puño y tiró de ella hasta que se puso a gritar.
Y el sol de pronto se levantó sobre el desfiladero a través de las montañas e iluminó aquel paraje con sus rayos abrasadores y penetrantes.
Antes de que el hombre que sostenía a Jazz comenzara a chillar aterrorizado y la soltara como si fuera una muñeca de trapo, el inglés no pudo por menos de entretenerse en un pensamiento completamente frivolo:
«¡Es a esto a lo que yo llamo magia!», dijo para sí.

Capítulo 13

Lardis Lidesci

Una vez en el suelo, Jazz dio unos cuantos pasos en dirección al arma y nadie hizo el más mínimo esfuerzo para impedírselo. La razón era muy sencilla: Shaithis y sus dos secuaces estaban retrocediendo hacia sus montañas, trepando como cucarachas y buscando el camino entre rocas y piedras desprendidas para encontrar sombra y refugio frente a la luz del sol, abrasadora y fatal para ellos.
Cada vez que la luz caía sobre ellos, chillaban como si los quemase y se cubrían la cabeza como protegiéndose en su huida a la desesperada.
Uno de ellos, Gustan, sin embargo, todavía tenía agarrada a Zek, que se retorcía como una serpiente y golpeaba la cabeza de Gustan con sus minúsculas manos. Gustan era la primera víctima de Jazz.
El británico cogió la metralleta del suelo, inclinó el cañón hacia abajo y la sacudió. Cayeron de él unas cuantas piedrecillas y bastante polvo. Jazz hizo votos para que no hubiera nada grande alojado en el interior. Inmediatamente hincó una rodilla en el suelo, apuntó hacia la huidiza y doble silueta de Gustan, apretó el gatillo y disparó. El arma respondió escupiendo una ráfaga graneada de plomo, dirigida contra las piernas de Gustan. El lugarteniente de Shaithis se desplomó como atravesado por un eje, levantó una nube de polvo y exhaló una serie de gritos, debatiéndose a la sombra de un montón de rocas, si bien Zek ya llegaba corriendo, liberada por fin.
Jazz no podía volver a disparar por miedo a herirla.
-¡Hazte a un lado! -le gritó con voz ronca-. ¡Despeja la línea de fuego!
Zek lo oyó y se hizo a un lado. Inmediatamente se le ofreció un blanco que se movía frenéticamente bajo un rayo de luz que parecía barrerlo. Jazz apuntó al vampiro con sus cinco sentidos, pese a que la luz ya iba ascendiendo, y volvió a disparar. Se oyeron ecos de gritos y maldiciones. Jazz esperaba haber alcanzado al propio Shaithis, pero lo dudaba, porque la silueta no tenía sus proporciones. Por otra parte, todavía notaba las magulladuras de su cara en los lugares donde el segundo de Shaithis lo había maltratado. Este ya tenía lo suyo. Así esta gente aprendería que no debía meterse con los magos del país de los infiernos.
Zek se acercó arrastrándose desde las sombras situadas en la base del acantilado.
-¡Soy yo! -gritó mientras él, a sacudidas, se movía en dirección hacia ella-. ¡No dispares!
Lobo había ido a su encuentro, ahora gimoteaba y hacía cabriolas a su alrededor igual que un cachorrillo.
-¡Poneos detrás de mí! -les advirtió Jazz, haciendo una señal a la chica y al lobo-. Pasadme otro cargador del macuto, ¡rápido!
Los rayos de los reflectores procedentes de las altas paredes de los acantilados de la parte sur (Jazz pensó que esto es lo que parecían: unos potentes focos que buscasen al enemigo) seguían explorando, moviéndose por la parte baja y emitiendo discos de luz reflejada en el suelo del cañón. Jazz pensó para sí que, efectivamente, aquella luz parecía reflejada por

unos espejos. ¡Menos mal que había quien los buscaba! En este momento un par de rayos convergieron en Shaithis en el momento en que el señor de los wamphyri había alcanzado el flanco de la escalera más próxima.
Era la oportunidad que Jazz estaba esperando. Habría podido coger a Zek de la mano y huir hacia el sur con ella, pero tenía la esperanza de pegarle un tiro a Shaithis. Ahora el blanco se desplazó a un lado de su montura y un par de rayos de luz comenzaron a seguirlo. Dando manotazos a los brillantes rayos que caían sobre él, como si quisiera librarse de llamas que lo quemasen, aunque sin conseguir ningún resultado, Shaithis dio un salto para agarrar los arneses de su animal y montarse en la ornamentada silla. Allí fue donde Jazz lo atrapó. Tenía una docena de balas aproximadamente, el tercio del cargador tal vez, preparadas especialmente para la ocasión.
Abrió fuego apuntando cuidadosamente, lanzando disparos aislados y haciendo votos para que uno por lo menos diera en el blanco. Shaithis pareció experimentar una sacudida cuando iba a montarse en la silla y cayó, aunque siguió agarrado al arnés. Jazz lanzó un taco contra la escasa precisión del arma de corto alcance y volvió a apuntar procurando poner mas atención. El disparo siguiente seguramente no alcanzó a Shaithis, aunque debió de tocar al animal en algún lugar delicado, pues la bestia echó para atrás la cabeza y dio un alarido desesperado, después de lo cual se puso a mover furiosamente la cola. Todavía tardó un momento antes de que del vientre de aquella criatura surgiera una especie de asqueroso nido de gusanos que, desenrollándole, impulsaron su cuerpo hacia arriba. Shaithis seguía agarrado a un lado, tratando de encaramarse a la silla.
Para entonces las otras monturas también habían conseguido elevarse en el aire y Jazz quedó atónito al ver que las dos tenían sus jinetes. Gustan tenía que estar herido por fuerza. Jazz, sin embargo, no pudo por menos de acordarse del Encuentro Cinco. En aquel caso las balas no lo habían parado, sino que simplemente lo habían importunado un poco y nada más. Lo mismo había ocurrido, al parecer, con Shaithis y sus lugartenientes.
Zek se acercó por detrás y tendió a Jazz un cargador nuevo que éste ya estaba esperando con la mano tendida. Cargó el arma y buscó nuevamente a sus víctimas pero, al levantar la vista hacia el cielo y contemplar la amplia cinta de estrellas que recorría las paredes del fondo del desfiladero... descubrió que sus tres «blancos» se precipitaban sobre él.
-Jazz, ¡agáchate! ¡Oh, agáchate! -gritaba Zek.
Ella y Lobo iban reptando en dirección a una maraña de rocas, pero Jazz se dio cuenta de que las bestias voladoras estarían sobre él antes de que tuviera tiempo de hacer lo que ellos. No veía posibilidad de evitarlas, pero tal vez sí de desviarlas.
Volvió a hincar la rodilla en tierra y con las tres criaturas voladoras y sus jinetes abalanzándose sobre él, situados tan sólo a treinta metros de distancia, abrió fuego mediante un persistente y continuo abanico de fuego. Shaithis estaba en el centro, que era donde Jazz concentraba los disparos. Acribillaba a las monturas e intentaba acribillar también a sus jinetes, de izquierda a derecha y nuevamente contra Shaithis. No entendía cómo era posible que le fallase el tiro, si es que le fallaba, teniendo en

cuenta la distancia, pero cuando vio a las bestias y a sus wamphyri situados prácticamente encima de él, comenzó a creer que, efectivamente, debía de haber fallado el tiro. Pero esto sólo fue en el último momento.
Hasta que el percutor no se cerró de golpe dejando muda el arma, y él aplastado contra el suelo detrás de la roca más próxima, no vio los efectos del tiroteo. De las tres bestias manaba sangre roja y oscura por unos agujeros negros que tenían en la parte delantera de su cuerpo, mientras sus jinetes parecían columpiarse, sentados en las sillas como estaban, consiguiendo aparentemente mantenerse en su sitio gracias a una gran fuerza de voluntad.
Pero después...
En el vientre de la montura que cabalgaba Shaithis se abrió un gran labio carnoso cuando ya se abalanzaba sobre Jazz, una abertura cuyo borde inferior rozó la parte superior de la piedra que lo amparaba y se arrastró por la tierra seca y pedregosa situada detrás de él. Por un momento quedó todo sumido en la oscuridad y Jazz pudo captar el intenso hedor que emanaba de aquella cosa, si bien en ese momento la criatura se elevó y se apartó de él. También entonces los desconocidos usuarios de las armas reflectoras habían vuelto a localizar a sus víctimas y las bestias voladoras estaban inmersas en penetrantes haces de luz abrasadora. La luz los abrasaba realmente, pues allí donde los rayos los alcanzaban, salían nubes de repugnante evaporación que emanaba de la carne retráctil de las bestias, como agua hirviendo sobre nieve carbónica en el aire enrarecido de las grandes alturas.
Aquello era el final. Vacilantes en sus sillas de montar, los wamphyri admitían su derrota y arrastraban a sus monturas, berreando agotadas en dirección al cielo, dando vueltas en grandes círculos y dirigiéndose hacia el norte a gran velocidad, en dirección a la oscuridad y a la sombra. Cuando el golpeteo pulsátil de sus alas de cuero se desvaneció en la distancia, únicamente quedó el silencio y el latido del corazón de Jazz en su pecho.
-¿Zek? -la llamó sin aliento al cabo de un momento-. ¿Estás bien?
Salió muy nerviosa de su escondrijo, sacudiéndose el polvo bajo un rayo de luz donde se encontraron los tres -hombre, mujer y lobo-, iluminados por él.
-Estoy perfectamente -dijo Zek, aunque su voz era temblorosa.
Jazz bajó el arma y fue corriendo hacia ella. Zek se arrojó en sus brazos. El la acogió con un gesto normal y después la abrazó con fuerza, sintiéndose tranquilo tanto por él como por ella. El encuentro con los wamphyri impresionó extraordinariamente a Jazz y ésta era una reacción natural. Así hubo de decírselo a sí mismo.
Zek permaneció unos momentos en brazos de Jazz, después se liberó de ellos y le protegió los ojos con las manos como amparándole contra la luz que los iluminaba desde las alturas del desfiladero situadas hacia la parte oeste.
-Estamos en plena luz -dijo ella.
Sin perder más tiempo, Jazz se dirigió a sus macutos y sacó otro cargador para el arma. Lo encajó en la metralleta, se sentó y rompió unas cajitas de cartón que contenían municiones para recargar los cargadores vacíos.

Esto formaba parte de su entrenamiento. Mientras estaba ocupado, preguntó:
-Parece que nos han rescatado. ¿Quiénes eran? ¿Amigos?
Como respuesta a sus palabras, se oyó un grito que procedía de las alturas y cuyos ecos llegaron hasta ellos.
-Zekintha... ¿eres tú? ¿Todo va bien?
Era una voz llena de ansiedad, tensa como el cuero de un tambor.
-¡Lardis Lidesci! -dijo ella con un suspiro. Y dirigiéndose a Jazz, continuó-: Sí, hemos sido rescatados. No tengo nada que temer de Lardis... ¡a no ser al propio Lardis! Le gusto un poco... eso es todo, pero puedes tener la seguridad de que es una buena persona.
A continuación, ahuecando las manos junto a la boca, gritó:
-¡Lardis, estamos perfectamente!
-Venid siguiendo el desfiladero -dijo con una voz que volvió a arrancar ecos a las montañas-. Aquí no estáis seguros.
-¡Vaya cosa nos dice! -dijo Jazz refunfuñando.
Y terminando de cargarse todos los paquetes, añadió:
-¡Ayúdame a llevar todo esto!
Cuando volvieron a emprender el camino hacia el sur, vieron varios espejos que brillaban en la pared occidental, donde la puesta de sol tenía aquellos peñascos del color del oro fundido. Los destellos dorados de luz iban bajando lentamente y de vez en cuando se distinguían pequeñas figuras humanas recortadas contra el cielo.
Desde el lecho del desfiladero llegaba el cascabeleo distante de los gitanos y hasta ellos el jadeo de los corredores al aproximarse a Jazz, a Zek y a Lobo. Sombras huidizas se transformaron en perfiles de hombres vestidos a la manera de los Viajeros. El ansia se reflejaba en sus rostros. No eran hombres pertenecientes a la cuadrilla de Arlek, sino rostros que resultaban nuevos para Jazz. Sin embargo, Zek los conocía y, suspirando aliviada, dijo:
-¡Ah, sí, ahora ya estamos seguros!
Jazz pensó si también él debía de estar a salvo, puesto que no sabía qué iba a pensar de él Lardis Lidesci.
Desde una distancia de kilómetro y medio o más en dirección al sur llegaron los ecos de unos gritos estridentes, que se interrumpieron al alcanzar el punto culminante de un crescendo de terror. Después reinó el silencio y aletearon unas ramas distantes, que quemaban con fulgores amarillos y anaranjados.
Caminando cansinamente junto a Zek -con los corredores de Lardis en los flancos instándolos a que avanzaran más aprisa y Lobo siguiéndolos al trote en la sombra- Jazz dijo:
-¿Qué imaginas que puede haber ocurrido?
El rostro de Zek estaba muy pálido.
-Supongo que Lardis ha hecho un trato con Arlek -respondió Zek.
-¿Que ha tratado con él?
Zek asintió con la cabeza.
-Arlek era ambicioso, cosa que de hecho no es ningún crimen, pero además era un traidor... y un cobarde. Quería llegar a un acuerdo con los wamphyri a expensas de los demás, a sus expensas. Lardis ya le había

hecho varias advertencias en diferentes ocasiones. Ya no tendrá que volver a hacérselas.
-Quieres decir que lo ha matado, ¿verdad? -dijo Jazz asintiendo con la cabeza-. Aquí saben hacer justicia.
-Este mundo es muy duro -expuso Zek.
En la cabeza de Jazz seguían resonando los gritos de Arlek.
-¿Cómo lo habrá matado Lardis?
Zek dejó vagar la mirada a lo lejos.
-El castigo es proporcional al crimen -respondió-. Me figuro que Arlek habrá tenido la muerte de un vampiro: una estaca clavada en el corazón y después habrá sido decapitado y quemado.
-¿Ah, sí? -preguntó Jazz escuchando atentamente y volviendo a asentir con la cabeza-. Quieres decir que de este modo su muerte es absolutamente segura, ¿verdad?
En la respuesta de Zek no había ni la más ligera huella de humor.
-Exactamente, es para quedar absolutamente seguros de que ha muerto. Has de saber, Jazz, que los vampiros son difíciles de matar.
Jazz asintió con un gesto y pensó que la mujer tenía una gran sangre fría.
-No, no es verdad -le dijo ella oprimiéndole con fuerza la mano entre las suyas-. Lo que pasa es que hace más tiempo que tú que estoy aquí...
Lardis Lidesci no era como Jazz esperaba. Tenía una altura aproximada de un metro setenta y cinco, una abundante cabellera y unos brazos largos que le colgaban flaccidos, como los de Jazz. Su constitución física se parecía más a la de un rinoceronte que a la de un gato, como en el caso de Jazz. Era joven -tres o cuatro años más joven que Jazz- y, sorprendentemente para su figura fornida, era extremadamente ágil. La agilidad de Lardis no sólo era física, su inteligencia se hacía patente en cada uno de los rasgos de su faz morena, extremadamente expresiva y con múltiples pliegues, algunos provocados por su costumbre de reír a menudo. El rostro redondo de Lardis era abierto y franco, enmarcado por una cabellera oscura y alborotada, tenía unas cejas pobladas e inclinadas, una nariz aplastada y una gran boca de dientes fuertes e irregulares. En sus ojos castaños no había malicia; generalmente estaban risueños, pero en ocasiones se sumían en profundos pensamientos. En la Tierra que Jazz y Zek habían dejado atrás habría podido ser un luchador profesional, ya que tenía ese aspecto. Entre sus gentes, en el medio gobernado por los vampiros que se extendía al otro lado de la Puerta, era un jefe natural, y una gran parte de sus quinientos hombres, su tribu, lo seguían por doquier sin rechistar. Arlek había constituido una rara excepción, lo que demostraba el peso de la autoridad de Lardis..., pero Arlek ya no existía.
Desde que heredó de su padre el cargo de jefe cinco años atrás, cuando el viejo Lidesci quedó imposibilitado a causa de la artritis, Lardis consiguió mantener a sus Viajeros libres y seguros frente a la permanente amenaza de los wamphyri. Así pues, la tribu creció y se expandió al absorber otros grupos gitanos más pequeños.
Aunque aquella tribu no era tan numerosa ni tan fuerte como otras tribus orientales, la gente de Lardis se sentía segura, lo que causaba la envidia de todos los Viajeros. Desde que se convirtió en líder, los wamphyri no

habían vuelto a hacer ninguna incursión entre sus gentes. Las razones de aquella actitud eran varias.
Una de ellas derivaba de la diferencia tan marcada que existía entre Lardis y Arlek, cuyo resultado fue la eliminación del último. Lardis no consideraba que los wamphyri fueran los dueños y señores naturales de la esfera ni que llegaría un día en que una incursión devastadora diezmaría su tribu. Él no quería ceder ante los wamphyri, no quería aplacarlos bajo ninguna de las maneras. Esto era algo que ya habían intentado otras tribus de Viajeros en épocas pasadas y que incluso seguían intentándolo ahora, aunque nunca dio resultado. Gorgan Lidesci, el padre de Lardis, todavía hablaba del destino que había correspondido a su primera tribu, cuando él no era más que un chiquillo.
En aquellos tiempos reinaba una cierta paz entre los wamphyri, cosa que permitió a los señores de los vampiros consolidar su prepotencia y hacer incursiones más efectivas, y con mayores contingentes. La tribu de Gorgan, que era muy numerosa y estaba gobernada por un Consejo de Ancianos, quiso hacer un trato con los wamphyri y llegar con ellos a un «acuerdo» mutuamente satisfactorio.
Antes de cada puesta de sol, saldría un grupo de gente de Gorgan a hacer incursiones y apresar hombres y mujeres de otros grupos menores de Viajeros y hacerlos cautivos. Como estos grupos menores podían reducirse a unidades de dos o tres familias y constituir un conjunto de unos cuarenta adultos, por estar diseminados a lo largo del flanco de las montañas de la Tierra del Sol, no era difícil conseguir, antes de cada puesta de sol, un diezmo de un centenar de personas.
Estas personas eran encarceladas durante la noche y, en caso de producirse una incursión de los wamphyri, se los entregaba para apaciguarlos. Entre los viejos líderes de la tribu de Gorgan era creencia común que, con tal de que los wamphyri dispusieran siempre de un tributo fácil, no tendrían necesidad de ensañarse con las personas de la tribu que les pagaban un tributo. Para decirlo de alguna manera, no podían morder las manos que les daban alimento.
Por espacio de unos años y a lo largo de muchas noches, este sistema se mantuvo intacto. Había ocasiones en que aparecían los wamphyri y otras en las que no conseguían encontrar la tribu de Gorgan (pues los Viajeros no eran nunca sedentarios sino que estaban continuamente en movimiento, inquietud que era inherente en ellos después de centenares de años de rapacidad de los wamphyri), y en estas afortunadas ocasiones, a la salida del sol, los prisioneros estaban en libertad de valerse por sí mismos y de vivir su vida como en tiempos antiguos hasta que volvían a caer prisioneros, quizás antes de la siguiente puesta de sol.
Y cuando volvían los wamphyri, había que hacer ofrecimientos, y los señores wamphyri, sus guerreros y los soldados que no habían muerto recogían su diezmo de cien Viajeros y se volvían a marchar. En resumen, los wamphyri se convertían en recaudadores de impuestos, y por fidelidad al trato establecido, no hacían ningún daño a los que les pagaban este tributo humano regular.
Esto tuvo como resultado que la gente de la tribu de Gorgan fuera debilitándose, engordando y volviéndose cada vez más indiferentes.

Perdieron su necesidad de viajar y de evitar las incursiones de los wamphyri, se servían de rutas regulares, de los mismos agujeros y de las mismas zonas para refugiarse, y sus carromatos, a lo largo del flanco de las montañas en la Tierra del Sol, seguían caminos cada vez más previsibles. A diferencia de lo que ocurría entre la mayoría de los Viajeros, no había ningún misterio en sus movimientos. En resumen, que como ya no se molestaban en ocultarse, eran localizados con gran facilidad. Ahora había muchas menos noches de paz y sosiego, mientras que cada vez más a menudo llegaban los wamphyri y se llevaban su tributo humano. Pero ¿qué importaba esto? La tribu estaba a salvo, ¿no es verdad?

Bueno, estuvo a salvo hasta que la breve alianza de un puñado de señores wamphyri se rompió, porque se pelearon y se separaron y cada una de las facciones de la antigua alianza decidió restaurar sus respectivas fuerzas, llenar sus almacenes, redefinir sus antiguos límites territoriales y volver a hacerse con las antiguas tradiciones de los wamphyri. Porque ocurre que cuando se forman ejércitos para la guerra -y en caso de los wamphyri se trataba de un enemigo recíprocamente destructivo, cada señor vampiro contra sus vecinos-, éstos se apropian de todos los recursos que encuentran y se sirven de ellos, sin pensar para nada en su conservación. Los recursos naturales de los wamphyri han sido siempre la carne y la sangre de los Viajeros.

Una noche de locura y de terror -un espacio sin sol, es decir, el comprendido entre la puesta de sol y su salida, un período de tiempo de cuarenta horas-, la tribu de Gorgan se vio extraordinariamente diezmada. Llegaron los wamphyri:

primeramente Shaithis, que exigió su tributo habitual y lo tomó; después, Lesk el Glotón; finalmente, Lascula Longtooth. Habrían podido acudir muchos más - Belath, Volse y el resto-, pero es que entonces ya estaba todo terminado y de haber llegado, los supervivientes de la tribu de Gorgan ya no habrían estado esperándolos en sus agujeros. Después de Shaithis, los señores Lesk y Lascula no encontraron ningún tributo que recoger, así que se limitaron a matar a los miembros que formaban el Consejo de los Ancianos y procedieron a llevarse a la flor y nata de la tribu igual que si fuera un rebaño. A consecuencia de ello, un puñado de supervivientes, tal vez cincuenta ancianos y un centenar de niños, corrieron a refugiarse en los lugares recónditos que les fue posible encontrar.

Algunos de ellos se refugiaron en una tierra donde los pertenecientes a la tribu de Gorgan eran odiados por todos. A partir de entonces ya no existió la tribu de Gorgan, y el joven Gorgan se propuso no volver a tener más tratos con los traicioneros wamphyri. Lardis, a su vez, era de la misma opinión: que otros jefes de tribu hicieran lo que les viniera en gana, que siguieran sus procedimientos y que no les faltase la suerte, puesto que sus gentes no se someterían nunca a los wamphyri ni tampoco depredarían a los hermanos Viajeros para dudosos fines personales y para la obtención de viles e inhumanos recargos en la Tierra de las Estrellas.

En cuanto a las convicciones de Lardis, actuaban en su favor.

Todavía había tribus que utilizaban algún que otro sistema de tributos, utilizando Viajeros cautivos robados a otros grupos para aplacar a los

wamphyri o incluso echando suerte y sacrificando a los propios miembros de sus comunidades nómadas. Los Viajeros que adoptaron o aceptaron esta existencia servil solían pertenecer a grandes tribus del flanco este que contaban con más de mil miembros.
Su número los protegía contra represalias por víctimas anteriores, lo que les permitía cumplir con el sacrificio periódico requerido sin disminuir apreciablemente la potencia de la tribu.
Moraban en la parte situada al este del desfiladero, porque allí la caza era más abundante y, en cierto sentido, la supervivencia mucho más fácil. Lardis lo sabía y por eso hacía que su gente habitase al oeste del desfiladero; allí era más difícil conseguir el necesario sustento, pero la seguridad era mucho mayor. En los períodos de sol, tenía centinelas en los extremos sur del desfiladero, para advertir a los Viajeros que hiciesen sus correrías hacia el oeste y suministrar informes secretos de sus contingentes, de sus posiciones y de cualquier otro posible peligro para su propia gente o para la ruta de paso.
Lardis no solía hacer la guerra contra los Viajeros que rendían tributo a los wamphyri, prefería más bien mantenerse fuera de su camino. No obstante, si querían hacer la guerra contra él, siempre estaba dispuesto a ello. Sus hombres, e incluso muchas de sus mujeres jóvenes, estaban muy bien preparados y eran luchadores formidables; eran expertos en emboscadas, celadas, combates cuerpo a cuerpo y en el uso de todo tipo de armas. En las pocas ocasiones en que algunos forasteros habían tratado de realizar incursiones contra ellos, habían sido severamente castigados, por lo que, durante los cinco años de su liderazgo, se había propagado la leyenda de que no era un hombre con el que se podía andar con bromas. Estaba dispuesto a aceptar pequeños grupos para engrosar su tribu pensando en su propio bien, pero no tenía la más mínima intención de amalgamarse con contingentes muy grandes. Su lema era: la seguridad está en las dimensiones medianas. No ser tan numerosos que despertasen el interés de los wamphyri, ser lo suficientemente móviles para confundirlos y algo agresivos para disuadirlos de posibles incursiones. Hasta entonces, por lo menos, estos factores habían permitido que el resultado operara con eficacia.
Pero el esceptismo de Lardis (por no decir el desprecio) respecto a la superioridad de los wamphyri y su actitud contraria a la pacificación no eran las únicas razones de su éxito. Estaba al corriente, como es lógico suponer, de la superioridad puramente física y táctica de los señores de los vampiros -sabía de su fuerza y de su crueldad, del espantoso terror de sus bestias de guerra, de la eficiencia discreta y rápida de sus espías, de los grandes murciélagos y de la movilidad de sus criaturas voladoras-, pero también estaba al corriente de sus debilidades y sabía aprovecharse de ellas.
Únicamente podían realizar incursiones de noche, generalmente durante el período de calma pasajera que precedía o anunciaba alguna de las interminables guerras de los vampiros -a fin de secundar sus esfuerzos bélicos o coadyuvar a complementar su disminuida capacidad, como a veces ocurría-, e invariablemente terminaban sus incursiones en una carnicería. No eran muy propensos a pasar mucho tiempo en la Tierra del

Sol, pues cuando se ausentaban no sabían nunca qué estarían llevándose entre manos sus enemigos de la Tierra de las Estrellas. ¡Los nidos de águilas habían podido ser ocupados mientras sus verdaderos señores hacían incursiones por tierras extrañas! Lardis sabía igualmente que los wamphyri rara vez hacían incursiones al oeste del desfiladero: la mayoría de las tribus, y especialmente las que estaban subordinadas a los wamphyri, habitaban en el este.

¿Por qué, entonces, debían buscar sus presas en el oeste cuando abundaba la oferta en el este? Un hecho era evidente: que pese a la tan cacareada arrogancia de los wamphyri, la verdad es que eran unos seres que tendían a la pereza. Cuando no guerreaban entre sí o se dedicaban a hacer incursiones, hacían planes para futuras guerras, no hacían nada o dormían. Esto también constituía una debilidad.

Lardis Lidesci apenas dormía y, cuando se ponía el sol, descansaba a base de echar breves cabezadas.

Otra debilidad de los wamphyri era ésta: que aun cuando era difícil matarlos, podían morir, y de hecho morían. Lardis sabía cómo podían morir. Pero la muerte era muy diversa. Podían morir a manos de otro vampiro, esto era posible. Aunque a regañadientes, el orgullo de los wamphyri permitía esta posibilidad. Lo que sí era totalmente imposible es que se produjese a manos de un modesto Viajero. ¿Qué gloria les reportaría? ¿Quién tendría en cuenta el hecho? ¿Valdría la pena que una vida terminara de aquella manera? Lardis no había matado a ningún señor de verdad, pero por dos veces se ocupó de llegar a ese nivel final del poder de un vampiro.

Fueron los hijos y los lugartenientes de Lesk el Glotón los que pensaron atacarlo al alba, antes de la salida del sol, cuando él estuviera desprevenido y a punto de salir de la caverna que era su refugio, pero Lardis no conocía el significado de la palabra «desprevenido».

Tuvo que atravesar al vampiro con una estaca de madera, decapitarlo, quemar su cadáver... y ya estaba muerto. Sin embargo, Lardis quiso sentar un precedente con los compinches de Lesk: los ató a una estaca desde la salida del sol, que los fue cociendo lentamente, provocando un griterío ensordecedor. Otros líderes de los Viajeros podían verse metidos en dificultades a la hora de terminar con los vampiros, no Lardis. Los wamphyri acabaron por conocer su nombre e incluso por respetarlo. Como podía vivir durante siglos, es decir, era prácticamente inmortal, Lesk no consideraba prudente levantarse contra un Viajero como Lardis, que estaba en condiciones de reducir a nada la vida de los vampiros tan rápidamente y con tanta crueldad y que, si se le presentaba la oportunidad, no dejaba de hacerlo.

Estaba después el miedo que los wamphyri tenían a la plata, metal que era un veneno para sus sistemas y que tenía la misma función que el plomo en los hombres. Lardis había descubierto una pequeña mina de ese raro metal en las colinas occidentales y ahora las puntas de sus flechas eran de plata. Además, embadurnaba sus armas con el jugo de la raíz de *kneblasch,* cuyo olor a ajo provocaba una parálisis parcial en los vampiros, amén de interminables vómitos y de unos desórdenes nerviosos generales que se prolongaban durante días. Si la hoja de una arma

tratada con *kneblasch* hacía una herida en la carne de un wamphyri, el miembro contaminado tenía que ser cortado y crecía otro en su sitio.
No era tanto que estas cosas fuesen secretas o conocidas únicamente por la tribu de Lardis -de hecho, todos los Viajeros estaban enterados de ellas desde tiempo inmemorial-, sino más bien que Lardis se atrevía a usarlas en defensa de su gente. Los wamphyri habían prohibido a todos los Viajeros el uso de espejos de bronce, plata y *kneblasch* so pena de espantosas torturas y de la muerte, pero a Lardis le importaba un bledo. Él era un hombre que ya estaba marcado y es de todos sabido que los hombres sólo mueren una vez.
Así pues, éstas eran algunas de las cosas que influían en la manera como Lardis gobernaba su tribu y en su decisión de mantenerla segura al oeste del desfiladero que se abría entre las montañas, si bien había todavía otro elemento que jugaba a su favor y que confirmaba sus medidas de sentido común. Y era éste:
que en algún lugar de los picos occidentales, en un valle pequeño y fértil, vivía aquel que temían los wamphyri y al que había dado el nombre de El-Habitante-desu- Jardín- el-Oeste. La leyenda del Habitante era el motivo principal de que Lardis se hubiera ausentado esta vez. Era evidente que había estado buscando nuevas rutas y lugares abrigados para su tribu (de hecho, había descubierto varias), pero en realidad había tratado de localizar al Habitante y había llegado a la conclusión de que lo que era malo para los wamphyri tenía que ser bueno para la tribu de Lardis el Viajero. Por otra parte, ya hacía bastantes años que circulaba el rumor de que el Habitante ofrecía refugio a todo aquel que tuviera suficiente arrojo para encontrarlo. En cuanto a Lardis, la solución para él no era encontrar refugio, aunque ciertamente habría sido una gran cosa dar con un lugar permanente y seguro para su tribu; sin embargo, si el Habitante tenía poder suficiente para desafiar a los wamphyri... eso era ya razón suficiente para tratar de encontrarlo.
Lardis aprendería de él y, gracias a los nuevos conocimientos adquiridos, podría mantener una lucha permanente contra sus enemigos vampiros.
Por tanto, lo había buscado... y lo había encontrado.
Ahora había regresado de aquella búsqueda a tiempo para salvar a Zekintha, la mujer procedente de la Tierra del Infierno, de la traición que le había preparado Arlek. Zekintha... y el recién llegado, cuyas habilidades en la lucha habían sido ponderadas con una reverencia rayana en el pavor por las víctimas de Arlek. En una lucha cuerpo a cuerpo y sin la intervención de sus partidarios, Arlek no habría tenido ninguna posibilidad frente a Jazz, y si había algo que sedujese a Lardis Lidesci era un buen luchador... aunque no jugara limpio.
Lardis, que los vio llegar a través del cañón, se adelantó a recibirlos. Rodeó a Zek con sus fornidos brazos y la besó en la oreja derecha.
-¡Derriba las montañas! -le gritó a modo de saludo-. Estoy contento de que estés bien, Zekintha.
-¡Mas o menos! -respondió ella, casi sin aliento-. En todo caso es gracias a él -dijo indicando con la cabeza a Jazz.
Éste, agotado y casi sin poder andar, como si acabara de realizar un trabajo superior a sus fuerzas, devolvió el ademán a Zek e

inmediatamente después dirigió una mirada al cañón, que ahora aparecía bañado en la media luz del crepúsculo.
Los hombres y los lobos se movían de un lado para otro entre las sombras proyectadas por los peñascos y el ruido que hacían, unido al rumor de su charla, era música para los oídos de Jazz. En un revoltillo de piedras planas situadas junto a la pared occidental ardía una gran hoguera, de la que se elevaba una negra columna de humo que subía casi verticalmente en medio del aire tranquilo. Jazz supuso que era la pira funeraria de Arlek.
A una distancia de unos cien metros más hacia el sur, el paso se desviaba un poco hacia el este y a partir de allí se iniciaba una bajada que conducía al pie de las colinas de la Tierra del Sol, invisibles desde allí. Los rayos del sol, declinando lentamente en el horizonte, incidían con fuerza en el último tramo del desfiladero, se reflejaban en la pared occidental del cañón e iluminaban sus salientes y despeñaderos. Desde las alturas, ágiles como cabras, bajaban media docena de Viajeros, que a modo de escudo llevaban espejos en sus hábiles manos, dirigiendo con ellos los rayos del sol hacia las tenebrosas profundidades de la garganta que se extendía hacia el norte. Jazz frunció el entrecejo al ver acercarse al primero de los que llevaban los espejos. ¿Era realmente de vidrio aquel gran espejo ovalado que llevaba el nombre? ¿Tenían verdaderamente a su disposición los Viajeros el conocimiento de aquella tecnología?
Lardis vio que Jazz se despojaba de su ropa de combate y después se acercó a él sonriendo y tendiéndole la mano derecha. Al ir a darle la mano, Jazz se dio cuenta de que le agarraba el antebrazo, al igual que Lardis el suyo. Era el saludo propio de un Viajero.
-Vienes de la Tierra del Infierno -le dijo Lardis-. ¿Cómo te llamas?
-Michael Simmons -respondió Jazz-, pero los amigos me llaman Jazz.
Lardis volvió a mover la cabeza haciendo un gesto afirmativo.
-Bien, entonces te llamaré Jazz... de momento. Todavía me falta tiempo para decidirme sobre ti. He oído rumores acerca de otros habitantes del infierno como tú que se quedan con los wamphyri y trabajan con ellos como hechiceros.
-Como puedes ver -le dijo Jazz-, no soy de ésos. Y me parece que no debe de haber ningún habitante de la Tierra de los Infiernos que se quede con los wamphyri por gusto.
Lardis llevó a Jazz aparte y lo condujo a un lugar donde un grupo de hombres permanecían sentados, con aire acongojado, sobre unas piedras. Estaban con la cabeza agachada y a su alrededor había un grupo de hombres de Lardis que los custodiaban. Los que estaban sentados habían sido seguidores de Arlek, y Jazz reconoció varias caras entre ellos. Cuando Jazz y Lardis se les acercaron, los cautivos todavía bajaron más la cabeza. Lardis les riñó y dijo:
-Arlek os habría entregado a lord Shaithis de los wamphyri, pero era un gran cobarde y ambicionaba la jefatura de la tribu. ¿Has visto aquella hoguera?
Jazz asintió con un gesto:
-Zek me ha dicho qué harías -dijo.

-¿Zek? -dijo Lardis mientras la sonrisa se desvanecía de su rostro-. ¿Ya la conocías antes? ¿Es que has venido para llevártela contigo?
-No, he venido porque me han obligado -respondió Jazz-, no he venido a buscar a Zek. Había oído hablar de ella, pero no nos conocíamos y ha sido aquí donde nos hemos visto por vez primera. En nuestro mundo pertenecemos a grupos de gente que... no son amigos.
-Pero aquí sois habitantes de la Tierra de los Infiernos, gente extraña en un mundo extraño... y eso os acerca.
Lo que acababa de decir Lardis era exacto.
Jazz se encogió de hombros y dijo:
-Supongo que así es.
Después, mirándole directamente a la cara, dijo a Lardis:
-¿Quieres hacer de Zek materia de discusión?
La expresión de Lardis no cambió y se limitó a decir:
-No, es una mujer libre. Yo no tengo tiempo para entretenerme en cosas pequeñas. Todas mis preocupaciones se centran en la tribu. Había pensado cosas con respecto a Zekintha..., pero ella sería para mí una distracción que no me puedo permitir. De todos modos, más que una esposa, creo que en ella puedo tener una compañera y una consejera. Además, ella viene de la Tierra de los Infiernos y un hombre no debe acercarse nunca demasiado a algo que no puede entender.
-Ese sitio que llamas la Tierra de los Infiernos es muy grande y en él hay gentes de culturas muy diferentes. Es un lugar extraño, pero no el infierno que imaginas.
Lardis enarcó las cejas y se quedó pensando en lo que Jazz acababa de decirle.
-Zekintha dice aproximadamente lo mismo -dijo-, me ha hablado mucho de ese mundo, me ha dicho que en él hay armas más grandes que todas las bestias de guerra de los wamphyri juntas, que hay un continente de gente negra que muere por millares de enfermedades y de hambre, que hay guerras en todos los rincones, hombres que luchan contra hombres, máquinas que piensan, corren y vuelan y que todo está lleno de fuego y de humo, que hay un ruido ensordecedor.
Para mí, eso es el infierno.
Jazz se echó a reír a mandíbula batiente.
-Dicho de esa manera parece que tengas razón -dijo.
Había cogido la metralleta y se la había ajustado al hombro. Lardis miró el arma y dijo:
-¿Es tu... arma? Igual que la de Zekintha. Un día mató un oso con ella. El oso quedó con más agujeros que una red de pescar. Ahora está rota, pero ella sigue llevándola encima.
-Se puede reparar -dijo Jazz- y yo se la repararé así que tenga un poco de tiempo. Tu gente entiende de metales. ¿Cómo es que no se la han reparado?
-Porque les da miedo -hubo de admitir Lardis-. Y a mí también me lo da. Esas armas meten mucho ruido.
Jazz indicó con la cabeza que estaba de acuerdo.
-Pero el ruido no mata a los wamphyri -dijo.
Lardis, al escuchar aquellas palabras, se excitó igual que un niño.

-Pues yo he oído los ecos retumbando en el desfiladero. ¿Le diste de verdad a Shaithis?
-Le disparé a quemarropa -dijo Jazz sonriendo irónicamente-, hice unos cuantos agujeros en sus bestias voladoras, me parece... pero no los suficientes para dejarlas secas.
-¡Mejor eso que nada! -dijo Lardis dándole una palmada en el hombro-.
Las heridas tardarán tiempo en curarse. Así les das a los vampiros algo en qué ocuparse y se quedan un tiempo sin hacer de las suyas.
Después volvió a quedarse pensativo.
-Estos hombres -dijo contemplando con el entrecejo fruncido al grupo de desgraciados que estaban sentados en el suelo- eran seguidores de Arlek. Si sus planes hubieran salido bien, tú ahora serías carne de vampiro. Con el arma que tienes, te costaría muy poco cargártelos a todos.
Y al decirlo hizo chasquear los dedos.
Zek los siguió, había oído lo que dijera Lardis y lo miraba con los ojos muy abiertos. Los hombres de los que hablaba Lardis también lo habían oído (Lardis se había asegurado de que así fuera) y levantaron la cabeza del suelo donde estaban sentados y sus rostros adoptaron de pronto una expresión preocupada y temerosa.
Jazz los miró y recordó que algunos parecían no estar de acuerdo con las ideas y acciones de Arlek.
-Arlek se burlaba de ellos -respondió a Lardis-, se burlaba a fondo. Y tú no estabas aquí para poner las cosas en su sitio. Tal como has dicho, era un cobarde; necesitaba de los demás para imprimir fuerza a sus opiniones. Éstos son los imbéciles que escuchaban lo que decía. Como es lógico, no habrían querido escucharle, pero uno castiga a los traidores, no a los imbéciles.
Lardis miró a Zek y le dirigió una sonrisa.
-Esto podría haberlo dicho yo -dijo, mientras ella suspiraba-. Además, uno de estos hombres te atacó por la espalda. ¿No te sientes furioso contra él? - prosiguió Lardis.
-Un poco -admitió Jazz tocándose el chichón que tenía detrás de la oreja-, aunque no lo bastante para matarlo. Lo que quizá podría hacer sería darle una lección.
Se preguntó qué perseguía Lardis. Era evidente que estaba enterado de cómo Jazz se había cargado a Arlek. Tal vez quería ser testigo de sus habilidades como luchador. Podía ser una prebenda que la tribu contase con un hombre capaz de enseñarles unas habilidades especiales para la lucha.
-¿Quieres darle una lección? -le dijo Lardis con una mueca.
Jazz estaba en lo cierto. Lardis se paseaba ahora entre los hombres sentados en el suelo, empujándolos a derecha e izquierda y apartándolos de las piedras, escupiéndoles todo el menosprecio que le inspiraban.
-¿Cuál de vosotros le atacó? -preguntó.
Un joven musculoso, de aspecto nervioso, se levantó lentamente. Lardis indicó con el dedo una zona de terreno llano libre de piedras.
-¡Allí! -le gruñó.

-¡Espera! -dijo Jazz adelantándose-. Por lo menos que sea una lucha, ya que de lo contrario no tiene ninguna oportunidad. ¿Tiene algún amigo? ¿Un amigo íntimo?
Lardis enarcó sus expresivas cejas y se encogió de hombros. Con tono desabrido, preguntó al muchacho:
-¿Qué dices? Me parece que no es probable que lo tengas.
Otro joven, más fornido y más rústico, menos tímido que el otro, se puso de pie. Cuando se colocó al lado del otro en la zona de terreno despejado, Jazz pensó:
«Primero te liquidaré a ti». A continuación, en voz alta, dijo:
-Así está bien.
Se aseguró de que la metralleta tuviera el seguro y se la pasó a Lardis, quien la aceptó con cierta cautela y la sostuvo torpemente.
Jazz se acercó a sus dos contrincantes.
-¡Cuando estéis preparados! -dijo sin darle mucha importancia-, a menos que no tengáis arrestos suficientes, en cuyo caso os podéis poner de rodillas y me besáis las botas.
Esto era un truco cuya finalidad era provocarlos y hacer que se lanzasen a una acción rápida y perdiesen el control.
¡Y así sucedió!
Se miraron uno a otro, hincharon el pecho y se lanzaron igual que toros, con la misma fiereza que esas bestias.
Jazz decidió ofrecer un espectáculo a Lardis. Evitó el envite del hombre que lo había golpeado con la maza y le propinó un puñetazo corto y lateral directamente al cuello, en el momento en que pasaba junto a él. No era suficiente para dejarlo fuera de combate, todavía no había llegado el momento de hacerlo, pero bastó para dejarlo aturdido y despatarrado en el suelo. El segundo, que era más fornido y un poco más cauto, desvió el cuerpo y se arrojó, rodando, a los pies de Jazz con intención de derribarlo. Pero le falló la estratagema, porque Jazz dio un salto, evitando el cuerpo que se le venía encima, y acto seguido se plantó junto a él en el momento en que el otro se ponía de pie. Entonces hizo una finta y le propinó un rápido golpe en plena cara. El otro, como lo había visto venir, desvió la mitad superior del cuerpo, pero la mitad inferior no sólo quedó expuesta sino servida en bandeja. Jazz le dio una certera patada en la ingle aunque, una vez más, no lo bastante fuerte como para acabar con él, sino simplemente para hacer que se doblase y cayese desplomado en el suelo como una piedra.
El primero, todavía aturdido pero animoso, volvía a estar de pie. Cogió una piedra llena de aristas y empezó a rodear a Jazz buscando un punto de entrada para atacarlo. Jazz tenía largas las piernas y sabía que, en determinadas circunstancias, éstas llegaban allí donde no alcanzaban los brazos... y en cualquier caso aquello tampoco era un combate pugilístico en toda regla. Se volvió a medias frente al hombre que llevaba la piedra en la mano, quien inmediatamente avanzó hacia él. Pero cuando Jazz se volvía, dobló al mismo tiempo el cuerpo hacia adelante de cintura para abajo y levantó la pierna derecha para darle un soberano puntapié. El movimiento fue tan rápido y tan alejado de las experiencias de lucha del otro que ni siquiera pudo valorar el carácter ofensivo de la agresión. Pero

de pronto sintió que el brazo le quedaba entumecido y que la piedra que llevaba en la mano había caído al suelo. Presa todavía de la fluidez del movimiento iniciado, Jazz enderezó el cuerpo, siguió dando la vuelta como para terminar el círculo natural que había comenzado y propinó un golpe seco con los dedos rígidos en la nuez del cuello del otro. Inmediatamente después remató la faena con un puñetazo.
Después se agachó colocándose en actitud defensiva, como valorando el daño que había causado. Finalmente se relajó, volvió a ponerse de pie, dio un paso atrás y dobló los brazos.
Sus dos contrincantes estaban en el suelo, uno con las manos en las ingles lanzando gemidos de dolor, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, y el otro jadeando, aspirando aire con avidez y frotándose el cuello. No tardarían en recuperarse, pero les costaría mucho olvidarlo.
Hubo un momento de silencio provocado por la sorpresa, interrumpido por Lardis, que no pudo contenerse, y se puso espontáneamente a aplaudir. Muchos de los hombres lo imitaron, pero no los que habían formado parte de la cuadrilla de Arlek. Estaban sentados muy tranquilos, mirando en todas direcciones salvo a Jazz, por lo que éste les lanzó un reto:
-¿Hay alguien más que quiera probar?
No hubo voluntarios.
-Dejo en tus manos el castigo que haya que imponerles, Jazz -le gritó Lardis-. ¿Qué hacemos con ellos?
-Ya los has humillado bastante -respondió Jazz-. Arlek ya estaba advertido, pero no quiso hacer ningún caso. De todos modos, ya lo ha pagado.
Ahora bien, estos hombres también han sido advertidos. Si lo dejas en mis manos, te diré que es mejor no tomar represalias.
-¡Perfectamente! -dijo Lardis, aunque a regañadientes.
Acto seguido algunos hombres se adelantaron para ayudar a sus compañeros a ponerse de pie. Uno de ellos era de los que llevaban un espejo, que dejó cuidadosamente boca abajo en el suelo al agacharse para atender al de la garganta magullada. Jazz echó una mirada al gran espejo ovalado que estaba colocado boca abajo en el suelo, volvió a levantar los ojos... y se acercó más.
-*¿Cómo?* -exclamó-. ¿Qué quiere decir esto?
Zek se había aproximado, pero ahora lo miraba sorprendida.
-Jazz, ¿a qué te refieres?
-Lardis -lo llamó Jazz, ignorando a Zek un momento-, ¿de dónde has sacado esos espejos?
De pronto, sin que pareciera venir a cuento, su voz tenía un tinte de incredulidad.
Lardis se acercó con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.
-¡Son mis nuevas armas! -respondió, no sin un cierto orgullo-. Busqué al Habitante... ¡y al final di con él! En prueba de amistad, me dio esos espejos. Menos mal para ti que me los dio...
Jazz recogió el espejo y contempló con incredulidad el dorso del mismo.
-¡Menos mal, en efecto! -consiguió decir al fin-. Quizás has tenido más suerte de lo que crees.

Se pasó la lengua por los labios y miró a Zek como buscando la confirmación de que sus ojos no le engañaban.
Zek miró el espejo que sostenían las manos temblorosas de Jazz y se quedó boquiabierta.
-¡Oh, Dios mío! -dijo con voz débil.
El dorso del espejo estaba revestido de contrachapado, al que algún Viajero había fijado unas cinchas de cuero. Pero lo curioso es que llevaba la etiqueta del fabricante, grabada en relieve con estas palabras:
MADE IN THE DDR.
KURT GEMMLER UND SOHN, GUMMER STR., EAST BERLÍN.

Capítulo 14

Taschenka - La búsqueda de Harry - Empieza el recorrido

Taschenka «Tassi» Kirescu tenía diecinueve años, era bajita y delgada, no tenía ideas políticas de ningún tipo y estaba muy asustada.
Tenía la piel un poco mas oscura que el resto de la familia, los ojos grandes y ligeramente inclinados en un rostro ovalado, el pelo negro y brillante, en consonancia con sus ojos, peinado en trenzas. El padre de Tassi, Kazimir, al que no había vuelto a ver desde la noche en que fueron detenidos, solía decir en broma que su hija era un caso de atavismo.
-Tienes sangre mongola, hija mía -le había dicho con los ojos brillantes-, sangre de los grandes Khans que estuvieron por aquí hace cientos de años. O eso...
o es que no conozco a tu madre tan bien como me figuro.
Después de esas palabras, Anna, la madre de Tassi, se ponía a despotricar contra su marido y, furiosa, le arrojaba lo primero que encontraba a mano.
Esto, por supuesto, ocurría en los buenos tiempos, que aunque sólo se remontaban a unas pocas semanas atrás, ahora parecía que estaban a una distancia de siglos.
Tassi no sabía nada de las verdaderas razones que habían llevado a Mijaíl Simonov a Yelizinka, al pie de los Urales. Lo único que había oído decir era que aquel muchacho venía de una ciudad y que no se había portado demasiado bien en su vida, que siempre había estado metiéndose en líos, y que por eso, como castigo, lo enviaban a hacer de leñador, para que aprendiera y se volviera un poco más formal y se le enfriaran los ánimos. Bueno, en lo que a esto último se refiere, difícilmente se habría podido encontrar otro lugar más fresco que Yelizinka, especialmente en invierno. Sin embargo, a Tassi no le parecía que la sangre de Mijaíl se hubiera enfriado demasiado durante su estancia en Yelizinka. En efecto, no tardaron mucho en hacerse novios, aunque de una manera un tanto extraña.
Extraña porque él siempre había tenido interés en puntualizar que lo que había entre los dos no podía durar demasiado y que, por tanto, no era conveniente que se enamorasen y, aunque parezca extraño, también ella pensaba exactamente lo mismo. Él se quedaría un tiempo, haría lo que tuviese que hacer y después se marcharía, probablemente a Moscú, mientras que ella se buscaría un marido entre los muchachos de la comunidad de leñadores.
La chica se había sentido atraída por la soledad que había visto en él, así como por aquella tensión contradictoria que había percibido bajo su apariencia. Él, por su parte, en un momento de abandono y de ensueño, le había dicho que ella era la única cosa real de su vida y que a veces tenía la impresión de que todo el mundo e incluso el puesto que ahora mismo ella ocupaba en su vida no eran sino una enorme fantasía. Ahora acababan de decir a la chica que él no era otra cosa que un espía extranjero, cosa que a Tassi le parecía la más grande de todas las

fantasías posibles... o así se lo había parecido al primer momento. Pero esto había sido antes de que se la llevaran al Perchorsk Projekt.
Desde entonces... todo se había convertido en una auténtica fantasía, en una historia de horror, en una pesadilla vivida con los ojos abiertos.
Su padre había sido encerrado en una celda contigua a la suya, cosa que había permitido que supiese que había sido torturado en innumerables ocasiones.
Lo había oído a través de las paredes de acero que los separaban: sus jadeos roncos y aterrados, el ruido seco de los golpes, sus gritos angustiados solicitando piedad. Pero de éstos había habido pocos. Después, de eso hacía tres días, había habido una sesión especialmente mala, durante la cual en el momento culminante el viejo chilló... y súbitamente dejó de oírse su voz. A partir de entonces Tassi ya no volvió a saber más de él.
Le resultaba insoportable imaginar lo que podía haberle ocurrido, y sus esperanzas se centraban en que aquel silencio pudiera significar que su padre estaba ahora en el hospital, internado en algún hospital recuperándose. Esperaba ardientemente que así fuera.
El interrogatorio al que la había sometido el comandante Khuv había sido casi igualmente espantoso. El comandante de la KGB en ningún momento le puso la mano encima, pero la chica abrigaba la sospecha de que, si lo hubiera hecho, habría sido terrible para ella. Lo más descorazonador es que ella no tenía nada que decirles, no sabía qué podía decirles. De haber tenido algo que contar, el miedo se lo habría hecho decir o, si no el miedo, el deseo de que dejasen de atormentar a su padre.
Pero después siguió lo de aquella bestia de Vyotsky. Más que miedo, aquel hombre le daba horror. Y además había podido darse cuenta, el instinto se lo decía, de que él disfrutaba con su horror, como esos seres repugnantes que se alimentan de carroña. En aquella ocasión en que fue fotografiada desnuda junto a él, el aspecto sexual de la situación fue lo de menos. En realidad, había una segunda intención: humillarla, atacar su vulnerabilidad, hacerla llegar a los niveles más bajos y, al mismo tiempo, demostrarle el poder del torturador. Hacerle ver que podía desnudarla, contemplarla y tocar su cuerpo... y que ella era incapaz de levantar un dedo para impedírselo. Pero también había servido para ayudarlo en la tortura mental de alguien más. El sádico Vyotsky le dijo que las fotografías se hacían para «deleite» del espía británico Michael Simmons, a quien ella había conocido como Mijaíl Simonov, porque querían sacarlo de sus casillas. Era una idea que encantaba a Vyotsky.
-Se considera una persona muy equilibrada -le había dicho Vyotsky-; si esto no le saca de quicio, no habrá ya nada que pueda inmutarlo.
Aquella bestia de la KGB estaba completamente loco, de eso Tassi estaba absolutamente segura. Aunque ahora hacía bastante tiempo que no la visitaba para someterla a sus tormentos, cada vez que la chica oía que alguien se acercaba a la puerta de su celda, se le helaba la sangre en las venas. Y si las pisadas dejaban de oírse en la puerta, su respiración se convertía en jadeo y su pobre corazón comenzaba a palpitar mucho más aprisa.

Hacía un momento que se había puesto a palpitar de aquella manera, si bien en esta ocasión el visitante no era otro que el superior de Vyotsky, el comandante Khuv.
¡No era más que el comandante Khuv! Esto era lo que pensó Tassi cuando el cortés oficial de la KGB entró en su celda. Aquel hombre no la inquietaba excesivamente. Sin embargo, ya no se las prometió tan felices cuando esposó la muñeca de la chica a la suya y le dijo:
-Taschenka, querida, quiero enseñarte una cosa. Creo que es algo que debes ver antes de que vuelva a interrogarte con mayor detenimiento. Muy pronto sabrás por qué.
Tropezando detrás de él, Tassi no hizo el más mínimo esfuerzo para tratar de adivinar adonde la llevaba. Ella era una campesina y para ella el Projekt no era más que una especie de laberinto, un dédalo de pesadilla construido con acero y cemento. La claustrofobia que sentía la desorientaba de tal modo que se sintió perdida tan pronto como atravesó el umbral de su celda.
-Tassi -murmuró Khuv, mientras la conducía por pasillos casi desiertos, apenas iluminados por débiles luces-, quiero que medites concienzudamente, mucho más profundamente que hasta ahora, y veas si tienes algo que decirme de las actividades subversivas de tu hermano, de tu padre y de los habitantes de Yelizinka en general... y más especialmente de la organización secreta y antisoviética a la que pertenecían todos ellos... Bueno, en fin, Tassi, que ésta va a ser realmente la última oportunidad que te queda.
-Comandante -dijo la chica entre jadeos-, señor, le digo de veras que no sé nada de lo que usted me pregunta. Si mi padre fuera lo que usted dice que es...
-Lo era... -dijo Khuv echando una ojeada a la chica y afirmando gravemente con un movimiento de cabeza-. Puedes estar segura que era lo que digo.
Fue la manera de pronunciar la última frase, aquel ominoso énfasis que puso en las palabras lo que hizo que Tassi se llevara a la boca la mano que le quedaba libre.
-¿Qué... qué han hecho con él?
Pero la frase se perdió en un inaudible murmullo.
Llegaron a una puerta en la que había unas letras familiares a Khuv pero que no decían nada a Tassi. La chica no hizo más que echar una mirada furtiva al letrero, que decía algo sobre un carcelero y personal del servicio de seguridad.
Khuv, sirviéndose de su tarjeta de identidad, activó el mecanismo de la puerta y contestó a Tassi:
-¿Que qué hemos hecho a tu padre? Pues yo no le he hecho absolutamente nada. En todo caso fue él mismo quien se lo hizo... al negarse a cooperar. Un tipo obstinado ese Kazimir Kirescu...
Se abrió la puerta con un chasquido y Khuv, dejando una rendija, gritó:
-Vasily, ¿todo va bien?
-¡Oh, sí, comandante! -fue la contestación articulada con voz pastosa-.
Todo está preparado.

Khuv sonrió a Tassi. Era la sonrisa del tiburón antes de disponerse a atacar.
-Querida muchacha -dijo Khuv, empujando la puerta para abrirla y dejar pasar a la joven al interior de la habitación-. Voy a mostrarte algo que va a desagradarte y a decirte una cosa que te desagradará todavía más y, finalmente, voy a aconsejarte lo que te resultará más desagradable de todo. Después de lo cual podrás pasar todo el resto de la noche y todo el día de mañana pensando en lo que quieres hacer. Pero para entonces el plazo ya se habrá terminado.
La habitación estaba casi a oscuras y las luces del techo lo único que hacían era añadir un fantasmal resplandor rojo al ambiente. Tassi podía distinguir la figura de un hombrecillo vestido con una bata blanca y la forma de una gran caja rectangular o tanque, cubierto con una sábana blanca. Aquel tanque debía de ser de vidrio, puesto que a través de él se vislumbraba una luz blanca que estaba en la pared de enfrente y que proyectaba en la sábana una silueta espectral y lechosa, el perfil de algo que se movía perezosamente dentro del recipiente.
-Acércate -dijo Khuv atrayendo a Tassi hacia el tanque-. No tengas miedo, que no te va a hacer ningún daño... por lo menos de momento.
De pie junto al comandante de la KGB, agarrada de manera inconsciente y del modo más inocente al brazo del hombre, contempló con ojos desencajados la extraña silueta que se dibujaba en la sábana.
-Muy bien, Vasily, veamos qué tenemos aquí -oyó Tassi que decía al científico vestido con bata blanca.
Vasily Agursky se colocó a un extremo de la sábana y comenzó a tirar lentamente de ella, dejando que la luz tenue fuera iluminando paulatinamente lo que descubría. De repente aceleró el movimiento y la sábana cayó al suelo. La «cosa» que estaba metida en el tanque se encontraba de espaldas a los tres y, como si sintiera los ojos de todos clavados en ella, miró por encima de la protuberancia que formaba su hombro. Tassi la observó como si no creyera lo que veían sus ojos, se estremeció y se agarró a Khuv todavía con más fuerza. Él le daba palmadas en la mano con aire distraído, de una manera que, si las circunstancias hubieran sido otras, habría podido parecer paternal. Sin embargo, aquel hombre no era su padre, sino el que había permitido que Karl Vyotsky la aterrorizara.
-¿Y bien, Tassi? -le dijo en voz muy baja y siniestra-, ¿qué piensas de eso?
Ella no sabía qué pensar y, en todo caso, no tardaría en pensar que habría dado cualquier cosa con tal de poder olvidar lo que veía. Pero, de momento, le parecía que aquello tenía una forma que recordaba vagamente la de un hombre, aun cuando, pese a la escasa luz reinante, podía darse perfecta cuenta de que no se trataba de un hombre. Al parecer, estaba comiendo, para lo cual se servía de las manos, que más bien parecían garras, y con las cuales desgarraba la carne cruda y sanguinolenta, reduciéndola a tiras y metiéndosela en la boca. Tenía la cara casi totalmente oculta, pero Tassi podía ver cómo trabajaban sus mandíbulas y advertía el maléfico fulgor de sus ojos, casi humanos, atisbando por encima de la espalda.

Allí encorvada, agazapada o acurrucada en el suelo cubierto de arena del tanque, la cosa parecía un mono de piel leprosa, toda arrugada, con los pies agarrados al suelo, con una serie de dedos ganchudos y esqueléticos. Por detrás le colgaba un apéndice parecido a una cola pero que no era una cola, y Tassi pudo darse cuenta de que aquel extraño miembro también estaba provisto de un ojo rudimentario, sin párpado, absolutamente inexpresivo.
Aquella cosa era de lo más extraño, especialmente por la manera como comía...
Tassi dio un salto y se apartó súbitamente del tanque. Aquel ser había recogido más comida del suelo de su celda de vidrio y de pronto la chica descubrió un brazo humano asido por sus espantosas manos. Mientras Tassi contemplaba horrorizada la escena, la cosa comenzó a masticar la mano y los dedos de aquel brazo.
-¡Mantente firme, querida mía! -le dijo Khuv tranquilamente, al oír que la muchacha gemía y se tambaleaba a su lado.
-Pero..., pero... es que se está comiendo un... un...
-¿Un hombre? -dijo Khuv terminando la frase-. Mejor dicho, ¿lo que queda de él? Pues es verdad, así es. Le gusta todo tipo de carne, pero la que prefiere es la humana.
Y dirigiéndose a Agursky continuó:
-Vasily, ¿tienes algo para Tassi?
Aquel extraño científico se adelantó con unas cuantas cosas en la mano. ¿Una cartera? ¿Un anillo? ¿Un carnet de identidad? Y aun cuando todos aquellos objetos le resultaban muy familiares, Tassi estuvo mucho rato negándose a reconocerlos, como si se resistiera a establecer una conexión definitiva y terrible. Después...
Sintió un horrible mareo y tuvo que apoyarse en la pared de vidrio del tanque para evitar desplomarse, en tanto sus ojos tan pronto observaban aquellas cosas que le habían dado y que tenía en la mano como saltaban a aquella cosa agazapada en el interior del recipiente. Horrorizada, pero fascinada al mismo tiempo, no paraba de observarla. ¿Pretendían decirle aquellos hombres que lo que estaba comiendo aquella criatura... era su propio padre?
Agursky se retiró a un rincón de la habitación y de pronto encendió la luz.
Súbitamente todo cobró una precisión definida, deslumbrante casi. La criatura abandonó a un lado lo que estaba comiendo y se volvió hacia Khuv y Tassi, enroscando el cuerpo mientras éstos retrocedían instintivamente hacia atrás.
Tassi habría caído al suelo desmayada, de no haber estado agarrada por la muñeca a la del comandante y si éste no hubiera acogido prontamente su cuerpo con sus brazos.
La cosa que estaba dentro del tanque era algo espantoso, infernal, de pesadilla. Pero lo mas espantoso era que, por muy monstruoso y retorcido que fuera aquel ser, por muy extravagante y horrible que fuera su expresión, semejante a la caricatura de un rostro humano cuando se encaraba con ella, Tassi reconocía en ella el rostro de su padre.
El piso de soltero con terraza georgiana que tenía Jazz Simmons en Hampstead era muy pintoresco pero estaba muy desordenado. Hacía algo

más de veinticuatro horas que Harry Keogh se mudó a él y lo encontró terriblemente frío y sin teléfono. Había pedido a la Rama-E que se lo dejaran expedito para disponer de él como base de operaciones, no sin dejarles de advertir que procurasen no molestarle. Darcy Clarke le había dado palabra de que podía instalarse libremente en él sin miedo a interferencias.

Lo que quería, en primer lugar, era tratar de captar el ambiente del lugar. Quizá podía averiguar cómo era Simmons si se percataba de cómo vivía, si conocía sus gustos y las cosas que le disgustaban, si se enteraba de cuáles eran sus rutinas. No de su rutina de trabajo, sino de su rutina privada. Harry no creía que un hombre fuera tal como se comportaba profesionalmente, sino tal como llevaba su vida privada.

La primera cosa que le impresionó fue el desorden. Jazz Simmons era, en privado, un hombre sumamente descuidado. Tal vez aquélla era su manera de relajarse. Cuando uno está acostumbrado a manejar un cuchillo de hoja afilada debe tener la posibilidad de protegerlo de vez en cuando con una vaina si no quiere cortarse. Aquél era el lugar donde Jazz se había refugiado.

El «desorden» se hacía patente en el gran número de libros y revistas desparramados por todas partes, más fuera de los estantes de la librería que bien colocados. Las novelas de espionaje (Harry consideraba muy lógico que las leyera)

estaban amontonadas junto a publicaciones en lenguas extranjeras, la mayoría en ruso. Junto a la cama de Jazz había un montón de *Pravdas* que alcanzaba un palmo y medio de altura, cubiertos de polvo y rematados por un ejemplar del último *Playboy.* Harry no pudo por menos de sonreír, puesto que difícilmente habrían podido encontrarse unas publicaciones que representasen ideologías más encontradas.

En el dormitorio había fotografías enmarcadas de los padres de Jazz y, en la pared, un póster de tamaño natural de Marilyn Monroe, una vitrina colocada junto a la ventana, en la que se veían una serie de copas obtenidas en varias competiciones de esquí y, sujetos igualmente en la pared, un par de esquíes amarillos muy estropeados, acompañados de los palos correspondientes, que seguramente tendrían un significado especial para su propietario. Un pequeño armario situado en un estrecho pasillo bombardeó a Harry con todo un cúmulo de adminículos relacionados con el esquí y, junto al vídeo-cassette-grabadora observó, amontonadas al azar, toda una serie de películas de las principales competiciones de invierno de los últimos cinco años. Aunque Jazz no hubiera tenido oportunidad de participar, no se las hubiera perdido totalmente.

En un rincón de un cajón del dormitorio había un montoncito de fotografías de chicas y un álbum de recortes que contenía un registro fotográfico del período militar de Jazz. Resultaba en cierto modo significativo que, envuelto en un viejo jersey, guardara un segundo álbum que contenía toda una serie de cartas descoloridas que le había escrito su padre.

Harry dejó que todas estas cosas fueran penetrando lentamente en él. Durmió en la cama de Jazz, se sirvió de su cocina y de su cuarto de baño e incluso se puso su bata. Descubrió varios números de teléfono de

antiguas amigas, las llamó y les preguntó por Jazz, solamente para descubrir que las chicas constituían un variado ramillete con poca cosa en común, salvo la inteligencia y el que todas coincidieran en que Jazz era «un muchacho muy agradable». Harry ya empezaba también a pensarlo y, si antes Michael J. Simmons había sido simplemente un medio para llegar a un fin -supuestamente al descubrimiento de la familia de Harry-, ahora se había convertido en algo con méritos propios. En resumen, el horizonte de la obsesión de Harry se ampliaba más allá de aquellos intereses puramente personales.

En este estadio Harry tuvo la impresión de que ahora se encontraría un poco más cerca del propio Simmons. Si no era él, por lo menos se había convertido en su eco metafísico. Simmons ya no existía en este universo, pero había existido en el pasado...

En los días incorpóreos de Harry, había podido viajar al pasado y hacerse inmaterial una vez, había podido manifestar un parecido fantasmagórico de sí mismo en la antigua pantalla de los hechos. Ahora, encarnado y plenamente corpóreo una vez más, esto ya no era posible; le crearía increíbles paradojas y quizás incluso dañaría la estructura del tiempo propiamente dicho. Todavía podía viajar a través del tiempo, pero al hacerlo no debía tratar nunca de abandonar el continuo de Möbius metafísico y sustituirlo por el mundo real.

No es que esto fuera una necesidad, pero en esta ocasión el viaje a través del tiempo bastaría para conseguir su objetivo. Así es que entró en el continuo de Möbius, encontró una puerta hacia el pasado y viajó hacia atrás menos de dos años. Al hacerlo, Harry modificó su posición en el tiempo, pero no en el espacio, pues seguía ocupando el piso de Jazz Simmons. Cuando juzgó que ya había recorrido un trecho bastante largo hacia atrás, hizo un viraje para dirigirse nuevamente hacia «el futuro», y entonces supo sin lugar a dudas que aquel hilo de la vida azul y poderoso que corría paralelo al suyo tenía que ser el de Simmons ya que, después de todo, lo había encontrado estando en su piso. Y siguiendo ese hilo de la vida que lo conducía hacia el futuro, supo también que ahora estaba a punto de comprobar de una manera u otra una similitud entre... ¿la transferencia? de Simmons y las de su esposa y su hijo.

La prueba no se hizo esperar y coincidió exactamente con el tiempo especificado por Darcy Clarke para definir el punto de salida de Simmons. Aun cuando lo esperaba, Harry no lo había visto llegar y lo único que detectó fue un fulgor que cauterizaba sus pupilas y que lo deslumhró con su luz blanquísima, después de lo cual... viajó solo. Jazz Simmons ya se había ido... a otra parte.

Presumiblemente a aquel mismo sitio donde Harry hijo y Brenda ya habían ido antes que él.

Harry no tenía ninguna necesidad de volver a retroceder y repetir todo lo que ya había visto tantísimas veces. ¡Siempre lo mismo! Aquí no había nada nuevo y la única diferencia, en todo caso, era que Simmons había desaparecido con un solo destello blanco e instantáneo, mientras que la desaparición del pequeño Harry y de su madre fue acompañada de dos detonaciones iguales, parecidas al estallido de una bomba. Con respecto a lo que pudieran significar los destellos terminales, Harry se sentía

completamente desorientado. Lo único que sabía era que primeramente los hilos azules de la vida que despedían reflejos de luz blanquísima se dirigían hacia el futuro y que, después, habían dejado de existir. Por lo menos ya no estaban en este universo.

Todo lo cual lo conducía al siguiente campo de investigación: el propio continuo de Möbius.

August Ferdinand Möbius (1790-1868), matemático y astrónomo alemán, descansaba en su tumba del cementerio de Leipzig. Por lo menos allí reposaba el polvo de su cuerpo, lo que para el necroscopio Harry Keogh era exactamente lo mismo. Harry ya había ido a ver a Möbius con anterioridad, movido por la intención de descubrir el secreto del continuo de Möbius. Era un invento hecho durante su vida (aunque esto era algo que se lo había negado personalmente, pues aseguró a Harry que, en realidad, él no había hecho otra cosa que «observarlo»), mientras que durante su muerte continuaba desarrollando sus teorías y transformándolas en ciencias exactas, aun cuando fueran ciencias que ningún ser vivo fuese capaz de comprender. Ninguno salvo, por supuesto, el propio Harry Keogh... y el hijo de Harry, naturalmente.

La última vez que Harry estuvo en aquel lugar se había trasladado a él a través de medios mucho más convencionales: en avión hasta Berlín y, después, pasando por Check Point Charlie, hasta el este... ¡como turista! Sin embargo, aunque su llegada había sido mundana, la salida de Leipzig fue a través de un camino totalmente diferente: a través de una puerta de Möbius. Aquélla fue la primera experiencia que había tenido Harry del continuo de Möbius desde que se convirtió en un experto en la cuestión por derecho propio.

Pero la visita de Harry había sido mucho más que todo eso e incluso ahora quizá no habría descubierto las fórmulas mentales correctas de no haber recibido un buen acicate en esta ocasión. Harry había figurado en la lista de los «buscados» por la Rama-E soviética. El imprevisto vampiro Boris Dragosani, perteneciente a aquel cuerpo, había querido apoderarse de Harry, a ser posible vivo, y arrancarle el secreto de sus extraordinarias dotes. Dragosani era un nigromante que se hacía con los pensamientos íntimos de los muertos extrayéndoselos de sus cuerpos, un nigromante que leía sus secretos en los flujos del cerebro, en los ligamentos desgarrados, en los órganos arrancados y en los intestinos extraídos del vientre.

Todo habría sido mucho más fácil si hubiera podido hablar simplemente con los muertos, igual que Harry. Es posible que a él no le respetasen tanto como a Harry, pero la amenaza de profanación bastaba para que se manifestaran. En caso contrario... siempre se podía recurrir al otro procedimiento.

Dragosani había emitido una orden de detención mediante la cual ordenaba al cuerpo alemán oriental que vigilaba la frontera, el Grenz-polizei, que detuviera a Harry bajo acusaciones falsas. Lo habían intentado y Harry, al encontrarse entre la espada y la pared, había resuelto la ecuación final de la dimensión metafísica espacio-tiempo de Möbius, con la cual podía abrir «puertas» en todo el universo espacio-tiempo. Harry había usado una de esas puertas en el preciso momento.

Tal vez había flotado de manera visible (únicamente visible para Harry) frente a la lápida sepulcral de Möbius.
A partir de entonces, la invasión de Harry de la Rama-E soviética y la destrucción de Dragosani constituía un proceso inexorable, en el curso del cual su propio cuerpo había sido destruido y abandonado cuando, una vez más, huía hacia el continuo de Möbius. Allí, como un ser incorpóreo, una mente y una alma carentes de cuerpo, había descubierto y entrado en la envoltura seca de Alec Kyle. Había sido un hecho casi involuntario, puesto que el cuerpo de Kyle, un vacío provisto de vida, se había aproximado a Harry y lo había absorbido, cosa que le había dado nuevamente un lugar entre los hombres y puesto fin a lo que de otro modo habría sido una interminable existencia en el inmaterial continuo de Möbius.
Y ahora Harry volvía a estar en Leipzig, de pie junto a la tumba de Möbius como en otros tiempos. Habían transcurrido casi nueve años desde la última vez que la había visitado, pero no había olvidado aquellos acontecimientos que pusieron término a su primera visita. Por este motivo en esta ocasión había venido de noche.
Una luna muy baja brillaba en el horizonte de la ciudad y las estrellas titilaban entre jirones de nubes que recorrían velozmente el espacio. El viento de la noche, que gemía entre las lápidas funerarias, empujaba hojas secas que correteaban por el suelo igual que ratones y Harry sentía un intenso frío en los huesos, resultado en parte del frío propio de una noche de noviembre y en parte por la sensación extraña que le provocaba su visita a aquel lugar. Pero las puertas del cementerio estaban cerradas porque era de noche, las luces de la ciudad brillaban tenuemente y, dejando aparte el rasgueo de las hojas en el suelo, todo era silencio.
Buscó a Möbius y lo encontró y, al igual que la otra vez, el gran matemático estaba absorto en sus fórmulas y en sus cálculos. Tablas de masas y movimientos planetarios, los «pesos» del sol y de sus mundos satélites en su giro inclinado eran compensados con sus velocidades orbitales y sus fuerzas de gravedad. Unas fórmulas tan complejas que hasta escapaban a la intuición de Harry, ecuaciones simultáneas cuyas respuestas se completaban por sí solas mientras él observaba; todas las cifras y configuraciones se presentaban ante la conciencia de Harry igual que los resultados siempre cambiantes de un proceso que fuese desarrollándose continuamente en la pantalla de un inmenso ordenador. Harry se daba cuenta de que el problema era tan complicado y estaba tan cerca de resolverse que él dejaba que prosiguiera inalterado por su presencia hasta el final. Y en el momento en que ocurría la pantalla se quedó en blanco y Möbius lanzó un suspiro. Era extraño, incluso ahora, oír el «suspiro» de un muerto.
-¡Señor! -lo llamó Harry-. ¿Puede atenderme ahora?
¿Cómo?, preguntó Möbius, antes de reconocer los pensamientos de Harry. E inmediatamente después dijo: *¿Eres tú, Harry? Ya me he dado cuenta de que había alguien por ahí e incluso has estado a punto de distraerme, porque has de saber que me encontraba trabajando en una cosa que es muy importante.*
-¡Lo sé! -dijo Harry asintiendo con un gesto-. Lo sabía perfectamente y por eso no quería molestarlo. ¡Son unos descubrimientos tan sensacionales!

¿Qué dices?, dijo Möbius, que pareció un poco sorprendido. *Entonces esto quiere decir que entiendes lo que yo hago. Está bien, dime entonces ¿qué he descubierto?*

Harry se echó para atrás, un poco indeciso. Estaba en presencia de un genio y lo sabía. Möbius había sido un gran matemático en vida y, después de la vida, proseguía su trabajo sin vacilar. Si las dotes de Harry en materia de matemáticas eran intuitivas, Möbius trabajaba de firme para conseguir unos resultados. En él no había saltos de cálculo sino un persistente tanteo y una pasión inmarcesible y arrasadora por lo que tenía entre manos. De todos modos, Harry consideraba que su visita había sido inoportuna y que no estaba nada bien eso de acudir a espiar a aquel hombre en el momento de su triunfo.

¡Ni pensarlo!, lo tranquilizó Möbius. *Pero ¿qué dices, que un hombre capaz de imponer su ser físico al universo metafísica y servirse de él a voluntad puede espiar lo que yo hago? Yo a ti te considero un colega, Harry, un igual. Y si he de decirte la verdad, no podías haberme venido a visitar en un momento más oportuno. Ahora ven y dime qué he hecho. ¿Qué crees que he probado con mis números?*

Harry se encogió de hombros.

-Pues bien -dijo-, ha demostrado que en lugar de los nueve planetas que nos figurábamos que había en el sistema solar, en realidad hay once. Los dos nuevos mundos son pequeños, pero no por ello dejan de ser verdaderos planetas.

Uno ocupa un puesto exactamente detrás de Júpiter, con el mismo período de rotación, por lo que siempre está tapado, mientras que el otro no es reflectante y está tan lejos del sol como Plutón.

¡Muy bien, Harry!, lo aplaudió Möbius. *¿Y qué me dices de sus lunas?*

-¿Cómo? -dijo Harry, que había sido cogido por sorpresa-. Yo lo único que sé es el problema que usted mismo se ha planteado y las soluciones a las que ha llegado a medida que iba llegando a ellas. Había unas ligeras desviaciones, unos porcentajes de error, supongo, pero...

Hizo una pausa.

-Pero, pero, pero...

Harry se imaginaba a Möbius con las cejas enarcadas.

Todas las claves estaban en las ecuaciones, Harry. ¿No lo sabes? Pues bien, te lo diré:

El mundo interior no tiene luna, pero el «porcentaje de error», como tú lo llamas, para el mundo exterior era demasiado grande para ser ignorado. Lo he repasado e indica una luna de níquel y hierro casi esférica que tiene tres kilómetros de diámetro y describe una órbita alrededor de su pariente a una distancia de veinticuatro mil circunferencias planetarias. ¡Eso es lo que se llama un buen cálculo! Por supuesto que pienso comprobarlo personándome en el lugar en cuestión y viéndolo por mí mismo.

Harry, sintiéndose plenamente derrotado, movió la cabeza e hizo una mueca burlona.

-¡Claro, lo que pasa es que usted es demasiado bueno para mí! -dijo-, y además lo será siempre... -Y al cabo de un momento añadió-: ¿Dejaría que me chivase? Yo lo haría con muchísimo gusto y, si dispusiera de suficiente información, haría que todos los astrónomos se pusieran a saltar como

locos. Podría hacerse de manera anónima, como si se tratase de un aficionado, ¿comprende?, bajo promesa solemne de que cuando se descubriera que los cálculos eran correctos, se diera el nombre de Möbius a uno de los dos mundos.
Möbius se quedó estupefacto.
¿De veras que lo harás, Harry?
-Creo que encontraría la manera.
¡Oh, hijo mío! ¡Qué maravilla! Möbius estaba radiante de satisfacción ante aquella posibilidad. *¡Oh, Harry, cómo me gustaría poder estrecharte la mano!*
-Podría hacer algo mejor -le dijo Harry, que se había puesto serio de repente-. ¿Se acuerda de que la última vez que vine a verle tenía un problema?
Pues tiene que saber que ahora tengo otro todavía más grande.
Dime de qué se trata, entonces, dijo el otro al momento.
El necroscopio le habló de su mujer y de su hijo y terminó explicándole:
-Y además, ocurre que no se trata solamente de una cuestión de familia, sino que además tengo que considerar la cuestión del agente británico Michael Simmons.
Möbius pareció perplejo.
¿Y vienes a mí en busca de ayuda? Bueno, es evidente que es así, pero la verdad es que no sé qué puedo hacer por ti. Quiero decir que si esas tres personas no están aquí, si han dejado de existir físicamente en este universo, ¿cómo puedo yo ni nadie saber dónde están? El universo es el Universo, Harry. Su mismo nombre lo define. Es el TODO. Si no están en él, quiere decir que no están en parte alguna.
-También yo lo pensaba -admitió Harry-, pero sólo hasta hace poco tiempo. Pero usted y yo podríamos desmentir esta afirmación.
¿Cómo? ¿Qué quieres decir?
-El continuo de Möbius -respondió Harry a manera de explicación-. Usted mismo admite que se trata de un plano puramente metafísico y que no pertenece a este universo. Si entras en el continuo de Möbius, sales de las tres dimensiones de este mundo. El continuo de Möbius no sólo trasciende las tres dimensiones del espacio mundial sino incluso el tiempo, y corre paralelamente a todos ellos. ¿Y qué pasa con un agujero negro?
¿Qué pasa?, dijo Möbius encogiéndose mentalmente de hombros.
-Bueno, ¿acaso un agujero negro no es una salida de este universo? Así me lo habían explicado siempre: es un foco de gravedad tan grande que el espacio y el tiempo quedan absorbidos por la espiral. Y si hay salidas del aquí y del ahora, ¿adonde conducen?
A otra parte del universo, respondió Möbius. *A mi me parece que ésta es la única explicación plausible. Te advierto que yo todavía no he mirado en realidad a los agujeros negros, aun cuando los tengo inventariados.*
-¿No entiende lo que le digo o es que evita contestarme deliberadamente? -quiso saber Harry-. Lo que le pregunto es esto: si un agujero negro va a parar a alguna parte y sale a lo mejor a una distancia situada a años-luz, ¿qué pasa con el espacio intermedio?, ¿dónde está el material que cae en el agujero entre el momento en que desaparece y el momento en que

vuelve a aparecer? Si quiere que le diga la verdad, yo encuentro todo esto muy parecido a lo de nuestro continuo de Möbius.
Continúa, dijo Möbius, que parecía fascinado.
-De acuerdo -dijo Harry-, contemplémoslo desde este ángulo. En primer lugar tenemos el..., lo que llamamos el universo mundo, y que podemos decir que tiene ese aspecto:
Transmitió a Möbius un diagrama mental.
¿Por qué esas curvas?, preguntó el matemático lleno de curiosidad.
-Pues porque sin ellas sólo habría un par de líneas rectas -le contestó Harry-. Las curvas le prestan una definición, le dan una apariencia de algo.
¿De una cinta?
-Pues ¿por qué no? En lo que a mí respecta, podría ser un círculo o quizás una esfera. Pero de esta manera podemos imaginar, además, un pasado y un futuro.
Muy bien, admitió Möbius.
-Ahora bien, en este diagrama del universo -continuó Harry- no podemos ir de «A» a «B» sin pasar por el borde. Podemos subir hasta la cinta desde «A» hasta el borde y después bajar a «B». O bajar hasta el borde y subir, esto importa poco. El borde representa la distancia entre «A» y «B», ¿comprende?
Comprendo, dijo el otro.
-Ahora bien, así es como veo el continuo de Möbius -dijo Harry:
F **Futuro**
Y prosiguió:
-Es el universo cinta que conocemos, con esa media torsión de su banda de Möbius. «Ahora» ha girado noventa grados para convertirse en «siempre», lo que quiere decir que «A» y «B» están ahora en el mismo plano. Ya no tenemos que atravesar el borde. Podemos ir de uno a otro instantáneamente, ¡«ahora»!
Continúa, insistió Möbius, aunque ahora más pensativo.
-Anteriormente nos habíamos figurado que era de esa manera -dijo Harry- que era como ponerse las botas de siete leguas y que podíamos trasladarnos a nuestro destino en unos segundos. Cubrir en unos minutos distancias que normalmente se tardaría horas en recorrer. Pero lo he comprobado y he visto que no es así. En realidad, nos trasladamos instantáneamente... por lo menos según el tiempo de la Tierra. No se trata simplemente de que podamos ir allí más aprisa, sino que de hecho el espacio intermedio desaparece.
Al cabo de un rato dijo Möbius:
Me parece que ya entiendo. Lo que quieres saber es: si para nosotros el espacio entre «A» *y «B» se reduce a cero... si desaparece...*
-¡Exactamente! -le interrumpió Harry-. ¿Dónde va a parar?
Pero es que se trata de una ilusión, exclamó Möbius, *porque todavía está aquí. Somos nosotros los que desaparecemos... en el continuo de Möbius, si insistes en llamarlo de esa manera.*
-Ahora bien, nosotros tenemos que ir a alguna parte -dijo Harry lanzando un profundo suspiro-. Lo que yo veo es que el continuo de Möbius es una tierra de nadie, es el limbo, es un terreno intermedio entre universos.

Universos, así, en plural. Tiene puertas que dan al pasado, al futuro y a cualquier punto del presente.
Si nos servimos de él, podemos ir donde queramos y cuando queramos... o por lo menos puedo hacerlo yo, puesto que todavía tengo un hilo de la vida que seguir.
Pero lo que quiero dejar claro es esto: me parece que puede haber otras puertas que todavía no hemos encontrado. No disponemos de las ecuaciones para llegar a ellas. Y creo que una de esas puertas, cuando la encuentre, me conducirá...
Te conducirá a tu mujer y a tu hijo... y a Simmons, ¿verdad?
-¡Sí!
Möbius, a su manera, asintió con un gesto y se quedó pensativo.
Otras puertas, dijo reflexionando, *entonces concédeme esto: que yo sé más acerca de la dimensión Möbius que tú, ya que me he pasado ciento veinte años examinándola atentamente, lo cual es algo que tú no has podido hacer, que yo la descubrí y que me he servido de ella para ir a sitios a los que tú no podrás ir nunca en la vida.*
-¿Cómo? -dijo Harry.
¿Cómo?, dijo Möbius volviendo a enarcar las cejas nuevamente a su manera.
Pues mira, ¿puedes ir al centro de una estrella de Betelgeuse y ver qué temperatura tiene?, ¿puedes ir a visitar las lunas de Júpiter o situarte en medio del monumental tornado de aquel planeta que nosotros llamamos la Mancha Roja?, ¿puedes viajar hasta las profundidades de la fosa de las Marianas o a cualquier otra sima de la Tierra a fin de calcular la masa de agua de este mundo? No, no puedes.
Pues yo sí puedo... y además lo he hecho. Entonces concédeme esto: que yo conozco el continuo de Möbius mejor que tú.
Planteadas las cosas de aquella manera, parecía que de poco iba a servir querer discutirlas. A Harry no le quedaba más remedio que admitirlas, si bien dijo:
-Me parece que va a decirme algo que no quiero oír.
¡Así es!, le dijo Möbius. *En el continuo de Möbius no existen puertas que no hayamos descubierto, Harry. En cuanto a otros universos, cosa que me parece una contradicción en sí, no puedo decirlo. En cualquier caso, estás hablando con quien no corresponde, porque yo sólo me ocupo de los mundos tridimensionales que conocemos. Pero de una cosa estoy seguro: a través del continuo de Möbius no encontrarás el camino hacia otro mundo paralelo...*
Y se calló mientras la contrariedad de Harry iba creciendo como si se tratara de una cosa física que acabó posándose sobre la tumba de Möbius como una capa de niebla.
-¡Señor! -dijo Harry al fin-, le doy las gracias por el tiempo que me ha dedicado.
No tiene ninguna importancia, respondió Möbius, *el tiempo sólo tiene importancia para los vivos. A mí el tiempo me basta y me sobra. Lo único que quisiera es poder ayudarte.*
-Me ha ayudado -dijo Harry, agradecido-, aunque sólo sea para puntualizar algo que había debatido en mi fuero interno multitud de

veces. Sé que el pequeño Harry y su madre están vivos y sé que él puede servirse del continuo de Möbius mejor incluso que nosotros. Él está vivo, pero no en este universo, lo que quiere decir que debe de estar en otro. Esto no tiene vuelta de hoja. Yo me figuraba que ellos habían ido a otra parte, al sitio que fuera, siguiendo la banda. Usted me asegura que no es así. Entonces es que tiene que haber alguna otra ruta. Yo ya tengo una clave en lo que se refiere adonde tengo que empezar a buscar... pero a partir de aquí mi trabajo se hace mucho más peligroso. Y ahora...
¡Espera!, dijo Möbius. *He estado pensando en tus diagramas. ¿Quieres que ahora te pase yo uno a ti para variar?*
-¡Encantado!
Perfectamente; ahí tienes de nuevo tu universo de cinta... y un universo paralelo de construcción similar:
Como puedes ver, prosiguió, *los he unido por medio de...*
-¿Un agujero negro? -se aventuró a decir Harry.
No, porque estamos hablando de supervivencia. No hay materia sólida que pueda introducirse en esas espantosas fauces y conservar su integridad. No importa cómo seas cuando entras en un agujero negro, pero cuando sales, en el supuesto de que salgas, te has convertido en materia gaseosa, en materia atómica, en pura energía.
-Lo cual excluye también los agujeros blancos.
Harry estaba poniéndose más taciturno por minutos.
Pero no los grises, dijo Möbius.
-¿Los agujeros grises? -dijo Harry frunciendo el entrecejo.
Sí... ahora lo veo claro, dijo Möbius con aire reflexivo, casi como si hablase consigo mismo. *Los agujeros grises... sin la gravedad destructora de los agujeros negros ni la espantosa radiación de los blancos. Pura y simplemente puertas entre universos. ¿Radiadores de entropía, quizás? Lugares de los que es imposible escapar cuando uno se encuentra dentro, por lo que tendría que haber más de uno si un viajero quisiera hacer el viaje de regreso...*
Harry esperó y al momento comenzaron a flamear una vez más extrañas ecuaciones en aquella sorprendente pantalla de ordenador que era la mente de Möbius. Iban apareciendo cada vez más aprisa, retahílas interminables de cálculos que dejaban atontado a Harry al tratar de captar su significado. Durante segundos que se transformaron después en minutos continuó la sucesión de cálculos mentales... hasta que de pronto pareció que la pantalla se quedaba desconectada y en blanco. Y al momento dije Möbius:
Es... posible. Podría ocurrir en la naturaleza e incluso el hombre podría repetirlo. Aunque no tendría ninguna utilidad para los hombres. Sería como un producto secundario de algún otro experimento, una especie de accidente.
-Pero si yo supiera cómo... Si pudiera llevar sus matemáticas a la ingeniería..., ¿no ha dicho usted mismo que yo podría hacer esta puerta?
Harry estaba tratando de agarrarse a un clavo ardiendo.
¿Tú? ¡Lo veo muy difícil!, dijo Möbius con una risita. *Pero sí que sería posible para un equipo de científicos, siempre que estuvieran dotados de enormes recursos y de un caudal ilimitado de energía.*

Harry pensó en los experimentos de Perchorsk y evidentemente ahora estaba muy excitado.
-Ésta es la confirmación que necesitaba -dijo-. Y ahora tengo que ponerme en marcha.
Ha sido agradable volver a hablar contigo, le dijo Möbius. *Y ahora ten cuidado, Harry.*
-Lo tendré -le prometió Harry.
Y cogiendo su abrigo y agarrándolo con fuerza (o, si no «su» abrigo, uno que había sacado del armario de Jazz Simmons), Harry conjuró una puerta de Möbius y se marchó.
Las hojas revoloteaban entre las tumbas y a lo largo de los senderos. Una de las hojas, atrapada por sorpresa por un zapato de Harry, se echó a volar sobre las losas en las que hacía un momento él estaba de pie. Pero ahora que la luna iba alta recorriendo su camino y las estrellas fulguraban fríamente, el cementerio de Leipzig estaba totalmente vacío...
Tres días antes de la visita de Harry a Möbius (y a toda una dimensión de distancia de ella), Jazz Simmons viajaba hacia el oeste en compañía de Zek, Lardis y sus Viajeros, bajo los dorados fulgores de un sol que iba poniéndose lentamente.
Estaba contento de haberse liberado de sus cosas, salvo de la pistola y de dos cargadores, y sabía que, a pesar de que se sentía terriblemente cansado, ahora estaba en condiciones de aguantar hasta que los Viajeros decidiesen acampar.
Además, había tenido oportunidad de contemplar a placer a Zek bajo la luz de aquel largo atardecer de la Tierra del Sol, y la verdad es que había quedado muy complacido. La chica había tenido ocasión de lavarse en un arroyo, lo que sirvió para realzar grandemente su belleza fresca y natural. Estaba para comérsela y la verdad es que Jazz tenía bastante hambre atrasada, aunque el momento no era oportuno.
Zek se había envuelto sus pies doloridos en jirones de tela y ahora podía caminar sobre hierba y tierra blanda en lugar de tener que hacerlo sobre piedras y, aunque estaba cansada, parecía que su andar era más ligero y que de su rostro habían desaparecido todas las huellas de preocupación. Mientras Zek se aseaba, Jazz aprovechaba el tiempo para estudiar a los Viajeros.
Parecía haberse confirmado su primera idea: se trataba de gitanos, y además, hablaban una antigua lengua románica. Era difícil no encontrar conexiones con el mundo que había dejado atrás; tal vez Zek estaría en condiciones de explicar algunas similitudes. Decidió que un día se lo preguntaría: una pregunta más que añadir a una lista que ya estaba haciéndose bastante larga. Le sorprendía ver con qué rapidez había acabado por confiar en ella y también de estar pensando en ella en lugar de concentrarse en las cosas que le interesaban.
Muchos de los Viajeros varones llevaban aros en el lóbulo de la oreja izquierda, aparentemente de oro, a juego con los anillos que llevaban en los dedos.
Al parecer, el precioso metal no escaseaba en aquel lugar, puesto que decoraba, a base de franjas amarillas, los palos de arrastre de sus narrias, tachonaba sus chaquetas de cuero y era incluso utilizado para coser las

costuras de sus pantalones de tejido grosero... También se utilizaba para los clavos de las suelas de cuero de sus sandalias. La plata escaseaba mucho más. Jazz había visto flechas de este metal y tornillos con cabeza de plata para sujetar los arreos, pero nunca lo había visto utilizado para decoración. Con el tiempo descubriría que, en este mundo, ese metal era mucho más precioso que el oro. Y una de las razones importantes que hacían que fuera así era su efecto sobre los vampiros.
Sin embargo, los Viajeros desorientaban a Jazz, porque veía en ellos anomalías básicas y extrañas que escapaban a su comprensión. Encontraba, por ejemplo, que su mundo era en muchos aspectos muy primitivo, pese a que los Viajeros tenían muy poco de primitivos. Aun cuando todavía no había visto aquí ninguna caravana de gitanos, sabía que las había y tuvo ocasión de observar a un niño de cuatro o cinco años, sentado en una narria cargada y traqueteante, que jugaba con un tosco carro de madera. Entre sus lanzas, un par de criaturas muy parecidas a grandes ovejas con mucha lana, igualmente talladas en madera, estaban unidas con minúsculos arneses de cuero. Por consiguiente, esa gente conocía la rueda y tenía bestias de carga, pese a que él no había visto ninguna por allí. Sabían trabajar los metales y, puesto que se servían del arco, difícilmente podía considerarse que sus armas fueran primitivas. En efecto, era evidente que la suya era, en todos los aspectos, una cultura compleja, aunque por otra parte costase comprender que, dado el ambiente en que vivían, hubieran podido adquirir cultura ninguna.
En lo tocante a la «tribu» que Jazz había esperado ver, de momento sólo había conocido a un total de sesenta Viajeros: la cuadrilla de Arlek (actualmente plenamente aceptada en el contingente general) y los compañeros de Lardis, además de un puñado de grupos de familias que habían estado esperando junto a un grupo de árboles para juntarse con Lardis a la salida de la Tierra del Sol y, abandonando el desfiladero, dirigirse con él hacia el oeste pasando por el pie de las montañas. Toda esta gente iba a pie, salvo una vieja que estaba tumbada sobre un montón de pieles en una narria y dos o tres niños más que viajaban de manera similar.
Jazz había estudiado sus caras y no le había pasado por alto la manera como volvían la cabeza con frecuencia y observaban con aire suspicaz el sol que flotaba sobre el horizonte de la parte sur. Zek había dicho a Jazz que la verdadera noche tardaría todavía unas cuarenta y cinco horas; sin embargo, persistía una muda ansiedad, una tensión, en los rostros de los Viajeros, y Jazz creía conocer el motivo.
Suponía que ellos deseaban secretamente dirigirse hacia occidente y establecer la mayor distancia posible entre ellos y el desfiladero antes de la puesta de sol. Y como conocían aquel mundo, mientras que Jazz no era más que un recién llegado a él, sintió que su angustia crecía al mismo ritmo que la de ellos y que sus deseos también se sumaban a los suyos.
Procurando disimular el miedo, preguntó a Zek:
-¿Y los demás? No me digas que aquí está la tribu al completo.
-No -le contestó ella, sacudiéndose los húmedos cabellos, que le caían sobre los hombros-, aquí no hay más que una parte. Las tribus de los Viajeros no se mueven de un lado a otro masivamente porque, según

Lardis, lo primero es la «supervivencia». Más arriba hay dos campamentos más grandes. Uno está a unos sesenta kilómetros de aquí, mientras que el otro está cuarenta kilómetros más lejos, donde se encuentra el primer refugio, que consiste en un sistema de cuevas en el interior de un saliente de la roca. La tribu entera puede meterse en él, desparramarse en el interior y tumbarse en el suelo. Sería muy difícil que los wamphyri pudieran desalojarlos. Es allí donde nos dirigimos y donde pasaremos la larga noche que nos espera.
-¿Más de cien kilómetros? -dijo él frunciendo el entrecejo-. ¿Y tenemos que llegar antes de que oscurezca?
Después de volver a echar una mirada al sol, que ya estaba muy bajo en el horizonte, dijo:
-¡Tú bromeas!
-Todavía falta mucho para que se ponga el sol -volvió a recordarle ella-. Puedes mirar el sol hasta que quedes deslumbrado y, pese a ello, no verás que se haya movido mucho. Es un proceso lento.
-Bueno, menos mal -dijo él, con un gesto de alivio.
-Lardis tiene intención de recorrer veintidós kilómetros entre los descansos -continuó Zek-, pero también él está fatigado, probablemente más que nosotros.
No tardaremos en tener el primer descanso, porque Lardis sabe que todos necesitamos dormir. Los lobos nos vigilarán. El descanso será de tres horas, no más. Por cada seis horas de recorrido tenemos un descanso de tres horas.
Necesitamos nueve horas para recorrer veintidós kilómetros. Parece cosa de nada, pero la verdad es que resulta extenuante. Ellos están acostumbrados, pero tú quedarás exhausto... hasta que le cojas el tranquillo, claro.
Todavía estaba hablando cuando Lardis ordenó hacer un alto en el camino.
Iba al frente, pero su voz poderosa retumbó hasta ellos:
-¡A comer, a beber! -ordenó-. ¡Y después, a dormir!
Los Viajeros caminaban pesadamente antes de detenerse y, junto con ellos, Zek y Jazz. Ésta desenrolló el saco de dormir y dijo a Jazz:
-Coge una manta de pieles de una de las narrias. Las hay en abundancia. Alguien se ocupará de traernos pan, agua y un poco de carne.
Después aplanó un espacio cubierto de helechos, instaló el saco encima y se metió dentro. Subió la cremallera hasta la mitad y la dejó cerrada a media altura, mientras Jazz iba a buscar una manta después de encender un cigarrillo y dárselo a Zek.
Cuando se tumbó a su lado, ya habían traído la comida para los dos y, mientras la consumían, Jazz comentó:
-Estoy excitado como un niño y me parece que no conseguiré dormir. Son tantas las cosas que tengo que asimilar que mi cerebro no para ni un momento.
-Ya te dormirás -le respondió ella.
-Quizá tendrías que contarme un cuento -dijo Jazz, tumbándose-. ¿Quieres contarme la historia de tu vida?
-¿La historia de mi vida? -dijo ella con una sonrisa lánguida.

-No, simplemente la parte de tu vida que comienza en el momento en que viniste aquí. Ya sé que no debe de ser muy romántica, pero creo que cuanto más cosas sepa de este sitio, mejor. Como diría Lardis, se trata de una cuestión de supervivencia. Y ahora que sabemos algo acerca del Habitante, que aparentemente tiene un billete de abono para Berlín, parece que la supervivencia todavía es más deseable. O, para decirlo más correctamente, más factible.
-Tienes razón -repuso Zek, poniéndose cómoda-. He tenido momentos en que he estado a punto de abandonar toda esperanza, pero ahora estoy contenta de no haberlo hecho. ¿Quieres saber qué cosas me han ocurrido? Está bien, ésta es mi historia...
Comenzó a hablar en voz baja y monocorde pero, a medida que iba entrando en materia, fue adoptando el estilo pintoresco y lleno de colorido de los Viajeros y de los propios wamphyri. Como estaba dotada de poderes telepáticos, el estilo y la forma de expresión de éstos habían quedado impresos en ella y se habían convertido en una segunda naturaleza. Jazz le prestó oídos y dejó que sus palabras fueran fluyendo y dejando a un lado la sensación de miedo que infundía la historia que contaban...

Capítulo 15

La historia de Zek

Atravesé la Puerta perfectamente equipada, como tú -dijo Zek al iniciar su historia-, pero yo no era ni tan grande ni tan fuerte como tú y, por tanto, no podía transportar tantas cosas. Y además, estaba agotada...
»Cuando llegué a la Tierra de las Estrellas era de noche... lo que quiere decir que mis oportunidades eran escasas. Pero, naturalmente, yo entonces no sabía cuáles eran mis oportunidades... De haberlas sabido, seguramente me habría pegado un tiro en la cabeza y habría acabado con mi vida.
»Atravesé la Puerta, bajé por el borde del cráter y vi qué me esperaba. No podía hacer otra cosa que hacer frente a la situación, puesto que no había camino de regreso. Puedes creerme si te digo que, antes de decidirme a bajar, me arrojé contra la esfera en un último y desesperado intento de escapar, pero la esfera siguió en su sitio, emitiendo su luz blanca, tan implacable e impenetrable como una bóveda pétrea y luminosa.
»Pero si la visión de los que me esperaban me había asustado, mi aparición por la Puerta no dejó de tener su efecto sobre ellos. No sabían qué hacer conmigo.
En realidad, no es que estuvieran esperándome, estaban allí en la Puerta por sus propios asuntos, si bien esto no lo descubrí hasta más tarde. Ahora todo esto está borroso en mi mente, como una pesadilla que se desvaneciera lentamente. Sería difícil describir cómo fue todo, qué ocurrió realmente, pero trataré de hacerlo.
»Ya has visto esas bestias voladoras que emplean los wamphyri, pero lo que no has visto son sus guerreros... o, si los has visto, no ha sido de cerca. No estoy hablando de los lugartenientes de Shaithis, Gustan y el otro, porque éstos eran antiguos Viajeros, vampirizados por Shaithis y poseedores de un cierto rango y autoridad. Que yo sepa, no son receptores de huevos y no pueden aspirar a otra cosa que a estar al servicio de su señor. Son vampiros, por supuesto, pero de un tipo especial... Todos los suplantadores de los wamphyri lo son, pero Gustan y los demás siguen siendo hombres... -Hizo una pausa y suspiró-. Jazz, esto va a ser difícil de contar. Los vampiros son... tienen un ciclo vital enormemente complejo.
Quizá sería mejor que primero tratase de dejar claro lo que sé acerca de sus sistemas antes de seguir adelante. Me refiero a su sistema biológico.
»Los vampiros, las criaturas básicas, nacen en los pantanos situados al este y oeste de las montañas. Su fuente, su génesis, está basada en conjeturas. Es posible que sean seres-madres enterrados en la ciénaga que no han visto nunca la luz del día. Esas madres se ocuparían simplemente de poner huevos. Yo he hablado con los Viajeros y con lady Karen, que también es wamphyri, y no hay nadie que sepa nada acerca del vampiro básico. Sin embargo, hay algo que puedo garantizarte y es que no salen nunca de su pantano si luce el sol.
»Cuando ponen huevos, lo primero que hacen todos y cada uno de ellos es encontrar un huésped, al que persiguen con el mismo instinto que lleva al pato a buscar el agua. No forma parte de su naturaleza el vivir aislados y,

de hecho, en caso de no encontrar un huésped, se desecan rápidamente y mueren. Podríamos decir que son como los cuclillos, que... pero no, la comparación es pobre. Mejor decir quizá que son como la tenia o, mejor aún, como las duelas, que viven en el hígado. Esto quiere decir, por tanto, que son parásitos, pero la similitud termina aquí...

»De todos modos, ya he dicho que su ciclo vital es complejo. Como lo son también los ciclos vitales de muchísimas criaturas de nuestro mundo. Lo de las duelas es un buen ejemplo. Viven en los intestinos de las vacas, cerdos y ovejas y ponen sus huevos en los excrementos del animal, que después son recogidos por los pies de otros animales, incluido el hombre, y penetran en ellos a través de las grietas o aberturas de su piel. Cuando se instalan en el hígado, el animal está perdido, porque el órgano se queda como un queso gorgonzola.

Y si el animal muere en el campo y su carne es consumida por los cerdos... o si después de sacrificado es consumido por hombres ignorantes... ya se entiende cómo continúa el ciclo. El vampiro es una cosa así, como un parásito. Pero como ya he dicho, ésta es la única semejanza que tiene con él.

»La gran diferencia es ésta:

»La tenia y la duela destruyen gradualmente a sus huéspedes, los anulan, los matan, pero también se aniquilan a sí mismos, porque no pueden vivir sin un huésped en el cual poder vivir. El instinto del vampiro, en cambio, es diferente. Él no mata a su huésped sino que crece dentro de él, lo hace más poderoso, cambia su naturaleza. Aprende de él, lo aligera de su debilidad física, aumenta su fortaleza, absorbe su mente y su carácter y los subvierte. Aunque el vampiro es asexuado, adopta el sexo de su huésped, sus vicios y sus pasiones. Los hombres son seres apasionados, Jazz, pero si en su interior hay un vampiro, no hay nada que los pare.

Los hombres son belicosos y, como los wamphyri, alcanzan el éxtasis bañándose en la sangre de sus enemigos. Los hombres son tortuosos, lo que hace que los wamphyri sean las criaturas más tortuosas del universo.

»Pero todo esto no es más que una parte del ciclo, una faceta...

»Ahora bien, ya he explicado que un hombre, con un vampiro en su interior, puede convertirse en un ser mentalmente corrompido, pero es que además está el lado puramente físico. La carne del vampiro es diferente, es protoplasma, compatible con cualquier carne, con la carne de los hombres y con la carne de las bestias, compatible con casi todo cuanto tiene vida. Y de la misma manera que el vampiro crece dentro del huésped, también puede cambiar el huésped para sus propios fines e incluso llegar a cambiarlo físicamente. Los wamphyri son maestros de la metamorfosis. Voy a explicártelo:

»Supón que un vampiro que acaba de salir de un pantano tiene la suerte de encontrar a un lobo como huésped. Entonces obtendrá de él su astucia, su fiereza, sus instintos depredadores. E incluso los potenciará. Hay leyendas de lobos en la Tierra del Sol. Las mismas leyendas que conocimos en nuestra tierra como la leyenda del hombre lobo. La bala de plata, Jazz, ¡y la luna llena!

»Para seducir a los hombres, al objeto de alimentarse, el lobo dominado por el vampiro imita a los hombres. Camina sobre dos patas, deforma sus

rasgos hasta hacerlos semejantes a los humanos, ronda a su presa durante la noche. Y cuando muerde…

»¡La mordedura del vampiro es virulenta! Su contaminación es segura, más aún que la de la rabia. Sin embargo, la rabia mata y la mordedura del vampiro, no.

Podría matar si el vampiro quisiera, pero a veces la víctima vive. Y si en el momento del ataque el vampiro introduce en la víctima parte de su propio ser, de su propia carne protoplásmica, la víctima queda vampirizada. Puede decirse que el ataque es fatal, que el vampiro bebe la sangre de la víctima, la deja seca (cosa que suele ocurrir) y convertida en un cadáver. Igualmente, en este caso, aunque la víctima esté muerta, lo que se introduce, a cambio de la sangre, no está muerto.

En el término de unas setenta horas, a veces menos, se produce la transformación y se complementa la metamorfosis. Nuevamente, como en los mitos de la Tierra, el vampiro aparece a los tres días y difunde su contaminación al exterior.

»De todos modos, me he desviado de la cuestión. Estaba tratando de explicar qué tipo de criatura es un guerrero wamphyri. Imagínate una de sus bestias voladoras aumentada de tamaño multiplicándolo por un factor de diez. Imagínate esta criatura con una docena de cuellos y cabezas blindados, las cabezas provistas de bocas llenas de dientes increíbles… dientes que parecen hileras de guadañas.

Imagínate estas cosas con igual número de brazos o tentáculos, todos terminados en garras, en tenazas, equipados con versiones diferentes de los guanteletes de batalla de los wamphyri. Haz que los ojos de tu mente vean todas estas cosas y sabrás qué es un guerrero. Se trata de vampiros, pero manifiestamente desprovistos de cerebro, que sólo conocen la fidelidad que les inspira el señor que los ha creado.

»¡Ah, pero leo la pregunta en tus ojos, Jazz! Estás pensando: ¿cuál fue el señor que los creó y a partir de qué? Pero ¿es que no te he dicho que son maestros de la metamorfosis? Todas sus criaturas, las que sustituyen a las máquinas en su sociedad, fueron hombres en otro tiempo.

»No me preguntes el porqué de esas cosas, porque yo no tengo todas las respuestas y no creo que pudiera soportar conocerlas. Lo que sepa te lo contaré, si el tiempo lo permite. Pero hace un momento que me preguntabas qué fue lo primero que vi al llegar aquí y te dije que las primeras cosas que vi, dos en este caso, fueron guerreros wamphyri. Fue lo que vi primero, antes de ver nada más, de la misma manera que tú detectarías una pareja de cucarachas si las vieras mezcladas con hormigas. En primer lugar, porque las hormigas son tolerables y las cucarachas no lo son y, en segundo lugar, porque las cucarachas son mucho más grandes y, por la misma razón, mucho más feas.

»Había dos en aquella llanura cubierta de piedras, bajo la luna y las estrellas.

Su tamaño me pareció increíble. Que eran luchadores era evidente. Si ves un dibujo del *Tiranosaurus Rex* en un libro de animales prehistóricos no necesitas que te explique nadie que se trata de un animal depredador. Pues estas criaturas eran así:

iban armadas hasta los dientes, iban acorazadas y su manifiesta fealdad hacía que no pudieran ser otra cosa. Sólo cuando vi que eran seres tranquilos y que se dominaban, me atreví a apartar de ellos los ojos. Después de observar a las cucarachas, para llamarlas de algún modo, me decidí a observar a las hormigas.
Comparadas con ellas, es decir, con los guerreros y las bestias voladoras, esto era exactamente lo que parecían: hormigas. Sin embargo, eran los amos, mientras que aquellos monstruosos gigantes eran sus obedientes esclavos.
«Intenta imaginártelo: en la llanura cubierta de piedras, aquellas dos montañas de carne acorazada. Mas cerca, media docena de pajarracos, con sus cuellos alargados balanceando las cabezas de un lado a otro. Y más cerca aún, a unos cuantos pasos de distancia de la resplandeciente cúpula de la Puerta, los wamphyri que acuden a castigar a uno de los suyos, un transgresor de las leyes de lady Karen. Los observo, los contemplo con una mezcla de terror y morbosa fascinación, y ellos me miran a su vez. Porque estaban allí para empujar a alguien a través de la Puerta y lo que no esperaban era ver entrar a nadie por ella.
»Estaba la propia Karen y cuatro subordinados, cuatro "lugartenientes" si prefieres llamarlos así, y otro que era más feo que un demonio cargado de cadenas de oro. Ahora bien, sabes muy bien, Jazz, que el oro es un metal blando y que se rompe con facilidad, aunque no ocurre lo mismo cuando los eslabones tienen el grosor de un dedo. Había más oro en aquellas cadenas que todo el que he visto junto en mi vida y, a pesar de todo, las llevaba como si fueran de hojalata. Se llamaba Corlis y era enorme, bruto y fuerte, iba absolutamente desnudo, sólo vestido con todo aquel oro. No llevaba guantelete en la mano, estaba humillado.
Sin embargo, pese a que se encontraba desnudo y sin armas, se veía en sus ojos enrojecidos el brillo de la furia y el orgullo.
»Los cuatro hombres que lo rodeaban eran muy altos, pero el prisionero los sobrepasaba la cabeza; llevaban largas vainas de cuero fijadas a la espalda y en las manos unas espadas muy finas. La espada, como he sabido después, es una arma humillante y se considera que sólo aquellos maléficos guanteletes que ellos llevan son honorables y adecuados para el combate cuerpo a cuerpo. Estas espadas, además, tenían la punta de plata. Y las cuatro apuntaban a Corlis, que estaba allí jadeante, con la cabeza levantada, lleno de rabia contenida.
»Detrás del prisionero y rodeada por los cuatro que la custodiaban, estaba lady Karen, inmóvil. Al verme, abrió la boca como admirada. Ahora, Jazz, voy a decirte una cosa que ninguna mujer se atrevería a admitir, que ni yo misma me he atrevido casi a admitir hasta ese momento: las mujeres son seres envidiosos. Y las guapas más que las que no lo son. Si lo admito ahora es porque sé que es verdad, si bien debo decir que hasta que vi a Karen no lo supe en realidad.
»Tenía el cabello cobrizo, brillante, casi llameante. Reflejaba la luz blanca de la cúpula como un halo sobre su cabeza y sus cabellos se derramaban sobre sus hombros como oro finamente entretejido que quisiese competir con las fulgurantes ajorcas que llevaba en los brazos. Eslabones de oro de una fina cadena que le rodeaba el cuello sostenían la túnica de cuero

blanco y flexible que le ceñía el cuerpo como un guante y las sandalias de cuero pálido que llevaba en los pies estaban pespunteadas con hilos de oro. Llevaba sobre los hombros una capa de pieles negras que le llegaba hasta los pies, confeccionada con los pelos de las alas de los grandes murciélagos, que resplandecía con finos pespuntes de oro, y se ceñía la cintura con un amplio cinturón de cuero negro, cerrado con una hebilla que representaba la cabeza de un lobo aullando y, colgado de su redondeada cadera, pendía el guantelete.

»Era una mujer increíblemente hermosa; mejor dicho, lo habría sido a no ser por sus ojos escarlata. Quienquiera que fuese la gente que convivía con ella, no se diferenciaba de ella; es más, ella era la señora del grupo. Yo no tardaría mucho tiempo en saber qué nombre se daban a sí mismos: wamphyri.

»Se adelantó hacia mí, destacándose del grupo formado a mi alrededor, mientras yo estaba agachada junto a la pared del cráter, con aquella media esfera que era la Puerta a mis espaldas. Vista de cerca todavía era más hermosa; su cuerpo tenía aquel movimiento sinuoso propio de las bailarinas gitanas, aunque tenía un aire tan sencillo que le daba un aspecto totalmente inocente. Su rostro, en forma de corazón, con un orgulloso mechón de pelos sobre la frente, habría podido ser angelical si sus ojos rojos no lo hubieran convertido en el de un demonio. Tenía una boca llena, de arco perfecto; sus labios, rojos como la sangre, todavía más marcados por la palidez de sus mejillas, ligeramente hundidas. Tan sólo su nariz tenía un aspecto un tanto desfavorecedor, porque era un poco inclinada, regordeta, con los orificios excesivamente redondos y oscuros. Y quizá también sus orejas, medio escondidas entre los cabellos y un poco retorcidas, igual que conchas exóticas. Sin embargo, de sus lóbulos pendían unos aros de oro y aunque había en ella un aire salvaje y estaba envuelta en colores contrastados, continuaba teniendo todo el aspecto de una gitana. Hasta sus movimientos emitían un sonido, aun cuando nadie pudiese oírlo...

»Fue entonces cuando ella me dijo: "Habitante de la Tierra del Infierno..."

»Y me lo dijo en una lengua que yo no habría entendido de no haber tenido el talento suficiente para comprenderla. Las lenguas son fáciles de entender cuando uno tiene dotes telepáticas. Sin embargo, lo que yo no podía comprender en las palabras que decía lo leía en su mente, cosa que ella advirtió al momento, porque su mano pálida, de uñas de color carmesí, se movió hacia mí y, acusadora, me dijo:

"¡Ladrona del pensamiento!" »Después entornó los ojos inyectados en sangre y, al volver a hablar, lo hizo con voz reflexiva: "Una mujer de la Tierra de los Infiernos... Había oído hablar de hombres, de brujos que llegaban a través de la Puerta, pero nunca hasta ahora de una mujer. Tal vez es un presagio, porque a lo mejor una ladrona de pensamientos podría serme de gran utilidad".

»Súbitamente pareció tomar una decisión repentina: "Entrégate a mí y transmíteme todos tus secretos y yo te protegeré. Si te niegas y sigues tu camino, no tendrás mi protección", me dijo.

»Pero mientras hablaba, pude ver detrás de ella las miradas socarronas y la lascivia reflejadas en las caras de sus secuaces. Pensé inmediatamente

que en aquello me iba la vida. Si no me iba con ella, ¿adonde podía ir? ¿Podía ir a algún otro sitio? Si no me iba con ella, ¿adonde iría a parar?
»"Soy Zekintha", le dije, "y acepto tu protección", le dije. "Entonces llámame lady Karen'', dijo ella moviendo la cabeza, mientras su cabello despedía resplandores de fuego. "Y ahora apártate un poco, porque aquí tenemos qué hacer." »Y dirigiéndose a sus ayudantes dijo: "¡Traed al perro Corlis!"
»Los hombres de Karen empujaron al prisionero; incluso encadenado, se habría revuelto contra ellos, pero las armas que empuñaban, rematadas con puntas de plata, lo tenían a raya. Le quitaron las cadenas y cuando le retiraron la última...
»...¡aquél era el momento que había estado aguardando!
»Arrollando aquel último trozo de cadena alrededor del puño, Corlis se revolvió, se agitó e hizo retroceder a sus guardianes. Antes de tener tiempo de reaccionar, se libró de la pesada cadena y la proyectó con gran fuerza contra ellos.
Después se echó a reír, con una risa loca y desaforada, y se abalanzó sobre lady Karen, como si quisiera apoderarse de ella. "Si tengo que ser una víctima de la Puerta, Karen, ¡también vas a serlo tú!", le gritó. De la misma manera que tú metiste aquí a Karl Vyotsky, Corlis también había decidido sacar de aquí a lady Karen.
»Agarrándola fuertemente, Corlis casi alcanza la baja pared del cráter, pero los hombres que la protegían echaron a correr tras él como perros perdigueros; él, sin embargo, tenía ventaja. Parecía que mi única esperanza en un mundo tan extraño era que me eliminaran. Pero Corlis no había contado conmigo. Mientras eludía a los seguidores de Karen y las bocas de los agujeros del magma, se acercó al lugar donde yo me encontraba. Karen le daba puntapiés y mordiscos, pero esto tenía poca importancia. Era una wamphyri, pero también era una mujer. Con lady Karen transportada bajo el brazo, Corlis se dio cuenta de su oportunidad, por lo que saltó en dirección a unos peldaños naturales de piedra, por los que treparon siguiendo la pared del cráter. Ahora se encontraba a tres o cuatro pasos de la Puerta. Sin embargo, cuando pasaba delante de mí, levanté la pierna y le propiné un buen golpe... Fue así de sencillo.
»Corlis dio un traspié y Karen salió despedida por los aires. A punto estuvo de colarse por uno de los agujeros del magma que abrían sus enormes fauces. Corlis se levantó, quedó apoyado en una rodilla y me lanzó una mirada con la que me escupía todo su odio y su contrariedad. Yo me encontraba casi a su alcance. Avanzó sus brazos hacia mí y yo me hice atrás... Pero, ¡oh, santo cielo!, sus brazos infernales seguían acercándose a mí. Se alargaban como si fueran elásticos, cada vez más cerca de mí, y yo podía oír el desgarramiento de sus músculos y de sus ligamentos. Su rostro... ¡oh, Dios mío, qué espantoso era su rostro!... Se abría a través de una boca que parecía una trampa de acero, con hileras de dientes que eran igual que agujas, que crecían visiblemente y que se curvaban por fuera de sus encías. No sé en qué estaba convirtiéndose, pero era evidente que estaba transformándose en algo manifiestamente invencible. Pero yo no estaba dispuesta a ceder ante él. Y menos en una cosa así.

»Yo tenía la metralleta en las manos, pues no la había soltado ni un momento, pero yo no soy un soldado, Jazz, y nunca he matado a nadie. En aquel momento, sin embargo, no me quedaba otro remedio. Así es que apunté con el arma (no me preguntes de dónde saqué las fuerzas, porque tenía unos músculos que parecían de gelatina) y apreté el gatillo.
»Bueno, como bien sabes, las balas no los matan, pero les causan extraordinarias perturbaciones. La cortina de fuego que precipité sobre Corlis era como una potente pared de plomo. Hizo que todo su tronco se volviera de color escarlata, abrió agujeros en su pecho y en su odioso rostro, lo barrió de mi lado y lo dejó repantigado en el suelo, más blando que un trapo húmedo. Y en medio del estrépito enloquecedor provocado por el arma, dio la impresión de que todo había quedado como congelado. En la relativa quietud de la Tierra de las Estrellas, aquel arma de fuego sonó como una carcajada que hubiera retumbado en el infierno.
Hasta que el cargador quedó vacío no mermó el ruido, mientras sus estampidos retumbaban a través de las colinas.
»El efecto fue sorprendente, pero súbitamente el cuadro se puso en movimiento. Instados por Karen, que se había puesto de pie, sus hombres se abalanzaron sobre Corlis. ¡Éste se había sentado! Yo no podía creer lo que veían mis ojos, pero así era en efecto. Las perforaciones que las balas habían hecho en su cuerpo ya se estaban cerrando y su cara ensangrentada iba sanando por sí sola.
Sin embargo, vio que aquellos hombres se lanzaban contra él con sus espadas de punta de plata y miró enloquecido a su alrededor. ¡Allí! Acababa de descubrir uno de los agujeros del magma; se levantó, ladeado y con el cuerpo encorvado, y, dando un salto, se precipitó hacia su boca oscura. Ya en el aire, uno de los seguidores de Karen lo atrapó, la plata de la espada lanzó un destello y la cabeza de Corlis salió volando por los aires. El tronco se desplomó hacia adelante salpicándolo todo con la sangre que manaba de su cuello cercenado. El salto de Corlis había impulsado su cuerpo retorcido a través del agujero del magma haciéndolo desaparecer de la vista. Pero su cabeza había quedado allí en el suelo y sus labios dibujaban una mueca al tiempo que sus dientes rechinaban espantosamente.
»Karen profirió un grito de asco, dio un paso adelante y de un puntapié lanzó la bola asquerosa a través de otro agujero. Dejando aparte lo que pudiera haber hecho Corlis, aquello había sido horrible y ahora de él no quedaba otra cosa que unas manchas de color escarlata...
»Karen me contempló, al tiempo que observaba el arma humeante que yo todavía tenía en las manos. Sus ojos sanguinolentos estaban muy abiertos y hacían que su cara todavía pareciera más pálida. No sólo observaba el arma que yo tenía en las manos, sino también el resto de mi equipo; parecía que no podía apartar los ojos de los macutos, después de lo cual trasladaba inmediatamente la mirada a la boca del lanzallamas que yo llevaba colgado del cinturón o a la insignia del bolsillo izquierdo de la pechera de mi traje de combate. Al parecer, eso fue lo que más la impresionó, por lo que se acercó más y clavó sus ojos en la cimera del escudo. Por supuesto, se trataba de la hoz y el martillo, atravesados por

una bayoneta de una unidad de infantería. Un soldado de escasa talla me había pasado su mono de uniforme.
»Pero para lady Karen significaba mucho más. Irguiéndose todo lo alta que era, como si se sintiera profundamente ultrajada, me señaló con el dedo y me escupió al rostro sus palabras. Las pronunciaba con tal rapidez que parecían graznidos. Yo las leía en su mente: "¿Ésta es tu enseña? ¿El cuchillo curvo, el martillo y la estaca? ¿Quieres burlarte de mí?" »"Yo no quiero burlarme de nadie", le respondí. "Esta enseña no es más que..." »"¡Mucho cuidado! Y procura que el arma no se te dispare, porque de lo contrario te entregaré a mis guerreros y te engullirán como una golosina", me replicó.
»Y al decir estas palabras indicó con el dedo las anómalas monstruosidades que aguardaban en la llanura salpicada de rocas.
»Mi arma ahora estaba descargada y no osaba volverla a cargar. Obedeciendo a un momento de inspiración, la tendí a Karen como ofreciéndosela, pero ella retrocedió con un gesto que dejaba traslucir un cierto respeto. Después frunció el entrecejo, apartó de un golpe el arma, se acercó y clavó sus uñas escarlata en el pespunte de mi bolsillo. Arrancó de un gesto el ofensivo blasón y lo arrojó lejos de sí. "¡Así! ¿Repruebas estos signos?", me dijo. "Sí, los repruebo", respondí. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y pareció calmarse.
»"¡Muy bien!, pero tienes suerte de que esté en deuda contigo. Más tarde ya me contarás por qué llevabas este insulto encima", insistió.
«Después se volvió hacia sus hombres, que se apresuraron a dirigirse a la llanura y a subir en sus monturas.
»Karen hizo un movimiento hacia ellos, pero yo permanecí quieta, sin saber qué hacer. Dándose cuenta de mi indecisión, dijo: "Ven, nos están esperando".
»Me llevó hasta una de aquellas criaturas, que estaba recostada en el suelo moviendo la cabeza. Pensé que debía de tratarse de la de Corlis, puesto que en el lomo, a la salida del cuello, tenía una caja de metal colocada en la posición adecuada.
»"Súbete y métete dentro", me dijo Karen, pero a mí me fue imposible hacerlo.
»Retrocedí y moví la cabeza. Fue como si mi temor le infundiera una mayor confianza, aunque no creo que le hiciera mucha falta. Después se echó a reír.
"Entonces móntate conmigo." »Nos dirigimos a otra de las bestias que estaba libre, colocada al lado de la anterior. Debajo del arnés tenía una especie de manta morada, grande como una alfombra, que le cubría todo el cuerpo. El arnés era de cuero negro con ornamentos de oro, en tanto que la silla de montar, por la parte de la base del cuello del animal, era enorme, blanda y suntuosa. Aquella criatura bajó el cuello y Karen, agarrándose a los salientes y a los arneses, se aupó fácilmente y se sentó en la silla. Me costaba enormemente tocar aquella carne extraña. Lady Karen se agachó, me agarró la mano enfebrecida con la suya helada y, sirviéndome de su ayuda, me monté detrás de ella. "Si te mareas, agárrate a mí", me dijo.

»Y salimos volando en dirección a su nido de águilas. No puedo decir nada más acerca de aquel vuelo, puesto que tuve los ojos cerrados gran parte del tiempo y, si me agarré a ella, fue porque no había ningún otro sitio al que agarrarme.
»El nido de águilas era un lugar horrible, era... ¿Jazz?
Zek se inclinó hacia adelante y lo miró. Jazz tenía pegada en los labios la colilla del cigarrillo. Aunque Zek lo contempló largamente con una sonrisa, se dio cuenta de que una ráfaga de viento le precipitaba sobre el pecho un poco de ceniza y que el pecho de Jazz había comenzado a bajar y subir rítmicamente. ¡Y eso que había dicho que se sentía incapaz de dormir! Bueno, mejor que se tomase su descanso..., y mejor también que ella lo imitara.
Aun así, no pudo por menos de preguntarse hasta qué punto había atendido su relato.
Daba la casualidad de que lo había oído casi todo y de que la opinión de Jazz con respecto a ella apenas había variado: seguía considerándola una mujer endiablada...
Los veintitrés kilómetros siguientes no resultaron tan fáciles de recorrer e hicieron que Jazz comenzara a entender qué había querido decir Zek al comentarle que uno se quedaba con el espinazo roto. Después de todo lo que había pasado antes y después de abandonar Perchorsk (y su propio mundo), algo menos de tres horas de sueño no eran gran cosa. Al menos en lo que se refería a la preparación para lo que había de seguir después. El camino era duro y serpenteaba hasta llegar a las colinas más altas, donde las piedras desprendidas convertían la marcha en una auténtica carrera de obstáculos; no tardó mucho en ponerse a llover, un diluvio que acabó por apaciguarse cuando Lardis anunció la siguiente interrupción para hacer un nuevo descanso. Aquí había cuevas secas y poco profundas que se abrían debajo de salientes de roca, y dentro de ellas se dispersaron gran parte de los Viajeros. Jazz y Zek hicieron lo mismo y desde su angosto refugio atisbaron el cielo que se iba aclarando y el sol bajo e inconmovible que comenzaba a proyectar nuevamente sobre sus rostros sus rayos pálidos, pero ya reconfortantes.
Desde aquel punto, mientras el ambiente se iba despejando y el lol absorbía y dispersaba la niebla turbulenta que se levantaba del suelo, Jazz comprendió por qué Lardis había escogido aquella ruta tan difícil. Más abajo, un bosque se extendía, amplio y profundo, hasta la llanura de la Tierra del Sol. Atravesados por multitud de riachuelos que bajaban de las colinas tumultuosos, los bosques de un verde profundo y oscuro hablaban de una exuberancia casi impenetrable. Allí en las alturas, los ríos todavía eran cursos de agua fácilmente vadeables, pero al llegar abajo se despeñaban desde los barrancos y después se juntaban y acababan por formar amplios torrentes que serpenteaban entre los bosques. Eran buenos para la caza y la pesca, ciertamente, pero no para una caminata tan ardua como aquélla.
La elección había sido fácil: un camino difícil o un camino imposible. El pie de las colinas dominaba la vista de todo el terreno circundante, detalle que era muy del gusto de Lardis.
-Esta vez -dijo Jazz a Zek-, creo que voy a dormir.

-También has dormido la última vez -le recordó ella-. ¿Comienzas a notar el agotamiento?
-¿Que si comienzo a notarlo? -dijo Jazz con una mueca-. No tengo un solo músculo en el cuerpo que no me duela. Y los Viajeros, encima, tienen que llevar a rastras de un lado a otro esta maldita y pesada narria y todavía no les he oído quejarse. Supongo que es lo que tú dices, pero no sé qué le ocurriría a una persona débil o anciana que viniera a parar a este lugar.
-No es que yo sea muy fuerte -reflexionó ella-, pero yo he tenido más tiempo para acostumbrarme. Supongo que en cierta manera he tenido suerte de que lady Karen fuera la primera en acogerme. Y después, que ella fuera..., bueno, una «señora», o por lo menos todo lo señora que le permite su condición.
-¿Su condición?
-En ella anida el huevo de Dramal Doombody -dijo Zek, sin dejar de mover la cabeza-. El wamphyri lord Dramal estaba sentenciado desde el día que contrajo la lepra..., razón por la cual le fue puesto el nombre que llevaba. Voy a explicártelo.
»La lepra también forma parte del sino de los Viajeros. Son propensos a ella.
Se la contagian, la heredan o simplemente la contraen por contacto con otro leproso. No me preguntes, porque no sé nada acerca de la enfermedad. Pero cuando en un Viajero comienzan a aparecer los síntomas, está perdido. Ocurre de vez en cuando: simplemente, su tribu lo abandona, ya se trate de un hombre o de una mujer. Dramal, en su juventud, hace de eso quinientos años, se juntó con una leprosa que, aunque padecía la enfermedad, todavía no manifestaba síntoma alguno. El vampiro la encontró atractiva, cohabitó con ella en su nido de águilas y, más tarde, demasiado tarde, descubrió la maldición que había caído sobre él.
Jazz se quedó nuevamente desconcertado.
-¿Quieres decir que ella le contagió la enfermedad? Me sorprende que esas terribles criaturas puedan sobrevivir. Dejando aparte el que están guerreando continuamente entre sí, encima beben la sangre de los Viajeros, mantienen relaciones sexuales con las mujeres y generalmente son vulnerables a toda suerte de enfermedades.
-Sin embargo -respondió Zek-, a su manera son escrupulosos. Por lo menos los auténticos señores entre los wamphyri.
-¿Escrupulosos? -preguntó Jazz, atónito-. ¿Lo dices en serio?
Ella lo miró a los ojos sin parpadear.
-Las cucarachas también son escrupulosas a su manera. Pero hay que decir que los wamphyri son, efectivamente, quisquillosos. Sus servidores, sus secuaces, generalmente Viajeros que han experimentado un cambio y que han sido vampirizados pero no han recibido un huevo, como aquellos dos que viste con Shaithis, no son tan exigentes. En cuanto a eso que dices de que son vulnerables a toda suerte de enfermedades, tal vez sería verdad si fueran completamente humanos pero, como has podido ver, no lo son. Así que un hombre es vampirizado, su cuerpo se hace invulnerable a las enfermedades. Por esto viven tantísimos años.
Incluso llegan a superar el proceso de envejecimiento.

-Sin embargo, no son invulnerables a la lepra. ¿Es eso lo que quieres decir?
-Así es, al parecer. De todos modos, esta mujer de Dramal murió en la torre donde él la encerró. Pero le pasó la enfermedad. Por supuesto que su carne de vampiro la combatió y, después de deteriorarse, sus miembros se regeneraron y su carne se renovó. Pero Dramal no podía salir victorioso. El vampiro que había en él estaba infectado. Así que la enfermedad hizo mella en él, pese a que todas las energías de Dramal se concentraron en combatirla e impedir que avanzara. Su nido de águilas fue rehuido por los wamphyri y ni siquiera tenía visitantes en tiempos de tregua. Por supuesto que contaba con sus siervos pero, a medida que se iba debilitando, incluso éstos comenzaron a murmurar contra él y a urdir conjuras contra su persona. En realidad, tenían miedo de que les pegara la enfermedad.
»Ahora bien, todo esto requirió tiempo, casi quinientos años de gradual deterioro. Sin embargo, hace unos cuantos años que Dramal comenzó a temer que se aproximaba su fin y que uno de los Grandes No Muertos estaba a punto de morir... O que muy pronto se encontraría tan débil que hasta sus propios siervos se levantarían contra él, le clavarían una estaca, lo decapitarían y quemarían sus restos hasta dejarlos reducidos a cenizas. Entonces volarían hasta su nido de águilas, ahora considerado por casi todo el mundo como un foco de infección.
Decidió entonces que, antes de que consiguieran hacer lo que se proponían, debía depositar su huevo, si bien no pensaba depositarlo en ninguno de los que componían aquella traicionera caterva que lo rodeaba. Por supuesto que, cuando pasara el huevo a otro, huiría de él su poder y el nido de águilas pasaría a manos de su sucesor. Así es que cogió a Karen Sisclu, perteneciente a una de las tribus orientales de Viajeros, e hizo de ella un wamphyri y, antes de morir, le transmitió todo su poder. En una situación mejor, le habría pasado el huevo a través del acto sexual, pero ahora ya no le quedaban fuerzas para esa clase de expansiones. Las había consumido todas en enseñar a Karen las costumbres de los wamphyri, los secretos del nido de águilas y en pasarle los sellos y la lealtad de sus diferentes bestias. Así es que se limitó a besarla y con el beso bastó: aquel beso monstruoso fue suficiente para transmitirle el huevo.
Jazz a duras penas pudo reprimir un ligero estremecimiento. Hizo una mueca y dijo:
-¡Oh, Dios, qué mundo éste! Pero dime una cosa: cuando hablas de «su condición» refiriéndote a lady Karen, ¿quieres decir que ahora es un wamphyri o que es algo peor todavía? Me refiero a que si, además, padece la lepra que le contagió Dramal.
-¡No, eso no! -respondió Zek-, pero es posible que su situación sea todavía peor, si eso es posible. Mira, las leyendas de los wamphyri dicen que la primera madre fue una hembra, cuyo vampiro produjo no un solo huevo, como es normal, sino una interminable cantidad de huevos, hasta que el vampiro y su huésped femenina quedaron secos... y ya no quedó nada de los dos. Éstos dieron nacimiento a los vampiros, pero el esfuerzo los dejó absolutamente exhaustos y convertidos en pellejos sin vida. Así fue como Dramal decidió pagar a los demás wamphyri por el desdén que le habían

manifestado, por llamarle Doombody, es decir, cuerpo condenado, y por el aislamiento en que lo habían tenido. Pero lo hizo también por pura maldad. Haría que viniesen a parar a este mundo un centenar de huevos de vampiro, todos los cuales encontrarían un huésped en los habitantes de aquel nido de águilas. ¡Hasta las bestias voladoras y las criaturas guerreras se convertirían en wamphyri! Lo cual suponía el envilecimiento de toda la raza dominada por una bruja. ¿Comprendes?
Jazz asintió con la cabeza, aunque no sin cierta incertidumbre.
-Creo que sí. Él esperaba que Karen se convertiría en madre y que su vampiro produciría la misma interminable cadena de huevos. Pero ¿qué seguridad podía tener?
-Quizá no la tenía -dijo ella encogiéndose de hombros-, quizás esperaba que fuera así, pero el hecho es que dijo a Karen que esto es lo que ocurriría. Y ella, la pobre, como es una criatura maldita y condenada, así lo cree. Los wamphyri tienen extraños poderes. Tal vez en cierto modo lo ha maquinado todo. En cualquier caso, ahora él se está corrompiendo y ella está aguardando, mientras el vampiro que se alberga dentro de ella va madurando lentamente. Lo que ocurre es que hay algunos que maduran más rápidamente que otros. En algunos el hecho ocurre en cosa de días, mientras que en otros tarda muchos años. Si su vampiro es una madre, tendrá el mismo sino que aquella primera madre de la leyenda...
Zek hizo una pausa y, como movida por un impulso, se acercó a Jazz y le tocó la cara. Antes de que tuviera tiempo de retirar la mano, él le dio un beso en los dedos. También había sido un impulso. Zek le sonrió y movió la cabeza.
-Sé qué estás pensando -dijo-, y ciertamente no tengo necesidad de leer tus pensamientos para saberlo. De todos modos, son pensamientos de saltamontes, porque pasan de consideraciones espantosas a... apetencias de placer... ¡una cosa detrás de la otra!
Y a continuación volvió a ponerse seria.
-Tienes razón, Jazz, éste es un mundo terrible. Y nosotros no estamos ni mucho menos fuera de él. Mejor ahorrar esfuerzos.
-Me he fijado que te has puesto muy cerca de mí. Quizá no sé leer tus pensamientos...
Ella se echó a reír.
-Aquí hay muchos Viajeros varones sin pareja, Jazz -dijo Zek-. Ahora tanto ellos como Lardis se figurarán que me he decidido, y pueden tener razón o no tenerla. De todos modos, ya no tendré necesidad de seguir quitándomelos de encima... pero no me obligues a tener que rechazarte a ti también, porque no sé si lo conseguiría.
Jazz lanzó un suspiro y rezongó:
-¡Promesas, promesas!
Después, con una sonrisa que más bien parecía una mueca, dijo:
-Está bien, tú ganas. De todos modos, me duele todo...
Al final de la última etapa del viaje, el sol se había trasladado unos cuantos grados hacia el este y había descendido apreciablemente en el cielo. O, tal vez, los Viajeros habían subido del pie de las montañas y el horizonte había bajado. Fuera lo que fuese, Jazz observó una franca urgencia, una mayor conciencia en Lardis y su gente. El desfiladero a

través de las montañas todavía estaba a unos cuantos kilómetros en dirección este y el descenso del sol parecía mucho mas evidente. Sí, y Shaithis tenía unas cuentas que ajustar, por lo que cuanto antes llegase la tribu al refugio de su cueva, tanto mejor.
Siguiendo un camino perfectamente definido colinas abajo, la marcha se hizo rápida y sorprendentemente fácil. Se habían cubierto poco menos de treinta kilómetros en el tiempo calculado para la mitad de esa distancia, cosa que complacía profundamente a Lardis, y éste ordenó que se instalara un campamento en la orilla oeste del río, al borde de una extensa región cubierta de bosques, y comunicó a sus gentes que tenían cuatro horas de descanso. Envió cazadores a la sabana cubierta de altas hierbas, entre las cuales vivían toda suerte de pájaros y otros animales, y después se buscó un sitio junto a la orilla del río, trazó una línea y se sentó en el suelo, sumido en aquel largo atardecer, de espaldas a los pescadores, dispuesto a hacer sus planes.
Sus hombres, entretanto, encontraron señales dejadas por los corredores (miembros de la tribu que corrían libremente y a grandes distancias, que actuaban en calidad de agentes secretos de Lardis). Éstos corroboraron los puntos de enlace previamente establecidos tanto para el siguiente grupo de Viajeros, situado a una distancia solamente de siete kilómetros en cabeza, y el campamento original, a unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Lardis se mostró satisfecho cuando su anzuelo se clavó en un enorme barbo, que izó a la orilla. Parecía que las cosas estaban ocurriendo exactamente tal como estaban programadas.
En cuanto a Jazz y Zek, mientras ella se bañaba en el río, él manipulaba su metralleta, liberando el bloqueo y engrasando las diferentes piezas, es decir, volviendo a dejar el arma en condiciones de ser utilizada. En el caso de una nueva confrontación, siempre sería mejor disponer de dos armas que de una. Jazz, además, había pedido que le devolvieran el resto del equipo, puesto que quería que por lo menos un miembro de la cuadrilla de gitanos con la que trabajaba, preferiblemente el propio Lardis, tuviera un conocimiento del funcionamiento de los diferentes instrumentos y, de manera especial, del lanzallamas. Cuando llegó su equipo, Jazz tuvo la sorpresa de comprobar que, al parecer, no había nadie que hubiera manipulado sus cosas desde que él hizo los paquetes. Y quizás así había sido mejor. En el fondo de uno de los fardos había un nido de granadas de fragmentación rusas, dotadas de un alto poder destructor. Tenían un tamaño parecido al de los huevos de gallina y recordaban a Jazz los huevos de chocolate envueltos en papel de plata del día de Pascua, ahora que las veía en la bandeja compartimentada y rellena de serrín de una caja de madera. Si alguien los hubiera manipulado, seguro que habría tenido que enterarse.
Lardis, camino del campamento, con el enorme barbo coleando colgado de su espalda, hizo un ademán a Zek y a Jazz desde la orilla del río y les gritó:
-Dejad que me desembarace primero de esto y después iré a ver esas cosas vuestras.
Contemplaron su corpulenta figura mientras se perdía de vista junto a la orilla del río y después continuaron haciendo lo que habían dejado

interrumpido. Mientras Zek terminaba de secarse el pelo, Jazz probó el arma por última vez; tiró con fuerza de la pieza para cargarla y se vio recompensado con el claro, preciso y familiar chasquido de las partes metálicas del arma al encajar unas con otras.
Después apretó el gatillo, y el cierre de la recámara saltó hacia adelante y se situó en su lugar. Jazz hizo un gesto de satisfacción, puso el seguro y metió un cargador completo en su interior. Tendió el arma a Zek y dijo:
-Vuelves a ser una potencia tanto en este mundo como en el otro. Todavía me quedan seis cargadores completos y municiones suficientes para rellenar cuatro de ellos. Es decir, cinco para cada uno. No es que sea precisamente un arsenal, pero mejor esto que nada.
Cogió una granada y la sopesó en la mano. Había que imprimirle un movimiento giratorio y tirar de la anilla. Aquella granada, llena de materia altamente explosiva, saltaría por los aires convertida en doscientas astillas metálicas curvas, cada una transformada en una hoz que, con la explosión, saldría despedida a la velocidad de una bala. ¡Sería devastadora! Ni siquiera el más poderoso de los vampiros podría nada contra ella. En el mejor de los casos, quedaría mutilado; en el peor para él, decapitado. Jazz se habría servido de ellas de haber sabido qué había hecho la gente de Arlek con sus granadas, aunque la metralleta había conseguido unos resultados más inmediatos.
Pero Zek condujo los pensamientos de Jazz nuevamente al momento presente:
-¿Quieres que te cuente cómo es el nido de águilas de lady Karen?
Jazz se puso de pie y dijo:
-Sí, mientras me baño. Comienzo a oler igual que tú el día en que nos conocimos. Yo en tu lugar no miraría... ¡es horrible!
Se desnudó, se quedó en calzoncillos e inmediatamente se dio un chapuzón en el agua. Después nadó hasta la orilla y comenzó a lavarse.
-De acuerdo -dijo-, hablemos de esos castillos de los vampiros. Tengo la sensación de que no va a ser muy agradable, pero si consideras que vale la pena contarlo...
Y Zek prosiguió su historia...

Capítulo 16

El nido de águilas de Karen - Harry en Perchorsk

Antes de empezar, permíteme que te diga que no hay ser humano capaz de describir con precisión cómo es un nido de águilas de un wamphyri. Me parece que nuestro idioma, como cualquier otro de los idiomas del viejo mundo, no dispone de las palabras adecuadas para describirlo. Y en caso de que las tuviera, la descripción sería tan repetitiva, tan llena de adjetivos desagradables, que el intento llevaría implícito el fracaso.
»Por esto me limitaré a contártelo todo tal como yo lo vi, como si quisiera describirte un cuadro o una sucesión de cuadros, sin demorarme demasiado en las anomalías y anormalidades grotescas de... ¡bueno, tú ya me entiendes!
»El nido de águilas de lady Karen había pertenecido a Dramal Doombody, por lo que debe de ser perfectamente representativo de todos los nidos de águilas o de todos los castillos, si prefieres llamarlos así, asentados en el extremo superior de esas fantásticas columnas. Pero empecemos por las columnas propiamente dichas.
»Que yo sepa, se trata de un fenómeno natural y han sido formadas por las propias montañas en el curso de un lento retroceso. ¿Quieres saber por qué subsisten esas columnas mientras la tierra a su alrededor se desprende y se desmorona? Pues no lo sé, no soy geóloga. A lo mejor fueron en otro tiempo el núcleo de una serie de volcanes, cegado por un magma de basalto más duro que los conos existentes a su alrededor. Los cráteres hace tiempo que desaparecieron, pero subsisten esos cilindros titánicos. Todo esto es teórico, por supuesto, y de todos modos tiene poca importancia. Las columnas son reales y los wamphyri construyeron hace un tiempo inmemorial los nidos de águilas que se asientan sobre ellas.
»Sin embargo, si contemplas una de esas columnas a distancia, no ves el cuadro completo. Con esto quiero decir que no ves la columna de verdad. La columna está allí, dentro de su caparazón, pero lo que tú ves es el caparazón, que los wamphyri han ido construyendo a lo largo de los años en torno al núcleo interior. Así es que la pregunta siguiente debería ser: ¿de qué materia está hecha esta "piel" artificial?
»Mira, creo que la mejor manera de contestar a esta pregunta sería equiparando una de esas columnas al coral que se encuentra en ciertos bancos submarinos. La piedra está allí y el coral vivo forma una piel sobre la misma y después la piel muere y se convierte en piedra. Así es que en el banco submarino la "piel" es coral muerto, mientras que en las columnas... es carne muerta.
»Cuando hay que reparar o ampliar uno de esos nidos de águilas, los wamphyri crían criaturas cartilaginosas cuya única función consiste en tapar una abertura, pasar a formar parte de una pared o del tejado de una nueva sala o pasadizo. Lo que equivale a decir que sus cuerpos vivos forman el edificio o los materiales de reparación. Sin embargo, he dicho "crían" y no es la palabra exacta.
En realidad, ellos no crían nada y lo único que hacen es limitarse a *cambiar* lo que ya existe. A lo mejor cogen un troglodita de los que tienen

encerrados o castigan a un sirviente vampirizado que se ha mostrado remiso en su conducta o quizá roban un Viajero o dos de la Tierra del Sol. Todo lo que sea carne humana o subhumana es lo mismo para los wamphyri. La pueden coger, cambiar, adaptarla a sus necesidades individuales. Esas cosas cartilaginosas se colocan allí donde sea, mueren y acaban fosilizándose. Como originariamente son vampiros, puesto que fueron vampirizados, tardan mucho tiempo en morir... y a lo mejor ni siquiera mueren de la manera como nosotros entendemos la muerte, sino que lo único que hacen es envejecer y quedarse... fijados en su sitio.

»Lo que quiero decir es esto: que cuando uno se pasea por un nido de águilas, no pocas veces se encuentra rodeado de los huesos bruñidos y amalgamados y los pellejos duros y correosos de lo que en otro tiempo eran hombres. Y si uno mira con la suficiente atención, cosa que aprende rápidamente a no hacer, comienza a identificar las formas del costillar de las cajas torácicas, los fémures, las columnas vertebrales e, incluso..., me parece que ya me has comprendido.

»Los wamphyri soportan fríos extremos, lo cual no quiere decir que los prefieran, sino simplemente que los toleran muy bien. Con todo, cuando se encuentran sitiados, calientan sus columnas con un sistema de calefacción central extremadamente complicado. En la base de las columnas queman gases y canalizan el aire caliente a través de unas tuberías que, por lo general, no son otra cosa que enormes huesos huecos que caldean los diferentes niveles. Hay otros tubos que sirven para canalizar el gas, que puede ser quemado según las necesidades. Hay dos fuentes en las que se originan estos gases.

»Cada nido de águilas tiene su pozo de desechos. Para un wamphyri los "desechos" pueden ser cualquier cosa, desde residuos del cuerpo hasta cuerpos realmente desechados. Ya sabes de qué se alimentan los wamphyri. Bueno, de hecho no se sienten obligados a consumir ese tipo de cosas y pueden prescindir de la sangre e incluso vivir indefinidamente sin sustento alguno o variar sus dietas y consumir fibras vegetales, aceites diversos e incluso frutas, que recogen después de la puesta del sol en la Tierra del Sol. Tienen grandes almacenes donde guardan los alimentos, por no hablar además de las despensas en las que tienen en reserva trogloditas y Viajeros. En este caso vamos a considerar cuál es su dieta habitual.

»Cuando devoran una persona y no quieren que se convierta en vampiro, los restos de la comida van a parar al pozo de los desechos junto con otros residuos.

Ten en cuenta que cada una de estas columnas que alberga un nido de águilas puede contener mil seres o más y podrás hacerte una idea de lo que hay dentro de ese pozo de desechos. Por supuesto que los gases se generan en grandes cantidades. Se trata de gases que se queman generalmente cerca de la fuente, en las entrañas de la columna. Los conductos usados por los wamphyri son sistemas no totalmente estancos, por lo que si se liberasen gases de este tipo... el ambiente que reinaría en el resto del nido de águilas sería irrespirable.

»En los niveles inferiores están los establos en los que se encuentran las bestias del gas. Su nombre describe cuál es su función. Se trata de vejigas

vivas de gas, igualmente carentes de inteligencia que las criaturas cartilaginosas. Su única función consiste en la producción de gas. Se alimentan de hierbas toscas y de un poco de grano y, como es obvio, el gas que producen estas bestias es bastante parecido al metano. Creo que no es necesario dar más explicaciones…

»En cuanto al agua, ya te he dicho que los wamphyri, a su manera, son seres sumamente limpios. Lady Karen se bañaba con frecuencia, tan a menudo como yo.

Yo la había observado mientras se bañaba y era como si tratase de sacarse de encima la contaminación que padecía su cuerpo, cosa que naturalmente era imposible. Pero no por ello dejaba de intentarlo. Hablaba con altivez a sus servidores, pero en realidad no era más que una pobre chica asustada, ya que esto era lo que había sido en realidad.

»De todos modos, sabes muy bien que el agua no sube tan fácilmente como el gas. En nuestro mundo tiene que ser bombeada para subirla a las montañas o impulsada a presión; en otros casos es conducida a través de un acueducto desde una fuente situada a mayor altura. Los nidos de águilas tienen sus sistemas de captación, consistentes en unos pellejos inclinados hacia adentro situados en todos los niveles. Sirven para canalizar el agua de la lluvia hacia unos grandes barriles provistos de un sistema que hace que el agua desbordada vaya a parar a otros barriles. Cuando llueve, los pozos situados al pie de las columnas están llenos hasta los bordes y, cuando los depósitos están repletos, se dejan los pellejos colgantes igual que banderas. De hecho, llevan tejido el escudo de los wamphyri, por lo que también tienen la función de estandartes. Sin embargo, las lluvias no son frecuentes y, si un nido de águilas fuera sitiado, este sistema por sí solo no supondría una garantía. Por esto hay que contar con una reserva.

»¿Sabes qué quiere decir "atracción capilar"? Es la manera como sube la savia a través de un tallo o el agua entre paneles de vidrio. Los wamphyri se sirven de la atracción capilar para elevar el agua desde sus pozos hasta la parte superior de sus nidos de águilas. Los tubos por dentro de los cuales circula el agua son literalmente tubos capilares, al igual que esos mismos tubos tan estrechos que conectan venas y arterias. Se trata de verdaderos tubos capilares, Jazz, cuyos propietarios se encuentran tumbados formando plácidos montones, llevando una falsa vida, en las habitaciones secretas situadas en lo alto de los nidos de águilas. Son habitaciones secretas, porque los wamphyri no toleran a sus criaturas salvo en los lugares que les corresponden. Conocen la diferencia que existe entre lo que es aceptable y lo que no lo es. Y el lugar que corresponde a algo cuyas venas cuelgan dentro de unos tubos que recorren un kilómetro o más a través de una columna es, evidentemente, la parte superior de dicha columna. Y como en realidad resultan indecorosos, los wamphyri los tienen escondidos.

»Fui a parar no sé cómo a esta habitación, entre sus habitantes, en el nido de águilas de lady Karen. Lo único que recuerdo del hecho es esto: que encontré la habitación y que después alguien me encontró a mí y me sacó de ella. Me había desmayado. Mi cerebro no había registrado nada de aquel episodio, salvo el que había ocurrido y nada más. Y supongo que si

recordé esto fue sólo a la manera de advertencia, por si alguna vez lo olvidaba y volvía a extraviarme por aquel mismo camino. No es necesario añadir que nunca más volví a perderme por él.

»Otra cosa que había en las regiones inferiores eran los refugios de los guerreros. Los guerreros están encerrados, igual que los leones de los anfiteatros romanos, en un estado parecido al de la muerte por inanición. En cualquier caso, estarían en ese estado si no fuera porque, al igual que los wamphyri, no necesitan comer. Cuando comen, toman invariablemente carne, preferiblemente viva. Son carnívoros puros, creados para desgarrar, mutilar, matar... y devorar. Su recompensa en la batalla es comer hasta hartarse. Acuden volando a la batalla, aterrizan desde las columnas y espurrean a través del cielo igual que calamares gigantescos; sin embargo, si salen victoriosos, muy pronto se hacen tan voluminosos que ya no pueden volver a sus nidos de águilas por medio del vuelo y tienen que regresar atravesando las llanuras cubiertas de piedras lo mejor que pueden. Aparte de servirse de ellos durante las batallas propiamente dichas, los wamphyri también los utilizan para sitiar a los Viajeros. Después, si tienen éxito, son recompensados con un banquete ocasional.

»Pero dejémoslo ya. Si eres creyente, da gracias a Dios porque te ha ahorrado tener que verlos y, sobre todo, verlos durante las batallas...

»Las bestias voladoras se encuentran estacionadas en diferentes niveles. Tú ya las has visto y sabes cómo son. No son especialmente peligrosas, por lo menos en lo que a ellas estrictamente se refiere. Cuando caminan por tierra son torpes y estúpidas; cuando vuelan son graciosas a su manera, un poco extraña sin embargo.

Están conectadas con sus amos, que se encargan de dirigirlas a través de la telepatía. Con este procedimiento las controlan los wamphyri cuando cabalgan sobre ellas para conducirlas a la batalla. Son los puestos de mando flotantes de sus amos.

»Otra cosa más acerca de los wamphyri durante la batalla: tienen sus propios códigos de combate y también sus "valores" distorsionados acerca de cosas como la valentía, la caballerosidad, etcétera. ¿Te imaginas? Pero ellos cambian esos valores para adaptarlos a la conveniencia de cada uno y en ventaja propia. En caso de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo, es decir, de un individuo contra otro, la única arma permitida por los amos de alto rango que viven en los nidos de águilas (los señores y sus ayudantes o lugartenientes) es el guantelete. Estas odiosas armas se fabrican en un lugar situado al este, en una pequeña colonia de gitanos, y se hacen especialmente para uso de los wamphyri. Todas las cosas de metal se las hacen especialmente para ellos, porque ellos no entienden nada de metales o, para decirlo con más exactitud, sienten una especial aversión por los metales. La plata es veneno, el hierro es merecedor de desprecio; sólo el oro es relativamente aceptable.

»Ya te he contado unas cuantas cosas, contribuyendo con ello a que te hagas una ligera idea de la vida de los wamphyri y de cómo funcionan sus nidos de águilas. A mí me resulta todo tan complicado que me sería difícil entrar en más detalles. Ahora, si es que todavía te interesa seguir

escuchando, continuaré y te hablaré de mis experiencias en el nido de águilas de lady Karen...
Jazz había terminado el baño y ahora estaba saliendo del río. Se sentía mucho mejor, más relajado, como si el agua lo hubiera liberado de aquella aguda tensión que momentos antes lo poseía. Se barrió el agua del cuerpo con el borde de las manos y se estremeció de frío ante los rayos de sol que iban debilitándose gradualmente a medida que iba bajando en el horizonte. Cuando ya empezaba a vestirse y antes de que Zek pudiera continuar su relato, descubrieron a Lardis que se acercaba por la orilla del río.
Jazz había desmontado la mayor parte de sus arneses del traje de combate, dejando únicamente el cinturón y los correajes cruzados de la parte superior con sus varios aditamentos. Al llegar, Lardis observó, no sin cierta sorpresa, los diferentes elementos del equipo desparramados por el suelo, por lo que Zek echó una mano a Jazz para ayudarle a ponérselos. Jazz prefería dormir totalmente enjaezado o por lo menos saber que todas las cosas estaban en su sitio, por si tenía que despertarse de repente y hacer frente a alguna eventualidad.
Finalmente, sacando un cigarrillo y encendiéndolo, Jazz se volvió hacia el jefe de los gitanos... en el mismo instante en que Lardis torcía y arrancaba la anilla de una granada.
Jazz aspiró profundamente, empujó a Zek hacia un lado, la derribó en el suelo y de un salto se plantó junto a Lardis. El otro no se había dado cuenta de la consternación que reflejaba la cara de Jazz. Frunció el entrecejo al ver la granada en su mano izquierda y la anilla en la derecha, pero Jazz aprovechó el momento para arrebatarle la bomba de las manos. Mentalmente ya se había puesto a contar:
uno, dos, tres...
Y arrojando la granada al otro lado del río, prosiguió: cuatro, cinco...
Se oyó primeramente un pequeño chapoteo e inmediatamente después una deflagración.
El estampido retumbó con fuerza, pero una gran parte de la metralla se perdió en el río. Algunos fragmentos pasaron silbando sobre sus cabezas y se levantó en el aire todo un surtidor de agua que, después de subir a gran altura, volvió a caer. Desde las últimas estribaciones llegaron los ecos de la detonación y el agua del río barrió la orilla en forma de olas. Sobre la superficie del río flotaban ya docenas de peces muertos o atontados.
Lardis cerró la boca, contempló la aguja del percutor que tenía en la mano... y la arrojó con violencia lejos de sí.
-¿Cómo? -exclamó-. ¿Qué..?
Jazz, en tono de reconvención, le dijo:
-Sí, ha sido una pesca muy abundante...
Pero a Lardis se le escapó el sarcasmo.
-¿Cómo? ¡Ah, sí! Supongo que sí...
El hombre, sorprendido y un poco desorientado, se dio la vuelta y se dirigió a la orilla del río para calmar a su gente, que ya acudía corriendo.
-¡Y tanto que ha sido abundante! -dijo con cierto énfasis-, pero creo que prefiero pescar a mi manera.

Y echó una mirada a las armas que Jazz tenía desparramadas por toda la orilla.
-Ya me enseñarás todas esas cosas tan interesantes así que tengas un momento libre. Ahora tengo mucho que hacer.
Jazz y Zek lo observaron mientras se perdía en la distancia...
Mientras Jazz iba recuperando todas las piezas de su equipo y se disponía a echar un confortable sueñecito, Zek prosiguió su relato:
-Yo tenía también mi habitación en el nido de águilas de Karen. Ella y yo compartíamos el piso más alto, donde había literalmente una gran profusión de habitaciones, todas ellas enormes, y donde nosotras dos éramos los únicos seres humanos. Recuerda que los wamphyri son humanos; es el vampiro que anida en cada uno de ellos lo que los convierte en seres extraños y al vampiro de Karen todavía le faltaba mucho para conseguir su ascendencia total sobre ella. Así es que nosotras dos éramos las únicas personas que había allí arriba... aunque también había un guerrero. Era un personaje pequeño comparado con los suyos, con lo que quiero decir que tenía las dimensiones de un servidor personal, pero iba acorazado y era un ser terriblemente sanguinario. Estaba encargado de guardar la escalera que conducía al nivel inmediatamente inferior, lo que te dará una idea de lo poco que confiaba Karen en sus servidores.
«Estaban después las criaturas portadoras de agua, a las que ya me he referido antes. Y esto es todo: no había nada ni nadie más.
»De vez en cuando (calculé entonces que era aproximadamente cada veinticuatro horas) Karen celebraba una audiencia. Convocaba a los lugartenientes de abajo, siete en total, ninguno de los cuales tenía un huevo en su interior, y les encargaba los deberes del nido de águilas o comprobaba si habían cumplido las órdenes dadas con anterioridad. A continuación ellos presentaban sus informes, advertían de cualquier desviación del equilibrio que se mantenía dentro del nido y detallaban sus recomendaciones y otras cosas por el estilo. En cierto modo era como un grupo militar en el que Karen desempeñaba la función de mando. La cosa es que la desempeñaba muy bien. Estas fueron las únicas ocasiones en las que vi a los hombres de Karen sin sus guanteletes. El guerrero había recibido la orden, transmitida directamente a través de la mente, de atacar a todo aquel que entrara en su nivel llevando un guantalete.
»Pero no vayas a equivocarte respecto a Karen basándote en lo que te he dicho, ni cometas el error de creer que era una persona vulnerable. No lo era, por lo menos físicamente. Era un wamphyri, ésta es la verdad, y sus lugartenientes lo sabían perfectamente. Tenía el aspecto de una mujer joven y de momento quizá todavía pensaba como si lo fuera realmente, pero esto no era más que la envoltura.
»En su interior albergaba un vampiro que le había transmitido todos sus poderes, cada día más fuertes. Si parecía débil era simplemente porque no quería que sus subordinados la pusieran a prueba, no quería verse obligada a castigarlos de la manera que se había visto obligada a castigar a Corlis, porque podía significar tener que pedir ayuda al monstruo que albergaba dentro. Y quería seguir observando su postura, que consistía en mantenerlo a raya. Si dejaba que, aunque sólo fuera una vez, cobrara

ascendencia sobre ella... estaba convencida de que la dominaría siempre. Y así acabaría por ocurrir, por supuesto, ya que ésta es la naturaleza del vampiro. Karen está condenada al cambio, a la metamorfosis, al deterioro gradual de lo que era para convertirse en otra cosa...

»Recuerdo que hacia el final de mi cautiverio en el nido de águilas, le pregunté qué había hecho Corlis para que ella deseara desterrarlo a la Tierra del Infierno. Quizá porque yo era la única persona con la que podía hablar sin tener que preocuparse por sus motivaciones, decidió contármelo todo.

»Corlis había sido el más grande de los hombres que había estado con Karen, y no sólo por sus dimensiones sino también por su rango dentro del nido de águilas. Era un hombre rudo, camorrista, el equivalente en wamphyri de un chauvinista cualquiera, pero en grado máximo. Incluso como Viajero había sido un bruto, pero esto había ocurrido hacía cuarenta años. Después había formado parte de una incursión y desde entonces estaba al servicio de Dramal Doombody; suponiendo que "estar al servicio" sea la palabra exacta. Sólo Dios sabe por qué Dramal lo toleraba, aun cuando siempre sea difícil saber cuáles son los designios de los wamphyri. Quizás hubo un tiempo en que Dramal quería inocular a Corlis su huevo, aunque esto no son más que meras conjeturas, por supuesto.

»Permíteme que te defina a Corlis de la siguiente manera: no era un auténtico wamphyri, pero si ha habido alguna vez un hombre que pudiera serlo, él era ese hombre. Y él lo sabía.

»La mayoría de los hombres se habrían echado atrás ante la idea, pero no Corlis. El quería recibir un huevo... y anhelaba el poder que podía proporcionarle.

Quería convertirse en el señor del nido de águilas, un señor entre los wamphyri. No aspiraba a otra cosa que a cabalgar a lomos de una bestia voladora, al mando de sus guerreros en sus aterradoras batallas aéreas. Sin embargo, pese a que tanto él como los demás se daban el nombre de wamphyri, sabían que en realidad sólo eran los servidores no muertos de su señora vampira. Y ésta era la espina que Corlis tenía clavada en el costado.

»Había pedido a lady Karen que lo convirtiera en el señor de la guerra de su nido de águilas. A lo cual ella le replicó que no tenía necesidad de ningún señor de la guerra, pues no había ninguna guerra. El pedía un rango y una posición por encima de sus semejantes, sólo para enterarse de que no tenía ningún derecho a esta clase de honores. En un nido de águilas tan sólo hay sitio para un señor o una señora y en aquél la única señora era lady Karen. Corlis entonces se ofreció como consorte y protector de Karen, a lo cual ella, ya al límite de la paciencia, le respondió que prefería dormir con un guerrero. En cuanto a su propia protección, Corlis debía preocuparse de protegerse, especialmente si tenía intención de proseguir su campaña de maldades y acosos.

»Pero a Corlis no se le hacía callar tan fácilmente como eso, y él porfió ardorosamente alegando que los demás wamphyri planeaban guerras y que ahora que Dramal había muerto, el nido de águilas se había convertido en un lugar vulnerable y que Karen, por el hecho de ser mujer, no podía abrigar la esperanza de ostentar el mando del ejército durante la

batalla. Tenía que buscar sin más demora a un paladín y le convenía que ese paladín no fuera otro más que él.
»Karen, al oír estas palabras, ordenó a Corlis que saliera inmediatamente de su presencia y a los otros seis con él. Cuatro de ellos la obedecerían, pero los restantes...
»Se habían pasado al bando de Corlis. Y lanzando una advertencia a los cuatro que se habían mantenido parcialmente leales a ella, Corlis y los otros dos (ya que seguramente los había sobornado) la rodearon mientras estaba sentada en su trono, el trono que en otro tiempo había sido el "trono de hueso" de Dramal Doombody, hecho con la quijada curva y fosilizada de una enorme criatura cartilaginosa, y uno de aquellos traidores se sacó de debajo de la chaqueta una estaca de madera, prohibida desde tiempo inmemorial en todos los nidos de águilas, y se la lanzó. El segundo, entretanto, sacó unas cadenas de hierro con intención de sujetarla con ellas.
»En cuanto a Corlis, estaba de pie, con los brazos en jarras, observando lo que sucedía. Su plan era éste: atravesar con la estaca el corazón de vampira de Karen y después, cuando estuviera indefensa, amenazarla con decapitarla y quemarla. Esperaba que bastaría con esta amenaza para que le proporcionara el huevo que tanto anhelaba, ya que hasta los vampiros más inmaduros acceden a ello cuando la muerte parece inminente. El huevo, pues, sería para él, pues Corlis tenía la intención de situarse en una posición tal que no dejara lugar a la existencia de un huésped alternativo. Es decir, se fusionaría sexualmente con su víctima.
»Pero Karen había adivinado su propósito. El hecho de ser wamphyri, la había dotado de talento telepático. Ahora, en aquel momento de infortunio para ella, utilizaría el talento no sólo para leer las intenciones de Corlis, sino también para llamar en su ayuda al guerrero que montaba guardia en lo alto de las escaleras. La criatura se presentó inmediatamente.
»Corlis y sus dos acólitos tenían sujeta a Karen. Aunque ésta no llevaba su guantelete, no por ello dejaba de debatirse. Se resistía a mantenerse quieta y no dejaba que la sujetaran con cadenas. Clavó las uñas en la cara de Corlis y dio repetidos puntapiés en la ingle al de la estaca. Los cuatro que se mantenían fieles a medias no sabían qué camino tomar: tan pronto se inclinaban a un lado como a otro, totalmente indecisos, sin saber qué hacer. Después, cuando vieron que se acercaba el guerrero de Karen... ya supieron qué determinación tenían que tomar.
»Dos saltaron sobre el que llevaba la estaca y se lo llevaron a rastras. El guerrero, furioso, lo arrancó de las manos de aquéllos, pero esto precipitó su fin. En él no había huevo: no era mas que carne, aunque fuera carne vampirizada, y los guerreros saben qué deben hacer con la carne. Los otros dos, igualmente fieles a medias, cayeron sobre Corlis cuando trataba en vano de violar a Karen y consiguieron sujetarlo. Esto dejó a la señora en situación de ocuparse de aquel que había tratado de encadenarla. A diferencia de Corlis, era bajo, y en Karen se había desencadenado toda su furia de vampira.
»Lo arrastró hasta el trono sin apiadarse de sus gritos y aplastó su cara contra el florón cartilaginoso formado con la cortante quijada utilizada para apoyar el brazo en el trono. Aquel florón era el colmillo de la criatura,

cuya maciza quijada formaba el trono; penetró en la boca del traidor y se la atravesó hasta la base del cráneo, por lo que se desplomó de rodillas y quedó tan lacio como un pescado muerto de un arponazo. Fue arrojado al pozo de los desechos.
»Y Corlis, naturalmente, fue conducido a la Puerta...
Zek contempló a Jazz, que estaba despierto y escuchaba atentamente, aunque advirtió que tenía la vista nublada y estaba a punto de caer dormido.
-Yo también estoy cansada -dijo Zek-. Durmamos, y ya terminaré de contártelo todo en la próxima etapa del viaje. Supongo que pasaremos la larga noche en las cuevas. Entonces podrás hacerme las preguntas que quieras. Y para entonces sabrás tanto como yo.
Jazz asintió con la cabeza.
-Estás haciendo una obra de caridad -le dijo mirándola mientras se metía en el saco de dormir.
Después, reprimiendo un bostezo, dijo:
-¿Zek?
-¿Sí? -dijo ella volviendo la cabeza hacia Jazz y mirándolo con una extraña mezcla de espiritualidad e ingenuidad en el gesto.
-Cuando todo esto haya terminado, pienso que quizá tú y yo...
Ella negó con un movimiento de cabeza y lo interrumpió.
-Nos sentimos atraídos mutuamente porque no tenemos otra cosa -dijo Zek-. Cuando estemos en las cuevas podemos estar juntos, si es eso lo que quieres. Pero no te figures que sea una generosidad mía, porque la verdad es que también yo lo deseo. Pero no me hagas ninguna promesa ni me hables de que si pasa esto haremos esto otro ni de cuándo podemos hacerlo, ¿de acuerdo? Ahora no sabemos qué podremos hacer ni mucho menos cuándo. Si tenemos la suerte de volver a casa, será como salir de las tinieblas para penetrar en la luz. Es posible que entonces nos veamos con ojos muy diferentes. Dejemos las cosas tal como están.
Jazz esbozó una sonrisa, volvió a bostezar y asintió con la cabeza. ¡Vaya mujer endiablada!
-De acuerdo, Zek, pero yo siempre he sido optimista, y por eso ahora quiero asegurarte que nos saldremos con la nuestra.
Ella se dejó caer para atrás, cerró los ojos y dijo:
-Está bien, yo a eso también le llamo optimismo. Sería un final de viaje libre de preocupaciones... y del Viajero... y...
-Y en cuanto al futuro, ¿qué?
-¡Ah, el futuro! -dijo ella asintiendo-. ¡Brindo por el futuro! Dios sabe que tiene que ser forzosamente mejor que el pasado...
Desde Leipzig, Harry Keogh regresó directamente al cuartel general de la Rama-E de Londres. Se materializó en el arsenal, una habitación apenas más grande que un armario, cogió una pistola automática Browning de 9 mm y tres cargadores (para lo cual firmó el correspondiente recibo) y salió del lugar casi antes de que las alarmas comenzaran a sonar.
Después regresó al piso de Jazz Simmons, donde se puso una camisa negra, un jersey y unos pantalones. Finalmente se dirigió a Bonnyrigg, cerca de Edimburgo, para hacer una visita a su madre. Esto no era totalmente necesario, puesto que una vez Harry se había comunicado con

un muerto, generalmente podía volver a hablar con él incluso a gran distancia, si bien siempre que le era posible, consideraba que era mucho más cortés, más íntimo y más personal establecer el contacto en el lugar de reposo final del difunto o en el lugar donde había muerto.
-Mamá -dijo, así que llegó a la orilla del río, donde el agua gorgoteaba oscura y profunda-, mamá, soy Harry.
¡Harry!, exclamó ella al momento. *¡Qué contenta estoy de que hayas venido!*
Ya estaba empezando a buscarte.
-¿Ah, sí? ¿Ocurre algo, mamá?
Me preguntabas por gente que había muerto en los Urales Superiores.
-¿Te refieres a Jazz Simmons?
Harry tuvo la sensación de que el suelo desaparecía debajo de sus pies. Si Simmons había muerto en este mundo, esto echaba por los suelos todas las teorías de Harry y de Möbius. Y dejaba a Brenda y a Harry hijo desamparados en cualquier parte.
Sin embargo, pareció que su madre quedaba sorprendida.
¿Quién dices? ¡No, no se trata de él! A éste no lo hemos podido encontrar. Se trata de otra persona, una que lo conocía.
-¿Una persona que conocía a Jazz Simmons? ¿Dónde? ¿En Perchorsk?
La voz de Harry dejaba traslucir una sensación de alivio.
-¿De quién estás hablando, mamá?
Dentro de la cabeza de Harry hablaba una voz diferente, una voz que le resultaba nueva. Una voz que decía:
Ella se está refiriendo a mí, Harry. Yo soy Kazimir Kirescu. Yo conocí a Jazz, realmente fue así, y ahora lo estoy pagando. No le echo las culpas a él, pero a alguien hay que echárselas. Sí, a varias personas. Así es que, hijo, si tú puedes ayudarme, también a mí me complacerá ayudarte.
-¿Ayudarte? -repitió Harry, que seguía de pie a la orilla del río, allí en Escocia, y hablaba con una persona muerta que en realidad se encontraba a cuatro mil kilómetros de distancia, cosa que le parecía perfectamente natural-. Pero ¿cómo puedo ayudarte, Kazimir? Después de todo, tú estás muerto.
Sí, pero se trata de la forma de mi muerte y del lugar donde ahora me encuentro.
-Quieres vengarte a través de mí, ¿verdad?
En parte sí, pero lo que quiero sobre todo es estar tranquilo...
Harry frunció el entrecejo, porque se daba cuenta de que los muertos a menudo eran más imprecisos que los vivos.
-Tal vez sería mejor que te hiciera una visita. Quiero decir que todo esto es muy impersonal. ¿Es seguro el lugar donde te encuentras?
Aquí nunca se está seguro, Harry, le dijo Kazimir. *Y ese sitio donde estoy es realmente horrible. Lo que te puedo decir es esto: que me encuentro en una habitación del Perchorsk Projekt y que en este momento estoy solo. Por lo menos no hay nadie conmigo. Pero... ¿tienes buen estómago, Harry? ¿Cómo están tus nervios?*
Harry esbozó una breve sonrisa.
-Tengo un estómago bastante fuerte, Kazimir, y creo que mis nervios aguantarán bien.

Pero de pronto la sonrisa se borró de su rostro al preguntarse cuál podía ser aquella situación.
Entonces ven, dijo el viejo, *pero no digas que no te he avisado.*
Harry se mostró más cauteloso. De todos modos, ya tenía intención de visitar Perchorsk. Ésta era la razón de que hubiera ido a ver a su madre, para que los amigos de ésta pudieran guiarlo a aquel lugar. Ahora, sin embargo...
-Dime esto simplemente -dijo-, si voy ahora mismo, ¿pondré en peligro mi vida?
No, ¡ni hablar! Ya te he dicho que puedes venir cuando quieras y que no habrá nadie que nos moleste..., pese a que esta posibilidad subsiste siempre. De todos modos... estoy con algo que no es desagradable del todo.
La voz mental del viejo era estremecedora.
-Está bien, iré -dijo Harry-. Procura no dejar de hablar conmigo y acudiré donde tú estás.
Conjuró una puerta de Möbius y siguió los pensamientos de Kazimir hasta su fuente...
En Perchorsk era la una de la madrugada. La habitación de la cosa estaba a oscuras y la única iluminación procedía de las luces rojas del techo. Harry salió del continuo de Möbius en aquel punto, echó una mirada a su alrededor, escrutó la oscuridad rojiza y sintió el siniestro corazón del lugar palpitando a través del suelo debajo de sus pies. Después vio el tanque y la forma que se movía en su interior, si bien de momento le fue imposible discernir de qué forma se trataba.
¡Soy yo!, dijo Kazimir Kirescu. *Éste es mi lugar de descanso, aunque la verdad es que no descanso.*
-¿No descansas? -repitió Harry, aunque en voz baja.
En la pared había interruptores eléctricos y Harry se acercó a ellos para encender las luces, que fueron iluminándose lentamente.
-¡Oh, Dios mío! -dijo Harry en un murmullo tembloroso-. ¿Kazimir?
Esto es lo que me comió, respondió el otro, hablando con una voz tan horripilante como la del propio Harry. *Es aquí donde me encuentro. No me importa demasiado estar muerto, Harry, pero me gustaría estar tranquilo.*
Harry atravesó, indeciso, la habitación en dirección a la criatura que estaba en el tanque. Se parecía a una babosa o a un caracol y su pie arrugado o la parte inferior de su cuerpo se movía con una especie de latido, agarrado como estaba a la pared de vidrio, mientras que en la parte superior de un cuello que pendía indolente se veía una cabeza casi humana con el rostro de un viejo. De unos hombros que tenían la consistencia de la goma colgaban unos «brazos» fláccidos que parecían no tener huesos en el interior, en tanto que varios ojos rudimentarios y húmedos observaban de manera inexpresiva a su alrededor, abiertos como ventosas en la piel oscura de aquella criatura. Sus ojos normales, los del rostro del viejo, se movían de acá para allá como para compensar el lánguido balanceo de la cabeza y se mantenían obstinadamente clavados en Harry. Pero su normalidad estribaba únicamente en el hecho de que ocupaban una cara; aparte de esto, eran uniformemente escarlatas.

Mi rostro, dijo Kazimir con un sollozo, *pero no mis ojos, Harry. Vivo o muerto, ningún hombre debería convertirse en parte de esta cosa.*
Y entonces, mientras Harry seguía observando aquella monstruosidad, Kazimir le contó todo lo que sabía del Perchorsk Projekt, así como los acontecimientos que lo habían conducido a la difícil situación en la que ahora se encontraba...
Quince minutos más tarde y a sólo cincuenta metros de distancia, el comandante de la KGB Chingiz Khuv se despertaba y se sentaba tembloroso al borde de la cama. Estaba caliente, febril. Había estado soñando, había tenido una pesadilla, pero los sueños estaban desvaneciéndose rápidamente ante la realidad.
La realidad, como sabía muy bien Khuv, constituía a veces una pesadilla peor que el sueño. Especialmente aquí en Perchorsk. Pero era como si los sueños no recordados fueran premonitorios. Los nervios de Khuv se crisparon al oír el zumbido del timbre de la puerta. Se levantó, se echó encima una bata y acudió a la puerta.
Era Paul Savinkov, resoplando y jadeando debido a los esfuerzos y con las manos gordezuelas sacudidas por un temblor.
-¿Qué te pasa, Paul? -dijo Khuv barriéndose el sueño de los ojos con un gesto de la mano.
-No estamos totalmente seguros, comandante, pero... Nik Slepak y yo...
Khuv se despertó totalmente. Savinkov y Slepak eran seres especialmente sensibles, capaces de detectar *y* reconocer emisiones telepáticas extrañas, emanaciones psíquicas, todo cuanto fuera de naturaleza paranormal. Y en cuestiones de espionaje, eran especialistas en la detección y embrollo de sondeos ajenos.
-¿Qué ocurre, Paul? -preguntó Khuv esta vez-. ¿Es que nos están espiando?
Savinkov tragó saliva.
-¡Peor que esto! -dijo-. Creemos..., creemos que hay algo entre nosotros...
Khuv se quedó boquiabierto.
-¿Que creéis que algo...? -dijo agarrando el brazo de su interlocutor-. Algo procedente de la Puerta, ¿quieres decir?
Savinkov negó con la cabeza. Su rostro grueso estaba reluciente y le brillaban intensamente los ojos.
-No, de la Puerta no. Las cosas esas que han llegado a través de la Puerta dejan un rastro viscoso en la mente. Son seres extraños... a este mundo, por lo menos. Lo que estamos notando aquí no corresponde exactamente a ese tipo de cosas, e incluso podría tratarse de un hombre. Eso es lo que piensa Nik Slepak. Lo que pasa es que no tiene ningún derecho a permanecer aquí. De dos cosas estamos seguros: sea lo que sea, tiene poder. ¡Y se encuentra aquí!
-¿Dónde?
Khuv se sacó la parte superior de la bata y pasó el brazo izquierdo a través del correaje de una pistolera que tenía colgada de una percha situada en la parte interior de la puerta. La pistolera contenía la pistola automática reglamentaria en la KGB. Atándose después el cinturón de la bata, empujó a Savinkov delante de él por el corredor exterior.

-He dicho que dónde -le gritó-. ¿Eres sordo ademas de chiflado? ¿Y Slepak también se ha quedado mudo?
-No sabemos dónde, comandante -dijo, jadeando, el gordo-. Hemos puesto a Leo Grenzel, el especialista en localizaciones, a trabajar en el asunto.
Mientras seguía farfullando excusas, Slepak y Grenzel doblaron corriendo la curva del pasillo y, al descubrir a Khuv y a Savinkov, se apresuraron a ir a su encuentro.
-¿Y bien? -preguntó Khuv a Grenzel, que era un alemán oriental bajito y de rasgos duros.
-El Encuentro Tres -murmuró Grenzel.
Tenía los ojos de un increíble gris intenso, muy grandes en su rostro pequeño, aunque nunca le habían parecido tan grandes como ahora.
Khuv lo miró con el entrecejo fruncido.
-*¿Y* la cosa del recipiente de vidrio? ¿Qué pasa?
-Está en su sitio -dijo Grenzel asintiendo con la cabeza.
Su cara estaba pálida, extrañamente serena, como la expresión de un sonámbulo. El talento que poseía lo afectaba de esta manera.
Khuv se volvió con viveza a Savinkov.
-¡Tú... ve corriendo a buscar a Vasily Agursky!
Savinkov desapareció rápidamente por el pasillo.
-¡He dicho corriendo! -le gritó Khuv-. Nos encontraremos en la sala donde está la criatura y aseguraos de ir perfectamente armados.
Harry había escuchado la siniestra historia que le había contado Kazimir, por la cual se enteraba del sino que había correspondido a la familia del viejo y en particular a Tassi. También sabía algunas cosas de Chingiz Khuv, de sus espías y de un puñado de matones de la KGB, aunque seguía sin saber nada sobre el secreto del Projekt, cuyas instalaciones estaban en el corazón de aquel lugar. Kazimir no le había ocultado nada, porque la verdad es que no tenía la más mínima idea del asunto.
-¿Y esto..? -dijo Harry-. ¿Sabes qué es?
No, la única cosa que sé es que es algo horrible, respondió Kazimir hablando a la mente de Harry.
-Es un vampiro -le dijo Harry-, por lo menos a mí me lo parece. ¿Sabes cómo ha venido a parar aquí? ¿Quizá lo hicieron aquí?
Yo no sé nada.
Harry asintió con la cabeza y se mordió el labio.
-En cuanto a tu hija, ¿sabes dónde está? Muéstrame un plano mental de este sitio o de la parte que conozcas.
Kazimir, que estaba contento de poder colaborar, dijo:
Ella estaba en la celda situada al lado de la mía.
Harry volvió a asentir con un gesto y dijo:
-Kazimir, te doy mi palabra de que, si consigo encontrarla, la sacaré de esto.
Es más, si consigo encontrar a su madre, las reuniré a las dos en un lugar seguro.
El suspiro que mentalmente exhaló el viejo resultó casi audible.
Si lo consigues, no quiero otra cosa. No hace falta que te preocupes por mí.

-Naturalmente que me preocupo por ti. Kazimir. Esa cosa no eres tú. Tú estabas muerto cuando esto..., cuando tú..., tú ya estabas muerto.
Yo me siento parte de esta cosa, porque ella me ha absorbido.
Harry se mordió el labio con más fuerza. Había visto todos los accesorios de la habitación y concibió un plan, aunque no estaba seguro de si surtiría efecto.
-¿Y si yo matara esta cosa? Tú no puedes morir dos veces, Kazimir.
Si la eliminas, seré libre, de eso estoy seguro.
En la voz mental del viejo se advertía una nueva esperanza.
Pero ¿cómo puedes eliminarla?
Harry sabía cómo: la estaca, la espada y el fuego. Si aquella criatura tenía un vampiro en su interior, estas cosas acabarían con ella. Entonces ¿por qué no saltarse los dos primeros pasos y pasar directamente al tercero?
Fuera se oían pisadas, un ruido apenas audible. También oía una alarma, cuyo ronco sonido retumbaba en las entrañas del complejo subterráneo.
-Saben que estoy aquí -dijo Harry-. Hay que obrar con rapidez.
Acercó al recipiente de vidrio el carro de ruedas de Agursky que servía para emitir descargas eléctricas. Era un transformador eléctrico montado sobre ruedas, provisto de un cable grueso y flexible conectado a un enchufe de pared. Tenía un par de abrazaderas en unos plomos de extensión arrollados en espiral, que Harry conectó rápidamente a unos terminales situados en la pane lateral del recipiente.
La criatura, al observar sus movimientos, pareció cobrar vida y comenzó a cambiar de color y de forma al tiempo que experimentaba rápidas metamorfosis. Sabía que aquélla era la caja de las sacudidas eléctricas y sabía qué vendría a continuación. O por lo menos eso era lo que se figuraba.
Harry no tuvo tiempo de observar sus contorsiones y, en cualquier caso, tampoco tenía ganas de observarlas. Aunque sentía un ligero mareo, enchufó... y vio que la cosa inmediatamente parecía enloquecer, Harry no perdió tiempo y conectó la corriente. Al punto vio que las abrazaderas comenzaban a chisporrotear, emitían chispas azules, echaban humo y unas fuertes emanaciones de ozono. Las luces de la habitación parpadearon un momento, pero enseguida se afirmaron y volvieron a brillar. A través de los cables eléctricos circuló una corriente de alto voltaje que se transmitió a las paredes de vidrio del recipiente y enseguida la criatura pasó a un primer plano.
Inmediatamente se transformó en el retorcido títere de un hombre, con un brazo minúsculo pero con una mano enorme que se convirtió en un gigantesco puño cerrado, un puño casi tan grande como la cabeza de Harry, que se descargó una vez y otra contra la pared de vidrio de su prisión, la pared de su horno crematorio.
La cosa comenzó a derretirse, a gimotear y a fundirse. Todos los fluidos de su cuerpo se pusieron a hervir y emanar vapor. La piel se le arrugaba, se llenaba de ampollas, se agrietaba, iba ennegreciéndose por momentos. Por sus poros desgarrados salían bocanadas de repugnante vapor. Gritaba, gritaba sin parar con la cara de Kazimir, gritaba por su boca, pese a que su voz no era humana. De pronto se rompió el cristal y el enorme puño

negro y humeante de la bestia salió al exterior, después de lo cual la criatura se retorció sobre sí misma y murió.
Quedó caída, medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera del recipiente roto, y permaneció inmóvil. Después...
La carne ennegrecida y humeante de su cabeza se rajó como una granada excesivamente madura. Era la cabeza de una cobra que iba contorsionándose movida por aquella sopa que tenía en su interior, una sopa que era el resultado de la fusión de sus sesos hirvientes y humeantes. ¡Era el vampiro! Y había muerto bajo la mirada de Harry.
¡Libre! ¡¡¡Soy libre!!!, gritó Kazimir.
Detrás de Harry la puerta se abrió de golpe... pero él había conjurado otra puerta propia y se fue por ella...

Capítulo 17

El intruso

Khuv, Agursky y los otros entraron en la habitación con paso vacilante. En medio de la confusión y del aire fétido que emanaba de aquella criatura muerta, y carbonizada, los recién llegados no advirtieron el espacio en forma de hombre hacia el que se precipitó el humo para llenar el vacío repentino que se había producido.
Harry había salido en aquel preciso instante.
Agursky fue el primero en reaccionar y de un salto se plantó al otro lado de la habitación con intención de desconectar la electricidad.
-¿Quién ha sido? -preguntó, aunque sin dirigirse a nadie en particular-.
¿Quién es el responsable?
Se golpeó la frente con la mano y avanzó tambaleándose hacia el recipiente todavía chisporroteando y echando humo, donde ahora incluso las esquirlas de vidrio estaban comenzando a fundirse, dado el intenso calor. Después, a medida que iba disipándose el humo, vio los restos ennegrecidos de la criatura que colgaban por encima de la astillada pared de vidrio... y también vio otra cosa, algo que tenía interés en que no viera nadie. Se sacó, pues, precipitadamente la bata y la arrojó encima de aquellos restos monstruosos.
Khuv, entretanto, se volvió hacia Leo Grenzel, el especialista en localizaciones.
-Has dicho que estaba aquí, que aquí se había introducido un intruso. Es evidente que alguien se ha metido aquí dentro... pero que me maten si sé cómo ha sido. La puerta estaba cerrada con llave y había un guardián. Es un guardián que está siempre medio dormido, que es medio imbécil, debo admitirlo, pero tampoco puede decirse que sea un idiota total. En consecuencia, si meterse aquí dentro sería dificilísimo por no decir imposible, en cuanto a salir...
Y al decir esto Khuv agarró a Grenzel por los hombros y lo miró fijamente.
-¿Leo? ¿Hay algo más?
El rostro de Grenzel se volvió a poner pálido y la mirada de sus ojos grises se perdía en el ambiente. Aunque Khuv lo sujetaba con fuerza, su cuerpo se tambaleaba.
-¡Todavía está aquí! -dijo finalmente-. ¡Sigue aquí!
Khuv recorrió la habitación con la mirada, al igual que hicieron los otros.
De debajo de la bata de Agursky salía un humo negro y se oía el chisporroteo propio de la carne cocida, carne extraña que ya comenzaba a enfriarse. Sin embargo, no se detectaba en ninguna parte ni rastro de ningún intruso.
-¿Aquí? ¿En qué sitio?
-La chica... -dijo Grenzel tambaleándose-. La prisionera...
-¿Taschenka Kirescu?
-Sí -dijo Grenzel asintiendo con un movimiento de cabeza.
Khuv se volvió rápidamente hacia Savinkov y Slepak.
-¿Cómo puede ser eso? -preguntó.

Pero su cabeza ya se había puesto a trabajar y revisaba mentalmente informes que había leído. Era algo que se remontaba a mucho tiempo atrás, pero ¿no se decía que los británicos disponían de un hombre capaz de hacer cosas como éstas? Al parecer, Harry Keogh había sido un hombre de este tipo... y también Alec Kyle. Keogh había muerto... pero después de la confusión del *château* Bronnitsy no se encontró nunca el cuerpo de Kyle.
-¿Cómo puede ser esto? -dijo Savinkov repitiendo las palabras de su jefe en la KGB-. ¡Es imposible!
Era terminante, pero...
-¡No, no lo es! -dijo Grenzel contradiciéndolo con su voz lejana-. ¡No lo es!
-¡Rápido! -bramó Khuv con voz áspera-. ¡Las celdas! Quiero saber qué pasa en las celdas.
Salieron corriendo de la habitación dejando en ella a Grenzel, que seguía balanceando el cuerpo de un lado a otro, con su rostro laxo e inexpresivo, pero con los ojos fijos en algo que no podía dejar de mirar. Agursky, entretanto, envolviendo con la bata a la criatura muerta junto a su parásito también muerto, no podía evitar que le temblaran las manos, tanta era la avidez que sentía de llevarse los dos a sus aposentos privados, a fin de evitar la amenaza de una inspección por parte de los demás. Puesto que ahora sabía qué era lo que controlaba aquel ser sin nombre y tenía deseos de examinarlo a sus anchas y más minuciosamente.
En efecto, para Vasily Agursky no había nada tan importante en este mundo como examinar el parásito de la cosa... cuyo huevo ya había sido depositado y estaba madurando dentro de su propio cuerpo.
La pesadilla mantenía despierta a Tassi. Oyó la llave girar en la cerradura de la celda y vio entrar a Khuv y, con él, su mirada oscura y malévola. Era una de esas pesadillas que se tienen cuando uno está despierto. De todos modos, le era imposible dormir, pues no lo hacía desde el momento espantoso en que Khuv la hizo entrar en aquella habitación y le mostró la cosa. No podía dormir, porque seguía viendo el rostro de su padre sonriéndole en la oscuridad y lo veía a través de los párpados aunque cerrara los ojos: el rostro de su padre en el cuerpo de una bestia.
Permanecía en la celda con la luz encendida, muy abrigada dentro del catre pero, pese a ello, sin dejar de temblar un momento, despojada de toda energía, esperando que llegara Khuv. Sabía que ya había pasado el tiempo establecido y que no tardarían en ir a buscarla. Ésta, por lo menos, había sido la amenaza, y el comandante Chingiz Khuv no amenazaba en vano. Si hubiera podido decirle algo...
pero ella, ésta era la verdad, no sabía nada. Lo único que sabía era que se sentía la chica más desgraciada del mundo.
Cuando Harry salió del continuo de Möbius, Tassi acababa de volverse de lado y de apartar el rostro de la zona a través de la cual acababa de entrar en el universo. Una rápida ojeada a la habitación convenció a Harry de que estaban solos. Dio un paso hasta la cama metálica en la que estaba acostada Tassi, le acarició la cara con la mano, le pasó un dedo por los labios y, en ruso, le dijo:
-¡Ssss! ¡Mucho cuidado! No grites ni hagas ninguna estupidez. Voy a sacarte de aquí.

Siguió con la mano en la cara de la chica, pero dejó que volviera la cabeza para verlo. Y, sin separar la mano de su rostro, la ayudó a sentarse.
-¿Estás bien? -le preguntó después.
Tassi asintió, pero todos sus miembros temblaban. Tenía los ojos desencajados, asomando por encima de la nariz y de los dedos de Harry. Éste retiró lentamente la mano y la instó a que se pusiera de pie. La chica miró a la puerta, después a Harry, y dijo:
-¿Quién? ¿Cómo? Yo no...
-No te preocupes -le dijo Harry, llevándose un dedo a los labios.
-Pero ¿cómo has entrado? Yo no he oído entrar a nadie. ¿Estaba dormida quizá?
E inmediatamente se llevó la mano a la boca.
--¿Es que te envía el comandante? Pero si ya se lo he dicho: yo no sé nada. ¡Te lo pido por favor: no me hagas daño!
-Nadie te hará ningún daño, Tassi -le dijo Harry.
Pero acto seguido cometió una terrible equivocación.
-Me envía tu padre -le dijo.
Al ver la expresión de la chica, habría preferido poder tragarse aquellas palabras.
Tassi movió la cabeza de un lado a otro y se apartó de él. Sus ojos estaban llorosos.
-Mi padre ha muerto -dijo llorando-. ¡Ha muerto! Es imposible que te envíe él.
Y después, en tono acusador, añadió:
-¿Qué me vas a hacer?
-Ya te lo he dicho -respondió Harry, con una cierta desesperación en el tono de voz- Voy a sacarte de este sitio. ¿No oyes las alarmas?
Tassi escuchó y le pareció que oía sirenas que parecían salir de lo más profundo del corazón de aquel lugar.
-Pues bien -prosiguió Harry-, estas alarmas están sonando por mí. Andan buscándome y no tardarán en venir aquí para ver si me encuentran. Así es que lo único que te pido es que confíes en mí.
Lo que decía era imposible. O se trataba de alguna treta de Khuv o aquel hombre estaba loco. Tassi estaba completamente segura de que nadie podía salir de aquel lugar. Sin embargo, ¿cómo había podido entrar?
-¿Tienes llaves? -le preguntó Tassi.
Harry se dio cuenta de que la chica estaba impresionada.
-¿Llaves? -dijo con una mueca, aunque con los labios tensos-. No, lo que tengo es una puerta. ¡Muchísimas puertas!
Era seguro que aquel hombre estaba loco. Pese a todo, era diferente de todos los hombres que había visto allí, totalmente diferente.
-No te entiendo -dijo Tassi, volviendo a retroceder.
Sus piernas tropezaron con el borde de la cama y volvió a caer sentada en ella.
Oyó ruido de pasos que se acercaban corriendo y vio que la mueca que dibujaba el rostro de Harry se esfumaba.
-¡Ya vienen! -dijo-. ¡Levántate!
La repentina autoridad que descubrió en su voz hizo que Tassi se levantara al momento.

Se oían voces fuera de la celda, ruido de llaves. Y también la voz de Khuv, que ordenaba con voz ronca:
-¡Abrid la puerta! ¡Abrid la puerta!
Harry agarró a Tassi por la cintura y le dijo:
-Rodéame el cuello con los brazos. ¡Rápido! ¡No podemos perder tiempo discutiendo!
Tassi le obedeció. No tenía ninguna razón para confiar en él, pero tampoco ninguna para desconfiar.
-Cierra los ojos -dijo él- y manténlos cerrados.
Agarrándola con fuerza por la cintura, dijo estas últimas palabras al tiempo que la chica sentía que sus pies abandonaban el suelo.
Tassi oyó el ruido de la puerta de la celda al abrirse y después... ya no hubo más que silencio. ¡Un silencio absoluto!
-¿Qué...?
Tassi iba a hacer una pregunta que no pudo terminar, asustada por el sonido de su propia voz. La sorpresa hizo que abriera los ojos un momento, pero sólo un momento, porque volvió a cerrarlos inmediatamente y a apretar los párpados con todas su fuerzas.
-¡Ya está! -dijo Harry, ayudándola a posar los pies sobre terreno sólido-.
Ya puedes abrir los ojos.
Así lo hizo Tassi... primero dejando una sola rendija entre los párpados, después un poco más ancha y finalmente los ojos totalmente abiertos... y se dejó caer sobre el cuerpo de Harry. Hizo girar los ojos para mirar a su alrededor y comenzó a deslizar su cuerpo por encima del cuerpo de Harry.
Éste la cogió, la levantó y la depositó sobre el escritorio del oficial de servicio.
Este, que se encontraba detrás del periódico abierto, acababa de advertir que tenía visitantes, pero en ese mismísimo momento asomaron por debajo del periódico que estaba leyendo el brazo y la mano de la chica y se hizo atrás y se levantó lanzando un grito extemporáneo.
-¡Uh!
-¡No te asustes! -le dijo Harry, que ya empezaba a estar acostumbrado a tener que excusarse-. Sólo soy yo y la amiga de un amigo.
-Jesús, Jesús! ¡Santo Dios! -dijo el oficial de servicio agarrándose al borde del escritorio para no caerse.
Entre todas las personas posibles, había tenido que ser Darcy Clarke. Harry le saludó con un movimiento de la cabeza y comenzó a dar un enérgico masaje a las manos agarrotadas de la muchacha...
Era la una y cuarto de la madrugada cuando Harry llegó al cuartel general de la Rama- y casi una hora más tarde cuando salió. Durante este lapso de tiempo transmitió algunas informaciones, expuso a Clarke todas las cosas que había averiguado y, a su vez, recibió tambien alguna información. Las instrucciones que le dio en relación con Tassi Kirescu fueron las siguientes: la Rama-E debía ofrecerle refugio, confortarla de la mejor manera posible, brindarle asilo político permanente.
También había que proporcionarle un intérprete ruso y los interrogatorios que se le hicieran debían realizarse con gran cautela y sensibilidad, especialmente en todo lo relativo al Perchorsk Projekt. De momento había que mantener en secreto su presencia en aquel lugar, es decir, nadie

debía saber que se encontraba en Occidente y, cuando fuera puesta en libertad, debía hacerse dándole una nueva identidad. Y finalmente, la Rama-E debía servirse de todos los medios paranormales que tuviera a su alcance para descubrir el paradero de la madre de la chica en la URSS. Harry había hecho una promesa a Kazimir Kirescu y pensaba mantenerla.
La información que Darcy Clarke tenía para Harry era la siguiente:
-Se trata de Zek Föener -dijo al necroscopio.
-¿De Zek? ¿Qué le pasa?
Hacía ocho años que Harry no había visto a Zek. Por aquel entonces practicaba la telepatía en el *château* Bronnitsy, el equivalente soviético del cuartel general de la Rama-E, cosa que la había convertido en enemiga suya, por muy a contrapelo que fuera. Harry habría podido eliminarla si no hubiera descubierto en ella un profundo sentimiento de decencia, un deseo de liberarse de sus jefes de la KGB. Todo lo que quería era volver a Grecia. Harry sospechaba que acabaría consiguiendo su propósito, si bien le advirtió que no se volviera a levantar contra él.
-Es posible que forme parte de la trama -le dijo Clarke.
-¿Qué quieres decir? ¿Parte de Perchorsk?
¿Habría sido Zek la que había advertido su presencia en aquel lugar? Lo habría detectado inmediatamente, así que él se materializó. Por supuesto que contaba también el desinterés que sentía Khuv por los «espers», y el hecho es que éstos podían haberlo detectado con la misma facilidad. De momento Harry prefería inclinarse por esto último. Esto es lo que esperaba, por lo menos.
-Sí, parte de Perchorsk, un diente de la rueda que lo mueve. Desde el asunto Bodescu no la perdemos de vista. Estaba cumpliendo una condena en un campamento de trabajos forzados, no especialmente duro, pero tampoco demasiado blando. Después la enviaron a Perchorsk. Esto sucedió hace unos cuantos meses, pero nosotros acabamos de enterarnos. Lo único que sabemos es que vuelve a trabajar para la Rama-E soviética. Y para la KGB...
El rostro de Harry se ensombreció.
-¡Otra vez! -dijo-. Eso que se lo advertí... Bien, como tenga que volver a mezclarla con ellos...
Pero dejó la amenaza en suspenso...
Clarke lo observó con fijeza.
-Pero ¿no crees que todo esto es más serio de lo que parece, Harry? En el asunto Bodescu, Zek Föener estaba trabajando con Iván Gerenko...
-Había estado trabajando con él -lo interrumpió Harry, como queriendo corregirlo- , pero lo dejó. Por lo menos, esto es lo que creo.
-Pero tú sabes a qué me refiero -insistió Clarke-. Gerenko había concebido una idea descabellada para la utilización de vampiros. Ésta es la razón de que él y Theo Dolgikh..., y Zek..., volvieran al paso de montaña al este de los Cárpatos.
Querían ver si, después de tantos siglos, todavía quedaba algo de las criaturas enterradas de Faethor Ferenczy. Zek es una entendida en vampiros. Todo esto parece querer indicar que los rusos han descubierto la manera de fabricar esas malditas cosas y que las hacen en Perchorsk.
-O sea, quieres decir que...

-Harry, ¿recuerdas cómo solucionaste lo del *château* Bronnitsy? -Harry dejó pasar unos momentos antes de asentir con un gesto de cabeza. Lo había hecho sirviéndose del continuo de Möbius, que le permitió depositar en el lugar explosivos de plástico. Después, unas cuantas explosiones, un fuego asolador, un calor abrasador y el *château* quedó reducido a un montón de escombros humeantes. Y la Rama-E soviética, por sus pecados, también quedó reducida a la nada. En menos de un minuto, un acto tan salvaje y destructivo que habría podido ser la obra cumbre de la vida de un hombre.
-Lo recuerdo -respondió-, salvo que...
-Darcy, es posible que tengas razón y que el sitio tenga que desaparecer, aunque esto no ocurrirá hasta que estemos seguros, y todavía no lo estamos.
Tengo la sensación de que la respuesta a mi único problema se encuentra precisamente allí. Puede ser arriesgado... Me refiero a que sé qué ha salido de aquel sitio y qué cosas pueden salir en un futuro. De hecho, yo he visto y he tratado con un ejemplo... pero de momento no puedo, no me atrevo a cerrarlo. Por lo menos, mientras desee volver a ver a Brenda y a mi hijo Harry.
Durante unos momentos pareció que Clarke había captado la idea, pero al instante exclamó:
-Harry, aquí no se trata de que sea arriesgado, sino de que es mortal, impensable. ¡Tendrías que verlo!
Después le tocó el turno a Harry, que respondió fríamente:
-Hay un par de cosas que tú también tendrías que ver, Darcy. Como, por ejemplo, el que hayan matado al viejo Kirescu y que probablemente su muerte se precipitase al enviar allí a Jazz Simmons. Y esa pobre chica ha perdido a su padre y a su hermano. En cuanto a su madre, seguramente está en un campo de trabajos forzados, probablemente medio loca después de todo lo que ha vivido y de las penas y trabajos que ha pasado. Éstas son cosas que no se pueden eliminar de un plumazo, Darcy, como es evidente que tampoco vas a eliminar de un plumazo a Brenda y a mi hijo Harry. Así es que, de momento, seguiré haciendo las cosas a mi manera.
Clarke, muy pálido, no pudo hacer otra cosa que aceptar lo que decía.
-Así pues, ¿cuál va a ser tu próximo paso? ¿Qué piensas hacer, Harry?
-Mira, necesito respuestas a unas cuantas preguntas y parece que tengo que ir directamente a la cumbre para obtener las respuestas.
-¿La cumbre?
Harry hizo un ademán de asentimiento con la cabeza.
-El Perchorsk Projekt. Si estoy en lo cierto y no sirve para criar vampiros, ¿para qué sirve? Allí hay quien podría contestar a esta pregunta y decírmelo. Tiene que haber un jefe, un director, y esa persona no es Khuv sino alguien que está por encima de él.
-Por supuesto que existe esta persona -respondió Clarke enseguida-. Khuv es el encargado de la seguridad y de nada más. El hombre que tú buscas es Viktor Luchov.
Y prosiguió informando a Harry con respecto a Luchov.
Una vez terminada la información, Harry asintió con expresión torva.

-Entonces él es el hombre con quien debo hablar. Si alguien tiene las respuestas, tiene que ser Viktor Luchov.
-¿Cuándo tratarás de verlo?
-Ahora.
-¿Ahora?
Clarke se quedó algo desconcertado.
-Pero el sitio está bajo alerta roja…
-Lo sé y por eso formaré una pantalla de humo.
-¿Una qué?
-Algo que sirva para desviar la atención. Yo me ocuparé del asunto. Tú limítate a ocuparte de la chica.
Clarke asintió y, levantando la mano, dijo:
-Te deseo toda la suerte del mundo, Harry.
El necroscopio no era capaz de guardar rencor a nadie, por eso le estrechó la mano y conjuró una puerta de Möbius. Clarke, que fue testigo de su partida, pensó un momento que también él había hecho aquel viaje y rogó a Dios para sus adentros que no se viera obligado a volver a hacerlo nunca….
Viktor Luchov volvía a estar en su despacho de trabajo, ligeramente menos austero que el utilizado por los demás trabajadores de Perchorsk, y estaba furioso.
Dejando aparte el último incidente ocurrido -aquella «intromisión», en el supuesto de que se pudiese llamar de esta manera-, el director del Projekt escogió el período de alerta para ponerse en contacto con Khuv y para interrogarlo con respecto a ciertos rumores que estaban empezando a circular a través del Projekt, rumores que hablaban de brutalidad y de asesinato. Concernían a los prisioneros de los funcionarios de la KGB, es decir, a Kazimir y Taschenka Kirescu.
Tal vez las palabras de Luchov fueran excesivamente avinagradas (después de todo, las sirenas que resonaban en todo el complejo igual que aullidos lo arrancaron del mejor de sus sueños), pero esto no podía excusar de ninguna manera la respuesta de Khuv, que había sido sumamente brusca por no calificarla de algo peor. Es decir, lo que dijo a Luchov fue que no le diese más la lata y le dejase que se ocupara de la seguridad del Projekt con el menor número de interferencias posible. O mejor aún, sin ningún tipo de interferencias. Aquel enfrentamiento no se había producido en privado, sino en la zona destinada a prisión, donde los «espers» de Khuv se amontonaban en una de las celdas en busca de algo que hacer.
-¡Sólo para husmear éter! -había dicho uno de ellos.
Atónito ante el caos y la confusión reinantes, Luchov pidió que le mostraran a los prisioneros, lo que provocó que Khuv le replicara de manera tan inconveniente.
-Oye una cosa, camarada director -dijo el comandante de la KGB entre dientes-. Me encantaría mostrarte a Tassi Kirescu. Ésta era su celda. Hace poco más de una hora que la chica estaba aquí y fuera, en el pasillo, había un guardián de servicio. Pero resulta que, poco después… -y al decirlo levantó las manos en alto-… la chica ya no estaba aquí, pese a que la puerta seguía cerrada con llave.

Ahora bien, soy perfectamente consciente de que tú tienes en poca estima a la Rama-E y en ninguna estima a la KGB, pero no dudo de que para ti y para tu mente ultracientífica será algo totalmente excepcional, incluso diría algo metafísico, lo que ha ocurrido aquí. Mis «espers» están tratando de averiguar qué ha pasado, mientras yo, que no poseo talento ninguno como «esper», intento encontrar sentido a las informaciones que ellos me están proporcionando. Así es que éste no es precisamente el momento ideal para que vengas a entrometerte.
-¡Tú vas demasiado lejos, comandante! -le gritó Luchov.
-Pues todavía pienso ir más allá -le contestó Khuv, gritando también-. Si no te apartas de mi camino, haré que te escolten hasta tu despacho y que te encierren bajo llave.
-¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a...?
-Escucha, maldito científico -le interpeló Khuv-. En mi calidad de supervisor de seguridad de este Projekt, me atrevo a lo que sea. Y ahora te lo voy a repetir una vez más: la criatura que apareció por la Puerta está muerta, eliminada por una persona o cosa desconocida; esa chica llamada Kirescu, que hasta ahora era prisionera mía, se ha esfumado; su padre... ha muerto... Un desafortunado accidente, por cierto. Me aseguraré de que recibes una copia del informe. Y como remate de todo, en el Projekt ha penetrado un intruso. Nuestra seguridad se ha visto violada de la peor manera posible. Lo repito una vez más: nuestra seguridad.
Y ésta es mi esfera de trabajo, director, no la tuya. Así es que vuelve a la cama.
Vuelve a tus matemáticas y a tu física y a todo lo demás. Vete a estudiar tu magma y tus agujeros grises y tus aceleradores de partículas..., haz lo que sea, pero déjame tranquilo.
Y Luchov, callando al punto, volvió a sus habitaciones y se puso a escribir un informe furibundo y detallado de las presuntas actividades de Khuv y de su acto de insubordinación.
Entretanto, durante los últimos cinco minutos, Harry Keogh estaba haciendo de las suyas. Primeramente apareció en la parte exterior del Projekt, en la rampa vigilada que se introducía en la pared del barranco de Perchorsk, donde disparó contra uno de los soldados que estaban montando guardia. Su intención no era acertarle, pues habría necesitado razones muy poderosas para enviar a otro ser humano a juntarse con la Gran Mayoría. Antes de que el soldado tuviera tiempo de dispararle, Harry se ocultó bajo un montón de nieve arremolinada... y escapó a través de una puerta de Möbius.
Desde allí volvió a personarse en la habitación de la cosa. Al hacer su aparición en ese lugar, inmediatamente se puso en condiciones de regresar al continuo de Möbius. Pero aquella habitación estaba vacía, por lo que se limitó simplemente a ir hasta la puerta cerrada con llave y a golpearla, gritando para que lo dejaran salir. El guardián que se encontraba fuera de la habitación respondió a su llamada, naturalmente, y al cabo de unos momentos respondió igualmente el sistema de alarma.
La segunda visita fue a la celda de Tassi Kirescu. Apareció en ella surgiendo en medio de un puñado de «espers» desconcertados, propinando a dos de ellos unos puñetazos rápidos y certeros y se retiró al continuo de

Möbius. Detrás de él quedaban tumbados en el suelo Leo Grenzel y Nik Slepak, que se debatían entre lamentos, mientras los demás, lívidos y con ojos como platos, se preguntaban qué habían visto y sentido realmente. Grenzel especialmente tenía motivos para sentirlo, y no sólo por los dos dientes frontales que Harry le había dejado bailoteando de un puñetazo.
-¡Es él! -farfulló, sentándose y escupiendo sangre-. ¡Es él!
Khuv se dirigía al alojamiento que tenía la KGB cuando de pronto se pusieron a sonar nuevamente las sirenas. Después de soltar un taco, aceleró la marcha y, al cruzar una puerta situada entre dos tramos del pasillo, se tropezó con Harry Keogh.
Lo reconoció al momento... o así se lo figuró. Khuv tenía buena memoria, había visto fotografías de este hombre, en otro tiempo jefe de la Rama-E británica, ¡Alec Kyle!
Harry apretó el cañón de su Browning contra la barbilla de Khuv y le espetó:
-Por la expresión de tu cara veo que me conoces, lo que me sitúa en situación de desventaja. De todos modos, déjame que trate de adivinar quién eres:
¿el comandante Chingiz Khuv? -Khuv tragó saliva, asintió con la cabeza y levantó las manos-. Comandante, te has metido en un buen lío -dijo Harry apretando el arma todavía con más fuerza-. Si quieres que te dé un buen consejo, trata de salir con bien mientras todavía puedas. Y procura no volver a toparte nunca más conmigo.
Se apartó de Khuv, retrocediendo unos pasos, y buscó una puerta.
En el momento en que Harry se distrajo, Khuv sacó el arma de la pistolera y disparó contra él. Harry sintió la bala que le rozaba el rostro como el aguijón de una abeja y que penetraba para siempre en el interior del continuo de Möbius. Después Khuv y el pasillo dejaron de existir y se encaminó hacia otra parte.
Apareció en una sala militar situada en el interior de los compartimentos oficiales del Projekt, colocó el cañón de su pistola en la oreja del sargento de guardia, que en aquel momento estaba sentado ante su escritorio, y le ordenó que le indicara el camino hacia los aposentos del director Luchov. El sargento, aterrado, le indicó lo que quería saber en un plano de pared, un diagrama del complejo de Perchorsk, y Harry lo recompensó propinándole un golpe seco en el cuello que lo dejaría fuera de circulación por lo menos durante media hora. A continuación volvió a ponerse en marcha.
La cortina de humo de Harry ya estaba formada. Eran exactamente las 5.22, hora local, al materializarse en el conjunto de habitaciones que pertenecían a Viktor Luchov. Éste se encontraba hablando por teléfono, inquiriendo qué era todo aquel clamor de alarmas, en el momento en que llegó Harry. Estaba de espaldas a él; le dejó que terminara la conversación y colgara el teléfono antes de dirigirle la palabra.
-¿Director Luchov? Estas alarmas están sonando por mí. -Y apuntando su pistola automática directamente al corazón de Luchov añadió-: Mejor será que te sientes.
Luchov, girándose después de haber colgado el teléfono, vio a Harry, después el arma que llevaba y a continuación el sitio al que apuntaba, por

este orden. Lo que hizo que se tambaleara como si acabara de recibir un balazo en la sien.
-¿Cómo? ¿Quién?
-¿A quién le importa eso? -le dijo Harry-. Y menos aún lo que vengo a buscar aquí.
-¡El intruso de Khuv! -pudo articular finalmente Luchov-. ¡Y yo que me figuraba que todo esto formaba parte de algún elaborado esquema de los suyos!
-¡Siéntate! -volvió a ordenarle Harry, indicándole una silla con un movimiento del arma.
Luchov hizo lo que Harry le ordenaba, mientras sus venas amarillentas latían atropelladamente bajo la piel cubierta de cicatrices de aquel cráneo que parecía cauterizado. Harry observó la deformidad de Luchov y se dio cuenta de que el daño era reciente.
-¿Un accidente?
Luchov, con los labios muy apretados y con la respiración todavía entrecortada, no respondió. El y Harry saltaron simultáneamente al teléfono cuando sonó el timbre discordante y repetido. Harry frunció el entrecejo. Allí debían de trabajar personas realmente inteligentes, pues daba la impresión de que lo habían localizado. Así pues, no tendría tiempo de interrogar a Luchov... por lo menos en su despacho.
-¡Levántate! -le ordenó, acercándose a Luchov y haciéndolo obedecer de un empujón.
Y mientras seguía teniéndolo asido, conjuró una Puerta y lo arrastró a través de ella.
Sólo un instante después estaban en la rampa del barranco; la nieve se clavaba en sus ojos y un viento helado soplaba a lo largo del cañón. Harry levantó los ojos para contemplar las desoladas montañas que asomaban sus crestas entre la nieve. Luchov, dándose cuenta del lugar en que se encontraba, un lugar donde según todas las leyes de la ciencia no tenía ningún derecho a estar, apenas si tuvo voz suficiente para formular una petición inarticulada antes de que... Harry lo arrastrara berreando a través de otra Puerta, pasara a través del continuo de Möbius y saliera en un reborde situado en lo alto del barranco de Perchorsk.
Luchov, al ver la profundidad que se abría bajo sus pies, a punto estuvo de desmayarse, pero se limitó a soltar un grito estridente y a apretarse contra la cara del acantilado que tenía detrás de él. Y Harry volvió a ordenarle:
-Siéntate... si no quieres caer.
Luchov se sentó con grandes precauciones, se arropó con la bata que llevaba puesta y comenzó a temblar, en parte de frío y en parte de terror, a consecuencia de la experiencia totalmente increíble y, pese a todo, ineludible. Harry hincó una rodilla y escondió el arma.
-Ahora -le dijo-, teniendo en cuenta cómo vamos vestidos, nos quedan entre diez y quince minutos antes de morir congelados. Así es que lo mejor que puedes hacer es hablar y aprisa. Hay varias cosas que quiero saber del Perchorsk Projekt, y tengo buenas razones para pensar que tú eres la persona más indicada para comunicármelas. Así es que yo haré las preguntas y tú darás las respuestas.

Luchov trató de poner orden en el torbellino de sus pensamientos lo mejor que pudo y de recuperar algo de su dignidad perdida.
-Sí..., si a mí me quedan quince minutos, lo mismo te ocurrirá a ti. Los dos nos quedaremos congelados.
Harry sonrió maliciosamente.
-No eres nada rápido en lo que se refiere a pensar, ¿verdad? Yo no tengo por qué quedarme aquí contigo. Puedo dejarte cuando se me antoje. Así...
Y de pronto desapareció, mientras unas ráfagas de nieve se arremolinaban en el espacio que ocupaba hacía unos momentos. Pero volvió y dijo:
-¿Qué pasará entonces? ¿Quieres hablar o te dejo aquí?
-¡Tú eres un enemigo de mi pueblo! -le soltó Luchov bruscamente, sintiendo que el frío comenzaba a dar un mordisco en sus carnes.
-Ese lugar que ocupáis -dijo Harry indicando con la cabeza el brillo de plomo que resplandecía a sus pies- es un enemigo del mundo..., por lo menos en potencia.
-Si yo te cuento algo del Projekt..., lo que sea..., me convertiré en traidor -protestó Luchov.
Esto no era decir nada a Harry, aparte de que ahora también él comenzaba a tener frío.
-Oye -dijo-, has visto qué puedo hacer, pero todavía no lo has visto todo.
Yo también soy necroscopio y puedo hablar con los muertos. Es decir, puedo hablar contigo estando vivo o hablar contigo estando muerto. Si estuvieras muerto, estarías más que contento de poder hablar conmigo, Viktor, porque entonces yo sería el único contacto que mantendrías con el mundo.
-¿Hablar con los muertos? -dijo Luchov encogiéndose todavía más dentro de sí mismo-. ¡Estás loco!
Harry se encogió de hombros.
-Es evidente que sabes muy poco acerca de los «espers». Me doy cuenta de que tú y Khuv no os lleváis demasiado bien.
Los dientes de Luchov empezaron a castañetear.
-¿Qué dices de los «espers»? ¿Qué tiene que ver esto con los «espers»?
A Harry se le estaba agotando la paciencia y el tiempo de que disponía.
-Está bien -dijo, levantándose-, veo que necesitas que te convenza y por esto voy a dejarte. Me voy a otra parte, a un sitio donde haya mejor temperatura.
Volveré dentro de cinco... o quizá de diez minutos. Entretanto puedes decidir: o hablas conmigo o te las arreglas para huir trepando. Si quieres que te diga lo que pienso, no creo que lo consigas. Creo que caerás en el fondo y que volveremos a hablar cuando encuentre tu cuerpo en lo más profundo del barranco.
Luchov se llevó la mano al tobillo. Todo aquello parecía una pesadilla... sí, forzosamente tenía que ser una pesadilla... parecía terriblemente real, tan real como el tobillo de carne y huesos que se agarraba con la mano.
-¡Espera, espera! Dime qué quieres saber.
-Así está mejor -dijo Harry.
Y arrastrando a Luchov por los pies, lo llevó a un lugar más confortable: una playa de Australia al anochecer. Luchov sintió la arena caliente bajo sus pies, vio un océano cubierto por el débil resplandor de las fulgurantes

cabrillas que brillaban en la superficie y se sentó bruscamente al sentir que las piernas se le doblaban.
Estaba sentado en la arena, con los ojos muy abiertos, temblando, agotado...
La playa estaba desierta. Harry miró a Luchov y le hizo una seña con la cabeza. Se quitó la ropa, se quedó en calzoncillos y se echó al agua para nadar un rato. Cuando salió del mar Luchov estaba preparado para hablar...
Así que Luchov terminó de hablar (lo que equivale a decir que Harry había terminado de hacer preguntas) ya estaba oscureciendo. Por la playa llegaron unos cuantos coches que, con los motores rugiendo, se apostaron a unos cuatrocientos metros de distancia y de ellos salieron jóvenes con mantas y artilugios para hacer una barbacoa. Las risas y la música de rock llegaban a oleadas con el viento que soplaba sobre la playa.
-En Perchorsk ahora es de día, es la mañana -dijo Harry-, pero todavía deben de estar dando vueltas y buscándote por todas partes. Si Khuv dispone de un especialista en localizaciones, sabrán aproximadamente dónde te encuentras. De todos modos, para estar seguros, primero recorrerán todo el Projekt con un peine de púas finas. Todos los que participen en la búsqueda estarán agotados. Pero una cosa es segura: Khuv ahora conoce algunas de las razones por las cuales estaba en contra.
»Y ahora escucha: tú has colaborado conmigo y quiero hacerte una advertencia. Es posible que yo tenga que destruir Perchorsk. No porque a mí me interese destruirlo, ni porque haya una nación o un grupo específico de gente que desee que lo destruya, sino porque interesa al mundo que ese lugar se destruya. En cualquier caso, aunque yo no lo hiciera, Perchorsk acabaría por ser destruido. Los Estados Unidos no van a quedarse sentados esperando que sigan saliendo monstruos de un sitio como éste.
-Por supuesto -respondió Luchov-, ya he previsto esa eventualidad. Hace unos meses que hice esta advertencia a gente autorizada y ofrecí mis recomendaciones. La advertencia fue atendida y las recomendaciones aceptadas.
Esta misma semana, posiblemente mañana mismo..., hoy incluso..., comenzarán a llegar camiones a Perchorsk desde Sverdlovsk. Llevarán nuevos sistemas de seguridad. En este punto, ya que no en otros, estamos completamente de acuerdo.
De Perchorsk ya no volverá a salir nunca más ningún ser extraterrestre...
Harry asintió con un gesto.
-Antes de que vuelva a trasladarte allí -le dijo- quisiera pedirte otra cosa.
Teniendo como tenéis aquella Puerta espacio-tiempo en las entrañas de Perchorsk, ¿cómo es que me consideráis tan extraordinario? Me refiero a que es muy probable que los dos principios se encuentren muy cerca uno de otro. En Perchorsk tenéis un agujero gris... y yo hago uso de una dimensión o espacio-tiempo que es diferente de la mía propia.
Luchov se puso de pie y, muy envarado, se sacudió la arena que había quedado adherida a su ropa.

-Yo sé cómo nació la Puerta de Perchorsk y he estudiado gran parte de los cálculos matemáticos relacionados con ella. La Puerta es una realidad física que no tiene nada de pasajero o de insustancial. Es física, no metafísica. Ya sé que es resultado de un accidente, pero por lo menos yo sé cómo ocurrió este accidente.
Tú, en cambio, eres un hombre y nada más que un hombre. Y la verdad es que no tengo ni la más mínima idea del sitio de donde has salido.
Harry se quedó reflexionando antes de contestar y asintió con la cabeza.
-De hecho, yo también llegué a figurarme que era un accidente -dijo-, el producto de una combinación basada en una probabilidad contra un millón. En cualquier caso, ya te he advertido con respecto a Perchorsk: si sigues allí, tu vida corre peligro.
-¿Crees que no lo sé? -dijo Luchov encogiéndose de hombros-. Pero se trata de mi trabajo y tengo que terminarlo. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?
-Quieres decir, después de que te haya devuelto a tu puesto. Tengo que saber qué ocurre al otro lado de la Puerta. Allí tiene que haber otras cosas aparte de las pesadillas que tú describes.
Tenía que ser así porque, de lo contrario, ¿cómo podían existir en aquel sitio su hijo Harry y su madre? Esto suponiendo que estuvieran allí, porque ¿y si hubiera otras dimensiones aparte de aquélla?, ¿y si su hijo Harry se hubiera llevado a su madre todavía más lejos?
Harry soltó a Luchov junto a las grandes puertas correderas del compartimento de servicios, abandonándolo en medio de la luz grisácea de la mañana y de la lobreguez de la nieve. Luchov aporreó la ventanilla de la puerta, bramando para que lo dejaran entrar. A continuación Harry se trasladó a las habitaciones de Luchov (que estaban vacías y cerradas desde fuera), donde se puso una bata blanca que había visto colgada allí en su última visita. La bata constituía el signo distintivo de todos los científicos y técnicos del Projekt. En el bolsillo de la prenda encontró unas gafas oscuras y se las puso.
Procurando actuar con la máxima naturalidad, se encaminó hacia el corazón del magma y se materializó en la circunferencia de los anillos de Saturno, a medio camino entre dos grupos de cañones Katushev que estaban en manos de soldados.
Se quedó totalmente inmóvil, pero con una puerta de Möbius fija en la mente por si debía buscar cobijo rápidamente a través de ella... pero todo parecía funcionar a las mil maravillas. Un soldado que estaba perezosamente repantigado en la fina pared del magma advirtió su presencia y al primer momento lo miró con aire sorprendido, pero enseguida se puso en posición de firmes y le dedicó un desmayado saludo.
Harry clavó en él los ojos, cosa que provocó una gran desazón en el pobre soldado, y a continuación se volvió y escrutó aquella enorme cueva tan poco natural en la que se encontraba. Observó especialmente la esfera de luz cegadora que era la Puerta...
Había otros técnicos alrededor. Todo el mundo tenía aspecto cansado después del turno de noche, hasta los artilleros, sentados en sus asientos acolchados en forma de cubo, desde los cuales mantenían los cañones apuntados hacia la Puerta.

Dos científicos pasaron por el lado de Harry, hablando y caminando en dirección a la esfera. Uno de ellos le dirigió una mirada al pasar, le sonrió y le hizo un ademán familiar. Harry no pudo por menos de preguntarse por quién debía de haberlo tomado, pero le devolvió el saludo y se puso a seguir a la pareja. Cuando ya llegaba al nivel en que la pasarela cambiaba de dirección y se dirigía hacia el centro, directamente hacia la esfera de luz, oyó detrás de él a un soldado que gritaba:
-¡Eh! ¡No se ponga directamente en la línea de fuego, señor! ¡Son las normas!
Harry miró con naturalidad por encima del hombro y siguió caminando. Ya había dejado atrás la plataforma y ahora estaba moviéndose por la pasarela.
Incluso cuando la puerta de la valla electrificada comenzaba a cerrarse, pasó a través de ella y llegó a los tablones calcinados. Detrás de él volvieron a abrirse las puertas y oyó pasos que se aproximaban corriendo. Harry percibía murmullo de voces indignadas, pero más bien estaba consciente de los Katushevs apuntados directamente contra él o quizá no directamente contra él sino contra la Puerta, lo que venía a ser lo mismo.
-¡Sir! -gritó una voz a su oído, directamente detrás de él.
Harry conjuró una puerta de Möbius… y con un desacostumbrado temblor que le producía el pánico advirtió que las cosas no funcionaban.
En la mente de Harry no quedaba perfectamente delimitado el perfil de la puerta, y sus bordes se le presentaban desdibujados, como los de un espejismo contemplado a través de un manto de niebla. Flotaba sobre él y se movía hacia la esfera como atraído por ella, pero quedaba detenido allí, diluyéndose gradualmente y temblando sobre la pasarela de madera. Harry no había visto nunca una cosa parecida. Conjuró una segunda puerta con el mismo resultado: la esfera las atraía y repelía al mismo tiempo, las hacía menos sustanciales, las inmovilizaba, las rompía, ¡las borraba!
Sobre el hombro de Harry cayó una mano y oyó gritos que procedían de la amplia escalera de madera que emergía del pozo del magma. Alguien que tenía una voz estridente gritaba a todo pulmón.
-¡Está aquí! ¡Está aquí!
Cuando el sargento que había puesto la mano en el hombro de Harry lo obligó a darse la vuelta, dirigió la mirada a las escaleras y vio a Chingiz Khuv y a otro hombre que bajaban por el pozo, lo que hizo que pensara: «¡Vaya por Dios! ¿Es que este hijo de puta no duerme nunca o qué?» Khuv parecía sostener a su compañero, como si quisiera evitar que cayera cuan largo era. El hombre al que ayudaba era uno de los «espers» que Harry había golpeado cuando formaba su cortina de humo. Y era también el que gritaba.
Después apuntó con el dedo directamente a Harry y gritó por última vez:
-¡Es él!
Y la oscura mirada de Khuv siguió su mano temblorosa.
Los ojos de Khuv echaron chispas al instante.
-¡Abran fuego! -gritó al momento, apuntando también a Harry y gritando igualmente-: ¡Disparen contra él! ¡Mátenlo! ¡Es un intruso!

El sargento que había puesto la mano sobre Harry lo soltó al punto, dio un paso atrás y fue a coger la pistola que llevaba sujeta en la cadera, pero Harry se le adelantó y de un puntapié lo envió volando fuera de la pasarela. Al cruzar los tableros, Harry quedaba a un nivel más bajo, fuera de la línea de fuego de los Katushevs. Harry conjuró una puerta de Möbius situada al mismo nivel que la pasarela, suspendida sobre el espacio vacío. Sabía que debía echarse de cabeza en ella, pero la puerta oscilaba y se combaba, ascendía y se dirigía hacia la esfera de luz.
Harry podía oír que el soldado que estaba al mando del Katushev gritaba:
-¡Apunten al frente!
Y sabía que la orden siguiente iba a ser:
-¡Fuego!
Tenía que desaparecer cuando se diera aquella orden. Antes de que la puerta de límites desdibujados, que se estaba desintegrando lentamente, pudiera desaparecer por completo, saltó dentro de ella. Aun cuando parecía impresa sobre la misma superficie de la esfera, seguía siendo la única oportunidad que le quedaba.
Atravesó, pues, la puerta... y entró en un infierno de agonía mental y física.
Cuando Harry recuperó el conocimiento se encontró arrastrado a través del continuo de Möbius, aparentemente moviéndose por una región del mismo que era nueva para él. Sentía que tanto su cuerpo como su espíritu estaban muy maltrechos y que aquel sexto sentido que normalmente poseía, cortante como una navaja de afeitar, ahora estaba romo y obtuso. No sin extraordinarios esfuerzos, formuló sus ecuaciones mentales y conjuró una puerta que se abría hacia huecas profundidades del espacio tachonadas de estrellas de extrañas constelaciones. La cerró inmediatamente y buscó otras a tientas.
Encontró una que se abría al futuro y atisbó por ella. Aquí no se tendían hacia el futuro los hilos azules de la vida, sino únicamente los suyos, que se doblaban violentamente más allá de la puerta para desaparecer en ángulo recto de su vista.
El pasado era igualmente hostil; en realidad, parecía que en ese lugar no había pasado, sino únicamente un océano de estrellas interminable e impersonal. La ausencia de actividad humana, incluso de cualquier otra actividad, reforzaba la opinión de Harry de haber sido echado del camino y haber dejado muy atrás el mundo de los hombres.
Comenzando a sentirse presa del pánico, intentó una última puerta... y ante sus ojos se ofreció la superficie de una estrella que rugía como una caldera. Cerró también aquella puerta y se forzó a adoptar un estado de calma, situación en la que podía aplicar por lo menos un cierto razonamiento al problema. Estaba perdido, en efecto, pero sabía que lo que se pierde puede encontrarse. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado a aquel sitio, pero, si había llegado hasta allí, quería decir que tenía que haber un camino de retorno. Sin embargo, el espacio es un lugar muy grande y Harry Keogh se sentía como una mota minúscula en el ojo del infinito.
Después...

¿Harry?, lo llamó una voz en un murmullo, una voz familiar y distante que le hablaba dentro de la cabeza. *¡Me ha parecido reconocerte!*
La voz ahora sonaba más cerca y rápidamente iba haciéndose más potente.
Pero ¿qué pasa aquí? ¿Has violado los límites?
-¡Ah, Möbius! ¡Gracias a Dios! -dijo Harry.
¿Dios has dicho? Dios está fuera del campo de mis investigaciones, Harry, dijo Möbius. *Prefiero dar las gracias a mis ecuaciones, si no te importa. Aunque supongo que también podría argumentarse que se trata de lo mismo.*
-¿Cómo es que está aquí? -dijo Harry, ahora más calmado-. ¿Dónde estamos?
Esto es la constelación de Orion, respondió Möbius. *Y lo que quería preguntarte precisamente era esto: ¿qué estás haciendo aquí?*
Harry se lo explicó.
¡Vaya, vaya!, dijo Möbius en tono reflexivo. *Volvamos primero a casa y después veremos si podemos encontrar una explicación a lo que ha ocurrido. Si quieres seguirme...*
Harry se quedó con Möbius y se dirigió con él rápidamente a casa, materializada en la tumba de Leipzig. Era de noche, lo que pareció indicarle que se había pasado un día entero (¿o habían sido dos?) en el continuo de Möbius. Ante la luz gris e invernal del cementerio, Harry parpadeó, se tambaleó, pues sus piernas no le sostenían, y se sentó en la grava, junto a la lápida de Möbius.
Necesitas un buen descanso, hijo mío, le dijo Möbius.
-Tiene razón -admitió Harry-, pero primero querría saber si podrías explicarme lo que me ha ocurrido.
Creo que puedo, dijo el matemático. *Tú mismo has igualado mi dimensión lineal de un plano paralelo y esta puerta a Perchorsk conduce a otra; las dos son puertas entre planos de la existencia. Ambas son condiciones negativas, manchas en la superficie perfecta del espacio-tiempo normal. Ahora bien, coge dos imanes y junta sus polos negativos, ¿qué ocurre?*
-Pues que se repelen -dijo Harry encogiéndose de hombros.
Exactamente, pues esto es lo que ocurre con la Puerta y las puertas que tú creas mentalmente. Sin embargo, la Puerta de Perchorsk es más fuerte, por lo que la repulsión es mucho más violenta. Cuando tú te servías de la puerta junto a la Puerta de la esfera, eras propulsado al continuo de Möbius como el proyectil que sale del arma. Tus ecuaciones estaban desenfocadas, tu cuerpo experimentaba tensiones que no habrías imaginado nunca que podías soportar en el mundo físico.
En el espacio tridimensional habrías muerto instantáneamente. El continuo te ha salvado porque es infinitamente flexible. Aprende la lección: no puedes imponer tu ser metafísico a la Puerta. Crúzala como un hombre, por el medio que sea, si tienes que hacerlo, pero no quieras intentar nunca servirte del continuo de Möbius para conseguirlo.
Harry frunció el entrecejo y asintió lentamente con la cabeza.
-Tiene razón -dijo-, he sido un loco, pero no ha sido totalmente culpa mía. Yo no quería utilizar el continuo en conjunción con la Puerta. Lo que pasó es que funcionó de esa manera. Sin embargo, mi curiosidad ha actuado

contra mí. Tenía que ver cómo era esa Puerta, verlo con mis propios ojos. Y ahora, en todo el Perchorsk Projekt no hay ni un solo hombre que no me conozca. La próxima vez que asome la nariz en ese lugar, tenga por seguro que me vuelan la cara.

¿Qué vas a hacer ahora?

Harry se apoyó en la lápida y lanzó un suspiro.

-No lo sé. Lo único que sé es que estoy cansado.

Ve a casa, dijo Möbius, *duerme y descansa. Cuando despiertes, todo estará mucho más claro.*

Harry le dio las gracias, se despidió e hizo lo que Möbius acababa de aconsejarle. Apareció en el piso de Jazz Simmons, a cinco centímetros por encima de la cama y tumbado boca abajo. Después fue bajando lentamente... Antes de que su cabeza tocara la almohada había caído dormido.

Capítulo 18

Zek prosigue su relato

Estaba haciéndose de noche. Los pajarillos piaban dulcemente o emitían sus gorjeos entre la hierba de la llanura; las montañas desfilaban ordenadamente por el flanco derecho, oscuras en las raíces cubiertas de bosque y doradas en las cumbres coronadas de nieve; la tribu de Lardis el Viajero se movía en silencio, sin pronunciar palabra, acompañada únicamente de su cascabeleo natural, del crujir de sus carromatos y del chirriar de las narrias, como para anunciar que seguían su camino amparados en las sombras de los bosques que bordeaban las montañas que actuaban como una barrera.
Ahora hacía más frío y la luna se iba levantando lentamente como una moneda pálida lanzada a lo alto, atrayendo a los lobos salvajes que merodeaban en las cumbres, cuyos aullidos levantaban ecos de misteriosos presentimientos. El sol era una tajada de oro que resplandecía en el sur, brillando débilmente mucho más allá de la llanura y cubriendo de plata los meandros de los ríos serpenteantes.
Sólo Michael J. Simmons y Zekintha Föener seguían hablando, porque ellos eran habitantes de los infiernos y no sabían qué otra cosa habrían podido hacer.
Pero también hablaban con voz contenida, ya que el sol no tardaría mucho en desaparecer y no era momento para armar ruido. Aun siendo extranjeros, lo sabían.
Jazz había construido una narria ligera; transportaba todas sus pertenencias envueltas en pieles y lo único que llevaba a la espalda era su metralleta, colgada del correaje. Zek le echaba una mano cuando el camino era duro, pero por lo general Jazz sabía arreglárselas solo. En el curso de unos pocos días sus condiciones físicas habían alcanzado niveles más altos de fuerza y resistencia.
Unos cuantos kilómetros atrás recogieron al grupo principal de los Viajeros y ahora la tribu de Lardis estaba al completo. Aquel afloramiento que utilizaban como refugio ya estaba a poca distancia; ya se divisaba su cúpula, resplandeciente por el sol que la revelaba como un cráneo enorme y amarillento, despojado de carne, que se perfilase a media distancia. De aquí en adelante los gitanos cubrirían su pista y no dejarían señal alguna que revelara que habían seguido este camino. Los wamphyri conocían perfectamente bien sus escondrijos, pero ellos no tenían intención de pregonar a los cuatro vientos su presencia en aquel paraje.
Hacía unos minutos que Lardis se había movido trabajosamente hasta el lugar donde se encontraban Jazz y Zek para decirles:
-Jazz, cuando la tribu esté instalada, ven a buscarme a la entrada principal.
Yo y tres o cuatro de los míos podemos aprender a usar estas armas tuyas. El lanzallamas y los revólveres.
-¿Y las granadas?
Jazz hizo una pausa y se secó el sudor que le cubría la frente.
-¿Cómo? ¡Ah, sí! -dijo Lardis con una mueca.

-Pero la próxima vez, que los pescados sean más grandes, ¿eh?.
La media sonrisa desapareció instantáneamente del rostro de Lardis.
-Esperemos que no tengamos que servirnos de ellas, de ninguna de ellas. Pero si lo hacemos... las saetas con puntas de plata de nuestras ballestas, las afiladas estacas que tenemos escondidas en nuestras cuevas, las espadas de plata que también tenemos ocultas... todo combinado con tus armas... Si nos toca luchar, lucharemos.
Entonces Zek habló:
-Esto es hablar por hablar, Lardis Lidesci. ¿Hay algo que te importune? Nos espera una nueva puesta de sol y antes de que llegue la próxima nos encontraremos con el Habitante. Esto es lo que tú prometiste a tu gente. Es evidente que hasta ahora las cosas han funcionado bien.
Lardis asintió.
-Hasta ahora, sí. Pero lord Shaithis tiene que ajustar cuentas. Antes de ahora no hubo sangre. Era el viejo juego del zorro y la gallina, como siempre. Pero resulta que ahora la gallina ha arañado el hocico del lobo. Él ya no siente curiosidad ni voracidad, lo que le pasa ahora es que está enfadado. Además...
Pero cerró la boca y se encogió de hombros.
-Dinos lo peor, Lardis -lo instó Jazz-. ¿Qué estás pensando?
Lardis se volvió a encoger de hombros.
-No sé, quizá no es nada... o quizás es un conjunto de cosas pequeñas. Pero detrás ha quedado una niebla y esto es algo que no me gusta para empezar.
Indicó con el dedo el camino que habían recorrido. A distancia, por la parte de levante, había un muro de niebla gris que bajaba rodando de las montañas y que quedaba suspendida, muy baja, sobre los bosques. Se arremolinaba en un movimiento de avance y retroceso, lamiendo las montañas igual que una lenta marea.
-Los wamphyri siguen los caminos de niebla -prosiguió Lardis-. Nosotros no somos los únicos que disimulamos los caminos que recorremos...
-¡Todavía hay sol! -protestó Jazz.
-Dentro de muy poco ya no lo habrá -intervino Lardis-. Y el gran desfiladero hace ya mucho tiempo que está a oscuras. Aquí, al socaire de estos bosques, abunda la sombra.
Zek se cubrió la boca con la mano.
-¿Crees que Shaithis se acerca? Yo no he notado nada. No he dejado un momento de explorar, pero no he detectado pensamientos extraños.
Lardis respiró profundamente, más bien había sido un suspiro.
-Eso es bastante tranquilizador. Si viene, lo recibiremos en igualdad de condiciones.
Echó una ojeada a las montañas.
-Antes los lobos aullaban, pero ahora han callado. Y nuestros animales también están tranquilos. Mira, no tienes más que mirar a Lobo.
El gran lobo de Zek corría a medio galope a una cierta distancia; tenía las orejas bajas y con el rabo iba barriendo la tierra. De vez en cuando se detenía, miraba para atrás y gemía un poco.
Jazz y Zek se miraron mutuamente y después miraron a Lardis.

-Pero quizás esto no quiere decir nada -dijo refunfuñando el jefe de los gitanos.
Y volviendo a encogerse de hombros, siguió adelante.
-¿Qué deduces de todo esto? -preguntó ahora Jazz a Zek en voz baja.
-No sé. Tal vez sea tal como él dice. De todos modos, cuanto más nos acercamos a la puesta de sol, más nervioso está todo el mundo. En esto no hay nada nuevo. A los Viajeros no les gusta la niebla y quieren que sus animales estén retozones. Todo lo que no se acomode a esto es mala señal. Pero es lo de siempre:
una combinación de cosas diferentes.
A pesar de sus alentadoras explicaciones, se cruzó de brazos y se estremeció.
-¿Siempre optimista? -dijo Jazz con una sonrisa indecisa.
-Porque he tenido que pasar por muchas cosas -respondió Zek con viveza- y porque ahora ya estamos próximos al final.
-Sí, has tenido que pasar por muchas cosas -dijo Jazz volviendo a arrastrar la narria-. Y ahora que lo pienso, todavía no me has contado cómo lady Karen te dejó marchar.
-Hemos tenido otras cosas en que pensar -repuso Zek encogiéndose de hombros-. ¿Todavía te interesa saberlo?
De pronto tenía ganas de contárselo. Pensó que quizás así se le calmarían un poco los nervios.
-Sí -dijo Jazz-, pero primero querría hablar de un par de cosas que me preocupan.
-¿Qué cosas?
-Anacronismos -explicó Jazz asintiendo con la cabeza-. Los gitanos, esa lengua románica que hablan, su habilidad para trabajar metales. A menos que en este planeta haya muchas cosas que desconozco... Ya sé que en él hay cosas bastante raras, porque tiene un lado en el que hace calor suficiente para freír huevos y otro en el que hace tanto frío que puedes quedarte congelado... Aun así, esas cosas que he mencionado son anacronismos. Este mundo... este mundo es primitivo. Pero existen paradojas en él. Algunas de las cosas que hay en él son, comparadas con las nuestras, de alta tecnología.
Ahora era Zek la que asentía.
-Lo sé -dijo- y ésta es una cosa en la que a veces he pensado. Si hablas con los Viajeros sobre su historia y sus leyendas, como he hecho yo, posiblemente encontrarás la explicación... o algo que se le parece mucho. Según fuentes inmemoriales, su mundo no ha sido siempre así. Dicho sea de paso, las leyendas de los wamphyri hablan de los mitos de los Viajeros.
Jazz se sintió interesado.
-Continúa -le dijo-, habla tú y así yo ahorro fuerzas para arrastrar la narria.
-Pues bien, dicen las leyendas de los Viajeros que hubo un tiempo en que este planeta contaba con regiones muy fértiles, con océanos, casquetes polares, junglas y llanuras. Más o menos como en la Tierra. Y rebosaba gente. Tenía, además, sus pantanos de vampiros, si bien no eran tan activos como actualmente.

La gente sabía de su existencia y los rehuía. Las comunidades locales habían levantado unas fronteras y las custodiaban. No se permitía que de ellos saliera nada con vida. El vampirismo recibía el mismo tratamiento que la rabia, si bien la única diferencia era que si un hombre era vampirizado, no intentaba la curación, porque en realidad no la había... Por eso se limitaban a clavarle una estaca y...
bueno, ya sabes cómo funciona.
»Pero en general los vampiros eran mantenidos a raya y en aquellos tiempos no había wamphyri. La gente no emigraba, porque no tenía nada que temer ni nada de que huir; se regían por el sistema del trueque y, con menor frecuencia, por un régimen de tipo feudal.
»De todos modos, que yo sepa, estaban trescientos o cuatrocientos años más atrasados que nosotros. Por supuesto que había enormes diferencias. Para empezar, no habían descubierto la pólvora. Por otra parte, aunque poseían un lenguaje complejo, no se habían esforzado en reproducirlo sobre papel... o sobre piel. Ésta es la razón de que la mayor parte de este lenguaje tuviera que transmitirse de forma oral y de una generación a otra. Como es natural, este procedimiento provoca grandes distorsiones: cosas que tienen poca importancia resultan muy exageradas, mientras que otras que la tienen realmente pasan inadvertidas. Todos los héroes de los mitos de los Viajeros, por ejemplo, son gigantes, comen vampiros para desayunar y ni siquiera tienen dolor de estómago.
Pero no hay nadie que recuerde quién fue el que desarrolló las habilidades del trabajo de los metales, ni quién diseñó el primer carromato, ni quién construyó la primera ballesta.
»Así pues, este mundo era de esa manera: como el nuestro, pero con un atraso de trescientos o cuatrocientos años, aunque en muchos aspectos menos peligroso, menos belicoso, menos alborotado. La mayor parte de la gente vivía en paz y, dejando aparte las pequeñas reyertas provocadas por ambiciones territoriales, estaban en plena libertad de cultivar la tierra, de pescar y de comerciar con los excedentes que producían. En nuestro mundo había sitios mucho peores y tiempos mucho peores también.
»¡Ah!, y quizá debería decir también que en aquellos lejanos tiempos el mundo tenía estaciones normales, al igual que días y noches más cortos, es decir, muy similares a los de nuestro planeta. Pero entonces...
»Entonces ocurrió algo.
»Según cuenta la leyenda del Viajero, una noche apareció en el cielo un "sol blanco". Surgió con tal rapidez en los cielos que parecía una barra de fuego: se desvió de la luna, salió proyectado hacia abajo y atravesó, llameante, toda la superficie del mundo. Pero, al caer, se encogió, pasó rozando la tierra igual que una bola de fuego, como cuando una piedra plana salta por la superficie del agua, y se posó más allá de las montañas.
»Pero aunque ese "sol blanco" era pequeño, su magia era enorme. Adelantó a la luna en su órbita, cambió el eje del mundo y provocó tensiones geológicas de terrible magnitud. Creó todas esas montañas, las tierras heladas del norte, los desiertos del sur. Y durante mil años después de su venida la superficie de este mundo fue más parecida al infierno que antes y dejó de ser aquel plácido lugar que había sido en otras épocas.

»Las estaciones desaparecieron para siempre, la luna se convirtió en un volador demoníaco que llamaba a los lobos y un cuarto de billón de personas quedaron reducidas a unos pocos miles. Los continentes cambiaron, las montañas desaparecieron del lugar donde antes estaban, empujadas hacia otra parte; los supervivientes tuvieron que soportar una pesadilla de tempestades marinas, tormentas y erupciones volcánicas. Sin embargo, aprendieron a vivir con ellas y el mundo acabó por entrar en una fase de asentamiento. Pero ahora hay una Tierra de las Estrellas y una Tierra del Sol.

»Han pasado los siglos. ¿Quién podría decir cuántos? La Tierra del Sol se convirtió en un desierto y la Tierra de las Estrellas... ya has visto en qué se ha convertido. Tan sólo las montañas y las colinas de la Tierra del Sol podrían dar cabida a la vida humana tal como nosotros la conocemos. La gente se estableció allí, comenzó a reconstruirlo todo, aunque lentamente, toscamente. Todavía no habían olvidado algunas de sus habilidades y se servían de ellas para empezar de nuevo. Y entretanto los pantanos, prácticamente igual que antes, fueron poblándose de vida vampírica y maléfica...

»Los exploradores atravesaron las montañas, cruzaron los pasos, contemplaron los desiertos helados que se extendían al otro lado. Las lluvias torrenciales, los elementos adversos y el hielo excavaron poderosas columnas en los flancos de las montañas, pero las tierras eran prácticamente yermas. A los hombres les era imposible vivir en ellas. Naturalmente, me estoy refiriendo a los hombres...

»Después vino la plaga... ¡Una plaga de vampiros!

»Las ciénagas rebosaban cosas malditas que infestaron hombres y animales en cantidades sin precedentes. Por la Tierra del Sol merodeaban cuadrillas de hombres vampirizados, que asesinaban durante la noche y se agazapaban en los agujeros durante los días interminables. La gente, que había quedado reducida casi a un estado salvaje a causa del desastre ocurrido en la Naturaleza, todavía vio empeorada su situación como consecuencia de aquel desastre no natural. Después las tribus se aliaron y comenzaron a cazar vampiros y a matarlos igual que habían hecho en los viejos tiempos. Para ello se servían de la estaca, de la espada, del fuego; sacaban a rastras a los vampiros de sus agujeros y los dejaban clavados en el suelo para que se friesen al sol.

»Por fin la Tierra del Sol volvió a apaciguarse, los pantanos comenzaron a tranquilizarse y aquel azote fue sometido a control. Pero los hombres que habían sido vampirizados siguieron la ruta del norte a través del gran paso. Como son seres de larga vida, se dedicaron a pelear entre sí para procurarse la sangre que constituía su sustento. Descubrieron a los trogloditas en las profundas cuevas de la Tierra de las Estrellas y vivieron de ellos. Después, cuando comenzaron a ocupar las columnas de las montañas, pasaron a convertirse en los señores del oscuro hemisferio. Fue entonces cuando construyeron sus nidos de águilas y se adjudicaron el nombre de wamphyri y, como poseían la inteligencia de los hombres y la energía de los vampiros, comenzaron a realizar incursiones por la Tierra del Sol. La gente que se convirtió en víctima suya consiguió sobrevivir

convirtiéndose en Viajeros... que todavía siguen viajando. He aquí toda la historia...
-Ese «sol blanco» del que hablabas -preguntó Jazz al cabo de un rato-, ¿es la esfera..., la Puerta... o comoquiera que se la llame?
Zek se encogió de hombros.
-Supongo que sí. Se trata de una puerta espacio-tiempo, ¿verdad? No es únicamente una distorsión del espacio, sino también un puente a través del tiempo.
¿Sería posible que lo que apareció aquí hace miles de años fuera causado por el accidente de Perchorsk y que las dos cosas estén conectadas a través de la esfera?
Como tú dices, es un anacronismo.
-Pero ¿de qué demonios se trata? -dijo Jazz frunciendo el entrecejo-. En Perchorsk hablan de agujeros negros, agujeros blancos e incluso de agujeros grises. Y tú has dicho que todo esto entronca con las leyendas de los wamphyri.
¿Qué quieres decir con esto?
-Las leyendas de los wamphyri dicen que el «sol blanco» vino del infierno o, en cualquier caso, de un lugar que para ellos era el infierno. En otras palabras, un mundo donde uno de los factores constantes era ese sol asesino, una pesadilla que se iba repitiendo regularmente y de la que había únicamente sólo breves interrupciones. Hace un tiempo, sólo unos pocos años, que la esfera a través de la cual vinimos de Perchorsk para salir a la llanura cubierta de piedras de la Tierra de las Estrellas, estaba sepultada. Se encontraba en el fondo de un cráter y lo único visible de ella era su parte superior, que irradiaba su luz blanca hacia el cielo igual que un proyector. Estaba a una profundidad de cuatro metros y medio o seis de profundidad, rodeada por la pared del cráter. Todo esto lo supe a través de Karen.
Sin embargo, hace dos años de acuerdo con nuestro tiempo...
-¿En la época del accidente de Perchorsk? -se apresuró a observar Jazz.
-Sí -asintió Zek-, eso creo. De todos modos, fue entonces cuando se produjo un cambio. En el curso de la salida del sol, cuando los wamphyri estaban en sus columnas, parece que la esfera se elevó del lecho del cráter y se quedó tal como está ahora.
-¿Y qué explicación tiene eso?
Zek se encogió de hombros.
-La verdad es que yo no la tengo. Pero los wamphyri ven esto como un presagio. Sus mitos dicen que cualquier cambio que se produzca en la esfera, que es la Puerta que conduce a la Tierra de los Infiernos, anuncia grandes cambios generales, cambios que ellos mismos podrían instigar.
-¿Cuáles, por ejemplo?
-Pues bien, hace ya muchísimo tiempo que están hablando de reunir fuerzas y de declarar la guerra al Habitante. Y si fueran capaces de abandonar durante un cierto tiempo sus pequeñas reyertas, tal vez estarían en condiciones de hacerlo. De hecho, nosotros suponíamos un cambio. Cuando Chingiz Khuv comenzó a enviar a prisioneros políticos y otros sujetos «indeseables» a través de la Puerta como parte de una serie de experimentos... los wamphyri tuvieron una prueba fehaciente de que

aquella Tierra del Infierno, que en realidad tenía algo de mítico, era auténticamente real.
Jazz frunció el entrecejo y volvió a morderse el labio.
-Aquí hay algo que no encaja -dijo-. Si el reciente accidente de Perchorsk ocurrido en nuestro mundo provocó el efecto del «sol blanco» hace millares de años, ¿por qué no aparecimos nosotros en aquella época? ¿Otro anacronismo? ¿Una paradoja espacio- iempo? Yo no la acepto, porque no me suena a verdad. Ahora dime esto otro: ¿cuánto tiempo hace que los wamphyri se sirven de la Puerta como de un castigo? ¿Cuándo empezaron a enviar transgresores a través de la misma?
Zek lo miró fijamente.
-¿Por qué me lo preguntas?
-Se me acaba de ocurrir.
-Pues bien, que yo sepa, lo vienen haciendo desde que existen..., hace millares de años.
-¿Entiendes lo que quiero decir? -Jazz ahora estaba convencido de que lo que decía era importante-. Hasta el momento en que dejé Perchorsk allí sólo había habido habido unos cuantos «encuentros»... de los cuales sólo uno era un hombre... o en todo caso una criatura de los wamphyri.
Zek negó con la cabeza.
-No, aquél era un wamphyri de verdad. Era el heredero de Lesk el Glotón, Klaus Desculu. Llevaba dentro el huevo de Lesk, pero en lugar de lanzarse a buscar una columna, o de robarla para poder instalarse en ella, trató de usurpar el puesto de su padre, Lesk. El Glotón está loco, hasta los mismos wamphyri lo reconocen y saben que no es responsable. ¡Tiene pasiones terribles! Sometió a Klaus y lo tuvo diez años castigado, sujeto a crueldades increíbles, hasta que finalmente lo obligó a cruzar la Puerta. Fue aquel que cubrieron de fuego líquido en la pasarela. Pero comprendo lo que quieres decir. Si los wamphyri obligaron a cruzar la Puerta a todos sus malhechores desde los inicios de su historia, ¿adonde han ido a parar? No a Perchorsk, evidentemente, puesto que Perchorsk entonces no existía.
-En esta dirección -dijo Jazz como si reflexionara en voz alta-, es decir, de Perchorsk hacia acá, tan sólo hay una salida, la que da a la llanura cubierta de piedras de la Tierra de las Estrellas. Pero en la otra dirección, ¿habrá más de una salida en nuestro mundo? Una que da a Perchorsk y otra que da a otro sitio?
Ahora le correspondía a Zek estar excitada.
-Yo ya me lo había preguntado -dijo-. Y de hecho esto explicaría ciertas cosas que me intrigaban... y que te intrigan a ti.
-¿Ah, sí?
Zek asintió con la cabeza.
-Por ejemplo, ¿cómo es que la lengua que hablan los Viajeros se parece tanto a las lenguas románicas de nuestro mundo? Y por otra parte, ¿por qué se encuentran tan cerca de ellos los gitanos? ¿Qué sabes acerca de las lenguas de la Tierra, Jazz? Estoy hablando de nuestra Tierra, por supuesto. Es evidente que tú eres un lingüista.
Jazz sonrió.

-Me preguntas qué sé acerca de las lenguas de la Tierra y debo decirte que sé bastante. Tengo diplomas de lengua rusa. Mi padre era ruso. Conozco las lenguas eslavas, por supuesto, y algo de lenguas románicas también. Ésta es la razón de que haya captado tan fácilmente el *patots* que hablan los Viajeros. ¿Por qué me lo preguntas?
-Es que tengo una teoría mía particular -respondió Zek-. Mi habilidad en materia de lenguas me viene de la telepatía. Las lenguas son fáciles si estableces una relación con la mente de un individuo. De todos modos, la conexión entre la lengua de los Viajeros y las lenguas románicas me parece obvia. Y los wamphyri, por supuesto, hablan la misma lengua.
Jazz se dio cuenta de lo que ella estaba insinuando y silbó.
-Los wamphyri expatriados enviados a nuestro mundo llevaron su propia lengua - ijo-. Zek, es una deducción lógica, pero...
-¿Sí?
-Pero entonces esto querría decir que las lenguas latinas tuvieron aquí su origen y no en nuestro mundo.
-También es ésta mi teoría. Y creo también que algunos de aquellos wamphyri antiguos que fueron desterrados se llevaron consigo a sus seguidores, es decir, los Szgany, los zíngaros, los Zigeuner, ¡los gitanos!
-¿Es que las lenguas románicas se difundieron desde Rusia? -preguntó Jazz desconcertado-. No lo creo.
-¿Quién ha hablado de Rusia? -respondió Zek-. Si hay más de una salida en dirección a nuestro mundo, no quiere decir que todas deban estar en Rusia.
-¿En Rumania quizá?
-Eso es lo que yo sospecho. No tienes más que hacerte esta pregunta: ¿de dónde surge en nuestro mundo la leyenda de los vampiros? ¿Dónde tiene sus raíces?
-En Rumania, por supuesto.
-¿Y cuál es la nación que mantiene prácticamente inalterable su lengua desde tiempo inmemorial, a pesar de estar rodeada de países que no guardan con ella ninguna relación lingüística, pues a su alrededor tiene las lenguas húngara y eslava? Entiendo -dijo Zck asintiendo con la cabeza- que será por las inyecciones periódicas de vampiros y seguidores, ¿no crees?
-Es posible. -Jazz comenzaba a admitir aquella idea-. Cuanto más lo pienso, más verosímil me parece -dijo finalmente-. Los primeros wamphyri emigraron (o fueron desterrados) a nuestro mundo hace muchos millares de años.
Se llevaron a sus seguidores y su lengua consigo: los gitanos y su lengua, una forma latina. Se difundieron por todas las tierras situadas alrededor de Rumania, pero su tierra natal era Rumania. Pese a haber sido conquistados por los avaros, los magiares, los godos, los gépidos y todos los que quieras, la lengua sólo quedó un poco adulterada, pero no erradicada, porque cuando los conquistadores se trasladaban, había siempre nuevas oleadas de gentes que venían de ese lado de la Puerta y volvían a reforzar aquella lengua que ya se estaba perdiendo. Esto explica por qué Rumania se encuentra tan aislada en su uso de una lengua románica. Y, como dices, esto da pie para las leyendas de vampiros de la

tierra. Pero ¿no se creía que los gitanos venían de la India? ¿De las montañas del Karakorum?
-Es posible que los primeros que cruzaron la Puerta fueran a la India -respondió Zek-. ¿Por qué no? Son viajeros, ¿no es verdad? Y de allí se difundieron por todo el mundo. El impulso que los lleva a viajar no es difícil de explicar: les fue inculcado por los wamphyri a lo largo de muchos cientos de años...
-Así es que, resumiendo, lo que tú dices es esto -dijo Jazz-: que en Rumania debe de haber otra Puerta y que a través de ella han estado entrando wamphyri a lo largo de miles de años.
-Nunca en grandes cantidades -respondió ella-, pero en realidad es así. Por lo menos ésta parece ser nuestra conclusión. Yo no he hecho otra cosa que una pequeña alusión y tú lo has deducido todo por tu cuenta. Como has dicho tú, la teoría es plausible.
-Pero ¿por qué no hay nadie que sepa nada acerca de esta Puerta rumana?
Me refiero a que una cosa como una esfera tan extraordinariamente resplandeciente no puede mantenerse oculta durante mucho tiempo.
-De eso no sé nada -dijo Zek, volviendo a encogerse de hombros-. Pero lo que sabemos del Habitante nos hace pensar que, efectivamente, tiene acceso a nuestro mundo. Y si no utiliza la Puerta de Perchorsk...
-¿Qué puerta debe de utilizar?
-Eso es lo que yo digo.
Al cabo de un rato Jazz dijo:
-Hemos recorrido un buen trecho; así es que ahora, antes de que nos encontremos demasiado confundidos, pasemos a otra cosa.
-Como, por ejemplo, ¿por qué me dejó en libertad Karen?
-Sí, si no te importa.
-Pues bien, las cosas ocurrieron de la siguiente manera:
»No sé cuánto tiempo permanecí en el nido de águilas de lady Karen. En sitios así parece como si el tiempo se hubiera detenido, refrenado por el horror. Sin embargo, no parece prolongarse interminablemente, puesto que una gran parte del tiempo uno lo pasa durmiendo, a causa del agotamiento. Vivir en un sitio así acaba con cualquiera, tanto en el aspecto físico como mental. Da la impresión de que te acecha constantemente la amenaza, de que los nervios están tan tensos que van a romperse y de que, a pesar de que hasta la habitación más pequeña es inmensa, persiste la sensación de claustrofobia. Los silencios se prolongan horas enteras, rotos a veces por las carcajadas de los wamphyri o por gritos de la más espantosa agonía. Un nido de águilas es como una antecámara de Satanás.
»Y pese a todo, lady Karen se convirtió en amiga mía o todo lo amiga que puede ser una vampira de un ser humano.
»Tal vez no sea tan difícil de entender. Ella había sido una simple Viajera.
Recordaba su vida anterior, conocía el horror de sus actuales circunstancias y preveía un futuro más monstruoso todavía. Había sido una de las mujeres más bellas de su tribu y yo tampoco carecía de atributos de belleza. Encontró puntos comunes en mí, y en las penalidades que yo había pasado también encontró ecos de las que ella

había vivido. Sabía también que su faceta de vampira no tardaría en adquirir preponderancia y que, cuando ocurriera, sus acciones ya no serían totalmente suyas.
»Si no hubiera sido una mujer, si aquel nido de águilas hubiera sido el de uno de los señores, las cosas habrían sido muy diferentes. Yo ahora no estaría aquí para contarte esa historia. ¿Imaginas qué significa ser amada físicamente por uno de esos wamphyri? La palabra "amor" no forma parte de su lengua en el sentido espiritual, pero en su sentido físico...
»Cuando un vampiro coge a una mujer para obtener placer de ella..., no ya para alimentarse, sino para obtener placer sexual pura y simplemente..., te aseguro, Jazz, que la cosa no tiene nada de pura y mucho menos de simple. No hay nada prohibido en las cosas que puedan hacer juntos un hombre y una mujer en sus relaciones amorosas pero, cuando se trata de un vampiro y una mujer o de una vampira y un hombre... Los vampiros son seres muy poderosos. Ya has oído la frase que dice "un destino peor que la muerte", ridícula al fin y al cabo, porque ¿hay algo peor que la muerte? Sin embargo, creo que unas relaciones así deben de serlo y no quisiera tener que describirlas.
»Pero Karen era una mujer de pies a cabeza y sus elementos femeninos estaban potenciados por el parásito que había en ella. No tenía nada de lesbiana...
por lo menos de momento, aunque sólo Dios sabe en qué puede convertirse más tarde. Por consiguiente, no creo que ni siquiera se le ocurriera que podía utilizarme como entretenimiento sexual..., en beneficio propio.
»Sin embargo, sus lugartenientes sí me deseaban.
»Por supuesto que disponían de mujeres, chicas Viajeras que habían raptado, pero ellas eran morenas y yo rubia. Yo era de un color totalmente desconocido para ellos, aparte de que era una habitante de la Tierra de los Infiernos. Tenía también otra cualidad: podía robar los pensamientos. Ahora bien, los wamphyri auténticos, los nacidos de un huevo de vampiro, poseen unas ciertas dotes telepáticas, cualidad que no tienen los seres inferiores de su estirpe... a menos que les sea inculcada específicamente al criarlos o como un don de sus amos. En resumen, yo constituía una propiedad sumamente preciada. Karen temía que, cuando el vampiro que había en ella alcanzase su madurez, perdería la poca compasión que todavía existía en ella, después de lo cual mi futuro se haría mucho más incierto y mi destino mucho menos predecible. Pero ella no deseaba esto para mí.
»Un día me dijo: "Zekintha, podrías hacer algo por mí y, cuando lo hayas hecho, te llevaré a la Tierra del Sol y te dejaré allí para que los Viajeros den contigo. No veo la razón de que tengas que convertirte en lo mismo que yo me he convertido, en lo que me puedo convertir todavía". "¿Me estás ofreciendo un camino para salir de este lugar?", le pregunté. "Dime, entonces, qué debo hacer." "Mira", me dijo, "hay una tregua. Los Wamphyri han convocado una reunión. Todos los señores se reunirán en un sitio, con sus múltiples banderas, para ver si pueden encontrar un terreno común para una determinada causa. Ahora bien, ¿no adivinas dónde van a reunirse?" "¿Aquí?" "En efecto. En el nido de águilas de

Karen. Esto, que quieran tener aquí sus conversaciones, me parece altamente sospechoso, una cosa de muy mal agüero. De todos modos, yo tomaré mis medidas. Ahora bien, ¿qué piensas tú de todo esto?" "Yo sólo sé de esos señores lo que tú me has contado, señora", respondí, "lo que equivale a decir que les tengo un gran temor.
Creo que si dejas entrar en tu castillo a Shaithis, a Lesk, a Lascula y a todos los demás, lo perderás. De entre todas las columnas, la tuya ocupa una posición preponderante, Karen, y es lógico que ambicionen ocuparla. Saben, además, que me tienes aquí y que yo tengo poderes mágicos. En consecuencia, soy deseable.
Tus guerreros se pasarán a aquel que te mate, y ellos son los mejores guerreros que hay, pues no hay ninguno que pueda igualar a Dramal Doombody. Son tus propias palabras, que yo repito. Pero si tu castillo y tus animales y yo misma somos deseables, tú eres más deseable todavía, Karen. Ellos retozarían a gusto contigo, con las dos, antes de poner final a todo esto. Pero tú eres wamphyri y tú durarías mucho más tiempo que yo y, por consiguiente, también sufrirías mucho más que yo." "¿Has terminado?" "De momento, sí." "Normalmente estaría de acuerdo con todo lo que has dicho, pero siempre hay dos maneras de mirar las cosas. Por ejemplo, quizá no hay nada hostil en eso, por lo menos inmediatamente. Admite esto, por lo menos: que si los señores deben reunirse, deben hacerlo en un terreno neutral, aunque sólo sea para llegar a la conclusión de que no se entienden. Éste sería el sitio ideal, porque ellos no me tienen por una igual; lo único que hago es alquilarles una habitación. Yo les dije también que pondría unas condiciones, con lo que quería significar que tomaría precauciones contra la traición. En primer lugar, debían venir solos, sin sus lugartenientes. Ésta sería la primera condición. Y la segunda: nada de guanteletes." "¿Cómo?", dije yo, extraordinariamente sorprendida, "¿pero ellos van a hacerte caso? ¿Crees, en serio, que se avendrán a venir sin sus guanteletes de guerra?" "¡Aunque sólo fuera como protección personal!", dijo ella con una sonrisa casi humana, "de este modo no sentirían la tentación de pelearse entre ellos si el ambiente se caldeaba. Así es que... o nada de guanteletes... ¡o a la calle! Seguro que estarían de acuerdo, porque tienen muchas ganas de solucionar este asunto. Y finalmente, la tercera condición: la reunión tendría que ser en estas cámaras, en esta misma sala, con uno de mis guerreros en cada esquina. ¡Todos en jaque! Y al más mínimo intento de ataque contra mí, mis servidores se lanzarían al ataque. Recuerda, Zekintha, que pese a toda su fuerza y su poder, un vampiro no es otra cosa que carne y sangre. La muerte le sobreviene en las circunstancias adecuadas y dadas las condiciones correctas. Y una de esas condiciones es su disgregación en los ácidos gástricos de un guerrero. Por otra parte, los señores sabrán que si llamo a mis servidores sin que medie provocación, entonces ellos tendrán derecho a disponer de mí a su manera: una estaca clavada en mi cuerpo, la decapitación, un baño de aceite hirviendo... Como ya he dicho:
¡todos en jaque! ¿Qué dices ahora?" "Sigo encontrándolo engañoso." "Igual que yo, pero se ha hecho. Y es posible que yo incluso le saque provecho. Ahora mira aquí..." »A través de una ventana se veían las montañas con su negra silueta, mientras que detrás de ellas se diluía en el cielo

meridional un abanico de luz dorada. "Es la puesta del sol", dije yo, "pronto..." "Sí, pronto", repitió ella como un eco. "Cuando todos estos picos estén bordeados de un ribete rosado, entonces comenzarán a agitarse, se montarán en sus bestias y planearán de columna en columna. Aterrizarán después en los niveles de más abajo y a continuación continuarán subiendo a pie hacia arriba por el cuerpo de la columna. Irán llegando uno a uno. En mi mesa habrá platos... nada convencionales: cachorro de lobo con pimienta, corazones de grandes murciélagos en su propia sangre pero disfrazados con hierbas aromáticas, caza de las praderas de la Tierra del Sol y cerveza de hongos de las cuevas de los trogloditas. En fin, nada para inflamar sus pasiones." "Pero ¿cuál es tu propósito, señora?" Yo sentía una gran curiosidad, estaba aterrada, pero me sentía curiosa. "Sé que tú no quieres nada con estos señores, que tú no eres... como ellos. ¿No podrías rechazarlos de plano? ¿No tienen otro sitio mejor para celebrar su reunión?" »Ella se quedó un momento pensativa y me dijo: "La mayor parte de estos hombres no han puesto nunca los pies en el nido de águilas de Dramal Doombody, actualmente mi nido de águilas. Creo que Shaithis fue a visitar una o dos veces a Dramal cuando éste era joven y había algo en común entre los dos. Solían cazar mujeres juntos durante la puesta de sol en la Tierra del Sol. No tanto por amistad como por rivalidad. Pero para los demás es una oportunidad ver qué tengo aquí. Sé que querían utilizar la visita para ver qué defensas tengo contra alguna posible invasión futura. En cambio, si yo me negara a su petición, si me resistiera a brindarles... hospitalidad, lo único que provocaría es que se unieran contra mí".

"Antes me has dicho que tú tendrías ocasión de aprovecharte de su visita", le recordé, "¿en qué sentido te aprovecharías de ella?" "¡Ah, sí! Aquí es donde apareces tú", me dijo ella, "nosotros, los wamphyri, tenemos poderes, Zekintha. Tú no eres la única. Yo también tengo la facultad de robar los pensamientos de los demás. Por supuesto que se trata de un talento del vampiro que hay en mí, que se ha transferido a mi persona. Sin embargo, se trata de una facultad poco desarrollada, insegura en el mejor de los casos. Nunca puedo tener la seguridad de haber hecho una lectura correcta y, cuando la distancia es muy grande, ni siquiera merece la pena intentarlo. Por otra parte, como soy wamphyri, ellos pueden saber si la prospección que he hecho es suficientemente profunda. Nuestras mentes, por ser vampiros, son similares. Pero tú no eres wamphyri..." "¿Quieres que yo descubra sus pensamientos? ¿Y si ellos me descubren a mí?" "Ellos querrán descubrirte a ti. ¿De qué les iba a servir tener un ladrón de pensamientos y dejar que se pierda su talento? Pero la estratagema es ésta: hay que meterse en sus pensamientos sin que se aperciban de ello y estar muy atenta para que no lean los tuyos. ¿Que te pueden descubrir mentalmente? Es posible, pero no existe un peligro real, como ya te he dicho, porque ellos pretenden lo mismo. No podrán descubrirte físicamente, porque te esconderé en lugar seguro. Las cosas que quiero saber son las siguientes: sus ideas y planes en relación conmigo; si el que celebren aquí su reunión es totalmente sincero o no es más que un truco mediante el cual esperan descubrir cuáles son mis puntos flacos; cuáles son sus fallos, sus puntos débiles, en el caso de que

los tengan. Ve explorando sus mentes una por una y procura descubrir lo que haya en ellas. Solamente quiero hacerte una advertencia:
no te preocupes de Lesk el Glotón. Tiene el cerebro podrido. El vampiro que hay en él está loco. ¿Cómo es posible descubrir la verdad en una mente tan veleidosa como la suya? Ni él mismo sabe poner orden en sus pensamientos, ni qué estaba pensando cinco minutos antes. Pero tiene un nido de águilas formidable y su fuerza es prodigiosa. De no ser así, los demás ya habrían acabado con él hace mucho tiempo." "Haré todo lo posible", le dije yo, "pero de momento todavía no me has explicado cuál es el objetivo de esta reunión. ¿Qué es lo que los impulsa a reunirse?" "Pues el causante es el que ellos llaman El-Habitante-en-su-Jardín-de-Occidente", respondió ella, "le temen, a él, a su alquimia y a su magia. Y como le temen, ¡le odian! Él se atreve a establecer su casa en los picos occidentales, a medio camino entre la Tierra del Sol y la de las Estrellas, sin ni siquiera pedir permiso a nadie. Da albergue a los Viajeros y los instruye en sus misteriosos caminos. Y si alguno se atreviera a levantarse contra él... ¡ah, la de historias que pueden contar!" "¿Y tú también estás contra ese Habitante?", le pregunté, a lo que ella, mirándome con sus ojos inyectados en sangre, me respondió: "Nosotros veremos lo que veamos, y ahora ve a descansar tus pensamientos, reposa y duerme. Así te preparas. Cuando sea el momento, te pasaré a buscar y te diré en qué sitio puedes esconderte. Haz lo que te digo y yo mantendré mi promesa". "No te fallaré", le dije yo encaminándome a mi dormitorio. Pero el sueño tardó mucho en llegar...
»Después llegó la puesta del sol y me desperté al oír los pasos de Karen.
¡Parecía tener mucha prisa!
»"¡Ven!", me dijo cogiéndome de la mano. Había una fuerza poco natural en sus dedos, al tirar de mí para que saliera de la cama. "¡Vístete aprisa! Ya llega el primero." Viajeros vampirizados (esclavos, desangrados hasta la muerte y sacados de aquella situación debido al cambio experimentado por su fisiología y por la alteración de sus órganos y funciones) habían preparado la gran sala. La mesa estaba puesta y en un extremo se había colocado el poderoso trono de hueso de Dramal Doombody. Sobre una pequeña plataforma, parecía abrir desmesuradamente la boca en un bostezo como si quisiera tragarse toda la longitud de la mesa.
»"¡Aquí!", dijo Karen, "éste será tu escondrijo: métete en el trono de Dramal." »Yo podía haber protestado, pero ella se me adelantó y acalló mis palabras antes de que tuviera tiempo de pronunciarlas.
»"¡Tienes que hacerlo! Nadie se sentará en el trono de Dramal. Yo lo hago para honrar al señor leproso, mi padre y mi dueño, cuyo huevo está dentro de mí.
Esto es lo que ellos supondrán por lo menos. Yo ocuparé la gran silla situada al otro extremo de la mesa. ¡Ellos quedarán aprisionados entre las dos! O en todo caso, lo estarán sus pensamientos. Ya es demasiado tarde para efectuar cambios. ¡No quiero discusiones! Procede a llevar a cabo la parte del plan que te corresponde o lárgate. Y cuando digo que te largues quiero decir que te largues. Si no estás conmigo estás contra mí. Búscate nuevos aposentos en el nido o huye de él si es que puedes. Yo no pienso impedírtelo... aunque no puedo asegurarte qué harán los demás." »Sabía

que no me podía negar; dentro de ella se removía el vampiro que llevaba en su interior, despertado por la excitación que sentía. Era inútil, e incluso peligroso, tratar de disuadirla encontrándose en aquel estado. Me dirigí, pues, hacia el trono de hueso.

»¡Dios mío, qué silla tan monstruosa aquélla!

»Como ya he dicho, era la quijada inferior de una criatura cartilaginosa. Tenía alrededor de un metro y medio de largo y el colmillo formaba en la parte delantera un agarradero para la mano, por lo que los brazos del usuario descansaban a lo largo de las aristas blancas y brillantes de la materia cartilaginosa que en nuestras mandíbulas constituye el lugar de implantación de los dientes laterales o traseros.

La mandíbula, por la parte de atrás, se eleva marcadamente para formar la articulación aunque, en este caso, faltaba la mandíbula superior. La inclinación plana y acusada de la parte de atrás de la mandíbula formaba el respaldo del asiento, sobre el cual se apoyaba normalmente un gran cojín rojo adornado con borlas. En la parte delantera y trasera y en cada uno de los cuatro ángulos había unas protuberancias cartilaginosas dirigidas hacia abajo que hacían las veces de pies perfectamente simétricos. La pieza estaba minuciosamente tallada y cubierta de arabescos, igual que un enorme objeto de marfil. Y, al igual que el marfil, también en otro tiempo había conocido un tipo de vida. La silla estaba colocada sobre una pequeña peana, debajo de la cual se hallaba mi escondrijo. Para meterme en él tenía que arrastrarme desde atrás, donde en otro tiempo había estado la tráquea, y acomodarme en su interior. Allí encontré un gran almohadón en el que me podía sentar como si estuviera en una canoa, perfectamente erguida y con la cabeza y los hombros metidos en la cavidad situada debajo de la mandíbula, y atisbar a través de aquellos arabescos tan diestramente tallados en el hueso. El gran cojín rojo no me impedía la visión, puesto que Karen lo había retirado, lo que me permitía observar todos los rostros en torno a la mesa. Es mucho más fácil saber qué piensa una persona cuando es posible verle la cara.

»Así pues, comenzaron a llegar.

»A medida que iban apareciendo, yo iba leyendo sus nombres en los pensamientos de Karen. Se comunicaban de manera muy escueta, mentalmente, a la manera de los wamphyri, intereambiando nombres y desafíos. El primero fue Grigis, el menos importante de los wamphyri. Se dio cuenta de que se trataba de una cuestión de prioridades; era evidente que había sido enviado para tantear el camino.

»"¡Ha llegado Grigis!" anunció al aparecer en la escalera. "Como puedes ver, señora, los wamphyri me hacen un gran honor. Mi rango es tal que he sido elegido para ser el primero en penetrar en tu nido de águilas. Sin embargo, veo guerreros en la sala. ¿Qué clase de recibimiento es éste?"

»"Es para protegerte, Grigis", le dijo ella, "y también para protegerme yo. Cuando cabezas tan grandes como la tuya y la mía se encuentran pueden pegarse un topetazo. Pero considera de momento a los guerreros como un adorno, un símbolo del poder de los wamphyri. No tienen instrucciones de ninguna clase. Si nosotros y los demás señores estamos tranquilos, también ellos se mantendrán tranquilos. Y ahora, bienvenido a mi mansión. Tú has entrado por propia voluntad y yo te doy la bienvenida.

Siéntate, que los demás no tardarán." »Grigis se acercó a grandes pasos a una ventana, se asomó e hizo una señal.
Estaba oscuro, por supuesto, pero esto no cuenta para los wamphyri. Leí en la mente de Karen que un segundo visitante, volando en círculo cautelosamente, giraba hacia adentro y se apresuraba a alcanzar los niveles adecuados para aterrizar. A continuación Grigis tomó asiento a un lado de la mesa, muy alejado del trono de hueso. Grigis era, por supuesto, un auténtico vampiro de aspecto terrible, si bien no destacaba especialmente entre los wamphyri, por lo que no vale la pena perder más tiempo describiéndolo.
»Así es que siguieron llegando todos: abundaban los personajes menores, pero de vez en cuando refulgía entre ellos alguno especialmente destacado. Menor Maimbite era uno de ellos. Su blasón consistía en un cráneo fracturado colocado entre un par de mandíbulas sumamente agudas. Menor, de quien se decía que era inmune al *kneblasch* y a la plata, parece que en ocasiones como ésta llevaba una cajita con estos venenos, con los cuales se aliñaba los alimentos. Tanto su cabeza como las dimensiones de su boca eran enormes, incluso tratándose de un señor de los wamphyri.
»Cuando ya habían llegado una docena de ellos y una vez que se les dio la bienvenida, se sentaron y, no sin una cierta agitación, hablaron entre ellos en voz baja; fue entonces cuando apareció el más poderoso de todos ellos. Era Fess Perene, que medía dos metros y medio de estatura y no tenía necesidad de guantelete, porque en lugar de manos tenía garras. También estaba Belath, cuyos ojos formaban una simple ranura, implantados en un rostro descarnado en el que nunca asomaba una sonrisa, y cuya mente era nebulosa y secreta, totalmente inaccesible. Otro era Volse Pinescu, que deliberadamente se enconaba las heridas, costurones y granos que le cubrían el rostro a fin de que su aspecto fuera mucho más monstruoso. Y estaba también Lesk el Glotón que, según contaba la leyenda, en un ataque de locura ordenó a uno de sus guerreros que luchara con él hasta darle muerte. La historia contaba que se había escondido debajo de las escamas de la cosa, donde no podía darle alcance, y que lo había ido devorando y abriéndose camino hacia su cerebro hasta dejarlo absolutamente inútil. Pero cuando Lesk salía del interior de su cráneo a través de uno de los agujeros de la nariz, la bestia experimentaba una convulsión y trataba de morderlo. Esto le había acarreado la pérdida de un ojo y medio, que ahora usaba tapados con un enorme parche de cuero cosido a la mandíbula y a la sien. Sin embargo, para sustituir el ojo que le faltaba, había dejado que le creciera uno en el hombro izquierdo, que llevaba desnudo, y por eso llevaba la capa colgada del derecho. Lesk tomó asiento a la izquierda, muy cerca de mi escondrijo en el interior del trono, lo que desencadenó en mi cuerpo un violento temblor. Pese a todo, conseguí dominarme.
»El penúltimo fue Lascula Longtooth, que había perfeccionado y concentrado sus facultades metamórficas hasta tal punto que era capaz de alargar sus mandíbulas y sus dientes a voluntad y de la manera más inopinada, cosa que hacía muy a menudo, con el simple gesto de rascarse la barbilla. Y en último lugar estaba Shaithis, cuya columna era una

fortaleza impenetrable, rodeado de leyendas tales que no necesitaban revestirse de adornos de ningún tipo. Entre todos era uno de los menos impresionantes, pero tenía una mente de hielo y calculaba al centímetro todos los movimientos que hacía, había hecho o pensaba hacer. Es posible que los wamphyri no se respetasen mucho entre sí, pero era indiscutible que todos respetaban a Shaithis...

»Yo me había preguntado qué ropas llevaría Karen... en el supuesto de que las llevara. De haber estado en su sitio, anfitriona a contrapelo de todos los monstruos, seguro que me habría arrebujado de ropa hasta las cejas, quizá me habría cubierto incluso con una armadura. Ella llevaba un vestido ceñido al cuerpo que la cubría hasta los pies, de una tela blanca tan fina y tan ajustado que a través de él se apreciaba su carne como si fuera desnuda. Llevaba el pecho izquierdo al aire y hay que decir que tenía unos pechos muy hermosos. La nalga derecha también la llevaba desnuda o prácticamente desnuda y, como no llevaba ropa interior, el efecto era realmente impresionante. Sin embargo, así que hubieron llegado todos los señores, quedó claro cuál era el propósito de Karen. En lugar de dejar vagar sus ojos y sus pensamientos sin rumbo fijo, los wamphyri los centraron inmediatamente en Karen.

»Hay que recordar que antes de ser wamphyri habían sido hombres y que sus apetencias, por muy exageradas que fueran, eran las apetencias de los hombres.

Todos deseaban a Karen, cosa que impedía que sus pensamientos se desviaran hacia otros derroteros. No diré qué leí en sus mentes de vampiros y, en lo que se refiere a Lesk el Glotón en particular, no quiero ni siquiera recordar qué leí en la suya.

»Así es que, una vez todos reunidos y después de un breve preámbulo, habiendo catado los manjares que Karen les había preparado, se iniciaron las conversaciones...

Capítulo 19

El final de la historia de Zek
Disturbios en el refugio de la roca
Acontecimientos en Perchorsk

La bóveda de roca que coronaba el refugio se elevaba a sesenta metros de altura o más. Tenía una tonalidad ocre clara con manchas; de hecho era una enorme piedra de arenisca que descansaba de costado y que sobresalía en una colina entre pinos, robles, zarzas y endrinos. Arriba, el cinturón formado por los árboles era estrecho y oscuro y subía por las laderas escarpadas hasta las peñas y laderas de las montañas; abajo se extendía el bosque, envuelto en una fina neblina que ahora estaba levantándose, se dispersaba en el punto donde el pie de las colinas encontraba la llanura y se perdía en un horizonte lechoso. Por la parte sur llegaba una luz débil que era como una falsa aurora, puesto que no era la aurora, sino la puesta del sol.
Mientras contemplaba la roca siguiendo los perfiles de sus flancos, Jazz preguntó a Zek:
-¿Habías estado ya aquí?
-No, pero me habían hablado de este sitio -respondió ella-. Está tan lleno de galerías como un trozo de queso azul olvidado en un estante. Hay túneles y cuevas por todas partes y tiene espacio suficiente para toda la tribu de Lardis al completo e incluso para el doble de Viajeros. Aquí se podría esconder todo un ejército.
Pararon a cincuenta metros de la base de la peña, donde la ladera de la montaña comenzaba a derivar hacia abajo y se abría la boca de una gran cueva.
Contemplaron toda una hilera de Viajeros que iban introduciéndose hacia el interior, llevando a rastras las narrias y los carromatos, seguidos de los lobos. Al cabo de un rato se hizo visible la oscilación de luces anaranjadas, inmediatamente veladas, a través de los huecos de las «ventanas» situadas en la parte de arriba, donde habían comenzado a encenderse luces y antorchas. Jazz y Zek seguían en el mismo sitio, envueltos en la oscuridad.
Lardis, que los estaba buscando, se acercó y dijo:
-Dejad que se tomen el tiempo necesario para instalarse y escoger sus puestos, después os encontraré aquí -e indicó el sitio con el dedo-, en la entrada principal que llamamos el vestíbulo. Pero si queréis tomar el aire, mejor que sea ahora, porque después tendréis que respirar mucho humo. Hasta que volváis a ver el sol, daríais los ojos a cambio de una bocanada de aire puro de montaña.
Y cogiendo las asas de la narria de Jazz, dijo:
-Mira, lo llevaré durante el resto del camino.
-¡Espera! -dijo Jazz hurgando en uno de los fardos y sacando de él dos cargadores completos para el arma-. Por si acaso...
Lardis no hizo ningún comentario y se dirigió a la entrada de la caverna, dentro de la cual ahora se veían multitud de luces que oscilaban en la sombra.

-Lardis tiene razón -dijo Zek-. Tardarán un tiempo en instalarse y fortificar la plaza. Trepemos por detrás de la roca. Es posible que desde allí todavía se divise algo de sol. No estoy nada a gusto cuando el sol se pone.
-¿Estás segura de que no estás posponiendo alguna cosa? -dijo Jazz-. Zek, no quisiera obligarte a hacer ninguna promesa. Quiero decir que sé que tienes razón, que sé que éste no es nuestro mundo y que por esto nos sentimos mutuamente atraídos.
Ella lo abrazó y, echándose el cabello para atrás, dijo:
-En realidad, me parece que me sentiría atraída hacia ti en cualquier mundo.
No, se trata simplemente de una sensación extraña. ¡Me gustan tan poco estas cuevas! Fíjate, hasta Lobo prefiere quedarse aquí fuera con nosotros.
El lobo los siguió mientras trepaban por la escarpada roca, entre los árboles.
Estuvieron subiendo por espacio de quince minutos hasta que Jazz dijo:
-Ya basta, me parece. Después nos llevará el mismo tiempo volver a bajar. Esta roca es más grande que lo que aparenta. Cuando salga el sol podemos tratar de subir hasta la cumbre.
Se sentaron uno al lado de otro en un saliente de la roca y Jazz la rodeó con el brazo. Zek se apoyó en la áspera roca y, volviéndose hacia él, le preguntó con un suspiro de cansancio:
-¿Por qué te llaman Jazz?
-Porque mi segundo nombre es Jason -dijo- y es un nombre que detesto.
¡Pocas bromas con el vellocino de oro!
-Jasón es un héroe de mi patria -dijo ella-, y no me atrevería a hacer ninguna broma con su nombre.
Lobo, echándose a los pies de los dos, lanzó un gañido y los miró con fijeza.
Zek se acercó un poco más a Jazz.
Consciente del calor de su cuerpo y de la presión que ejercía contra él, Jazz dijo:
-Zek, acaba tu relato, ¿quieres?
Lo dijo con cierta brusquedad, pero fue porque Jazz no quería sentirse presa de algo que no se sentía capaz de dominar.
-¿Cómo? -dijo ella con tono de sorpresa, aunque quizá leyó sus pensamientos y por esto dijo-: ¡Ah, sí! De todos modos, casi había terminado.
¿Dónde habíamos quedado?
Jazz, enfadado consigo mismo, enfadado con todo, se lo recordó...
-Voy a resumir un poco -dijo Zek, en un tono de voz un poco más frío-; en cuanto termine, podremos bajar.
»Los señores de los wamphyri habían acudido al nido de águilas de Karen para hablar del Habitante. Pero Karen había tenido razón, puesto que el Habitante no era lo único que los tenía preocupados. También querían apropiarse de la columna de Karen. Shaithis, además, quería apoderarse de mí debido a mis dotes mágicas, ¡vete a saber por qué! El resto de la partida se sortearía a Karen y el ganador la consagraría al uso que quisiese..., después de lo cual la quemaría.

Temían que el vampiro que habitaba en ella fuera madre. De ser así, si ella vampirizaba a todo el nido de águilas y pasaba huevos a todos sus lugartenientes o Viajeros raptados o recién seleccionados... no habría quien la parase con tantos "hijos" a su servicio. Karen tenía que evitar que las cosas llegasen demasiado lejos.

»En cuanto a su nido de águilas, Fess Perene, Volse Pinescu y uno de los señores de menor rango eran partidarios de producir sus propios huevos. Si Karen estaba fuera del camino, ellos estarían en condiciones de hacerlo; la progenie de los wamphyri lucharía y el vencedor se convertiría en señor del nido de águilas de Karen. Los perdedores se convertirían en siervos de los nuevos señores hasta que se les presentase la oportunidad de salir de aquel estado. Cuando los hijos de los wamphyri se encuentran sometidos, lo pasan realmente muy mal. No hay nada que satisfaga tanto a un señor como usar a su propio hijo, ya sea macho o hembra, para su propia satisfacción. La sangre de su propia estirpe, especialmente del vampiro que anida en él, constituye la mayor exquisitez que pueda paladear. Si Dramal Doombody no hubiera muerto, la vida de Karen habría sido una interminable pesadilla.

»Pero la posesión de Karen y de todas sus propiedades debía ocurrir antes de que el vampiro que había en ella alcanzase su plena madurez y cobrara todo su influjo. Era evidente que el desarrollo era lento, pero aquellos señores sabían tanto por su propia historia como por sus leyendas que es difícil desembarazarse de una mujer cuando alcanza su plena floración. Para decirlo de alguna manera, cuando se convierte en la "hembra de la especie". Así pues, sería invitada a juntarse con los wamphyri en su ataque contra el Habitante y sus fuerzas se utilizarían como carne de cañón. Cuando terminase la batalla, sin darse tregua, las unidades de Karen serían aplastadas y aniquiladas y la propia Karen sería hecha prisionera.

»Si se negaba a colaborar en el ataque contra el Habitante entonces su acto sería visto como un desprecio, como un insulto, lo que reportaría un posterior ataque a gran escala a su columna. Pero se tenía la esperanza de que se uniría, porque si su nido de águilas podía ser tomado intacto e indemne, si se podía ocupar entrando simplemente en él, muchísimo mejor.

»Todo esto yo lo fui sacando por partes de las mentes de Shaithis, Volse, Menor Maimbite y uno o dos más. No quería entretenerme demasiado rato con ninguno de ellos en particular, para evitar que se enterasen de mi presencia. Pero Karen estaba en lo cierto: al protegerse contra los sondeos de Karen, habían quedado plenamente accesibles a los míos. Ahora puedo decirte, Jazz, que hay muchos infiernos. Y si uno de esos infiernos es ese lugar del que nos hablaban cuando éramos niños y acerca del cual nos decían que era el sitio donde iríamos a parar por nuestros pecados, puedes tener la plena seguridad de que otros infiernos son las mentes de los wamphyri. Hay poco que distinguir entre ellos...

»En cualquier caso, la reunión se dio por terminada y Shaithis se puso de pie e hizo un discurso final. Que yo recuerde, más o menos era como sigue: "Señores y señora: con una excepción, la excepción de un voto, que corresponde al de nuestra encantadora anfitriona, la cual, según nos ha

asegurado, piensa dedicar la máxima consideración a este asunto, todos los demás estamos de acuerdo en realizar una expedición de castigo contra el Habitante. Todavía tiene que fijarse la hora de este esfuerzo contra nuestro terrible y mutuo enemigo, pero mientras se decide, conviene que todos estemos prevenidos y preparados. Todos tenemos razones válidas para querer librarnos de él. Dejando aparte el hecho de que ha fijado su residencia en nuestro territorio, pues yo doy por sentado que las montañas son nuestras, y de que presta su apoyo a los Viajeros, que son nuestra presa tradicional, algunos de nosotros tenemos ofensas de tipo personal contra él.

»"Hace varios centenares de puestas de sol", continuó, "que Lesk envió a uno de sus hombres a parlamentar con el Habitante. Fue sólo a parlamentar, como hemos sabido de labios del propio Lesk, el más lúcido de todos los señores. Bien, pues aquel hombre no volvió. Lesk, justamente indignado, envió a un guerrero para poner a prueba el coraje del Habitante. Se las ingenió para captar los rayos de la reciente puesta de sol en espejos, con los cuales quemó al guerrero de Lesk y lo dejó convertido en una patata frita. Lesk, cuyos razonamientos a veces difieren de los de otras mentes menos sensibles, envió un segundo guerrero, aunque no directamente contra el Habitante. Lesk había llegado a la conclusión de que el Habitante procedía de la Tierra de los Infiernos y había sido enviado aquí para espiarnos y provocarnos, tal vez preparando el camino para una invasión a gran escala. Aquella idea se convirtió en una obsesión, es decir, acabó convencido de su lógica, especialmente al tener en cuenta que, inmediatamente después de los ataques iniciales de Lesk contra el Habitante, se vio que la Puerta que daba a la Tierra de los Infiernos se abría en la misma boca del cráter. ¿Se trataba seguramente de un preámbulo al temido ataque? Por eso envió directamente al segundo guerrero a la Tierra de los Infiernos a través de la Puerta, para dejar que los posibles invasores fueran testigos de una parte del poder de los wamphyri. No es necesario decir que el segundo guerrero no volvió. Pero no ha habido nadie que...

»"Volse Pinescu, tras haberse enterado de los descalabros sufridos por Lesk, decidió proceder a un enfoque más sutil: puso en marcha y armó a un centenar de trogloditas para que atacaran el jardín del Habitante. Debían encargarse de saquear, quemar y raptar a todas las mujeres y de asesinar a todos los hombres.

Aquellos trogloditas eran toscos, no tenían nada que ver con los wamphyri, lo que equivale a decir que no se preocupaban demasiado del sol, pero sus rayos tampoco los perjudicaban mucho. Los pérfidos espejos del Habitante no le servían aquí de mucho. Sin embargo, tampoco éstos volvieron. Aparentemente, fueron sobornados.

El Habitante encontró cuevas donde instalarlos y los puso bajo su protección.

»"Grigis de Grigis, por ser hijo del legendario Grigis el Escoplo, pensó en aumentar sus posesiones con las riquezas del Habitante... quizás incluso en robar todo su jardín, que domina una gran vista, como sabemos todos. O es que quizá Grigis pensó hacer algo más que esto, ya que si podía tener alguna comprensión de la magia del Habitante y de sus malditas

máquinas, entonces su situación actual, sus circunstancias, se verían mucho más mejoradas. De hecho, con las armas del Habitante a su disposición, incluso sería posible que lord Grigis nos gobernara a todos. De cualquier modo, podemos estar seguros de que no es ésta su intención. En realidad, perdió a tres excelentes guerreros, a ciento cincuenta individuos entre trogloditas y Viajeros y a dos lugartenientes. Actualmente sus gentes son inadecuadas a sus necesidades. Seamos honrados con nosotros mismos: a no ser por la amenaza presentada por el Habitante, alguno de nosotros ahora podría haber encontrado los recursos para disminuir todavía más las posesiones de Grigis...

»"El interés que me guía", continuó, "es fácil de explicar: se trata de un puro y simple interés. ¡Es curiosidad! Deseo saber quién es el Habitante. ¿Un wamphyri?

¿Quizá se trata de una nueva casta nacida de las ciénagas? De ser así, ¿cómo ha llegado a ese estado? ¿Es gracias a su conocimiento de las armas, de las máquinas, de la magia? ¿Qué hace en su jardín? ¿Y por qué nosotros somos despreciados y nos vemos tan rudamente ignorados? Entonces éste es el plan: ¡vigilaremos al Habitante! Sólo nos limitaremos a esto. Lo haremos de manera encubierta, en la oscuridad de la puesta de sol, aunque sean precisas muchas puestas de sol. ¿Cómo lo haremos? A través de los ojos de nuestras criaturas familiares, de nuestros murciélagos grandes y pequeños. Desde abajo, a hurtadillas, los trogloditas agachados entre las sombras, vigilando y observando; desde arriba, a la máxima altura posible, desde donde nuestros elementos voladores puedan estar atentos a todos sus movimientos; con nuestras propias mentes, que deben estar espiándolo incesantemente.

»"La extensión de su jardín", continuó, "otros posibles habitantes aparte de él, la ubicación de sus espejos, sus armas, el número de sus servidores... hasta que sepamos de él todo lo necesario. Y cuando sepamos todas estas cosas y podamos concertar nuestro ataque de la manera más conveniente..." "Entonces ¿atacaréis?" Esto último lo dijo Karen y todos los ojos se volvieron hacia el lugar donde estaba sentada, al extremo de la larga mesa y enfrente del trono de hueso.

»Shaithis la miró lascivamente.

»"Sí, entonces atacaremos, señora. Y usted también, a menos que haya decidido no unirse a nosotros." »Ella se limitó a sonreírle y a decir: "No tema, lord Shaithis, porque estaré con ustedes". Se oyó un suspiro. Todos estaban de acuerdo y la señora había caído en la red. O así parecía.

»A continuación se despidieron. Los primeros en marcharse fueron Shaithis y Lascula, después siguieron Lesk, Volse, Belath, Fess, Menor y todos los demás. El último en ausentarse fue Grigis. Era el orden inverso en que habían llegado, dejando al menos importante para el final. Y cuando Karen me pidió que saliera de mi escondrijo y que me reuniera con ella junto a la ventana, todo el cielo aparecía cubierto de aquellos personajes. Describían círculos inmensos, nubes oscuras de mal agüero en los niveles más inferiores, cada uno abalanzándose en picado hacia su refugio, regresando a su infierno personal.

»Me volví hacia ella y le dije: "Señora, no deberías acompañarlos y atacar al Habitante". Y para convencerla, le conté todo lo que había leído en sus mentes.
»Ella se sonrió de manera triste y extraña, como si ya supiera de antemano lo que yo le iba a decir. "Pero ¿es que no me has oído? He dicho que los acompañaré." »"Pero..." "¡Calla! Juraría que te preocupas por mí. Y quizá yo también me preocupe por ti. Así es que decide qué armas quieres coger. Si necesitas algo, pídelo. Procúrate todo lo que puedo ofrecerte. Ahora voy a descansar. Cuando me despierte, antes de la salida del sol, entonces mantendré mi promesa." »Y así lo hizo. Me acompañó a buscar mi salvoconducto; las dos disponíamos de un animal volador, que nos llevó directamente por encima de las montañas hasta la Tierra del Sol. Y cuando volvió a salir el sol, me dijo adiós y volvió a enviar a los animales a casa. Fue la última vez que la vi. Al contemplarla mientras se perdía de vista no pude por menos de sentir piedad por ella.
»Al cabo de algún tiempo Lardis y sus Viajeros me encontraron... y ahora ya te lo he contado todo...
Al cabo de un rato Jazz dijo:
-Hay un par de cosas más que me gustaría preguntarte. Una está relacionada con el guerrero que causó la destrucción de Perchorsk. De acuerdo, ya lo has contestado, era un ser creado por Lesk, pero todavía hay otras cosas. El gran murciélago, el lobo, aquella cosa metida en el recipiente...
Zek se encogió de hombros.
-Es posible que el murciélago y el lobo se introdujeran accidentalmente. El murciélago, cegado por la luz, voló al interior de la esfera. Como nosotros, se vio guiado en una dirección a través de la Puerta. Lo mismo ocurrió con el lobo, que era viejo y estaba casi ciego. En cuanto a la cosa metida en el recipiente de vidrio, era un vampiro. Tal vez se trate de una coincidencia, pero entre sus antepasados figuraba un lobo y un murciélago. En su estado metamórfico es probable que adquiriese características de los dos. Sus rasgos de babosa son típicos de su origen en las ciénagas. Quizás atravesó la Puerta porque iba en busca de una presa. Quién sabe...
Los ojos cansados de Jazz parpadearon un momento y dijo:
-Es demasiado complicado para mí. Cuando parece que estoy entendiéndolo, vuelvo a ofuscarme. Supongo que lo que pasa es que estoy agotado. Una última cosa: ¿qué ha pasado con los demás que vinieron de Perchorsk, los hombres que llegaron aquí antes que tú?
-No se me ha dicho nada acerca de ellos -dijo Zek con una mueca-. Khuv, que es un perro mentiroso, ni los mencionó siquiera, pero yo supe de ellos por Karen. Belath se hizo cargo del primero que entró. Ha experimentado una mutación y actualmente es uno de los guerreros de Belath. El otro era un hombre que se llamaba Kopeler. Lo conocía de antes.
-¡Ah, sí! Ernst Kopeler -dijo Jazz-. Es un «esper».
Zek asintió con un gesto de la cabeza.
-Sabía leer el futuro. Cuando cruzó la Puerta, los murciélagos familiares de Shaithis lo vieron y Shaithis se apoderó de él... pero antes de que pudiera utilizarlo, Kopeler se disparó un tiro. Si yo hubiera podido leer el futuro, posiblemente habría hecho lo mismo.

Jazz asintió con la cabeza y dijo:
-Ya es hora de bajar. Todavía tengo que hacer un rato de entrenamiento de armas. Y después... ¡te deseo tanto! De momento todavía puedo aguantarme, por supuesto, pero no por mucho rato.
Lobo, que se había pasado un buen rato quieto y en silencio, de pronto comenzó a aullar por lo bajo y con voz ronca. Las orejas se le movían nerviosamente y acabó dejándolas gachas a nivel horizontal con la cabeza.
-¿Qué...? -dijo Zek poniéndose tensa y mirando con aire asustado.
De pronto Jazz advirtió la calma que reinaba alrededor y vio que la niebla que bajaba de las montañas iba espesándose. Zek se abrazó a él y se quedó con los ojos muy abiertos.
-¿Qué ocurre? -dijo Jazz con voz ronca.
-Jazz! -dijo Zek en un murmullo-. ¡Oh, Jazz!
Entornó los ojos y se llevó su mano fina a la frente.
-Son pensamientos... -dijo.
-¿Pensamientos de quién?
Jazz sintió un estremecimiento en la espina dorsal y notó que se le ponía la carne de gallina.
-Pensamientos de ellos...
Hasta allí llegaban los ecos de unos gritos de pánico; de pronto, una explosión
rasgó el silencio de la noche: era una de las granadas de Jazz, que se habían quedado junto a Lardis. Se escuchó un rugido misterioso, bestial, un sonido realmente primitivo.
-¿Qué diablos es eso?
Jazz levantó a Zek en brazos para bajarla del saliente de la roca donde estaba y le dio la espalda para iniciar el descenso.
-¡No, Jazz! -le gritó ella, cubriéndose inmediatamente la boca con una mano. Y añadió-: ¡Oh, no digas nada!
Se oyeron otras explosiones, unos gritos espantosos y a continuación voces que daban órdenes tajantes y perentorias. Después siguió un tumulto de sonidos:
ruido de pelea y gemidos de desesperación.
-¡Estaban esperándonos! -dijo Zek en un hilo de voz-. Están Shaithis, sus lugartenientes, un guerrero, todos ocultos en lo más profundo de las rocas. ¡Y hay otros guerreros por aquí!
Algo de enormes proporciones comenzó a descender desde un lugar situado a mayor altura que aquel en que se encontraban. Se estremecía entre la niebla que ondeaba sobre las copas de los árboles y era una sombra oscura que bajaba del cielo a gran velocidad y que arrastraba tras de sí como unos apéndices que arrancaban las ramas más altas de los árboles situados casi exactamente sobre sus cabezas. Además, emitía una especie de rugido.
Jazz cogió la metralleta que llevaba colgada y la cargó.
-Tenemos que ayudar -dijo-. No, yo tengo que ayudar. Tú te quedas aquí.
-¿Es que no lo entiendes? -dijo ella agarrándose a Jazz y deteniéndolo antes de que se pusiera en marcha-. ¡Todo ha acabado! Tú no puedes ayudar. Era un guerrero, uno de tantos. Aunque dispusieras de un tanque y de los hombres necesarios para moverlo seguirías sin poder ayudar.

Mientras Zek hablaba se oyó una última y atronadora explosión y por un momento brilló un resplandor anaranjado a través de aquel biombo formado por los árboles y la niebla. Resonaron muchos gritos, unos gritos humanos que estremecían los nervios y que salían de multitud de gargantas aterradas. Después, dominando un fondo de gritos sofocados, de lamentos, se oyó la estentórea voz de Shaithis que se elevaba por encima del olor de la pólvora y de la niebla:
-¡Buscadlos! Buscad a Lardis y a los habitantes del infierno. En cuanto a los demás, aniquiladlos a todos. Pero no dejéis que los guerreros se den un banquete.
Me han herido y ahora me tomo la venganza. Ahora me toca a mí herir y hacer daño. Buscad a la gente que necesito y traédmela.
-¿Qué pasa con las defensas de Lardis? -murmuró Jazz.
-Estaba emboscado -gimió Zek-. Su gente no tiene ninguna posibilidad.
Ven, tenemos que huir de aquí.
Jazz, entre la espada y la pared, hizo rechinar los dientes y volvió la cabeza a uno y otro lado.
-¡Por favor, Jazz! -dijo Zek insistiéndole-. Nosotros tenemos que salvar nuestras vidas..., si podemos.
Como no podían bajar, comenzaron a subir, pero...
Pero antes de que pudieran dar dos pasos se oyó un ronco jadeo que subía desde abajo, unos sonidos ásperos que procedían de la maleza. Jazz y Zek, con el rostro lívido, retrocedieron para refugiarse en la sombra de la roca y se quedaron mirándose mutuamente. Entre los árboles apareció una figura tambaleante que se agarró al pie de la roca, avanzando a empellones de un tronco a otro. Jazz murmuró al oído de Zek:
-¿Un Viajero?
El rostro de Zek reflejaba la tensión provocada por la concentración. Aquel jadeo era ahora más audible y parecía presa del miedo, era casi un lamento. Jazz pensó que tenía que tratarse forzosamente de un Viajero. Dejó que la figura tambaleante se acercase un poco más y salió de su escondrijo y la agarró. Al mismo tiempo oyó que Zek le hacía una advertencia mediante un siseo.
-¡No, Jazz! Es...
Sí, era Karl Vyotsky, que parecía aprovechar la única oportunidad que le quedaba de escapar o simplemente de huir de aquel horror que estaba ocurriendo abajo.
Los dos hombres se reconocieron mutuamente al mismo tiempo y se miraron con los ojos abiertos de par en par. Vyotsky abrió la boca absolutamente atónito y, cogiendo el arma, aspiró una intensa bocanada de aire, como si se dispusiese a lanzar un potente grito que no llegó a proferir. Jazz le dio un culatazo en el cuello con la metralleta, intentó darle un puntapié pero le falló el gesto y le propinó un sonoro bofetón en plena cara. La cabeza de Vyotsky vaciló sobre los hombros y se venció hacia atrás, como si hubiera perdido el equilibrio, probablemente inconsciente, derribado entre las zarzas y la maleza veladas por la niebla. La neblina que se levantaba del suelo lo fue cubriendo lentamente hasta que desapareció de la vista.

Jazz y Zek escucharon conteniendo el aliento, incapaces de reprimir los potentes latidos de su corazón. Lo único que percibían eran unos gritos roncos e interminables que venían de abajo, un inmenso griterío, crujidos, lamentos inconexos. Y enseguida se pusieron nuevamente a trepar.
Forzaban sus músculos doloridos hasta el límite del esfuerzo y por fin llegaron al mismo nivel de la bóveda que coronaba la roca y se encaramaron en ella, echaron a correr con la niebla hasta la cintura y entre las zarzas punzantes donde el terreno se hacía algo más llano. Después volvieron a trepar, sin atreverse todavía a jadear demasiado, con el corazón y los pulmones al borde del agotamiento, mientras con las piernas entumecidas y los brazos exhaustos se abrían paso a través del follaje. Pero los ruidos que llegaban de abajo iban apagándose gradualmente, al tiempo que tanto los árboles como la niebla empezaban a aclararse.
-Una niebla provocada por los vampiros -dijo Zek jadeante-. Son ellos los que la causan, pero no me preguntes cómo. Si lo hubiera sabido, hubiera tratado de escucharlos con la mente. Pero ellos sabían de mi presencia y estaban protegiéndose. Lobo lo sabía, creo. Y ahora que lo pienso, ¿dónde está Lobo?
Pero Zek no tenía por qué preocuparse, porque el animal estaba pegado a sus talones igual que un perro fiel.
-Ahórrate las palabras -refunfuñó Jazz- y sigue trepando.
-Pero es que si los hubiera oído, podría haberte advertido. Si no hubiera estado tan cansada... Y si...
-Pero tus pensamientos estaban centrados en otras cosas. Eres humana, Zek, no te eches las culpas. En todo caso, si tienes que echar las culpas a alguien, échamelas a mí.
Jazz la arrastró hacia un reborde de pizarra que formaba parte de la superficie resbaladiza de una roca. Habían atravesado la barrera de árboles y se dirigían a los peñascos, al pie de las montañas. Como la niebla se había dispersado, ahora podían ver un resplandor anaranjado que iba desvaneciéndose por la parte sur. Era el sol y ya se había puesto. Después de la puesta de sol ya no había ningún lugar seguro.
Por lo menos la luz diáfana de las estrellas iluminaba su camino y guiaba sus pasos.
El reborde era ancho, pero estaba un poco inclinado hacia afuera y se prolongaba en dirección hacia arriba, retorcido y abrupto. Desde muy abajo llegaban todavía los ecos del griterío y parecía que la niebla se hubiera quedado suspendida en las profundidades, pero ahora ya no eran propiamente gritos lo que se oía, sino sobre todo las llamadas de monstruos buscadores y las respuestas de sus seguidores. Después...
Zek tuvo un sobresalto y exhaló un profundo suspiro que era más bien un jadeo, fruto del terror.
-Es Vyotsky..., nos viene siguiendo -dijo Zek-. Y Shaithis no le anda muy lejos.
-¡No digas nada! -dijo Jazz agarrándola con fuerza-. ¡Ssss!
Se pusieron a escuchar, otearon a su alrededor. Abajo, en el mismo borde marcado por la línea de árboles, la niebla se dividía y en medio de ella apareció Vyotsky. Vieron que miraba a derecha e izquierda, pero no hacia

arriba, y que se dirigía a la base de los acantilados. Quizá se figuraba que habían dado un rodeo, cosa que posiblemente habrían debido hacer. De todos modos, ahora nadie podría sorprenderlos en aquel reborde donde estaban.
Jazz apuntó con la metralleta, pero frunció el entrecejo y la bajó.
-No estoy seguro de poder darle -murmuró-. Estos artilugios son para la lucha en lugares cerrados o para la calle. Además, se oiría el disparo.
Nuevamente volvió a formarse un claro entre la niebla y apareció en él la figura de Shaithis cubierta con una capa. No miraba a derecha ni a izquierda, sino que tenía la cabeza erguida, inclinada un poco hacia atrás, para observar directamente a los fugitivos. Sus ojos resplandecían como pequeños focos bajo las estrellas.
-¡Ahí están! -gritó el vampiro señalándolos con el dedo-. Están en aquel saliente de la roca, debajo del acantilado. ¡A ellos, Karl! Y si quieres ser mi hombre, no me dejes atrás...
Mientras Shaithis se deslizaba hacia adelante, Vyotsky desapareció de la vista, metiéndose en las escarpaduras del acantilado. Jazz y Zek oyeron que alguien había resbalado sobre el suelo de pizarra y también pudieron escuchar el taco que había soltado Vyotsky. Ahora estaba en el reborde y acababa de descubrir lo resbaladizo que era.
-¡Muévete! -dijo Jazz-. ¡Rápido! ¡Sube! Y esperemos que este reborde lleve a alguna parte. ¡A cualquier parte! ¡Reza para que así sea, Zek!
Pero si Zek rezó, sus oraciones no fueron escuchadas. Allí donde el acantilado estaba cortado y giraba bruscamente sobre sí mismo, el reborde se estrechaba y quedaba reducido apenas a medio metro. En la zona donde estaba cortado, que tenía la forma de una «V», había quedado libre una grieta, que se inclinaba hacia afuera sobre vertiginosas profundidades. Detrás de dicha grieta se habían acumulado unos guijarros que formaban el suelo de una cueva. Las estrellas brillaban sobre el reborde, pero en lo hondo de la cueva había una negrura que parecía tinta.
Ahora Shaithis también estaba en aquel reborde y las órdenes que daba retumbaban con fuerza:
-Karl, los quiero vivos. A la mujer, por lo que pueda hacerme; al hombre, por lo que ya me ha hecho.
Recorriendo el margen del reborde en dirección a la grieta y a la caverna situada tras ella, Jazz preguntó a Zek:
-¿Por qué no ha solicitado Shaithis más ayuda?
-Probablemente porque está seguro de no necesitarla -refunfuñó.
Mientras hablaba, una esquirla de roca fue a parar debajo de los pies de Zek y la hizo resbalar. Las piernas y la parte inferior de su cuerpo se inclinaron hacia un lado, sobre el espacio abierto. Jazz soltó el arma, que quedó pendiente de la correa, y agarró a Zek por la mano que había quedado sin asidero. Al hacerlo, Jazz cayó de rodillas y, con la mano que le quedaba libre, arañó la roca buscando un sitio al que agarrarse. Por fortuna sus dedos asieron una poderosa raíz en el momento en que la muchacha se desplomaba sobre él con todo su peso.
Zek había quedado ahora colgando en el aire, sostenida únicamente por el codo que tenía afianzado en el borde del saliente. Todo el resto de su

cuerpo se zarandeaba, agitando las piernas en el aire. La única estabilidad que tenía a su alcance era la que podía ofrecerle Jazz.
-¡Oh, Dios mío! -sollozó-. ¡Dios mío!
-¡Encarámate! -le gritó Jazz haciendo rechinar los dientes-. Procura no hacer demasiada fuerza sobre mí. Apóyate en los codos. Impúlsate hacia arriba, por el amor de Dios.
Zek hizo lo que Jazz le ordenaba y puso en juego todas sus fuerzas para encaramarse sobre el reborde y colocarse delante de Jazz. Éste la agarró por el cinturón y la izó rudamente sobre la roca.
-Ahora, a gatas -le dijo-, no te pongas de pie o de lo contrario volverás a caerte. Hemos de intentar meternos por esa grieta...
¿Y después qué? Pero se negaba a pensar en lo que podía suceder después.
Zek pudo trepar hasta la ladera cubierta de guijarros que estaba debajo del saliente y, una vez allí, se dejó caer boca abajo, con los brazos y piernas totalmente abiertos, al tiempo que hundía los dedos en los fragmentos de roca y se afianzaba en ellos. Jazz se agachó, rodeó su cuerpo con el brazo y la arrastró hacia él.
-Tenemos que meternos en algún sitio, de lo contrario... -murmuró Jazz.
¡Ching!, se oyó de pronto, de manera perfectamente clara, detrás de ellos.
Jazz se volvió y vio a Vyotsky, que asomaba por detrás de un ángulo de la roca. Sus labios crueles descubrieron sus dientes al apuntar con su metralleta a la pareja que andaba persiguiendo. Pero detrás de él se oyó la voz de Shaithis que le advertía:
-¡Vivos, Karl! ¿Me has oído?
La voz de Shaithis había sonado mucho más cerca y los ojos de Vyotsky todavía se habían abierto más a causa del miedo. Al volver la vista atrás, Jazz aprovechó la ocasión para dirigir su arma hacia Vyotsky y apretó el gatillo. ¡Al diablo el silencio!
Se oyó el castañeteo del arma y toda una retahíla de balas salieron zumbando para estrellarse en la roca igual que abejas metálicas, proyectando esquirlas a la cara de Vyotsky. Éste, instintivamente, devolvió el tiro y una bala certera arrancó el arma de las manos de Jazz y la envió en rápida rotación al fondo del abismo. Al serle arrancada violentamente la correa del hombro, sólo la grieta en la roca donde se sujetaba le impidió ir detrás del arma.
Zek se agarró con fuerza a Jazz y se quedaron los dos abrazados.
Pero entonces de la sombra salió una voz helada que dijo:
-Acercaos.
Debajo del reborde de la roca, en el interior de la cueva, había una figura alta, delgada, envuelta en una capa. Era un hombre y llevaba el rostro cubierto con una impasible máscara dorada a la que la luz de las estrellas arrancaba destellos. Jazz pensó que aquel personaje parecía el Fantasma de la Ópera.
-¿Quién...? -dijo con voz entrecortada.
-¡Rápido! -dijo el recién llegado-, si queréis conservar la vida.
-¡No os mováis! -gritó Vyotsky, pero Jazz y Zek ya estaban obedeciendo al desconocido.

Al entrar en la cueva para ir a su encuentro, éste les salió al paso para recibirlos. Vyotsky lo vio y, a causa de la capa que llevaba, el ruso al primer momento se figuró que era uno de los lugartenientes de Shaithis.
El desconocido tendió una mano urgente a la pareja y se abrió la capa como para protegerlos con ella, al tiempo que los atraía hacia sí.
Hasta aquí Vyotsky lo vio todo, pero al momento siguiente... el enorme ruso parpadeó y con la mano que tenía libre se restregó furiosamente los ojos. Habían desaparecido, ¡habían desaparecido los tres! No había visto que se metieran en la cueva.
Súbitamente una manaza enorme cayó sobre el hombro de Vyotsky y éste sintió que se le helaba la sangre en las venas. La voz estentórea de Shaithis silbó en su oído:
-¿Dónde están? ¿Es que tu arma los ha pulverizado? Espero por tu bien que no sea así.
Vyotsky no miró para atrás y continuó con la vista fija en el reborde vacío, que contemplaba con la boca abierta.
-¿Y bien? -prosiguió Shaithis, hundiendo los dedos en el hombro de Vyotsky.
-Yo no les he disparado, ¡no! -dijo el ruso tragando saliva y negando con rápidos movimientos de cabeza-. Había alguien más: un hombre con una capa y una máscara. Ha aparecido... y se los ha llevado.
-¿Que se los ha llevado? ¿Un hombre con una capa y...?
Vyotsky notaba en el cuello el aliento ardiente de Shaithis.
-¿Era de oro la máscara? -preguntó.
Ahora Vyotsky lo miró y retrocedió aterrado, como apartándose del horror que le inspiraba aquel rostro.
-¿Cómo... cómo? ¡Sí! Ha aparecido y... ha desaparecido. Y ellos han desaparecido con él.
-¡¡¡Ahhhhu! -exclamó Shaithis con voz horrible-. ¡Es el Habitante!
Sus dedos, igual que abrazaderas de acero, machacaron el hombro de Vyotsky. El ruso llegó a pensar por un momento que iba a precipitarlo desde lo alto del reborde.
-No..., no ha sido culpa mía -farfulló-. Yo los había encontrado, los había seguido. A lo mejor se han metido en la cueva. ¡A lo mejor están en ella los tres!
Shaithis olisqueó el aire al tiempo que le temblaban los labios.
-Nada. ¡Aquí no hay nadie! Me has fallado.
-Pero...
Shaithis lo soltó.
-No voy a matarte, Karl. Tu espíritu es débil, pero tu carne es fuerte. Y en el nido de águilas de Shaithis, el wamphyri; siempre puede sacarse provecho de una carne fuerte.
Después se dio la vuelta y prosiguió:
-Y ahora sígueme abajo. Y te lo advierto: no trates de escapar. Porque, como vuelvas a intentarlo una segunda vez, voy a ponerme muy, pero que muy enfadado y a entregarte a mi guerrero favorito. Le haré este regalo y sólo me reservaré el corazón para mí, para darme el banquetazo.
Vyotsky vio que comenzaba a bajar, hizo rechinar los dientes y lentamente levantó el cañón del arma.

Sin volverse a mirar atrás, Shaithis dijo:
-Sí, hazlo, Karl, y así comprobarás cuál de los dos tiene mayor disgusto.
La expresión tensa del ruso fue suavizándose lentamente. ¿Cómo se podía luchar con gente como aquélla? ¿Qué esperanza podía tener un hombre de derrotar, de hacer siquiera algún daño a alguien como lord Shaithis? Dejó escapar un suspiro que tenía refrenado, tragó saliva, puso el seguro del arma y le siguió tímidamente mientras iba bajando aquel saliente de roca.
Más abajo, en los bosques, un gran lobo aullaba lastimeramente: era Lobo, el animal que pertenecía a Zek, y aullaba porque sabía que lo habían separado de su dueña y que ésta había huido muy lejos. Con la cabeza levantada aulló de nuevo y el lamento salió temblando de su tensa garganta. De pronto husmeó el aire y dirigió la mirada hacia el norte, un poco hacia el oeste, al otro lado de las montañas. Sí, su dueña estaba allí. Aquél era el camino que debía tomar.
Gris como la noche, Lobo se puso a trepar entre los árboles mientras por su lado pasaban dos figuras en dirección opuesta. Lobo encogió el labio superior y lo retorció dejando al descubierto sus dientes afilados... pero no profirió sonido alguno. Las dos figuras se perdieron de vista y se adentraron en los bosques envueltos en niebla. Lobo dejó que siguieran su camino mientras él continuaba el suyo.
La llamada de sirena de su dueña resonaba con fuerza en su cabeza. ..
Era mediodía en Perchorsk, pero en las entrañas de metal y plástico de aquel lugar igualmente habría podido ser medianoche y nada habría cambiado. Sin embargo, se estaba produciendo un cambio y era que el director Luchov y Chingiz Khuv estaban observando cómo un equipo de operarios instalaba unos tubos en la parte alta de la pared que bordeaba el corredor que formaba el perímetro. Aquellos tubos podían tener unos setenta milímetros de diámetro y eran de plástico negro; en otras circunstancias habrían podido ser conductos de cables eléctricos. Sin embargo, su finalidad no era ésa.
-¿Un protector de fallos? -preguntó Khuv con aire confuso-. No sé nada de todo esto. Quizá podrás darme una explicación.
Luchov lo miró e inclinó ligeramente la cabeza.
-Tú trabajas aquí -dijo encogiéndose de hombros- y no hay razón para que te oculte nada. Ya hace tiempo que propuse la instalación de este mecanismo. Es de una sencillez extraordinaria y totalmente a prueba de impericia. Y lo que es más: es barato, muy rápido y fácil de instalar, como puedes ver tú mismo. Si sigues estos hilos, verás que van directamente a los compartimentos de carga que se encuentran dentro de las puertas principales. Allí podrás encontrar un contenedor de quince mil litros en la trasera de un camión. El camión está allí cerrado y con los frenos puestos, con el brazo del rotor eliminado. También es un protector de fallos. Los tubos se conectan directamente con el camión y están tendidos a través del Projekt.
Khuv pareció fruncir todavía más el entrecejo.
-Ya he visto el camión -dijo-. Es un vehículo de suministros militares que transporta combustibles químicos para los lanzallamas. ¿Quieres decir que esos tubos conducen ese material? ¡Pero si es terriblemente corrosivo! ¡Se comería el plástico en cosa de minutos!

Luchov se encogió de hombros.
-En cuyo caso ya no importaría -dijo-, porque los protectores de fallos no tienen que actuar más que una sola vez, comandante, y en esto radica la conveniencia de éste. Alimentados por la gravedad, a través de estos tubos bajarán quince mil litros de combustible extremadamente potente y circularán por el Projekt en menos de tres minutos. A lo largo de su curso hay rociadores, que diseminarán el combustible a presión por todos los rincones. Sus vapores son densos, pero se difunden con gran rapidez. El Projekt tiene laboratorios, salas de calderas, estufas eléctricas, talleres, mil tipos diferentes de puntos de incandescencia de una u otra clase.
Volvió a encogerse de hombros.
-Estoy seguro de que te das cuenta de adonde quiero ir a parar. Si pudiéramos resumirlo todo, nos serviríamos de una única palabra: infierno.
A una cierta distancia, Vasily Agursky se había parado a escuchar. Khuv se dio cuenta de su presencia y ahora lo estaba observando con fijeza. Sin apartar la vista de Agursky, Khuv dijo:
-Supongo que esta información no es confidencial. En caso de que lo fuera, quiero llamarte la atención de que nos están escuchando.
-¿Confidencial?
Luchov echó un vistazo al pasillo y descubrió a Agursky.
-No, yo diría que más bien se trata de una cuestión de importancia primordial. Todos cuantos trabajan aquí en el Projekt no tardarán en darse cuenta de la extraordinaria importancia que tiene este mecanismo. Habría que considerar criminalmente irresponsable a la persona que tratara de mantener esta noticia en secreto. Pondremos avisos en todas partes explicando con todo detalle cómo funciona el sistema. No se trata de un asunto reservado únicamente a la KGB, comandante, sino que incumbe a la humanidad. No se trata de la seguridad personal tuya sino también de la mía... y de la de mis superiores. ¡Y de la de los tuyos!
Agursky se acercó un poco más y se reunió con Khuv y con Luchov. -En caso de que se utilice este sistema alguna vez -dijo con una voz extraña y exenta de toda emoción-, todo el Projekt quedaría destruido, ¿verdad?
-Exactamente, Vasily -dijo Luchov dirigiéndose a él-. Su finalidad es ésa, pero sólo se recurrirá a ella en caso de que vuelva a escapar de la puerta un horror semejante al del Encuentro Uno.
Agursky asintió con un gesto.
-Por supuesto, ya que el fuego lo destruiría. Es la única manera de asegurarnos de que no volverá a entrar nunca más en el mundo otro ser parecido a aquél.
-Y más aún -dijo Luchov-. Ésta es la única manera de estar seguros de que este lugar no se convertirá nunca en el foco de la Tercera Guerra Mundial.
-¿Cómo? -saltó Khuv.
Luchov se dirigió a él y dio una vuelta a su alrededor.
-¿Y tú te figuras que los norteamericanos estarán tranquilamente sentados ante las monstruosidades que salen de aquí, esperando que sean lanzadas al espacio aéreo? Tú sabes tan bien como yo que ellos se figuran que las fabricamos nosotros.

Khuv aspiró una bocanada de aire y al momento adoptó una actitud suspicaz.
-¿Con quién has estado hablando, Viktor? Esto se parece extraordinariamente a algo que el espía británico Michael Simmons me dijo una vez. Espero que no te habrá dado por meterte en cosas que no te conciernen.
Admito que este protector de fallos que has inventado puede ser necesario, pero no pienso tolerar que nadie se entrometa en mis asuntos.
-¿Me estás acusando de alguna cosa concreta? -dijo Luchov, que trataba de refrenar la indignación que sentía.
-Es posible -dijo Khuv con tono helado-. Todavía no sabemos dónde estuviste metido durante tres horas cuando apareció aquí aquel maldito «esper» con intenciones homicidas. ¿Qué me dices de eso? ¿Hablaste con Alec Kyle?
Luchov frunció el entrecejo y las venas de su cráneo cubierto de cicatrices latieron con fuerza.
-Ya te he dicho que no sé qué me pasó aquella noche. Supongo que estaba inconsciente. Quizá fue un intento de rapto... fallido, como se comprobó después.
En lo que se refiere a ese... Alec Kyle, no sólo no lo he visto en mi vida, sino que ni siquiera he oído hablar nunca de él.
Lo cual era verdad, el hombre con el cual había hablado utilizaba el nombre de Harry Keogh.
Agursky dio media vuelta y los dejó enzarzados en sus discusiones. Khuv lo observó mientras se marchaba, fijándose de pronto en su figura vestida con bata blanca. ¿Le pasaba algo a aquel científico tan peculiar? O en cualquier caso, ¿se apreciaba en él alguna diferencia?
-¿No estás interesado en saber cómo se ha desencadenado todo? -preguntó Luchov, todavía con mirada iracunda.
-¿Cómo? ¡Ah, sí! Estoy muy interesado. Y lo que también me gustaría saber es si hay un protector de fallos para tu protector de fallos.
La atención de Khuv volvió a centrarse en el director del Projekt.
-En este lugar hay unos ciento ochenta hombres entre científicos, técnicos y soldados en todos los momentos del día y de la noche y hay invertidos muchos millones de rublos en equipo. Si se produjera un accidente...
-¡Oh, aquí no habrá ningún accidente! -dijo Luchov moviendo la cabeza-.
En todo caso, se trataría de un acto deliberado, te lo aseguro. Permíteme que te explique cómo funciona.
»Hay un sector vacío junto al sector en el que yo trabajo. Es el Centro de Control del Protector de Fallos, al que tiene acceso únicamente el oficial de servicio en el período que le corresponde y yo durante las veinticuatro horas del día. ¡Ah, y también tú!... supongo, ya que insistes. De todos modos, espero que hagas constar tu nombre en la lista oficial, al igual que figura el mío.
-¿Un centro de control? -dijo Khuv-. ¿Y qué hay en ese centro de control?
-Un panel con un monitor de TV de circuito cerrado provisto de tres pantallas. Una vigilará la Puerta y las otras la caja de la escalera a través del hueco y la salida en dirección al Projekt propiamente dicho. También habrá sirenas de alarma para la evacuación, si bien admito que un

hombre tendría que ser sumamente avispado para salir cuando se pusieran a sonar. En cuanto al mecanismo del protector de fallos, hay dos pulsadores y un conmutador eléctrico.
El primer pulsador hará sonar la alarma de evacuación en los niveles superiores en el momento mismo en que el oficial de servicio vea algo que sale de la Puerta. El segundo pulsador sólo se utilizará en el caso de que la criatura que aparezca sea del tipo que sabemos y si la valla eléctrica, los lanzallamas y los Katushevs no consiguen impedir que salga. Este pulsador mantendrá el control de la maquinaria secundaria, lo que hará que las alarmas suenen con mayor insistencia y que las puertas de acero se cierren en los pozos de ventilación. Si la criatura en cuestión pasa de la parte central, así que pase de los niveles de magma al complejo propiamente dicho... se accionará el conmutador. Esto es algo que no puede ocurrir accidentalmente ni antes de que los dos botones hayan sido presionados. El conmutador, naturalmente, abre los grifos de acceso al tanque.
-¡Uf! -refunfuñó Khuv-. Observo que tu sector... y el Centro de Control... no están muy lejos del compartimento de carga y de la entrada principal.
-Tu sector tiene una situación similar, aunque la orientación sea diferente - señaló Luchov-. Tendríamos las mismas probabilidades. Como las tendrían igualmente todos cuantos estuvieran en esta zona, incluyendo a tus hombres de la KGB y a los parapsicólogos.
Khuv tuvo que admitirlo, aunque a regañadientes.
-¿Y consideras prudente informar a todo el mundo de cómo funciona exactamente este protector de fallos? ¿No crees que esto va a provocar una alarma terrible?
-Pienso que, en efecto, eso es lo que puede ocurrir -respondió Luchov-, pero no veo otra alternativa. En caso de... un desastre, por lo menos sobrevivirían el mayor número de personas posible. Y en lo que a los militares se refiere..., bueno, ya se sabe que son los últimos en echar a correr cuando empiezan a sonar las alarmas. Me refiero a los encargados de los Katushevs y a los escuadrones de los lanzallamas. Y aquí me temo que empiezo a parecerme demasiado a ti para mi gusto. De todos modos, ahora, por lo menos, tienen un último incentivo para frenar cualquier cosa que pueda aparecer a través de la esfera.
Khuv frunció los labios y no respondió nada.
-Y ahora que he satisfecho tu curiosidad -continuó Luchov-, quizá tendrás la amabilidad de decirme cómo van tus experimentos. ¿Has tenido alguna noticia de los desgraciados que empujaste a través de la Puerta? ¿O te has limitado a suprimirlos de la lista? ¿Y qué me dices de tus investigaciones sobre el asunto del intruso? ¿Sabes cómo se metió ahí dentro? ¿Qué has descubierto?
Khuv frunció el entrecejo, se dio media vuelta y echó a andar. Hablando por encima del hombro, dijo:
-En este momento no dispongo de ninguna información para ti, director. Pero tan pronto como tenga todas las respuestas y en el supuesto de que tengan pies y cabeza, puedes tener la seguridad de que serás el primero en conocerlas.
De pronto se paró y volvió la vista atrás.

-Pero tú no eres el único que está ocupado, camarada, y yo he hecho algunas recomendaciones por mi cuenta. Tú sólo piensas en invasiones procedentes del otro lado, pero mi imaginación tiene más altos vuelos. Dentro de muy pocos días estarás en condiciones de comprender más plenamente lo que quiero decir, cuando se produzca la llegada de un pelotón de tropas de asalto de primer orden...
a mis órdenes.
Antes de que Luchov pudiera hacer más averiguaciones, Khuv pasó a través de una mampara y desapareció...
Vasily Agursky, que se encontraba en sus aposentos privados, estaba observándose en un espejo del cuarto de baño. Tenía la vista clavada en su rostro y le costaba creer lo que estaba viendo. Hasta ahora nadie más parecía haberse dado cuenta, pero en realidad no había nadie que estuviera demasiado interesado en él.
Agursky, sin embargo, se conocía muy bien y sabía igualmente que lo que veía en el espejo era algo más que la suma total de las partes que lo componían, es decir, las partes que componían su persona.
Su primera reacción, al observar los cambios producidos al principio, fue desconfiar de lo que veía en el espejo, desconfianza que se transformó muy pronto en un profundo disgusto. Era ridículo que a un hombre le disgustase un espejo, pero así era. Ahora le disgustaban todos los espejos, probablemente porque le recordaban ciertas alteraciones innegables que necesitaba olvidar.
Los cambios eran... fantásticos. Jamás lo habría creído posible.
Él mismo había colgado el espejo en la pared al objeto de que su cara se encontrase exactamente en el centro del mismo. Sin embargo, ahora tenía que doblar un poco las rodillas para conseguir el mismo efecto. Había crecido cinco centímetros o más. El hecho habría tenido que halagarlo, puesto que siempre se había considerado poco más que un enano, pero en lugar de eso le aterraba, pues ahora sentía dentro la capacidad que tenía su cuerpo de crecer. Si aquel crecimiento vampírico continuaba, alguien tendría forzosamente que notarlo.
Su cabello también estaba experimentando una metamorfosis. Su color gris sucio derivaba hacia un tono oscuro, evidenciando señales de una virilidad largo tiempo postergada, mientras la coronilla iba concentrándose hacia el centro del cráneo e iba poblándose por momentos. No había nadie que lo hubiese notado todavía, pero él suponía que se darían cuenta cuando el crecimiento fuese completo. De hecho, ya se veía y se sentía bastantes años más joven. Se sentía preparado para cualquier cosa. Sin embargo, todavía tenía que permanecer cierto tiempo haciendo el papel del viejo Vasily, aquel Vasily despreciado, olvidado, tratado con desdén...
Mientras seguía contemplándose, Agursky quedó sorprendido al notar que de su garganta surgía de manera espontánea un gruñido que iba aumentando de forma progresiva. Primero fue como un ronroneo suave que fue subiéndole del pecho y que acabó en un gruñido tan fuerte que casi parecía un rugido. Sus labios, al mismo tiempo, se curvaron y dejaron los dientes al descubierto, unos dientes fuertes, blancos como los de un animal, cuyos caninos habían crecido tanto que se entrecruzaban

como nunca le había ocurrido. ¡Rugía igual que una bestia! Sin embargo, frenó aquella manifestación. En un momento vio que había en él un poder totalmente desconocido y, sabiendo de dónde venía, comprendió que debía controlarlo… mientras pudiese.
Sabía que en el Perchorsk Projekt tenían la costumbre de quemar cosas parecidas a Vasily Agursky.
Por fin se quitó los lentes de gruesos cristales. Ahora ya no llevaba en las gafas las viejas lentes de vidrios curvados, que había retirado de la montura. Las había sustituido por discos planos de vidrios no graduados que él mismo se talló en el taller y que, según explicó, eran lentes para sus instrumentos ópticos.
Actualmente ya no tenía necesidad de ayuda para ver mejor, puesto que su visión había mejorado considerablemente y alcanzaba una increíble agudeza. ¡Si incluso podía ver en la oscuridad!
Sin embargo, en relación con sus ojos había algo más que muy pronto comenzaría a manifestarse, aunque de momento todavía no podía imaginar qué podía hacer para ocultarlo. ¿Lentes de contacto? Era muy posible que, cuando pudiera pedirlas y recibirlas, ya fuese demasiado tarde. En cierto aspecto esto le asustaba, pero le resultaba fascinante.
Lentamente levantó una mano en dirección a la cuerda que sostenía el interruptor y dio un simple tirón: ¡clic! La luz se apagó.
Sin embargo, en el espejo acababan de aparecer dos luces más pequeñas.
Agursky se sintió incapaz de refrenar la extraña sonrisa, la mueca que apareció en el espejo, donde se reflejaban oscuramente los rasgos de un lobo, que eran su rostro. Era una sonrisa entre las pupilas de sus ojos igual que minúsculos incensarios de azufre del infierno. ..

Capítulo 20

Harry y sus «amigos» - La segunda Puerta

Harry durmió doce horas seguidas, hacia el final de las cuales comenzó a soñar. Sin saber qué soñaba, le pareció que existía desde siempre en aquel limbo intemporal y sin luz y que ahora alguien lo estaba llamando desde lejos, desde muy lejos.

¡Harry, Harry! Estás durmiendo, Harry Keogh, pero los muertos han despertado. Y me han pedido un favor, a mí, a quien hasta ahora habían rehuido de forma manifiesta. Y yo me he avenido a hablar contigo, aunque cuando te he buscado lo único que he encontrado ha sido un hombre dormido. Recuerdos y sueños embarullados, intrincados rompecabezas mentales, imágenes de una existencia que está más allá de la existencia. Tu mente dormida es una extraña cosa, Harry, y no es nada fácil mantener una conversación con ella. Así es que, ¡despiértate!, porque Faethor Ferenczy te ofrece sus servicios...

¿Faethor? Harry se despertó de un salto y se sentó rápidamente en la cama.

Un sudor frío le empapó la frente y le cubrió los miembros, cuyos temblores le era imposible refrenar. Sí, aquélla había sido una pesadilla: había soñado que Faethor Ferenczy lo llamaba en sueños. Nadie debería soñar con criaturas como Faethor, aunque estuvieran muertas y ya no fueran capaces de maldad ninguna. Un sueño así era el peor de los augurios. Pero...

¿Un sueño? Aquella voz pegajosa y lejana resonaba de nuevo en la mente de Harry orientada hacia Möbius. *¿Una pesadilla? ¡No eres muy simpático!, ¿verdad, Harry?* Y la risita de Faethor, aquella antigua risita muerta y no muerta llegó atravesando todos los kilómetros que los separaban, como si pugnara por entrar, al borde de la percepción todavía perezosa de Harry. Pero ahora ya estaba despierto y ya no era una pesadilla sino la pura realidad. Era algo que él conocía, lo que constituye el campo propio de un necroscopio, y ahora que sabía que era una realidad, ya no tenía miedo. Sus miembros dejaron de temblar y miró alrededor de la habitación. Las persianas estaban bajadas, pero en la pared opuesta a las ventanas se proyectaban unas rendijas de luz en forma de franjas muy pálidas. Un reloj eléctrico de la mesilla de noche anunciaba que eran las tres de la tarde.

-¿Faethor? -dijo Harry-. La última vez que hablé contigo fue en la casa donde tú vivías, en los Alpes Moldavos. En aquel entonces tuve la impresión de que acababa de tener las últimas noticias que podía recibir de ti. ¿Ha habido algún cambio? De todos modos, sigo en deuda contigo, o sea que si hay algo...

¿Cómo?, ahora su risa era taimada, insinuante. *Dices que quieres hacer algo por mí... Pues encuentro que tienes un sentido del humor un tanto macabro, Harry.*

No, no puedes hacer nada por mí... pero quizá yo pueda hacer algo por ti. ¿No has oído lo que te he dicho? ¿Tan dormido estabas? Te decía que los

muertos me han pedido ayuda y yo he accedido a prestársela... si me es posible.
-¿Cómo? ¿Los muertos hablan contigo?
Harry movió lentamente la cabeza como si no acabara de creer lo que oía.
-Tienen que estar muy apurados... -añadió.
Sí, pero lo que me han pedido no es para ellos, Harry... sino para ti. Me han hablado de unas averiguaciones, de tu búsqueda; me han pedido orientación. Y en esto han demostrado ser mucho más sabios que tú, porque ¿quién puede conocer mejor la fuente secreta de los vampiros que un antiguo miembro de los wamphyri?
Harry se quedó con la boca abierta. ¡La fuente de los vampiros! ¡El lugar donde se originan, el mundo donde se crían para después venir a este mundo..., como ahora han empezado a llegar a través de la Puerta de Perchorsk!
-¿Conoces tú esa fuente secreta? -Harry conseguía a duras penas refrenar la curiosidad de su voz y de sus pensamientos-. ¿Acaso tú vienes de ese lugar?
¿Yo? ¿Me preguntas si yo he sido un habitante de ese mundo que forma parte de la leyenda de los vampiros? Yo no, Harry, pero mi abuelo sí lo fue.
-¿Tu abuelo? *¿Y* sabes dónde está, dónde reposan sus restos?
¿Dónde está enterrado? ¿El viejo Belos Pberopzis? ¡Pues no, Harry! Los romanos lo crucificaron y lo quemaron cien años antes que a vuestro Cristo. Y en cuanto a mi padre, lo último que supe de él fue que se había perdido en el mar, en alguna parte próxima a las bocas del Danubio, en el Mar Negro, en el año 547. Era un mercenario de los ostrogodos que luchó contra Justiniano; pero, naturalmente, estaba en el bando equivocado. ¡Ah, y nosotros, los wamphyri, éramos una gente violenta en nuestro tiempo! Aunque contábamos con unos buenos medios de subsistencia, suponiendo que tuviéramos estómago para ello.
-Entonces ¿cómo puedes ayudarme? -repuso Harry, que estaba perplejo-.
A mí me parece que entre la era de tu abuelo y la tuya hay una separación de mil años. Lo que él pudiera saber acerca de sus orígenes, acerca de este mundo originario, debió de morir con él.
Pero hay leyendas, Harry. Hay recuerdos, historias que el viejo Belos contó a su hijo Waldemar, quien a su vez me las transmitió a mí. Las conservo tan frescas en mi mente como el día en que las oí por vez primera. Y si las conservo tan frescas es porque constituían la única historia de wamphyri que oiría en mi vida.
Por aquel entonces yo todavía estaba sometido a mi padre. Si Thibor, aquel ingrato, hubiera hecho su aprendizaje conmigo, yo le hubiera transmitido las leyendas, pero no fue así. Ahora, si quieres enterarte de todas estas cosas, que pueden aportar muy bien las claves que necesitas para completar tus averiguaciones, ven a verme y a hablar conmigo, igual que hablamos en otra ocasión.
La voz de Faethor era ahora muy débil. Había muerto en un bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial y su cuerpo había quedado reducido a cenizas, pero lo que había quedado de él se había filtrado en la tierra donde en otro tiempo se levantaba su casa, en las afueras de Ploesti, cerca

de Bucarest. Tenía que ser un esfuerzo muy grande para una persona como él eso de hablar desde tantos kilómetros de distancia y después de tanto tiempo. Por su parte, Harry estaba perfectamente consciente de la tortuosa naturaleza de los vampiros, de todos los vampiros en general. Que él supiera, rara vez hacían nada que no fuera en beneficio propio, pero es que, además, Faethor no había sido nunca ortodoxo. A Harry no le gustaba y sabía que no podía confiar en él, aunque lo respetaba.

-¿Sin ataduras? -dijo él.

¿Ataduras? Yo soy un muerto, Harry. De mí no queda nada, sólo mi voz. Y el único que puede oírla eres tú... y los muertos, por supuesto, cuando quieren escuchar. Y hasta mi voz va debilitándose con los años. Pero... (y Harry se dio cuenta de que se encogía de hombros)... *haz lo que te parezca. Yo lo único que quiero es respetar los deseos de los muertos.*

Harry habría tenido que quedar satisfecho con esto.

-¡Está bien, iré! -le dijo-, pero de la misma manera que estoy hambriento de saber cosas, también estoy hambriento en el aspecto normal. Dame una hora de tiempo e iré a verte.

Tómate el tiempo que quieras, le respondió Faethor; *yo lo tengo en abundancia. Pero ¿recuerdas el camino?*

Su voz parecía vacilar, como si retrocediera hasta enormes distancias de la mente.

-Me acuerdo perfectamente.

Entonces te esperaré. Y después quizá la Gran Mayoría considerará oportuno dejarme en paz...

Harry se lavó, se afeitó, se cambió de ropa, desayunó y se puso en contacto con la Rama-E. Informó rápidamente a Darcy Clarke de lo que había hecho y de lo que se disponía a hacer. Clarke le dijo que tuviera cuidado, como quien da una recomendación rutinaria, y Harry se dispuso a partir.

Sirviéndose del continuo de Möbius se trasladó a Ploesti.

La escena era aproximadamente igual a la que se había desarrollado ocho años antes. La casa de Faethor, situada en las afueras de la ciudad, era una de tantas ruinas producidas por las bombas, medio enterrada entre cascotes, es decir, uno de esos cadáveres de piedra que un día fueron casas de campo. Aquí era de noche, aunque sólo eran las 6.50 de la tarde, hora de la Europa Central. Pero aquella luz bastaba a Harry para buscarse una pared medio derrumbada y encontrar un sitio donde sentarse. Se acordaba del camino y ahora sentía la presencia de Faethor, que se cernía como una mortaja en el lugar, pese a que lentamente iba retornando al polvo. En el horizonte, por la parte de occidente, resplandecía un débil nimbo de luz que parecía proceder del otro lado de los Cárpatos.

Alrededor de Harry no había más que desolación, acentuada por los efectos del invierno que se palpaban en el aire. Se estremeció, sobre todo por el frío que notaba en el ambiente y que iba abriéndose camino lentamente hasta sus huesos.

Este lugar, en verano, habría tenido una belleza salvaje, porque los cráteres de las bombas estaban cubiertos de flores y de zarzas y por los esqueléticos muros trepaban lujuriantes hiedras. El invierno, sin

embargo, hacía que la nieve devolviera a aquella perspectiva su desolada y monocroma realidad. Aquella desolación era evidente, imposible de disfrazar. Sería un recordatorio perenne y probablemente ésta era la razón por la que los rumanos no quisieran volver a reconstruir en este lugar.
Una de las razones, por lo menos, dijo Faethor, *pero siempre he querido creer que yo era una de las principales razones. No quiero que nadie construya aquí.*
Desde que Thibor destruyó mi antigua casa, tuve varias residencias, pero ésta fue la última. Y *aquí me he quedado, para decirlo de algún modo. Así es que cuando ahora la gente viene a husmear aquí y yo siento sus pasos...*
-Infundes una especie de tristeza al lugar, ejerces una influencia... debe de ser el aura.
¿Te has dado cuenta?
Harry volvió a estremecerse, pero era únicamente a causa del frío.
-¿Qué me dices de tus leyendas, Faethor? No quisiera agobiarte, pero todavía no he hablado con nadie de los tuyos que fuera capaz de contarme las cosas en un lenguaje claro y sencillo. Y el tiempo es precioso. A lo mejor es que hay vidas en juego...
¿En juego? Las palabras me parecen desafortunadas. ¿Te refieres a vidas humanas? ¿En este otro mundo? ¡Siempre han estado en juego!
-Me refiero a vidas que son importantes para mí. Mira, a mí me parece que la gente ha encontrado un camino en este lugar, este mundo que constituye la fuente. Hay algunos a los que quiero o a los que quería mucho.
Se dio cuenta de que Faethor asentía con un gesto de la cabeza, puesto que es sabido que la gente asiente tanto mentalmente como con la cabeza.
Eso es lo que me han dicho... los muertos, por supuesto. Bien, en cuanto a las leyendas...
-Espera -dijo Harry-. Dime primero una cosa, ¿qué relación tiene todo esto contigo? Sé que has dicho que no hay ataduras, pero todavía no me puedo imaginar que quieras ayudarme por simple bondad de corazón.
La risita de Faethor se convirtió en una carcajada, y la verdad es que sonó de manera muy desagradable.
¡Ah, pero tú nos conoces bien, Harry Keogh! Muy bien, te lo aseguro, por esto te lo contaré todo: mi abuelo, Belos, fue exiliado de su nido de águilas por los wamphyri. Aquél era su mundo, su patrimonio..., pero se había hecho demasiado poderoso. Le temían extraordinariamente y, así que se les presentó la ocasión, le tendieron una emboscada, le prepararon una trampa y lo expulsaron. Lo despojaron de sus tierras y propiedades y él se encontró sin nada, aquí, en este mundo. No fue el primero ni el último y, si las cosas no cambian, es posible que haya otros más. Ahora bien, yo no conocí a Belos, que murió antes de que Waldemar me pasara el huevo, pero sé que si él no hubiera sido tan maltratado, yo ahora sería un wamphyri por derecho propio... y estaría en el mundo fuente.
Cuando lo expulsaron no sólo lo despojaron de su patrimonio sino que además negaron a Waldemar el suyo y a mí el mío. Por esta razón, y a pesar de los años transcurridos, Belos merece ser vengado.

-¿Y tú vas a ayudarme a encontrar mi camino hacia ese mundo sólo para llevar a cabo un acto de venganza? -dijo Harry frunciendo el entrecejo-. No tengo intención de ir en busca de nadie por encargo tuyo, Faethor. Tal como yo lo veo, todo se reducirá a meterme dentro, a liberar a alguien y a retirarnos. No pienso quedarme allí el tiempo suficiente para saldar viejas cuentas.
Tú conoces algo acerca de ese lugar que estás buscando, ¿verdad?, en el tono de voz de Faethor había una inflexión burlona. *Métete dentro, rescata a las personas que quieras o haz lo que se te antoje y vuelve a salir. Así de sencillo...*
-Sí, más o menos.
Pero ahora parecía que Harry se sentía menos seguro.
Faethor volvió a encogerse de hombros.
Bueno, es posible, pero yo ahora lo veo de manera diferente, porque después de todo tú eres Harry Keogh y es un hecho que, sirviéndote de tu especial talento, has sido una fuerza fatal contra los vampiros de este mundo. Has tratado con mi traidor hijo Thibor, con Boris Dragosani, con Yulian Bodescu..., la lista es impresionante. Tengo la sensación de que cuando entres en ese mundo que es la fuente, las cosas sucederán de forma casi inevitable. Creo que eres el catalizador que cambiará o que quizá destruirá el antiguo equilibrio. Así es que todo lo que yo te pido es esto: que si llega el momento y alguien te pregunta ¿quién eres?, tú le respondas que te ha enviado Belos. ¿Es mucho pedir?
-No, ése es el trato -accedió Harry-. Así es que ahora dime todo lo que sepas. Sobre Perchorsk en primer lugar.
-*¿Cómo?,* el tono era de sorpresa. *Jamás he oído hablar de ese sitio.*
Harry le dio una breve explicación.
Puede muy bien ser un sitio para introducirse en el mundo fuente o para salir de él, respondió Faethor, *pero éste no es el viejo camino. Y ahora escucha: esto es lo que el viejo Belos contó a mi padre, que a su vez me lo dijo a mí. Los wamphyri lo enviaron a la Tierra del Infierno, que es este mundo, a través de una Puerta blanca y resplandeciente que tenía forma esférica. Sí, tú me has hablado de un duplicado de esa esfera que está en Perchorsk. Sin embargo, Perchorsk se encuentra en los Urales Superiores y el lugar de salida de Belos se encontraba muy apartado de ese punto.*
-Así pues, ¿cuál fue el lugar por donde Belos apareció a la superficie?
Superficie no es una buena palabra, porque él más bien bajó. Cayó dentro de la esfera. Tuvo la sensación de caer..., como si fuera a parar al infierno. Fue como si se hubiera caído a través de un gran pozo blanco y luminoso cuyas paredes eran tan distantes que él no podía verlas. Cayó, pero no a gran velocidad, o por lo menos así lo creyó. Y seguramente fue exacto en sus apreciaciones, puesto que cuando acabó de caer todavía estaba cayendo. Cayó fuera de la esfera, o sea la Puerta de entrada, y fue a parar a este mundo.
-¿Dónde?
Harry volvía a sentir una gran curiosidad.
Bajo tierra.
-¿Cómo en Perchorsk?

No, no como en Perchorsk. Belos trató de reanimarse y miró a su alrededor.
La esfera a través de la cual había caído estaba incrustada en el techo de un gran hueco horizontal, sobre un saliente de piedra fina. Por el lecho de aquel hueco corría un río negro de aguas impetuosas. Belos no sabía de dónde venía ni tampoco adonde iba. Todo alrededor de la esfera, en el lugar donde se encontraba suspendida, había unos grandes agujeros en el techo... iguales que esos agujeros del magma que hay en Perchorsk. Lo mismo ocurría en el saliente donde Belos había ido a parar. La extensión de la cueva y el saliente donde estaba no eran grandes. Allí donde el río salía de la cueva para perderse en la oscuridad, el espacio comprendido entre el techo y el agua era de unos pocos centímetros. El saliente era lo suficientemente grande para que un hombre pudiera dar unos diez pasos antes de que se estrechara y se afinara hasta convenirse en la pared resbaladiza de aquel agujero. No había salida. O la había en caso de que un hombre tuviera estómago para utilizarla.
-¡Un sumidero subterráneo! -exclamó Harry.
Exactamente. El río habría podido correr kilómetros y más kilómetros y es posible que no llegara a asomar nunca a la superficie. Éste era el apuro que se le planteaba a Belos... Había otros que habían estado allí antes que él y algunos todavía seguían allí. Belos encontró sus restos momificados. Cosas a las que él dio el nombre de «trogloditas» y de «Viajeros» e incluso los cráneos y restos momificados de wamphyri, que preferían estar allí sentados en aquel saliente e irse marchitando que arriesgarse a lo desconocido. Pero el corazón de Belos era más grande que todo eso.
-¿Se atrevió con el río? -dijo Harry, fascinado.
Faethor volvió a encogerse de hombros.
¿Qué otra cosa podía hacer? Primero trató de entrar nuevamente en la esfera, como es lógico, pero la esfera lo repelió. Cuando levantó los brazos para introducirlos en su luz, se vieron rechazados. La Puerta de entrada se había cerrado sobre él. Sin embargo, estar sentado junto a todos aquellos seres e ir envarándose hasta quedar convertido en piedra no entraba en sus cálculos. Lo que haría sería marcharse mientras conservase toda su fuerza. Supongo, Harry, que habrás oído hablar de ese mito que sostiene que los vampiros temen al agua corriente.
-Después de ti -dijo Harry-, soy el más grande experto en vampiros de todo el mundo o, cuando menos, el mejor que puedas encontrar. Tú me dirás ahora que el mito se originó como consecuencia de este río subterráneo que los wamphyri debían cruzar para encontrar el camino hacia la superficie de este mundo, ¿no es así?
Exactamente.
-Thibor daba una explicación diferente.
Faethor suspiró.
Como ya te he dicho, Thibor no lo sabía. Ese habría podido aprender mucho de mí pero, como no lo sabía, se inventó la explicación. Tortuosa, como has dicho antes.
-Yo esto lo he dicho de todos vosotros en general -le recordó Harry-, pero tú ahora te andas por las ramas. Mejor que vayas al grano.

De acuerdo, pero ten en cuenta que ese río subterráneo es el origen de ese mito en particular. Un vampiro está constituido por carne, sangre y huesos, Harry.
Si lo metes en el agua y lo dejas en ella mucho tiempo se muere. Ahora déjame que continúe. Belos desafió al río y la corriente lo arrastró. En algunos momentos tenía la cabeza por encima del agua, pero hubo instantes desesperados en que el espacio libre quedaba reducido a nada, cosa que lo obligaba a sumergirse. Pasó mucho tiempo antes de que el techo se separara, antes de que volviera la luz natural y centelleara al final del río. Después el río formó una cuenca, que se vaciaba en un río perezoso. Pero esta vez, como ya he dicho, en la superficie. Sucio y muy magullado, tosiendo y avanzando río arriba hasta que vio que ya tenía expeditos los pulmones, por fin el viejo Belos consiguió llegar a este mundo. La época, o la era, se sitúa aproximadamente a unos trescientos años antes de Cristo.
En cuanto al lugar...
-¿Sí?
Harry apenas podía reprimirse.
En línea recta, a unos doscientos cincuenta kilómetros del lugar en el que ahora te encuentras.
Harry se puso de pie.
-¿Dónde, exactamente? -preguntó.
Cerca de Radujevac, en Dunarea, le dijo Faethor, *o a orillas del Danubio, lo cual quizá sea más conocido para ti. Aquí está el origen de la leyenda y la leyenda es la fuente de los wamphyri. ¿Irás allí enseguida?*
-¿Ahora? ¡No! -dijo Harry negando con la cabeza-. Esta noche tengo otros planes. Iré mañana.
Se quedó en la oscuridad y suspiró.
¿Quieres sacarte un peso de encima, Harry?
-Tal vez... o quizá quiera cargar con otro nuevo.
Yo he cumplido con mi parte del trato.
-Y yo cumpliré con la mía, si la ocasión se presenta. Entretanto quisiera darte las gracias.
Sí y las de los numerosos muertos. Hablando de leyendas, la tuya comienza ya a divulgarse, Harry. Y pronto se divulgará más todavía, supongo. ¡Adiós!...
Harry se golpeó el cuerpo con los brazos para sacudirse el entumecimiento de las articulaciones y sacarse el frío de encima. Después dijo:
-Adiós, Faethor.
Y, como siempre, el continuo de Möbius ya estaba esperándolo para acogerlo...
Los planes y preparativos de Harry eran lo más sencillo de este mundo y costó muy poco llevarlos a la práctica. De regreso al cuartel general de la Rama-E, pidió a Darcy Clarke todo cuanto le hacía falta. Mientras se lo preparaban, puso a Clarke al corriente y pasó a facilitarle más detalles de lo que el jefe de la Rama-E ya sabía.
Al terminar, Clarke dijo:

-Puntualicemos las cosas: vas a Rumania, exactamente al Danubio, en las proximidades de Radujevac, donde vas a remontar el curso de un río subterráneo.
¿No es eso?
-Exactamente.
-Y una vez allí, esperas encontrar una Puerta igual que la de Perchorsk, salvo que allí no habrá nadie que dispare contra ti nada más cruzarla.
-Puede ocurrir que haya gente esperando -dijo Harry-, sí, es muy posible, pero no dispararán contra mí, porque no podrán. Si no me equivoco, incluso me facilitarán una valiosa información.
Clarke lo miró y se quedó pensando: «¡Santo Dios! ¡Es tan humano y a la vez tan inhumano!» Y en voz alta, pero tranquilo, le dijo:
-Es gente muerta, ¿verdad?
-Sí, cadáveres. A lo mejor ni siquiera son cadáveres, sino simplemente recuerdos de personas.
Clarke se estremeció con un estremecimiento largo, visible, violento. Estaba acordándose del asunto Bodescu, ocasión en la que había sido testigo con sus propios ojos del increíble alcance del poder que Harry tenía sobre los muertos. O mejor dicho, el resultado del respeto que sentían por aquel hombre. En realidad, no fue Harry quien en aquella ocasión llamó a los muertos, sino su hijo, que entonces era un niño. Pero Harry también podía hacerlo cuando tenía necesidad de ello.
Por fin Clarke se tranquilizó y continuó:
-Y cuando hayas encontrado esa Puerta, la utilizarás para ir adonde... ¿A otro mundo, al lugar donde se encuentran tu mujer y tu hijo? ¿Y seguramente también Jazz Simmons?...
Harry asintió con un gesto de cabeza.
-Sí, y Zek Föener y quizás una o dos personas más. Si continúan vivos, y tú sabes que creo que lo están, me parece que allí debo de tener algunos amigos. Y a lo mejor también enemigos. O por lo menos uno: un matón de la KGB llamado Karl Vyotsky.
-Bueno, suponiendo que todo salga a pedir de boca, hablarás con Brenda, con el pequeño Harry y, una vez hayas hablando con ellos, averiguarás cuál de los dos quiere volver contigo.
-Más o menos es eso, aunque todavía no sé si hay un camino de vuelta.
Recuerda que sé que de este mundo no ha vuelto nunca nada y que también sé que lo que ha venido aquí tampoco puede regresar allá. ¿Qué explicación tiene todo eso? No la conozco, pero el hecho es que es así.
-En resumen, que pones en riesgo tu vida.
-¿Quieres que lo haga o no?
-Sí, quiero que lo hagas; a mi manera, tengo la misma curiosidad que tú. Y lo que ahora quiero es ver Perchorsk de cerca. Aunque allí no se hagan las cosas que se dicen, no deja de ser una bomba de relojería.
Harry asintió con la cabeza.
-Opino lo mismo que tú, pero Viktor Luchov me ha asegurado que no hay nada que pueda escapar de Perchorsk. Y esto me parece interesante.
Clarke soltó una risotada.
-Harry, tu palabra para mí es válida en cualquier momento, pero yo no soy más que una pequeña pieza de una maquinaria. No creo que nadie vaya a

tomar ninguna medida preventiva ni otra acción de ningún tipo contra Perchorsk, especialmente ahora, en este nuevo clima de «comprensión política», pero si algo escapa...
Y al decir estas palabras levantó las manos.
-Quedará fuera de tu alcance, lo sé -respondió Harry.
Clarke volvió a soltar otra risotada.
-Sería más exacto decir que estará fuera de mi control -respondió.
-Exactamente, y ésa es otra razón para que yo vaya -dijo Harry, que parecía movido por una especie de fatalidad-. Servirá para averiguar si podemos hacer algo... ya que posiblemente sea más fácil intervenir desde el otro lado.
Los dos quedaron en silencio un momento y después Clarke dijo:
-Harry, todavía tardarán un poco en prepararte todo el equipo, pero lo están haciendo. Ahora es muy tarde y tengo ganas de irme a la cama. Voy a aprovechar un par de horas y por la mañana estaré aquí para despedirte. Antes de que me vaya, ¿hay algo que pueda hacer por ti? ¿Y qué piensas hacer durante el resto de la noche?
Harry se encogió de hombros.
-Oh, no estoy cansado -dijo-, pero trataré de dormir un poco más tarde.
Sé que es una tontería, pero prefiero enfrentarme con el río subterráneo durante el día. Me refiero a que, aunque lo mismo podría ir allí de noche, no me apetece nada hacerlo.
-¿Una tontería? ¿Por qué ha de ser una tontería?
-Pues porque allí dentro no existe ninguna diferencia entre el día y la noche.
Allí reina siempre la oscuridad más absoluta. Aun así, me sentiré más feliz sabiendo que fuera es de día. De todos modos, antes de hacer nada tengo que volver a hablar con Möbius.
Desorientado ante aquellas palabras, Clarke movió la cabeza dubitativamente.
Harry tenía siempre este efecto sobre él.
-Mira -le dijo al fin-, los dos formamos parte del mismo mundo, tú y yo, pero cuando hablas de esa manera, dices todas esas cosas con tanta naturalidad, como si no tuvieran importancia ninguna... cuando hablas de los muertos y comentas cosas sobre esas dotes que posees, me hablas del continuo de Möbius y de todo eso... No sé, sólo la manera de decir: «Mira, tengo que volver a hablar con Möbius» de la manera que lo dices... ¡Es que pareces un extraterrestre! Tengo la impresión de que vuelvo a ser un niño. Me refiero a que ya sé qué cosas eres capaz de hacer, yo mismo he tenido ocasión de experimentarlo, pero es que a veces hasta dudo de mis propios sentidos.
Harry se sonrió de manera abierta y franca.
-¿Y tú eres el jefe de la Rama-E? -dijo-. Quizá te has equivocado de trabajo, Darcy.
Esperó a que Clarke se hubiera ido antes de emprender el viaje para ir a ver a Möbius...
En Leipzig eran las diez y media de la mañana y el cementerio todavía estaba cerrado, pero Harry no entró por la verja sino por una de las

puertas que le enseñó a abrir precisamente el hombre al que ahora iba a ver.
Harry, amigo, estoy contento de que hayas venido, dijo Möbius. *He estado reflexionando un poco sobre este universo paralelo y coyuntural tuyo.*
-Cada vez es menos coyuntural -dijo Harry-. Lo único coyuntural es su naturaleza.
Y rápidamente puso al corriente de todo al matemático muerto.
¡Es fascinante!, dijo Möbius. *De hecho viene a confirmar lo que yo pienso sobre la materia.*
-Bien, debo admitir que a mí me desconcierta -dijo Harry-. Se vislumbra una luz al final del túnel, para decirlo de manera gráfica, pero lo que yo quiero decir es que si hay dos puertas a este lado, ¿por qué parece que tan sólo hay una en el otro?
¿Sólo una? ¿Y por qué lo dices?
-Faethor habló de una puerta blanca y resplandeciente en forma de esfera. Una Puerta. Si hubiera habido dos, ¿no lo habría dicho el viejo Belos?
Bueno, lo dijera o no, hay dos puertas, te lo aseguro, dijo Möbius plenamente convencido. *Dos en este lado y dos en el otro. Puedo explicar el principio de manera muy simple, sin meterme en detalles de tipo matemático.*
-Soy todo oídos -dijo Harry.
De acuerdo, repuso Möbius entrando en materia. *Vamos a considerar estas puertas de una manera algo menos profunda y un poco más básica. Me refiero a esas puertas que desafian las leyes fisicas de ese estado que llamamos espaciotiempo.*
Sabemos que las hay de diferentes tipos y que todas ellas tuercen la «piel» de esta dimensión espacio-tiempo. Los científicos modernos admiten sin discusión una de esas puertas, el agujero negro, y hacen conjeturas acerca de puertas de otro tipo, que designan con el nombre de agujeros blancos. De hecho, una teoría corriente afirma que los agujeros blancos y los negros son dos extremos del mismo túnel. El agujero negro absorbe material y el blanco lo expulsa. ¿Entendido?
Harry asintió.
-Hasta aquí lo entiendo -dijo.
Perfectamente. Ahora bien, incluso si la teoría es errónea y no hay dos caras de la misma moneda, hay un factor que es común a ambas.
-¿Cuál?
Que los dos sistemas tienen una sola dirección. Cuando te metes en un agujero negro, no puedes salir de él. Y cuando sales expulsado de un agujero blanco, no hay manera de volver a meterte en él. Tal como yo lo veo, lo mismo es válido para los agujeros grises: la Puerta de Perchorsk y la segunda Puerta, que tú crees que está en algún punto del curso de ese río subterráneo.
-¿Son sistemas de una sola dirección?
Tanto uno como el otro. Se hace hincapié en los dos. Te introduces a través de uno y sales a través del otro.
Esto frenó a Harry en seco. Por fin dijo:
-¡Es genial! Después de usar una Puerta ésta queda fuera de tu alcance. Si has pasado por ella, ya no vuelve a aceptarte, independientemente de la

dirección que llevases al cruzarla. Pero puedes pasar por una segunda Puerta. Así es que todo lo que tengo que hacer es encontrar la segunda Puerta. De hecho, sé dónde está. Es la que han estado utilizando los wamphyri para enviar todos sus monstruos a Perchorsk.
¡Ah, pero esto explica qué es, no dónde se encuentra!, dijo Möbius.
-De todos modos, es un paso en la dirección adecuada -replicó Harry.
Pero enseguida se desanimó un poco.
-Existe, sin embargo, un pequeño inconveniente. Si atravieso aquella Puerta y me meto en Perchorsk, no sólo dispararán contra mí, sino que me dejarán frito.
¡Ah!, aquí lo único que podía hacer Möbius era quitar hierro al asunto.
-Gracias, de todos modos -dijo Harry-, puesto que tú no has hecho más que confirmar lo que ya sospechaba: que había dos Puertas. Los wamphyri se han servido de una durante millares de años y ahora han empezado a utilizar la nueva, la que Luchov y su gente, sin querer, pusieron en funcionamiento en Perchorsk.
Ésta es la única explicación. Si tienes la amabilidad de excusarme, voy a ponerme en camino. Tengo que despedirme de mi madre, no me perdonaría nunca que hiciera algo sin comunicárselo antes. -Y lanzando un suspiro añadió-: Querrá hacerme desistir de mi propósito, aun a sabiendas de que no lo logrará. Pero... ella es así.
Todas las madres son así, Harry, dijo Möbius, muy serio. *¡Buena suerte, amigo!*
Pero en realidad, la suerte en este caso contaba muy poco.
A la mañana siguiente Darcy Clarke se encontró con Harry en el cuartel general de la Rama-E en Londres y, mientras Harry comprobaba que no faltara nada en su equipo y se aseguraba de que conocía el funcionamiento de todo, Clarke aprovechó la oportunidad para pasar a Harry algunas informaciones.
-En cuanto a ese afluente subterráneo del Danubio -dijo-, debo decirte, Harry, que es una trampa mortal. Lo he hecho comprobar esta noche. Nuestro hombre de Bucarest se ha encargado de hacer esta averiguación en beneficio tuyo.
El sitio es bastante conocido y tenemos su localización exacta. Hay recortes de periódico que hacen referencia al lugar y disponemos de bastante documentación. A la gente de la localidad le inspira una aversión inmemorial. En 1966, un par de espeleólogos se metieron dentro. Era verano y el afluente estaba seco. Sin embargo, cuatro horas más tarde cayó un diluvio repentino en las montañas y uno de los excursionistas se vio arrastrado por las aguas, mientras que el otro no volvió a aparecer nunca más. Y se trataba de expertos.
-Ellos andaban y nadaban -dijo Harry-. Yo no.
-¿Cómo?
-He dicho que remontaría el río, pero no he dicho cómo.
Clarke lanzó un suspiro.
-¿Te servirás del continuo de Möbius?
-Por supuesto.
-Entonces ¿para qué quieres el equipo de inmersión, el tubo para respirar y todo lo demás?

-Por si acaso.
Clarke se quedó callado un momento y después dijo:
-Lo único que quería era tratar de ayudarte.
-Y yo te lo agradezco -le dijo Harry-, pero yo sé mejor que nadie qué me traigo entre manos.
Diez minutos más tarde ponía todas sus cosas en una bolsa impermeable y marchaba a Radujevac. Desde las afueras de la ciudad tomó un taxi en dirección al campo, cerca del lugar que le había indicado Clarke. Pagó al taxista con dinero que también le había proporcionado Clarke. Con la bolsa colgada del hombro, emprendió el camino por el campo hasta que llegó a su destino. El sitio era de lo más agreste y no se veía a nadie por los alrededores. Harry metió sus cosas entre la maleza y las cubrió con unas ramas secas y, acto seguido, volvió al nacimiento.
Se encontraba al pie de un acantilado, medio cubierto por la hiedra y con unos afloramientos de piedra caliza que la humedad hacía resbaladizos. En la parte nordeste se erguían los grises e imponentes Cárpatos y por la parte sur se extendía el campo con sus lomas boscosas. Harry se quedó de pie junto a la orilla de la alberca que se formaba bajo las rocas y miró de nuevo las montañas y después otra vez el agua oscura que borboteaba en la tierra llegada desde indecibles cuevas oscuras. Surgía de la boca de una cueva. Aquél era el lugar a través del cual el viejo Belos, de los wamphyri, había penetrado por vez primera en nuestro mundo.
Y otros como él. Y entre aquel lugar y aquellas legendarias montañas, en algún punto subterráneo, había una Puerta que se abría a un mundo extraño. Ahora correspondía a Harry determinar con la mayor exactitud posible la localización de esa Puerta antes de remontar el río para tratar de encontrarla.
Comprobó de nuevo que no hubiera nadie alrededor, para cerciorarse de que no había ningún testigo que pudiera presenciar su partida. El lugar estaba en silencio y lo único que se veía era el bosque, donde los pájaros cantaban y el agua helada gorgoteaba. Pero esta vez Harry iba bien abrigado y no notaba el frío.
Escogió un punto al pie de las montañas en dirección nordeste y se trasladó a él a través del continuo de Möbius. La Puerta por la que salió era la misma de siempre: un «agujero» del universo en el que no había nada que lo distinguiera de centenares de otras puertas que Harry había utilizado. Harry volvió a caminar y se acercó todavía más a los picos dominantes. Pero esta vez, cuando salió, los «bordes» de su Puerta se desdibujaban un poco. Era la advertencia que estaba esperando y que le anunciaba que estaba cerca.
En su cabeza, una voz muerta lo sorprendió al decirle:
Estás muy cerca, Harry.
Fue como si alguien se le hubiera acercado por detrás y hubiera murmurado las palabras en su oído.
-¿Te conozco? -le preguntó Harry, al tiempo que exploraba el campo a su alrededor y bajaba la vista para contemplar ciudades distantes como Radujevac, Cujmir y Recea.
Eran como manchas de humo que aparecieses en su horizonte.
No, pero yo te conozco a ti. Tu madre se ha estado interesando por ti.

Harry suspiró.
-Su intención es buena -dijo-. ¿Te ha importunado acaso?
En absoluto, me encanta ayudar. Quieres recorrer todo el nacimiento del Radujevac, ¿no es verdad?
La voz estaba llena de excitación y de avidez, detalles que revelaron a Harry quién era su propietario.
-Tú eres espeleólogo -dijo Harry- y encontraste la muerte en el verano de 1966, en algún lugar de ese río subterráneo.
Sí, ése soy yo, dijo con un deje de tristeza. *No llegué a terminar la misión que me había impuesto. Me llamo Gari Nadiscu y, si hubiera conseguido lo que me había propuesto, la galería hubiera llevado mi nombre. Se habría llamado el camino de Nadiscu. Pero no fue más que un sueño. Quizá podrás realizarlo tú.*
Harry dijo:
-Espera un momento. -Y se trasladó al continuo de Möbius-. Ahora habla conmigo. Quiero estar más cerca de ti.
Fue siguiendo sus pensamientos y apareció al pie mismo de las montañas. Nuevamente la puerta de Möbius volvió a temblar todavía con más fuerza que antes, confirmando a Harry que estaba acercándose más a ella.
-No lo hiciste nada mal -dijo a Nadiscu-. Cubriste unos trece kilómetros antes de que la crecida te arrastrara. ¿Todavía estás ahí abajo? -Escrutó el suelo pétreo de la montañas que tenía bajo sus pies-. Quiero decir que si ha quedado algo de ti. ¿Cómo fue que quedaste atrapado? Tu compañero fue arrastrado por las aguas.
Quedé atrapado, respondió el otro con voz lúgubre, *es la palabra exacta, Harry. Me arrastré hasta un saliente de roca y allí había una grieta en el muro.*
Cuando subió el agua, traté de introducirme más profundamente en la grieta. Al final quedé atrapado y ya no pude moverme. Llevaba aire, por supuesto, pero lo pasé muy mal. Duré hasta que el aire se acabó...
-Debió de ser terrible -dijo Harry, apiadado.
No perdamos tiempo en estas cosas, dijo el otro. *Tú tienes trabajo que hacer.*
¿En qué puedo ayudarte?
-En dos cosas -dijo Harry-. Primera: ¿cuál era el curso del río cuando tú..., cuando vino la crecida? Y segunda: ¿a qué profundidad calculas que te encuentras de la superficie?
Nadiscu le facilitó las respuestas y Harry le dio las gracias.
-Yo no busco la fuente del río -admitió-, pues es una clase de fuente diferente la que me interesa. Pero si todo sale bien, volveré y te diré hasta dónde he llegado. ¿De acuerdo?
Gracias, Harry. Te quedaré muy reconocido.
Harry se sirvió del continuo y penetró en las montañas, de las que salió para ir a parar a una loma escarpada y cubierta de pinos. Esta vez la interferencia fue tal que Harry tuvo la impresión de que había dado con el sitio. Directamente debajo de él, a una gran profundidad al pie de las montañas, la Puerta que se abría al mundo de los wamphyri lo estaba esperando.

Calculó la distancia hasta su punto de inicio, fijó claramente su localización en su cabeza, no ya sólo en el mundo conocido sino también en el continuo metafísico de Möbius. Era una especie de triangulación mental. Y después volvió al matorral donde había escondido sus cosas.
Media hora más tarde, vestido con el traje de inmersión y el pulmón acuático, provisto de aletas y de una potente linterna sumergible, Harry se dejó resbalar dentro del agua y conjuró una puerta de Möbius. Allí no se veían destellos de ningún tipo. Comenzó a moverse corriente arriba y salió a la oscuridad con sus pies provistos de aletas sobre un lecho cubierto de cantos rodados. La oscuridad era absoluta y la corriente era tan fuerte que obligaba a Harry a inclinarse sobre ella.
Utilizaba la linterna para iluminar el camino que tenía delante y el potente haz de luz que salía de ella cortaba la oscuridad como un cuchillo. Después de dar un salto, sus pies seguían tocando fondo, pero la galería se había estrechado considerablemente, el agua le llegaba al cuello y el camino que tenía enfrente describía abundantes curvas.
Harry siguió avanzando.
De vez en cuando nadaba, pero otras veces se encontraba bajo el agua, cuando no había espacio entre el techo y el río. En ocasiones la galería era amplia como una catedral y el agua muy superficial. Casi sin preverlo, encontró a Gari Nadiscu en la grieta donde había quedado atrapado. Quedaba muy poco de su persona: una sola aleta, un recipiente de aire medio enterrado entre los guijarros…
y el fémur que se había enganchado en la roca.
Harry habría podido ir directamente hacia Nadiscu, se daba perfecta cuenta de ello, pero podía haber riesgos. El espeleólogo había quedado atrapado en un lugar angosto y Harry no quería encontrarse en un lugar difícil y comprometido. Y lo que todavía era más importante: es posible que Nadiscu se encontrara demasiado cerca de la Puerta. Harry ya había experimentado los peligros que suponía usar el continuo de Möbius cerca de una Puerta y quería evitárselos. No, prefería hacer las cosas a su manera. Si surgían dificultades, volver a salir habría sido tan fácil como conjurar una puerta de Möbius. Y de esta manera se acostumbraba al sistema de avistar el camino que tenía delante y saltar después a su interior. Cosa que era prudente, ya que a partir de este punto el camino era totalmente desconocido.
Harry y Nadiscu intercambiaron unas cuantas palabras de aliento y Harry prosiguió su camino.
Cinco minutos más tarde, después de una serie de breves saltos, la puerta de salida de Harry comenzó a lanzar violentos resplandores y pareció que iba a doblarse. Harry salió en aguas profundas y comenzó a nadar, al tiempo que con la linterna iluminaba el camino que tenía delante. La galería era casi circular, con unos treinta centímetros de distancia entre el techo y el agua. No se atrevía a volver a usar el continuo, por lo que concentró todos sus esfuerzos en nadar. La corriente no era muy fuerte, pero aun así obligaba a grandes esfuerzos.
De pronto Harry advirtió delante de él un arco luminoso que resplandecía débilmente. Apagó la linterna y se la colgó del cinturón, sirviéndose de

ambas manos para ayudarse a avanzar con los pies provistos de aletas. El arco iba ensanchándose y la luz haciéndose más intensa. ¡Era luz blanca!
Harry salió a la cueva de la esfera y, agradecido, se encaramó al saliente... donde inmediatamente retrocedió al contemplar lo que había en el suelo húmedo.
Era un cadáver decapitado en fase de descomposición. La cabeza, carne cubierta de fango, estaba también en aquel reborde a una cierta distancia del cuerpo.
-¡Dios mío! -exclamó Harry respirando profundamente.
Se había quitado la válvula que le permitía respirar el aire que llevaba de repuesto, pero se la colocó rápidamente para volver a respirar el aire embotellado.
Así era mejor. Después se puso a examinar el cadáver con más detenimiento, aunque sin tocarlo. La columna vertebral, fracturada, era gruesa, reforzada con huesos suplementarios y con diversos tendones. En realidad, estaba compuesta de dos columnas. ¡Wamphyri! La cabeza debía de contener igualmente un cerebro compuesto, que también estaría desintegrándose.
-¿Y tú quién eras? -le preguntó Harry.
Yo era Corlis, del nido de águilas de lady Karen, gimió, *lástima que fui demasiado ambicioso. Y ahora vete, déjame con mi desgracia.*
-¿Demasiado ambicioso? -preguntó Harry con voz entrecortada-. ¡Eso parece!
Levantó la vista, miró la esfera y la apartó rápidamente. La luz era insoportable. De un bolsillo provisto de cremallera sacó unas gafas oscuras, se las puso y miró a su alrededor. Un poco separado del cuerpo había un *walkie-talkie* moderno, bastante estropeado y con la antena totalmente extendida. Harry lo miró y movió la cabeza. Se dio cuenta de que era un modelo ruso, aparte de lo cual no le parecía oportuno hacer más conjeturas.
En las paredes había varios agujeros, además de las bocas de muchas galerías abiertas en el magma. Cuando Harry vio lo que contenían algunas de ellas se acordó de la historia de Faethor... o de Belos.
En lo alto de la pared curva había alguien sentado, con las piernas resecas colgando por encima de un agujero del magma. Era un ser momificado, porque las filtraciones habían fusionado sus piernas soldándolas a la pared y ya estaban empezando a recubrirlas de resplandeciente calcio. Un cráneo sin ojos, horriblemente deformado, se asomaba también al exterior. La muerte parecía haberlo congelado y por sus mandíbulas, que tenía abiertas y que se asemejaban a las de un lobo, se veían unos dientes que calificaban a aquel ser de carnívoro. Daba la impresión de que aquella criatura miraba con saña a Harry y que su malignidad era permanente e indestructible, pero esto a él no le preocupaba, porque hacía mucho, muchísimo tiempo que aquel ser estaba mirando de aquella manera.
¡Asesino de vampiros!., dijo de pronto con voz acusadora.
Harry se encogió de hombros.

-No puedo negarlo, pero en ese aspecto parece que tú, por lo menos, no tienes ningún tipo de preocupación. Ni tú ni ninguno de los que están aquí.
Ahora otras voces se sumaron a la primera:
¡Pipiolo descarado!
Este lugar está reservado a los wamphyri. ¡Márchate!
¿Quién te figuras que eres para venir a perturbar nuestro sueño de siglos?
-Lo siento -dijo Harry, encogiéndose de hombros-, pero no voy vestido para conversaciones de ningún tipo, ni educadas ni de otra clase. Pero mejor será que os informe. Sé que para un hombre todos vosotros sois exiliados. Es posible que en vuestro mundo fuerais poderosos wamphyri y gente de alto rango, pero aquí no sois más que cosas muertas e insignificantes. Así es como funcionan las cosas.
En cuanto a mí, no os echaré en cara vuestro pasado, siempre que vosotros no me echéis en cara el mío.
Y al cabo de un momento de franca sorpresa, todas las voces se sumaron para decirle:
¿Cómo te atreves...?
-Aquí hace mucho frío -dijo Harry con voz imperturbable-, y por eso voy a cambiarme de ropa. Si cuando vuelva estáis más sociables, podemos empezar desde el principio y olvidarnos de rencores. Si no es así... -y volvió a encogerse de hombros-, seréis vosotros los que saldréis perdiendo, como sin duda testificarán los innumerables muertos... si se dignan perder el tiempo hablando con seres de vuestra calaña...
Sin darles tiempo a responder, cogió la linterna y las aletas y volvió a deslizarse en el agua. Estaba tan fría que le pareció helada, pero sólo sería un momento. Dejó que el río lo arrastrara corriente abajo hasta una distancia prudencial y conjuró una puerta ligeramente combada y flotó a través de ella. Fijó claramente la localización en su mente y volvió a aquel lugar de la maleza donde había dejado sus cosas.
Una vez allí, echó un trago de una botella de bolsillo que contenía brandy y arrojó el frasco lejos de sí. A continuación ató una cuerda de nylon de quince metros de longitud en la boca de una bolsa impermeable, volvió a meterse en aquel río oscuro y salió del continuo de Möbius dentro del agua y en el lugar adecuado.
Tan pronto como el saco con sus cosas se sumergió en el agua comenzó a nadar furiosamente en dirección a la cueva de la esfera. Después de trepar al reborde lateral, subió a él la bolsa con sus cosas y rápidamente se cambió de ropa y se puso prendas de más abrigo. La bolsa contenía también una pesada metralleta, por lo que comprobó la posibilidad de que hubiera podido recibir algún daño a causa de los golpes o del agua. Todo parecía estar en perfectas condiciones.
¡Bah!, oyó mentalmente aquella expresión acompañada de un suspiro, mientras seguía de pie en aquel reborde de roca preguntándose si había olvidado algo. *Va y viene igual que un fantasma. Posee dotes mágicas.*
Harry se sonrió.
-Sí, poseo algunas dotes mágicas, es verdad -dijo-, pero en lo que se refiere a ser un fantasma... pues soy de carne y hueso y más bien sois vosotros los que...

¡Harry!, dijo una voz diferente, una voz asustada, muy primitiva y gutural, una voz casi animal que le hablaba dentro de la mente. *Vete con cuidado, Harry Keogh, porque es peligroso hablar con los wamphyri de la manera que tú hablas con ellos.*
Harry localizó a la persona que había hablado: una criatura aborigen, achaparrada, enana, agachada en una oquedad muy reducida, totalmente apartada de los demás. Una envoltura de estalagmitas la cubría casi completamente, por lo que Harry tenía la impresión de estar conversando prácticamente con una estatua de piedra.
-¿Tú no eres wamphyri? -le preguntó.
¡Ja, ja, ja! soltaron los demás, en parte divertidos y en parte ofendidos. *¿El, wamphyri? ¡Ese es un troglodita, imbécil!.*
-¿Un troglodita? -exclamó Harry mirando tan pronto al troglodita como a los demás, y volviendo a mirar al primero-. ¡Ah, sí, ya recuerdo! Ya me avisaron de que era posible que encontrase aquí uno o dos trogloditas. Y también Viajeros, posiblemente.
Sí, también Viajeros, Harry, dijo otra voz mucho más humana, aunque sonaba muy distante, débil y casi imperceptible. *Por desgracia, nosotros no duramos tanto como los trogloditas y los wamphyri. Me temo que ahora somos poca cosa más que meros recuerdos.*
-Así es que hay varias clases de gentes procedentes del mundo situado al otro lado de la Puerta -dijo Harry con aire reflexivo-. Y no hay ninguno de vosotros que quiera ayudarme, ¿verdad?
Se ajustó las gafas y se afianzó la correa del arma que llevaba colgada del hombro.
-¿Cómo puede ser? Hace muchos millares de años..., centenares por lo menos..., que vosotros, los trogloditas y los Viajeros, estáis muertos y los wamphyri todavía siguen oprimiéndoos. ¡Y yo que esperaba poder pediros consejo!
Levantó la vista y contempló la superficie blanca y deslumbrante de la esfera.
Si hubiera levantado la mano, habría podido tocarla.
¡No *tienes más que pedirlo!,* dijeron varias voces de Viajeros. *En nuestro tiempo luchábamos contra los wamphyri. Les atravesábamos su negro corazón con una estaca y los quemábamos, pero cuando se hicieron con el poder, se vengaron de nosotros. Con todo, no lo sentimos. Así es que habla con nosotros, Harry, porque no somos trogloditas primitivos ni timoratos, sino hombres.*
Sus débiles voces dejaban traslucir un orgullo... que pronto se tradujo en pánico cuando Harry, poniéndose de puntillas, tendió la mano hacia la superficie de la deslumbrante esfera por la parte donde el globo se abombaba por debajo del techo.
¡¡¡Harry, no lo hagas!!!
¡Demasiado tarde! La mano de Harry había tocado la esfera y traspasado la superficie de su envoltura. Harry intentó retirar la mano, intento tan inútil como querer que una piedra lanzada al aire no vuelva a caer sobre la tierra.
Harry oyó la risa siniestra de los wamphyri y los lamentos de los trogloditas y de los Viajeros... Se sintió atrapado, sintió que había

penetrado en la esfera. Al cabo de un rato desaparecieron de su vista la cueva y el río borboteante. Harry sintió que flotaba y que iba subiendo hacia arriba, cada vez más arriba, ingrávido como una pluma que volara en un rayo de luz blanca camino de un lugar diferente...
¡Un mundo diferente!

Capítulo 21

El Habitante - El problema de Perchorsk - En el jardín

Impresionado tal vez por la reacción de los habitantes osificados de la esferacaverna, la primera sensación de Harry fue de pánico. Obedeciendo a su instinto, a punto estuvo de conjurar una puerta de Möbius, casi de tratar de formarla, menos mal que se vio retenido de realizar tal acción con tiempo suficiente para evitar un desastre. ¡Sólo Dios sabe dónde habría podido ir a parar o cómo habría llegado a ese lugar si se hubiera servido de las matemáticas de Möbius dentro del agujero gris!
Así es que Harry se puso a flotar, empujado irresistiblemente hacia arriba, pasó a través de la Puerta y antes casi de que pudiera darse cuenta de ello...
... Su reaparición fue tan súbita como había sido su entrada: pasó a través de la piel de la esfera, resbaló por su curva y fue a parar estrepitosamente sobre un revoltijo de piedras entre la esfera y la pared del cráter. Entonces se dio cuenta de que la esfera estaba dentro de un cráter y de que directamente sobre su cabeza había... ¡una segunda esfera!
Ahora Harry tenía una visión casi completa del cuadro. El rompecabezas estaba prácticamente terminado. La Puerta que acababa de cruzar era la original.
La de arriba, asentada en la boca del cráter, había aparecido simultáneamente con la creación de su gemela -su otro «extremo»- en Perchorsk. Tal vez la presencia de la primera había influido de alguna manera en la ubicación de la segunda, aunque esto era algo que Harry no podía asegurar. Quizá Möbius lo sabía.
Salvo que...
Si aquel cadáver decapitado de la cueva había pasado en época relativamente reciente, como el *walkie-talkie...*, ¿no estarían los wamphyri sirviéndose de la esfera original como de un sitio en el que arrojar los desechos? ¿Y por qué tirar una radio? Sin embargo, había algo seguro: habían atravesado la esfera. Habían entrado en la esfera -en esta esfera- desde este lado. Y si ellos habían encontrado el camino hacia abajo, él bien podía hacer su camino hacia arriba. Tan pronto como se le ocurrió la idea, vio las galerías del magma que recorrían la roca.
Estaban por todas partes, abriéndose paso a través de la sólida roca en todos los ángulos.
Debajo del *duffle-coat,* Harry llevaba todavía la linterna suspendida del cinturón. La cogió, miró a una galería horizontal y la enfocó. El agujero, después de un trecho, torcía hacia la derecha y se doblaba violentamente hacia abajo. Harry lo dejó y volvió a salir. Trató de examinar otros agujeros sin mejores resultados. Pero después, cuando hacía el quinto intento...
... Encontró otro agujero que subía no tan bruscamente que lo obligase a caer resbalando hacia abajo. Giraba luego a un lado siguiendo a la izquierda, después volvía a empinarse de manera más acentuada, seguía recto y torcía hacia la derecha. Después de otro tramo horizontal se

disparaba casi verticalmente hacia arriba. Harry, de pie, apagó la linterna. Después de la sensación de claustrofobia provocada por el agujero, ahora se sentía algo mejor, era como si se encontrase en el fondo de un pozo poco profundo. Arriba, extrañas constelaciones de estrellas refulgían vivamente en un cielo negro acharolado. Harry levantó una mano... el borde del agujero estaba como mínimo a sesenta centímetros más allá de su alcance.

Dobló las rodillas y dio un salto. ¡Era difícil eso de saltar para alcanzar el borde en el reducido espacio de un agujero que no llegaba a tener un metro de diámetro! Sobre todo llevando un *duffle-coat,* una pesada metralleta, un cargador de repuesto y doscientas balas en los bolsillos.

¡El arma!

Harry se descolgó el arma del hombro y extendió totalmente la cuerda.

Cogiendo el arma por el cañón, metió la caja por la suave galería del agujero y colgó la pistola del borde del mismo. Después, apoyándose contra la pared, se sirvió de los codos y de las rodillas para ganar suficiente altura y meter el pie en la anilla de la eslinga que quedaba colgando. Después ya fue fácil. Enderezándose gradualmente, salió de la galería y subió el arma tras él.

Quedó un momento jadeando por el esfuerzo y exploró el terreno circundante.

De la misma manera que aquella visión había afectado a Zek Föener, a Jazz Simmons y a otros antes que a él, también afectó a Harry. La Tierra de las Estrellas a la puesta del sol era... espectral.

Sin embargo, mientras observaba la Tierra de las Estrellas también había quien lo estaba observando a él. Entre las sombras proyectadas por las grandes piedras de la parte oeste se movían sombras de ojos penetrantes, y una cosa pasó rauda por encima de su cabeza y lanzó un grito que los oídos de Harry eran incapaces de detectar. Después el gran murciélago *Desmodus* emprendió veloz huida hacia el este, como si se dirigiera a un lugar distante, mientras en tierra un troglodita se disponía a huir corriendo hacia el oeste, llevándose sus manos correosas a su cara de hombre de Neanderthal y emitiendo un grito que retumbó hasta muy lejos. El grito había sido oído, recogido, transmitido. Un grupo de trogloditas rezagados y dispersos sobre una extensión de bastantes kilómetros fue pasándose el pavoroso mensaje, que fue recibido casi al mismo tiempo en el recinto central y en el jardín del Habitante. Pero mientras lord Shaithis, señor de los wamphyri, ordenó que un elemento volador se preparase y bajase hasta los compartimentos de lanzamiento, el Habitante no disponía de ese tipo de transporte, por lo que se limitó a inclinar la cabeza y a escuchar un momento, a volver los ojos hacia el este y a suspirar. No cabía la posibilidad de dudar de la identidad del recién llegado, porque el Habitante lo habría reconocido y habría identificado aquella mente en cualquier lugar y en cualquier momento.

Después de tantos años, al final había venido. Y nada menos en aquel momento. Bueno, lo único que podía hacer era darle la bienvenida. ¿Y quién podía negar que pudiera necesitarse urgentemente su presencia dentro de muy poco tiempo? En consecuencia, el Habitante se fue directamente hacia Harry, donde éste ya estaba aguardando desde hacía

varios minutos, cerca de la resplandeciente esfera, con la vista clavada en el mundo de los wamphyri...
Harry contemplaba fijamente las chimeneas que se levantaban a distancia, preguntándose acerca de ellas de la misma manera que Zek, Jazz y otros también se lo habían preguntado antes que él. De pronto tuvo la sensación de ser vigilado.
Se volvió, se agachó, cogió el arma y la amartilló. A unos cuarenta metros al norte de la esfera, en la llanura cubierta de piedras, una figura inmóvil lo estaba contemplando. Era la figura de un ser flaco, a Harry le pareció un hombre, de rostro dorado cuyos destellos se reflejaban en la brillante esfera.
-¡No dispares! -le gritó el otro con una voz ni joven ni vieja, levantando una mano-. No hay peligro alguno, por lo menos de momento.
La voz tenía algo especial. Harry se distendió un poco e inclinó la cabeza a un lado con aire interrogativo.
-¿De momento?
-Sí -dijo el otro-, pero lo habrá pronto. ¡Mira!
Y señaló el cielo por la parte este. Harry miró hacia el lugar que indicaba.
En el cielo se apreciaban unas manchas oscuras que iban creciendo por momentos. Había dos cerca y otras que eran meros puntos situados más atrás.
Venían de la parte de las columnas. Una de las manchas estaba provista de alas y tenía una forma que recordaba la de una manta. La otra era una figura que parecía arrancada de una pesadilla. Era gigantesca y lanzaba chorros a través del cielo igual que un calamar.
-Yo diría que éste es Shaithis -dijo el Habitante, señalándolo con el dedo-.
Y el otro será alguno de sus guerreros. Y detrás de los dos, ¿no ves?, más criaturas voladoras, acompañadas de un par de lugartenientes de Shaithis.
-¿Wamphyri? -aventuró Harry.
-¡Oh, sí! Mejor será que te acerques.
¿Acercarse? Harry creía saber por qué se lo pedía: para apartarlo de la Puerta. También conocía la voz. No es que la conociera, que eso no era posible, pero la conocía. Obedeció lo que le acababa de ordenar y entretanto las formas voladoras se fueron acercando.
Las que iban delante, Shaithis sobre una bestia voladora y un guerrero sin jinete, comenzaron a descender. Primero se pusieron a volar en círculo, la bestia en la que volaba Shaithis a nivel más bajo que el otro, mientras sus alas inmensas levantaban polvo y arena de la llanura y los proyectaban hacia los rostros de Harry y del Habitante. Su sombra se cernió sobre ellos y cubrió las estrellas, al tiempo que la voz estentórea de Shaithis gritaba:
-¡Rendíos, rendíos ahora a lord Shaithis!
-¿Estás preparado, padre? -dijo el Habitante, sacando al mismo tiempo una ala fuera de la capa.
Harry entonces creyó. ¡No, Harry supo! El niño que había estado buscando tenía ocho años y este hombre tenía por lo menos veinte, aunque los dos fueran uno y el mismo. Ahora no importaban las razones. Todo el mundo de Harry, toda su vida estaban llenos de cosas tan extrañas como aquélla. Y más extrañas aún.

-Estoy preparado, hijo -respondió, con la voz algo vacilante-. Pero…
¿surtirá efecto aquí?
-¡Claro que surtirá efecto! Lo que pasa es que no se puede hacer demasiado cerca de una Puerta.
-Lo sé -dijo Harry-, ya lo probé una vez.
Shaithis hizo que su bestia se posara en tierra en dirección oeste, mientras su guerrero caía en dirección este. Había otras formas que atisbaban en el cielo, casi directamente sobre la cabeza.
-¡Hola, Habitante! -dijo Shaithis bajando de su montura-. ¡Parece que te he cogido!
-Déjame que te lleve a nuestro jardín -dijo Harry hijo a su padre.
Harry dio un paso adelante, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza.
Y sintió la capa de su hijo que lo envolvía.
Shaithis, avanzando a grandes pasos, se paró bruscamente. De la llanura se levantaba un polvo que adquiría la forma de un espíritu, el cual se arremolinaba en el vacío que los dos hombres habían dejado tras de sí. Habían desaparecido.
Durante unos momentos que parecían eternos, Shaithis se quedó en su sitio olisqueando el aire con su hocico plano y retorcido. Después las ventanas de la nariz despidieron llamas y los ojos le brillaron furiosos. Echó la cabeza para atrás y lanzó un rugido. Y mientras los ecos del grito resonaban por la llanura, profirió una maldición e hizo una promesa:
-Habitante, ¡te cogeré! -gruñó-. A ti, a tu jardín y todo cuanto posees.
Seré el dueño de tu magia, de tus armas, de la capa que te hace invisible, de todos tus secretos. ¿Me oyes? Te cogeré a ti y cogeré a los habitantes de los infiernos y lo cogeré todo. Y cuando lo tenga todo, me convertiré en el señor más poderoso que ha habido nunca y que nunca habrá. Esto es lo que dice Shaithis de los wamphyri.
¡Deja que pase el tiempo!
Los ecos de sus gritos, de su maldición y de su promesa se perdieron en la distancia y durante un largo espacio de tiempo Shaithis se quedó solo con sus oscuros pensamientos de wamphyri…
Diez días más tarde…
En Perchorsk, Chingiz Khuv pasaba revista a sus soldados, los inspeccionaba y les daba órdenes. Eran los «Komandos de Khuv», según él: un pelotón de soldados de infantería bien seleccionados, procedentes del grupo de los famosos voluntarios de Moscú. Se trataba de treinta hombres armados y de las máquinas correspondientes, especialmente uniformados (o pintadas, las máquinas) con los colores que correspondían a su labor: traje de combate negro, discos blancos en la parte superior de los brazos, con las acostumbradas insignias de la graduación con la hoz y el martillo encima. Sus vehículos -cinco camiones ligeros con sus remolques *upo jeep,* además de tres motocicletas de escolta, todos ellos esperando en el sector de carga y descarga del Projekt- eran igualmente de color negro, con el disco blanco de la Puerta en los laterales. No llevaban matrícula ninguna ni disponían de documentación. El sitio al que se dirigían no requería este tipo de trámites.

Durante los diez días siguientes estos hombres dormirían en un almacén habilitado del Projekt, es decir, permanecerían en las mismas instalaciones, serían informados, se les facilitarían toda clase de detalles sobre lo que los esperaba, se les mostrarían películas de lo mismo y recibirían un entrenamiento intensivo en el uso de lanzallamas manejados por un solo hombre y de tres unidades mas grandes, transportadas por remolques. Su misión consistiría en meterse en la esfera a través de la Puerta y en establecer un campamento base al otro lado. En resumen, se trataba de un cuerpo expedicionario.
Aquellos hombres habían sido seleccionados cuidadosamente. No dejaban personas queridas, tenían pocos amigos y familiares y eran voluntarios, como correspondía a la historia y tradiciones de su regimiento. Y eran tan fuertes como correspondía a los soldados de infantería.
Desde el rellano situado en lo alto de las escaleras de madera, Viktor Luchov observaba cómo Khuv se pavoneaba y escuchaba sus palabras al pasar revista al pelotón formado sobre los tablones de la circunferencia del anillo de Saturno.
Contemplaba los rostros de los treinta hombres, todos ellos con gafas negras, que iban siguiendo arriba y abajo, abajo y arriba, el ir y venir de Khuv mientras les dirigía la arenga de bienvenida.
Bienvenida... ¡ja!
Luchov se preguntaba si el nuevo mundo hostil que se proponían invadir también les daría la bienvenida. ¿De qué manera les daría la bienvenida?
Por fin acabó la introducción inicial a Perchorsk y Khuv pasó el mando a su sargento mayor 2I/C, los hombres rompieron filas y se les dio orden de que abandonaran el lugar ordenadamente y volvieran a sus puestos de acantonamiento.
Subieron las escaleras en fila india, pasaron junto a Luchov y desaparecieron a través de los niveles del magma. Khuv fue el último en salir y, al levantar la cabeza, se dio cuenta de que Luchov lo estaba aguardando en lo alto de las escaleras.
-Y bien -dijo subiendo hasta el rellano-, ¿qué te han parecido?
-He oído lo que les has dicho -repuso Luchov con voz fría, un poco distante-. ¿Qué importancia tiene lo que yo pueda pensar de ellos? Sé a qué sitio se los destina y, por tanto, sé que son hombres muertos.
Los ojos oscuros de Khuv eran brillantes, febriles y, aunque delataban excitación, se negaban a indicar la causa. Eran realmente inescrutables.
-No -dijo negando con un gesto-, estos hombres sobrevivirán. Son los mejores. Son hombres de acero contra monstruos de carne y hueso. Saben valerse por sí mismos, trabajan en equipo perfectamente coordinado y dispondrán de las mejores armas personales que podemos facilitarles... harán algo más que simplemente sobrevivir. Frente a los seres primitivos que sabemos que hay al otro lado -y al decirlo lanzó una ojeada a la Puerta deslumbrante de luz- serán como superhombres. Director, estos hombres son una cabeza de puente que nos unirá al nuevo mundo. Una cabeza de puente militar, en esto estoy de acuerdo, pero esto es algo temporal. Un día que no tardará en llegar -y en este punto a Luchov le pareció que los ojos de Khuv se empequeñecían ligeramente- también tú podrás visitar ese otro mundo, es decir, cuando ellos consigan

que para ti suponga visitar un lugar seguro. ¿Y quién podría decir qué recursos nos esperan allí? ¿Quién sabe qué riquezas encierra? ¿No lo entiendes? Ellos reclamarán y civilizarán este mundo para la URSS.
-¿Serán unos pioneros? -Luchov, que no parecía nada impresionado, prosiguió-: Son soldados, comandante, no colonizadores. Su función primordial no es explorar, sino matar.
Khuv volvió a negar con un gesto de la cabeza.
-No, su función primordial es protegerse a sí mismos y a la Puerta: abrirla, impedir que del otro lado nos llegue ningún daño. A partir del momento en que entren, esta Puerta se convertirá literalmente en un camino que irá de aquí a allí.
Yo a esto le llamo seguridad.
-Y en cuanto a ellos, ¿qué? -ahora la voz de Luchov todavía era más fría que antes- ¿Saben que no pueden volver?
-No, no lo saben -fue la respuesta inmediata de Khuv- y no se lo vamos a decir. Probablemente lo entiendes: eso no se les puede decir. También tengo instrucciones para ti en relación con ésta y con otras materias...
-¿Instrucciones para...? -estalló Luchov-. ¿Que tienes instrucciones para mí?
Khuv estaba impasible.
-De la autoridad máxima. ¡La máxima! Tan sólo yo me ocupo de todo lo concerniente a esos soldados, director.
Y al decir esto se sacó y tendió a Luchov un sobre sellado en el que se veía el escudo del Kremlin.
-En cuanto a lo que has dicho de que no volverán, es verdad. No volverán inmediatamente, pero al final...
-¿Al final?
Luchov echó una ojeada al sobre y lo apartó.
-Sí, al final -dijo con una sonrisa irónica-. ¿Cuánto tiempo necesitamos?
Hace más de dos años que esta Puerta está aquí, ¿y qué hemos aprendido del mundo que hay al otro lado? ¡Nada! Sólo sabemos que es una tierra de...
monstruos. Ni siquiera hemos llegado a comunicar con el otro lado. Esto es lo que haremos en primer lugar -dijo Khuv-: pondremos teléfonos de campaña.
-¿Qué?
-Nosotros sabemos que el sonido atraviesa la esfera, y también la luz. ¡En ambas direcciones! Aunque el efecto resulte distorsionado, los hombres pueden hablarse y comunicarse entre sí. Estos hombres, cuando pasen al otro lado, tenderán un cable que se podrá probar tan pronto como hayan dado unos pasos hacia el interior. Y si esto no da resultado, instalaremos semáforos temporales. Por lo menos así sabremos qué pasa allí dentro, qué ocurre al otro lado.
Luchov negó con un movimiento de cabeza.
-Con todo, esos hombres no volverán -dijo.
-De momento, no; ahora, no -intervino Khuv tajante, haciendo rechinar los dientes y perdiendo la paciencia-, pero si hay un camino de regreso, lo encontraremos. Aunque suponga tener que construir otro Perchorsk.

Luchov dio un paso atrás, pero volvió a adelantarse prontamente cuando la parte baja de la columna vertebral chocó con la barandilla.
-¿Otro Per...? -dijo al tiempo que se quedaba con la boca abierta-. En ningún momento he considerado...
-No creo que te corresponda a ti considerarlo, director -dijo Khuv sonriendo entre dientes y con la cara convertida en una máscara trágica, desprovista de toda emoción-. De todos modos, puedes considerarlo ahora. Y deja de preocuparte por estos hombres. Si quieres preocuparte, preocúpate por ti y por tu equipo. Esto también lo encontrarás en las órdenes que aquí se especifican. Una vez establecida la cabeza de puente..., el siguiente eres tú.
Luchov se tambaleó y tuvo que agarrarse a la barandilla. Estaba furioso, pero la sorpresa lo había dejado mudo; en ese momento Khuv se dio la vuelta. Cuando Luchov pudo encontrar la voz, gritó:
-¡Con qué limpieza has sabido escapar de la red, comandante!
Khuv se paró y se volvió lentamente para mirarlo. Estaba más pálido que nunca.
-No -dijo al tiempo que negaba también con la cabeza, y mientras la nuez del cuello le subía y le bajaba al pronunciar esas palabras-, porque ese extremo también figura en las órdenes. Te alegrará saber que dentro de diez días exactamente tendremos que separarnos, Viktor, porque cuando ellos vayan al otro lado, yo iré con ellos.
Al otro extremo del pozo que se abría a través de los niveles del magma, oculto en una esquina para que nadie pudiera verlo, Vasily Agursky se estaba enterando de toda la conversación. Ahora, mientras las pisadas de Khuv resonaban sobre los tablones de madera, se volvió y escapó en silencio hacia los niveles superiores. Llevaba zapatos de suela de goma y se movía con la agilidad de un gato. No como un lobo. Echó a correr y, al comprobar la fuerza de sus muslos y darse cuenta de que lo propulsaban sin esfuerzo por su parte, sintió un extraordinario deleite. ¿Era fuerza aquello que sentía? Ni siquiera en su juventud había experimentado una potencia como aquélla. Ni aquellas pasiones, ni aquellos deseos, ni aquellas ansias...
Pese a la rapidez y a los movimientos furtivos de Agursky, Khuv lo descubrió antes de que pudiera desaparecer de su campo de visión. No fue más que un atisbo, pero provocó en Khuv un gesto de disgusto. Sus preocupaciones y, como remate, su atención se centraron en Agursky, sin saber exactamente por qué.
Últimamente Khuv no lo había visto muy a menudo, pero aunque no habría podido poner las manos en el fuego para asegurarlo, sospechaba que algo funcionaba mal.
Lo acababa de ver, veloz como un cervatillo, con la cabeza proyectada hacia adelante, silencioso y fantasmal como un espectro.
Khuv, moviendo la cabeza, se preguntó qué debía de ocurrirle a aquel extraño científico, qué cosa se había apoderado de él.
A la mañana siguiente muy temprano Khuv se despertó sobresaltado al oír el clamor provocado por las alarmas. Al despertarse tuvo la sensación de que su corazón se había parado y, de un salto, le subía a la garganta, hasta que se dio cuenta de que se trataba de la alarma general, es decir,

no de aquel maldito protector de fallos de Luchov. ¡Gracias a Dios!, pensó, a pesar de no tener ninguna fe en él.
Al rato, mientras se vestía a toda prisa, oyó que alguien llamaba a la puerta.
La abrió y entró el untuoso Paul Savinkov, aunque ahora, aparte del sudor que cubría su rostro asustado, graso y brillante, no había nada propiamente viscoso en él. Ahora no olía a grasa sino a miedo.
-¡Comandante! -dijo jadeando-. ¡Camarada! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!
Khuv lo zarandeó.
-Pero, di de una vez qué te pasa, hombre -rugió Khuv-. Siéntate, antes de que te caigas.
Y empujó a Savinkov hacia una silla.
El gordo «esper» estaba temblando y se estremecía como si su cuerpo fuera de gelatina.
-Lo siento... lo siento -dijo-, lo que pasa es que... es que...
Khuv le dio un revés, y a continuación le propinó un sopapo.
-Ahora quizá querrás decirme qué te pasa -refunfuñó.
El furor de los dedos de Khuv había dejado señales en el rostro de Savinkov, cuyos ojos perdieron su fulgor al tiempo que movía la cabeza, como si fuera él quien acabase de despertarse y no Khuv. Éste tuvo la impresión de que estaba a punto de romper a llorar. El comandante se dijo que, como lo hiciera, le daría un puñetazo directo a los dientes.
-¿Y bien? -gruñó.
-Se trata de Roborov y de Rublev -dijo Savinkov casi sin aliento-, ¡muertos los dos!
-¿Cómo?
Khuv pensó que debía tratarse forzosamente de una pesadilla, que no podía ser otra cosa.
-¿Muertos? Pero ¿cómo demonios ha sido? ¿Ha ocurrido un accidente?
Terminó de vestirse y se puso los zapatos.
-¿Un accidente? -dijo Savinkov sonriendo igual que un idiota, aunque al instante hizo una mueca que indicaba que iba a ponerse a llorar-. ¡Oh, no... no ha sido un accidente! Cuando ocurrió, sus pensamientos me despertaron... y debo decir que sus pensamientos eran espantosos.
-¿Pensamientos?
Khuv, que todavía no estaba completamente despierto, parecía buscar una explicación. Savinkov, por supuesto, poseía dotes de telepatía.
-¿De qué clase de pensamientos se trataba?
-Algo..., algo los estaba atacando. En la habitación de Roborov. Creo que habían estado jugando a las cartas, que jugaban dinero, y que Roborov estaba perdiendo mucho. Fue al lavabo y, al salir... encontró a Rublev prácticamente muerto. Algo lo tenía agarrado por el cuello. Roborov trató de arrancárselo, pero entonces se revolvió contra él. ¡Oh, Dios mío... he sentido cómo se moría! ¡Oh!, ¡ah!
-¡Continúa, hombre! -dijo Khuv, cuya respiración ahora era jadeante.
-Agarró la cosa, le dio la vuelta y entonces la vio. Lo que entonces pensaba fue esto: «¡No lo puedo creer! ¡Madre mía, ayúdame! ¡Santo Dios, sabes que te he amado siempre! ¡No dejes que esto ocurra!» -¿Eso fue lo que pensaba?

-Sí -dijo Savinkov sollozando-. Todo lo demás eran cosas de fondo, pero lo que me despertó realmente fueron estos pensamientos de Roborov. Y cuando murió... también lo vi.
-¿Qué es lo que viste?
Khuv tenía cogida la cara de Savinkov entre las palmas de las manos.
-¡Oh, Dios, no lo sé! No era humano... ¿O quizá lo era? Una verdadera pesadilla. Era su forma lo que... no encajaba. Era como... como lo que está en el tanque de vidrio.
Khuv sintió que se le helaba la sangre. Se llenó los pulmones de aire y lo expulsó en la cara de Savinkov. Después lo agarró por las solapas y lo obligó a arrodillarse a sus pies.
-Llévame allí enseguida -dijo con brusquedad-. ¿La habitación de Roborov?
Sé dónde está. ¿Estabas tú allí? ¿No? ¿Quién hay allí entonces? ¿No lo sabes?
¡Imbécil! ¡Vamos a esa habitación ahora mismo!
De camino advirtieron que las alarmas dejaban de sonar.
-Bueno, menos mal que esto se ha callado -refunfuñó Khuv, dando un empujón a Savinkov, que caminaba delante de él-. Por lo menos ahora puedo pensar. Una cosa, ¿estás seguro de que no recuerdas si se lo has dicho a alguien?
Quiero decir que si, olvidándote de todos los procedimientos, has venido a verme directamente a mí. ¡Como sean imaginaciones tuyas, te aseguro que...!
Pero no lo eran.
Junto a la puerta de la habitación de Roborov había un soldado somnoliento y nervioso montando guardia. Al ver a Khuv y a Savinkov los saludó con torpeza.
Éstos se precipitaron hacia él. Dentro de la habitación había dos «espers» más y un agente de la KGB llamado Gustav Litve. Todos estaban pálidos como muertos y parecían profundamente impresionados. La razón quedaba justificada al echar una ojeada a lo que había en el suelo.
Nikolai Rublev habría podido ser el hermano gemelo de Savinkov. Esto fue lo que pensó Khuv al mirar al suelo y torcer el gesto ante lo que veían sus ojos.
Habían sido bastante parecidos, pero ahora había diferencias entre los dos; la principal, que Savinkov seguía vivo. E intacto, además.
Lo que había matado a Rublev se había llevado media cara. En efecto, le faltaba la parte carnosa del lado izquierdo de la cara, arrancada del hueso, desde la oreja a la nariz y de aquí a la barbilla. Sin embargo, no se trataba de la labor realizada por un escalpelo o un cuchillo, sino que la carne estaba desgarrada.
Aparte de esto, tenía la garganta sajada, como abierta por un animal, y las principales arterias aparecían seccionadas y a la vista. A Khuv le sorprendió no ver sangre.
Tal vez había dicho algo en voz alta porque su subordinado Litve dijo:
-¿Señor?
-¿Cómo? -dijo Khuv levantando la vista-. No, nada. Ve a buscar a Vasily Agursky, ¿quieres, Gustav? Y tráemelo aquí. Quiero saber qué clase de

animal puede ser el autor de este atropello; es probable que él sepa decírmelo.
Cuando ya se dirigía hacia la puerta, Litve se volvió y dijo:
-El otro no está mucho mejor, señor.
-¿El otro?
El cerebro de Khuv todavía no funcionaba a pleno rendimiento.
-Roborov.
Khuv se dio cuenta de que se había distraído un momento. Para compensar la distracción, preguntó:
-Era colega tuyo, ¿verdad?
-Sí, lo era, señor -respondió Litve antes de salir.
Detras de una mesa volcada, sobre un montón de billetes y naipes ensangrentados, estaba «el otro», Andrei Roborov. Los dos «espers», de pie, lo estaban observando. Khuv los apartó de un empujón y observó también el cadáver.
El rostro de Roborov era la máscara del terror en estado puro. Parecía que sus ojos muertos iban a saltársele de las órbitas, que las mandíbulas se abrían en un rictus helado de terror, que tenía la lengua, azulada y brillante, proyectada hacia afuera.
Si en vida había sido un ser de aspecto cadavérico, muerto resultaba absolutamente grotesco. Su delgada cabeza, desde las orejas hacia arriba, parecía comprimida por una prensa hasta su total aplastamiento. El cráneo estaba hundido y por las grietas y los agujeros, aparecían marcas hechas con los dientes, manaba sangre y los fluidos propios del cerebro.
-¡Santo Dios! -exclamó Khuv.
A lo cual uno de los «espers» añadió:
-Algo le ha mordido la cabeza como si fuera una manzana. Comandante, fíjese en sus brazos.
Khuv los miró y se dio cuenta de que ambos estaban rotos a la altura de los codos, estaban torcidos para atrás hasta la dislocación total de la articulación. En cualquier caso, había encontrado una forma simple y efectiva de evitar que Roborov luchara con él.
Khuv movió la cabeza y tuvo la sensación de que la garganta se le hinchaba.
Casi podía sentir que el pulso del Projekt iba acelerándose a medida que avanzaba la mañana y el sitio comenzaba a cobrar vida. Notaba bajo los pies un débil latido, que parecía proceder del corazón de una bestia enorme. Y dentro de la bestia todavía había otra, más pequeña, que había hecho aquello. ¿O tal vez era más grande? ¿Qué clase de bestia podía ser? Seguramente no era humana, pero si no lo era...
En el pasillo había un teléfono. Khuv corrió hacia él y llamó al oficial de servicio del protector de fallos. Sin dejar que el hombre pudiera decir nada, le espetó:
-¿Es que estás durmiendo? ¿Has estado durmiendo cuando te tocaba estar de servicio?
-¿Con quién hablo? -dijo una voz muy despierta desde el otro extremo del hilo.
Khuv reconoció la voz: era un científico experimentado del equipo de Luchov, una persona extremadamente responsable.

-Soy el comandante Khuv -dijo éste bajando la voz-. Parece ser que hay un intruso entre nosotros. Es indudable que tenemos un asesino.
-¿Un intruso? -dio la voz desde el otro extremo como endureciéndose-.
¿Dónde está usted, comandante?
-Estoy en el pasillo, junto al cuartel general de la KGB. ¿Por qué?
-¿Se está refiriendo a un intruso del exterior o a un intruso que ha entrado por la Puerta?
-Pues mire usted, es evidente que ésta es la razón de que lo llame -le soltó Khuv-. ¡Para descubrirlo!
El otro, en tono igualmente malicioso, le replicó:
-En cuyo caso es evidente que el intruso de que habla ha venido de fuera, ya que, de lo contrario, usted ahora estaría ardiendo, ¿verdad, Khuv?
-Yo...
-Oiga, tengo las pantallas frente a mí y veo que todo está normal, salvo que todo el mundo se ha puesto un poco nervioso debido a estas malditas alarmas.
¡Nada, lo repito, no ha pasado nada absolutamente por la puerta!
Khuv colgó violentamente el teléfono y fulminó el aparato con la mirada. Era evidente que allí andaba algo suelto, algo suelto que alguien había soltado...
¿Quién? ¿La Rama-E británica?
Volvió corriendo a la habitación de Roborov y dijo a los dos «espers»:
-¡Fuera, salid de aquí inmediatamente! Si averiguáis alguna cosa, hacédmela saber, pero si no hay nada nuevo, dejadlo en manos de mis agentes.
Savinkov estaba haciéndose todo lo pequeño e insignificante que podía en un rincón de la habitación.
-¡Tú! -dijo Khuv-. Hay otros tres hombres de la KGB apestando en sus camas al final del corredor, a un tiro de piedra del escenario de un doble asesinato.
Ve a despertar inmediatamente a esos hijos de puta. Diles que los quiero aquí ahora mismo.
Savinkov desapareció.
Khuv puso a los «espers» en el pasillo y cerró la puerta del cuarto de Roborov. Viktor Luchov, que acababa de llegar, parecía desorientado y sólo despierto a medias.
-No entres -le advirtió Khuv.
Luchov miró fijamente al oficial de la KGB y tuvo el acierto de hacerle caso.
-Pero ¿qué ha ocurrido?
-Asesinato... por lo menos, así lo creo.
-Pero no lo sabes -dijo Luchov, que lo miraba boquiabierto.
-Sé que hay dos personas muertas y que si el ser que las ha matado es humano, se trata de un asesinato.
Luchov estaba despertándose rápidamente por momentos.
-¿Tan grave es esto? ¿Has hecho las averiguaciones pertinentes en el protector de fallos?
-Sí a las dos preguntas -contestó Khuv, tajante.
-Pero...

-No hay peros -volvió a interrumpirlo Khuv-. Si se trata de algo que ha pasado por la Puerta, quiere decir que es invisible.
En este momento volvió Litve con Agursky. Los ojos de Khuv se dirigieron inmediatamente al pequeño científico. Sin embargo... daba la impresión de que Agursky no era tan bajo como antes. Iba un poco encorvado, por supuesto, pero si se hubiera puesto un poco más erguido...
Agursky no iba vestido y llevaba encima una bata. Sin embargo, iba con gafas negras.
-¿Le pasa algo en los ojos? -dijo Khuv frunciendo el entrecejo.
-¿Cómo? -dijo Agursky mirando de reojo al comandante a través de las gafas oscuras-. ¡Oh, sí! Es algo que me ocurre de cuando en cuando: fotofobia. La culpa la tiene eso de vivir aquí abajo... lejos de la luz natural. ¡Tanta luz artificial!
Khuv asintió con un movimiento de cabeza. Ya tenía bastantes preocupaciones personales para que, encima, tuviera que preocuparse ahora por las rarezas de Agursky.
-Aquí dentro hay dos hombres muertos -dijo, e indicó con un gesto de cabeza la habitación de Roborov.
Agursky no pareció excesivamente impresionado. Abrió la puerta e hizo el gesto de entrar. Khuv lo cogió por el brazo y sintió la tensión que había en él. Era extraño, pues ésta no se manifestaba en sus movimientos ni en sus gestos.
-Quiero que me diga qué los ha matado, si es que puede. Una idea, por lo menos. Gustav, entra con él.
Mientras los dos estaban en la habitación, Khuv explicó a Luchov todo lo que sabía. Imposible trabajar si el director del Projekt metía las narices en todas partes.
Mejor incorporarlo desde el principio. Al llegar a este punto, Litve y Agursky salieron de la habitación. Litve seguía estando muy pálido, mientras que Agursky parecía estar como siempre.
-¿Alguna idea? -le preguntó Khuv.
El otro negó con la cabeza y desvió los ojos.
-Algún ser extremadamente fuerte, inmensamente fuerte. Sin duda, una bestia.
-¿Una bestia? -le soltó con brusquedad Luchov.
Agursky le echó una ojeada.
-Es una manera de hablar, director. Indudablemente se trata de una bestia humana, de un asesino. Pero, como ya he dicho, de un hombre muy fuerte y de grandes proporciones.
-¿Y las marcas de dientes en el cráneo de Roborov?
-No. Tenía el cráneo machacado con un martillo o herramienta similar. Sí, algo así como un martillo pequeño, pero manejado con una fuerza considerable.
Acordándose de toda aquella sarta de disparates que le había soltado Savinkov, Khuv intervino:
-Pero yo cuento con un «esper» -dijo-, Paul Savinkov, que dice que él «ha visto» al asesino. Y añade, además, que ha sido una visión de pesadilla.
Agursky ya había empezado a marcharse, pero de pronto giró en redondo y volvió.

-¿Dice que él lo ha visto?
-Sí, mentalmente.
-¡Ah! -dijo Agursky, cayendo en la cuenta, sonriendo y encogiéndose de hombros como excusándose-. Bueno, mi ciencia sólo tiene en cuenta la evidencia física, comandante. La metafísica no es lo mío. ¿Me va a necesitar de momento? Lo digo porque ahora tengo mucho que hacer y...
-Sólo una cosa más -dijo Khuv-. Dígame, ¿qué ha hecho usted de la criatura muerta que estaba en el tanque?
-¿Qué he hecho con ella? Pues fotografiarla, estudiarla hasta el punto de examinar sus cartílagos y sus huesos y, finalmente, destruirla y quemarla.
-¿Quemarla?
Agursky volvió a encogerse de hombros.
-Naturalmente, después de todo venía del otro lado de la Puerta. No tenía nada más que enseñarnos. Mejor no correr riesgos con esta clase de seres, ¿no le parece?
Luchov le dio unas palmadas en el hombro.
-Por supuesto, Vasily, por supuesto. Y muchas gracias por todo.
-Si volvemos a necesitarlo, se lo haré saber -dijo Khuv-, pero me parece que, con un poco de suerte, no lo llamaremos.
Después, dirigiéndose a Luchov, dijo:
-¡Dios mío, este hombre me ataca los nervios!
-Es el sitio lo que ataca los nervios a cualquiera... -murmuró Luchov.
Así que Agursky se marchó, volvió Savinkov acompañado de los agentes de la KGB al mando de Khuv. Habían pasado por un entrenamiento policial y se trataba de un caso rutinario de asesinato.
Khuv les echó una filípica. Iban vestidos de cualquier manera y no se habían afeitado. Su superior les afeó eso y los puso al corriente de lo que había ocurrido y de lo que quería de ellos. Entraron en la habitación de Roborov. Savinkov entretanto había desaparecido, probablemente se había escabullido antes de que Khuv pudiera encontrarle algún nuevo trabajito.
Pero cuando Khuv y Luchov se disponían a volver a los niveles superiores, el hombre dotado de poderes telepáticos regresó. Le flaqueaban las piernas, sollozaba, parecía totalmente privado de coordinación.
-¡Comandante, socorro! Yo... yo... ¡ay, Dios mío!
Khuv se abalanzó sobre él y le dijo gritando:
-¿Y ahora qué pasa, Paul?
-¡Es Leo! -dijo respirando trabajosamente.
-¿Leo Grenzel? ¿El localizador? ¿Qué le pasa a Leo?
-Me estaba preguntando por qué no había detectado la presencia del intruso y decidí ir a verlo a su habitación -dijo Savinkov farfullando las palabras-. La puerta estaba abierta... entré y...
Khuv y Luchov se miraron con una expresión muy parecida: sorpresa, incredulidad, horror. El razonamiento de Savinkov era impecable, por supuesto. Si Grenzel estaba despierto y en buenas condiciones, habría tenido que aparecer mucho antes en escena.
Dejando a Savinkov sollozando, apoyado en el muro de metal, Khuv y Luchov desaparecieron corriendo por el pasillo.
-¡Nada de alarmas, Paul! Ponlas en marcha una vez más y todo el Projekt se desmandará -le gritó Khuv.

En la habitación de Grenzel se repitió la misma historia de antes. Tenía fracturada la espina dorsal, que aparecía mordida hasta la médula. Sus rasgos eran todavía más afinados a consecuencia de la muerte y sus ojos enormes y saltones parecían de un tono gris más oscuro.
¿Qué habían visto los ojos de aquel «esper» antes de morir?, no pudo por menos de preguntarse Khuv. Inmediatamente después trató de aquietar el movimiento involuntario de la laringe y salió tambaleándose de la habitación porque quería dejar de oír a Luchov, que no paraba de vomitar en el retrete de Grenzel...
El jardín del Habitante era un lugar maravilloso.
Un valle en miniatura, una hondonada situada en la parte posterior de un collado en la parte media-occidental de las montañas. En cuanto a extensión, tendría poco más de una hectárea, limitaba por la parte de atrás con la cumbre del collado y la parte donde el collado comenzaba a bajar hacia abruptos desfiladeros.
Allí se había construido un murete bajo, cuya finalidad era impedir que la gente pudiese acercarse demasiado. En medio había pequeñas parcelas, invernaderos y todo un conjunto de estanques de agua potable. En uno de estos estanques abundaban las truchas arcoiris, otros desbordaban calor debido a la actividad termal del terreno, ya que en él había géiseres y caldas.
A causa de la abundancia de agua, en aquel sitio había una vegetación lujuriante. Poquísimas eran las especies allí presentes desconocidas en la Tierra. El resto, flores, arbustos y árboles del jardín, habrían estado perfectamente en cualquier jardín inglés. La madre de Harry hijo se ocupaba del jardín cuando le venía en gana, pues ésta era normalmente una labor que correspondía a los Viajeros, al igual que casi todas las cosas que había que atender en este sitio.
Harry vivía en una casa de una sola planta, situada en el centro, de piedra blanca, tejado rojo, con la fachada frente a la amplia boca de una fuente de la que manaban de cuando en cuando vaharadas de vapor. El Habitante nadaba y se bañaba regularmente en aquel estanque, en tanto que sus Viajeros (de los que ya no se podía decir que fueran verdaderos Viajeros, pues ahora eran habitantes permanentes de aquel lugar) vivían en casas de piedra de construcción similar a ambos lados del collado, donde el terreno llano estaba a nivel de los acantilados.
Todas las casas disponían de calefacción central, con tuberías de plástico que canalizaban el agua caliente desde un foso profundo y borboteante. Tenían también ventanas con cristales, y otros refinamientos de los cuales no se había oído hablar nunca antes de los tiempos de Harry hijo.
El Habitante (como insistían en llamarle todos sus inquilinos) había hecho construir invernaderos en los que se cultivaban abundantes productos vegetales.
Debido a la abundancia de agua y al calor, las recolecciones eran sorprendentes.
También había encontrado medios para hacer frente a los largos, fríos y oscuros períodos sin sol. Había especies vegetales que ya se habían adaptado, mientras que otras recibían sol artificial. El agua que fluía continuamente accionaba sus generadores (máquinas pequeñas pero

increíblemente potentes, que Harry padre veía por vez primera en su vida y que ni siquiera había soñado nunca) que, a su vez, impulsaban las lámparas de luz ultravioleta de los invernaderos... y la luz eléctrica de las casas.

-¡Has hecho tantísimas cosas! -dijo Harry Keogh a su hijo, mientras paseaba con él por la orilla de una parcela a la sombra del maíz dulce-. ¡Todo esto es admirable!

Harry hijo ya había escuchado más o menos los mismos elogios de labios de Zek Föener, de Jazz Simmons y de todos los Viajeros que habían pasado por allí. Se trataba de una reacción habitual frente a cosas que para él no tenían ninguna importancia.

-¡No hay para tanto! -respondió-. Soy capaz de hacer mucho más. Lo que yo quería por encima de todo era contar con un sitio donde mi madre y yo pudiésemos vivir y por esto procuré que fuera un sitio agradable. En realidad, no es más que una franja de tierra fértil de unos doscientos metros de longitud por ochenta de anchura. En cuanto a los cuidados que hay que dispensar al lugar, los Viajeros se encargan de atenderlo.

-Pero están también los edificios -dijo Harry, como había repetido varias veces durante el último período de sol-. Ya sé que son casitas sencillas, pero ¡están tan bien, son tan bonitas! Simples pero encantadoras. La amplitud de sus arcos, los delicados contrafuertes, la forma de los cabios... No puedo decir que son griegas ni darles una denominación específica, pero las encuentro encantadoras. ¡Y pensar que todas han sido construidas por estos habitantes de las cavernas!

-Los trogloditas son personas, padre -dijo Harry hijo con una sonrisa-, lo que pasa es que los wamphyri no les ofrecieron nunca la oportunidad de desarrollarse, esto es todo. De hecho, no son más primitivos que los bosquimanos australianos de vuestro mundo. A lo que hay que añadir una gran ansia de aprender. En cuanto los enseñas a hacer algo, lo captan enseguida. Ademas, son gente agradecida. Sus viejos dioses no los trataban demasiado bien, mientras que yo les tengo en gran consideración. En cuanto a esa arquitectura que tanto te impresiona, debo decirte que esto me sorprende extraordinariamente. Supongo que no crees que sea yo quien ha diseñado esas casas. Los proyectos provienen de un arquitecto de Berlín que murió en 1933. Fue un estudiante de la Bauhaus que no consiguió nunca verse aceptado en vida, si bien desde entonces ha hecho cosas muy interesantes. Yo soy necroscopio, como tú, ¿no lo recuerdas? Los sistemas tan simples como eficaces que ves aquí me han llegado a través de los muertos de tu propio mundo. ¿Te das cuenta de lo que habrías podido hacer, de los lugares a los que habrías podido llegar, si no te hubieras pasado los últimos ocho años de tu vida tratando de localizarme?

Harry movió dubitativamente la cabeza, un poco desorientado por todo lo que su hijo le mostraba y por lo que le decía.

-Mira -dijo con una cierta desesperanza-, esto es otra cosa. Has dicho ocho años. Ahora, para mí, eres un niño, un niño de ocho años. De hecho, me enorgullecía pensar cómo serías, en imaginarte así. Habría sido mucho más fácil pensar que eras un niño, que es tal como te recuerdo. Pero me

obligaba a pensar en cómo podías ser ahora o en cómo creía que podías ser. ¡Y ya ves en qué te has convertido! Todavía me cuesta creerlo.
Volvió a mover la cabeza.
-Ya te lo he explicado todo.
-¿Qué? ¿Cómo me engañaste? -Harry no trató de ocultar la amargura de su voz-. ¿Cómo no sólo atravesaste la divisoria entre los universos sino que también te desplazaste en el tiempo? ¡Retrocediste en el tiempo! Mucho antes de que nacieras y mucho antes de que te perdieras. Mientras yo iba creciendo tú también ibas creciendo... ¡pero aquí!, dicho sea de paso, ¿cuantos años tienes?
-Tengo veinticuatro años, Harry.
Harry asintió con viveza.
-Ahora tu madre tiene quince años más que yo. De todos modos, no es que ella me haya reconocido. Tú..., tú te has ocupado de ella. Ésta ha sido una de mis mayores preocupaciones durante todo este tiempo: que alguien se ocupara de ella.
Pero en todos estos años yo no sabía nada. ¿No pudiste enviarme alguna noticia, aunque sólo fuera una vez?
-¿Para qué? ¿Para prolongar más tu agonía, Harry? ¿Para tenerte constantemente aquí, a mi espalda, a un solo paso?
El rostro de Harry dibujó una mueca antes de volverse.
-También he observado que ahora te saltas el tratamiento de «padre», ¿verdad? Ya sé que eres un hombre y no el niño que yo esperaba. Y como además llevas esa maldita máscara dorada, ni siquiera puedo verte la cara. Eres... un extraño. Sí, somos extraños. Bueno, supongo que así es como ha de ser. Quiero decir que apenas puede decirse que seamos padre e hijo, ¿no es eso? Ahora debemos enfrentarnos con la realidad y admitir que yo no soy mucho más viejo que tú.
Harry hijo lanzó un suspiro.
-Sé que te he hecho daño, lo supe durante todo el tiempo que estuviste persiguiéndome.
-Pero tú seguías huyendo.
-Podía haber vuelto, pero... ¡oh, es que había tantísimas cosas! Mamá no mejoraba; había buenos sitios a los que podía llevarla, sitios en los que hubiera sido feliz; eran muchas las razones para no volver. Algún día lo comprenderás.
Harry percibió algo de la tristeza de su hijo. Sí, había tristeza en él. Volvió a asentir con la cabeza, pero ahora con mayor suavidad. Por espacio de un buen rato estuvo luchando con sus emociones, y al final la sangre salió vencedora.
-En cualquier caso -dijo distendiéndose un poco, aspirando una profunda bocanada de aire y esforzándose como pudo en esbozar una especie de sonrisa-, explícame cómo lo conseguiste.
Harry hijo se dio cuenta de que la tensión había abandonado a su padre y supo que lo acababa de perdonar. También él se distendió.
-¿Te refieres al viaje a través del tiempo? Pero si tú también lo hiciste y bastante antes que yo... relativamente hablando.

-Yo era literalmente inmaterial. Yo era incorpóreo, todo aura. Tú eres de carne y hueso. Möbius considera que no se puede conseguir, pues crearía demasiadas paradojas insolubles.
-Tiene razón -repuso Harry hijo, e hizo un movimiento de cabeza-. En el sentido puramente físico, en un universo totalmente físico, es imposible conseguirlo.
-¿Quieres decir que hay otras clases de universo?
-Tú sabes por lo menos de la existencia de uno.
Harry tuvo la sensación de haber tenido esta conversación con anterioridad.
-¿El continuo de Möbius? Pero ya habíamos dicho que...
-Harry -lo interrumpió su hijo-, te lo explicaré. Tú cogiste el universo que conocías y le diste media vuelta Möbius. Hiciste con el espacio-tiempo lo que había hecho tu mentor con una tira de papel. Y esta facultad de hacerlo me la transmitiste a mí. Pero miremos las cosas de cara, tú has sabido siempre que yo iría delante. Y así fue. Yo cogí el continuo de Möbius e hice con él lo que Félix Klein hizo con su botella. Esto me permitió romper la barrera del tiempo, conservar una identidad física y llegar hasta aquí. Pero éste no es más que un lugar...
Harry no dijo nada y se limitó a quedarse muy quieto, absorto en lo que su hijo decía. Había otros sitios, otros mundos... un número infinito de ellos. De la misma manera que el espacio y el tiempo son limitados, los espacios comprendidos entre el espacio y el tiempo también lo son.
Ahora Harry sabía a qué se refería Darcy Clarke cuando le dijo que se sentía como si estuviera en presencia de un extraterrestre. ¡Harry hijo había llegado a aquel punto! ¿O era él quizá?
-Hijo... -dijo Harry por fin-, dime: ¿sigues siendo vulnerable?
-¿Vulnerable?
-¿Puedes sufrir heridas? Me refiero en tu parte física.
-¡Oh, sí! -respondió Harry hijo, y volvió a suspirar-. Soy vulnerable y nunca lo había sido tanto como ahora. Dentro de cien horas volverá a desaparecer el sol y es en estos períodos cuando descubro lo vulnerable que soy.
Harry frunció el entrecejo.
-¿Quieres explicarte?
-De la misma manera que los wamphyri tienen sus espías, yo tengo los míos.
Y tengo... como un presentimiento de lo que persiguen. Este sitio ha estado bajo observación durante meses enteros, sometido a un detallado escrutinio.
Murciélagos en las alturas; trogloditas introducidos debajo de la llanura; incluso wamphyri con telepatía tratando de colarse dentro de mi mente... como se cuelan, sin duda, en la mente de mis Viajeros. Todo lo cual corrobora cosas que Zek Föener ya me ha dicho. Pero tú sabes que aquello que lee puede ser leído, aquello que observa puede ser observado.
-¿Un ataque? -dijo su padre frunciendo el entrecejo-, pero tú me dijiste que ya lo habían intentado, aunque sin éxito. Así es que, ¿qué pasa ahora?

-Esta vez están unidos -respondió Harry hijo-. ¡Esta vez vendrán todos! Su ejército mixto será masivo: tres docenas de guerreros, incontables trogloditas, todos los señores y sus lugartenientes. Shaithis los ha incitado a la guerra.
-Pero... tú puedes librarte de ella -dijo Harry, que ahora parecía desconcertado, como si no viera la existencia de un problema real-. Tú conoces el camino de salida... ¡todos los caminos! Cuando lleguen ya hará tiempo que nosotros nos habremos ido.
Harry hijo sonrió con una sonrisa triste.
-No -dijo, y volvió a negar con la cabeza-. Tú puedes marcharte, y los demás también, los Viajeros y los trogloditas... todos los que se quieran marchar.
Pero yo no puedo. Mi sitio está aquí.
-¿Lo defenderás? -Harry negó con la cabeza-. No lo entiendo.
-Lo entenderás, padre, lo entenderás...

Capítulo 22

El secreto del Habitante - Los fallos de Karen - ¡Guerra!

Los últimos rayos del sol comenzaban a desvanecerse y a teñir de oro los picos más altos cuando el Habitante, Harry hijo, convocó una reunión. Quería comunicarse con todos los que vivían en el jardín o sacaban de él su sustento. Y tenía que hacerlo ahora, mientras quedaba tiempo. Estaba de pie en un balcón, bajo los aleros de su casa, arengando a los que vivían con él, Viajeros y trogloditas, sin hacer distinción entre ellos. También su madre se quedó un rato con él antes de decidirse a entrar en casa. Sonreía con expresión dulce, el rostro coronado por sus grises cabellos, la mente perdida, pero feliz en su ignorancia. Harry padre no podía soportar mirarla, olvidando que, puesto que su cuerpo era el de Alec Kyle, ella no podía reconocerlo. Le alegró ver que se metía dentro. De todos modos, hacía tanto tiempo, tantísimo tiempo que había ocurrido todo para ella...

-Amigos, ha llegado la hora de la verdad -dijo Harry hijo levantando los brazos, al tiempo que el tumulto de voces se acallaba-, ha llegado la hora de tomar una decisión con respecto a ciertas cosas. Yo no os he engañado de manera deliberada, pero tampoco os lo he dicho todo. Bien, ahora quiero enmendar este punto. Hay aquí algunos de vosotros que no se sienten llamados a luchar contra nada. Esta lucha no es vuestra lucha. Si vinisteis aquí o fuisteis enviados aquí fue por voluntad de otros. Yo puedo sacaros de aquí con la misma facilidad con la que os metieron. Zek, Jazz, Harry, estoy refiriéndome a vosotros.

»Y en cuanto a vosotros, Viajeros, podéis volver a vuestros viajes. Tenéis el camino abierto ante vosotros: marchaos ahora, bajad por el collado, atravesad los puertos hasta llegar a la Tierra del Sol. Y vosotros, trogloditas, podéis bajar a la llanura de la Tierra de las Estrellas y esconderos en vuestras cavernas o en otros lugares más seguros antes de que los wamphyri os ataquen. Pero todos debéis tener conciencia de que atacarán, y pronto.

De la masa de trogloditas, desorientados y lerdos, se levantó un sordo clamor. Harry, Zek y Jazz se miraron desalentados. Un joven Viajero gritó:

-¿Y esto por qué, Habitante? Tú eres poderoso. Nos has proporcionado armas con las que matar a los wamphyri. ¿Por qué nos echas?

Harry hijo bajó los ojos para mirarlo.

-¿Son enemigos vuestros los wamphyri?

-¡Sí! -gritaron todos.

-Siempre lo han sido -gritó el mismo joven de antes.

-¿Queréis matarlos?

-Sí -fue el grito unánime-. ¡A todos!

El Habitante asintió:

-Sí, a todos. ¿Y vosotros también, trogloditas? Hubo un tiempo en que servíais a los wamphyri. ¿Ahora queréis volveros contra ellos?

Hubo una breve discusión y algunos refunfuñaron.

-Lo hacemos por ti, Habitante, sí -contestó un portavoz por todos ellos-. Sabemos distinguir el bien del mal y que tú eres bueno.

-¿Y tú, Harry... padre? En tu mundo fuiste azote de vampiros. ¿Sigues odiándolos?
-Sé qué harían en mi mundo -respondió Harry-. Sí, yo los odio en este mundo y en cualquier mundo.
Harry hijo los fue mirando a todos, sus ojos tras la máscara dorada fueron posándose en cada uno de ellos, mientras lo miraban a él como un solo hombre.
Finalmente la mirada de Harry se posó en Zek y en Jazz.
-En cuanto a vosotros dos -dijo-, puedo sacaros de aquí y devolveros al sitio de donde vinisteis. ¿Lo sabéis? Puedo trasladaros al lugar del mundo que os apetezca. ¿Me comprendéis?
Se miraron los dos y Jazz dijo:
-Si puedes hacerlo ahora, también podrás hacerlo más tarde. Ya nos has salvado una vez, de esto hace bien poco tiempo. Y nosotros ya nos hemos enfrentado con los wamphyri antes de ahora. ¿Cómo puedes pensar que ahora vamos a abandonarte?
Harry hijo volvió a asentir con la cabeza.
-Dejadme que os cuente una cosa -dijo-. Antes de que la mayoría de vosotros viniera aquí, en tiempos en que yo empezaba a construir todas estas cosas y sólo contaba con la ayuda de los trogloditas, encontré un lobo en la montaña. Su manada se había vuelto contra él, lo había atacado. Pensé que estaba moribundo, porque sus heridas eran muchas. Yo entonces no sabía todo lo que sé ahora. Recogí al lobo, lo curé, lo atendí hasta que sanó y muy pronto estuvo en condiciones de volver a correr. Demasiado pronto en realidad... Me figuraba que era yo quien le había salvado la vida, cuando en realidad quien lo había salvado era la criatura que él llevaba dentro.
Nadie dijo nada. Sobre el grupo cayó un pesado silencio. Harry Keogh dio un paso adelante en el balcón y observó, temeroso, a su hijo.
-Padre -prosiguió Harry hijo-, ya te he dicho que existen razones que me impiden volver, razones que me obligan a quedarme y a defender este lugar. Pero todos los que estáis aquí habéis manifestado vuestro odio a los wamphyri y vuestro deseo de acabar con ellos. |Con todos los wamphyri! ¿Cómo puedo pediros que luchéis por mí?
-Harry... -empezó su padre, aunque se vio interrumpido enseguida.
-Así es como me pagó el lobo -dijo el Habitante, arrancándose del rostro la máscara dorada.
Debajo de ella se vio el rostro de un Harry Keogh joven, que reveló a su padre, por encima de cualquier duda posible, que estaba contemplando a su verdadero hijo. Sin embargo, los ojos del rostro, vistos a la luz del crepúsculo, eran de color escarlata...
Por encima de la multitud se elevó un prolongado y casi imperceptible suspiro.
Durante largo rato todos permanecieron en su sitio contemplando al Habitante, hasta que al final comenzaron a murmurar, a hablar entre sí en murmullos inaudibles. Por fin empezó a disolverse el grupo de gente congregada, que fue desfilando en pequeños grupos. Al cabo de unos momentos, los únicos que no se habían marchado eran Harry padre, Jazz

y Zek. El Habitante pensó que, si no se habían ido, era porque no tenían dónde ir.
-¡Ahora mismo voy a sacaros de aquí! -dijo.
-¡Narices!, nos vas a sacar de aquí -gruñó su padre-. Baja de aquí y explícate. Puedes ser el Habitante, pero también eres carne de mi carne. ¿Tú un vampiro? ¿Cómo crees que la gente puede amar a un vampiro? ¡No lo creo!
Harry bajó.
-Lo creas o no -dijo-, es la verdad. Sí, soy diferente de los demás, lo admito. Tengo una mente y una voluntad lo suficientemente fuertes para dominarme. He conseguido frenarme, he logrado tener a raya el instinto. De cuando en cuando me acomete, pero yo siempre estoy a punto y saldré victorioso siempre. Por lo menos, hasta ahora lo he conseguido. Lo que hay en mí de vampiro trabaja en mi favor, no al revés. Tengo la fuerza del vampiro, su tenacidad, sus poderes. Soy un huésped, nada más. Pero también existen desventajas. Una de ellas es que tengo que estar aquí, en la Tierra de las Estrellas o cerca de la Tierra de las Estrellas, porque la luz del sol, el sol de verdad, acabaría conmigo. Y la razón principal que me obliga a estar aquí es que esto se ha convertido en mi casa, en mi territorio. ¡No quiero a nadie en él!
Los miró con sus ojos escarlata y sonrió con tristeza.
-Así es que ahora ya lo sabéis todo y, ahora, si estáis preparados…
-Yo no -dijo Harry acompañándose con un movimiento de cabeza-. Pienso quedarme hasta que todo haya terminado. No he estado ocho años buscándote para tener que dejarte ahora.
Harry hijo miró a Jazz y a Zek.
-Ya tienes nuestra respuesta -dijo Jazz.
Bajo la luz del atardecer se acercaron los trogloditas, que llegaron remoloneando y arrastrando los pies. Su portavoz fue el que habló:
-Nosotros estábamos con Lesk y no nos gustaba. Nos gusta trabajar para ti.
Sin ti no tenemos nada. Así pues, nos quedaremos y lucharemos.
La expresión de Harry hijo era de desesperación. Aunque los trogloditas aprendían con rapidez, la verdad es que no eran muy hábiles con las armas.
Súbitamente comenzó a verse una luz fluctuante, acompañada de un cascabeleo peculiar que venía del lugar donde los Viajeros tenían sus casas.
Jazz y Zek intentaron contar las cabezas, aunque era una tarea inútil, porque eran los mismos de antes. Debían de ser unos ochenta. No se había retirado nadie:
ni un hombre, ni una mujer, ni un niño.
-Así pues -dijo Harry padre, contemplándolos mientras se reagrupaban-, parece que nos mantendremos unidos y que lucharemos.
Lo único que hizo su hijo fue levantar en alto los brazos como movido por la admiración. Y Harry pensó que movido también por la alegría…
Una hora más tarde, en el arsenal del Habitante, Jazz Simmons había acabado de distribuir los fusiles y las granadas accionadas a presión, de fabricación alemana, entre los Viajeros. El arsenal estaba bien

aprovisionado y había armas para todos. También había media docena de lanzallamas y se contaba con los Viajeros, que sabían cómo había que usarlos. Harry hijo estaba presente y quiso advertir que los proyectiles para los fusiles eran probablemente la munición más cara que se había fabricado nunca, puesto que eran de plata pura. Aunque gran parte de los depósitos habían sido robados (Harry hijo no se andaba con rodeos respecto a este punto y consideraba que los fabricantes estaban en condiciones de soportar aquella pérdida), se había visto obligado a encargar y comprar estas municiones. Jazz, siempre práctico, había preguntado cómo se habían pagado. Se le contestó que con el oro de los Viajeros, que abundaba en este mundo. Los Viajeros lo tenían en gran estima y, por supuesto, era muy maleable; por otra parte, era demasiado pesado para transportarlo en grandes cantidades y demasiado blando para trabajarlo. Hacían con él cascabeles y fruslerías, y no lo utilizaban para nada más.

Jazz escogió una metralleta de calibre pesado, un ingenio ruso que disparaba una mezcla de indicadores y de proyectiles explosivos. El arma podía ser utilizada con un trípode o transportada con los dos brazos; hacía falta ser fuerte para manejarla. Jazz conocía el arma, se había entrenado con ella y sabía que era capaz de dejar una barrera mortal y destructiva de fuego.

-Sin embargo -dijo al Habitante-, después de lo que he visto usar a los guerreros wamphyri, yo diría que esto no son más que juguetes.

Harry hijo asintió con un gesto, pero dijo:

-Los lanzallamas no son juguetes y puedo asegurarte que a los wamphyri no les va a hacer ni pizca de gracia ese proyectil de plata. Pese a todo, sé qué quieres decir. Un guerrero, incluso una docena... pero cuarenta... De todos modos, tú todavía no has visto todas mis armas.

Y mostró una granada a Jazz.

Jazz la sopesó con la mano. Tenía el tamaño de una naranja, pero era sumamente pesada. Con un movimiento de cabeza dijo:

-Ésta no la conozco.

-Es americana -le dijo el Habitante- y se utiliza para desalojar nidos de ametralladoras y trincheras. Es una arma bastante siniestra: se convierte en astillas metálicas, de fósforo y abrasivas.

Mientras tanto, Harry padre se sirvió del continuo de Möbius (por vez primera en aquel mundo) para trasladar a dos Viajeros muy importantes a un pico cercano que descollaba por encima de la mayor parte de los demás. Conocían su trabajo y lo habían practicado en ocasiones anteriores. En una depresión situada en lo alto de un pico, literalmente un «nido de águilas» por derecho propio, se habían montado unos grandes espejos sobre unas placas giratorias que captaban los últimos rayos de sol y los proyectaban hacia arriba o hacia abajo, en dirección a los atacantes.

Los Viajeros también tenían sus fusiles y cartucheras de proyectiles letales para los vampiros.

Mientras Harry depositaba a sus sorprendidos protegidos y los preparaba para regresar al jardín, sus ojos penetrantes detectaron en el cielo algo que se estaba acercando rápidamente. De momento todavía se encontraba a tres o cuatro kilómetros al este del jardín, pero incluso a esta distancia

su tamaño y su forma eran inconfundibles. Era un animal volador, algo así como la montura de Shaithis.
Los Viajeros también lo habían avistado.
-¿Intentamos quemarlo? -gritaron al tiempo que se dirigían a sus espejos.
-¿Un animal volador? -dijo Harry frunciendo el entrecejo, ya que el instinto lo ponía en guardia contra las acciones precipitadas-. A menos que se proponga atacar el jardín...
Volvió al punto de partida y buscó a Harry hijo, pero en su lugar encontró a Zek Föener, con los ojos cerrados, de cara al nordeste, con una mano temblorosa que se llevaba a la frente.
-¿Ocurre algo? -preguntó Harry.
-No, Harry -respondió Zek, sin abrir los ojos-, lo que ocurre es bueno.
Lady Karen se acerca porque viene a unirse a nosotros. Quiere luchar a nuestro lado. Cuenta con cuatro magníficos guerreros, pero se mantendrán a la expectativa hasta que ella los llame. Lo que quiere saber ahora lady Karen es si puede posarse aquí sin ningún peligro.
-¿No querrá atacarnos?
-¡Se une a nosotros! -repitió Zek-. Tú no la conoces como yo, Harry. Ella es diferente.
Karen ahora estaba más cerca, como máximo a un kilómetro y medio de distancia, pero todavía cautelosa, todavía lejos. Todos los que estaban en el jardín la habían visto. Jazz Simmons se acercó a toda prisa, con un brillante aparejo de latón que colgaba de la caja del arma.
-¿Y esto qué es? -dijo.
En aquel mismo momento acababa de materializarse el Habitante. Zek habló con los dos hombres y les dijo lo que había comunicado a Harry padre.
-Harry -dijo el Habitante volviéndose a su padre-, ve y di a los Viajeros que no disparen. Veamos primero si viene en son de paz.
Antes que nada, Harry se desvió hacia el pico donde los Viajeros estaban encargados de manipular sus letales espejos. Les transmitió el mensaje de Harry hijo e hizo correr la voz por el jardín y sus defensores. Entretanto Zek comunicó a lady Karen que se posase delante del muro, exactamente entre el muro y los acantilados.
La montura en la que volaba Karen se acercó más y voló más bajo, al tiempo que cada vez iba haciéndose más grande en el cielo. A lo lejos, detrás de ella, otras cuatro formas oscuras se movían rápidamente a través del cielo azul oscuro tachonado de estrellas. Aunque a distancia parecían minúsculas, todo el mundo sabía que en realidad eran grandes, como también sabían quiénes eran.
-¡Ya llega! -dijo Zek con un suspiro.
La montura en la que llegaba Karen, colocándose de cara al viento nocturno que soplaba del oeste, fue bajando lentamente. Por un momento pareció planear igual que una cometa, pero después se dejó caer y desenrolló su juego de patas elásticas como gusanos y se posó en tierra. Chocó en el suelo, aunque no violentamente, y bajó las alas como buscando estabilidad. La cosa quedó allí aparcada, ladeándose e inclinándose considerablemente, mirando con manifiesto desinterés primeramente el jardín, después las amplias rampas que bajaban desde

las montañas a la llanura y finalmente de nuevo el jardín. Karen bajó y se acercó al muro. Iba vestida -o desnuda- como para sembrar la consternación entre los presentes, es decir, de la manera que tenía por costumbre.
Los dos Harry, Jazz y Zek fueron a su encuentro. El primer impulso de Zek fue estrecharla entre sus brazos, pero se retuvo. Se dio cuenta inmediatamente de que Jazz se había quedado profundamente impresionado por la aparición de Karen. A Harry padre le ocurría lo mismo: estaba admirado ante la belleza de Karen. Era una belleza que se apartaba de lo terrenal, esto por supuesto, pues era creación de su vampiro, si bien en lo tocante al aspecto, la forma y el atractivo personal, quedaba en parte anulado por el fulgor sanguinolento de sus ojos. Era indudable que la mujer era un wamphyri.
El Habitante era el único que no parecía impresionado.
-¿Has venido para unirte a nosotros en la batalla que se aproxima? -dijo con voz totalmente privada de emoción.
-He venido a morir con vosotros -respondió ella.
-¡Oh! ¿Lo dices en serio?
-¡Y tan en serio! -repitió-. Si crees en los milagros, reza para que se produzca uno. De todos modos, yo no me preocupo por mí.
Y les explicó en qué dilema se encontraba, corroborando lo que Zek Föener ya sabía, es decir, que cualquiera que fuese el bando en que se situase, los wamphyri querrían librarse de ella.
-De esta manera, por lo menos, me llevaré algunos por delante.
-¿Y tus trogloditas, tus lugartenientes? -la acució el Habitante.
-He puesto en marcha a mis trogloditas: los he soltado -respondió ella-.
Mis «lugartenientes», como tú los llamas, no son más que perros cobardes. Les he dado el pasaporte. Tal vez los señores se han apoderado de ellos. Ni lo sé ni me importa.
-O sea, que tu nido de águilas ha quedado vacío.
-Sí.
-Pues has sacrificado muchas cosas.
-No -dijo ella, con un movimiento de cabeza-, soy yo la que ha sido sacrificada. Y ahora será mejor que hagas los preparativos finales. Tú no puedes oírlos, pero yo sí, y no tardarán en llegar.
-Tiene razón -confirmó Zek-. Tienen sus pensamientos centrados en la guerra, como si no quisieran hacer otra cosa que leer en ese libro monstruoso. ¡Ya llegan!
El Habitante afirmó con un gesto de cabeza y señaló las cuatro formas oscuras que iban bajando por la oscuridad del cielo.
-¿Son de fiar tus guerreros, Karen?
-Ellos sólo obedecen mis órdenes -respondió.
-Entonces coloca a dos en la parte de atrás del collado, sobre el montículo - dijo indicándole el lugar- y otro par abajo, al pie de los acantilados donde crecen los primeros árboles. Allí nos protegerán, por poca que sea la protección que puedan ofrecernos, y estarán bien situados para lanzarse en caso de que fuera necesario. Y tú, ¿cómo piensas luchar?
-¡Con todo lo que pueda!

Y echando para atrás su diáfana capa y descubriendo el costado derecho, cogió el guantelete que llevaba colgado a la cintura y metió en él la mano derecha.
A la pálida luz de las estrellas fulguraron hojas, ganchos y hoces, mientras Karen flexionaba el arma mortífera y se la ajustaba a la mano.
-¡Mira! -gritó Jazz-. ¡Ya los veo!
Era imposible no verlos. Todo el cielo por la parte de oriente se había oscurecido con una multitud de manchas grandes y pequeñas, como si estuviese acercándose un enjambre de langostas. Sin embargo, pese a ser igualmente voraces, ni eran tan pequeñas, ni eran langostas, por supuesto.
-¡Cada uno en su sitio! -gritó el Habitante-. ¿Están preparadas las lámparas?
Por toda respuesta, los Viajeros conectaron a lo largo de la pared las baterías de las lámparas de luz ultravioleta y trataron de apuntarlos con ellas a través de la oscuridad. Parecía que hendían la noche con sus rayos calientes y humeantes.
Aquella luz no mataría la carne de los vampiros, pero los heriría y cegaría sus ojos, aunque sólo fuera temporalmente.
El Habitante cogió por el codo a uno de los Viajeros que pasaban.
-¿Qué habéis hecho de vuestras mujeres y vuestros hijos? -preguntó-. ¿Y mi madre?
-Se han ido, Habitante -respondió el hombre-, se han marchado a la Tierra del Sol, donde se quedarán hasta que conozcan el resultado de la batalla.
Harry hijo se volvió a su padre y a los demás y con la cabeza hizo un ademán sombrío.
-Entonces estamos a punto -dijo.
-Es lo que conviene hacer -respondió Jazz Simmons-, porque la guerra ya ha empezado. -E inclinando la cabeza en dirección a la Tierra de las Estrellas, añadió-: Escuchad...
Los gritos roncos de los trogloditas y el clamor de la batalla se elevaban desde las sombras. El rumor y los estampidos de las armas también se dejaban oír. Eran un puñado de trogloditas cuya capacidad para aprender les había permitido acomodarse a las armas.
Harry hijo exclamó:
-Bueno, es lo que cabía esperar: los señores han concentrado a sus trogloditas en los bordes de las montañas desde hace bastante tiempo. Son cientos... puedo saber cuántos son exactamente. -Después, volviéndose a su padre, dijo-: Harry, podrías servirte de la colaboración de un experto.
-Dime su nombre.
-¿Cuándo fue la última vez que te pusiste en contacto con los muertos?
Harry se apartó un paso con expresión decaída, pero enseguida asintió con un gesto.
-Sea lo que fuere lo que se te haya ocurrido, estoy dispuesto cuando tú lo estés, hijo.
Se introdujeron en el continuo de Möbius hasta la llanura cubierta de piedras y se materializaron a una cierta distancia de las montañas y de

sus sombras. En las sombrías colinas, en el punto en que se unían con las montañas propiamente dichas, vieron unas nubes de polvo que se levantaban y que sólo podían indicar que en aquel lugar estaba desarrollándose una furiosa lucha. En medio del clamor y de la agitación se podía oír de cuando en cuando el estampido de una arma y el destello ocasional que producía. Los dos Harry se acercaron un poco más y de un salto se situaron en el fragor de la batalla. Los soldados trogloditas del Habitante estaban en la retaguardia. Una nutrida hilera de hombres de Neanderthal cayó bajo el asalto masivo de otros como ellos, empujados a mayor altura en los estribos de las montañas. Sin embargo, los trogloditas de los wamphyri no eran como ellos, eran esclavos, los trogloditas del Habitante eran libres. Por esta razón luchaban.

Cuando Harry hijo vio cómo se estaban desarrollando las cosas, dijo:

-Quisiera salvar a algunos, si es posible.

Entonces Harry Keogh, necroscopio, cerró los ojos y habló con los numerosos muertos de aquel extraño mundo.

-Estamos necesitados de vuestra ayuda -les comunicó en tono de súplica-. Os lo digo a vosotros que estáis aquí debajo, dentro de la tierra, bajo el suelo, allí donde las raíces se entrelazan. Necesitamos vuestra ayuda para luchar contra una gran injusticia.

Debajo del suelo hubo cosas que se movieron y que escucharon la voz desesperada de un amigo, al que trataron de responder.

¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Que hemos de ayudarte? ¿Cómo podemos ayudarte?

-¡Se trata de los trogloditas! -dijo Harry hijo-. Antes de los wamphyri, vagabundeaban por la Tierra de las Estrellas a voluntad. Han vivido y han muerto aquí a millares. Ellos eran sus maestros y ésta era su tierra.

-¿Cómo está todo? -dijo Harry hablando con ellos como hablaba siempre con los muertos, es decir, como si fueran sus amigos, sus iguales, sus compañeros incluso-. Si estáis convertidos en polvo, no podéis ayudarnos, pero si me oís, si podéis entender, escuchad.

Entonces les expuso lo que necesitaba de ellos, al igual que lo hizo también Harry hijo, que iba contestando las disparatadas preguntas de los muertos.

¿Los wamphyri, dices? Algunos de nosotros fuimos sus servidores en vida. Muchos de nosotros, muchos centenares, morimos en sus guerras. ¡Falsos dioses!

¡Viles, terribles dueños! Pero ¿luchar contra ellos? ¿Cómo? Si volverían a destruirnos de nuevo, nos destruirían por segunda vez.

-No podéis morir dos veces -dijeron Harry y el Habitante, desesperados los dos-. Sólo vuestros hermanos pueden morir y es lo que harán ahora mismo: morir para hacer frente a las tropas de los wamphyri.

¿Las tropas? ¿Trogloditas como nosotros?

-Las tropas, sí -dijo el Habitante-, soldados pero también esclavos de los wamphyri. La muerte a ellos no les causa ningún terror, porque la prefieren a la vida que llevan.

El Habitante dice la verdad, intervinieron algunos de los trogloditas de Harry hijo, muertos recientemente en la batalla. *Nosotros por lo menos te conocemos, Habitante, y con gusto volveremos a levantarnos.*

-¿Y qué pasará con el resto? -gritó Harry padre-. ¿No se levantarán también? Despertaos ahora antes de que sea demasiado tarde. Tenéis hijos, nietos, biznietos que están luchando en estos momentos. ¡Uníos con nosotros en esta gran batalla contra vuestros inmemoriales opresores, los vampiros!

En las peñas que rodeaban los estribos, en antiguos cementerios excavados en las cavernas, se removieron los cuerpos conservados y momificados de millares de trogloditas, que se levantaron y se sacudieron la tierra que tenían encima.

Tumbas solitarias debajo de los árboles también entregaron sus muertos. Detrás de la masa de trogloditas wamphyri que hacían retroceder a los defensores, se sentaron cadáveres muertos recientemente que forzaron sus maltrechos cuerpos a moverse y, a rastras y caminando penosamente, se dirigieron contra sus enemigos, mandados por los vampiros. El hedor a tumba llenaba el aire. Salían de las sombras, de tumbas y nichos cubiertos de moho, de los múltiples lugares de reposo que existen más allá de la vida.

Las fuerzas de los trogloditas seguidores del Habitante, al ver quién acudía ahora a secundarlos en la batalla, pese a tenerlos de su lado y ver que ahuyentaban a los invasores, se sintieron presa del terror y huyeron a esconderse en lugares secretos. Pero no importaba, porque aquel lúgubre ejército de muertos estaba dispuesto a realizar el trabajo que aquéllos habían abandonado. Y serían ellos los que saldrían victoriosos porque, como habían dicho los necroscopios, no era posible morir dos veces.

Gritos de terror hendían la noche, proferidos por centenares de gargantas de los trogloditas wamphyri al darse cuenta de que estaban luchando con aquella clase de seres. Profundamente afectados, los dos Harry se apartaron de aquella carnicería. Pero...

-¡Hijo! -exclamó Harry padre, agarrando el brazo de su compañero-. ¡Mira!

El cielo se había oscurecido con las bestias voladoras y los guerreros de los wamphyri. Rodeaban el jardín y estaban planeando sobre él. Algunos de los guerreros eran verdaderamente gigantescos y cinco de ellos que hubieran caído sobre el jardín al mismo tiempo lo habrían cubierto y arrasado totalmente.

Entretanto, allá arriba en las montañas, incluso ahora, estaba a punto de librarse una batalla más grande...

Volvieron al jardín por la ruta especial.

Los guerreros ya se habían posado en el suelo, más abajo de los acantilados situados delante del muro, donde los seguidores de lady Karen estaban ahora enzarzados en espantoso combate con ellos. Sus gritos y bramidos eran ensordecedores. Había otros guerreros que se movían en círculo y que parecían buscar una brecha entre los proyectores de luz ultravioleta que barrían el cielo y les socarraba la piel.

En uno de los picos parpadeaban los terribles espejos cuando Lesk el Glotón hizo que su montura se desplomara deliberadamente sobre los Viajeros que sudaban, juraban y morían en aquel lugar. Pero los Viajeros lo habían visto llegar y, antes de que su montura pudiera abalanzarse sobre ellos, dirigieron sus armas contra ella y dispararon contra la bestia y su jinete un tiro detrás de otro. Lesk, herido y ahora más peligroso que

nunca, incitó al maltrecho animal a alejarse del pico y lo encaminó a un loco suicidio en el corazón mismo del jardín.
Al apercibirse de su llegada, proyectaron enseguida sobre él cegadores y humeantes rayos, mientras que su montura sentía cómo aquel sol artificial le corroía la piel y le quemaba sus muchos ojos. La bestia quiso retroceder y anular el salto que lo precipitaba de cabeza, empujó para arriba, pero cayó en picado en el jardín. Alguien entonces arrojó una granada que estalló delante mismo del animal.
Con su cabeza en forma de espátula en llamas, chirriando igual que una válvula de seguridad sometida a alta presión, se desplomó en tierra, aunque no sin chocar con el muro y llevarse una parte de él por delante y, junto con ella, a algunos de sus defensores. El enorme cuerpo en forma de manta de aquella criatura abrió una zanja en la tierra, saltó como un tren que se hubiese salido de la vía y despidió por los aires a Lesk, que iba montado en la silla.
Otras bestias voladoras fueron apareciendo también de entre la oscuridad de la periferia, pero *se* estrellaron en las parcelas e invernaderos o cayeron en los estanques. De sus lomos saltaron lugartenientes de Shaithis, Belath y Volse, que hicieron una gran carnicería en el jardín. Jazz Simmons los vio y los persiguió con los detectores y con una sucesión de bombas explosivas. Dos por lo menos consiguieron huir entre las sombras y el humo, lo que les permitió entregarse a una matanza descomunal y ensañarse en todos los Viajeros o trogloditas que se tropezaban en su camino.
Jazz vio a Harry y a su hijo en el balcón de la casa de este último. Estaban contemplando la batalla. Casi sin aliento, les gritó:
-¿Cómo va todo?
En medio del resplandor y el barrido de los rayos ardientes, de los estampidos de las armas automáticas, de los aullidos de los monstruos y los gritos de los hombres, era difícil poder decirlo.
-También nosotros deberíamos meternos en esto -dijo Harry a su hijo.
-No -dijo éste, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza-. Nosotros somos el último recurso.
Harry no lo entendió, pero se puso en sus manos.
Zek se acercó corriendo a Jazz y lo agarró por el brazo en el lugar donde éste se encontraba, junto a la casa del Habitante.
-¡Mira! -le gritó.
Directamente sobre su cabeza, un guerrero llevaba arrastrando por el cielo una cosa increíble, hinchada y abotargada. Un segundo guerrero, que se encontraba a mayor altura, iba cargado de una manera similar. Los proyectores, igual que guadañas, los atravesaron mientras Zek, casi sin aliento, gritaba:
-¡Son bestias de gas!
-¿Cómo? -exclamó Jazz, atónito, observando que aquella cosa hinchada se había desprendido y, al igual que un obsceno balón, había caído en el jardín.
Aquella cosa se desvió un poco hacia el norte, por encima del muro, donde estaba concentrada la batería de proyectores. Los rayos de luz la localizaron, se centraron en ella y enseguida se puso a humear. Entonces,

emanando negros vapores y nubes de humo, se precipitó a la tierra con más rapidez todavía.
Jazz, observando la estrategia, gritó:
-¡No!
Y agarrando a Zek, la empujó al suelo y la cubrió con su cuerpo.
La bestia de gas, un ser vivo que en otro tiempo había sido un hombre, emitió un grito agudo y sibilante al tiempo que su piel se ennegrecía y agrietaba..., y seguidamente estallaba en mil pedazos con la potencia de una bomba de trescientos kilos. Los que manejaban las armas que emitían rayos, situados debajo mismo de la explosión, murieron instantáneamente y tanto sus cuerpos como su equipo quedaron destruidos. Una tercera parte de las defensas del Habitante quedaron arrasadas.
Por el jardín se difundió un viento cálido y maloliente y hasta que no se disipó, Jazz no ayudó a Zek a levantarse. La casa del Habitante seguía en pie, pero todas las ventanas habían saltado por los aires y faltaba la mitad del tejado. Harry y su hijo pudieron refugiarse debajo de los aleros antes de producirse la explosión.
Ahora salieron, pálidos e impresionados.
Había otros guerreros que se habían posado en la parte de atrás del collado.
En aquel lugar lucharon contra los seguidores de Karen, derrotándolos y silenciándolos sin tardanza. Sin embargo, en la zona había Viajeros fuertemente armados con granadas que arrojaron sus proyectiles mortales y devolvieron a los guerreros golpe por golpe.
Los lugartenientes de los wamphyri hacían estragos en todos los rincones del jardín y sus guanteletes de guerra chorreaban sangre de los Viajeros. La noche estaba inundada de humo y hedores, hendida por los estampidos de las armas, más infernal todavía como consecuencia de las surrealistas cuchilladas asestadas por la luz cauterizadora y por los largos momentos de oscuridad total...
Junto al muro medio derruido, lady Karen vio aparecer algo que salía de aquella depresión llena de humo. Iba arrastrándose por el suelo pero, al llegar al nivel del mismo, se levantó y atacó. Era el loco de lord Lesk, el más sanguinario de todos los wamphyri, casi totalmente recuperado, sin que apenas se resintiera de las heridas que había recibido ni de la caída que había sufrido. Al ver a Karen, se lanzó sobre ella lleno de las peores intenciones.
Pero ésta empujó a un asustado Viajero y dirigió su lámpara directamente contra la odiosa cara de Lesk consiguiendo cegarlo totalmente. Éste lanzó una maldición, se cubrió el rostro con las manos, se acercó a Karen y de un puntapié le hizo saltar la lámpara de las manos. Medio ciego, volvió hacia ella el costado izquierdo y descargó toda la furia de aquel ojo sin párpado que tenía en el hombro.
Pero al hacer un movimiento con su guantelete, giró su cuerpo con el impulso y de nuevo volvió a perderla de vista. Karen se había librado del golpe que intentaba asestarle Lesk y, de un rápido movimiento de su guantelete, cortante como una navaja barbera, arrancó la carne de su costado, llegando hasta las costillas del monstruo.

Lesk dio un alarido, se tambaleó, quedó jadeante, como sorprendido ante lo que acababa, de ocurrirle, y con la mano libre, se tocó torpemente el cuerpo para comprobar el daño terrible que acababan de hacerle. Su corazón latía como un gran fuelle amarillo, perfectamente visible contra la bolsa oscura y palpitante de su pulmón izquierdo. Los Viajeros se abalanzaron sobre él, tratando de hacerle la zancadilla y de llevárselo a rastras. Mientras tanto, Lesk seguía rugiendo enfurecido, Karen se acercó y, con el arma terrible que llevaba en la mano, le arrancó el corazón desnudo. Le cortó las arterias y se lo extrajo del cuerpo. Lesk tosía y escupía sangre, parecía irse hinchando por momentos y... al final se desplomó como un árbol acabado de talar. Los Viajeros se lanzaron sobre él como lobos, lo decapitaron, lo rociaron con petróleo y le prendieron fuego. Lesk se deshizo en llamas.

Entretanto...

Una segunda bestia de gas fue derivando directamente hacia la casa del Habitante. Los dos Harry huyeron de la casa y encontraron a un par de lugartenientes de los wamphyri en su camino. La estrategia que observaron en su trato con ellos demostró la afinidad que tenían: dejaron que los vampiros, armados con sus guanteletes, se acercaran a ellos y los atacaran e inmediatamente escaparon a través de las puertas de Möbius. Cuando sus perseguidores penetraron en aquel reino desconocido pisándoles los talones, cerraron las puertas y salieron por otras. Los lugartenientes desaparecieron y tal vez lo único que ahora llegaba hasta ellos eran los débiles ecos de sus gritos, que muy pronto se ahogarían en el alboroto y la confusión de la batalla.

La plañidera bestia de gas situada sobre la casa del Habitante fue alcanzada por un proyectil extraviado de un arma. La bestia estalló con un estruendo espantoso, provocando la demolición de la casa y despidiendo una terrible vaharada que difundió un hedor apestoso.

Los guerreros se acercaron al collado detrás del poblado. Otro se estrelló en la baja estructura que albergaba los generadores de Harry hijo. Las restantes lámparas ultravioleta dejaron de parpadear y sólo quedó un puñado de linternas y la luz de las estrellas para iluminar la noche que estaba desplegándose ante ellos.

Las voces estridentes de lord Belath y de lord Menor Maimbite ya estaban sonando dentro del jardín. Desde arriba, lord Shaithis daba instrucciones a gritos.

Todavía no recuperado del todo de la explosión de la bestia de gas, Harry agarró el brazo de su hijo.

-Antes has dicho que nosotros éramos el último recurso -le recordó casi sin aliento- Sea lo que fuere lo que querías decir con esto, sea lo que fuere lo que pensases, mejor sería que lo dijeses ahora.

-Padre -respondió-, en el continuo de Möbius hasta el pensamiento tiene peso. Tú y yo estamos enlazados. Dondequiera que nos encontremos del continuo de Möbius, tenemos que conocernos forzosamente.

Harry asintió con un gesto.

-Por supuesto -dijo.

-Yo he hecho cosas con el continuo de Möbius que tú ni siquiera has soñado - rosiguió el Habitante, con tono ingenuo y sin ganas de

fanfarronear-. A través de él puedo enviar algo más que meros pensamientos, con tal de que haya alguien que reciba lo que yo envío. En este caso, sin embargo, lo que tengo que enviar es peligroso, no para ti, sino para mí.
-No te sigo.
Desesperadamente consciente de que estaba perdiéndose la batalla, Harry se pasó la lengua por los labios resecos y movió la cabeza.
-Pero me seguirás -le replicó rápidamente el Habitante.
-Ya sé qué quieres decir -dijo Harry-, pero, ¿esto no perjudicará el jardín, no dañará a los Viajeros?
-No estoy seguro. Quizás un poco, aunque no será grave ni duradero. De todos modos, tendrías que desembarazarte de lady Karen.
Se dirigió corriendo a las ruinas de su casa y encontró una túnica hecha con una brillante plancha metálica que tenía guardada en ella y se la puso. Lo cubría de pies a cabeza y estaba provista de unos discos de vidrio de color para cubrir los ojos.
-Ya la he usado con anterioridad -dijo-, para ir más allá de las estrellas. Ahora mejor será que te ocupes de Karen.
Harry, que lo había seguido, dijo:
-¿Dónde te encontraré?
-Aquí. Te estaré esperando.
Harry se sirvió del continuo de Möbius y se trasladó al muro. Allí, unos hombres provistos de lanzallamas estaban rociando con ellos a un guerrero que tenían acorralado. Karen estaba luchando con un lugarteniente y se dedicaba a acabar con él cuando Harry llegaba.
-No me preguntes nada y ven rápidamente conmigo -le dijo Harry.
La cogió, se introdujo en una puerta de Möbius y salió a la llanura de piedras, a una distancia prudencial de la deslumbrante Puerta en forma de esfera. Karen, casi cegada, se tambaleó un momento y sus ojos escarlata quedaron redondos como platos.
-¿Cómo...?
-Dime cuál es tu columna -le preguntó.
Ella se lo indicó con el dedo y él volvió a llevársela consigo...
Después la dejó en su nido de águilas, ahora desierto, y regresó al jardín. Su hijo lo estaba esperando.
-¿Lo entiendes? -quiso saber el Habitante.
-Sí -dijo Harry asintiendo con la cabeza-. Sigamos adelante.
Entraron en el continuo de Möbius y Harry hijo se puso rápidamente en marcha, a través de las montañas hasta la Tierra del Sol y de allí...
... ¡al sol! Se quedó fuera de aquel horno monstruoso suspendido en las profundidades del espacio y abrió una puerta de Möbius. Harry oyó el siseo que le hacía emitir el tormento que sufría y oyó también su pensamiento que decía:
¡Ahora!
Abrió una puerta de Möbius que daba al jardín, la atrancó, la fijó allí y dejó que su hijo orientara y derramara la luz del sol a través del continuo de Möbius y a través de la puerta de Harry. Inmediatamente el jardín quedó inundado de luz intensa, resplandeciente y dorada.

Harry hizo girar la puerta como si fuera la torreta de un tanque y proyectó su haz de luz solar concentrada a través del jardín. El rayo alcanzó a los guerreros, que cayeron derribados desde el collado. La luz se los comió como si fuera ácido, devorando su carne de vampiros, puesto que aquello era luz del sol, no atenuada por la distancia ni diluida por la atmósfera, sino esencia del sol. Los monstruos se fundieron, hirvieron y cayeron en pozos viscosos y negros.
¡Ay!, la agonía que sufría el Habitante era un auténtico fuego que quemaba en la mente de su padre. El rayo se interrumpió, dio tiempo a Harry para recuperarse, para descansar de la tarea de mantenerse firme y de controlar la puerta de Möbius.
-¿Hijo? -sus angustiados pensamientos se perdieron por el camino de Möbius-. ¿Estás bien?
¡No!... Sí, sí... estoy perfectamente bien. Aguarda un momento. ..
Harry esperó, conjuró una puerta y miró fuera. Escogió nuevos blancos: lord Belath y lord Menor, que pasaban junto a una hueste de aterrorizados Viajeros, a los que aplastaban como moscas.
¡Ahora!
Harry fijó la puerta y guió la ráfaga de sol de su hijo a través de ella. Aquel rayo fulgurante cayó sobre Belath y Menor como si fuera un haz de oro solidificado.
Los quemaba, les cauterizaba la carne y la piel, que quedaban retorcidas y se evaporaban de forma hedionda. Mientras los Viajeros se alejaban locamente de ellos, estallaban en migajas abyectas.
Harry dirigió el rayo hacia el norte y encontró un guerrero a media altura, que bajaba en dirección a los defensores del muro. Antes de que pudiera acercarse demasiado, lo dejó reducido a una bola de fuego alquitranada que saltó rebotando al otro lado de los acantilados. Había otros guerreros que volaban en lo alto, y bestias voladoras con sus sorprendidos jinetes. Harry abrió la puerta horizontalmente y transformó su rayo en un gigantesco proyector. El sol brillaba hacia arriba, ¡desde la tierra!
Cayeron del cielo monstruosos desechos y... *¡Ahhh!,..* el rayo quedó nuevamente en suspenso.
-¡Hijo, hijo! -exclamó Harry hablando en dirección al continuo de Möbius-. Deja que acabe todo esto de una vez. Están derrotados, ya se van. ¡Para ya, antes de que te dejes la vida en el intento!
¡No!, dijo la voz de Möbius, una voz que hacía estremecer. *De ésta no tienen que volver a recuperarse nunca más. Baja a ia llanura cubierta de piedras, cerca del lugar donde ellos tienen sus columnas.*
Harry comprendió lo que quería decirle y obró en consecuencia.
¡Ahora!
El rayo del Habitante salió proyectado hacia el exterior y lamió la base de la columna de Shaithis. Estuvo jugando unos momentos en la zona consiguiendo carbonizar balcones de hueso y traspasar ventanas cartilaginosas localizando a las bestias de gas instaladas en sus puestos. Siguiendo una irrefrenable reacción en cadena de bombas vivas, la base de la columna estalló hacia fuera, proyectando rocas, huesos y restos cartilaginosos hacia la llanura. La columna se balanceó, se dobló sobre sí misma y se desmoronó. Al caer, se hizo pedazos aunque, antes de que sus

gigantescos trozos pudieran dar en tierra, Harry ya había vuelto a orientar el rayo.
Todos los nidos de águilas, uno tras otro, fueron derribados y sus trozos fueron a parar a la llanura, reducidos a cascotes, totalmente destruidos.
Otras dos veces el Habitante volvió a gritar y el rayo fue suspendido. Al final, la única columna que quedó en pie fue la de lady Karen.
Deja que se quede, dijo Harry hijo en un murmullo.
Padre e hijo volvieron al jardín. Aparecieron cuando el humo y el tufo ya se estaban levantando y cuando los aturdidos Viajeros y sus amigos de un mundo diferente observaban a su alrededor y se restregaban la suciedad de sus ojos irritados.
La capa del Habitante se había fundido sobre su cuerpo. Consumiéndose con un fuego interno, se quedó un momento vacilante en su sitio. Era algo que avanzaba a tientas, una cosa negra y plateada que caminaba sin ver y que se derrumbó en brazos de su padre...
En el período de tiempo que equivalía a tres días según el tiempo de la Tierra, las noticias fueron las siguientes: ¡el Habitante se recuperaría! El vampiro que anidaba dentro de él repararía con el tiempo el daño que había sufrido. Harry padre sabía, sin embargo, que ya nunca más podría llevarse consigo a su hijo ni a Brenda ni devolverlos al mundo donde habían nacido. Harry hijo era wamphyri y, pese a ser diferente de los demás wamphyri, debería quedarse allí para siempre. Aquél era el lugar que le correspondía, el territorio por el que había luchado y que tan caro le había costado. Y por supuesto nunca podría tener la seguridad de cómo se desarrollarían las cosas.
Pero... lady Karen también era diferente. Por lo menos de momento. Además, si era cierto todo lo que Harry había oído contar de ella, un día sería más peligrosa que todos los demás juntos. Ella no le preocupaba, quien le preocupaba era su hijo.
En aquel momento se le ocurrió una idea.
Después de dejar al Habitante en manos de Jazz, Zek y sus fieles Viajeros, Harry se dirigió al nido de águilas de Karen. Fue un momento memorable aquel en que abandonó el jardín, porque las cumbres volvían a estar cubiertas de oro y tuvo ocasión de ser testigo de un curioso encuentro. Lobo, con las patas sangrando, había recorrido un largo camino para reunirse con su dueña. No había nada de vampiro en él, sino sólo mucho amor y una extraordinaria fidelidad.
Y todavía había habido otro encuentro, quizá más feliz aún: junto con Lobo había llegado un exhausto Lardis Lidesci acompañado de un puñado de su gente...

Capítulo 23

El último guerrero - El horror de Perchorsk

Después de la batalla que tuvo lugar en el jardín del Habitante, Shaithis, señor de los wamphyri, condujo a su tullida bestia voladora, medio carbonizada, nuevamente a casa. Suponía que la criatura no conseguiría llegar, por mucho que se esforzase, porque tenía todo el bajo vientre quemado y por él le goteaban los fluidos del cuerpo igual que si fuera lluvia. También él había estado sometido a una cierta dosis de luz directa del sol, pero había sido suficientemente avispado para saltar del lomo de su montura y refugiarse en las concavidades córneas que formaban los poderosos músculos de sus alas.

La explosión se produjo cuando la criatura de Shaithis se alejaba del jardín después de un intento de aterrizaje, cosa que lo libró de quedarse ciego. Sin embargo, no había conseguido liberarse de aquel calor odioso y cauterizador del auténtico sol y por ello supo que era imposible derrotar al Habitante. Poseía armas demasiado poderosas, armas que estaban por encima de la comprensión de los wamphyri y, por supuesto, por encima de su control. Todo lo cual, unido a la pérdida de sus lugartenientes y guerreros, había convencido a Shaithis de que el ataque era un ejercicio inútil. Las pérdidas sufridas por los wamphyri habían sido asoladoras y los supervivientes habían llegado a la misma conclusión de Shaithis, abandonando la lucha en masa y dirigiéndose a sus casas.

Atravesando la llanura de la Tierra de las Estrellas, todas sus criaturas emprendieron la marcha, muchas de ellas mutiladas, todas humilladas, y Shaithis sintió en su alma de wamphyri el odio que abrigaban hacia él, que golpeaba su cabeza como si fueran martillazos. Lo hacían responsable de los descalabros sufridos, pues él había sido uno de los que habían instigado el ataque, un líder de la abortada refriega que se había nombrado a sí mismo. Los generales derrotados rara vez reciben honores y las más de las veces son objeto de desprecio.

Camino del este, utilizando la media bóveda de la rutilante esfera como faro y cabalgando en su silla, Shaithis vio que Fess Perene y Volse Pinescu bajaban y abandonaban el espacio debido a que sus monturas eran demasiado débiles para resistir el tirón de la gravedad y contempló cómo se estrellaban en nubes de polvo contra la llanura plateada por la luz de la luna. Los señores debieron seguir el resto del viaje a pie, ya que Shaithis sabía que carecían de la fuerza suficiente para realizar una metamorfosis de vuelo. El no lo habría conseguido en caso de que su montura hubiera sucumbido. De todos modos, siempre era mejor caminar que morir.

Los señores Belath y Lesk el Glotón, Grigis y Menor Maimbite, Lascula Longtooth y Tor Tornbody habían desaparecido, con otros wamphyri menores. En cuanto a guerreros, no se veía ninguno... si bien Shaithis tuvo que corregirse inmediatamente, pues por la parte este del cielo, como si volara con grandes esfuerzos y actuara por propia voluntad, se veía uno, ¿sólo uno? Probablemente su amo había muerto en la contienda y ahora él regresaba a la única casa que conocía.

En cuanto a los lugartenientes, ¿dónde estaban? Habían desaparecido..., habían desaparecido con las bestias voladoras, con los guerreros, con los trogloditas... Habían desaparecido con todos los sueños de conquista y de venganza. En todo el espacio no había más que una docena de bestias volando, agotadas, planeando cuando atravesaban una zona de aire caliente y, desesperados por conservar toda la energía, transportando a sus señores, incólumes o heridos, devolviéndolos a las columnas que eran sus casas, a sus...

... ¿a sus nidos de águilas?

Al pasar por encima de la resplandeciente cúpula de la Puerta, Shaithis levantó su negro rostro para mirar al frente. Y entonces se percató de algo increíble, impensable. De aquellas poderosas columnas de los wamphyri tan sólo quedaba una en pie, ¡la de la traidora Karen!

La furia lo dejó galvanizado. ¡Karen, aquella hija de mala madre! Agarró con fuerza las riendas y tiró de la cabeza de su montura, dirigiéndola hacia la columna de Karen. Su montura hizo un gran esfuerzo: sus alas de manta se movieron una vez, dos veces, tres veces... se movían casi sin fuerza en el aire, después temblaron terriblemente y formaron una «V». Aquella cosa apenas estaba viva.

Había perdido toda la sustancia de su organismo y no le quedaba energía para seguir adelante. Se puso a planear cada vez más bajo, cada vez más rápidamente, sin que se pudiera hacer nada para evitarlo. Shaithis comenzó a dar frenéticas órdenes mentales a la estúpida criatura que lo llevaba y que se estaba acabando por momentos y se puso a tirar de las riendas hasta que vio que posiblemente se romperían. La bestia levantó lentamente la cabeza y las alas y adoptó una actitud más aerodinámica. Se lanzó en picado, voló en sentido horizontal y se inclinó a un lado; la llanura cubierta de desechos se convirtió en un caleidoscopio que giraba locamente, una imagen surrealista de un paisaje fugitivo. Y entonces...

El extremo del ala de la criatura voladora golpeó el fuste de la columna, cosa que aceleró su caída. Su jinete se vio despedido de la silla, sintió que los huesos del brazo izquierdo y del hombro se le fracturaban y sintió el sabor del polvo y de la sangre cuando su rostro fue a dar contra tierra y las rocas le rompieron los dientes.

Transcurrieron unos largos instantes y después vino el silencio, roto únicamente por el poderoso latido del corazón de Shaithis, y la intensidad del dolor fue remitiendo lentamente. Por fin, jadeando y tambaleándose, hizo esfuerzos para ponerse de pie y golpeó con la mano derecha, cubierta por el guantelete, la solitaria columna de Karen. Lanzó unas cuantas maldiciones largas y estentóreas. El nido de águilas de Karen se erguía como una señal segura de su traición. ¡Se había pasado al bando del Habitante, había sido comprada y pagada!

Los rasgos maltrechos de Shaithis se desfiguraron con una mueca de venganza que los hizo más espantosos aún. Cuando Karen volviese del jardín del Habitante... habría un ajuste de cuentas. ¡Sí, un ajuste de cuentas...! Y sería largo, divertido... y en él habría sangre a espuertas. ¡Qué maravilla!

Dio un paso en dirección a la columna... De pronto se quedó helado, en ese mismo instante bajaba a la solitaria aguja de roca, el último nido de

águilas de un wamphyri, el guerrero que había previamente observado. Lanzó un gruñido al ver que se introducía por la oscura boca de la entrada. ¡Era el guerrero de Karen! Y mientras ella viviera defendería su nido de águilas hasta el último momento, contra todos los que lo atacaran e incluso contra Shaithis, señor de los wamphyri.

¡Cómo despotricaba Shaithis! ¡Cómo despotricaba y desbarraba! Y nadie lo oía, salvo una bandada de grandes murciélagos, criaturas familiares que sin duda se preguntaban qué había ocurrido en las inmediaciones de sus colonias, instaladas en las grietas de las arruinadas columnas que eran morada de los wamphyri.

La luna hacía su rápida trayectoria a través del cielo y Shaithis cada vez estaba más quieto, hasta que se quedó totalmente inmóvil. Su sombra pasó por la vertical, luego comenzó a alargarse por el otro lado. Cuando era tan larga como el propio Shaithis, sus hombros se hundieron, se volvió y se encaminó a las ruinas desmoronadas y distantes donde antes estaba lo que él llamaba su casa...

Consternado, con las mejillas hundidas, la mitad de su cuerpo carbonizado, varios huesos rotos y la cara aplastada y quemada por un lado, el que fuera en otro tiempo gran lord Shaithis de los wamphyri se acercó a la base del potente afloramiento, la orgullosa columna de roca ahora desaparecida para siempre que le había ofrecido albergue durante las cinco centurias y media que había durado su vida. Allí, en aquel fuste poderoso es donde él tenía sus talleres, las inmensas tinas donde con gran pericia daba nacimiento a la carne metamórfica y la moldeaba, creando a sus guerreros, a sus bestias voladoras, a las criaturas que contenían gas, a otras que actuaban como un sifón... a todo tipo diferente de criaturas cartilaginosas. Allá abajo, si toda la maciza estructura no se hubiera desplomado encima, todavía estaría una bestia voladora recién formada que gemía y forcejeaba dentro de una tina. Convertida en un Viajero, pronto podría moverse de un sitio a otro, y así por lo menos Shaithis tendría una montura en la que poder viajar.

También había encontrado las cosas que tenía en su pozo: Viajeros y trogloditas metamorfoseados, insensatos seres que no hacían más que gritar sumidos en una noche eterna, la materia prima de sus guerreros y de las otras criaturas que había creado. ¡Bien, no importaba, que saltaran dentro de sus pozos, que lloriquearan y cotorrearan hasta quedar envarados y fosilizados! ¡Le daba igual!

Sobre su cabeza, los últimos wamphyri volaban silenciosamente hacia el norte, atravesaban las tierras heladas y se dirigían a las oscuras regiones situadas en el techo del mundo, donde el sol nunca más volvería a brillar. Así que su bestia voladora estuviera en condiciones de volar, Shaithis se juntaría con ellos. Según contaban las leyendas, si se cruzaba el casquete polar y se continuaba todavía más allá, se encontraban más montañas, nuevos territorios que conquistar. Nadie, sin embargo, había podido comprobar lo que referían las leyendas, ya que las altísimas columnas eran desde tiempo inmemorial el hogar de los wamphyri. Pero esto era ayer. Y ahora resultaba que había que comprobar lo que decían las leyendas. Bien, pues se haría.

Cuando Shaithis se disponía a bajar por una escalera medio desmoronada, sus ojos atentos detectaron un movimiento entre los escombros y oyó un gemido ahogado. ¿Había alguien que seguía vivo todavía en las ruinas de su nido de águilas?
Shaithis se abrió paso entre bloques de piedra desperdigados por el suelo y entre restos de huesos y llegó a una maraña de cartílagos relucientes y rocas desmenuzadas por entre los cuales asomaban una mano y un brazo. La mano iba tanteando los alrededores a ciegas y clavaba inútilmente las uñas en la piedra áspera. Procedente de más abajo se oía un lamento semünconsciente.
Durante unos momentos Shaithis se quedó desorientado; de haber sido un señor, o incluso el más bajo de sus lugartenientes, habría conseguido abrirse paso.
Por fin, con una sarcástica sonrisa y un ademán de la cabeza, reveló que había comprendido quién era el hombre que se encontraba atrapado.
-¡Karl!
La sonrisa del vampiro desapareció de su rostro con la misma rapidez con que había aparecido.
-Un habitante de los infiernos. ¡Yo tengo que arreglar cuentas con los habitantes de los infiernos!
Apartó los bloques de piedra y masas cartilaginosas extrañamente fusionadas y abriéndose paso en medio de la oscuridad consiguió sacar a Vyotsky. Su trato con el ruso no fue especialmente amable, máxime teniendo en cuenta que Vyotsky tenía las piernas rotas por debajo de las rodillas y que gritaba a más y mejor:
-¡No, no! ¡Oh, Dios... mis piernas!
Shaithis lo movía sin piedad hasta que sus ojos pareció que iba a salírsele de las órbitas.
-¿Tus piernas? -le dijo con voz sibilante-. ¿Tus piernas? Pero, hombre, fíjate en mí.
Dejó a Vyotsky sentado en una piedra plana y dejó caer su capa para que quedara al descubierto su cuerpo maltrecho, al tiempo que se volvía lentamente para que el otro pudiera inspeccionarlo. Pese a que el ruso temblaba de dolor, no pudo por menos de dar un respingo al hacerse cargo de las heridas de Shaithis.
-Sí -asintió Shaithis-, es terrible, ¿verdad?
Pero Vyotsky no dijo nada y continuó sentado donde estaba, muy erguido, apuntalándose en la superficie de la roca con las palmas de las manos. De este modo ejercía una cierta presión en las piernas, que le temblaban como si fueran de gelatina.
-Y ahora, Karl -le dijo Shaithis, mirándolo abiertamente a la cara-, creo recordar una conversación que tuvimos la vez aquella en la que estuvimos a punto de atrapar a tus amigos de la Tierra de los Infiernos, antes de que interviniera el Habitante. ¿Te acuerdas?
Vyotsky no dijo nada y pensó que ojalá pudiera desmayarse en aquel momento, si bien no se atrevía a fingirlo. Sus sufrimientos eran atroces, pero sabía que, si ahora se derrumbaba, lo más probable es que no volviera a despertarse nunca más. Jadeó y cerró los ojos, una nueva

oleada de dolor subía por su cuerpo como si sus piernas maltrechas proyectaran una llamarada de fuego.
-¿No lo recuerdas? -dijo Shaithis con fingida sorpresa, al tiempo que levantaba su guantelete, cerraba y abría la mano y desplegaba ante los ojos del ruso, para que pudiera examinarlas detenidamente, las docenas de hojas mortíferas del arma que tenía en ella.
Un solo golpe del guantelete podía desollar totalmente la cara de una persona. Esto era algo que Vyotsky sabía muy bien. O podía rebanarle el cráneo y dejárselo pelado como un huevo.
-Pues bien, yo sí lo recuerdo -prosiguió el vampiro-, y creo recordar que te advertí qué haría contigo si alguna vez tratabas de huir de mi lado. Te dije que te entregaría a mi guerrero favorito, salvo el corazón, que pensaba reservármelo para mí. Seguro que lo recordarás, ¿verdad?
Los ojos de Vyotsky estaban ahora muy abiertos y sus labios temblaban como para ponerse a tono con el desmesurado esfuerzo de sus brazos.
-¡Lástima que ya no tenga ningún guerrero y que no pueda mantener la promesa! - ijo Shaithis-. De lo contrario lo haría, puedes creerme. Claro que nosotros no sabemos que tú estuvieses huyendo. Pero resulta que también recuerdo haberle dicho a Gustan que tenía que llevarte a ti, en su misma montura, cuando fuéramos a saquear el jardín del Habitante. Puede ser que Gustan se olvidara de lo que yo le mandé. Pues sería una verdadera lástima, porque yo deseaba que tú también estuvieras allí, a fin de que pudieras ser testigo de la manera como trataba a aquella mujer, Zek, y a aquel hombre, Jazz. ¿O es que te escondías y esperabas a que nosotros nos fuéramos para tratar de salirte con la tuya?
Vyotsky, como pudo, negó con la cabeza y sólo consiguió articular un leve tartamudeo:
-Yo..., yo...
-¡Sí, claro! -asintió Shaithis, sonriendo de una manera sumamente desagradable-, yo..., yo...
Y mientras la sonrisa desaparecía por segunda vez de su cara, se acercó nuevamente al lugar donde el ruso había quedado atrapado. Esta vez sacó la metralleta de Vyotsky y un saco de cuero que contenía provisiones.
Vyotsky volvió a quejarse en voz alta, cerrando los ojos y balanceando el cuerpo a consecuencia del dolor que lo torturaba. Pero Shaithis se echó a reír, dándose a la vez un palmetazo en el muslo como si acabase de escuchar un chiste que tuviera mucha gracia..., si bien de pronto dejó de reír, avanzó el guantelete y dio con él un zarpazo a las rodillas de Vyotsky. Para Shaithis aquello no pasaba de una caricia y tenía la suavidad de una pluma. Sin embargo, hizo una abertura en los pantalones de combate de Vyotsky y una herida en la rótula de la que manó una buena cantidad de sangre. Vyotsky, en este punto, se desmayó y se derrumbó de lado sobre una piedra, si bien Shaithis lo amparó con el brazo antes de que se hiciera todavía más daño. Entonces...
Sin concederse otra pausa, el vampiro se lo cargó sobre el hombro que tenía en buenas condiciones y se adentró con él en las negras entrañas de sus talleres...
La situación de la zona no era tan mala como Shaithis había supuesto. Aquí y allá se habían desmoronado trozos del techo de piedra y cartílagos

y algunas de las cosas protoplasmáticas que había en sus profundos pozos habían quedado encerradas en su interior, con lo que sus gritos insensatos quedaban amortiguados por masas de piedras desprendidas. Por lo demás, todo estaba en orden. Las tinas más grandes estaban intactas y la nueva montura de Shaithis estaba incólume. Al verlo, se puso a gimotear, doblando hacia él su cabeza destellante, acorazada y en forma de espátula. A no tardar, los líquidos de la tina serían absorbidos por aquella criatura y su piel se transformaría en cuero membranoso. Después ya podría realizar un vuelo de prueba y Shaithis estaría en condiciones de emprender su gran viaje hacia el norte.

Antes de esto, sin embargo, todavía le quedaba una labor que realizar, un acto final de venganza que debía cumplirse en aquel lugar. Ya había dicho al habitante de los infiernos Karl Vyotsky que sus guerreros habían muerto todos.

Bien, ésta era la verdad, aunque esto no quería decir que no estuviera en condiciones de fabricarse uno. De hecho, la creación de guerreros y otras bestias era un arte de los wamphyri y era evidente que Shaithis era un gran artista en este campo. Además, disponía de los materiales necesarios. ¡Este sería el guerrero!

En un experimento reciente, Shaithis había creado una pequeña criatura que poseía una astucia tan primitiva y una vileza tan insidiosa que su creación incluso lo sorprendía a él mismo. Aquella cosa estaba gobernada -suponiendo que gobernar sea la palabra apropiada- por la minúscula mente de un troglodita sometida a ciertas alteraciones sutiles, mientras que su componente físico principal no había sido la carne humana sino la de criaturas salvajes. Habían intervenido en gran medida los tejidos de un gran murciélago y de un lobo salvaje, así como la carne protoplasmática del pozo de Shaithis. Pero aquel ser se había escapado por dos veces, cosa que lo indujo a retirarlo y a eliminarlo.

En efecto, no habría sido prudente dejarlo vivir, por lo menos aquí, ni arriesgarse tampoco a que los demás wamphyri aprendieran de él, ya que mientras la Naturaleza ofrecía a menudo a las criaturas salvajes un huevo de vampiro, por lo general se consideraba impropio que los wamphyri realizasen este tipo de experimentos.

Y en cambio esto es lo que había hecho precisamente Shaithis. Despreciado por un señor de segundo plano, lo desafió y lo mató, con lo que obtuvo el derecho a quemar sus restos. Pero en lugar de eso llevó su cuerpo a su taller, le extrajo el vampiro que llevaba dentro y trasplantó el huevo a la criatura que había creado él.

Sin embargo, al comprobar que aquel ser era incontrolable, lo obligó a atravesar la Puerta. Le había parecido una gran proeza el que aquel ser creado por él se llevara a la Tierra de los Infiernos el sello infernal que él le había puesto.

Pero todo esto había ocurrido antes de que él pudiera comprobar hasta qué punto era infernal la Tierra de los Infiernos. Shaithis ahora apenas dudaba de que todos sus males tuvieran su origen en aquel lugar desconocido situado al otro lado de la deslumbrante puerta-esfera. ¡Si hasta el propio Habitante procedía de aquel sitio! Ésta era la razón de que ahora se dispusiera a crear al GUERRERO de todos los guerreros. ¿Y

quién habría podido asegurarlo? Tal vez incluso podía ser el último de los guerreros. Quizá, entonces, cuando vieran lo que él les había enviado, a lo mejor los brujos del otro mundo se lo pensaran dos veces antes de hacer que sus mercenarios se aventurasen a venir a este mundo.
Mientras iba pensando todas estas cosas, Shaithis arrojó el fláccido cuerpo de Karl Vyotsky sobre la gran losa de piedra que era su banco de trabajo, después fue a buscar los demás ingredientes que le permitirían realizar su labor y ciertos instrumentos con los que podría amalgamarlos...
Se trataba de una labor muy entretenida; se levantó el sol y se volvió a marchar y ya estaba empezando un nuevo período sin sol. Por fin Shaithis terminó su trabajo. Contempló con cierta satisfacción la cosa que iba ondeando y emitiendo siseos y se iba formando dentro de una enorme tina, paseándose de un extremo a otro de la misma y admirando la rápida formación del mortal despliegue de armas.
Después implantó dentro de su mente rudimentaria y primitiva los mandos que harían que en su vida existiera una sola finalidad, un único objetivo, y dejó que se valiera por sí misma. Al emerger de allí dentro de unos momentos, el guerrero descubriría las cosas que había en el pozo, las devoraría y encontraría el camino para salir de él. Es posible que la salida fuera muy exigua, pero Shaithis no dudaba de que aquel guerrero podría hacerla más grande.
Entretanto puso a prueba la bestia voladora y pudo comprobar que era mejor que ninguna de las que había poseído antes, es decir, un corcel apropiado para el largo viaje que quería emprender. Sin embargo, Shaithis quería antes que nada contemplar una vez más el rostro de la madre de todas las traiciones: las hermosas facciones de lady Karen. Salió volando en dirección al nido de águilas de ésta y, sin hostilidad alguna, comenzó a dar vueltas a su alrededor, llamándola a la manera de los wamphyri hasta que hizo que se asomara a una ventana.
-Así que, Karen -le gritó, levantando una oleada de viento-, tú eres la última. ¿O tal vez la primera? En realidad, no importa demasiado, porque todos estamos perdidos por culpa tuya.
-Shaithis -respondió-, de todos los grandes wamphyri embusteros tú eres el más grande. ¡Hasta te mientes a ti mismo! Me echas la culpa de todas tus desgracias o echas la culpa a quien a ti se te antoja, cuando sabes en realidad que tú eres el único culpable de que los wamphyri hayan tenido ese final. De todos modos, ¿qué te importan los demás? ¡Nada! Lo único que a ti te importa es lord Shaithis.
-¡Ah, qué criatura más fría y más cruel eres, Karen! -dijo moviendo la cabeza y reprendiéndola a través del abismo de aire.
-Exacto -respondió-. ¿Te figuras que yo no conocía los planes que tenías conmigo? La verdad es que tú me subvalorabas, Shaithis. Me subvalorabas a mí, al Habitante, a todo. Estabas tan envanecido con tus proyectos y tenías tal ansia de dominio, que te figurabas que eras invencible. Ahora vemos que estabas completamente equivocado.
Se acercó un poco más y en su cara, curada ya en parte, se reflejó toda la enorme furia que llevaba dentro. Pero entonces ella lo puso en guardia:

-¡Cuidado, Shaithis! Dispongo de un guerrero. No me costaría ni un segundo lanzarlo sobre ti.
Él retrocedió.
-¡Vaya, si ya lo he visto! ¿A eso le llamas tú un guerrero? Dudo que se encontrase a mi altura si yo estuviese completo. Y algún día lo estaré.
-¿Estás en situación de amenazar?
Shaithis la miró fijamente y de pronto vio aparecer un segundo rostro en la ventana.
-¡Ah, ya veo que te las has arreglado para buscarte un compañero! -dijo-. Un amante para que te acompañe en la soledad que te espera, ¿verdad? Pero a ése no lo conozco. Dime, ¿quién es?
-Tengo boca y sé hablar -respondió Harry Keogh-. Yo soy un habitante de los infiernos, Shaithis, el padre de aquel que vosotros llamáis el Habitante.
Shaithis jadeó ruidosamente y se hizo más atrás. Sin embargo, su valor no tardó en volver. Por lo que sabía del Habitante y de los suyos, si tuvieran tanto interés en que estuviera muerto, a esas horas ya lo estaría. Tal vez estaban satisfechos con lo que habían conseguido.
La curiosidad lo dominó y Shaithis acercó un poco más la bestia en la que iba montado.
-Dime sólo una sola -le preguntó-, ¿a qué has venido aquí? ¿A destruir a los wamphyri?
Harry negó con la cabeza.
-Las cosas han salido así y nada más. -Después, acordándose de una promesa que había hecho, dijo-: Quizá sería mejor que me preguntases quién me ha enviado.
Shaithis asintió:
-Dilo, pues.
-Alguien que se llama Belos -dijo Harry- y que me dijo: «Diles que te envía Belos».
Aquello no significaba nada para Shaithis, que nunca había sido gran cosa para estudiar las historias y las leyendas. Frunció el entrecejo, se encogió de hombros y, desviando la bestia en la que montaba, se dirigió hacia el norte. Los vientos trajeron los ecos de su última palabra:
-¡Adiós!
Pero ellos sabían que esa palabra no tenía ningún sentido para él...
Chingiz Khuv, acompañado de dos de sus hombres de la KGB, se encaminaba al Centro de Control del Protector de Fallos. Eran las dos de la madrugada y el turno de Khuv duraría seis horas, después de las cuales sería relevado por el siguiente oficial de servicio encargado del protector de fallos. Eran las primeras horas de la mañana, si bien aquí en el Projekt el tiempo no contaba demasiado, salvo porque se agotaba rápidamente: para Khuv, para su pelotón de mando y quizás incluso para el propio Projekt.
Éstas eran las cosas en las que pensaba Khuv mientras recorría los corredores de acero y goma con los hombres a sus flancos. Uno de ellos iba armado con una metralleta y el otro llevaba un lanzallamas. Khuv, por su parte, sólo llevaba su pistola automática, aunque sin el seguro puesto, en la pistolera.

Khuv estaba pensando qué eran ocho días, ocho días que ahora le parecían un infierno. Mañana no tenía obligaciones de carácter oficial y podría descansar, pero el día siguiente... sería el señalado para que él y su pelotón atravesasen la Puerta.
Esto de por sí -los preparativos, las preocupaciones por lo que le esperaba al otro lado- ya era suficientemente inquietante, pero las treinta y seis horas entre esos momentos también estarían marcadas por el hecho importante de conservar la vida.
El Perchorsk Projekt había sido siempre un lugar tétrico: sus niveles del magma siempre habían sido algo fantasmagórico, lugares que hacían revivir el pánico del accidente ocurrido en sus orígenes y siempre persistía el miedo de nuevas incursiones dantescas que pudiesen producirse a través de la Puerta. Pero, por lo menos, el horror latente del magma se había convertido en algo familiar y los peligros de la Puerta eran conocidos y apreciados. Ahora, sin embargo, lo totalmente desconocido había entrado en escena y en el Projekt había algo o alguien que andaba suelto y que atacaba para desaparecer después sin dejar rastro... y que además hasta ahora parecía invulnerable. No se trataba simplemente de pararle los pies, sino que lo primero que había que hacer era encontrarlo: desde la noche del triple asesinato las cosas habían ido de mal en peor.
Ahora, para cualquier persona forastera que entrase en Perchorsk por primera vez, el lugar era el reino de la locura absoluta. La salida principal estaba custodiada día y noche por media docena de hombres provistos de una amplia variedad de armas; la gente ya no iba sola de un sitio a otro, sino que se movía por parejas o de tres en tres; todos los rostros reflejaban una gran ansiedad, los ojos aparecían hundidos e inyectados en sangre y las expresiones eran taciturnas; todo el mundo era sensible al más pequeño ruido, que provocaba violentos e injustificados sobresaltos. En Perchorsk se había instalado el terror y no parecía haber manera de librarse de él.
Se había iniciado con las muertes de los hombres de la KGB Rublev y Roborov y el detector psíquico Leo Grenzel. ¡Sólo Dios sabía dónde terminaría todo aquello!
Khuv volvió a pensar en toda la cadena de asesinatos ocurridos desde aquellos tres primeros.
El siguiente había sido un técnico de laboratorio, durante una avería eléctrica ocurrida a altas horas de la noche mientras estaba ordenando el laboratorio. Algo había penetrado en él en la oscuridad, le aplastó la tráquea dejándosela convertida en pulpa y le machacó la cara y la frente de un violento golpe. Era como si sobre él se hubiera abalanzado un gigantesco bulldog. Agursky era de la opinión de que debía de tratarse de algún loco armado con un instrumento contundente, posiblemente una prensa eléctrica procedente de los talleres.
A continuación le tocó el turno a un par de soldados que estaban libres de servicio y que, al abandonar el núcleo de la instalación y pasar a través de los niveles del magma, se habían encontrado con algo contra lo cual habían tenido que disparar. Los disparos habían sido perfectamente audibles, por supuesto, pero acto seguido se descubrieron los cadáveres de los dos soldados. Estaban degollados y sus cuerpos habían sido

introducidos en uno de los agujeros del magma. Un examen previo reveló que debajo de la gran cantidad de escombros se habían roto muchos huesos y dislocado columnas vertebrales.
Después, en la penúltima noche, uno de los cuatro hombres que le quedaban a Khuv de la KGB desapareció y todavía no había sido localizado y ahora hacía justamente tres horas...
Éste había sido uno de los peores. El cuerpo de Klara Orlova, una física teórica que trabajaba en estrecha colaboración con el equipo de científicos de Luchov, había sido encontrado en uno de los pozos de ventilación que colgaban boca abajo de los cables de las poleas. También había sido degollada. Y al igual que en muchos de los demás casos, había muy poca sangre alrededor.
Khuv acababa de llegar al escenario de los hechos cuando fue solicitada su presencia inmediata en la habitación de Paul Savinkov, encargado de ejercer sus dotes telepáticas. La puerta, una hoja de madera ligera revestida de una fina plancha metálica, presentaba un agujero del tamaño de un puño y colgaba medio desprendida de sus goznes. Dentro de la habitación se encontraba Savinkov, hecho un ovillo en un rincón, igual que una muñeca rota. Pese a que la fractura de sus huesos debía de haber resonado igual que una serie de tiros, al parecer nadie había oído nada.
Sin embargo, por lo menos esta vez se había podido comprobar que el asesino era taimado a la vez que extraordinariamente fuerte y brutal. El cable del teléfono de Savinkov había sido cortado en la zona del pasillo. El asesino había querido asegurarse de que estaría incapacitado de pedir ayuda, lo que parecía probar la teoría de Vasily Agursky que decía que los asesinatos tenían que ser obra de un loco fuerte y astuto o, en cualquier caso, de un ser humano.
Ahora, sin embargo, era hora de que Khuv se preparase para desempeñar sus deberes en el Centro de Control del Protector de Fallos. Había dejado a Gustav Litve encargado de los nuevos casos y se fue a cambiar la ropa para el largo turno que le esperaba, turno que estaba a punto de comenzar en aquel momento.
Cuando ya se acercaban al Centro de Control del Protector de Fallos, Khuv y sus hombres oyeron unas pisadas tras ellos y, al volverse para ver de quién se trataba, vieron a Gustav Litve que llegaba corriendo. Con el rostro totalmente lívido, agitaba en la mano una hoja de papel, que tendió a Khuv.
-Camarada comandante -jadeó, acercándose un poco más-. ¡Ahí tienes! La he encontrado escondida en el respaldo del asiento de Savinkov.
La hoja de papel estaba un poco arrugada, por lo que Khuv la alisó poniéndola plana en la pared y observó las líneas temblorosas que figuraban en ella escritas a lápiz y que decían:
«He estado estudiando a todos los miembros del personal uno por uno. Ya lo habría hecho antes, pero Andrei Roborov lo había visto con sus propios ojos y lo que vio no era un ser humano. Así es que pensé que debía de tratarse de algo que había llegado aquí a través de la Puerta, algo que había pasado sin ser advertido.

Pero después pensé: ¿cómo es posible que con todos los "espers" que tenemos no podamos localizar al intruso? A lo mejor es porque se protege psíquicamente o porque se esconde detrás de sus propias pantallas mentales. Sin embargo, si era capaz de hacer una cosa así, quería decir que yo podía detectar las protecciones que él utilizaba. Grenzel habría estado orgulloso de mí, porque yo lo había encontrado. Él lo habría hecho mejor que yo, por supuesto, y ésta es la razón de que le hubieran parado los pies. ¿Que cómo lo conseguí? Encontré una zona donde no había lecturas telepáticas y donde existía una poderosa interferencia psíquica: el depósito de cadáveres. Quise asegurarme para no fallar y descubrí que me había equivocado. Pero después tuve el mismo tipo de lectura en la zona de alojamiento, en la parte de los científicos. Fui estrechando el cerco. ¡Es Agursky! Guarda los cadáveres en el depósito. Debía de encontrarse allí la primera vez que hice la comprobación en el depósito y estaba en su habitación hace unos pocos minutos, porque he ido a comprobarlo. He tratado de ponerme en contacto con su mente... y me parece que me ha reconocido. Podéis tener la seguridad absoluta de que es lo que vio Roborov. Tengo el teléfono estropeado. Me parece que hay alguien fuera, porque se escucha...» La nota había quedado interrumpida en este punto. Khuv volvió a leerla con los ojos muy abiertos, esta vez saltándose algunas palabras. Captaba el sentido sólo en parte, pero sentía que se le erizaba el vello de la espalda, que la sangre que corría por sus venas se transformaba en hielo, pero se obligó a saltar en dirección a la pesada puerta de metal del protector de seguridad, que golpeó con fuerza al tiempo que gritaba:

-¡Viktor, abre la puerta, por el amor de Dios!

El director Luchov estaba de servicio. Con los ojos enrojecidos se acercó a la puerta y la abrió, pero retrocedió aturdido cuando Khuv irrumpió en ella.

-En nombre de..., ¿qué pasa?

-¡Lee esto! -dijo Khuv tendiéndole la nota de Savinkov-. Parece la declaración de uno que sabe que va a morir. Las cosas están empezando a reconstruirse y a adquirir un monstruoso sentido. Da la impresión de que Savinkov dice que existe una conexión entre Vasily Agursky y esa cosa que tenía metida en el recipiente. Todavía no sé de qué se trata, pero me he propuesto descubrirlo. Y, ahora, escucha, Viktor: da las órdenes por teléfono. ¡Nada de alarmas, porque lo pondrían inmediatamente en guardia! Quiero que todo el mundo se ponga a buscar a Agursky. ¡Dios mío!, si es que hace semanas que me había dado cuenta que le estaba sucediendo algo raro..., desde..., desde.,.

Luchov clavó en él los ojos y dijo:

-¿Desde que estuvo enfermo? ¿Cuando lo encontraron en la habitación donde se guardaba la cosa? ¡Pobre Vasily, y a mí que siempre me había parecido un hombre inofensivo!

-Pues bien, de inofensivo ahora no tiene nada -le espetó Khuv-. Lo que hay que hacer ahora es encontrarlo. Da la orden enseguida: si alguien lo localiza, lo primero que tiene que hacer es retenerlo de la manera que sea. Y en caso de que no puedan sujetarlo, habrá que matarlo... igualmente, de la manera que sea.

Hizo salir a sus hombres de la habitación y llamó por encima del hombro.
-¡Que se formen grupos de tres, Viktor! Sobre todo que no se enfrente con él ningún hombre solo.
El depósito de cadáveres estaba situado fuera del gran corredor que formaba el perímetro por encima de los niveles del magma. Durante un tiempo se habían instalado en él a las víctimas del incidente de Perchorsk y también había servido de almacén para guardar cosas a baja temperatura, pero ahora volvía a ser utilizado como depósito de cadáveres. Agursky era el único que disponía de llave. Camino del lugar, Khuv y Litve se separaron de los otros dos hombres de la KGB; Litve se apoderó de uno de los lanzallamas del Projekt, colgado de una abrazadera en la pared, en tanto que el comandante se equipaba con una metralleta roma, que había arrebatado a un soldado que se la cedía de mala gana. Se dirigieron al laboratorio de Agursky y lo encontraron cerrado con llave y con la luz encendida, lo que indicaba que no había nadie. Lo mismo ocurrió en la habitación de Agursky, que Khuv abrió con una llave maestra. Agursky podía encontrarse en cualquier sitio del complejo, pero también tenían que examinar el depósito. Todos los cadáveres de los asesinatos estaban allí abajo, en hielo, donde se suponía que Agursky los había examinado.
Al núcleo no había llegado la voz de que estaba buscándose al hombre y los niveles del magma estaban tan silenciosos como siempre. Khuv y Litve echaron una ojeada abajo, hasta donde llegaban las luces y donde las paredes, cubiertas de galerías que parecían hechas por gusanos, adquirían extrañas formas, antes de girar por el breve pasillo recto que penetraba la sólida roca y terminaba en la puerta del depósito de cadáveres. Estaba cerrada con llave, pero no era una puerta de seguridad; las llaves de Khuv la abrieron. Tras abrir la hoja de par en par, penetraron en el interior y Litve encendió las luces. Sin embargo, éstas no funcionaron. Del techo bajo habían desaparecido todas las bombillas de sus casquillos.
Desde el pasillo llegaba un poco de luz. Khuv y Litve se quedaron junto a la puerta abierta, se miraron mutuamente y a continuación echaron una ojeada a las mesas que estaban arrimadas a la pared y a las cajas largas y estrechas colocadas sobre las mismas. Desde la parte trasera de la maquinaria instalada en el depósito llegaba un sonido lento y regular, como de respiración, que proyectaba aire frío que circulaba por la sala. Aparte de esto no se oía ningún otro sonido, no se veía ningún movimiento. Aquella habitación era un frigorífico gigante.
Litve cebó el lanzallamas y encendió la luz piloto, cuya luz azulada y vacilante proyectó las sombras hacia atrás.
-Comandante -dijo Litve con voz nerviosa que despertó ecos dormidos en la sala-, aquí no se esconde nadie. Ya podemos irnos.
Khuv apretó los codos contra el cuerpo, que se vio sacudido por un ligero temblor. Acto seguido se sopló la palma de la mano que tenía libre.
-Perfectamente -dijo-, pero no tengas tanta prisa.
Se dio lentamente la vuelta y se quedó un momento parado observando su aliento, que parecía formar un penacho de humo en el aire. A continuación pareció tranquilizarse un poquito.

-De acuerdo, iremos a... -y de nuevo calló y pareció que escuchaba con gran atención.
Al cabo de un instante preguntó:
-¿Has oído algo?
Litve se puso a escuchar y negó con la cabeza.
-Lo único que oigo es el bombeo de la maquinaria.
Khuv se dirigió a los ataúdes provisionales que estaban arrimados a la pared.
-Ya que estamos aquí -dijo- creo que sería una buena idea ver qué ha estado haciendo Vasily Agursky. Tú no lo conoces tan bien como yo.
Volvió a temblar, pero esta vez no de frío.
-Hace cosas extrañas con los muertos.
Con Litve a su lado, observó el interior del primer ataúd. En él yacía Klara Orlova, blanca como un cirio y totalmente desnuda. El corte que le abría la garganta de oreja a oreja parecía un pañuelo de terciopelo negro. Hasta resultaba erótico puesto en el cuello de una mujer... sólo que uno sabía que no era un pañuelo, sino una herida mortal.
Los dos hombres pasaron al ataúd siguiente. La cara retorcida de un soldado, que parecía proferir un silencioso grito, los contempló con fijeza. Khuv pensó que por lo menos habrían podido cerrarle los ojos.
El siguiente ataúd estaba vacío y, mientras Khuv seguía su inspección, Litve atravesó rápidamente la habitación y se dirigió a un ataúd colocado sobre una mesa aparte. Tenía la tapadera encima, pero mal ajustada, y Litve la colocó correctamente. Al lado de la sala donde se encontraba Khuv el ataúd siguiente contenía el segundo soldado, cuya cara estaba totalmente desfigurada, totalmente irreconocible. Todavía quedaban dos ataúdes más. Khuv prosiguió y...
Litve, desde el otro lado de la habitación, dijo con voz ahogada:
-¡Erich!
-¿Cómo? -dijo Khuv, que se acercó a grandes pasos hasta donde él estaba.
Litve parecía paralizado por el horror, pero razón no le faltaba, el hombre que estaba en el ataúd era Erich Bildarev, el desaparecido agente de la KGB. Estaba desnudo y, por supuesto, muerto. Tenía hundidas las costillas del costado del corazón, como si su cuerpo hubiera quedado atrapado en una trampa de osos.
Khuv agarró a Litve por el brazo, más para buscar un apoyo que por otro motivo.
Sentía que se le había acelerado la respiración, que formaba como un penacho de humo. Por fin consiguió decir con voz entrecortada:
-Ésta es la última prueba que necesitábamos. Savinkov tenía razón: Agursky es la persona que buscamos.
A continuación, desde el otro lado de la habitación, alguien... o algo, exclamó:
-¡Ahhh!
-¡Dios mío! -gritó Litve, agachándose y moviéndose de un lado a otro como buscando a alguien en la habitación.
Khuv también se movió, inquieto, con los ojos desorbitados, tratando de penetrar la oscuridad. Todavía quedaban dos ataúdes para inspeccionar. Pero mientras los dos hombres se acercaban y miraban fijamente,

advirtieron un cierto movimiento y el tenue vapor de la respiración que se levantaba del primer ataúd y, al cabo de un momento, del segundo. En ese instante Andrei Roborov y Nikolai Rublev se sentaron en sus ataúdes y clavaron sus ojos en los dos hombres.
Sus heridas, visibles incluso a pesar de la poca luz, demostraban que aquello era imposible... y, sin embargo, no lo era. A Rublev le faltaba toda la mejilla izquierda, por lo que el ojo izquierdo miraba desde la órbita ósea, mientras que el cadavérico cráneo de Roborov rezumaba pus y otros jugos del cerebro, que resbalaban por sus lívidas mejillas con la consistencia de la cera derretida.
Sentados en sus ataúdes, tenían en ellos clavados los ojos y, finalmente, les sonrieron... con los colmillos superiores curvados sobre el labio inferior.
Khuv intentó articular un: «¡Oh, Dios mío!», pero la lengua parecía habérsele pegado en el velo del paladar. Los ojos de los hombres muertos..., mejor dicho, de los cadáveres de los hombres no muertos eran pozos de azufre candente con cráteres de sangre y continuaban sonriendo.
-¡Quémalos! -consiguió decir por fin Khuv-. ¡Rápido, quémalos de una vez!
-¿Qué? -dijo una voz conocida, una voz taimada que hablaba desde la puerta-. Si dices esto es porque debes de figurarte que ese lanzallamas no es ninguno de los muchos que yo he vaciado, ¿verdad?
Miraron hacia el lugar del que procedía aquella voz y vieron a Vasily Agursky que volvía al pasillo y cerraba la puerta con llave. Oyeron cómo giraba la llave en la cerradura.
-Agursky, ¡espera! -gritó Khuv.
-¡Oh, no, comandante! -llegó la voz débil a través de la puerta-. Tú me has encontrado y no hay por qué esperar.
Y después oyeron sus pisadas que se perdían rápidamente.
Entretanto Roborov y Rublev salieron de sus ataúdes. Khuv, que los vio, corrió hacia la puerta. Sorprendido al comprobar que sus piernas le obedecían, creyó que lo mismo ocurriría con sus manos. Inmediatamente se sacó las llaves que guardaba en el bolsillo y trató de distinguir la adecuada por el tacto.
En la puerta, mientras seguía manipulando el manojo de llaves, volvió la vista atrás. Los dos muertos (ahora, por vez primera, se le ocurrió pensar que eran vampiros) avanzaban hacia Litve con las manos tendidas en dirección hacia él.
Khuv gritó con voz ronca:
-Pero ¿qué estás esperando, idiota? ¡Quémalos! ¡Quema a esos asquerosos!
Litve pareció salir del trance en que se encontraba, apuntó con el arma y apretó el gatillo. ¡Nada! El lanzallamas emitió un pitido y nada más. La luz piloto estaba oscilando.
-¡Jesús! -gritó Litve al tiempo que se echaba al suelo y hacía un regateo con el cuerpo cuando Roborov ya iba a cogerlo.
Khuv ya había probado la mitad de las llaves. En medio de aquella oscuridad casi total no podía darse cuenta de cuál era la llave que buscaba. Sacó del llavero las que ya había probado y las arrojó al suelo. Litve se agarró a él y gritaba con voz entrecortada:

-¡Abre la puerta! ¡Por el amor de Dios, abre la puerta!
Khuv lo apartó de un empujón y le arrojó las llaves que le quedaban.
-¡Abre tú! -le gritó.
Preparó la metralleta, la dirigió hacia los vampiros, mientras éstos iban acercándose a pasos muy cortos, surgiendo lentamente de las sombras del depósito de cadáveres. La sonrisa de Roborov era maliciosa cuando dijo:
-¿Qué pasa, camarada comandante? Me parece que ésta es la primera vez que te veo verdaderamente apurado. ¿Qué mosca te ha picado?
-¡Atrás! -gritó Khuv con voz chillona.
-¿Atrás? -repitió Rublev, como imitándolo-. ¿Es que lo hemos ofendido, comandante? Pues sí que lo siento...
Ya casi los tenía al alcance de la mano y entretanto Litve seguía diciendo palabras incoherentes y lanzando imprecaciones al tiempo que continuaba buscando la llave adecuada. Khuv disparó, una ensordecedora muestra de ruidos que levantó ecos en aquel reducido espacio. Apretó el gatillo del arma y lo mantuvo apretado hasta que el olor de la pólvora comenzó a causarle picazón en los ojos y se le agarró a la garganta. Lo soltó y, mientras el humo se iba disipando, entrevió que aquella lluvia de plomo los había alcanzado y proyectado en medio de la sala.
Allí estaban, tumbados en el suelo en medio de profundos gemidos aunque, por increíble que pudiera parecer, porfiando por levantarse de nuevo.
Litve, con un jadeo de alivio, comprobó que la llave que estaba probando giraba en la cerradura. Abrió la puerta de un empujón y salió dando tumbos al exterior, seguido de Khuv, que venía pisándole los talones. El comandante, al salir, se agachó para recoger el arma que Litve había abandonado. Éste cerró la puerta con llave y los dos se inclinaron sobre el arma. Khuv con el entrecejo fruncido mientras comprobaba el lanzallamas.
-Por el peso se diría que está cargado -dijo-. ¿Cómo? -exclamó señalando con un dedo tembloroso la palanca de la mixtura en la caja del arma-. ¡Mira! Le dabas demasiado aire y no la suficiente mezcla. ¡Imbécil!
Ajustó la palanca, apuntó el arma en dirección al pasillo y disparó.
Inmediatamente salió un haz de llamas acompañado de un rugido, blanco en el núcleo y con la punta de un azul deslumbrante a medida que iba afinándose.
Apagando la llama, dijo:
-Ahora abre esa puerta.
Litve abrió la puerta cerrada con llave, le pegó un puntapié y se echó para atrás. Roborov y Rublev estaban de pie y seguían avanzando. Detrás de ellos estaban también los soldados, que habían salido de sus ataúdes. Khuv no aguardó a que se produjeran nuevos acontecimientos y convirtió a los cuatro en antorchas chirriantes que lanzaban espantosos gritos y se pusieron a arder hasta caer derrumbadas, fundidas con todo un borboteo, un montón hediondo e informe de carne desintegrada. Después, cuando Litve volvió a cerrar la puerta, se dio media vuelta y luchó unos momentos para conservar el control, luchó desesperadamente para no derrumbarse y caer desmayado.
-Grenzel no estaba -dijo Litve, comentario que distrajo a Khuv.

-Es verdad -dijo con voz ahogada, tapándose la boca con una mano-. Lo que quiere decir que hay dos que andan sueltos.
-¿Dónde vamos ahora?
Litve ya había vuelto a ser dueño de sí mismo y ahora que se habían librado de aquel horror inmediato, la mente de Khuv se volvió a poner en movimiento y a trabajar con la eficiencia de costumbre. Quizás incluso con eficiencia excesiva. La mandíbula inferior se abrió desmesuradamente mientras agarraba el brazo de Litve, después de lo cual lo soltó y echó a correr por el pasillo excavado en la roca.
-¿Dónde? -le gritó-. ¿Adonde irías tú si fueras Agursky o Grenzel? ¿Qué harías?
-¿Cómo? -dijo Litve echando a correr tras él.
-Sabemos qué son -exclamó Khuv- y él sabe que lo quemaremos si se nos pone a tiro. No puede permitir que ninguno de nosotros siga con vida. No puede ir más que a un sitio.
Naturalmente: al Centro de Control del Protector de Fallos.

Capítulo 24

El infierno - Harry y Karen

Chingiz Khuv y Gustav Litve corrían como alma que lleva el diablo porque luchaban por sus vidas, por las vidas de todos cuantos estaban involucrados, recorriendo las entrañas retorcidas del Perchorsk Projekt en dirección al Centro de Control del Protector de Fallos. Estaban esperando que en el momento más impensado oirían las alarmas del protector de fallos y se daban cuenta de lo que ocurriría cuando comenzasen a sonar: pánico, horror, huida loca e inútil y, por encima de todo, la pesadilla de más de cien personas despertándose, saltando vacilantes de sus camas, abriendo puertas para ver la muerte líquida saliendo de los rociadores y oyendo el rugido de un infierno asolador que lo consumía todo.
Porque si Vasily Agursky, o aquello en que se había convertido, llegaba al Centro de Control del Protector de Fallos antes que ellos... Era evidente lo que haría. Se salvaría él y los quemaría a ellos. Y no sólo a ellos sino el Projekt entero.
Sin embargo, los dos hombres de la KGB no carecían de valor. Por dos veces, al llegar junto a unos teléfonos, Khuv hizo un alto e intentó llamar. La primera vez el teléfono estaba desconectado y la segunda vio enseguida el cable cortado y que sus extremos seccionados colgaban de la pared. Agursky había tomado la delantera. Litve, mientras seguía corriendo, al llegar a la parte donde se alojaban los científicos pensó en echar una ojeada a la habitación de Agursky. Al salir de ella, bramando como un toro, comenzó a dar puntapiés a las puertas y a gritar a todos cuantos quisieran oírle:
-¡Desocupada, desocupada, desocupada!
Khuv, cada cuarenta o cincuenta pasos, hacía una breve pausa y un disparo ensordecedor del arma contra el techo, y lo siguió haciendo hasta que vació el cargador y ya no le quedó mas que la pistola automática como única arma. Pero se reservaba aquellos proyectiles. Era todo lo más que podían hacer los dos hombres:
desconectados estaban los teléfonos, también las alarmas del pasillo. Agursky lo tenía todo previsto.
Finalmente subieron por una rampa en espiral hasta el nivel superior, donde encontraron mucha más actividad. Era evidente que Viktor Luchov se las había arreglado para transmitir algún tipo de mensaje, pues aquí la caza del hombre estaba en marcha. Una docena de soldados o más registraban habitaciones, patrullaban por parejas a lo largo de los corredores laterales, se servían de *walkietalkies* para mantenerse en contacto y de megáfonos para sacar a la gente de la cama o arrancarla de su trabajo. Esto iba contra el consejo que Khuv había dado a Luchov, pero el comandante no sabía con seguridad en qué sentido se habían desarrollado los acontecimientos a partir de entonces. En cualquier caso las medidas estaban teniendo su efecto, por turbulento que fuese. El personal del último turno estaba saliendo de los laboratorios y se apiñaba en los pasillos y en los túneles, sin saber realmente dónde iban ni exactamente qué hacían. Khuv y Litve no podían hablar con todos y se

limitaban a dar órdenes a voz en grito mientras se esforzaban en abrirse camino.
-¡Salid! -gritaron-. ¡El lugar va a saltar por los aires! ¡Salid enseguida si no queréis morir quemados!
Aquello producía efecto, aunque sólo servía para hacerlos avanzar más lentamente, mientras la muchedumbre comenzaba a moverse con ellos en la misma dirección. Entonces Khuv se dio cuenta de que si Agursky se mezclaba con toda aquella muchedumbre asustada, todavía sería más difícil localizarlo. Pero Agursky no era una persona por la que hubiera que preocuparse. Por lo menos de momento.
Más adelante, cuando faltaban solamente unos treinta metros para llegar al Centro de Control del Protector de Fallos, los pasadizos convergían en una puerta.
Khuv y otros altos funcionarios del Projekt tenían sus despachos en uno de esos pasillos, mientras que Luchov y varios jefes suyos estaban acomodados en el otro.
En puntos más avanzados del complejo, los pasillos presentaban derivaciones más pequeñas que conducían hacia el interior e inevitablemente hacia abajo, pero aquí, en el extremo más próximo a la salida hacia el barranco de Perchorsk, se juntaban todos y formaban una especie de cuello de botella. Lo peor de todo era que la puerta, de un metal denso y encajada en el cemento, cuando estaba cerrada constituía algo así como un cierre hermético. Desde la introducción del protector de fallos de Luchov, la puerta se había mantenido permanentemente abierta, firmemente afianzada a la pared.
Pero ahora, mientras Khuv y Litve se distanciaban del grueso del personal que huía, al llegar a una esquina donde los corredores se juntaban, al acercarse a la puerta, se oyeron los estampidos de una arma automática que sonaban más adelante. Acercándose cautelosamente a una segunda esquina, avistaron la puerta y, al percatarse del origen de los disparos, se refugiaron en un hueco de la pared.
Leo Grenzel estaba en la puerta. Había sacado dos o tres cerrojos y estaba ocupado en retirar el tercero, que al parecer había quedado atrancado. Cada vez que aparecía para tratar de forzar el cerrojo, los soldados que se habían refugiado en el hueco más próximo a la puerta abrían fuego con sus armas, obligándolo de nuevo a esconderse. El grosor de la propia puerta y un hueco que estaba detrás de ella lo protegía contra los disparos, pero cuando Khuv y Litve llegaron al escenario de los hechos todavía tuvieron tiempo de ver cómo era alcanzado por una bala y después se tambaleaba y desaparecía del campo de visión. En otro momento reapareció con una metralleta, abrió fuego y envió una ráfaga de plomo a través del pasillo. Dos soldados se desplomaron gritando y cayeron desalojados de los huecos donde se escondían, mientras sus camaradas los arrastraban nuevamente hacia el interior, desde donde salían sus gimoteos.
-¡Vosotros! -gritó Khuv durante un momento de calma-. ¿Quién está atacando?
-¡Yo! -gritó un sargento, sacando la cabeza y volviendo a retirarla rápidamente mientras Grenzel volvía a abrir fuego.

Khuv tuvo tiempo de atisbarlo antes de retirarse con su rostro lívido, sus ojos desencajados y su mirada vidriosa. Entendía perfectamente aquella mirada. No era probable que el sargento supiera que Grenzel estaba muerto, pero debía de ser muy difícil para él entender por qué no lo estaba. Los soldados seguían disparando contra Grenzel, pero no podían derribarlo. Cuando Grenzel volvió a aparecer en la puerta, peleando furiosamente contra aquel último cerrojo, el daño que había sufrido era evidente.
Tenía el cuerpo torcido y Khuv supuso que era a causa de su columna vertebral fracturada. Se maravilló de su propia capacidad de aceptar un hecho tan imposible como aquél. ¡Que pudiera tener la columna vertebral rota y que pudiera seguir moviéndose, aunque lo hiciera torpemente! Pero ¿por qué no, si estaba muerto? Pero aquí no acababa todo. Llevaba un mono blanco, que ardía por la parte del costado derecho, donde le colgaba hecho jirones. Junto con éstos colgaban igualmente trozos de carne, grisácea o rojiza, si bien sorprendía la ausencia de sangre. Aquellos seres no sangraban tan fácilmente. En el hombro derecho de Grenzel había tres pequeños agujeros, tan perfectos como los puntos de un dado, visibles porque una ráfaga de balas le había perforado el mono. Los agujeros eran del tamaño de manzanas pequeñas y tenían un color entre rojo y negruzco. Grenzel inclinaba el hombro hacia ese lado, con lo que su figura todavía resultaba más desequilibrada. Las dificultades que tenía con el cerrojo eran resultado de que debía manipularlo con la mano izquierda.
Khuv cogió el lanzallamas de Litve y gritó a los hombres que iban más adelante:
-Cubridme con una ráfaga de fuego graneado cuando os lo pida..., una carga concentrada, a ver si así acabo con el hijo de puta ese. Pero antes que nada, ¿alguno de vosotros quiere apagar esa luz?
-¿Está seguro que es lo más conveniente, señor? -le advirtió alguien-. Lo digo porque esto no parece un hombre...
Khuv pensó que quien se lo decía tenía razón sobrada.
-Sí, apagad esa luz.
Sobre la puerta había una lámpara metida en una jaula de alambre. Siguiendo instrucciones del sargento, uno de sus hombres disparó contra ella. Se oyó un estrépito, cristales rotos, y la jaula de alambre quedó desalojada de su sitio. La luz del pasillo quedó atenuada al momento y transformó el lugar en un túnel lleno de humo.
-Cuando yo diga: «ahora» -les recordó Khuv-, lanzáis una ráfaga y bajáis las cabezas.
Grenzel se había esfumado un momento pero ahora había vuelto a aparecer y su cuerpo se dibujaba débilmente en la puerta. Llevaba el arma, que tenía apoyada en la pared al tiempo que volvía a ocuparse del cerrojo. Detrás de Khuv y de Litve, los pasillos convergentes se llenaron de gente que se movía, indecisa, de un lado a otro; sus comentarios, pronunciados en voz baja, eran como el susurro de una congregación de personas en una inmensa iglesia.
Litve les gritó:
-¡Queréis callaros de una vez! ¡Silencio! ¡No os mováis del sitio!

Khuv comprobó que tenía el arma cargada y pronta para disparar. Era bastante pesada, lo que indicaba que estaba en condiciones de disparar. De pronto gritó:
-¡Ahora!
La respuesta fue una ráfaga de balas y Grenzel se tambaleó. Khuv se agachó y corrió hacia adelante. Grenzel lo presintió o lo vio, pero el hecho fue que cogió el arma y disparó una corta sucesión de tiros, puesto que súbitamente se quedó sin municiones. Khuv oyó el latigazo y el zumbido del plomo y también voces a su espalda que, desde el pasillo, proferían lamentos de dolor. Entonces empuñó el lanzallamas y abrió fuego, apuntando la hoja de fuego casi sólido directamente contra los ojos amarillos de lobo que fulguraban en el rostro apenas visible de Grenzel.
Todas las sombras desaparecieron así que se oyó el rugido del lanzallamas.
Grenzel quedó socarrado y se puso a gimotear como un gato aplastado por una apisonadora. Soltó la inútil arma que tenía en las manos y al momento quedó totalmente a merced de Khuv. Éste siguió rociándolo con fuego, tostándolo igual que una patata frita que, tras arder en llamas, quedó pegada a la pared metálica.
Después Grenzel fue deslizándose pared abajo y al final se desplomó en el suelo y quedó inmóvil. Khuv interrumpió la rociada de fuego y dio unos pasos atrás. Dejó que las llamas fueran extinguiéndose gradualmente y que los restos de Grenzel fueran emitiendo chasquidos y silbidos y exhalando un humo negro e insoportable.
Después Litve se adelantó junto con el sargento y Khuv dijo a este último:
-Procura sacar a todos éstos sanos y salvos de aquí dentro. Todavía no están fuera de peligro.
Después, sin esperar más, los dos se dirigieron al Centro de Control del Protector de Fallos.
Mientras una hilera de hombres apresurados, visiblemente impresionados, pasaba por su lado en el mismo corredor, dieron unos golpes con la mano en la puerta metálica. A través de ella se oyó la voz de Luchov, estridente y presa del pánico aún.
-¿Quién es? ¿Qué pasa?
-¿Es Viktor? -gritó Khuv-. Soy yo, Khuv. Abre.
-No, no te creo. Sé quién eres. ¡Vete!
-¿Qué? -dijo Khuv echando una ojeada a Litve.
De pronto comprendió qué había sucedido. Seguro que Agursky había estado antes allí. Golpeó nuevamente la puerta.
-Viktor, ¡soy yo!
-¿Dónde has dejado la llave?
Todos los funcionarios que tenían acceso al protector de fallos disponían de una llave de esa sala.
Litve todavía tenía las llaves de Khuv, por lo que se las sacó del bolsillo y se las tendió. Por fortuna, Khuv no había arrojado al suelo del depósito de cadáveres la llave de la sala del protector de fallos junto con las otras. Así pues, el comandante hizo girar la llave en la cerradura y empujó la puerta..., pero enseguida se hizo atrás y se quedó jadeando ante el cuadro que veían sus ojos.

Luchov estaba allí de pie, con los ojos saliéndole de las órbitas y las venas palpitantes en la mitad del cráneo que tenía quemada y con el cañón de un lanzallamas apuntando directamente a la cara aterrada de Khuv.
-¡Dios mío! -exclamó con un suspiro, bajando al mismo tiempo el arma y apuntando el suelo con ella-. ¡Si eres tú!
Después, retrocediendo vacilante, se dejó caer en su silla giratoria colocada delante de las pantallas de TV.
Estaba hecho una ruina, una ruina de hombre que no hacía más que temblar, jadear y dar muestras de todo el terror que sentía. Khuv le cogió el lanzallamas y dijo:
-Pero ¿qué ha pasado, Viktor?
Luchov tragó saliva y habló. Mientras daba las explicaciones pertinentes, de cuando en cuando volvía a sus ojos todo el horror salvaje y espantoso que había sentido.
-Cuando tú te fuiste yo..., yo llamé por teléfono. La mitad de las líneas estaban desconectadas. Sin embargo, pude hablar con los centinelas de la entrada, los que están en el barranco, y les hablé de Agursky. Después hice media docena más de llamadas para hacer circular la noticia. Les dije que todo el mundo debía evacuar el lugar, pero de la manera más ordenada posible. Después me di cuenta de que esto era una solemne tontería y que Agursky tenía que estar en alguna parte y que era seguro que vería cómo abandonaban sus puestos. Comprendería que todo había terminado y quién sabe qué podía hacer. Conseguí ponerme en contacto con los militares y les dije que se encargasen de la evacuación y de localizar a Agursky. También les dije que había muchos teléfonos desconectados y que era preciso que pusiesen en guardia a toda la gente que yo no podía avisar.
Hablé con todas las personas que pude, pero no me fue posible ponerme en contacto con el núcleo.
Khuv y Litve echaron una ojeada a las pantallas. Todo parecía normal allí abajo; aunque la cara de la gente reflejaba inquietud y nerviosismo, no se apreciaban signos de una actividad que se apartase de lo común.
-¿Qué hay de Agursky? -preguntó Khuv-. ¿Ha estado aquí?
Luchov lanzó una especie de bufido.
-¿Que si ha venido? Pues sí, ha venido, llamó a la puerta y dijo que quería hablar conmigo, a lo que yo le contesté que no podía dejarlo entrar. Entonces me dijo que ya estaba enterado de que yo estaba al corriente de todo lo relacionado con él, pero que estaba en condiciones de darme una explicación. Y añadió que, si no lo dejaba entrar, haría una cosa terrible. Yo le contesté que, si lo dejaba entrar, sabía que me mataría. Entonces me dijo que sabía que nosotros queríamos quemarlo, pero que quien nos quemaría a nosotros sería él... a todos nosotros. Al final se marchó, y yo pensé que, si mataba a cualquiera de los funcionarios que tenían la llave del protector de fallos...
»Yo tenía una pistola automática, pero al mismo tiempo sabía que los dos soldados muertos habían sido incapaces de cortarle el paso sirviéndose de sus armas. Así es que esperé un ratito y después salí a la chita callando y me apoderé del primer lanzallamas que encontré. Volví y en el momento en que me disponía a volver a entrar... ¡Oh, Dios mío!

-¿Apareció él? - dio Khuv cogiéndolo por el codo.
-Exactamente - dijo Luchov asintiendo con la cabeza y hablando como si se estuviera ahogando-. ¡Pero tendrías que haberlo visto, Khuv! ¡Ese hombre no es Agursky! No sé en qué se ha convertido, pero te aseguro que no es Agursky.
Los tres hombres intercambiaron miradas interrogativas.
-¿Qué quieres decir con eso de que «no es él»?- preguntó Litve, sabiendo por anticipado que la respuesta iba a ser desagradable.
-¡Su cara! -dijo Luchov con labios temblorosos y moviendo la cabeza con incredulidad-. Es extrañísimo... no sé, la forma de su cabeza, la manera como se mueve... Parece un animal. Bueno, el hecho es que vino corriendo hacia mí, como si fuera al galope... No llevaba las gafas oscuras y os puedo jurar que tiene los ojos completamente inyectados en sangre. Yo me metí dentro de un salto, cerré la puerta de golpe y no sé cómo, pero pude hacer girar la llave. El, que se quedó fuera, se puso como loco y comenzó a gritar, a amenazarme y a aporrear la puerta.
Finalmente se volvió a marchar.
Khuv sintió un estremecimiento. Todo aquello parecía una pesadilla y estaba empeorando por momentos. De pronto sonó el teléfono de Luchov e hizo que los tres hombres tuvieran un terrible sobresalto. El primero en coger el aparato fue Khuv, que se apoderó de él de un gesto brusco.
-Soy el cabo Grudov, centinela de la entrada, señor -dijo con voz excitada y aguda- ¡Agursky ha estado aquí!
-¿Cómo? -dijo Khuv, encorvándose, agarrado al teléfono-. ¿Lo has visto? ¿Lo has matado?
-Le he disparado, señor, pero en cuanto a matarlo... Estoy seguro que le hemos dado, pero daba la impresión de que no nos hacía ningún caso. Así es que nos hemos lanzado tras él y lo hemos perseguido con el lanzallamas.
-Pero no le habéis hecho nada. ¿Y ahora dónde está? ¿Ha salido? -dijo Khuv reteniendo el aliento.
Sabía que Agursky no debía escapar.
-No, ha vuelto a meterse dentro. Creo que lo hemos quemado un poco...
-¿Lo crees?
-Es que todo ha ocurrido tan aprisa, señor...
Khuv pensaba muy rápidamente.
-¿La gente sigue fuera?
-La mayoría, pero ya están volviendo todos. He pedido camiones de los barrancos, porque de lo contrario se van a congelar todos.
-¡Lo has hecho muy bien! -dijo Khuv suspirando aliviado-. Ahora escúchame bien: deja a todo el mundo fuera salvo a Agursky y, como vuelva a aparecer, atácalo con todo lo que tengas a mano. ¡Mátalo, quémalo, carbonízalo y acaba con él! ¿Me he explicado?
-Sí, señor.
Khuv colgó y, volviéndose a los demás, dijo:
-Sigue aquí dentro. Está él, estamos nosotros y posiblemente unos cuantos rezagados. ¡Ah, y los soldados que hay en el núcleo y quienquiera que pueda estar con ellos!
Después se volvió a Luchov y dijo:

-El primer botón dispara las sirenas, ¿verdad?
Luchov asintió con la cabeza.
-Ya sabes que sí... en el supuesto de que funcionen, claro.
Khuv se acercó al panel y pulsó el botón número uno. Sin dar tiempo a Luchov para pensar o discutir, actuó sin pensárselo dos veces. Las alarmas seguían funcionando: inmediatamente se oyó su monótono ulular, capaz de atacar los nervios del más pintado. Era como el bramido de un animal prehistórico, enorme y herido.
-Pero ¿qué estás haciendo? -dijo Luchov fuera de sí.
-Pues sacando a los soldados de aquí dentro -dijo Khuv indicando con un gesto las pantallas.
Allá abajo en el núcleo las órdenes no servían más que para soliviantar a la gente, porque sabían perfectamente qué significaba aquel ulular de sirenas.
Además, ya estaban bastante nerviosos para que, encima, les vinieran con esas lindezas. En cuestión de segundos se formó el caos más espantoso y se produjo el pánico. La escalera estaba atestada de soldados que huían y los pelotones de los encargados de maniobrar los Katushevs pusieron pies en polvorosa después de armarse debidamente. Un sargento mayor disparó su pistola al aire una o dos veces seguidas e inmediatamente después volvió a enfundarla y se unió a la multitud.
Khuv se echó a reír, se dio una palmada en el muslo y dio un alegre puñetazo a Litve en el hombro.
-Agursky no tiene escapatoria -dijo-. Está aquí, probablemente herido, y estos hombres armados hasta los dientes vienen de abajo. Y nosotros vamos a bajar desde arriba...
-Tienes razón -dijo Luchov con voz entrecortada-, pero lo que es yo, pienso quedarme aquí. Si viene por esa zona, me aseguraré de que no se meta ahí dentro. Por otra parte, no quiero correr el riesgo de encontrarme con él entre este punto y la salida.
-Perfectamente -dijo Khuv-, pero nosotros necesitaremos tu lanzallamas.
Toma esto... -le dijo, sacándose la pistola automática y dándosela-. No es gran cosa, pero mejor esto que nada.
Luchov los acompañó al pasillo.
-¿Buena suerte! -se limitó a decir.
-Lo mismo digo -dijo Khuv con un movimiento de cabeza, después de lo cual Luchov cerró rápidamente la puerta e hizo girar la llave...
A medio camino entre el Centro de Control del Protector de Fallos y los niveles del magma encontraron a los soldados que subían. Llegaban enloquecidos, pero Khuv los frenó.
-¡Calma, muchachos! No pasa nada. Tenemos a un loco que anda suelto, pero nada más. Se trata del científico Vasily Agursky. ¿Alguno de vosotros lo ha visto?
-No, señor -dijo el sargento mayor que había disparado el arma cuando estaba abajo, saludando al mismo tiempo-. Me temo que nos hemos dejado dominar por el pánico, señor, y...
-Olvídalo -dijo Khuv-. Lo normal es que os dejaseis dominar por el pánico. Así salís más aprisa.

-Mire usted una cosa, señor -replicó el otro, revelando que tenía grandes dificultades para explicarse-, los teléfonos han estado desconectados durante un tiempo, lo que me ha hecho pensar que debía de haber algún problema. Después, cuando comenzaron a oírse las sirenas...
-Te he dicho que te olvides del asunto -lo cortó Khuv-. Y ahora saca de aquí a todos tus hombres. Y cuando digo que los saques, quiero decir que los quiero fuera del Projekt.
Litve lo agarró por el brazo.
-Pero pueden sernos de ayuda -protestó.
Khuv movió la cabeza a un lado y a otro.
-Si los sacamos, sabremos que si algo se mueve, tiene que tratarse de Agursky. Y si algo se mueve, va a morir. ¡Vamos!
Se dirigieron hacia los niveles del magma al tiempo que iban registrando salas y laboratorios a su paso. Entretanto las sirenas no paraban de sonar, sonar, sonar, sonar... y ellos sentían que se les ponía la piel de gallina como si tuvieran todo el cuerpo cubierto de cucarachas...
Arriba, en la sala del protector de fallos, Viktor Luchov oyó pasos de botas mientras las unidades militares que hasta ahora habían custodiado el núcleo abandonaban el Projekt. Bien, por lo menos ahora ya estaban saliendo y después sólo quedarían Khuv y Litve y... lo que pudiese estar esperándolos abajo. Luchov volvió a mirar las silenciosas pantallas, que en ese momento estaban inmóviles, especialmente la central, en la que aparecía el núcleo y la Puerta, y enseguida volvió a sumirse en sus pensamientos personales. Pensó en Khuv. Nunca se había preocupado demasiado por aquel hombre, porque los de la KGB eran brutales.
Ahora, sin embargo...
Los pensamientos de Luchov se detuvieron en este punto y sintió que el vello de la nuca se le erizaba. ¿Era por algo que había visto?
Volvió a mirar la pantalla central y forzó los ojos al tiempo que se los restregaba con fuerza. Pero no, no había que achacar a los ojos la culpa de lo que veía.
En la pantalla central se veía una masa pálida y gelatinosa proyectada en la curva formada por la cúpula de la esfera, como una especie de imagen a cámara lenta de algo que ocurría en el interior. No estaba allí hacía diez o quince minutos o... si estaba realmente, la excitación le había impedido detectarlo. ¡Qué locura!
¡Ahora se daba cuenta exacta de lo que veía!
Forzó la vista y sí... al cabo de un minuto la cosa comenzó a agrandarse y a hacerse tan enorme que cubrió la gran pantalla curvada que era la Puerta. Era como... como el Encuentro Uno... pero más grande, ¡mucho más grande! Y se movía a una velocidad mucho mayor que todo cuanto se había movido en aquel sitio antes de ahora. Si se trataba de una criatura como la del Encuentro Uno y atravesaba libremente la Puerta...
-¡Dios mío! -exclamó Luchov haciendo rechinar los dientes y golpeándose la palma de la mano con el puño cerrado-. ¡Nada menos en un momento como éste!
Khuv y Litve estaban en algún lugar de abajo, con la intención de acorralar a Agursky entre ellos y los soldados. Y ahora, ¿quién era el que

había quedado atrapado? Luchov podía intentar avisarles, por lo menos. Quizá bastaría con el método empleado por el propio Khuv.
Con mano temblorosa pulsó el botón número dos...
En las inmediaciones de los fantasmagóricos niveles del magma, Khuv y Litve avanzaban uno al lado del otro procurando moverse con extrema lentitud. Era un lugar donde reinaba la oscuridad, incluso en las zonas que se suponían iluminadas.
A pesar incluso de las ensordecedoras y obsesionantes sirenas, cuya estridencia ahora parecía haberse atenuado un poco, se oía el corazón de la bestia de Perchorsk que latía con más fuerza, que parecía estar mucho más cerca.
Se movieron cautelosamente al bajar por la amplia escalera de madera, mientras los ojos de Khuv iban explorando el magma por la parte derecha y los de Litve por la izquierda. Las luces piloto de sus lanzallamas proyectaban extrañas sombras azuladas y aleteantes, convirtiendo las perturbadoras fusiones del magma en caras y figuras preñadas de amenazas.
Khuv se ajustó la correa del lanzallamas al hombro derecho y se oyó el sonido de las piezas metálicas al entrechocar. El magma amplificaba los ruidos, pese a las incesantes alarmas cuyos ecos parecían llegar desde todas direcciones. Pero de pronto se oyó otro ruido, que se originó en otra parte y que, pese a acompañar al primero, acabó por extinguirlo: una carcajada entrecortada pero estentórea.
-¿Viene de atrás? -dijo Khuv volviéndose para escudriñar los alrededores y con los ojos muy abiertos para no perderse nada.
-No -dijo la voz de Litve en un murmullo al tiempo que se agachaba-, de delante... creo.
-Sería difícil de asegurar... -dijo Khuv, respirando afanosamente- puede estar en cualquier parte.
-Pero él es uno y nosotros somos dos -dijo Litve, cuya voz también sonaba temblorosa-. ¡Por el amor de Dios, no te separes de mí, camarada comandante!
Se volvieron hacia la derecha y siguieron el pasadizo entarimado de madera -un camino artificial pero extremadamente familiar a través de aquel extraño paisaje- hasta el corazón de una caverna del magma, donde los ecos de sus pisadas todavía resonaban con más fuerza..., y fue precisamente entonces cuando aumentó el tono y la frecuencia de la alarma, pasando de un sonido estridente y repetitivo a un auténtico clamor de advertencia.
-¿Qué demonios...? -exclamó Litve con voz ahogada.
-Es Luchov -dijo Khuv-, para avisarnos de que algo no funciona como es debido. ¡Mierda, si ya lo sabemos!
Volvió a oírse la carcajada y esta vez ya no había ninguna duda posible de su origen: procedía de detrás de ellos. Khuv, además, reconoció la voz de Agursky por encima de cualquier posible duda. Esta vez también Litve estuvo de acuerdo.
-Nos viene siguiendo -murmuró.
-Busquemos una posición dominante -dijo Khuv apresurándose y dirigiéndose a la escalera que conducía al núcleo.

Ahora era el único camino practicable, el que conducía al núcleo, si bien todavía faltaban unos treinta pasos para llegar al tramo final. Fue en ese punto donde Litve agarró a Khuv por el codo.
-¡Mira! -dijo con voz ronca.
Khuv miró hacia atrás. Desde la parte trasera de un nodulo del magma se proyectaba una sombra en el pasadizo. Era una sombra que se movía. Al acercarse más, aumentó el movimiento: los ojos atónitos de Khuv y de Litve se posaron en un cable que serpenteaba a lo largo de la loca trayectoria del muro del magma.
Aquel cable se movía a sacudidas, como si algo tirase de los bucles que formaba, que se contraían a intervalos. Antes de tener tiempo de deducir de qué se trataba, se oyó un grito en el que se mezclaban el dolor y la contrariedad y que procedía de la parte de atrás del mismo nodulo del magma. La sombra del pasadizo aparecía iluminada, destacada por un resplandor azulado y una lluvia de chispas centelleantes. ¡La sombra era monstruosa!
Incapaces de moverse, los dos hombres se quedaron mirando. Aquella sombra, una sola sombra, comenzó a desdoblarse en dos. Se oyó un sonido como de ropa al rasgarse, como si las dos mitades de la sombra estuviesen porfiando para separarse... como si se esforzasen por conseguirlo y lo consiguiesen al fin.
Ahora eran dos sombras: una que parecía humana y otra que tenía las dimensiones de un perro y más o menos la forma de este animal, aunque no se trataba de ningún perro. Después las dos se movieron un poco hacia atrás, confundiéndose con la sombra del nodulo, y se produjo un momento más de lucha con aquel cable.
Hubo un nuevo chisporroteo eléctrico y una segunda lluvia de chispas...
¡Y entonces se apagaron las luces!
Los dos hombres retrocedieron hacia el pozo que bajaba hasta el núcleo.
Tenían tan poca fuerza en las piernas que parecían de gelatina, pero se esforzaron en moverlas. Por detrás de ellos, como si procediera de su espalda, se proyectó una cascada de luz, una luz residual que provenía de la esfera-puerta y que resplandecía a través del pozo. Ahora, a lo largo del camino que acababan de recorrer, había caído la noche.
-Si él..., ellos... o lo que sea, tienen que venir hacia nosotros -tartamudeó Litve-, tiene que ser a través de este pasadizo.
Khuv tenía la garganta demasiado seca y agarrotada para poder contestar, pero pensó que su camarada tenía razón. Sin embargo, se equivocaban los dos. La cosa que antes estaba en el tanque de vidrio o, mejor dicho, el material vampírico metamórfico procedente del núcleo de la cosa que antes estaba en el tanque de vidrio y que no había muerto, sino que había penetrado en Agursky, se había liberado para nivelar el número. Ahora eran dos contra dos. Y no vendría por donde ellos suponían, sino que saldría por debajo del pasadizo de madera.
Cuando ya estaban casi en la boca del pozo, donde el pasadizo giraba bruscamente hacia la izquierda y bajaba una vez más en forma de escaleras, apareció la cosa. De pronto algo se desenroscó sobre el pasamanos, y se arrolló en torno a la cintura de Litve, llevándoselo a rastras y gritando a través de la barandilla rota. Si antes estaba al lado de

Khuv, ahora había desaparecido. Su lanzallamas escupió un solo lengüetazo de fuego y ahora, al mirar hacia abajo, Khuv pudo ver qué era lo que lo retenía. Era la cosa que antes estaba en el tanque de vidrio, efectivamente: una gran sanguijuela plana y llena de tentáculos, que cubría el rostro de Litve y la parte superior de su cuerpo como un amasijo leproso, en tanto que sus «miembros», dotados de múltiples articulaciones, lo envolvían y machacaban su cuerpo como si fueran innumerables pitones. Y entretanto los ojos de la inmundicia pulsátil miraban fijamente a Khuv mientras éste sentía que se ahogaba y agonizaba allí de pie en el pasadizo.

El lanzallamas de Litve cayó con un ruido ensordecedor. Khuv sabía que era el final, pero apuntó su arma y proyectó una llama cauterizadora hacia la espantosa obscenidad que se debatía en el suelo del magma. Lanzando gritos de rabia y de terror, lo quemó, lo quemó, lo quemó. Y no paró hasta que el corazón de su antorcha se volvió amarillo, comenzó a silbar y a crepitar y quedó sumido en silencio e incluso la luz piloto quedó extinguida.

Entonces volvió a oírse la carcajada de Agursky y, a través de los vapores y los humos, Khuv vio que se acercaba. Vio que iba aproximándose, cerrándose a su alrededor, con las manos extendidas, como si quisiera abarcarlo con sus brazos...

Khuv soltó el arma totalmente agotado, echó a correr y, tambaleándose, bajó alocadamente las escaleras que conducían al corazón del complejo y, una vez al pie de las mismas, pasó del rellano a los tableros que formaban el perímetro del anillo de Saturno. Agursky lo seguía a poca distancia, riendo como un loco, corriendo y persiguiéndolo inexorablemente. Khuv miró para atrás y lo vio: la imposible abertura de sus fauces, el espanto de sus dientes, amenazadores como dagas y cortantes como guadañas, alojadas en la caverna de su boca. Gritando como un loco, se encaminó directamente al Katushev que tenía más a su alcance.

-¡Mierda, mierda! -gritaba-. ¡Oh, Dios mío! ¡Madre de...!

De un salto se plantó en la plataforma del Katushev, se deslizó en la silla del artillero e hizo girar el cañón para apuntarlo directamente contra Agursky, que se había lanzado al galope tras él. Sin embargo, Khuv no tenía ni la más remota idea de qué había que hacer para disparar aquel artefacto.

Antes de que Agursky pudiera darle alcance, saltó de su asiento, atravesó el anillo y cruzó el puente que conducía directamente a la esfera. La electricidad estaba cortada y la puerta de la valla eléctrica abierta. Khuv la atravesó y llegó al lugar de los tablones carbonizados y ennegrecidos. El único camino que tenía ahora ante sí era la Puerta, siempre mejor que...

Se paró de pronto y levantó las manos ante él como para resguardarse de...

algo que se le antojaba increíble, algo que parecía arrancado de la mente de un loco. Clavó los ojos en la esfera, unos ojos que parecían salírsele de las órbitas y que se habría dicho que iban a saltarle del rostro, más blanco que el de un muerto.

Agursky vio lo que él y también se detuvo en su loca carrera. Y todavía había un tercer par de ojos que lo habían visto, unos ojos que lo estaban observando desde hacía ya algún tiempo.
Arriba, en el Centro de Control del Protector de Fallos, Viktor Luchov no quiso esperar más y conectó el interruptor. Había abierto las compuertas que conducían al infierno... no sólo porque sabía que tenía que hacerlo sino también por Khuv. Sí, por Khuv, que incluso ahora, con el rostro dirigido al monitor de TV de circuito cerrado, parecía implorarle que actuara de una vez.
-¡Hazlo! -le decía la cara del comandante, sin pronunciar palabra desde el centro de la pantalla. -¡Por el amor de Dios, Viktor! Si sabes qué significa ser misericordioso, ¡hazlo de una vez!
Todo el Projekt quedó invadido por líquidos volátiles y de los rociadores comenzaron a salir fluidos pulverizados. A medida que el líquido fluía con más rapidez, las tuberías de plástico se cubrían de ampollas. El corazón de Perchorsk quedó inundado por millares de litros de materia que se convertía en vapor al entrar en contacto con el aire. Empujado por el peso del combustible en el enorme espacio y arrastrado hacia abajo por la fuerza de gravedad, saturó rápidamente el complejo y comenzó a salir a borbotones por una abertura en el propio núcleo.
El núcleo: el lugar donde ahora Agursky sabía que él estaba acabado y encerrado con Khuv, que iba a por él. Sin embargo, el comandante ya no se preocupaba de Agursky y sí únicamente de la cosa que se abría camino a través de la pantalla de la esfera, sólo de la monstruosidad nauseabunda y pulsátil, llena de ganchos, dientes y garras que tenía, como espantosa, enorme y terrible distorsión, ¡la cara de Karl Vyotsky!
Pero éste no era, no podía ser, el Vyotsky que había ido al otro mundo; era tan radicalmente diferente que su paso a través de la Puerta en dirección opuesta no había sido prohibido. Salió a medias, vio las figuras que estaban sobre el puente, se abalanzó sobre ellas y las devoró, pero al cabo de un momento también él era devorado. En algún punto, los mortíferos vapores se habían convertido en pura llama y ahora se producía un incendio que ya recorría todo el Projekt en una imparable reacción en cadena. En el lugar se iniciaron una serie de detonaciones y explosiones que eran como bombas.
Viktor Luchov, en medio de jadeos y casi desmayado por el esfuerzo, fue subido a través de la puerta de entrada y trasladado a la zona de maniobras del barranco, bajo la luz de las estrellas de una noche glacial. Con grandes prisas lo apartaron de las puertas gigantes, que al cabo de muy pocos momentos salieron despedidas por los aires igual que si fueran de chatarra. A través del pozo rugían las llamaradas que, igual que una cascada, se volcaban sobre las aguas de la presa, despidiendo nubes hirvientes de vapor.
Perchorsk había dejado de existir...
Desde los tiempos de su primera infancia, cuando no tenía más de ocho o nueve años, Harry Keogh conservaba el recuerdo de un mal sueño. Era un sueño repetitivo que lo había estado torturando a lo largo de muchas noches inacabables y que ni siquiera ahora -mejor dicho, especialmente ahora- había olvidado aún.

Dónde había podido originarse la idea era algo que no habría podido decir. Tal vez procediera de algún antiguo libro de medicina o de la mente de uno de sus amigos muertos hacía mucho tiempo...
Quizás había adquirido forma a través de un destello de precognición. Pero seguía recordándolo con todo detalle. Una sala alargada, unas paredes de ladrillo y unas pesadas mesas de madera colocadas de extremo a extremo; un hombre que agonizaba de hambre, tendido boca arriba y sujeto en la mesa del final, la cabeza sólidamente inmovilizada entre unos bloques de madera, una cincha de cuero atravesándole la frente para mantenérsela inclinada hacia atrás, las mandíbulas abiertas de par en par...
Allí estaba tumbado, consciente, esquelético, con el pecho moviéndose arriba y abajo y los brazos y piernas porfiando por soltarse de sus amarras, mientras unos hombres ataviados con largas batas blancas y una mujer provista de una hacha de hoja larga lo observaban y se intercambiaban signos de asentimiento con los labios apretados. Después los hombres (¿médicos, quizás?) haciéndose atrás y la mujer del hacha dejando el arma sobre la mesa más alejada del hombre en estado agónico. Su partida a través de una puerta arqueada y su regreso con una bandeja grande en la que había pescado putrefacto.
Las imágenes eran muy vivas: cómo cogía ella un trozo de pescado y cómo lo restregaba por la cara del hombre y después hacía lo mismo sobre las mesas hasta llegar a la última, antes de volverlo a dejar en la bandeja junto a los hediondos restos. En aquel extremo había una pantalla, donde ahora ella ocupaba su sitio, sentándose con el hacha en la mano, adoptando la imagen misma de la paciencia mientras miraba a través de un agujerito de la pantalla y esperaba que ocurriera. Y cómo se clavaban sus ojos en la boca abierta de par en par de aquel hombre torturado.
Después venía la parte peor del sueño: era cuando el cestodo salía del hombre... Su cuerpo en forma de cinta segmentada esforzándose laboriosamente en salir de su convulsionada garganta, contorsionándose para rastrear el hedor a pescado que lo conduciría al alimento. Un gusano ciego, pero no carente de otros sentidos y tampoco privado de apetito; su cabeza aplastada sobre la mesa pero oscilando a uno y otro lado, reptando hacia adelante, los segmentos provistos de ganchos saliendo paulatinamente a través del hombre sometido a una especie de estrangulamiento, uno detrás de otro, soltando los ganchos y aventurándose a la luz del día. Porque aunque el hombre se estaba muriendo de hambre debido al gusano, éste también se estaba muriendo de hambre debido a que los médicos hacía cinco o seis días que no le daban de comer.
Harry recordaba tan vividamente aquel sueño...
La longitud de aquella cosa, que primeramente cubría una mesa de dos metros de largo, después dos mesas, tres... hasta que ya se temía que no iban a bastar seis para que se desplegara totalmente. Siete metros y sesenta y dos centímetros cuando aparecía por fin la cola bífida en forma de escorpión, con una estela de moco y de sangre detras de ella. Al llegar a este punto los médicos se pusieron tensos y avanzaron silenciosamente.

Entretanto el hombre tendido sobre la mesa se atragantaba y sentía náuseas y el cestodo reptaba cautelosamente hacia adelante, aunque ahora con mayor avidez a medida que iba aumentando la hediondez del pescado. Entretanto, la mujer aguardaba con el hacha a punto, esperando el momento con los dientes apretados, como saboreando salvajemente el instante...
El parásito alcanzando la bandeja y su cabeza de sanguijuela poniéndose a tragar con voracidad..., el hacha describiendo un destello de plata en las manos hábiles de la mujer, cercenando la blanda quitina y las tripas rudimentarias de la criatura..., el médico apresurándose a tapar con la mano la boca del hombre cuando ya los últimos segmentos del gusano culebreaban una marcha atrás para volver a introducirse en su interior.
Éste era el momento que Harry escogía para despertarse con un grito.
Ahora se había despertado al oír la voz de lady Karen que le hacía varias preguntas mientras los dos estaban sentados uno enfrente del otro. Harry esperaba haber conseguido mantener oculto el tejido de sus pensamientos, puesto que no le habría gustado que la mujer los penetrara.
-Lo siento, estaba divagando.
-Te decía -le repitió con una sonrisa- que hace tres puestas de sol que eres mi invitado y que pronto vendrá la cuarta y que todavía no me has dicho por qué quisiste venir, por propia voluntad, a vivir en mi nido de águilas.
Por mi hijo.
-Pues porque tú fuiste amiga del Habitante en tiempos de necesidad -mintió Harry, sin dejar que sus pensamientos trascendieran al exterior- y porque tenía curiosidad de ver cómo era tu nido de águilas.
Y también porque si encuentro la manera de curarte a ti a lo mejor también consigo curarlo a él.
Lady Karen se encogió de hombros.
-Pero ahora ya has visto mi nido de águilas, Harry, o por lo menos ya lo has visto casi totalmente. Hay algunas cosas que no te he mostrado porque las encontrarías... desagradables. Pero has visto todo lo demás. Entonces ¿qué te retiene aquí? Ni tomas mis alimentos ni bebes mi agua... De veras que aquí no hay nada para ti... a no ser peligro quizá.
-¿Te refieres a tu vampiro? -dijo él enarcando las cejas.
¿Tu cestodo con los ganchos agarrados en tu corazón y con sus tripas metidas en tu cerebro?
-Por supuesto, aunque ahora ya no pienso en él como mi vampiro. Los dos lo somos.
Y se echó a reír, aunque no con alegría, mientras a través de sus dientes fulgurantes aleteaba la lengua de una serpiente y sus ojos mostraban un color escarlata muy intenso y uniforme.
-Pasé mucho tiempo queriendo resistirme, pero al final me di cuenta de que no tenía sentido. La batalla en el jardín del Habitante fue el momento crucial, porque entonces me di cuenta de que todo había terminado y acepté que soy lo que soy. Fue la batalla, el poder y la sangre. Estuve esperando, atenta a todo, aceptando lo que fuese hasta aquel momento, pero entonces ya se puso todo en marcha y cobró ascendencia. Pero no

debo pensar de esa manera, porque ahora somos lo mismo. ¡Y yo soy wamphyri!
-¿Me estás haciendo una advertencia? -dijo Harry.
Ella dejó vagar la mirada e hizo un movimiento de impaciencia con la cabeza.
Después volvió a mirar a Harry.
-Lo que te estoy diciendo es que sería mejor que te fueras. Puedes ser el padre del Habitante, pero tú eres un ser inocente, Harry Keogh. Y éste no es lugar para la inocencia.
¿Yo, inocente?
-Cuando yo dormía en mi cuarto -dijo-, cuando me sentaba junto a la ventana y contemplaba el oro que se iba diluyendo en las distantes cumbres, antes de la última puesta de sol, alguna vez me desperté sobresaltado porque estaba soñando que estabas ante mí.
-Estaba ante ti, a veces estaba ante ti -dijo ella con un suspiro-. Harry, te he deseado.
¿Me has deseado a mí? ¿O has deseado mi sangre?
-¿De qué manera me has deseado?
-De todas las maneras posibles. En mí hay una mujer con las necesidades de una mujer. Pero yo soy wamphyri, con las necesidades de un vampiro.
-Tú no tienes necesidad de sangre.
-Te equivocas. La sangre es vida.
-Entonces debes de estar hambrienta de vida, pues no has comido desde hace tiempo. Por lo menos desde que yo estoy aquí.
Harry había ido a comer al jardín y había viajado de un lado a otro a través del continuo de Möbius. Pero sus comidas habían sido muy parcas, porque Harry no quería dejar a Karen sola demasiado tiempo, no quería perderse nada.
Cuando Karen volvió a hablar, su voz sonó muy fría.
-Harry, si insistes en quedarte... no puedo sentirme responsable...
Antes de que él pudiera responder, se levantó, salió de la gran sala y desapareció de su vista de la manera tan solemne y peculiar en ella. Harry no la había seguido nunca con anterioridad ni tampoco la había espiado en profundidad, pero creyó que había llegado el momento de hacerlo.
-¿Adonde va ahora? -preguntó Harry a las criaturas cartilaginosas que habían muerto hacía mucho tiempo y cuyos restos servían de decoración a aquella extraña torre.
Un hueso esculpido que servía de barandilla a una escalera situada entre los niveles superiores le respondió:
Va abajo, Harry, a su despensa. Incluso ahora su mano se posa sobre mí.
-¿Su despensa?
Al mismo sitio que Dramal Doombody antes que ella. Conserva a unos cuantos trogloditas en estado de hibernación. Los tiene como reserva.
-Ella me dijo que había concedido la libertad a los trogloditas, que había dejado que se fueran.
Pero no a éstos, le respondió el hueso de la barandilla, que en otro tiempo también había sido un troglodita, *éstos son como una nota decorativa y, en épocas de vacas flacas, le sirven de alimento.*

Harry bajó dos niveles más abajo y vio que Karen se introducía por una abertura de la pared y la siguió. Vio que uno de los trogloditas parecía activado y que había sido sacado de su capullo. Harry, escondido en la sombra, se reservaba sus pensamientos. Observó que Karen conducía al troglodita a la mesa y que aquel ser, arrastrando los pies y sólo despierto a medias, se tendía en la mesa, como hechizado, y echaba para atrás su repulsiva y prehistórica cabeza como ofreciéndose a ella.
Ella abrió la boca, la abrió desmesuradamente. La sangre le goteaba de las encías cuando de ellas parecieron haberle brotado unos dientes como dagas que se hundieron en la yugular de aquel ser, una yugular que latía perezosamente. Karen tenía la nariz aplastada contra el cuello del troglodita y sus ojos parecían granates que fulgurasen a la media luz de aquella estancia.
-¡Karen! -le gritó Harry.
Y ella se irguió repentinamente, lo hizo callar con un leve siseo, lanzó una maldición... y pasando junto a él hecha una furia, desapareció. No podía posponer las cosas por más tiempo y, puesto que sabía qué debía hacer, Harry volvió al jardín...
Harry fue a buscarla cuando el sol se había levantado y mientras estaba durmiendo en su habitación sin ventanas. Puso cadenas de plata en su puerta, que dejó entreabierta más o menos un palmo, y puso junto a ella varias macetas de *kneblasch,* cuyo olor incluso a él lo mareaba. Fue el fuerte aroma de aquella planta lo que despertó a Karen, que le gritó:
-Harry, ¿qué estás haciendo?
-Tranquilízate -le dijo él desde fuera-, pues no puedes hacer nada para cambiar la situación.
-¿Cómo? -dijo ella enfurecida, yendo de un lado a otro de la habitación-.
¿Ésas tenemos?
Y enseguida comenzó a gritar órdenes a sus guerreros:
-¡Venid aquí! ¡Liberadme!
Pero no le respondió nadie.
-¡Han quemado a todos! -le explicó Harry-. Y los trogloditas de tu despensa han cobrado vida... y han escapado. En cuanto a ese ser lamentable y monstruoso que actuaba como sifón, debo decirte que ha muerto envenenado al ingerir el agua de tus pozos que yo previamente contaminé. Y lo mismo ha ocurrido con las bestias productoras de gas: se han envenenado al respirar gases mefíticos.
Ahora sólo quedas tú.
Entonces ella se echó a llorar y a implorar clemencia.
-¿Qué harás conmigo? ¿Me vas a quemar también?
Pero Harry, sin responder palabra, se marchó...
Estuvo custodiándola, volviendo cada tres o cuatro horas para comprobar que las cadenas de plata seguían en la puerta o para regar las plantas de *kneblasch,* pero sin dejar que ella lo viera en ningún momento. A veces la encontraba dormida, murmurando desvaríos que le dictaban sus sueños rojos, pero otras veces estaba despierta, y entonces deliraba y lanzaba maldiciones. Harry tan sólo durmió una vez en el nido de águilas y aun en aquella ocasión hubo de despertarse para encontrarse en la puerta del cuarto de Karen, atendiendo a la llamada de ésta.

Aquello no hizo sino fortalecer su resolución.
Otra vez la encontró totalmente desnuda y hubo de escuchar de sus labios que lo amaba, que lo deseaba, que lo necesitaba. Harry, sin embargo, sabía muy bien qué era lo que necesitaba. Ignoró sus obscenos y voluptuosos contoneos y se marchó.
El sol volvió a levantarse cinco veces y volvió a ponerse otras tantas y Karen se hundió en el delirio. Y cuando volvió a ponerse, ya había caído en un sueño profundo del que no era posible despertarla. Había llegado el momento.
Harry sacó el *kneblasch,* pero no retiró las cadenas de la puerta; como antes, dejó una pequeña abertura. Después fue al jardín y buscó un cochinillo, que sacrificó en una jofaina de oro. Con la sangre hizo un reguero que iba desde la puerta del cuarto de Karen hasta el gran salón, donde colocó la jofaina en el centro mismo de la estancia. Dentro de ella estaba el pobre animal, rígido y sumergido en su propia sangre.
Después Harry, sentado en la sombra, se quedó esperando, inmóvil como no lo había estado nunca en la vida y ocultando sus pensamientos. Y ocurrió igual que en su sueño, pero peor aún, puesto que esta vez él estaba presente y era él quien empuñaba el hacha... que no era una hacha.
Por fin el vampiro que anidaba dentro de Karen abandonó a Karen (¿cómo?, ¿a través de qué camino? Harry no lo sabía ni quería saberlo) y se puso a seguir el reguero de sangre. Balanceando la cabeza de aquí para allá, entró en la sala y se encaminó a la jofaina. Era una larguísima sanguijuela, toda arrugada, con la cabeza de cobra, ciega y llena de ganchos. Y debajo del bajo vientre palpitante tenía una gran cantidad de ubres puntiagudas que le recorrían toda la parte inferior del cuerpo, grisácea y asquerosa.
Al husmear la sangre, se apresuró todavía más... pero entonces olió a Harry.
Inició una precipitada retirada, enroscándose sobre sí misma y culebreando igual que un reptil. Harry se introdujo en el continuo de Möbius y volvió a salir en la puerta de la habitación de Karen. El vampiro, que se acercaba reptando por el suelo, lo descubrió demasiado tarde, pues él ya lo estaba apuntando con el lanzallamas y lo dejó carbonizado. Al morir, puso una enorme cantidad de huevos, que comenzaron a rodar por el suelo, a deslizarse, a vibrar... pero siempre en dirección hacia él. Harry, que sentía el cuerpo empapado de sudor, pese a lo cual se sentía helado, los quemó todos. Y la destrucción siguió hasta que no quedó nada más que un terrible hedor y un grito.
El grito de Karen...
Harry, que se sentía agotado, se echó a dormir. Durmió en el nido de águilas; ahora ya no tenía nada que temer. Soñó que Karen estaba de pie a su lado y que llevaba puesto aquel vestido largo de color blanco, aquel vestido tan incitante que se había puesto en honor de los wamphyri, y le explicaba por qué podía considerarse el más desgraciado de los hombres. Su victoria no era más que *ceniza.* Ella había sido wamphyri, pero ahora no era más que una envoltura. Él se figuraba haber salido vencedor, pero había sido derrotado. Cuando alguien ha conocido el poder, la libertad, las

extraordinarias emociones que comporta el hecho de ser vampiro... ¿qué otra cosa puede desear? Karen le dijo que le tenía lástima, porque ella sabía por qué había hecho él lo que había hecho. Y la verdad es que había fracasado. Y a continuación le dijo adiós.
Cuando Harry se despertó, la buscó, pero como Karen ya no era wamphyri, había sacado las cadenas de la puerta y había huido. Harry registró la columna de arriba abajo, entró y salió del continuo de Möbius hasta que no supo ya dónde se encontraba... pero no dio con ella. Por fin decidió asomarse al balcón donde antes se asomaba ella y miró abajo. El vestido blanco de Karen estaba en el suelo cubierto de guijarros hecho un ovillo. Lo veía muy abajo, a más de medio kilómetro de distancia, si bien ahora no era totalmente blanco sino también rojo.
Y Karen estaba dentro...

Epílogo

Los daños sufridos por el jardín en el curso de la batalla fueron reparados sin tardanza. Los Viajeros trabajaron en él durante las horas de sol y los trogloditas durante las horas de oscuridad. Entretanto se propaló la buena nueva: ¡ya no había wamphyri! Llegaban cuadrillas de Viajeros, tribus enteras, que venían a celebrarlo y a rendirse ante los pies de su salvador. Jazz, Zek y Lobo habían vuelto a casa, trasladados a tan distante lugar por el Habitante, que regresó después.

Y considerándolo todo, el Habitante acabó por sentirse satisfecho con su obra.

De pronto... sintiendo una quemazón en el cuello, Harry hijo dejó de supervisar la reconstrucción de un muro y se volvió para observar un montoncito de tierra que iba elevándose por momentos a cierta distancia del sitio donde se encontraba. Había alguien al lado del mismo, alguien que lo observaba fijamente y en silencio, alguien cuya mente era tan hermética como la lapa adherida a la roca.

Harry hijo frunció el entrecejo y miró fijamente a través de los agujeros de su máscara dorada y sonrió al momento. No era más que su padre.

Agitó el brazo para saludarlo y volvió a su trabajo...